

A. A. ATTANASIO

REINO DEL GRIAL



Diez años después de haber sido cruelmente expulsada de su dominio por su propio hijo, la baronesa Ailena Valaise retorna a su castillo desde Tierra Santa, acompañada por un erudito judío, un caballero musulmán y un freire de la Orden del Santo Sepulcro, y... rejuvenecida por el Grial. Aunque es aceptada por la mayor parte de sus súbditos, el hijo de Ailena pone en duda su identidad y el milagro del Grial, dando lugar a la lucha entre el Grifo de Lanfranc y el Cisne de Valaise, la tiranía y la ternura, el fanatismo religioso y la tolerancia, las mil caras de la verdad y de la mentira...



A. A. Attanasio

Reino del Grial

ePub r1.0

fenikz 18.05.14

Título original: *Kingdom of the Grail*

A. A. Attanasio, 1992

Traducción: Bel Atreides

Editor digital: fenikz

ePub base r1.1



Para Sheryl Dare, que halló el Grial en la historia y la historia en mi corazón

El amor es un sufrimiento innato

LE CHAPELIN, El Libro del Amor Verdadero (ca. 1190).

Prefacio

Puesto que empezamos con nada —una hoja de papel en blanco— y terminamos con algo objetivo —un libro—, nuestra semilla es la dialéctica misma, el venerable yin/yang, afirmación bajo negación. Cuando nos miramos a nosotros mismos, vemos vida bajo muerte. Cuando buscamos la salvación, podemos hallarla sólo bajo la perdición. No hay justicia sin pecado. Esta alta tensión dialéctica hace que todo sea simbólico: todo apunta a algo más. Todo es secreta hierofanía, porque todo es aparentemente trivial. Y por esta vía de opuestos, hallamos nuestra mejor semilla en lo que es ambivalente y accidental.

Vivimos siempre en nuestra imaginación, y la locura es la penumbrosa comprensión de la ficción de nuestra identidad. La penumbrosa comprensión de que todo es imaginación. Una vez hemos iluminado esa penumbra, la locura se convierte simplemente en historia y, cuando obramos en ella, la historia acaba por ser nuestra participación consciente en las complejas negociaciones entre carne y fantasía...

La sierva de los pájaros

*El Grial es el cáliz
del que Cristo bebió en la Última Cena.*

Grita y grita un crío. Entre las cañas, una vieja se incorpora, rehilando, de donde está doblada, su corazón repentinamente grande en la pequeña jaula de su pecho. El crepúsculo ha corrido las cortinas del pantano y los ojos redondos de la anciana, aunque se esfuerzan, no ven ningún niño en el cañaveral ni en la hierba alta, tan sólo la niebla, que entre los árboles esbeltos reptaba. Su corazón crece y crece, en expectación de un fantasma.

El chillido angustiado del crío retorna. La mirada de la vieja lo persigue hasta la cima de la orilla de la ciénaga, donde una luna nimbada asoma entre las gavillas reunidas al margen del camino. Lentamente, la forma de un conejo en su trampa de mimbre se destaca contra la oscuridad. Uno de los hombres, negro contra el crepúsculo, se agacha para cobrar su pieza.

El henchido corazón de la anciana se deshace en un suspiro. Sacude su cabeza gris y se endereza, hundidas las piernas en el cieno del pantano. Más allá de las gavillas de heno cosechadas este Junio, destinadas como forraje a los establos del señor, brillan encarminadas las colinas en la última luz del día más largo. Habrá ya hogueras ardiendo en el baluarte para las danzas del solsticio, piensa, aunque aún faltan dos días para la gran celebración. La fiesta de la natividad de Juan el Bautista exige abundancia de ancas de rana y caracoles para los festejos del castillo. Pero antes de doblarse de nuevo a su cosecha, vislumbra un movimiento lejano.

Sombras parpadean a lo largo del camino de las brillantes colinas. «¿Quién cabalgará por esas sendas escarpadas tan tarde?», se pregunta en voz alta. «Y galopando tan rápido, como si el mismo Satán les pisase los talones. Deben de conocer muy bien estos pagos para marchar con tanta prisa y tanta imprudencia en la luz declinante».

Gruñe la sombra encorvada de otro labriego junto a la anciana, sin molestarse en mirar.

«El asedio de Guy», murmura alzando una rana gruesa del agua negra y echándola diestro al cesto. «Algo que anda mal o que anda bien. Oiremos de qué se trata por la mañana».

Tras haber asegurado su cesta de ranas en la rama de un aliso, donde perros y cerdos no puedan alcanzarla, y haberla cubierto de ortiga para que no la arruinen los gatos, la anciana se demora aún en el exterior de su choza para contemplar las estrellas estivales, encendiéndose sobre los negros montes. La villa, que queda al este, más allá del bosquecillo de alisos y olmos viejos, ya ha hecho sonar el cuerno potente que ordena extinguir los fuegos.

En haces esponjosos de berro ligados con sarmiento, mete los caracoles que deberán ser entregados al castillo por la mañana y los echa en la cesta con las ranas. Esta noche sólo dormirá después de haber colocado el manojo ante la puerta, para impedir que las pesadillas pasen bajo el dintel. Bien sabe ella que no soportan los espíritus las plantas acuáticas. Esta es una precaución especial para las noches de luna llena, aunque cada noche es peligrosa: siendo como es un agujero en un montón de estiércol, su tugurio atrae a los más malignos de los espectros.

En la profundidad de la noche despierta a la anciana el espasmo de un trueno.

Incorporándose en su yacija, ve abrirse la puerta de golpe y la luz de la luna colmando el vano.

Aferra con una mano el crucifijo colgado en la pared, y con la otra el garrote que yace a su lado, sobre la paja del lecho.

Vasta y ominosa crece una sombra hasta cubrir el umbral. Así pues los villanos han venido a tomar su vida; no les ha bastado con enfangarla en este muladar durante diez años. Han venido finalmente para yugularla también. La vieja mujer alza bien alto el garrote. «Ven, canalla, que te parta el cráneo para que te llene la luna la cabeza».

«Tranquila, mujer», dice, rauca, la voz de un hombre. «Soy Erec Rhiwlas, el hijo del jefe Howel. No he venido a hacerte daño».

Bajando su clava, la anciana contempla la silueta en el umbral, el erizado perfil de una barba, la gruesa piel de la capa del intruso. No acostumbran los Invasores a dejarse crecer la barba y ninguno de ellos, aparte de los más nobles, portaría una capa semejante. «¿Erec el de Howel?», susurra escéptica. «¿Erec el Bravo, el que asoló los establos de Guy todo este invierno y se le llevó el ganado?».

«Yo soy», responde la voz grave, «aunque un poco más alto ahora, con este nuevo chichón en la cabeza. Tienes un felpudo traicionero ante tu puerta».

«Mis caracoles», gruñe la vieja mujer, conteniendo la respiración. Trabajar para los Invasores bien puede ser un crimen a los ojos del hijo de un jefe. Aunque sin duda este sabe ya que lo hace. ¿Qué otro motivo la empujaría a vivir en el muladar de la aldea?

«¿Caracoles son? Se escurren bajo los pies como anguilas. Vamos abuela, muestra un poco de caridad galesa e invita al hijo de Howel a entrar en tu estercolero».

Ayudándose con el garrote, la anciana se levanta de su camastro. El rústico crucifijo hecho de dos palos ligados con cáñamo tiembla en su mano, y lo deja, con el garrote, en un banco desvencijado. Alisa las arrugas de los andrajos que le sirven de ropa interior, recoge el manojito de barro, percibe los caracoles intactos en sus fuertes corazas, y hace pasar al hombre alto. «Entra pues. Encenderé un fuego y te prepararé unas gachas de bellota».

Erec se inclina para penetrar en la minúscula cabaña y el tufo fecal del recinto le hiere la raíz del olfato. A la luz de la luna fluyente a través de la puerta abierta, distingue las formas tristes de un banco tambaleante, una silla coja, el catre de paja, y un tosco hogar: sólo tres piedras juntas ante un agujero en la pared de estiércol, que hace las veces de humero. «Ven abuela. Creo que es mejor que hablemos fuera, bajo los astros».

«Así que tú eres Dwn de Margam». Erec estudia a la vieja; sus ojos negros y redondos parpadean. Sabe el joven que la mujer no puede creer que él esté allí, ante ella... el hijo de un jefe aventurándose sin escolta tan cerca del baluarte de los Invasores. Pero no está tan solo. Un hombre de su clan monta guardia, oculto entre los negros árboles. No es leve el peligro que en tierra enemiga amenaza a un combatiente en una noche lunada como esta, pero él es paciente y no flaquea. Esta mujer de los campos no ha visto nunca todavía la fiera estampa de un guerrero galés, y él le permite examinarlo a la luz reveladora de la luna.

Ciertamente, posee él incuestionables marcas de nobleza: barba barcina, corva nariz

batalladora, frente regia, y los ojos profundos de un Guerrero Cámbrico; no el porte refinado o los rasgos imperiosos de la desbarbada aristocracia normanda, pero sí la ágil compostura de un caudillo: una figura sin cincelar, más soberbia. Lustrosa piel de castor le cubre sus anchos hombros; cuero encarnado, marrón bajo la luz de plata, faja su cintura y sus canillas, y una espada corta le cuelga a la cadera, con empuñadura de cuerna bruñida, ennegrecida del uso.

«Dwn de Margam...». Habla ella quedamente. «Esa soy yo, aunque no he visto Margam desde que era una niña».

«¿Por qué partiste de allí?».

Ella parpadea de nuevo, preguntándose qué le importa eso al hijo de un jefe. Se agita el gallinero de mimbre con las aves inquietas por estas voces nocturnas. Más allá, entre los árboles, el caballo gris-perla del guerrero resplandece trémulo como un parche de niebla. Su sola, gloriosa presencia basta para convencer a la mujer de la identidad de Erec.

«Mi padre era un *taeog*, un siervo de la gleba, y yo era la más pequeña de sus vástagos. Me vendió con siete años a un conde. Bernard Valaise». Dwn lo contempla ansiosamente, y añade con una convicción tan fiera como puede mostrar: «Si has venido a tomar mi vida por ayudar a los Invasores, no me resistiré. Soy demasiado vieja. La muerte sería un don».

«No estoy aquí para vengarme», dice Erec suavemente. «Tu padre te vendió a los Invasores. Eso es ya un castigo bastante».

«Entonces, perdona que te pregunte, ¿a qué has venido? ¿A qué importunar a una vieja que vive en un estercolero?».

«Hubo un tiempo en que viviste en el castillo. ¿Qué hacías allí?».

«Era doncella», responde atenta a ahogar el orgullo en su voz. «Durante muchos años, fui la doncella privada de la hija del conde».

«¿Y qué se hizo de esa hija del conde?».

«Esa es una historia larga y cansina», protesta la anciana.

«Resúmela entonces y cuéntala con viveza, y después te diré qué me trae aquí».

Lo observa ella suspicaz a la luz de la luna, preguntándose qué quiere realmente; luego se limpia la paja pegada al sayal que se ha puesto sobre los harapos de dormir. «De acuerdo. Ailena era su nombre. Vivió sus nueve primeros años al otro lado del Canal, en el Périgord, donde su madre poseía vastos dominios en común con sus hermanos. Fue al morir la madre de Ailena, cuando Bernard Valaise, que poseía título pero no tierras, llegó aquí con su hija en busca de fortuna».

«Reclamando tierra galesa», la interrumpe Erec agriamente. «Para los Invasores somos bárbaros y nuestro país, territorio salvaje, feliz de dejarse domar por su grano». Y fija su vista en la brisa, que citarea en las ramas de los árboles. «Sea, continúa. Bernard reclamó nuestra tierra, erigió su castillo, y te compró para que fueses la doncella de su hija. ¿Por qué? ¿Por qué una muchacha galesa?».

«Bernard quería que estos montes fuesen su hogar», repone Dwn. «Insistió en que su hija hablase la lengua de sus vasallos».

«Y tú le enseñaste nuestra lengua y nuestras costumbres».

Dwn afirma queda, mansamente, sus pequeños ojos oscuros nublándose con el recuerdo.

«Sí. Fuimos compañeras desde la infancia. Yo... la serví durante cuarenta y nueve años». Y endureza la espalda.

«El arzobispo Baldwin llegó aquí predicando la Cruzada y tu señora partió a Tierra Santa, para ganar la paz de su alma en la vida eterna. ¿No es así?».

«Diez años hace de ello ya. Pero no partió por voluntad propia. Fue obligada. Por su hijo, Guy Lanfranc».

«¿Exiliada por su propio hijo?». Erec resopla, asombrado y desdeñoso ante la rudeza de los normandos.

Dwn engalla la cabeza. «Pero dime, ¿por qué se preocuparía de pronto Erec el Bravo por conocer esta vieja historia?».

«Ah, abuela, en honor de la verdad quiere conocerla Howel, mi padre; me ha enviado a averiguar todo lo que pueda de Ailena Valaise».

«Cristo nos bendiga, ¿por qué? Ailena era una anciana cuando partió, corvados y porosos sus huesos. A estas alturas, habrá hallado ya el camino hacia el reposo eterno de su alma».

«Parece que no es así, Dwn de Margam». Una sonrisa se abre en la densa barba del guerrero. «Los espías de mi padre acaban de traer noticias de Brecon. La baronesa ha retornado de Tierra Santa. Ayer mismo cruzó el Usk, en Trefarg, y esta noche acampa en su orilla septentrional. Nuestros espías creen que llegará a su castillo al mediodía».

Pálido a la luz de la luna, el rostro de la anciana pierde toda expresión. Durante varios minutos, contempla a Erec con sus ojos redondos, oscuros, sospechando crueldad, temiendo desprecio en el vulto ancho y veloso. *Se está riendo de mí... y luego me matará por haber traicionado a mi propio pueblo. He servido a los Invasores toda mi vida, y ahora con mi vida debo pagar por ello.*

Pero el galés le devuelve una mirada llena de benevolente intensidad, divertido casi ante el pasmo de la mujer. Cuando retoma la palabra, surge su voz con cadencia calmífera: «Anciana, no pienses que quiera dañarte. La baronesa, cuando gobernó este dominio, fue generosa con nuestro pueblo. Fue ella quien abrió el paso a las tribus cuando herbajeábamos nuestros ganados por los prados de la ribera. Nos dio productos del castillo en trueque por nuestras reses. Incluso enviaba a los jefes regalos cada año. Pero su hijo...». La expresión de Erec se endurece, se achican sus ojos formando dos hendidias de desprecio. «En su ausencia, Guy Lanfranc no sólo nos ha negado el paso: ha construido una fortificación junto al río para extender sus dominios, y desde allí ha atacado nuestros campamentos. Aduares enteros han sido quemados y la gente dispersada en los bosques, para vivir como bestias. Y muchos de los que no huyeron a tiempo fueron asesinados, tronchados por flecha y espada. Familias que no querían abandonar sus ganados han sido exterminadas, mujeres y niños». Se tuerce su rostro con odio ponzoñoso, y sorbe un suspiro hondo antes de poder volver a hablar calmadamente. «Howel quiere saber si el retorno de la baronesa serenará al pérfido de su hijo. Yo he venido a averiguarlo».

Dwn yace en su camastro de paja, demasiado excitada para dormir. Sus ojos vagan en la oscuridad remontando el tiempo, hasta la vieja encorvada que fue sacada del castillo diez años atrás, hirviendo de rabia digna y silenciosa. «No llores por mí, Dwn», había dicho Ailena la última vez que hablaron, mientras los caballeros de Guy la sujetaban a la litera que se la llevaría del castillo. «Ya estoy de camino hacia aquí».

Lágrimas brotan ardientes en los ojos de Dwn al ver aquel rostro arruinado prometiendo retornar. La doncella había estado segura de que antes de un año el cráneo de su señora sería el palacio de un escarabajo.

Su rabia la ha mantenido viva, se convence Dwn, mirando la oscuridad y viendo el rostro de la baronesa, arrugado, pálido como un lamparón fungoso en el árbol artrítico de su cuerpo. *Su rabia la trae de nuevo a casa para morir*.

Late fuerte el corazón de Dwn contra su pecho al pensar en la furia que habrá sostenido a la baronesa todos estos años. Ailena Valaise no fue siempre una vieja bruja avinagrada, recuerda Dwn, pero rabia... rabia la tuvo desde los primeros tiempos. Aun cuando era niña, cuando Dwn, que había aprendido el occitano en el dominio normando donde su padre servía, vio por primera vez a Ailena, la muchacha de oscura melena y hoyuelo en la barbilla era huraña. Ailena sentía haber abandonado los valles soleados y cultivados del Périgord por las tierras salvajes y montañosas de Gales. El único gozo que expresaba en aquellos primeros años de su larga infelicidad era la risa que estallaba en ella cada vez que soltaba los pequeños pájaros que el conde había atrapado para sus halcones. Eran esos grajos de patas rojas peculiares de Gales, y verlos huir de sus jaulas abiertas era un deleite que embellecía a Ailena. «¿Es que han de cazarse grajos galeses para alimentar halcones normandos?», dijo una vez, y la servidumbre nativa que el conde conservaba en su dominio lo repitió veces bastantes como para que la terca muchacha normanda se ganase el mote galés de Sierva de los Pájaros.

Dwn cierra sus ojos. Estos recuerdos, punzantes como incisiones, hieren su corazón y se consuela pensando, *Sea quien sea la que retorne, sea quien sea la tarasca que aparezca mañana, no será la Sierva de los Pájaros*.

La vieja amiga murió, pedazo a pedazo, años antes de que el vicioso de su hijo la echase.

La humedad destiló hasta sus huesos e hinchó sus junturas, el frío endureció su médula, y el viento negro que estremece las estrellas extinguió el último calor de su corazón mucho tiempo atrás. *Sea quien sea la que retorne no será ella*, admite Dwn, y se encorruja en la oscuridad que todavía le resta.

Despertando lentamente, Dwn ve la primera luz en haces sesgados a través de las tablas que sirven de postigos a sus redondas ventanas. *¿Es un sueño?*, pregunta y se sienta de modo que las hebras de luz gris tocan su rostro soñoliento y prenden el ámbar de sus ojos. Las tablas, cruzadas sobre las troneras en la gruesa pared de estiércol, impiden que los gatos se cuelen por la noche. Cada mañana, cuando las retira, uno o dos gatos entran para comerse los pequeños ratones y alimañas que se han escurrido por la noche bajo la puerta. Pero esta mañana espanta al ávido gato,

más ávida ella de sacar su cabeza cana por el pequeño agujero y buscar con la mirada el caballo gris.

Parpadea estúpidamente. El caballo ha partido, pero hay un hombre en cuclillas junto al riachuelo, bebiendo agua con la mano, un hombre alto, robusto, con una barba castaña estriada de naranja sobre los labios y en las comisuras de la boca. Lleva el cabello cortado al estilo del país, como un paje, pero le faltan la capa de piel de castor y las polainas de cuero rojo, y ciertamente no porta espada. En su lugar, viste un sayo basto de color sucio y un cinturón de cáñamo. Sus pantalones son también de humilde paño, anchos, desaliñados y embutidos torpemente en toscas botas pesadas. ¿Hasta tal punto transformó anoche la luz de la luna a este villano que lo hizo parecer un príncipe guerrero?

«¿Dónde está tu magnífico caballo?», le grita Dwn desde su agujero.

Erec se lleva un dedo a los labios y señala los alisos con un gesto. Allí, gusaneando a través de la boira matutina, están los escuálidos cerdos de la aldea, seis ejemplares de torva mirada que hozan junto al riachuelo en busca de alimentos. «El porquero no estará lejos de aquí».

Erec cruza la corriente de una zancada, dispersando los gatos salvajes ocultos en los matojos de menta. A la luz del día, su semblante es más duro, más belicoso, y el pálido surco de una cicatriz letal destella a través del puente de su nariz corva. Ojos verde-avellano se clavan en los de la anciana y retienen su mirada firmemente. «No me veas más como el hijo de Howel. Por ahora soy sólo Erec, un primo lejano tuyo de las montañas, un curtidor que viene a vender sus pieles».

Mira sobre su hombro y, en la mata junto al gallinero donde se sentaron anoche, Dwn descubre un hatillo de pieles. «¿Dónde está tu estupendo caballo? ¿Y tu espada, y tu capa?».

«Han partido de vuelta a las montañas, con mi escolta». Erec pestañea astutamente.

«Recoge tus ranas y tus caracoles, abuela. No hay tiempo que perder si queremos ver con nuestros propios ojos el retorno de tu baronesa».

Mientras caminan entre el vaporoso cortinaje de la yedra derramada de olmos y alisos, en dirección hacia la aldea, Erec dice, «Háblame de Ailena Valaise. Yo era sólo un muchacho cuando partió para Tierra Santa. Todo el dolor de mi vida empezó en aquel tiempo, pues fue entonces cuando Guy Lanfranc dio comienzo a sus correrías criminales y su maestro de armas, Roger Billancourt, decidió exterminar nuestro ganado en lugar de conducirlo al castillo. Podía sacrificar más del que podía llevarse, y ello era tan eficaz como asesinar a la gente, pues nos mataba de hambre». «Roger Billancourt...», Dwn tuerce el gesto. «Es un hombre impío y pérfido. Fue maestro de armas del padre de Guy también. Fue idea suya tomar nuestro castillo con malas artes siendo Ailena una muchacha cuyo luto por su padre no había terminado aún. Quince tenía cuando el conde Bernard murió de anginas; quince cuando Gilbert Lanfranc la maridó por la espada...».

La mención de la espada hace que Erec mire pensativamente alrededor la frondosa maleza, buscando formas ocultas en el bosquecillo de alisos, filtrado del oro de los dardeantes rayos del sol. Pero están solos, avanzando a través de púrpuras lisimaquias y de exuberantes, hirsutas cabelleras de adelfillas y escorzoneras. «Debió de aprender bien la crueldad de Gilbert y de Roger

para que su hijo la exiliase en su ancianidad».

«¡Bah!». El exabrupto de Dwn asusta a un reyezuelo en la oscura orilla de la corriente, y pasa volando, difuminado en el aire, gorjeando en el domo radiante. «Ailena era huraña, pero nunca fue cruel. Su hijo la odia porque cree que asesinó a su padre. Pero Gilbert se mató a sí mismo a fuerza de beber. Estaba siempre borracho. Y eso lo volvía brutal. Golpeaba a Ailena sin piedad, incluso cuando estaba embarazada. Perdió todas sus criaturas a causa de las palizas; todas menos dos, Guy y su hermana Clare, uno para el tormento de cada uno de sus progenitores. Clare odiaba a su padre por maltratar a Ailena, pero el joven Guy quería al bruto y jugaba constantemente con él. Con tres años, el niño ya montaba en la grupa del caballo de Gilbert, y con cuatro iba de cetrería. Eran una pareja famosa en el castillo y los alrededores, montando siempre juntos. Guy tenía seis cuando su padre fue arrojado del caballo, ni más ni menos que en el patio principal del castillo, mientras se peleaba a gritos con su mujer. Guy creería siempre que Ailena excitó el caballo a propósito y mató a Gilbert».

Se detienen bajo a un abedul argénteo, junto a una presa en el riachuelo que había hecho alzarse la corriente en jibas centelleantes de agua verde. «¿Estabas tú allí?».

«Sí. Lo vi todo. Una de sus típicas riñas. Él estaba ebrio y vociferaba denostando el juego favorito de la baronesa, la corte de amor que sostenía en el *palais* con su hija Clare y las doncellas. Ailena dio una patada en el suelo con frustración. El caballo se encabritó, y Gilbert, borracho y aturdido, voló por los aires, se estrelló de cabeza contra el pavimento, justo delante de Guy, y no volvió a levantarse».

Erec asiente en silencio, captando finalmente el negro razonar del alma asesina de Guy.

«¿Y desde entonces Ailena gobernó sin otro dueño... pero con una víbora por hijo?».

«Treinta años mantuvo en el nido a esa víbora sin ser mordida por ella», dice Dwn, y abre camino a través de un vergel natural de cerezas silvestres, camuesos y endrinos. «Hubo tiempo entonces para los trovadores, para los mimos y prestidigitadores y las cortes de amor. Hubo mucho tiempo entonces para consentirse todos los caprichos, pues ella no cometió el error de casarse otra vez».

«¿Cortes de amor?».

Dwn se lleva la mano a la boca y cloquea. «Un pícaro juego que Ailena aprendió en el Périgord. Las mujeres reinan en las cortes de amor y establecen normas para los hombres. Y las normas de las mujeres pueden llegar a ser muy estrictas».

Erec siente desde hace tiempo una secreta fascinación por las mujeres normandas, a las que sólo ha visto desde lejos. Con sus largas melenas y cuellos esbeltos, esas criaturas altas y arrogantes son muy diferentes de las recias, pelicortas mujeres de las montañas. Quiere saber más acerca de ellas, quiere que esta criada que las sirvió le instruya en sus pasiones y debilidades.

Pero a través de los rayos de sol, oblicuos entre los árboles, se hacen visibles los techos de paja de la aldea, y Erec se impone silencio, dobla la cabeza bajo el peso de sus pieles y se convierte en un simple curtidor de los montes.

Asomándose majestuosamente por encima de la calina matinal, el Castillo Lanfranc se erige sobre el río Llan. Rauda y honda, precipitada desde las tierras altas, la corriente demarca a la

fortaleza por tres sitios, como un dogal. Para Erec, que ha visto desde lejos el sorprendente babel de almenas, bastiones y torres albarranas, el pardo y masivo alcázar le ha parecido siempre un juguete. Ahora, en el puente de peaje, donde está lo bastante cerca como para contemplar la severa construcción con sus parches de moho y de yedra y sus mechones de hierba salvaje, el vasto baluarte se alza imponente como un acantilado, desafiante y formidable. Muy por encima de las palizadas, de los bastiones y puestos de vigilancia, se eleva la torre del homenaje, la inmensa torre maestra, en cuya cima tremola ociosamente la bandera negra y verde del barón Guy Lanfranc. Una ojeada al Grifo de Lanfranc, el león con cabeza de águila y garras belicosas, basta para hacer que Erec baje los ojos.

El guardián del puente asiente quedo y soñoliento al ver a Dwn. Es más viejo aun que la mujer y recuerda cuando ella vivía en el castillo, recuerda cuando llegaba tronando a través del puente montada en su palafrén rojizo detrás de la baronesa y su negro bridón. Sólo mira brevemente a su fornido compañero, encorvado bajo el rollo de sus pieles, y no requiere ninguna explicación. El resto de los villanos, con sus gansos para la fiesta de la natividad de San Juan Bautista y acarreando las gavillas de heno primaveral para los establos del señor, están demasiado ocupados y cansados para fijarse en un tipo bajado de las montañas a vender sus pieles.

Más allá del puente, el camino pasa ante el enorme jardín de la derecha que, en la niebla ardaleante, se funde con los huertos y los bosques de caza. A la izquierda está el campo de maniobras, un terreno extenso salpicado por unos pocos cobertizos para el ganado y una barraca para el pastor. El camino describe un arco, cruza los campos de ejercicios y alcanza la barbacana, la primera obra defensiva de la fortaleza, una palizada de estacas y pilotes afilados, demasiado altos para ser escalados.

El guardián de la barbacana ha abierto ya el pesado portal de madera y los villanos entran libremente. Todo son rostros familiares y el portero, sentado en un asiento elevado y con las piernas apoyadas en el travesaño de la puerta abierta, apenas da muestras de percibirlos. Con gesto perezoso, detiene a Erec. Dwn rápidamente —demasiado rápidamente en opinión de Erec— se adelanta y suelta la convenida historia. Los ojos pitañosos del hombre estudian al galés y a sus cueros. Son pieles de alce y de nutria, a todas luces valiosas, y les franquea el paso.

Pasada la barbacana, el camino atraviesa otro campo abierto, la liza, donde un *serjant* y un escudero trabajan a un fogoso corcel. A cada lado de la liza, el terreno desciende, escarpado y rocoso, hasta las quebradas orillas del Llan. Justo delante, un foso ciñe la colosal muralla. Varios pajes, con el agua hasta la cintura, cazan ranas para las cocinas.

El puente levadizo está echado, la verja del rastrillo alzada, y los villanos se amontonan contra las enormes puertas de roble. Los portales están guarnecidos con metal y no han sido descerrados, pero un postigo en una de las hojas, apenas lo bastante alto para un caballo, admite a la gente de la aldea de dos en dos. Antes de que Dwn y Erec lo crucen, la anciana lanza una mirada furtiva hacia una tronera en el bastión junto al rastrillo. El guarda principal vigila desde allí, y ella espera que no se fije especialmente en su primo montañés.

Pero la esperanza de Dwn se enfría en cuanto cruzan el umbral hacia el patio del castillo y el *serjant* emerge de la puerta del bastión para llamarlos. Habla occitano, y Erec, aunque no entiende

las palabras, sabe lo que está preguntando. Deja el fardo a sus pies de modo que, en caso necesario, pueda empujar al robusto personaje, abrirse camino a través de la puerta y arriesgarse en la liza vigilada por los arqueros.

El *serjant*, vestido de cota de malla y almete, es rudo y mantiene una mano en la empuñadura de su espada. No le gusta la mirada de este galés, pues es más corpudo que la mayoría y, aunque viste de forma rústica, hay algo arrogante en su persona. Se yergue con demasiada tiesura y su ademán es decidido, ligeramente ladeado, como el de un hombre entrenado a combatir con la espada.

«¿Hablar francés?», le pregunta el *serjant* en un rudimentario galés y cachea los flancos de Erec en busca de armas.

Erec agita la cabeza, muestra sus pieles y señala las montañas. El *serjant* desenvaina la espada y taja la cuerda de cáñamo que ciñe el fardo. Las pieles se desenrollan. Seguro de que no hay armas ocultas entre los cueros, el *serjant* cintarea las botas de Erec con la hoja de la espada sin que resuenen cuchillos y repasa con el acero las piernas del curtidor, de abajo arriba, por fuera y por dentro. Con seca indiferencia le indica el normando entonces que recoja sus pieles y entre.

Conoce Dwn el camino por las estradas más allá de la plaza y es capaz de mostrar a Erec, una vez apartados de los villanos y mercadantes que la colman, los establos con sus techos de paja y su larga fila de pesebres, donde más de tres docenas de caballos mascan su forraje matutino. Almiares y pilones de estiércol estorban el camino entre los establos y los corrales, y perros, cerdos y gallinas buscan entre ellos, libremente, su alimento.

Al lado de los establos hay destartaladas pero espaciosas estructuras de madera, los barracones de los mercenarios que Guy ha reclutado como ayuda en su asedio al castillo de un barón vecino. Erec se alegra de apartarse de allí apresuradamente, sin el menor deseo de rozarse con los mismos hombres que el rey de los Invasores ha utilizado a menudo para asesinar a buenos galeses.

Dwn le guía junto al ruidoso taller de un carpintero y el repicar de una forja, donde un maestro armero está fabricando pernos de ballesta y puntas de lanza. Pasan junto a obradores de zapateros, cereros, hilanderos, caldereros, vidrieros y sastres. Desde las callejuelas entre los talleres y los largos almacenes, atisban nuevos cobertizos, vivos con estridentes chillidos. Son las halconeras del barón, donde el falconero mayor está colgando tiras de carne.

Más allá de unas vacas que están siendo ordeñadas y del orneo de unos burros sobrecargados de tejas y leña, Dwn y Erec se hacen camino entre los gremiales, tocados con gorras rojas, y sus aprendices, que marchan con la cabeza descubierta. Nadie más parece enterado del retorno de la baronesa, y cada uno se dedica a lo suyo, como cualquier otro día. Un cierto gentío con sacos sobre los hombros se ha reunido ante un edificio circular al que corona una alta chimenea; es el horno principal del señor, donde todos los villanos traen su harina para transformarla en pan.

Dwn detiene a Erec allí para poder observar la capilla adyacente, una incongruente construcción de elegantes pináculos de piedra negra y esculturas de santos. Detrás hay otro foso y una masiva muralla con torres que protegen el recinto interior. El puente levadizo está bajado,

alzado el rastrillo, y Erec contempla con visible fascinación el vasto patio interior y el *palais*, un edificio de piedra en forma de L con pináculos exquisitamente labrados, grandes ventanas ojivales y techo a dos aguas de tejas rojas. Alzándose sobre el *palais*, en el otro extremo del castillo, divisa la torre del homenaje, la gran fortificación circular que apoca todas las otras torres.

Una horca hay en su cima para colgar enemigos y un mástil en el que vuela el Grifo negro sobre un campo de sinople.

Clarinea la trompeta de la torre del portal. La gente apiñada delante de la plaza se esparce dejando franco el camino, cuando los escuderos se precipitan desde los barracones y los establos.

Se abren las puertas pesadamente; cinco jinetes con la cabeza descubierta y vistiendo completa armadura atruenan el puente levadizo, emergen a la plaza y desmontan.

Erec reconoce enseguida al barón, Guy Lanfranc, aunque nunca lo ha visto desde una distancia tan escasa. Ni alto ni de complexión poderosa, el rostro quijarudo de Lanfranc —con una única arruga cruzándole la frente y sus densas cejas negras unidas sobre una nariz chata— irradia, sin embargo, un carisma imperioso y brutal. Peina hacia atrás, austeramente, su larga y espesa cabellera azabache, en un moño al estilo militar. Y su cutis, oscuro como oleosa nuez, resplandece de tensión cuando grita sus órdenes a los escuderos para que le quiten la armadura y le traigan un corcel fresco con el que cabalgar hasta el *palais*.

Erec identifica también al maestro de armas de Guy y lo avizora bien mientras este pasa en su camino hacia el herrero, cubierto por su mellada y rasgada armadura. Roger Billancourt lleva el pelo gris muy corto, próximo a su cráneo cuadrado y de las sienes borrado por una vida entera bajo el yelmo. Su rostro curtido, afeado por viejas cicatrices que rompen en parches su barba erizada, recibe ceñudo a todo aquel que busca su mirada de acero.

Dwn señala con el rostro a un membrudo caballero junto al barón y susurra, «Ese del bigote bretón es William Morcar».

El vulto de Morcar está esculpido como una excrecencia de la piedra del castillo, con un bigote pajizo que le cae por debajo del mentón.

La mirada de la vieja sirvienta se fija en un caballero anguloso con el rostro suave de un clérigo. «El alto y calvo es Harold Almquist».

Los ojos de Erec se apartan del endeble Almquist, en cuya testa lustrosa brilla el sudor sobre una corona de pelo crespo y anaranjado. Para el galés, carece del aspecto de un guerrero.

Pero el hombre que está detrás de él sí lo posee: un arquero de anchos hombros, con su arma colgada en bandolera. Es de apariencia felina, desbarbadas y huecas las mejillas, sin cejas sobre su mirada verde, de ojos muy separados. Su pelo, corto en la nuca, es tan rubio que parece blanco como tiza a la luz del sol.

«Ese es Denis Hezetre, el amigo de infancia del barón. Él y Guy se aventuraron juntos por Irlanda cuando se hicieron hombres y no pudieron continuar bajo el gobierno de la baronesa. Parece mucho más joven de lo que es y se le rinde admiración entre las mujeres, aunque nunca ha tomado esposa ni corteja a ninguna dama».

«Acaso prefiera que lo monten».

«No lo creo. Cuando estaban en Irlanda, Guy le salvó la vida, pero a costa de una herida en la

ingle que le hizo perder su pequeño gusanito. Así como Guy se privó a sí mismo del amor de las mujeres por salvar a su amigo, Denis juró entonces renunciar a ese mismo amor. Ha vivido tan célibe como un monje desde aquel tiempo».

Erec y Dwn se sientan en la moldura de piedra que bordea la capilla, con el sol en los ojos. Ello beneficia a la anciana, cuyos húmedos huesos reciben calor, y que ha ganado tres peniques de plata con la venta de las pieles de Erec. En cuanto el sol los descubrió, así les ocurrió también con los gremiales. El zapatero y el sastre han enviado ya sus aprendices a examinar los cueros, y Erec se complace en ofrecer a la vieja el dinero que le han pagado. Se sienta ella con las manos abiertas en el regazo, el rostro ajado vuelto al cielo, los ojos cerrados, tostándose con los cálidos rayos del sol.

El excitado estallido de una trompeta pone a Erec en pie. El trompetero funde en un floreo la alarma, anunciando la llegada de un dignatario. Dwn aferra el brazo de Erec y se incorpora.

«¡Es ella! ¡Ha vuelto!».

La gente de la plaza, que visiblemente no espera a ningún alto personaje ahora que el señor está en el castillo, pausa en sus tareas y comparte miradas y murmullos asombrados. «Guy ha guardado bien el secreto», observa Erec tomando a Dwn de la mano y conduciéndola hacia los portales fronteros.

«Quizá no lo sepa».

«Lo sabe. ¿Por qué habría retornado, si no, del ardor de su asedio? Recibió el mensaje ayer a última hora, en el camino principal».

Ah, cierto, recuerda Dwn: los jinetes galopando por las sendas escarpadas de la colina, ayer al crepúsculo. «Ailena ha obrado sabiamente guardando el secreto de su retorno. La traición no es algo impropio de su hijo. Y sin embargo, no puedo comprender la razón de su vuelta. No tendrá fuerza para competir con la ira de su hijo».

«A menos, abuela, que haya venido para enfrentarlo con la fuerza más inconmovible de todas».

Dwn se detiene, y el rostro se le contrae cuando la repentina y acerba verdad de estas palabras la atraviesa como un viento frío. «Sin duda, has razonado bien, bravo Erec. Como cadáver vuelve Ailena».

Guy Lanfranc carga a través de la puerta del recinto interior sobre su caballo de combate, velado el rostro por una ceñuda expresión. No cree que Madre se atreva a volver, ni siquiera como cadáver. Sospecha que no se trata sino de uno de los engaños de sus enemigos, inocuo para él. La bandera que ha hecho izar a sus hombres en la torre maestra ordena al portero exterior hacer descender el rastrillo. No será él engatusado por ningún caballo de Troya.

Los caballeros de Guy se reúnen con él en el portal frontero. Roger Billancourt, cubierta su cabeza gris por la cofia de malla, desmonta y recibe informes del guardián de la puerta. «La

partida es pequeña», repite para los otros. «Tres mulas de carga y un carro de bueyes en que tremola el Cisne».

«¿Qué truco es este?», murmura Guy.

Roger camina hasta la puerta y mira a través de un ventanillo. «Llevan dos bestias extrañas. Y dos caballeros montados. Pero el carro es demasiado pequeño para más de media docena de hombres».

«Alzad el rastrillo», clama Guy impaciente. «Abrid bien las puertas. No ha de amedrentarme más el espectro de mi madre. Acabemos con esto de una vez. Nuestro asedio nos aguarda».

Tan pronto como se abre la puerta, Guy se lanza hacia delante inclinándose para no golpearse la cabeza con el rastrillo que se eleva. Cruzado el puente levadizo, clava las riendas y su cuerpo se agita hacia atrás y hacia delante con el inquieto caracoleo del caballo, mientras él trata de comprender el espectáculo que se aproxima.

Allí, en el camino que se extiende a sus pies, aguarda un carruaje cubierto por una lona de piel y tirado por dos bueyes, blasonado el estandarte por una cabeza de Cisne, enmascarada de negro, majestuosamente inclinada. Sostiene las riendas un enano de abigarradas ropas, en cuyo hombro encorvado se sienta un mono vestido como un escudero. Detrás del enano, un judío de túnica rojo-vino mormojea plegarias; su barba boscosa y los largos rizos grises de sus sienes se agitan mientras él se balancea atrás y adelante.

A un lado del carruaje, dos camellos bactrianos ricamente enjaezados, con riendas escarlata y borlas plateadas, contemplan a la asombrada muchedumbre de la puerta con impasible arrogancia. Encimado en uno de ellos hay un caballero alto, de barba blanca, tocado con turbante y vestido con ropas amplias. Cruzado en su regazo, reposa un sable curvo, ataujados su empuñadura y el talabarte con oro. Una daga mameluca resplandece en su cintura, y del arco de la silla pende un carcaj con jabalinas de cuatro pies de largas. Alrededor de su cuello, una maciza banda dorada cautiva el sol. Al otro lado del carro, un esplendoroso semental blanco de esbeltas patas porta a un caballero descubierto, vestido enteramente de negro salvo por una cruz paté, que cubre su corazón de escarlata. Tras él, tres mulas pesadamente cargadas mordisquean la hierba de la orilla del camino.

«¡Salud, castillo Valaise!», clama el enano en una lengua de oc sembrada de inflexiones italianas. «¡Tu señora ha vuelto!».

«¡Malhaya!», grita Guy en respuesta. «Este es el castillo Lanfranc y ninguna señora lo gobierna».

Los caballeros cruzan el puente y se sitúan al lado de Guy, examinando este circo extraño y murmurando entre ellos. Detrás, los villanos que colman la puerta cuchichean excitados a la vista del estandarte de la baronesa y de las raras criaturas. Y al otro lado del río, la gente de la aldea se ha reunido para mirar.

«Soy Guy Lanfranc, conde de Epynt, barón de este castillo. Declarad qué os trae aquí».

El enano se pone en pie mientras trepa el mono a su cabeza y señala con un gesto la bandera del Cisne. «*Esto* es lo que nos trae aquí. ¿No reconoces la enseña del verdadero amo de este dominio? ¡Abrid camino a la baronesa Ailena Valaise!». El enano chasquea las riendas y los

bueyes se mueven pesadamente hacia delante.

«¡Alto!», brama Guy. «¡Deteneos y daos a conocer!».

El carruaje frena carrasqueando.

En la puerta, los *serjants* apartan rudamente a los villanos para abrir camino a una gruesa dama vestida con un *pelisson* de la mejor tela de Flandes y orlado de piel; la acompaña un hombre de cráneo largo, piel cetrina y aspecto presumido: Gerald Chalandon y su esposa Clare avanzan presurosos a través de la turba.

«*Merde!*», gruñe Guy veladamente al ver a su hermana y a su marido. «Retenlos, Harold. Esto huele extraño».

Harold Almquist, calvo y desgarrado, desmonta y corre a contener la ansiosa pareja. Clare ya está llamando, «¿Madre? Madre, muéstrate».

Guy apremia a Roger Billancourt y William Morcar. «Registrad el carro».

Inmediatamente, el jinete del camello se mueve para cortar su avance; algo dice en una lengua extranjera. El caballero negro trota hasta su flanco y habla en un francés elegante con cadencia del sur, «Noble señor, bravos caballeros, querida dama y buena gente de Epynt, aquí dentro está en verdad la baronesa Ailena Valaise. Ha viajado desde la lejana Jerusalén bajo nuestra custodia. Yo soy Gianni Rieti, canónico reglar de la Orden del Santo Sepulcro. A mi derecha está Falan Askersund, un caballero sueco que ha servido en Tierra Santa, pero que perdió su fe en la Iglesia y ofreció su alma a Mahoma y el dios sarraceno. Es el esclavo de la baronesa, un regalo del califa musulmán. Y nosotros somos sus caballeros, que hemos jurado proteger su honor y guardarla de todo mal, por vuestro rey, su altísima majestad Ricardo Corazón de León, y por su Santidad, nuestro Santo Padre de Roma, el Papa Celestino III. A través de nosotros, ellos os envían sus parabienes y extienden su justa voluntad».

«Tiene la lengua más lubricada que el culo de un caracol», le susurra a Guy Denis Hezetre.

«Mostrad a la baronesa, que pueda ser reconocida», ordena Guy.

El negro caballero introduce la mano en una bolsa sujeta a la silla y extrae, con ademán exagerado, dos sobres de pergamino. «Aquí están los documentos del rey Ricardo y de nuestro Santo Padre, ambos debidamente autenticados con sellos oficiales. Confío en que los hallaréis legítimos y vinculantes».

Gianni Rieti avanza con un caracoleo de su corcel, ligero como una llama, y tiende con elegancia los pergaminos a Roger Billancourt.

Guy recibe los documentos y los mira sólo brevemente. Parecen auténticos y se los pasa, brusco, a Denis. «Esto no es más que pergamino. Podrían ser falsificaciones», dice despreciativo.

«Mostradnos a la baronesa o daos media vuelta y largaos».

«No puedo acceder a eso», repone Rieti con sincero pesar. «Permitir que la baronesa se revele fuera de su propio castillo sería una gran indignidad para nosotros. Ella se mostrará sólo cruzado el umbral».

«Pura imbecilidad», ladra Guy. «Si la vieja perra está ahí dentro, que salga y se muestre. No tengo tiempo para juegos».

El caballero italiano retrocede con indignación. «Vuestra falta de respeto por vuestra madre

me ofende y deshonra las enseñanzas de nuestra fe».

«¡Falsarios!», grita Roger Billancourt, la mano a la espada. «No les dejes entrar en el castillo», le dice a Guy. «Mátalos aquí mismo».

Gianni Rieti sonríe serenamente ante el guerrero airado, gesticulando con vaguedad hacia el cielo. «Vuestro rey y nuestro Santo Padre se verán dolorosamente insatisfechos, si asesináis a sus emisarios». Y torna su hermosa sonrisa hacia Guy. «Sin duda, estimado señor, perderíais vuestra baronía... y acaso vuestra cabeza también».

«¡Dejad que madre entre!», exclama Clare desde el lugar en el puente donde la han detenido Harold y Gerald. Su rostro tenso se contrae con rabioso resentimiento hacia su hermano, y corre hacia el carruaje hasta que la refrena Harold.

«¿Qué daño pueden hacernos?», le susurra Denis a Guy. «Son demasiado pocos para desafiarnos, sean los que sean los que oculten en el carro».

Guy hace rechinar los dientes, se da la vuelta y retorna al castillo. Denis y William conducen el carro de la baronesa a través del puente, flanqueado por los camellos. Roger les sigue, su mano aún en la espada.

Clare suplica a Gerald y a Harold que la dejen aproximarse al carruaje, pero ellos la llevan tenazmente de vuelta a la plaza. Allí, sus servidores la rodean para protegerla de la excitada muchedumbre. «Es madre», suspira acaloradamente, con convicción. «Es su forma de hacer las cosas. Nunca cedió una pulgada ante Guy».

Erec y Dwn empujan para acercarse al espacio que Guy ha despejado escaramuzando con el caballo en un amplio círculo. Los masivos hombros del galés abren cuña en la curiosa turba.

Cuando alcanzan la primera fila, coloca a la anciana ante él para que nada pueda obstruirle la vista.

Ahogados suspiros de miedo crepitan en toda la plaza cuando los camellos acceden a ella, con el jinete enturbantado mirando impasible adelante. El carro, rechinante y maltratado por el viaje, es vulgar, apenas un vehículo adecuado para un pasajero noble; y ciertamente, son el cochero enano y su negro mono, encaramado ahora a su hombro y saludando a la asamblea, los que despiertan los más excitados murmullos. Con la cabeza combada, el cuerpo balanceándose con el traqueteo atrás y adelante, el judío murmura plegarias. Las mulas avanzan pesadas; tras ellas cabalga el jinete italiano, regio y precipitando su bridón blanco. Con su pelo rizado y endrino, y su barba y bigote elegantemente recortados, es la viva imagen del caballero extranjero; cuando sonríe a la multitud, levanta espontáneos vítores.

«¡Gentes de Valaise!», exclama Gianni Rieti, centelleantes sus ojos oscuros de gozo. «¡Os traigo nuevas portentosas! Vuestra señora ha vuelto... mas no como partió. Ha sido obrado un milagro. Tanto el caballero musulmán Falan Askersund —y señala al jinete del turbante— como yo mismo, y otros muchos, contemplamos el prodigio con nuestros propios ojos, y hemos hecho este largo camino desde Tierra Santa con la baronesa, por la gracia de Dios y con la aprobación de nuestro Santo Padre, para rendir testimonio de la gloria de nuestro Salvador. ¡Buena gente, bendecida por la fe y el temor del Señor, contemplad a vuestra baronesa, Ailena Valaise!».

El enano tira de una cuerda y la lona de piel del carruaje se desprende revelando a una joven

sentada en un banco tapizado. Bajo una melena oscura y undosa que se derrama sobre sus hombros en crepusculares destellos rojizos, la mujer observa a los reunidos con la intensidad del lunor en su rostro. Sus grandes ojos ebúrneos son círculos de claridad buscando el reconocimiento de su gente. Mantiene la cabeza alzada sobre el largo, frágil cuello, mostrando sus pómulos soberbios, una nariz longa y patricia, y una boca en la que el pequeño labio inferior y el carnosos bezo superior dibujan una decidida confianza en sí misma.

Al verla, los recuerdos de Dwn saltan atrás a través de los años, tan violentos que una sensación de caída engaña a sus piernas y la empuja tambaleante a los brazos de Erec.

«¡Impostora!», ruge Guy.

Perplejos alaridos se mezclan con airadas quejas. Maese Pornic, el abad local, un hombre de rostro macerado y plateada tonsura, cubierto por una capa de basta estameña negra, se escurre entre la muchedumbre para situarse al lado de Guy. «¡Esto es blasfemia! ¡Sacad a esta falsaria desvergonzada inmediatamente de aquí!».

La joven del carruaje se incorpora y alza su mano izquierda. «Soy Ailena Valaise», dice con una voz sorprendentemente ronca para una mujer tan esbelta. «Porto el sello de mi padre, tal como lo llevaba el día de San Fandulfo, hace casi diez años, cuando dejé el castillo para unirme a la Cruzada».

La turba se apretuja hacia el carro. Precipitándose delante de ellos para contenerlos, Guy se detiene ante la joven mujer. «¿Te crees que estamos locos?», le chilla, la saliva saltándole de la boca.

Diestramente, el camello que porta a Falan Askersund se desliza hacia atrás separando a Guy del carruaje. Asustado por el olor y la apariencia del camello, el corcel de Guy se aparta engrifándose nervioso.

«¡Ha sido obrado un milagro!», clama Gianni Rieti y señala los documentos de pergamino aún en la mano de Denis. «Nuestro mismísimo Santo Padre ha autenticado este portentoso. Tenemos su sello. Por favor, gentil caballero, leed su proclama en voz alta».

Denis, aturdido por la semejanza de esta mujer con la vieja baronesa de sus recuerdos de infancia, abre el documento papal y lee ante la multitud:

«Celestino Papa a todos los creyentes: otorgamos la bendición de nuestro Señor y Salvador Jesucristo a todos vosotros y os ordenamos obediencia a esta acta de la Iglesia escrita por nuestra mano. En testimonio de la verdad de la milagrosa intervención de nuestro Salvador y en nombre de la autoridad apostólica que nos inviste, reconocemos a Ailena Valaise como el glorificado recipiente de la gracia de Dios por medio de la manifestación del Sagrado Cáliz, del que ella ha bebido y por el cual la juventud ha sido restaurada en ella, sana y santificada y digna de ser restablecida en su título de baronesa de Epynt, donde, por nuestra voluntad, recuperará con pleno derecho su lugar como legado del Rey de Inglaterra, con todos los poderes y deberes que ello comporte. Dado en Letrán, el día de la fiesta de Santa Ana, en el séptimo año de nuestro pontificado».

Denis, alto en su silla, alza el documento abierto para que todos puedan ver la púrpura escritura y el sello áureo. «Es cierto, esto porta la estampa del anillo papal», dice y lo sostiene ante maese Pornic, cuyos ojos se ensanchan como los de una jaca asustada.

Gritos de asombro y clamores de salvación taladran a la multitud. No son pocos los que se persignan y caen de hinojos.

Premiosa, la baronesa les hace levantarse. «No es a mí a quien tenéis que adorar», proclama, pero su voz se pierde en el frenesí creciente del estupor. Denis saca su espada y le tiende su empuñadura, declarándole fidelidad. Varios *serjants* lo imitan. El resto de los caballeros se vuelve hacia Guy, que mira, sombrío y hostil, a la joven erguida ante él.

Erec alza a Dwn sobre la turba estremecida para librarla de la opresión, y la sacude gentilmente hasta que sus sentidos retornan. Dispone los brazos de la mujer alrededor de su robusto cuello y contempla, sobre las cabezas del populacho, a la muchacha del carruaje.

«¿Es realmente la baronesa?», pregunta Erec lo bastante fuerte como para hacer oír su voz sobre el tumulto.

«Eso diría yo», responde vacilante Dwn, «pero mis ojos son viejos. Debo acercarme más... para estar segura».

Unos *serjants* avanzan a través de la turbamulta armados de largas baquetas, abriendo camino para Clare, Gerald y Harold. Pero Erec desplaza a la anciana hasta sentársela sobre los hombros y arremete a través de la horda para seguir la estela de la compañía. Un *serjant* le cierra el paso con una vara cruzada, y Erec grita con todo el poder de su voz, «¡Seigneur Gerald!».

Gerald y Clare se tornan. El rostro de Clare está ungido en lágrimas, enrojecidos sus ojos salvajes. Pero Gerald, cetrino, parece hoscamente sobrio. Al ver a la vieja criada, revive súbitamente, sus ojos centellean de astucia, y palmea el hombro del *serjant* indicándole que los deje pasar.

«¿Es tu ama?», le pregunta Gerald a la vieja.

Dwn se siente extrañamente radiante y ardorosa. En cualquier momento, se dice a sí misma, de sus ojos, de sus oídos y boca brotarán rayos de luz. En vano se esfuerza por contener su fascinación, por contemplar a esta joven y no ver la semejanza. Pero la semejanza se hace más y más vívida cuanto más se aproxima a ella. Un miedo lancinante la muerde cuando se da cuenta de que en cuestión de segundos estarán cara a cara. Portada por el corpulento galés, se siente como si hubiese caído del mundo a la eternidad, escapando de algún modo al destino y grandeza de la muerte.

Gerald le dirige una mirada severa. «Ni una palabra hasta que no te hable. Si es tu señora, te reconocerá».

Clare, que se ha adelantado entre tanto, ha alcanzado ya el carruaje y trepa a él ayudada por los *serjants*. La muchedumbre se sume en silencio para oír el saludo de la milagrosa baronesa a su hija. La baronesa toma las manos de Clare, y Clare, tembloroso el rostro grueso, balbucea al borde del desmayo.

«Dios te bendiga, querida mía», se deja oír la baronesa, su rostro lívido ardiente de pronto como una llama. «Mi niña, mi niña querida, mi Clare. Déjame que te estreche contra mi corazón. Ven a tu madre. No tengas miedo. Nuestro Señor me ha tocado con Su gracia».

Con un hondo sollozo, Clare se arroja en los brazos de la joven dama y ambas se tambalean a punto de caer del carro, hasta que el jinete del camello, alerta, las sostiene.

Gerald separa a las dos mujeres. Clare se sienta pesadamente en el banco del carruaje alzando en sollozos los hombros y con sus ojos líquidos fijos en la joven baronesa. A una señal de Gerald, la anciana es subida al carro. De nuevo clava en la vetusta mujer una mirada hosca, y Dwn permanece quieta, estremecida por gélidas ráfagas de temor reverente y aun terror.

La joven mujer mira a la mujer temblorosa, tierna como una madona. Toma las manos tremolantes de la vieja en sus propias manos cálidas y, aun antes de que hable, se desvanece toda duda del alma de Dwn. El trazo cincelado de sus cejas oscuras, la curva de su quijada, blonda como el polen, el tenue hoyuelo del mentón... observa ella estos rasgos bien grabados en su memoria con ojos más y más grandes y el peso de un nuevo temor: que todas sus titubeantes plegarias hayan sido oídas en el silencio de Dios.

«¿Me reconoces, Dwn?», pregunta la joven baronesa en un galés alhajado con el acento de su lengua madre. «En verdad soy yo, la Sierva de los Pájaros».

Las manos de Dwn se arrancan de las de su amiga perdida como de un fuego, y se cubre la boca abierta y perpleja. Estalla un grito, y tras él lágrimas de turbación. La baronesa envuelve a la anciana en su abrazo y acaricia su cabeza gris. «Te has dejado crecer el pelo. Pero este es lo único que no ha cambiado. Has sufrido en mi ausencia. Mi querida Dwn. ¿Dónde están tus finas vestimentas? ¿Y por qué hueles a pocilga de este modo?».

«No importa, mi queridísima Ailena», suspira Dwn en el hombro de la baronesa. «No importa en absoluto ahora que has vuelto».

Chilla Guy: «¡Esto es farsa!».

Ailena lo mira destellante y se separa de su vieja amiga. «No es farsa, Guy... sino la portentosa voluntad del Buen Dios. Desde luego, esperaba que dudases, hijo mío; tú nunca has tenido ni un grano de fe».

Roger Billancourt azuza a su caballo a través de la asamblea repentinamente alborotada hasta colocarse al lado de Guy. «Por amor de Dios, no la desafíes aquí. Apártala primero de la canalla».

«Te veo murmurar tus artimañas, Roger Billancourt», exclama fuerte la baronesa. «Fue tu idea, ¿acaso no?, librarte de mí lanzándome sin un penique a la peregrinación. Qué lúcido. Y Guy, pobre tonto, no puede evitar hacerte caso». Engalla soberbiamente la cabeza. «Hermanos aquí reunidos, vengo a deciros que he llevado a cabo mi peregrinación y que el Salvador ha respondido a mis plegarias, tal como mi hijo podría ver si no le cegase la maldad. Ahora es a él a quien corresponde ir a Tierra Santa y pedir el perdón de nuestro Señor».

La muchedumbre enmudece ante el desafío. Ailena sostiene su mirada trabada en duelo con Roger durante un largo, enconado instante, antes de volver los ojos hacia la multitud.

Rodeados de guardias, están los miembros de la familia que se han precipitado desde el *palais*. Observándola con fría perplejidad hay dos mujeres de elegantes vestiduras, una de cabellera

color jengibre y pecosa la otra, con trenzas rojas como piel de zorro. Ailena sonríe y cabecea. «Hellene y Leora» —llama por sus nombres a las hijas de Clare—, «¿no me reconocéis? Nunca me habéis visto sin mis arrugas».

Ailena contempla sorprendida a los vástagos que rodean a las mujeres. «Reconozco al hijo de William, Thierry», dice descubriendo a un fornido muchacho con el porte arrogante del heredero y el empaque en la quijada de un matón. «No eras más que una criatura cuando partí. Debes de tener quince ahora. Y tu gemela... ¿dónde está Madelon?».

Una esbelta muchacha de élficos bucles dorados y el rostro de un duende travieso surge desde detrás de su madre Hellene. Cortés, depone, «Bienvenida a casa, arrière-grandmère».

Ailena le sonríe generosamente; señala entonces a un rufo zagal de nariz respingona. «Y tú, por supuesto, eres el más joven de los hermanos, Hugues. Eras un cachorro de dos veranos cuando te vi por última vez. Y mira ahora... Tienes el tamaño de tu padre». Deja que su mirada abstraída vague hasta William Morcar, montado en su corcel y examinándola mientras se acaricia su bigote pajizo.

«¿Y son todas estas tuyas y de Harold, Leora?», pregunta Ailena a la mujer de cabello rojo-zorro indicando el hato de niñas pulidas pero inquietas arrediladas en torno a ella. «Son todas demasiado jóvenes para que yo las conozca».

Leora resplandece orgullosa. «La mayor nació el año siguiente a tu partida, grandmère». Y palmea cada una de sus cabezas, «Joyce, Gilberta, Blythe y Effie».

Ailena suspira. «Ha pasado tanto tiempo». Escudriña la multitud y frunce el ceño. «¿Y mi único nieto?». Se torna hacia Clare. «¿Dónde está tu hijo Thomas?».

«Está en la abadía», responde Clare a través de sus lágrimas gozosas. «Está estudiando las Escrituras, preparándose para el sacerdocio».

«Muchas cosas han cambiado», dice, y mira a Guy, cuyo rostro se obstina en una mueca de desazón. «Muchas son nuevas». Encara el recinto interior. «Denis», ruega al único caballero que le ha ofrecido su espada, y este se endereza en la silla a la mención de su nombre.

«Condúceme al *palais*, donde limpiaré de mis botas el polvo de Jerusalén».

Cuando Denis, obediente, empieza a abrir camino hacia el recinto interior y los camellos se colocan a la cabeza, la baronesa ordena a Dwn sentarse junto a Clare. Enfrenta entonces al hombre tras ella. «Gerald, no te quedes ahí espantando moscas como un lelo. Tu mujer necesita de ti en la aflicción de su dicha. ¿Es que has olvidado toda la cortesía que un día profesaste?».

Gerald cierra la boca e inclina la cabeza. Aleccionado, se sienta, manso, junto a Clare.

Ailena se afirma aferrando el mástil que sostenía la lona y, cuando el enano chasquea las riendas y los bueyes avanzan traqueteantes, como siguiendo la cadencia de las plegarias del judío, la baronesa sonríe benigna a la muchedumbre de la plaza y agita su mano.

Erec observa el rodar del carro sin apartar sus ojos de la baronesa hasta que desaparece más allá de la capilla. Su ausencia deja en torno a él un abejoneo de quietud, como una pausa en el viento. Y aunque la gente barbulla excitada alrededor, ecos distantes son sus voces. ¡Ha visto y oído a la

mismísima baronesa! Ha sido testigo de sus palabras a la anciana y ha escuchado, en su propia lengua, cómo empleaba ella su nombre secreto: Sierva de los Pájaros.

En la marea humana recibe codazos y empujones, pero los golpes pasan a través de él, como si se hubiese transformado en espíritu. Deriva hacia los portales exteriores, introverso, estudiando su memoria reciente de la joven baronesa, viendo de nuevo sus calmos ojos negros, su nariz longa como la de una estatua romana en las viejas termas de Caermathon, y el pronunciado labio superior, que aun cuando sonrío la hace parecer como si estuviese a punto de gritar.

Empujado por la masa, logra salir del castillo, maravillándose... *Habla nuestra lengua*. El sonido de su voz arenosa prosigue en la mente de Erec, aligerando su paso, como si flores brotasen bajo sus pies mientras camina, como en el mito de Owen.

«¡Es el demonio, el demonio encarnado!», clama maese Pornic y su denuncia repica, estridente, en los sillares y el maderaje del *palais*.

Clare se alza de la pesada silla de madera donde se había derrumbado por la impresión, oscuro de furia el rostro. «¿Os atrevéis a calumniar a mi madre?», le responde a gritos, rechinando su voz en las vigas.

Gerald posa una mano calmífera en su brazo y cloquea suavizando los ánimos, «Todos estamos aturridos».

«Es un milagro», afirma Denis Hezetre desde su rincón, apoyado en la pared, la mirada vacua. «Hemos sido testigos de un milagro».

Guy Lanfranc, que preside una masiva mesa de madera, pasea sus ojos de halcón entre el resto de los caballeros sentados frente a él. Roger Billancourt evidencia su ira, pero los demás están sencillamente estupefactos. Tanto Harold Almquist como William Morcar observan envarados sus manos cruzadas sobre la mesa, sin saber qué pensar o sentir.

«Están los documentos», sugiere Gerald débilmente.

«¡Falsificaciones!», restalla Roger.

«No lo creo», dice Denis y se acerca a la mesa desplegando los pergaminos. «Esta es una cédula auténtica». Se inclina sobre la mesa, donde ha extendido los documentos y lee en voz alta:

«Ricardo, Rey de los ingleses, a todos sus hombres fieles: salud. Ordenamos e imponemos que, pues nos rendís lealtad y os amáis a vosotros mismos y a todo lo que es vuestro, garantizéis a Ailena Valaise, hija del conde Bernard, viuda de Gilbert Lanfranc, libre paso a través de mi reino hasta su dominio de Epynt en la frontera de Gales, donde es instituida por Nos autoridad principal y legado.

»Testigo yo mismo, en Levante, en el quinto día de Junio.

»El sello es igual al de los otros documentos que hemos recibido del rey. Daos cuenta, claro está, de que si desafiamos esta cédula, estamos desafiando al monarca».

Guy aporrea la mesa con el puño. «¡Imposible! ¡Yo soy el señor de este feudo y dominio!».

Clare se mofa de él. «Súbete por las paredes, querido. Eso impresionará sin duda al rey. ¿Crees acaso que Ricardo ha olvidado tu apoyo a la rebelión de su insolente hermano Juan, mientras él

estaba en Tierra Santa?».

Guy se incorpora a medias de su asiento, oscuro el ceño. «Me he sometido a pagar a los hombres del rey la multa por mi alianza con Juan».

«Juan Sin Tierra, loco», se encona Clare. «No tiene más autoridad ni dominio que los que trató de robarle a su hermano. Y ahora te ves obligado a saquear el feudo de Branden Neufmarché para pagar la multa. No creo que madre vaya a aprobarlo, hermano».

«No es madre».

«El rey y el papa dicen que lo es», persiste Clare vehemente.

Maese Pornic golpea la mesa con un nudillo imponiendo silencio. «No es cuestión de otorgar demasiada importancia a estos documentos. Celestino rindió su alma en Enero. Nuestro nuevo Santo Padre Inocencio sin duda revocará esta autorización. Al fin y al cabo, Celestino estaba en sus noventa cuando redactó el acta. Escribiré de inmediato a nuestro nuevo Santo Padre sobre esta materia». Se vuelve hacia el soturno barón. «Insisto Guy en que me dejes a mí esta pesquisa. Esa mujer proclama que se ha obrado un milagro. Pone su alma en peligro con tan extravagante pretexto».

Clare contempla al abad con ojos como hendijas. «Vos, un hijo de la Iglesia, ¿dudáis que Dios pueda obrar milagros? ¿Os atrevéis a proscribir la voluntad de Dios?».

Maese Pornic aprieta sus dedos huesudos y baja reverentemente el rostro, tensos sus severos labios color hígado. «Yo nunca dudaría del poder de Dios para obrar milagros. Pero Satán está lleno de embustes. No debemos prejuzgar las apariencias».

«Perfectamente», concluye Clare. «Hasta que se pruebe lo contrario, aceptaremos que el documento del Santo Padre es válido y que mi madre ha retornado de Tierra Santa, “restaurada en su juventud, sana y santificada”, tal como reza el decreto papal».

Un servidor aparece en el arco de la puerta y anuncia que la baronesa exige la presencia de todos los miembros de la casa en el salón principal. Clare, mirando a su hermano con un destello triunfal, deja la estancia de inmediato con Gerald; el resto de los caballeros se demora, fijos los ojos en Guy.

Guy se levanta con lentitud, pulsante la quijada. «No hagamos esperar a *madre*».

Los dedos de Dwn parecen tubérculos contra la exquisita tela de su camisa. A pesar del baño caliente que acaba de tomar, la suciedad aún persiste incrustada en las finas grietas de sus manos nudosas. Dos veces hubo de ser vaciada y rellenada la larga bañera de madera, y aun así no está completamente limpia. Pero la lejía cáustica del jabón y la enorme cantidad de pétalos de lila han extinguido, casi, el tufo a estiércol.

Dwn observa en el espejo cómo las criadas de Clare le traen un *pelisson*, un manto ligero de seda azul exquisitamente orlado de piel blanca. La baronesa, visible en el otro extremo de la habitación, sale ahora mismo del baño. No pueden percibirse ya los lunares y pequeñas cicatrices que Dwn recuerda en la desnudez de su señora; una constelación diferente de pecas y marcas diseña la hermosura de su cuerpo, consecuencia, le ha explicado a Clare la baronesa, del milagro

que ha remozado su juventud.

Una enagua de cardado algodón es alzada sobre la cabeza de Dwn y cae deslizándose suavemente sobre carne habituada a fibras bastas. Acaricia ella el terso material, y se aturden las yemas de sus dedos. Las sirvientas la ayudan a ponerse un brial azur —una fina túnica talar—, cuidando de ajustar bien las largas mangas colgantes y el cinturón de seda entorchada para que el conjunto sea cómodo y estético. Sobre este, el manto, aéreo y ornado de piel.

Mientras otra sirvienta le peina y le trenza el cabello, Dwn observa a su señora, desnuda frente al espejo de cuerpo entero. Temblorosas, indecisas criadas la secan. Resplandece azul como la leche o el invierno, tenso el vientre como el de una niña, redondos sus pechos como pequeñas liebres, rosados los pezones no maculados aún por la preñez. Visible bajo una mata de rizado y fino cabello, que es casi una niebla de humo oscuro, la ciruela silvestre de su sexo. Es apenas una mujer, y aún puede verse la niña en los huesos afilados de sus codos y en sus muslos angostos.

Vibra Dwn por dentro con la ansiedad de interrogar a su vieja amiga, de oír por fin cómo llegó a ella Dios. Pero observa el semblante soñador de su ama, la forma en que vagan de una cosa a otra sus ojos, distraídos, y se contiene.

«Sierva de los Pájaros», dice Dwn en galés esperando sacarla de sus ensoñaciones, «eres bella. El Señor te ha hecho hermosa otra vez».

Ailena le sonrío en el espejo, respondiéndole con una risa apenas devanada, «Y tú te has hecho sabia como la castaña».

Dwn sonrío, recordando este diálogo entre ellas desde que eran muchachas y un jardinero galés les enseñó a aceptar cumplidos a su floreciente hermosura. «Dile a los viejos que son sabios como castañas y no te lo reprocharán, pues la castaña sabe cómo sobrevivir a la sequía y su cáscara se abre como un ojo en otoño, cuando la tierra viste su más florida hermosura».

«Hablad en francés para que pueda entenderos», protesta, frívola, Clare, sintiendo como si se hubiera despertado dentro de un sueño. Es ella misma quien porta los ropajes que su madre vestirá, y los deja cuidadosamente en un colgador detrás del espejo. «Cuando yo era una niña, siempre estabais parloteando en galés para que padre no os entendiera».

«Eso sólo aventaba su rabia», rememora la baronesa. «Prohibió el galés en el castillo y aun en la villa... pero lo desafiarnos».

«Y te llevaste los golpes de ese desafío», le recuerda Dwn.

«Tanto tiempo ya». Clare ofrece a su madre una camisa del ropero de su hija Leora, temerosa ante la joven mujer. «Dímelo todo, madre. Dwn y yo queremos oír el milagro».

Ailena acaricia la fina urdimbre de la camisa y dice con calma en la voz, «Más tarde. Os diré todo lo que me ha cambiado más tarde». Mira a su hija y a su doncella en el espejo, sus ojos abruptamente crispados. «Pero ahora quiero oír de vosotras... quiero oír todo lo que ha ocurrido desde que partí».

Clare se fija en la penetrante mirada de Ailena. El color le rezuma de pronto del rostro cuando el milagro acontecido vuelve a hacerse consciente en ella: aquí está el cuerpo que le dio vida, su arcilla modelada de nuevo por la misma mano de Dios en una figura esbelta como el lirio. Sus piernas claudican y, derrumbándose en el suelo, aprieta el rostro contra las rodillas de su madre y

llora como un crío.

«Ya no hay trovadores», solloza Clare amargamente. «Ya no hay música. No desde que te fuiste. Guy se mofa de las *chansons*. Sólo le gustan los acróbatas».

«Y la guerra», añade Dwn. «Ama la guerra».

«Oh, madre, ha habido tanto exterminio. Cada primavera estraga las tribus galesas y retorna...». Sus lágrimas la atragantan y busca con un hondo suspiro el aliento para continuar.

«Retorna con sus orejas».

La mirada de Ailena se relaja otra vez y sus ojos parpadean soñolientos. Dwn hace una señal a las criadas para que traigan una silla y le viste la camisa mientras la baronesa se sienta.

Clare, desapercibida de la abstracción de su madre, continúa: «Y ahora ataca a su propia raza. Ha alquilado mercenarios de Hereford para sitiar el castillo de Branden Neufmarché. Todo a causa de su deuda con el rey, por apartidarse con el conde Juan. Y los soldados son tan brutos. Intimidan a nuestros gremiales, corrompen a sus hijas y saquean nuestra villa. En territorio galés, los villanos han partido casi todos, han huido de vuelta a los montes».

La joven baronesa se lleva una mano al rostro; cuando la aparta, de nuevo está alerta y le brilla la mirada. «Todo irá bien», promete carmenando la cabeza de su hija. «Todo, todo, irá bien».

Dwn se adelanta para trenzar el pelo de su señora y se maravilla de los filamentos oro-rojo entre los mechones oscuros, destellos que no ha visto en décadas.

«¿Tienes la bandera con mi figura heráldica?», pregunta Ailena.

«Guy ha destruido todo lo que ha encontrado», responde Clare. «Pero yo tengo una guardada en mi arcón».

«Haz que me la traigan. Arriaremos el Grifo e izaremos el Cisne».

Clare se muerde el nudillo. «La torre maestra está vigilada por los *serjants* de Guy. Protegen el mástil con sus vidas».

«Entonces las perderán», dice la baronesa dulcemente.

Las contraventanas del gran salón han sido abiertas de par en par a la poderosa luz veraniega. Con premura, se han colgado de las paredes los más finos tapices de cendal y por los suelos enlosados se han esparcido juncos y flores, rosas y menta, que crujen fragante, suavemente bajo los pies de la asamblea. Toda la casa se ha reunido entre los brillantes rectángulos solares: la familia de la baronesa ocupando los asientos tapizados, y los criados tras ella en los bancos de madera. Guy y Roger se niegan a sentarse; permanecen enhiestos, las piernas separadas, los brazos cruzados de un modo truculento, al pie del estrado, a la cabeza de la cámara.

En el estrado, los cojines bordados con la figura del Grifo han desaparecido del gran sitio de roble labrado para ser substituidos por almohadones rojos. En él, opulenta, vestida con seda blanca y armiño, las largas trenzas de su cabello entrelazadas con cintas y coronada por una diadema floral de oro, se sienta Ailena Valaise, flanqueada por sus caballeros, Dwn y el anciano judío. El

enano y su mono aguardan en una alcoba detrás del salón, donde sólo los *serjants* de los barracones pueden verlos.

«No me he sentado aquí desde hace diez años», empieza la baronesa con una voz lo bastante poderosa para llenar la cámara. «Muchos de los más jóvenes no me habéis visto nunca. Otros han cambiado poco». Mira, insinuante, a Roger y a Guy. «Familia, os he reunido aquí para que podáis afrontarme antes de que nos sentemos a la mesa. Sé que mi presencia y mi aspecto os confunden, en especial» —y cabecea hacia su hijo— «a aquellos que esperaron no volver a verme nunca más. Después de nuestra comida en unión, os contaré con detalle los acontecimientos verdaderamente portentosos que han tenido lugar desde que ocupé este sitio por última vez. De momento, baste el presentarme a vosotros de nuevo y declarar el motivo de mi retorno tal como nuestro Salvador me ha ordenado hacerlo».

Maese Pornic, sentado en la primera fila, se yergue, encorvado su cuerpo marchito de toda una vida orando de hinojos. «Lady, ¿hemos de entender que habéis hablado con el Hijo de Dios?».

«Ciertamente, Nuestro Señor Jesús se ha dignado dirigirse a mí», declara Ailena con voz firme. «Y me ha ordenado retornar y regir este territorio como un verdadero dominio cristiano... un reino que Él mismo pudiese reconocer si caminase por la tierra otra vez».

Maese Pornic suelta un bufido de incredulidad a través de sus oscuros labios y se sienta sacudiendo su cabeza plateada, cubriéndose el rostro con sus manos sarmentosas.

«Puesto que parece que el buen abad descrea», continúa Ailena, «nombro aquí y ahora al canónigo Gianni Rieti párroco nuestro». Gianni se incorpora, ataviado con una sobrepelliz blanca que luce la cruz carmesí sobre el corazón y una puntiaguda espada al costado con empuñadura alhajada de perlas. Su apariencia entre militar y monástica, inspira murmullos en los bancos postreros; los sirvientes no han visto nunca todavía a un sacerdote guerrero.

«El canónigo Rieti es un verdadero padre en Cristo», le asegura Ailena al grupo murmurante.

«¿Por qué no usa tonsura entonces?», interroga maese Pornic.

«Con vuestra venia», solicita Gianni a la baronesa y se inclina a su asentimiento. «Soy miembro consagrado de la Orden del Santo Sepulcro», informa a la asamblea. «Por juramento nos hemos comprometido a luchar contra los sarracenos hasta que Jerusalén sea devuelto a gobierno cristiano. De que nuestro Señor Jesús detestaba la violencia somos perfectamente conscientes. Sin embargo, hemos escogido luchar y morir por la espada para mayor gloria de la Iglesia. A fin de distinguir los marciales esfuerzos de nuestra hermandad en aras de la fe de los objetivos plenamente religiosos y eruditos de otras órdenes cristianas, renunciemos a la tonsura y hemos sido así exceptuados por nuestro Santo Padre el Papa».

Gianni se sienta y Ailena indica a Falan Askersund que se ponga en pie. El sueco, vestido como un musulmán, la cabeza enturbantada de blanco, pantalones abombachados de color marrón y calzado de cuero verde con puntas vueltas hacia el empeine, se adelanta clavando unos ojos fríos en la multitud. Su blusa blanca sin mangas expone unos brazos de largos músculos tostados, atezados casi, por el sol de Palestina; contra ellos, el blondo vello de su piel cintila como el oro.

También su rostro es oscuro como el de un moro y su barba, corta y rubia, reluce con destello blanco-ceniza.

«Falan Askersund no habla francés ni galés», explica Ailena. «Pero no es necesario que hablemos con él. Se halla en permanente plegaria con su dios, al cual cree el dios único, Allah, y...».

«¡Ha traicionado su fe por la de los paganos!», interrumpe maese Pornic.

«Sí, así ha sido», admite Ailena. «Ahora es un musulmán devoto. Pero también es mi esclavo. ¿Veis la banda de oro en torno a su cuello, que es el símbolo de su servidumbre? En ella reza la escritura árabe que él es de mi propiedad, un presente del califa que supo del milagro obrado en mí por nuestro Salvador».

«Los paganos no tienen fe en nuestro Salvador», protesta maese Pornic. «¿Por qué habría de regalaros un sarraceno con un esclavo?».

«Su libro santo, el Qorán, ve en Jesús a un profeta de Dios», contesta Ailena paciente.

«Que Dios obrase un milagro a través de uno de sus profetas les resulta obviamente más creíble a los paganos que a vos, maese».

«¡Esto es pura mofa!», estalla Guy. Maese Pornic le dirige una mirada severa, pero él continúa, «Esta mujer no es mi madre. No toleraré más este engaño».

Agrios murmullos recorren la sala; maese Pornic se levanta y se acerca a Roger Billancourt. «Hazle callar», ordena. «Esto es una cuestión religiosa. Si se maneja con brusquedad, se derramará sangre».

Roger toma del brazo a su barón y se inclina para susurrar, «¿Vas a hacer de ella una mártir y de ti mismo un Judas? Debe quedar desacreditada antes de que la ataquemos. Cálmate. Deja que el abad trate con ella».

«Si vuestro caballero musulmán es un esclavo», pregunta maese Pornic apuntando a la cimitarra que cuelga al costado de Falan, «¿por qué porta armas?».

«Incluso un santo varón como vos mismo admitirá que este es un mundo traicionero», responde Ailena. «El califa ha ordenado a Falan que me proteja y por ello, únicamente, lo conservo junto a mí».

«Su espada es demasiado delgada para hacer algo más que espantar perros», resuella Roger, y los *serjants* al fondo de la sala dan eco a su irrisión.

Rápidamente, Ailena murmura una orden gutural en árabe y señala su propio cuello. El sable curvo enciende el aire como un relámpago, silbando junto a la garganta de la baronesa. Un destello, y el arma está otra vez en su vaina. Ailena alza la mano y toma un rizo de su cabello y un pedazo de cinta que la hoja ha cortado limpiamente. Anuda la cinta al mechón y se lo arroja a Guy. «Un recuerdo de tu madre, hijo mío. Y que esto te sirva de advertencia: ninguna espada cristiana podría tajar con tanta precisión».

La baronesa hace un gesto a Falan para que torne a su asiento y pide al judío que se adelante. «Si no hay más interrupciones, podemos continuar. Familia, este es David Tibbon, un judío que he tomado a mi servicio para que me enseñe la lengua que nuestro Señor y Salvador habló mientras habitó entre nosotros. Es mi intención vivir tan próxima a los hábitos y costumbres de nuestro Señor como sea posible. E invito a todos los miembros de mi familia que quieran estudiar con este devoto maestro bíblico a unirse a mi intento».

Guy se carcajea sonoramente. «Mi madre nunca fue una mujer religiosa. Durante la misa hacía punto, y comía carne hasta hartarse los Viernes y los días de Cuaresma. Fornicaba adúlteramente con Drew Neufmarché y no hablaba con los sacerdotes, a quienes consideraba parásitos, como no fuera para escarnecerlos... aunque hacía todo esto a espaldas del buen maese Pornic. Pero para nosotros, que sufrimos su presencia, no era un secreto: desde el tiempo en que Dios ahogó la vida de su padre en su propio vómito, vivía sin fe. ¿Por qué esperas que creamos que Dios obraría un milagro por ella?».

«Sin duda, Guy», le sonríe la baronesa indulgente, «son los descreídos los más necesitados de milagros. Todo lo que dices de mí es cierto, pero es sólo mi pasado. Mi alma ha sido remozada con mi carne. Tal como Jesús perdonó a la prostituta en la fuente, así me ha perdonado a mí y me ha ordenado seguir adelante y no pecar más».

«Madre», la apostrofa Clare, «llama a nuestro Salvador, que nos dé una señal para que sepan los incrédulos que estás en el favor de Dios».

«Clare querida, eso no está a mi alcance. No soy una santa. No tengo poderes milagrosos. Dios me ha devuelto la juventud, pero no me ha conferido poderes sobrenaturales. Soy una mujer completamente natural y no permitiré que se me adore o se me trate como a mujer santa».

«Si sois realmente la baronesa Valaise, tal como lo aseguráis», la desafía Roger, «recordaréis el bridón que vuestro marido montaba la primera vez que vino a este castillo conmigo a su lado».

La mirada de Ailena se endurece. «Así que he de dar más pruebas». Cabecea tristemente.

«Era de esperar de alguien que siempre creyó que la Iglesia existe sólo para los niños, los débiles y los moribundos. Está bien, Roger Billancourt, es tu memoria la que el tiempo ha dañado. Gilbert no montaba un bridón la primera vez que vino al castillo de mi padre. No poseía un caballo tan caro. Era rico en coraje y ferocidad, pero no en bienes... ni materiales ni espirituales. Hasta que se casó conmigo y adquirió la riqueza que mi padre había ganado con esfuerzo, montó un mero palafren, una jaca marrón de pecho estrecho y rostro ancho. Su nombre era Délai, *Demora*, pues no era veloz».

Los viejos servidores y *serjants* que conocieron a Gilbert Lanfranc murmuran y hacen gestos de aprobación, y Roger se aparta con el ceño turbado.

La asamblea calla cuando maese Pornic se pone en pie otra vez. «¿Cómo podéis asegurarnos que habéis sido devuelta a vuestra juventud por nuestro Buen Dios y no por Satán?».

«¿Traería Satán un documento del Papa y a un sacerdote de Tierra Santa?».

Thierry Morcar, azuzado por su padre William, llama la atención de su bisabuela.

«Arrière-grandmère...».

Ailena percibe al joven de rostro cuadrado cuyos ojos pequeños la observan fríamente.

«La dureza de tu mirada me perturba, Thierry. Pero no me sorprende que dudes de mí, puesto que eras demasiado joven para conocerme bien. ¿Has sido armado ya caballero?».

«Lo he sido, arrière-grandmère», responde orgulloso. «Mi padre me dio el espaldarazo en primavera. He sido bien entrenado en las habilidades del combate por mi padre y los caballeros de este castillo. Y de ellos he aprendido muchas mañas, muchos trucos con los cuales engañar a los hombres a rendir sus vidas. Todo esto ha debilitado mi fe en las cosas visibles, y tanto más en las

invisibles». Vuelve la vista hacia su padre en busca de confianza y el caballero del bigote asiente con la cabeza invitándolo a continuar. «Discúlpame pues, arrière-grandmère, por interrogarte a fin de fortalecer mi fe. Di el nombre del sacerdote que me bautizó».

«Eso fue hace mucho tiempo, Thierry».

«Mi arrière-grandmère lo recordaría».

«Sí, lo haría y, de hecho, debería...». El rostro de Ailena lividece aún más y sus ojos parecen sobrecogidos. «Fue en una época de mucho sufrimiento. Vivimos sólo en el fuego. Tú y tu gemela Madelon nacisteis en el invierno del ochenta y tres, cuando las nevascas mantuvieron a nuestro maese Pornic encerrado en su abadía. Habríamos esperado el fin de los temporales para bautizaros, pero el cólera azotó la villa y amenazó el castillo. Vivíamos en verdad en un tiempo de fuego. Vivimos sólo en el fuego. Pero entonces lo conocimos. Vuestra madre amada, Hellene, ardió en él mientras nacisteis. Un viejo cura de Brecon irrumpió en plena tormenta y os bautizó a ambos, para que vuestras almas quedasen limpias del pecado de Adán en el caso de que el cólera se os llevase. No lo hizo pero, dé Dios reposo a su alma, el cólera se lo llevó a él aquel mismo invierno. Su nombre era padre Aimery».

Ailena se pone en pie y la asamblea se levanta con ella. «Vivimos sólo en el fuego, consumidos o purificados por él. En cualquier caso ardemos. Nuestra sangre arde. Sentimos en nuestra carne el ardor. Esta purificación nuestra dura toda la vida... este fuego que es el amor de Dios, este fuego intolerable que nos consume. Esta es la muerte de fuego, que es la vida de fuego».

David Tibbon se ha acercado por detrás a la baronesa. Pone una mano nudosa en su hombro, y ella lo mira, sorprendida.

«Esta inquisición aburre», dice. «Reanudemos en la mesa nuestra plática». Sonríe desde el estrado a Guy y a Roger. «Así podéis afilar vuestras preguntas mientras los demás quitamos punta a nuestro apetito».

En el comedor, el enano se aproxima al judío. Mientras la baronesa y el resto de los nobles se refrescan en sus habitaciones antes del banquete, el enano ha estado pavoneándose entre las mesas largas y estrechas, observando a los criados extender los manteles y doblar las servilletas. El mono se ha arrojado varias veces bajo las ondulantes telas antes de que pudieran ser puestas, haciendo retroceder y chillar a los sirvientes.

«¡Ta-Toh!», grita el enano, y el mono vuela de nuevo a su hombro abrigándose con una servilleta.

«Esta noche, por fin, comeremos bien», le dice el enano al judío.

David Tibbon, en túnica verde oscuro y manto rojizo, ocupa un banco junto a la entrada desde la breve alocución de la baronesa en el salón principal. La entrada, una puerta en arco orientada al sur y abierta al jardín, deja pasar una corriente de luz, cantos de aves y florales fragancias, y David ha estado aquí leyendo el libro encuadernado en piel y dormitando mientras los servidores le preparan una cámara en el *palais*. A la luz del sol, sobre todo, tiene la apariencia de un patriarca bíblico, con su piel coriácea y sus ojos intensamente sombríos. Su larga barba gris está farpada, ligeramente rizados los mechones que cuelgan de sus sienes, y cubre su cabeza con un pequeño bonete de terciopelo negro. «Yo no comeré bien, Ummu», le responde al enano en un occitano

lento y pensativo, «hasta que halle para comer un lugar donde haya un solo Dios».

Ummu apoya su codo en la rodilla de David y asienta en su mano la bulbosa cabeza para contemplar las esculturas de los santos en la piedra labrada entre las ventanas de ojiva.

«Idólatras», coincide el enano. «Pero no piensan en ello. No ven ninguna contradicción en que haya un Dios con tres partes. Tienen una mente para las contradicciones que desconcierta a sus enemigos. No dejes que perturbe tu apetito, hijo de Abraham. Para eso ya habrá multitud de platos de cerdo humeando bajo tus narices».

El enano ladra una risa que sobresalta a su mono, y ambos cabriolan a través del comedor para molestar al criado que ahora coloca los vasos, los cuchillos, las cucharas.

David agita su anciana cabeza compungido y torna su mirada al jardín. Le duelen de leer los ojos y se alegra de expandir su vista entre las inquietas mariposas y las rayolas ámbar de abejas. Bajo una pérgola de rosas, perfilada contra los rayos anchos y dorados del sol de la tarde, un grupo de niños lo contempla. Él menea su barba juguetonamente y los críos se dispersan, excepto una, que se acerca a él trepidante. Es la más joven, una niña blonda con ojos grises, asombrados, vestida con un pequeño traje de tafetán y piel.

«¿Eres un judío?», pregunta.

«Sí. Soy David Tibbon. ¿Quién eres tú?».

«Blythe Almquist. Yo soy cristiana. ¿Por qué mataste a Jesús?».

David pone su mano sobre la cabeza de la pequeña niña y sonríe con tristeza. «Yo no maté a Jesús».

«Sí, lo hiciste. Los judíos mataron a Jesús. Maese Pornic nos lo ha dicho así».

«Pero no es verdad, mi niña. Jesús era un judío. ¿Por qué mataríamos a uno de los nuestros? Fueron los romanos los que mataron a Jesús».

«¿Jesús era un judío?».

«Pues claro».

«Pero maese Pornic nos dice que Jesús es el hijo de Dios».

«Entonces el hijo de Dios es un judío».

La nodriza, aturullada, entra del jardín y, viendo a Blythe de pie bajo el brazo del judío, se la lleva ansiosamente. «Vamos, Blythe, hay que vestirte para la cena».

«Pero estoy hablando con David Tibbon. Es un judío... y dice que Jesús también es un judío».

La nodriza dirige a David una negra mirada y apremia a la criatura. David pinza la carne lasa entre sus ojos y vuelve su atención al enano, que ha armado a su mono con una cuchara y se está batiendo con él sobre una de las mesas. El mayordomo los aparta. Está colocando pequeños platos con sal en el centro de las mesas. David contempla los blancos montoncitos y recuerda los años en que la única sal que conocía estaba en sus ojos.

Guy y Roger forman corro con sus *serjants* en los portales del recinto interior cuando uno de los hombres se sobresalta y señala la torre maestra. En la cima de la poderosa fortificación, el Grifo está siendo arriado.

«¡Ojos de Dios!», grita Guy. Salta sobre el corcel más cercano y cruza la corte a todo galope.

Cuando alcanza la torre, El Cisne blanco sobre campo azur vuela en el aire. Se arroja de su caballo y agarra al *serjant* en la entrada del baluarte. «¿Por qué estás vivo?», berrea al hombre estremeciéndole y lo arroja contra el muro de piedra. «Me moví para sacar la espada, milord», barbotea el *serjant*, «pero el muslim, el muslim sueco, cortó mi talabarte de un tajo limpio antes de que mi mano lograra alcanzar la empuñadura». Y muestra a su señor la tira de cuero sajada.

«¿Y el resto?», interroga Guy furiosamente.

«El resto fue movido por la razón», repone desde la obscuridad interior de la puerta una voz salpicada de acento extranjero. Gianni Rieti emerge. «Soy el emisario del papa. Tengo el poder de condenar las almas. Qué razonable por parte de vuestros hombres el no querer morir por una espada musulmana habiendo perdido la gracia».

Desde la partida de Ailena para Tierra Santa, Clare ha ocupado el espacioso dormitorio de la baronesa, pero ahora insiste en devolvérselo a su madre. Entre las bolsas de lona del equipaje de Ailena juegan las criaturas, frescas de su retozar en el jardín, brillantes sus largas guedejas con los capullos enguinaldados.

Ailena está sentada en una silla junto a la ventana, ungida de sol, admirando las hembras de su familia. La más joven, Effie, de tres años, juega con las cintas de su pelo y permanece satisfecha en el regazo de su bisabuela. Su hija Clare supervisa alegre a los servidores mientras estos deshacen el equipaje; sus nietas Hellene y Leora y su bisnieta Madelon están posadas en el borde de la plataforma del gran lecho endosado que está siendo ventilado, descorridas las cortinas y levantadas las sábanas. Dwn contempla la escena desde una silla tras Ailena, arrobada por el enebriante buqué de las lilas y la caricia sedosa de sus finas ropas.

«Calmaos, niñas», las urge Ailena. «Tengo regalos de Tierra Santa para cada una de vosotras, pero debéis recibirlos como jóvenes damas».

Los juegos desembocan en un abrupto final y las muchachas se colocan ante la baronesa en orden de edad. «Joyce, Gilberta, Blythe y Effie», repite Ailena los nombres aprendidos, tocando afectuosa a cada una el mentón. «Sois las más jóvenes, nacidas después de mi partida del castillo, así que vuestros regalos serán los primeros». A su lado, apoyado en un banco empavesado por la lona que lo había cubierto, hay un cofre taraceado de negro, plata e irisado abalón. De él, extrae cuatro bestias pequeñas, minuciosamente labradas: un dromedario, un cocodrilo, un elefante y un león. «Estas notables y extrañas criaturas, que por cierto existen —yo las he visto todas—, han sido labradas por los sarracenos en marfil, el colmillo del behemoth».

Las niñas, Effie incluida, acarician con las yemas de sus dedos las mágicas figuritas con asombro reverente.

«Madelon, en mi ausencia te has convertido en una hermosa mujer», dice Ailena pidiéndole que se adelante y regalándola con un ciclatón de tejido argénteo, rielante como la luz de la luna. «Seda damasquina, la más fina de todo Bizancio».

Mientras Madelon se contempla en el espejo, extasiada con la elegante túnica contra su cuerpo

menudo, distribuye Ailena el resto de los regalos: perfumes —esencias de bergamota y mirra— para Hellene y Leora; frascos de agua de jazmín y bálsamo de Gilead para Dwn y las más apreciadas de las siervas; pastillas de incienso de lináloe y calambac para la abadía y la capilla; cinturones de cuero azul intrincadamente repujados para los mozos, Thierry y Hugues; para los caballeros, borlas árabes de audaces colores con las que enjaezar las bridas; una curva daga mameluca con empuñadura de perlas y vaina engastada de gemas, que dará a Guy; y para Clare, un collar de oro.

Se apiñan las mujeres admirando los regalos y Ailena vuelve a sentarse, satisfecha del mareo de su fascinación. Un movimiento exterior le llama la atención y se torna para ver a Guy galopando fuera de sí a través de la corte. Una sardónica sonrisa toca sus labios.

Guy ha urgido a sus caballeros a reunirse en un cuarto trasero de los barracones.

Repantigados en los toscos asientos del cuarto vacío, Roger, William y Harold, nerviosos y taciturnos, aguardan que empiece. Denis, avisado por un paje mientras realizaba prácticas de tiro con arco detrás de los establos, es el último en entrar. Su mano derecha está aún fajada de cuero.

Después de saludar a los otros con un gesto de su cabeza, se sienta a horcajadas en un banco frente a Guy, que permanece en pie vuelto de espaldas, mirando a través de una ventana cuadrada. Los ojos del barón están clavados en la torre maestra, donde vuela el estandarte del Cisne.

Si todos estos años he estado equivocado y Dios no es sólo un invento de la desesperación de la gente, piensa, si la Creación es tan perversa como la presentan los padres de la Iglesia y esta joven cosa es realmente madre remozada por un milagro, entonces Dios no es mejor que el Diablo, pues tan cierto es que ella mató a padre como que Clytemnestra asesinó a Agamenón. ¡No me someteré a ella! Y le duele de determinación su puño apretado. ¡La mandaré de vuelta al Diablo! Y si es una impostora —como debe de ser pues ¿dónde está Dios cuando los mártires son sacrificados y los peregrinos mueren?—, si es una impostora enviada por madre para derrocar me, entonces ¡la haré conocer al Diablo!

Cuando se torna para enfrentar a sus caballeros, la única, honda arruga de su frente es negra.

«El Grifo ha sido arriado», dice, y su voz suena extrañamente blanda y angustiada. «La perra lleva aquí horas sólo, y nuestra bandera ya ha sido arriada».

«Teníamos que haberlos matado en la liza, ya os lo dije», gruñe Roger agitando implacable su cabeza gris, veterana en costurones. «No deberíamos haberlos dejado entrar nunca».

«Pero están dentro», restalla Guy, «y de nuestro castillo han hecho el suyo. Nuestro santo varón, maese Pornic, ha sido desplazado ya por ese canónigo de lengua untuosa. ¡Mirad el ajetreo de los servidores en el *palais* preparando habitaciones para un judío y un musulmán! E incluso las cocinas son un hervidero, apresurando nuestra fiesta de San Juan para honrar a la perra».

«Tu madre no es una perra», interviene, timorato, Denis.

«Por cierto, ¿es esa mi madre?».

«Todos la hemos observado con atención», replica Denis. «No le falta ni uno solo de sus rasgos característicos. Incluso su porte y su voz son como los recordamos. Y respondió a todas las

preguntas que le expusimos. Pero lo más decisivo de todo es que ha actuado con la determinación y el privilegio que siempre la acompañaron. Sólo tu madre habría osado arriar el Grifo». Denis mira ansioso la concurrencia. «¿Piensa alguno de otro modo? ¿Hay aquí alguien que haya percibido en ella algo distinto de la mismísima semblanza de la baronesa?».

«La baronesa salió de aquí vieja y achacosa», dice Roger. «Yo afirmo que esta no es la misma mujer».

«Tu incredulidad te ciega», repone Denis.

«Habla como una loca», dice Roger. «Ya la oísteis en el salón, retoricando sobre el fuego. Es una loca que se cree la baronesa».

«¿Quién no hablaría de ese modo, si se hubiese obrado un milagro en él?», insiste Denis.

«Ha sido renovada por su fe. Debemos responder a ella con la misma fe».

«¡Fe!», grita Guy. «¿Voy a perder todo lo que es mío por... por una mera palabra? ¡Fe! Hombres... mi fe ha estado siempre en mi espada. Por ella hemos ganado tierras que mi madre fue demasiado dócil para reclamar. ¿Perderemos ahora todo aquello por lo que hemos luchado en aras de la fe? Esta mujer es una impostora. En esto está puesta mi fe».

«¿Qué decís vosotros, William... Harold?», inquiriere Denis. «La habéis oído hablar. La habéis visto moverse. ¿No es la baronesa?».

Harold pasa una mano sobre la calva y pecosa bóveda de su cabeza y asiente. «Es en verdad la transformación más maravillosa de la que he sido nunca testigo. Sólo la mano de Dios ha podido hacerlo. Es un milagro. ¿Qué otra cosa podría ser?».

William se encoge de hombros y emite provisionales murmullos.

«Habla, William», insiste Denis. «¿La reconoces tú?».

«No estoy habituado a los milagros», responde William hesitante. «No los he visto nunca antes de ahora y jamás esperé verlos».

«¿Es la baronesa?», le apremia Denis.

William estira sus mostachos. «Debo pensar en ello, Denis. Lleva muy poco entre nosotros».

«¿Qué se hace con Neufmarché?», pregunta Roger. «Nuestros zapadores han minado ya casi su cortina de muralla. Los hombres de Hereford esperan nuestra vuelta para culminar el asalto. Debemos retornar de inmediato».

«Sí», afirma Guy. «Neufmarché está a punto de ser desbullado como una ostra. Tomaremos su castillo y el Grifo volará de nuevo con la luz del día».

«William», interroga Roger, «¿estás con nosotros?».

William asiente y contempla a Harold.

«Es justo y propio que acabemos lo que hemos empezado», repone Harold.

Denis afronta las miradas expectantes de los otros caballeros; luego se torna hacia Guy con ojos duros. «Guy, nuestra obediencia pertenece a tu madre ahora. Debemos exponerle a ella la cuestión del asedio».

La boca de Guy se abre en una silente, incrédula risa. «Denis, madre fue la calientalechos del padre de Neufmarché. No será ella quien bendiga nuestro saqueo del castillo de su hijo».

«Entonces pagaremos a los hombres de Hereford y los despediremos».

«¿Pagarles?», explota Guy. «¿Con qué? ¿Habremos de saquear nuestro propio castillo?».

«La baronesa debe ser informada».

«Oh, estoy seguro de que estará siendo bien informada por mi hermana Clare», dice Guy torvamente y se sienta en el banco junto a Denis. La dureza de su semblante se suaviza. «Hemos enfrentado más de un enemigo y hemos apechugado juntos más de un periodo tormentoso, tú y yo. No me vuelvas la espalda ahora, Denis».

Denis encara la mirada implorante de Guy con abierta sinceridad. «Nunca te volveré la espalda, Guy. Ni siquiera la muerte me apartará de ti... mientras tú no te apartes de lo que es justo».

«¿Es el rey lo que temes? Eso no te apartó de mí cuando nos unimos a los hombres del conde Juan. Asolamos entonces a los mayorazgos de Gloucester como camaradas».

«Cierto, he desafiado contigo al rey. Pero...». Denis aparta la vista. «No está en mí desafiar a Dios».

Guy tuerce el gesto. «Dios está en las alturas. Debo recordártelo. No se inclinó para salvar a tu familia de la muerte escarlata que hizo de ti un huérfano. Pero mi padre te recibió aquí, te halló una buena familia noble y te libró de tu destino de villano. Dios se preocupa poco de los peregrinos que mueren a cientos en su camino a Tierra Santa. Y, sin embargo, ¿vamos a creer que Dios obró por mi madre un milagro, que jamás exhaló una plegaria sentida en toda su vida adulta?».

«¿Voy a negar lo que ven mis ojos? Dios, por la razón divina que sea, ha obrado un milagro».

Guy dirige una mirada confusa a Roger, que le responde con un destello de enojo. «Voy a desenmascarar a esta impostora», jura Guy y aferra a Denis por los hombros. «Debo hacerlo. Porque no voy a perderte, Denis».

Una trompeta convoca la casa a la fiesta de bienvenida. Clare y Gerald actúan de anfitriones e inician su tarea acompañando a maese Pornic al lavatorio ante la puerta de entrada, una mesa parada con jarros y jofainas de agua. Hondamente ofendido con su substitución como eclesiástico principal del castillo por un desconocido canonje, maese Pornic tenía el propósito de retornar a su abadía esta noche, pero Clare le ha convencido de quedarse. Y ahora, con auténtica humildad cristiana, se prepara a lavarse las manos para la cena, aunque viste una agria expresión.

Dos acicalados pajes se inclinan ante el sacerdote: uno sostiene un jarro sobre una pequeña jofaina y vierte agua diestramente sobre los dedos del santo varón. Enseguida los seca el segundo paje con una toalla. Tras el clérigo, son Ailena y Dwn las que se hacen lavar las manos antes de ser conducidas a los asientos de honor bajo el dosel, en la mesa alta.

Siguen los huéspedes: el canónigo Rieti, Falan, Guy y Roger, los caballeros y sus familias, y los gremiales y mercadantes más ricos del castillo ocupan sus asientos. Son admitidos entonces los principales servidores y *serjants* del castillo, que se sientan alrededor de las tablas colocadas sobre caballetes en la parte trasera del salón. El enano y el judío son situados en un rincón distante. Cuando todo el mundo está en su lugar, Rieti bendice la reunión y hacen su entrada los

grandes platos.

Llega en primer lugar una pierna de ciervo y, mientras Gerald la trincha y las muchachas de la nobleza sirven cada plato para ser compartido entre dos, Ailena se inclina hacia Clare.

«Quiero que David Tibbon se siente aquí, en la mesa alta».

«Madre, ¡ese hombre es un judío! Leora dice que ha estado llenando los oídos de Blythe con tonterías. Que Jesús era judío y cosas parecidas».

La mirada de Ailena se clava en ella fría. «Trae a David a la mesa alta».

Clare permanece con la boca abierta. «Madre, nadie compartirá un plato con él».

«David compartirá mi plato».

Clare no oculta su dolor cuando llama a un sirviente y le susurra la orden de la baronesa.

Había querido compartir el plato de su madre, pero ahora se une a Gerald desplazando a Dwn.

El canónigo Rieti percibe el problema y hace una señal a su enano para que se le acerque.

Ellos dos compartirán un plato y Dwn podrá ocupar el lugar del canonje con Falan Askersund.

Cuando el judío y el enano ascienden a la mesa alta, un silencio cae sobre todo el salón y un escandalizado murmurio abejonea entre los circunstantes. Pero entonces hace su aparición la cabeza del jabalí en salsa de hierbas, seguida de un cisne relleno, las alas extendidas y un doblado, dócil cuello, y el interés de la asamblea cambia de objeto.

Discretamente, Guy hace una seña a uno de sus escuderos; salta este del lugar que ocupa en su mesa y desaparece en el jardín. Un instante después, retorna con un soñoliento perro jabalinero. Al gesto de Guy, el escudero conduce el cansino alano a la mesa alta.

«¿Es este Halegrin, mi favorito?», pregunta Ailena al ver al animal. Rápidamente, escoge un pedazo exquisito de venado y se lo arroja. «¿Todavía estás en este mundo?», le habla con mimo mientras el perro masca la carne. «Como el fiel Argos vienes, a saludar a Ulises, maltratado por sus viajes».

Clare dirige una mirada a su hermano, bien alto el mentón, despreciativa ante su intento de desacreditar a Ailena con el añoso animal. Denis cautiva también la atención de Guy y sacude tristemente la cabeza.

Llegan perniles de cerdo y Ailena indica a los sirvientes que los depositen en las mesas bajas. «No comeré la carne que nuestro Salvador mismo rechazó», declara en voz alta.

El ceño de maese Pornic se ahonda. «Los Padres de la Iglesia aclararon ya tiempo atrás que no debemos confundir el linaje terrenal de nuestro Señor a través de María y hasta el Rey David con su misión celestial, que viene del Padre. La Iglesia reconoce al Mesías, culminación de la tradición judía. Así, no estamos obligados a obedecer la ley hebrea, sino sólo la ley celeste, que únicamente la Iglesia está en condiciones de discernir».

«Oh, por favor, maese Pornic», suspira Clare. «No discutamos cuestiones religiosas en esta fiesta. Celebremos, en cambio, el retorno salvo y milagroso de mi madre».

«Esta iba a ser una fiesta por San Juan el Bautista», recuerda maese Pornic, ácido, a su anfitriona.

«Pero para eso faltan dos días aún», repone Clare. «Los cocineros se han esforzado mucho en tener preparada a tiempo esta comida para festejar a mi madre en el día de su llegada».

Ailena posa una mano suave en el brazo de su hija. «Vengo de Tierra Santa. Inquietudes espirituales colman mi mente tanto como mi corazón. Pero tiene razón Clare. Habrá tiempo más adelante para la discusión de nuestras almas. Fortalezcamos primero los cuerpos».

Los cocineros y sirvientes, conturbados por la milagrosa transformación de la baronesa, se han superado a sí mismos, y la procesión desde las cocinas parece interminable: ternera cocida, conejo y cerceta rustidos, chochaperdiz y agachadiza en salsa de cebolla, cordero en azafrán, empanadas de cerdo, ancas de rana en acedera y romero, caracoles con avellanas fritas, pastas de venado, cremas calientes, gelatinas de garza y de grulla, jaleas frutales y, del bagaje que la baronesa ha traído de Jerusalén, higos y dátiles, todos ellos bañados en hipocrás —vino con especias— y serat —suero de mantequilla hervido con ajo y cebolla.

Mientras los perros se disputan trozos de comida bajo las mesas y los malabaristas interrumpen su cena para hacer juegos de mano con humeantes manzanas rustidas, corre la risa, y entre la gente más joven hay garzonería y payasadas. William y Harold festejan lozanos con sus familias, y Denis dirige a los jactanciosos *serjants* en sus brindis por la baronesa con cada nuevo plato. Incluso maese Pornic, infundido de buena voluntad después de su segunda copa de hipocrás, se ríe del rostro grasiento de Ummu, cuyo mono Ta-Toh salta de mesa en mesa trayendo pedazos escogidos, y a veces incluso los cuchillos de los platos de otros comensales, para cebar a su dueño. Todo el mundo está alegre, a excepción de Guy y Roger. Toman de su comida sombríos, esperando el retorno del mensajero que han enviado al cerco.

Entran los cocineros trayendo el gran plato final, un inmenso pastel en forma de cisne con el cuello dorado y plumas hialinas de miel encristalada, blanqueadas con harina y dispuestas como si estuviese vivo y nadase. La asamblea aplaude a los cocineros, que presentan a la baronesa el cuchillo. Entre expectantes murmullos, Ailena se levanta y abre el pastel de un tajo.

Docenas de hortelanas salen revoloteando y atraviesan el gran salón, pero las salidas están cubiertas por los halconeros, que, arteros, descapirotan a sus halcones. En una confusión de plumas y estridentes chillidos, los halcones matan a las pequeñas aves en el aire, sobre las mesas, ante los clamores exaltados de la asamblea.

Durante la algarada para recuperar los halcones, irrumpe en la sala un paje. Se apresura hacia Guy y Roger, y les susurra las noticias que han estado esperando oír: la excavación bajo la muralla del castillo de Neufmarché se ha completado esta noche. Los pilares de madera que apuntalan la mina han sido untados ya con sebo y, en cuanto se reciba la orden de Guy, serán encendidos. Las defensas del baluarte se colapsarán.

Al instante, Guy y su maestro de armas se levantan para partir e indican a sus caballeros y *serjants* que se les unan en el jardín. Pero Ailena hace una señal a Falan y a Gianni en el extremo de la mesa, y ambos caballeros se plantan ante las escaleras del estrado.

«¡Dejad paso!», exige Guy; pero Falan se mantiene firme y ecuánime, su mano atezada en la empuñadura del sable.

«¿A dónde vais tan pronto?», inquires dulcemente la baronesa. «Después de los pasteles y confites nos retiraremos al jardín. Es una hermosa noche de verano. Bajo las estrellas oiréis mi historia. Es portentosa, y no podéis perdérosela».

«Hemos sido llamados», dice Guy secamente, encarando a la baronesa con un gesto arrogante.

«¿Al castillo de Neufmarché?». Ailena mueve la cabeza. «Clare me ha hablado de vuestro cerco. Pero no hay necesidad de atenderlo ahora. Lo estoy desconvocando».

«¿Qué?!», estalla Roger Billancourt con voz tan potente que incluso el festivo alboroto enmudece. «¡No osaréis! ¡No tenéis autoridad para hacerlo!».

«Oso, ciertamente. Por la autoridad que me han conferido el rey y el papa, y por derecho de mi propio nacimiento. Este es el castillo de mi padre y mío. Ninguna guerra saldrá de estos muros sin mi orden expresa. El cerco a Neufmarché está alzado. He enviado ya los mensajeros. Las máquinas de guerra serán retiradas».

Guy clava en ella un destello criminal, el labio superior alzado con una insinuación del colmillo, antes de girar en redondo y apartar a Falan. Indicándole que le deje pasar, Ailena contempla tranquila cómo Guy y Roger cruzan a grandes pasos la estancia. Se detienen ante Denis, William y Harold, pero los caballeros no se mueven, y sólo Denis enfrenta sus ojos ardientes antes de que abandonen la sala.

«¡Por mi madre, la baronesa Ailena Valaise!», se alza Clare súbitamente presentando su copa.

En respuesta, se levantan las copas, vítores resuenan en el gran salón y su eco recorre el palacio.

Diminutas ranas cantan en el foso y pulsan las luciérnagas entre los árboles y emparrados del *jardín* interior de la corte. Toda la casa se ha reunido en el espacioso pensil, menos los porteros, los centinelas de la torre, y Guy y Roger, que se han perdido galopando en la noche.

Maese Pornic, Clare y Gerald comparten el asiento de honor en un banco de mármol con cojines, bajo los largos dedos de un sauce. Los niños más pequeños se han acomodado en una colcha extendida sobre las raíces. Hugues se sienta en la horcadura del árbol. Thierry y Madelon comparten un banco pequeño de piedra tallado como un hongo. El resto se sienta en el suelo o en sillas traídas del salón. Forman todos un gran círculo alrededor del cenador situado en el centro del jardín y cubierto de rosas, donde la baronesa ocupa una silla de alto espaldar. Brilla tras ella una lámpara de aceite colgada de un elevado trípode.

«Como sabéis partí de aquí el día de San Fandulfo, en el año de nuestro Señor de mil ciento ochenta y ocho, cinco días después de San Miguel, el Domingo anterior a mi quincuagésimo octavo otoño en este mundo. No podía caminar más de doce pasos sin caerme, hasta tal punto estaban doblados mis huesos y debilitados mis músculos. Mis portadores, peregrinos todos ellos, monjes y mercaderes de San David, marchaban trabajosamente a través del polvo y el ardor del fin del verano, llevándome a Newport, desde donde navegamos a Normandía.

»Partir de aquí, del castillo erigido por mi propio padre, expulsada por mi hijo, hacía de mí una mujer amargada. Me habría gustado que Guy escuchase mi narración esta noche, porque le diría que hizo bien arrojándome a los caminos sin un penique. Yo era una mujer huraña, agriada por los malos tratos de mi esposo Gilbert muchos años antes y jamás recobrada. El viaje me instruyó en el dolor de la carne, y fue este un digno rival de la congoja de mi alma. Fue un

terrorífico peregrinar... mas a mí me sanó el sufrimiento.

»No relataré esta noche todas las dificultades que soporté en el largo viaje hacia el sur... los bandidos, las tormentas, o tribus malignas en los bosques oscuros que comen carne humana.

»De todo ello, y sólo por la Gracia de Dios, logré escapar viva, aunque rara vez ilesa. Muchos terrores contemplé. Muchas buenas almas perecieron ante mis ojos. Hay historias bastantes de esos primeros años de mis viajes para ocupar muchas otras noches. Pero esta, os contaré la más prodigiosa de todas ellas, mi encuentro con el Preste Juan en su extraño reino al este de las tierras de Babel y Teman. Allí donde un día tocó a la tierra el Paraíso, llegué agobiada por mis pecados, a través de mucha agonía e innumerables pruebas, y fui recibida en un dominio cuyas maravillas dudaría aun hoy, si no hubiera sido enteramente transformada por ellas.

»Pero mis palabras son sólo nebulosos espejos, descoloridos por los sueños, vuestros y míos. Lo que ahora os cuento viene de los bordes de la tierra, donde se quiebran los espejos y la razón es la prima pobre de la verdad. Mi historia volverá a poner las piezas en orden. Pero he aprendido que estas encajan mejor en silencio».

«Partidos de Esmirna, en nuestro trayecto a Samos por las fragosidades caprinas de ásperos montes, mis portadores, tres monjes de la abadía islandesa de Hólar con los que sólo podía hablar en el parco latín que conocía, perdieron el camino en una rabiosa tormenta.

»Hallamos abrigo en la gruta de una montaña. Fuimos asaltados allí por unos gitanos bigardos que adoran a la luna y que nos habrían sacrificado a su deidad. Mis portadores me llevaron a una hondura mayor de la caverna, y tratamos de ocultarnos en la oscuridad. Pero los gitanos quemaron matojos de ortigas en la boca de la cueva, intentando atraernos adonde aguardaban las puntas afiladas de sus cuchillos largos.

»Sofocados por los humos mefíticos, nos retiramos al fondo de la gruta, prefiriendo morir ahogados que ser mutilados en vida. Pero lo que a un tiempo nos sorprendió y alivió fue que la cueva no terminaba en un paramento rocoso, sino que se entrañaba más y más profundamente en el monte. Mis portadores tenían en su equipaje linternas de aceite con las que acostumbraban a leer las Sagradas Escrituras de noche. Gracias al pálido resplandor de estas lámparas, comprendimos que nuestra gruta no era sino el portal a un enorme dédalo de cavernas. Y cada cámara abovedada se abría a otra.

»En ocasiones el camino se volvía tan estrecho como la palma de la mano de un hombre, cayendo a ambos lados a negras simas insondables. Allí me veía obligada a andar por mí misma, pues ningún portador habría logrado mantener el equilibrio con mi peso en los hombros. Las piedras desplazadas a nuestro paso se precipitaban silenciosas, sin tocar fondo en aquel abismo impenetrable. Acres humos sulfurosos ofendían nuestro olfato, y los monjes temían que estuviésemos adentrándonos en la guarida de Satán.

»Durante muchos días vagamos así, sobre finos puentes a veces, otras por vastos campos subterráneos y bosques de pétreas columnatas que sostenían sobre nosotros la tierra. Bebíamos el agua que descendía en finos arroyuelos por las paredes de roca y nos alimentábamos del liquen y

los hongos, pequeños como granos de arena, que crecían profusamente entre las grietas.

»Hora tras hora rezaban los monjes por nuestra salvación, y al final fueron respondidas sus plegarias: apareció una estrella en la distancia y a medida que nos acercamos fue haciéndose más y más grande. La estrella se convirtió en un sol. Nos aproximamos con las manos cubriéndonos los ojos, mirando a través de los huesos de nuestros dedos, hasta que alcanzamos la boca de la cueva. Cegados por la luminosidad del día, hicimos a gatas gran parte del recorrido final de nuestro oscuro viaje, antes de poder ver otra vez.

»Cuando retornó la vista, habíamos perdido la fe en nuestros ojos, pues nos era imposible creer lo que veíamos. Había ante nosotros prados majestuosos y pequeños valles de brillantes floraciones, amenas arboledas, de robles, de cedros... y allí donde mirásemos, bestias fabulosas: elefantes y camellos recorrían con centauros los campos. En los oscuros portales del bosque, divisamos tigres y sátiros y faunos. Y cerca de allí, un río borbollaba con cocodrilos perezosos en los médanos y lamias que remontaban la corriente.

»De pronto, soldados emergieron del bosque y los monjes los saludaron. Eran hombres morenos cubiertos de armaduras topacio, con largas melenas veteadas de crepúsculo y ojos verdes como cobre oxidado. Al principio no entendíamos su lengua, pero nos hicieron beber del río cercano y pudimos así llegar a comprendernos unos a otros.

»Nos informaron entonces de que estábamos en el reino del Rey Juan, el Preste. El río del que habíamos bebido, dijeron, brotaba de un manantial en el Paraíso del que Adán fuera expulsado, a sólo tres días de donde nos hallábamos. Pero viajar allí era inútil, pues un círculo de fuego afortalaba el Jardín.

»En lugar de ello, los soldados del rey nos escoltaron al palacio de su monarca. Este viaje exigió varios días, durante los cuales contemplamos muchos milagros. Principal entre ellos fue un mar sin agua, una inmensa expansión de dunas undosas con olas y mareas en la que pescamos peces de escamas doradas, cuya sangre era tinte púrpura, pero de carne sabrosa. Desde montañas nivosas descendía un río de piedras, castañeteando y tronando al desembocar en el mar arenoso.

»Los guijarros que caían en tierra resplandecían en la oscuridad como ascuas y, cuanto más los mirabas, más poderosa se tornaba la vista. Además, a lo largo de la orilla correteaban hormigas grandes como perros, y las gentes que vivían en las proximidades las empleaban para excavar en busca de oro el suelo.

»El palacio del Preste Juan emergía del lienzo de un acantilado, tallado en zafiro. Fuimos recibidos en los áureos portales por un augusto monarca que vestía de carmesí y portaba una corona engastada de gemas; caímos ante él de hinojos. Pero él nos alzó y nos informó de que, aunque él era ciertamente rey de Samarcanda, servía al Preste Juan como portero. Nuestro asombro se multiplicó cuando supimos que el chambelán de palacio y el cocinero e incluso el caballerizo eran todos ellos reyes.

»El mismo Preste Juan nos saludó en una elevada terraza desde donde pudimos ver toda la extensión de su reino: de las alturas donde las llamas circundan el Paraíso, hasta los lejanos declives donde persisten las ruinas de Babilonia y de la torre de Babel. El monarca de este imperio fabuloso no se vestía con grandes galas; se ataviaba sólo con la más simple de las sotanas, del

color de la tierra cruda. Era el hombre más humilde que hubiera visto yo nunca y declinaba cualquier título que no fuera el de preste, pues era un auténtico servidor de nuestro Señor Jesucristo.

»Los días que permanecí en este reino constituyen otra historia, que preservaré para una nueva noche como esta. Baste decir que fuimos muy honrados y que pasamos largas horas en conversación con el buen y humilde preste. Había en su reino gentes de todas las razas, pero ninguno era pobre. No moraban ladrones ni mentirosos en sus dominios, pues sólo el bien podía encontrar el camino hasta este lugar.

»“Pero yo... yo nunca he sido buena en realidad”, le confesé; y él me sonrió de la forma más dulce posible. Me dijo entonces que no era yo quien había hallado el camino a su reino: los tres monjes de Hólar me habían portado no tanto sobre sus hombros como en su gracia. Y por ello yo no podía permanecer. Después de una hospitalaria estancia para recuperarme del arduo viaje que me había llevado hasta allí, se me pidió humilde pero firmemente que partiera. Un centauro me transportaría a los límites del dominio.

»Los monjes que habían llegado allí conmigo se ofrecieron para acompañarme, pero me opuse con voluntad adamante; eran personas benévolas que no merecían perder las bondades de aquel reino superlativo. Decidí partir yo sola, por la noche, cuando los monjes durmieran, pues eran seres tan excelentes que habrían venido de todos modos. Mientras renqueaba a través del palacio en mi camino hacia las puertas, donde me aguardaba el centauro, el Preste Juan se me apareció para despedirme.

»El buen rey me anunció que por aquel acto libre de egoísmo había empezado a ganarme el retorno a la gracia de Dios. Me instigó a continuar mi peregrinación a Tierra Santa y, una vez allí, a consagrarme a la plegaria y el ayuno. Me acompañó entonces hasta el centauro y me bendijo mientras partía montada en él.

»El centauro galopó a una velocidad tremenda y yo tuve que agarrarme fieramente a su melena y cerrar los ojos contra el viento lancinante. Fui zarandeada durante largo tiempo, hasta que al fin me desmayé. Cuando recuperé el conocimiento, me hallaba tendida en un campo de caña de azúcar, junto al istmo de Tiro. Estaba sucia y mojada, llagas moteaban mi cuerpo, y había perdido la mayor parte de mi pelo, abrasado por vientos arenosos. Los Hospitalarios me encontraron allí y me llevaron a Tiro, donde lograron revivirme.

»Aun antes de que pudiese caminar otra vez comencé mis devociones. Lo que había acontecido en el reino del Preste Juan, me parecía nada más que un sueño. Conté mi historia a los Hospitalarios. Algunos creyeron que yo había hallado en verdad el dominio sagrado del rey-sacerdote, pues muchos habían oído hablar de este santo lugar. Pero otros trataron de convencerme de que el Señor me había enviado un sueño con el que borrar los sufrimientos de mi ardua, larga peregrinación.

»Dejé de preocuparme de si el Preste Juan era real o una ensoñación, aunque para mí era tan verdadero como la carne. El tormento de mi viaje había purgado mi alma de egoísmo. Yo era entonces una anciana con un breve lapso ante mí antes de que el alma dejase mi cuerpo. Me determiné a redimir mi vida por la plegaria, suplicando al Señor que tuviese misericordia por la

creación toda, pues todo lo que vive sufre. Y eso es algo que yo había visto del modo más franco.

»Sin un penique en mis vagabundeos, sin la comodidad o la protección de mi rango, yo había aprendido verdadera humildad.

»Cuando nuestro rey Ricardo liberó Acre, me trasladé allí para estar más próxima a Jerusalén, que seguía en manos de los sarracenos. Pasé todos mis días en plegaria, ayunando un día de cada dos y ofreciendo lo que me quedaba de mis achacosas energías para cuidar las heridas de los soldados cristianos. Fue entonces cuando nuestro rey redactó la cédula invitándome a retornar a mi baronía y gobernar en su nombre, afirmando que había sido instigado a ello en un sueño. Humildemente acepté la cédula —uno no rechaza a los reyes— y no pensé en ello más.

»En Septiembre de 1192, cuatro años después del comienzo de mi peregrinaje, el rey Ricardo ganó el derecho de que los romeros entrasen en Tierra Santa y yo fui de inmediato.

»Durante los cinco años siguientes recorrí el país dedicando cada día a orar en los lugares donde nuestro Salvador vivió y rezó. En el Monte Sión, donde la antigua Jerusalén fue destruida por Nabucodonosor en tiempos del profeta Jeremías, recé en una iglesia que posee una cámara detrás del altar donde Cristo lavó los pies de sus discípulos. Fue allí donde oí la voz del Preste Juan decirme: “Retorna a Jerusalén y bebe de la Copa”.

»Yo había ayunado todo aquel día y estaba débil del severo dolor de mis años, de modo que hice tanto caso de la voz como del crujir de mis huesos. Marché al día siguiente hasta el pie de la montaña, hasta la alberca de Siloam, donde Jesús abrió los ojos del ciego. Allí, mientras caía a los sueños después de un largo día de adorar la gracia del Señor, vi una copa de plata flotando en el verdor del aire. Me desperté de golpe, y ya había desaparecido... pero recordé la voz del día previo.

»Al alba me alcanzaron noticias de una terrible batalla en el sur, donde muchos soldados cristianos, heridos y moribundos, habían sido abandonados. Fui allí tan rápido como me lo permitió mi añoso cuerpo y encontré a muchos hombres cristianos esparcidos por los campos que rodean Belén. Ayudé pues a los Hospitalarios, que habían llegado conmigo a aquel lugar, y después de un esforzado día de atender a los caídos yací para descansar.

»Aquella noche, oí la voz de un muchacho decir, “Padre, contempla el fuego y la madera... pero el cordero ¿dónde está?”.

»Por la mañana, un soldado a quien había prestado ayuda me informó de que yacíamos en el lugar donde desmontó Abraham, que había tomado a su hijo Isaac como ofrenda sacrificial y al que ordenó acarrear leña. Supe entonces que mi muerte estaba próxima, pues yo creía que la copa de la que había de beber era la copa de mi vida, y que la disposición de Abraham a sacrificar su hijo por Dios predecía la disposición de Dios a sacrificar Su hijo por el hombre. También yo, como todas esas vidas, era un sacrificio, y me apresuré a retornar a Jerusalén a fin de prepararme para la muerte.

»Unas noches más tarde, me sobrecogieron escalofríos de muerte. Pedí ser transportada al Santo Sepulcro, para morir cerca de donde nuestro Señor fue resucitado. Los Hospitalarios accedieron y fui llevada en una litera al Sepulcro. La hora era tardía y no había nadie allí a excepción de los que habían portado mi litera y un freire de la Orden del Santo Sepulcro, que

venía a administrarme los ritos postreros de la extremaunción. El freire está ahora entre vosotros... Gianni Rieti.

»Después del rito oficiado por el canónigo Rieti, me sacudió un espasmo. Un sobrenatural fuego verde brotó del Sepulcro y brilló un resplandor. De esa luz cegadora emergió, sólo para mis ojos, la figura de nuestro Señor Jesús... y me habló con una voz que era la del Preste Juan, y comprendí que los dos eran uno.

»Jesús me dijo, “Hija, has merecido el favor de nuestro Padre al apartarte del mal y abrazar el bien. Ahora es la voluntad del Padre que vuelvas al lugar de donde has venido y vivas en el mundo como yo viví. Retorna a tu dominio y rige a tu gente como verdadera cristiana”.

»“Pero soy vieja”, protesté. “Es hora de morir”.

»“No, criatura. No eres vieja. Tus pecados son viejos. Pero tu gracia es joven y necesita vivir en el mundo. Bebe de mi copa y tendrás la fuerza para retornar a tu gente. Bebe y vive en el mundo como yo viví; bebe y adora a Dios como yo Lo adoré en la tierra. Ve y deshaz los errores de tu carne”.

»Una copa apareció sobre mi cabeza envuelta en un incienso de tal aroma que parecía reunir todas las especias del mundo. Comprendí al instante que se trataba de la misma copa en la que Jesús bebió durante la Última Cena. Tomé en mis manos el cáliz y bebí un licor de frío fuego.

»Inmediatamente me rodeó una nube de incienso celestial... y cuando escampó, yo había sido devuelta a mi juventud y me mostré al canónigo Rieti y al resto de los monjes tal como me veis ahora.

»Los monjes me condujeron sin tardanza ante el Gran Maestre de los Templarios, que vive cerca de allí, en la Torre de Salomón. Se maravilló del milagro y sin duda habría descreído de él, si el freire y los monjes no hubiesen prestado testimonio de lo que habían visto sus propios ojos. Toda aquella noche permanecimos de hinojos, en plegaria y contemplación. Todos los que habían estado allí así como el Gran Maestre oraron conmigo. Y por la mañana fue decidido que debía cumplir la orden de nuestro Padre, el mismo Creador, transmitida por medio de Su hijo Jesús.

»Hallé a un erudito bíblico, David Tibbon, que está aquí entre vosotros, y comencé aquel mismo día a aprender el lenguaje y las costumbres de nuestro Señor Jesucristo, para poder vivir como él en el mundo y adorar a Dios como él lo adoró.

»Recibí dones mundanos del Gran Maestre y de aturdidos cruzados que me habían conocido anciana y me veían joven ahora. Pero los rechacé todos a excepción de las pocas cosas que he traído como regalos para los miembros de mi casa. Incluso el califa local, que gobierna Jerusalén en nombre de su señor, Saladino, me regaló con mi esclavo, el sueco muslim, Falan Askersund. Lo acepté porque de otro modo habría insultado a un infiel que mostraba un destello de fe en nuestro Señor. Al cabo de tres días, empecé mi viaje de retorno con David Tibbon, el canónigo Rieti, mi esclavo y el resto de los monjes y Hospitalarios que habían sido testigos del milagro.

»En Roma, el Santo Padre, al que mi llegada le había sido anunciada en una visión, me bendijo, y ambos nos unimos en una plegaria rezada de hinojos. Por su insistencia y con su propia mano, fue escrito el documento que declara su fe en mi milagro. Sin más demora, seguí mi viaje al día siguiente... pero, a pesar de todas las oraciones y bendiciones del Santo Padre, nuestro

barco naufragó en una tormenta. Todos los monjes y Hospitalarios que me acompañaban perecieron y sólo nos libramos el freire Rieti y su enano, Falan Askersund, David Tibbon y yo misma. Salvamos nuestro equipaje del desastre y, después de orar por todos aquellos a los que Dios, en Su Misterio, había llamado, continuamos nuestra andanza.

»Ahora estoy aquí, turbada por todas las muertes que he contemplado, espantada de que la vida viva sólo por lo que muere, y humillada ante el hecho de que, por voluntad de Dios, una vez vivida la totalidad de nuestros destinos hayamos perdido más de lo que nos fue donado».

Guy Lanfranc y Roger Billancourt parten a caballo del castillo de Valaise, bajo la inmensa luna maculada. Carece de nubes el cielo, el aire es plata y ellos galopan inexorables a través de la estrada principal de la villa. Pronto alcanzan el bosque, marchando a un trote rápido sobre la antigua vía romana que asciende a los montes. Las estrellas titilan como metales preciosos en el negro del dosel del bosque.

Amortajado por la oscuridad, Roger piensa, *Si los bárbaros andan cerca, esto será un infierno*. Dos jinetes solos en la noche tenebrosa del bosque bajo un cielo claro serían blancos ideales para los galeses, que aman la emboscada.

Guy no piensa en nada. Sólo furia colma su pecho y rezuma en su cerebro, dejándolo entumecido tras sus ojos.

La luna avanza lenta entre los rotos del ramaje mientras los caballeros se apresuran por las curvas y meandros de las sendas montesas. Por fin, de la noche ígnea brotan súbitas cintilaciones: los fuegos de los campamentos ante el Castillo Neufmarché.

El mismo castillo está en penumbras, a excepción del anillo de teas en el pináculo de la torre principal, donde el estandarte de Neufmarché ondea a la brisa de la noche sobre los cuerpos de tres atacantes capturados y colgados. El ejército sitiador ha encendido numerosas hogueras en el lado opuesto del castillo, desde donde han excavado secretamente una mina bajo las murallas exterior e interior. Las máquinas de guerra, iluminadas desde abajo por los fuegos, se alzan imponentes contra el cielo nocturno. El plan consiste en distraer a los defensores con estos poderosos artefactos bélicos, que los agresores se han dedicado a construir durante las últimas semanas, mientras los zapadores preparan bajo tierra el verdadero asalto.

Guy y Roger se detienen ante la empalizada de estacas endurecidas al fuego, que ha sido erigida para prevenir salidas y partidas de socorro. La guardia los reconoce y la puerta se abre.

Una vez dentro, cabalgan hacia la mayor de las hogueras, donde la bandera del Grifo tremola izada a un elevado mástil.

Cuando desmontan se ven confrontados por un capitán de vastos hombros, larga crencha y furente rostro de halcón. Su rictus revela la pérdida de varios dientes. «Te ha puesto el bozal tu mamá, ¿eh? Y en el último momento, por lo demás. La madriguera completa, los maderos untados... Habríamos hundido esas murallas al alba».

Guy observa el campo más allá del capitán y ve el equipo de asedio recogido en montones, muchas piezas envueltas ya en lonas y preparadas para el desacantonamiento. «¿Qué es esto?».

«Volvemos a Hereford por la mañana», responde el capitán. «Llegó orden a la caída de la tarde. El Grifo abatido. El Cisne vuela de nuevo».

«¡Falso!», restalla Guy.

«Voto a Dios, ¿lo es? Mi batidor ha visto el Cisne sobre vuestro castillo. La baronesa ha vuelto. El cerco ha sido levantado».

«No le prestéis oídos», gruñe Guy. «El señor del castillo soy yo».

A la sombra de los fuegos, los ojos del capitán brillan malévolamente regocijados. «¿Un señor que no puede hacer ondear su estandarte? No, a fe mía, no. La baronesa ha vuelto. Su mensajero declara que viene como legado del rey. Y nosotros no osaremos desafiar al rey, pues sea como sea habremos de retornar a Hereford. Y allí su voluntad tiene más acero que aquí en la frontera».

«No os pagaremos un solo penique de plata», declara Roger. «Vuestras alforjas partirán bien ligeras como no acabéis con esto».

«Oh, ya se nos ha pagado», replica el capitán disfrutando las ironías de la situación.

«Cuando Branden Neufmarché se enteró del retorno de la baronesa, nos envió plata bastante para recompensar a todos nuestros hombres. La verdad sea dicha, incluso llegó a ofrecernos triplicar la cantidad si volvíamos nuestra fuerza contra el castillo Valaise».

Guy y Roger empuñan sus espadas y miran alrededor temiendo traición.

«Reposad vuestras manos», ríe el capitán. «Tememos el acero del rey más de lo que codiciamos el oro de Neufmarché. Vuestras vidas están a salvo. Aunque acaso no tardéis en preferir que hubiese sido de otro modo. La multa del rey todavía está por pagar y ahora no tenéis a ningún vecino que vaya a hacerlo por vosotros. Me atrevería a decir que, hacia finales del verano, Branden Neufmarché os verá sin tierra. De barón a vagabundo. Como en una canción trovadoresca, ¿no?».

El brazo de Guy se dispara para agarrar al insolente mercenario, pero Roger lo contiene.

No lo suelta hasta que está a caballo. Con tanta dignidad como pueden mostrar todavía, parten ante la implacable, sardónica sonrisa del capitán; pero una vez cruzan la palizada y quedan expuestos a un ataque vengativo por parte de los hombres de Neufmarché, se lanzan a un galope que levanta tras ellos una nube plata de polvo lunar.

Antes de cerrar la puerta del dormitorio que ha ofrendado a su madre, Clare se detiene un último instante para mirar dentro de él. La baronesa yace en el lecho sobre su espalda, su lívido rostro encendido aún en las sombras. La historia que ha contado en el jardín ha tocado a todos con un embeleso que sólo el silencio podía contener. Nadie pudo decir una palabra, cuando hubo terminado. Dejó el jardín entonces como una aparición y, cuando se hubo ido, cada uno —caballeros, sirvientes, niños— permaneció sentado y mudo, contemplando el espacio que la baronesa ocupara. Clare fue la primera en levantarse, para seguir a su madre; después lo hizo Dwn y el resto de las criadas.

Ailena había parecido dormida mientras la desnudaban las sirvientas y le ponían el camisón: sus ojos casi cerrados, flácidos los brazos. Sólo llegó a decir: «Cuidad de que David Tibbon esté

cómodo. Clare, hazlo por mí». Entonces se dejó acostar y su respiración se suavizó.

Observándola ahora, Clare ve una niña con el rostro como un pedazo de luna. Su madre se ha convertido en una niña. Y este pensamiento hace que su corazón aletee como un pájaro en la jaula de su pecho.

Cierra la puerta; casi tropieza con las largas zancas del sueco musulmán y necesita ambas manos para no dejar caer su lámpara de aceite. Él yace en el pasillo, con un tarugo por almohada y sólo una fina colcha entre su cuerpo y la dureza de las losas. Se ha quitado el turbante y el oro de su pelo largo se le derrama sobre el pecho. En su regazo descansa el curvo sable, sobre la empuñadura su mano. Al contemplar el cielo de sus ojos, Clare siente estremecerse con sorpresa sus entrañas. Barbotea una disculpa, pero él no dice nada.

Antes, cuando los arcones de su madre fueron llevados al dormitorio, lo descubrió haciendo palanca en la cerradura del cuarto con un fuerte cuchillo para soltar la aldaba. Cuando se lo dijo a su madre, la joven mujer sonrió y dijo, «Ha jurado a Allah que no sería separado de mí hasta haber agotado el vínculo de su esclavitud».

De camino al salón, encuentra la cámara que ha sido preparada para el judío. La puerta está bien abierta y lo ve de pie junto a la ventana, las manos extendidas ante él, la parte superior del cuerpo balanceándose adelante y atrás en plegaria. Clare se aleja quedamente.

Pasada la esquina, vislumbra una sombra precipitándose por una de las puertas. Un momento después, la figura achaparrada del enano con un camisón de niño anadea a su encuentro. «Señora Chalandon», la saluda con una inclinación profunda, «os doy las gracias por este exquisito atavío de dormir. Vuestra criada me dijo que era todo lo que podía encontrar para mi talla. Entiendo que este atuendo vistió a vuestro nieto una vez y, antes de él, a vuestro hermano, el buen barón Guy».

«Vuestras gracias no se merecen, amable señor», responde con embarazoso aturdimiento, molesta de que su criada haya dado una prenda útil a tan repulsiva criatura.

«Perdonad... puede que no conozcáis mi nombre. Soy Ummu». Se inclina de nuevo, hace un chasquido con la lengua y su mono sale cabriolando al salón, imitando su reverencia. «Y este es Ta-Toh. Consideradnos vuestros humildes servidores».

Clare sonríe incómoda. «¿Son las habitaciones de vuestro gusto?».

«No podrían ser mejores, graciosa dama», repone Ummu y se acerca aún más al amarillo resplandor de la lámpara de aceite. «Mi señor el canónigo estará muy complacido de reposar aquí su cabeza después de tantos meses con la tierra desnuda por almohada. En este momento está hablando con el pater en la capilla; de no ser así, él mismo os habría bendecido cálidamente. La baronesa, confío, estará durmiendo...».

«Sí». La voz de Clare carraspea y debe aclarar su garganta de la ansiedad que la posee para hablar de forma audible. «Le he devuelto el dormitorio que era suyo cuando vivía aquí».

«Su relato en el jardín fue hechizante, ¿no lo creéis?». Los grandes ojos del enano resplandecen en la aceitosa luz. «Sabéis, yo estaba con el canónigo en el Sepulcro cuando apareció el Grial. Descendió de una nube luminosa, tal como dijo la baronesa. Pero ella se mostró demasiado modesta al no hablar de los ángeles, cuyos enjambres revoloteaban en torno suyo como chispas de sol, trazando en el aire signos hebreos... los nombres de Dios».

Clare retrocede apartándose del pequeño hombre de rostro oscuro cuyos grandes ojos arden, abrasadores y vigilantes. Le falla la voz, y hace un gesto de buenas noches. Con un grito agudo, el mono le trepa por la pierna hasta el brazo extendido, su visaje primordial chillando con demoniaco gozo.

Un alarido brota de las entrañas de Clare; se vuelve de forma tan repentina que se da de bruces contra la pared y derrama aceite. La llama chisporrotea y la oscuridad se estrecha alrededor.

«¡Ta-Toh!», grita el enano furioso, y tratando de devolver la confianza a Clare, «creyó que vuestra mano extendida era una señal».

El mono vuela de nuevo al suelo y Clare se retira en los brazos de sus alarmadas sirvientas, que han acudido a sus gritos corriendo. Falan aparece también, la cimitarra desnuda en la mano. Pero se aparta para dejar pasar a las criadas, que forman un corrillo alrededor de su señora mientras la sostienen.

Alza el enano los hombros y mima al nervioso mono. El rostro severo de Falan se distiende, su sonrisa cintila, y envaina la cimitarra.

El cuerpo arañoil de maese Pornic se levanta del lugar ante el altar donde ha estado orando de rodillas con el canónigo Rieti. Gianni Rieti se persigna y se levanta también. La capilla está sólo iluminada por unos pocos cirios y la luz de la luna en el rosetón, y los clérigos son poco más que sombras el uno para el otro.

«Le hablaré a la baronesa para que os mantenga como párroco», dice Gianni con generosidad. Habiendo conocido demasiados eclesiásticos mundanos, está hondamente impresionado por la simplicidad y la fe del anciano sacerdote. Este hombre pequeño con su basta sotana parece más un labriego que un cura y a Gianni le recuerda los gentiles frailes que lo criaron. «Vos estáis mejor dotado para atender este rebaño que yo, un extranjero».

«Mi lugar está en la abadía. Iré allí». Maese Pornic mira resignado de abajo arriba al hombre que le gana en altura. «¿Ha cambiado ella la misa?».

«El judío lee del Pentateuco, en hebreo. Él lo llama la Ley. La Ley que Jesús conoció».

«¿Y el pan y vino?».

«Sí, los mantiene. Yo bendigo el pan y el vino, y luego los compartimos».

«¿Incluso el judío?».

«No, el judío no. Él declara su fe en Dios, pero afirma que el Mesías no ha llegado».

Cuando ve retraerse al viejo sacerdote, Gianni se apresura a añadir: «No debéis pensar que haya nada sacrílego en la ceremonia. Celebramos como Jesús mismo lo hizo».

«Pero nuestro Señor y Salvador transmitió la autoridad a Pedro, que fundó la Iglesia», protesta el abad. «Como cristianos estamos unidos a Dios por la Iglesia y por nuestro culto en la Iglesia. Esta mujer transgrede las enseñanzas de los apóstoles».

«Jesús mismo le ha hablado, padre. Ha bebido del Grial, tal como Jesús y sus discípulos lo hicieron».

«Sólo vuestro testimonio me da la fuerza para creer en la historia de esta joven», dice maese

Pornic lasamente, descendiendo del altar y sentándose en el primer banco. Indica al canónigo que se siente a su lado. «¿Visteis aparecer el Grial en el Sepulcro, hijo mío?».

«Sí, padre, lo vi», responde Gianni y se sienta lo bastante cerca como para ver el rostro del santo varón en la blanda tenebrosidad que los envuelve. «Os confesaré que no era digno de ser testigo de un milagro semejante. Soy un hombre mundano».

«Sois un sacerdote».

«Fueron mis deseos los que me arrastraron al sacerdocio, padre... para escapar de la ira de hombres que me despreciaban».

«¿Fuisteis forzado al sacerdocio?».

«Por mi lujuria, padre. He sido siempre lascivo, desde la pubertad. Y las mujeres...».

Gianni sacude triste la cabeza. «Las mujeres se han visto siempre atraídas hacia mí. Nunca pude resistirme a ellas. En mi Turín natal, los hombres de esas mujeres querían castrarme. Los frailes son los únicos padres que he conocido. Cuando los problemas amenazaron mi vida, retorné a ellos. Ellos organizaron mi ordenación, pero esto no apagó mi lujuria».

Maese Pornic abate el rostro ante esta pecadora admisión, de modo que sólo el halo argénteo de su tonsura sea visible en la oscuridad. En un susurro, pregunta, «¿Profanasteis vuestros votos?».

«Sí, padre... muchas veces. Mi penitencia fue ir a Tierra Santa para luchar por la reconquista del Sepulcro. Sin embargo, aun allí seguí los impulsos de mi lujuria en lugar de la Cruz. Había muchas mujeres bellas en los *palazzi* del Reino Latino, y me deseaban... así como yo a ellas. Fui mucho más discreto de lo que lo fuera en Turín, pero Dios vio cada una de mis amorosas devociones. Me uní a doncellas y princesas, jóvenes novias y mujeres que eran viudas más de una vez. Y todo ello con tan fría compostura espiritual que se hubiera dicho que Dios me había puesto en el mundo sin cosa mejor que hacer».

Maese Pornic alza el rostro con los ojos chispeantes de un animal espantado. «¡Es una bendición para vos! Dios os ha dado una lascivia tan viva para que sea vuestra Cruz. ¡Vuestra lujuria debe crucificaros! En tormento debéis pender de los clavos de vuestro deseo. Habéis de sufrir los dolores y convulsiones de vuestra pasión animal, noche y día, sin tocar carne de mujer, ni en acto ni en pensamiento, ni poner las manos sobre vos mismo. Debéis colgar en los rabiosos ardores del deseo hasta enloquecer. ¡Esa locura es Satán en vos! Cuando enfrentéis al Maligno, os torturará. Pero si perseveráis, si aceptáis vuestra angustia de lascivia como una adoración a Dios, la locura acabará por pasar... y en su lugar poseeréis una corona de irradiante esplendor, aquí...».

Y aprieta la mano cóncava contra su pecho. «Luz que fluye, vuelta tras vuelta, una luz fluyente de infinita gracia y belleza».

Gianni Rieti contempla intensamente en la oscuridad la sabia faz que ha vertido su calma sobre él y que lo contempla a su vez, más intensa aun, como un astuto demonio. «No pensé que semejantes cosas fueran posibles», admite. «Pero entonces fui llamado al Sepulcro, tarde una noche, para administrar el viático. Con franqueza, me tocó a mí porque aconteció que llegué tarde a la capilla de una cita nocturna y no había nadie más despierto. Descendí al Sepulcro con la Eucaristía y encontré allí una mujer vieja y debilitada, casi muerta, yaciendo sobre una litera en la

cripta. Estaba rodeada de Hospitalarios y Templarios, que habían realizado ya los últimos ritos sin el beneficio de la unción o la Eucaristía. Yo sabía que para estar allí, en la misma cripta, debía de ser algún personaje importante, pero no sabía quién era. Cuando le di el viático, apenas pudo tragarlo y casi se ahogó. De hecho, su respiración cesó y yo pensé que su alma había partido. Pero entonces despertó estremeciéndose y gritó. En ese instante, la cripta pareció sumirse en llamas y una poderosa trompeta tronó. Mis ojos quedaron cegados, mis oídos ensordecieron. Cuando pude volver a ver otra vez, la anciana estaba de pie y había sobre ella una nube en descenso. Caímos de hinojos, todos nosotros clamando como un solo ser. La anciana recibió el Grial y bebió de él, tal como nos contó esta noche, bebió de él... y fue transformada».

«¿Visteis vos a nuestro Salvador?».

«No. Vi sólo el Grial y lenguas de fuego danzando en el aire ante ella. Después cesó. El Grial se había ido. Las llamas y la nube luminosa habían desaparecido. Y ella era joven. Lloré. Todos lloramos. Yo no era digno de contemplar semejante milagro, de sentir el calor de la Presencia, de oler la fragancia del cielo. No, yo no era digno. ¿Por qué me escogió el Señor?».

Maese Pornic observa atentamente al joven canónigo y, aun en las sombras, ve la sinceridad en su rostro. Con una expresión de profunda tristeza, posa una mano estrecha en la mejilla de Gianni, y su toque es esplendoroso.

Gianni se atiesa mientras la mano cae. «He cambiado, padre. El milagro me ha cambiado. Me posee la lujuria de siempre. Horror de horrores... he llegado incluso a desear a la baronesa. Pero he encerrado en el corazón mis deseos. No volveré a pecar. He aprendido a temer al Señor».

«El temor del Señor es el comienzo de la sabiduría», cita el viejo cura de los Evangelios.

«Padre, sois en verdad un hombre santo. ¿Habéis visto un milagro alguna vez?».

En la tenue luz, los huesudos rasgos del rostro de maese Pornic parecen resplandecer. «Sí, he visto muchos milagros», dice, lentamente. «Y, si lo deseáis, os mostraré uno, el más grande de todos. Venid conmigo a la cima del monte y permaneced allí conmigo bajo la cúpula de las estrellas. Y pronto entonces, si podéis soportar la oscuridad el tiempo necesario, veréis elevarse el sol».

Dwn observa a la dormida baronesa. La anciana está demasiado excitada para dormir en la yacija que le ha sido preparada a los pies del gran lecho. Durante horas ha estado sentada en el borde del amplio colchón de plumas, contemplando a la joven mujer, su respiración, sus ojos salvajemente inquietos bajo los párpados cerrados. «Sierva de los Pájaros», murmura. «Has vuelto. Dios te ha enviado de vuelta a nosotros, Sierva de los Pájaros».

Cuando la presencia del milagro se le hace imposible de soportar, Dwn se levanta del lecho, camina hasta la puerta y la abre. Falan Askersund yace en el umbral, sus ojos vigilantes cintilando en la oscuridad. Dwn pasa a su lado, y él no se inmuta.

Encuentra por el corredor el camino hasta unas escaleras que conoce bien, que aun ciega conocería. No hay nadie en el gran salón ni en ninguna de las cámaras menores por las que pasa mientras se dirige a las puertas principales del *palais*. Las abre silenciosamente, e inmensas

estrellas azules y una luna hinchada la contemplan desde las alturas vagar por las losas pulidas del recinto interior.

Aunque no la reconoce, el guardián interior de las puertas la deja pasar: viste ella un brial de seda y, a todas luces, proviene del *palais*. La plaza está casi vacía. Un perro solitario surge de una calleja entre los talleres. Los centinelas en los parapetos no le prestan atención. En el portal exterior, el guarda, viejo bastante para saber quién es la mujer, le pregunta dónde va.

Dwn alza la mano, nudosa como raíces gruesas, y el hombre abre las puertas. El largo paseo a través de los campos de ejercicio, la puerta de la barbacana y la senda del vasto jardín es hermoso bajo el baño del resplandor lunar. En el puente de peaje, alza de nuevo sus manos sarmentosas y el centinela la deja pasar sin una palabra.

La aldea está dormida. Los gatos corretean entre las casas achaparradas cazando ratas.

Nadie ve a la anciana en su túnica de seda caminar por la calle mugrienta. Sobre el bosquecillo de alisos y olmos viejos al final de la villa revolotean los murciélagos, manchas imprecisas trazando círculos contra el pálido lunor.

Por fin, Dwn llega al estercolero y se detiene un largo rato ante él, mirando tiernamente su masa voluptuosa. Las pequeñas ventanas redondas son ojos negros. La torcida puerta de madera blanqueada se abre con un gemido, y ella entra en la acre oscuridad. Entre los contornos familiares halla el camino hasta el pequeño lar y se arrodilla allí. Extiende en las sombras la mano y apuña el crucifijo de palos atados. Posando la cruz en el hogar, arranca una chispa a la yesca que lleva.

Los ojos de Dwn parpadean cuando el crucifijo cautiva el fuego y todas las formas tortuosas de su choza saltan a sus ojos. En el súbito fulgor, ve ella de nuevo la inconmensurable ancianidad de sus manos retortijadas y la delicada filigrana de la ropa en sus muñecas. Luego el resplandor empieza a desmayar, mientras la cruz se deshace en cenizas. La terrible incongruencia de los dedos deformados y la blanca seda la sobrecoge, y casi ha perdido la oportunidad de lanzar su plegaria con la luz de la llama. Mientras el resplandor desmaya entre las paredes de estiércol y paja, ruega ella ferviente que la luz de lo más sagrado que posee pueda portar su mensaje a Dios,

«Gracias, Señor. Gracias por devolvérmela... la Sierva de los Pájaros».

El jardín de la tierra salvaje

*El Grial fue formado por los ángeles
a partir de una esmeralda desprendida
de la frente de Lucifer
cuando este fue arrojado al abismo.*

Había cierta traición en los colores de la estación. Los bronceos robles y los arces febriles se introvertían volviendo las espaldas al mundo. Los ojos marrones de las castañas espiaban entre las hojas podridas sobre el suelo esponjoso, vellosos y soñolientos los párpados, conociendo lo por venir. Eclosiones de asters malva y junquillos salvajes fulgían intensamente en los prados herbosos, donde se ocultaban las víboras, y arañas del tamaño de guijarros colgaban sus telas. En un árbol partido por el rayo borbollaban hongos brillantes como ascuas y la madera muerta se arrugaba en agallas ponzoñosas. A lo lejos, en los valles nevados de los Pirineos, intumescencias púrpura de trueno descendían con aquella tormenta vespertina.

Pero por ahora, la mañana era azul y vivaz. Una muchacha llamada Raquel, que conocía todos los peligros que los colores significaban, estaba sentada, calmada, en su secreto otero. Tenía doce años de edad y una serenidad que le brindaba el conocimiento del territorio donde había crecido, a través de la infancia.

Pronto sería una mujer. Sus hermanas mayores le habían explicado los misterios del invierno anterior y, cuando en primavera empezaron en su cuerpo los extraños cambios que habrían de completarla, no se alarmó. No como una de las muchachas con las que jugaba en la villa, que creyó que su primera sangre era el castigo de Dios por perderse la misa.

Raquel saboreaba su tiempo en el alcor. Aquí se realizaba su culto. Aquí, entre grosellas negras y rosadas cambreras, sentía la presencia de Dios más intensamente que en el templo o entre los rollos sagrados de su abuelo. Cuando padre la encontró, soñadora, sentada detrás de los cobertizos para los carromatos y de los carros vacíos de heno, una corona de hortensias en el pelo y dedaleras ensortijando sus brazos, la riñó por perder el tiempo y la llamó panteísta. Desde entonces, adoraba la creación sólo en su lugar secreto.

A medida que había ido creciendo, habían disminuido las oportunidades de subir aquí.

Tenía más responsabilidades en la familia, primero ayudando a sus hermanas mayores, que se encargaban con madre del mantenimiento de la casa, y más tarde deberes exclusivamente suyos.

Su ocupación consistía, como el pasado verano, en vigilar a las criadas que lavaban la ropa de la casa y las prendas de vestir. Era esta una tarea fácil: las lavanderas eran una peña jovial que cantaban mientras hervían las ropas sucias y alzaban los humeantes atavíos a los fregaderos, donde los estregaban con cepillos de fuertes cerdas. No necesitaban en absoluto que se las vigilase, pero madre insistía en que todas sus hijas conocieran los trabajos de la casa. Y a las lavanderas no les molestaba su compañía, pues era una criatura juguetona y, al mismo tiempo, siempre dispuesta a ensuciarse las manos.

A madre le disgustaba este desenfado en las muchachas: cuidarse de una casa de forma que los

hombres no se vieran nunca agobiados por ninguna preocupación, aparte de su propio trabajo, era vital para el bienestar de la familia, y madre quería que sus hijas fueran buenas esposas. Pero Raquel era la menor de las hijas, y en los últimos tiempos madre estaba absorta con la boda de la mayor, próxima ya, que se realizaría en primavera. Después de ella, madre tendría más tiempo para atender a la instrucción de las menores, y Raquel sabía que esta era una de sus últimas visitas al cerro.

Este lugar elevado era secreto incluso para sus curiosos hermanos, que habían explorado todas las tierras de este dominio, pero que gozaban más de sus juegos en los cauces de los ríos y los campos. Para escapar de ellos y de sus entrometidas hermanas, Raquel había explorado tiempo atrás las colinas cubiertas de mostaza salvaje y se había escurrido a través de densos setos para hallar este sitio. Con los años, había llegado a descubrir las secas torrenteras talladas por la lluvia en serpenteantes caminos entre juncias verdeazules y arbustos espinosos de ramas argénteas y minúsculas flores blancas. Sólo ella conocía estas trochas secretas que, libres de obstáculos, conducían a la cresta del cerro.

Allí, escarabajeados con yedra y hierba cana, había grandes bloques erosionados de una antigua construcción, labrados con faunos y serenos rostros callados. Estas piedras caídas eran los restos de un altar romano, que se había alzado aquí un millar de años atrás. Cuando las encontró por primera vez, pasó horas y horas sentada, día tras día, estudiando los misteriosos silencios de aquellos rostros deliciosos y de los alegres faunos, que fueron sagrados para otra era. El dulce y moribundo feto de la vegetación del cerro debía haber sido así de denso ya mucho tiempo atrás, cuando estos relieves eran diáfanos y la fe en sus imágenes estaba viva. Qué extraño le parecía a ella entonces que tales glorias pudiesen morir.

Manteniéndose de pie sobre el altar caído, Raquel podía ver la vasta expansión de los terrenos de su familia, desde las viñas en las terrazas erizadas de cipreses hasta los huertos junto al meandro marrón del río Garona. La imponente mansión donde vivía, con su alto tejado puntiagudo, centelleaba visitada de pájaros en un círculo de rielantes álamos temblones.

Minúsculas figuras azules en empinadas colinas, altas sobre los techos de paja de la villa, blandían oscilantes guadañas. Más abajo echaban largas gavillas a curarse al sol y, más abajo aun, las pequeñas figuras se llevaban las gavillas en carromatos tirados por burros.

En los huertos, los campesinos iban y venían entre los árboles, cosechando las manzanas y las peras para la sidra. Oleadas de perfume ascendían la colina y Raquel inspiraba profundamente su alegre soledad.

Bordeaux, Otoño 1187

Aparecieron primero en el mercado, atraídos por las fragancias de los nísperos en los puestos

de fruta. Las voces apasionadas de mercaderes y compradores se apagaron al verlos. Sus rostros parecían chamuscados y sus piernas las vestían pantalones de sangre seca. Su carne colgaba como harapos de sus huesos, lustrosa y abierta donde el acero mordiera. Descalzos, envueltos en los jirones de sus banderas, sin armas ni caballos, a sus casas volvían de los desiertos, pegados uno a otro, apoyados en lanzas rotas, trémulos los dedos en su ansia de comida, flácidas las bocas, babeantes y abiertas, mudos en su sufrimiento.

Tras un silencio de turbación, la gente reconoció las desfiguradas estampas de su parentela. Eran estos hombres que el año anterior habían tomado la Cruz y partido a Tierra Santa.

Gritos descarnados recorrieron el mercado. Las madres chillaron los nombres de sus hijos ausentes, y las cáscaras humanas que habían retornado agitaron sus cabezas y lloraron lágrimas negras.

«Hattin», dijo la boca desgarrada. «Murieron todos en Hattin».

Las cabezas se abatieron de vergüenza, los cruzados sobrevivientes escucharon al único al que quedaban fuerzas para hablar. Detrás de los ojos añosos, sabios en su dolor, maleados por la memoria, se moldeó a sí misma la historia, y la boca rota tanteó las palabras.

La gente del pueblo había llevado los soldados a la taberna más próxima y les daban pan mojado en vino, que resultaba blando en sus canceradas bocas. «¿Hattin?», preguntó uno de los mercaderes. «¿Esa aldea cerca de Jerusalén?».

«Es un valle... en el desierto. Marchamos hacia allí en Julio para enfrentar a los sarracenos. En Julio marchamos...». El tortuoso recuerdo no podía cuajar en palabras y él vio otra vez el horizonte sin árboles, las cimas de las dunas trémulas como los tejados de los hornos.

En la rabia de la locura, otro de los supervivientes rio devanando un sonido que no era más que un pútrido sollozo. «¡En Julio! ¡El ejército más grande que... marchando para luchar contra los sarracenos en los malditos ardores infernales de Julio!».

«Cuando el calor nos tenía destrozados, descendieron de las dunas... descendieron... bramando...».

La furia en sus rostros ennegrecidos les enmudeció y permanecieron inmóviles, la vista fija, alucinada a través de su entumecimiento, exhaustos por todo aquello que eran incapaces de decir.

En un silencio como de escena soñada, la turba marchó a la iglesia de San Seurin, donde los judíos se ocultaban. El obispo mismo los recibió en los escalones solemnemente ataviado.

«Volved a vuestras casas», ordenó.

«¡Dadnos a los asesinos de Cristo y nos iremos!», gritó una voz desde la turba silenciosa, y murmullos de asentimiento se levantaron recorriendo la multitud.

«¡Volved a vuestras casas de inmediato!», replicó el obispo. «El rey Enrique y nuestro Santo Padre han prohibido que se dañe a los judíos».

«¿Quién pagará por Hattin?», gritó alguien. «¡Sólo sangre puede responder a la sangre!».

«¡Llevad vuestra rabia a Jerusalén!», clamó el obispo. «¡Id a Tierra Santa y recuperad de los sarracenos la morada de Cristo!».

A una señal del eclesiástico, los cascos de los caballos ecoaron en el enguijarrado de la calle y soldados de la fortaleza avanzaron lentamente hacia la turba apartándola de allí.

Llamas se elevaron aquella noche de las casas de los judíos, no sólo en la ciudad, sino también en las villas entre los montes bajos de Larmont, por la parte del Garona. La rabia de Hattin marchaba hacia el sur, trazando con fuego su camino de retorno a Tierra Santa.

Raquel sabía con quién se casaría. Los acuerdos se habían realizado años atrás con una familia de comerciantes de una villa cercana. Eran tan ricos como su propia familia, y era gente instruida. El padre del chico, concretamente, no era mercader sino rabí, un amigo del famoso primo de su abuelo, Judá, el renombrado médico y lingüista de Lunel. Raquel había coincidido con aquella familia varias veces en diversos festivales, y no eran muy distintos de su propia familia.

Sentada en los viejos sillares de la cima del otero, Raquel pasaba más tiempo últimamente preguntándose cómo sería la vida matrimonial. Desde luego, casada sería feliz. Siempre se esforzaba en ser feliz. Su abuelo, el hombre más sabio que conociera, a menudo decía que la felicidad era nuestro don a Dios.

Alzó la mirada hacia las distantes faldas de los Pirineos, donde su abuelo tenía su barraca.

Tiempo atrás, cuando ella era una niña pequeña, el abuelo era el patriarca que regía el dominio.

Luego, un día, esa responsabilidad recayó sobre su padre, y el abuelo se dejó crecer la barba y se hizo construir una pequeña casa, alta en el flanco de la montaña donde, más cercano a Dios, podría estudiar la Torá y la Biblia. Raquel distinguía la blanca choza del abuelo en la ladera ámbar de la montaña más cercana. ¿Cómo podía uno vivir entre flores de polemonio y el gamo etéreo y no ser santo? Pronto bajaría él, para pasar el invierno en la casa grande con su familia y compartir toda la sabiduría absorbida durante su retiro estival.

Qué diría el abuelo sobre el amor, se preguntaba Raquel mientras removía con su zapato de tela las ramas vellosas de un matojo muerto entre las ruinas. Un vaho marrón de esporas brotó de unos hongos arracimados, dejando en la brisa lánguida una estela de denso aroma.

Raquel había oído a los trovadores cantar al amor verdadero en la feria anual. En estos últimos días, era todo lo que había sido capaz de pensar en sus visitas a su lugar secreto. ¿Qué se sentiría estando enamorada? ¿Qué hombre podría inspirar tan poderosa pasión en ella? Ninguno de los amigos de sus hermanos lo hacía, ni tampoco el hijo del rabí al que estaba prometida, aunque no le cabía duda de que sería un buen marido. Madre y hermanas se habían reído de sus inquisiciones sobre el romance, y su padre le había asegurado que tales ideas eran una locura de los gentiles, impropias de ella como hija de Abraham.

Desde la villa ascendió el clangor de las campanas repicando en los valles. Raquel trepó a la cima del montón de sillares para mirar hacia abajo, a la amodorrada villa. Hoy no era Domingo, así que el sonido líquido de las campanas no anunciaba el culto, ni una boda. Quizás alguien había

muerto.

Una vez, con aquella amiga campesina que creía su primera sangre una maldición de Dios, había visitado la iglesia de la villa. Allí de pie, en las sombras incensadas, contemplando los cuerpos largos y estrechos de los santos, era ella una infractora. ¿O estaba el pensamiento de Dios aquí también? Esta era otra pregunta para el abuelo, pero no se había atrevido a exponérsela.

Raquel percibió que los campesinos de las colinas y los huertos habían detenido sus labores. Había algo fuera de sitio... y con esta constatación recordó Raquel que la campana de la iglesia servía también para anunciar fuegos y bandidos. Ningún humo mancillaba la mañana azul y su corazón se angustió con la continua advertencia de su madre de que nunca jugase lejos de la casa grande... juglares y gitanos bigardos robaban a menudo niños y los desfiguraban para exponerlos como fenómenos en las ferias.

No había peligro a la vista. Las colinas muelles brillaban serenamente, oliendo a menta salvaje y a heno cortado. Las nubes avanzaban vaporosas y las mariposas volitaban en el aire. Sin embargo, el tañido delirante de la campana era un escalofrío en la profundidad de su pecho.

Una luna pulposa colgaba en el cielo diurno, y Raquel la percibió cuando emprendió su camino colina abajo, hacia la aldea. Entre los tallos marchitos y las hojas cerosas de cálices florales muertos, pausó para contemplarla. Qué serenidad la de aquel rostro vaporoso en el verdeazul del cielo. Bajo aquella benigna mirada nada realmente serio podía malbaratarse allí abajo. Ahora, oía la conmoción de la aldea incrustada en el clangor de la campana, y le sonaba como un festival.

Los cristianos tenían más festivales de los que podía recordar... fiestas, las llamaban, para honrar a los santos. Habitualmente eran celebradas en ciudades más grandes, y Raquel oía hablar de ellas cuando los braceros volvían tambaleándose a los huertos, en general hediendo a vino.

Lunel celebraba sólo un santo con grandes jolgorios, la fiesta de Pentecostés, el séptimo Domingo después de Pascua, que conmemoraba el descenso del espíritu de Dios en forma de lenguas de fuego a los discípulos del Mesías. Ese era el día de la feria anual de la villa, cuando llegaban buhoneros de toda la Gascuña para vender sus géneros en compañía de troveros y juglares. Para su familia, esta fiesta era Shabuoth, que celebraba la revelación de los Diez Mandamientos en el Monte Sinaí.

Raquel atisbó mujeres sacando el cuerpo por las ventanas y otras en las puertas golpeando cacerolas, ¿pero dónde estaban los juglares de abigarradas ropas? En lugar de ellos, la gente corría frenética por la calle, portando algunos de ellos teas en pleno día. Se detuvo abruptamente en un declive cubierto de cincoenrama, sobre un terreno de gavillas uniformemente ligadas y apiladas.

¡*Plaga!*!, comprendió. Había leído acerca de las plagas en la Biblia y había oído hablar al abuelo de la muerte escarlata, que había acabado con tanta gente en las ciudades del norte que tuvieron que apilar los cuerpos en grandes montones y sepultarlos en una sola fosa. Eso ocurrió hacía ya muchos años, cuando el abuelo era más joven que ella ahora. ¿Podría ser que ese terrible mal visitase ahora Lunel?

Una pequeña figura se escabulló entre las gavillas, luego corrió tan rápido como pudo montaña

arriba, directamente hacia Raquel. Reconoció el rostro tiznado y atemorizado esforzándose en alcanzarla. Era su amiga de la villa, la que pensaba que Dios la había castigado con la feminidad por perderse la misa.

«¡Raquel, Raquel!», exhaló cayendo casi de hinojos. «¡Venía en tu busca!».

«¿Qué ocurre?», sostuvo Raquel a su amiga. «¿A qué viene ese clamor en la villa?».

«¡Están asesinando a los judíos!».

Raquel abrió la boca, incrédula.

«Es un tropel de cruzados del norte», le explicó su amiga aferrándola, salvajes los ojos.

«Van a Tierra Santa para vengar a los cristianos que cayeron en Hattin, a manos de Saladino, el terrible caudillo sarraceno».

Raquel no entendía. Había oído hablar de las Cruzadas. Algunos de los hombres de la aldea habían tomado la Cruz y habían partido a Jerusalén para arrebatarse el sepulcro de Jesús a los turcos, y las tierras habían perdido varios buenos trabajadores. Pero Hattin... Saladino... no conocía ella estos nombres.

«La turba de cruzados está matando a los judíos allí donde los encuentra», sollozó su amiga. «Oí a los hombres hablar de ello. ¡Han asesinado ya a los judíos de Blaye, Agenais y Auch! He visto a los hombres del norte con las manos ensangrentadas hasta el codo».

«¿Estás segura?». ¿Había de creer a esta ingenua que imaginaba la menstruación una maldición divina?

«¡Raquel! Están asaltando nuestra villa al grito de “¡asesinos de Cristo!”. Ya han quemado la casa de tu primo Judá y lo han arrastrado a él, a su mujer y a sus hijos cogidos del pelo por las calles. Los llevaban a la iglesia para bautizarlos, pero él les escupía y estoy segura de que lo matarán. ¡Raquel, debes avisar a tu familia!».

Grandes los ojos, Raquel miró más allá de su amiga hacia la aldea. Columnas de humo habían empezado a elevarse del concurrido centro de la villa, donde vivían sus primos. Muchas de las gentes que colmaban furiosas las calles blandían antorchas, y varios sostenían cruces sobre las cabezas. El horror la taladró cuando reconoció la verdad de lo que su amiga le decía.

Raquel giró en redondo y corrió con todas sus fuerzas monte arriba. El camino más corto a casa era directamente sobre el cerro y luego abajo, a través de los caminos secretos de los setos.

Cuando alcanzó la cresta del otero, un sudor frío y pegajoso le empapaba la camisa y el corazón le azotaba los oídos. Lanzó la cabeza atrás para tomar aliento y vio de nuevo la luna diurna, semejante a un cisne durmiente.

Subida a las piedras del altar, Raquel miró hacia el valle aterrorizada al ver el humo ascender al cielo. Ardía el grano amontonado. Tropes hormigueantes de hombres con banderas corrían por los huertos y los campos, destrozando los carros de la cosecha y echando sus teas a los árboles frutales. Por un largo instante, permaneció transfija, incapaz de creer a sus ojos.

Entonces vio los tropes de hombres converger en la casa grande, y el horror la zamarreó. No podía permanecer allí y simplemente mirar. Tenía que estar con su familia.

Cuando saltó de las piedras descabaladas y se deslizó por las escarpadas sendas de las torrenteras que descendían violentas a través de la espesura de los setos, pensó frenéticamente qué

hacer. ¿Podría hallar un camino a través de la furiosa turbamulta? Si pudiera, si lograra hallar un camino hasta su padre y su madre, estaba segura de que ellos sabrían qué hacer.

Desde la altura, la desbocada canalla había sido una nube de minúsculas figuras. Pero a medida que descendía hacia el camino cubierto de rodadas que conducía a la villa, vio a los hombres de rostros torvos, ceñudos, con más claridad. Eran extranjeros, mugrientos por la marcha furiosa, agitando toscas banderas con cruces y corderos pintarrajeados en ellas. Muchos vestían inmundas blusas grises con cruces marrones listadas, y con un sobresalto Raquel comprendió que habían sido repasadas con sangre.

Un grupo de estos hombres, cantando un himno cristiano con estridentes y airadas voces, avanzaba a grandes pasos por el camino que ella llevaba, y apenas tuvo tiempo de chapuzarse en los setos cuando aquellos pasaron bulliciosos. Se acercaron lo bastante como para dejarle ver sus calzones manchados de barro endurecido y sus gruesas manos. Arrastraban algo tras ellos, y al principio sus piernas impidieron a la muchacha ver lo que era.

Raquel decidió que no quería mirar lo que arrastraban, pero en aquel instante las cargas se les escaparon de las manos. A escasos palmos de donde se hallaba, los cadáveres sanguinolentos de su tío Joshua y de sus dos hijos adolescentes, con ojos enloquecidos, vacíos, miraban a través de ella. Les habían arrancado las ropas y ella contemplaba con gélido desmayo los primeros hombres desnudos que había visto en toda su vida. Donde deberían haber estado los genitales, había sólo fibra mutilada; un carmín de carnicero les bañaba los cuerpos y de sus bocas surgían cosas extrañas semejantes a salchichas.

La comprensión de lo que veía cuajó en un grito que brotó de sus entrañas, atravesándola y estremeciéndola. El momento en que el alarido surgió de ella como un vómito, quedó paralizada, con helado terror trabándole los músculos. Pero los asesinos, entregados a sus cánticos vehementes, no la habían oído.

Raquel se arrastró a través del seto hasta un angosto camino de mulas que corría paralelo a la senda principal y trató de levantarse, pero sus piernas, incapaces de tensión, no la sostenían y la dejaban caer una y otra vez al suelo. Reptó por el camino hasta que sintió retornar la fuerza de sus piernas y pudo ponerse en pie. Tambaleándose a lo largo de las hileras de los setos, alcanzó el borde del huerto de manzanas.

Su rostro ceniciento, moteado de gotas de sudor, se volvía a un lado y a otro buscando un camino franco entre los verdes portales y las sombras de los árboles. Los fuegos que la chusma había tratado de encender allí se habían extinguido, desanimados por el humus aguanoso y los jugosos frutos. Trastabilló, tropezando en las raíces y resbalando en las manzanas podridas.

Cuando los cruzados aparecieron, se agazapó tras árboles nudosos deseándose invisible, y percibió la fragante savia ambarina que rezumaba de las grietas de los troncos.

La mayor parte de la canalla se había alejado del huerto. Algunos se habían ido por los escarpados senderos de las terrazas, para saquear las viñas. Otros habían encontrado el depósito con los barriles de vino y estaban bañándose jubilosamente en él. Aun otros muchos marchaban cantando por el camino de Lunel. Como por un milagro, el acceso a la casa grande estaba libre.

Detrás de los carros descabalados y destrozados, yacían varias mulas de costado con las patas

tiesas. Raquel se apresuró a dejar atrás estas tristes bestias, corrió sobre la hierba color mostaza de la orilla del camino, cruzó el terreno cubierto por el rielante rastrojo del heno y ascendió a la casa por el sendero de pequeños guijarros blancos.

El fuego que los amotinados habían prendido en el techo de paja del sector de los sirvientes había caído al interior y se había extinguido. Ninguno de los sirvientes, criadas o braceros estaba a la vista. La misma casa grande parecía vacía, los postigos estaban cerrados.

Rodeó el edificio espiando furtivamente la aparición de nuevos cruzados. La entrada de servicio estaba cerrada, trabada la puerta y parapetada.

Se encendió en ella la esperanza de que su familia hubiese logrado mantener la chusma a raya y estuviese viva en el interior; pronunció sus nombre contra la puerta tan alto como osó, pero nadie respondía. Se arrastró hacia un lado y trató de forzar uno de los postigos, pero estaban firmemente asegurados.

No queriendo exponerse por el lado de la casa que miraba al viñedo, adonde había ido la turba, volvió a la entrada de servicio y tiró de los postigos que cerraban las ventanas de la cocina.

Una tabla se desprendió de pronto en sus manos con un fuerte crujido y ella se quedó inmóvil, temblando de miedo, buscando con la mirada aquí y allá un lugar donde esconderse. Segundos pasaron, pero nadie vino corriendo y ella puso toda su atención en la apertura que había hecho en la ventana de la cocina.

Al escurrirse por el angosto agujero, Raquel casi cayó de espaldas en la pila del fregadero.

Había nabos en la pila, inmersos en agua. Junto a ellos, en la tabla de cortar, otros muchos, blancos y mondos, reposaban en el nido de sus pieles. El cuchillo yacía en el suelo cubierto de paja. Los cocineros había huido apresurados.

«¿Mamá?», llamó Raquel pasando de la cocina al comedor. «¿Papá?».

No llegó respuesta, y nadie había a la vista. ¿Se los había llevado la canalla como hicieran con tío Joshua y sus chicos? Este pensamiento la hizo respirar rápidamente otra vez. Se precipitó de cuarto en cuarto, gritando los nombres de sus hermanos y hermanas.

La puerta del dormitorio de sus padres estaba ligeramente abierta. «¿Mamá? ¿Papá?», llamó con suavidad cuando notó un olor peculiar fluyendo en ráfagas pegajosas del cuarto. Cruzó el umbral, y retrocedió entonces tambaleándose con la fuerza del horror. Sus ojos sintieron una física puñalada de dolor y sus piernas perdieron toda sensibilidad. Allí, ante ella, su madre yacía boca arriba en el gran lecho endoselado, rojas las sábanas bajo sus hombros. Una inmensa mueca roja le torcía la quijada y, acostadas a ambos lados, las hermanas de Raquel, con las cabezas hacia atrás, mostraban la carne abierta y escarlata de sus cuellos yugulados. La Biblia familiar, abierta a sus pies.

Raquel se estrelló contra el jambaje de la puerta al intentar huir. Fue entonces cuando vio a sus hermanos, sentados en el suelo, las espaldas apoyadas en la pared, abatidas las cabezas, brillantes velos de sangre empapándoles las camisas y sangre cuajada en sus regazos. Padre yacía de costado a sus pies, un cuchillo incrustado en su rota garganta y la mano aferrando aún el mango.

Pánico y desesperación se condensaron en su pecho. Se arrastró fuera de la habitación, con el horrible hedor de la sangre pegado a la raíz de su olfato. En el pasillo, desmayó. Un fuego frío le

ascendía y descendía el cuerpo en espirales y ella se sacudió varias veces, convulsa, mientras el terror manchaba su alma con aquellas imágenes para siempre.

Oyó pasos, los sintió a través del suelo. ¡Estaban volviendo! Como un animal, saltó sobre sus pies, todos sus sentidos despiertos y atentos. Las voces se aproximaron, rientes voces. «Los mató él...», un barullo de carcajadas llegó desde la escalera principal. «El judío encerró a su familia en el dormitorio y les cortó la garganta. Los mató a todos, temeroso de que los bautizásemos. Tenéis que verlo».

Raquel huyó de las risas, alcanzó las escaleras de servicio, descendió queda los gimientes peldaños y se escurrió a través de la cocina. En el comedor de servicio se detuvo, paralizada dentro de la pesadilla. El dormitorio de sus padres estaba justo encima de ella, y sentía la presión de sus muertes sobre su propio ser, forzando el aire fuera de sus pulmones. ¡No! Agitó la cabeza violentamente. Risa borbollaba en el piso de arriba y pasos pesados patullaban las tablas del suelo. ¡No! Hubo de obligarse a respirar. Oprimió las palmas de sus manos contra sus ojos tan fuertemente que su cabeza se encendió con una radiación brillante como la sangre.

En la cocina, la escalera de servicio crujió y las pisadas descendieron ruidosas. «¡Mató a su mujer y a sus hijos con su propio cuchillo!», dijo una voz densa. «¡Judío loco!».

Raquel empezó a temblar. Ahora la encontrarían. Ahora le cortarían la garganta y ella estaría de nuevo con Mamá y Papá, con sus hermanas y hermanos.

¡No! Se sacudió la parálisis e irrumpió en el comedor, en la gran sala. La puerta principal había sido forzada y colgaba de un gozne, mientras el blanco maderamen de la jamba rota resplandecía a la luz del sol. Raquel se arrojó al día radiante sin pensar en lanzar primero una mirada.

Una figura estaba de rodillas en la era y la niña se detuvo como si se hubiese estrellado contra una pared. Era uno de los jardineros y se inclinaba sobre un viejo caballo cuyo vientre había sido abierto de un tajo. Cuando la vio, se puso en pie y la llamó con urgencia.

Detrás de Raquel, las risas y fuertes pisadas tronaban en el comedor. Ella corrió escalones abajo hasta los brazos del jardinero. «¡Niña, te matarán!».

Miró aterrorizada sobre sus hombros; el jardinero barrió con los ojos la era, arriba y abajo, pero no halló nada lo bastante grande en el espacio abierto para ocultar a la muchacha.

El jardinero se inclinó y sacó con ambas manos la masa viscosa, azul de las entrañas del caballo. Ensanchó el largo desgarrón. «Aquí», carraspeó. «Has de esconderte aquí. Será sólo por un instante. ¡De prisa... o será demasiado tarde!».

Raquel obedeció antes aun de pararse a pensarlo. Sólo cuando se hubo embutido en aquel interior caliente y húmedo, y el pegajoso icor le bañó el cuello y el rostro, temió lo que estaba haciendo. El fétido fluido destilaba en sus narices y ella se atragantó, convencida de que se ahogaría en la bilis del caballo. Presionó con el rostro hacia delante liberándolo de las vísceras envolventes, tosió y pudo respirar otra vez, superficialmente, a través del vientre abierto.

El jardinero empujó el amasijo de resbaladizas entrañas contra el caballo para ocultar el rostro de la criatura y se inclinó sobre ella, lamentando la pérdida de una bestia demasiado vieja para ser hurtada.

En el gomoso calor, lloró Raquel, bien cerrados los ojos para defenderlos de los jugos abrasadores y dolientes las prietas mandíbulas con estremecidos sollozos.

«Ya puedes salir». La voz del jardinero sonó fuerte, asegurando a Raquel que la turba ya no estaba a la vista.

Aun así, ella no se movió. El viscoso interior que la contenía se había enfriado y solidificado. Su abrazo se había hecho confortable y ella podría haberse dormido. No estaba segura. Quizás ahora soñaba. Sus párpados, pegados por la gelatina reseca, no se abrían.

«Sal, joven ama».

Movió el rostro, tanteando su vigilia, y sintió los rigentes tejidos tirar de sus mejillas.

Debía de estar despierta, razonó. Pero ¿qué era esa nube carmesí que veía? En su interior estaba el rostro muscular de su padre y su mano roja apuñando el cuchillo contra su garganta desgarrada.

Y allí estaba Mamá, yaciendo en la cama con sus hijas al lado... los rojos tubos de sus gargantas abiertas brillando mortecinos y cintilando. ¿Eran sus voces las que oía crepitar? Algo estaban cantando, pero ella no podía oírlas con claridad. Los rostros de sus hermanos hacían ruidos también, inclinados hacia delante, bajas las cabezas en plegaria.

«Se han ido ya. Estás a salvo».

Los rostros de tío Joshua y sus hijos, con ojos desorbitados, estaban también en la nube ígnea, embutidos los sangrientos jirones de sus penes en sus bocas. Al tratar de descerrajar sus párpados pegados para dejar de ver el horror, sintió como si estuviese arrancando fuego a las tinieblas, y gritó, gritó... pero no hubo ningún sonido.

El jardinero estiró para abrirla la carne elástica del caballo muerto y alcanzó a la muchacha entre las vísceras escurridizas. Ella se deslizó en un resplandor de sangre y fluido oleoso, con el cuerpo cubierto de azules membranas y el rostro salpicado de negros cuajos.

La niña yació en el suelo encorujada en la misma postura que la ocultara el vientre de la bestia. Yacía quieta como una cosa que hubiese nacido muerta.

«Levántate», la animó el jardinero. «Estás a salvo. Los cruzados se han ido».

Pero ella no se movió.

Apiadándose de la muchacha, el jardinero la alzó en sus brazos, la portó a través de la era y abajo, por el camino de guijarros blancos, hasta el agua delante de los establos. Todos los buenos caballos habían sido robados y las cuadras estaban chamuscadas por los pequeños fuegos encendidos en los almiares. Pero la madera estaba húmeda de las lluvias de otoño y las llamas no habían hecho mucho daño.

Metió a la niña en el agua y ella se sorprendió como un bebé. Sosteniéndola por el cuello con una mano, usó la otra para mojarle el rostro y limpiarle las mucosidades de los ojos. Cuando estos se abrieron, parpadeantes, ella alzó la vista y pareció mirar a través de él. La puso en pie en el

abrevadero, pero sus piernas se tambalearon y tuvo que sacarla y sentarla en el borde.

Empapadas, sus ropas se pegaban a los contornos de su cuerpo. El jardinero retrocedió, conmocionado por la visión. «Estás fuera de peligro ahora», dijo. «¿Vamos a la casa a buscar ropas secas?».

La muchacha no respondió. Parecía casi ciega y él pasó la mano una y otra vez ante su rostro. Ella parpadeó, pero no le dirigió la mirada.

«Quizás sea mejor quitarte estas ropas sucias», dijo y empezó a desabotonarle la camisa.

Ella no se resistió y sus dedos temblaron cuando empezó a tirar de los botones. Él le había salvado la vida, razonó mientras le quitaba la ropa húmeda y desnudaba sus pequeños pechos.

Los demás estaban muertos, pero él le había salvado la vida... y ahora, por lo menos, inspeccionaría lo que había salvado.

Entonces el aire surgió expelido de sus pulmones mientras él caía de hinojos ante la niña medio desnuda, con las manos en sus espinillas para intentar sostenerse. Su rostro sobresaltado se tornó con violencia, para ver a un hombre de barba gris como el hierro con la horca de remover estiércol en sus prietos puños.

«¡Amo!», el jardinero boqueó y se puso en pie, y el estrecho rectángulo del dolor pulsaba en su espalda mientras el susto se desvanecía. «He salvado su vida. ¡Alabado sea Dios! Vuestra nieta no ha caído en sus manos».

Los campesinos que trabajaban en los campos y los sirvientes que huyeran de la casa grande cuando la turba de cruzados atacó volvieron de sus escondites al ver al Viejo Amo emerger del bosque. Había oído él el clamor de la campana de la iglesia y visto el humo de las gavillas quemadas desde su barraca en el monte, y se había precipitado ladera abajo. Al ver el almacén saqueado, los animales muertos, el sector de servicio arrasado, había sentido un helor en sus huesos. Recordaba haber oído, cuando muchacho, de la matanza de judíos en Worms y cómo ochocientos de ellos fueron martirizados con la *Shema* en los labios.

Los sirvientes, lamentándose con las amargas nuevas del mal que había caído sobre la finca y sus propietarios, se arremolinaron en torno al Viejo Amo cuando este surgió del bosquecillo baño el viñedo. Los peores miedos del Viejo Amo tomaban la forma de balbuceos y murmurios en el aire alrededor, y él bramó exigiendo silencio. Los campesinos se acobardaron y los sirvientes cubrieron sus rostros de dolor.

En la casa grande el anciano buscó el dormitorio principal y lo golpeó la escena sangrienta. Con una mano sobre los ojos, recitó la *Shema*, la confesión de su fe religiosa, y luego dejó de rodillas el cuarto de su ruina. Cegado de angustia, salió trastabillando de la casa y vagó como ebrio hasta que llegó a los establos, donde su nieta Raquel estaba siendo desvestida.

Después de golpear al jardinero furiosamente con la horca, el anciano arrojó a un lado la herramienta y cubrió la desnudez de su nieta. Ella parpadeó, como si no le reconociera.

«¿Vino del interior de la casa?», le preguntó al jardinero.

El servidor asintió y explicó cómo la había ocultado de la canalla en el vientre del caballo

muerto.

El Viejo Amo incorporó gentilmente a Raquel y la ayudó a mantener el equilibrio. La lluvia vespertina había descendido de las montañas en cúmulos preñados de trueno como inmensas torres púrpura, y él condujo la niña al huerto y a la protección del alpende del jardinero.

Cuando grandes chorros de lluvia fría empezaron a caer, dos criadas llegaron de la casa grande con toallas y ropa seca.

Mientras las criadas vestían a Raquel, el Viejo Amo retornó a la casa con el jardinero y varios de los campesinos. A una orden del anciano, dejaron caer sus hachas sobre el mueblaje haciendo leña de él. El anciano leyó largos pasajes de la Biblia familiar y encendió montones de madera en todos los cuartos de la planta inferior del edificio.

La llamarada que rugió por los pasillos y las escaleras consumió la casa, indiferente a los largos velos de lluvia que venían barriendo desde las montañas. Desde su santuario en el cobertizo del jardinero, el Viejo Amo y su nieta contemplaron las lenguas de fuego brotando por ventanas y puertas. Cuando el tejado se hundió en un vórtex de cenizas y ascuas llameantes, el anciano bajó la cabeza y oró aún otra vez. Raquel miraba fijamente, los ojos penetrantemente clavados en el objeto de su visión: los muertos amortajados con fuego.

Gévaudan, Invierno 1187

Cadáveres había amontonados en la nieve, las puntas de sus narices, sus labios, sus mejillas, desaparecidas, devoradas por las ratas, los ojos hurtados por los cuervos. Él no se molestó más en leer pasajes enteros por los muertos. Había habido demasiados en las últimas trece semanas de su viaje. En las afueras de cada aldea era siempre lo mismo: cadáveres apilados en el bosque para alimentar a las bestias. Al principio había tratado incluso de enterrarlos. Pero eran demasiados. Luego se limitó a leerles pasajes apropiados para los muertos sobre sus cuerpos exangües. Pero a medida que el clima se hizo más frío y más escuálida su nieta, dejó de haber tiempo para ello.

Después de la pérdida de la casa grande, con todas las monedas de oro y cosas de valor que robaron los cruzados, el Viejo Amo se llevó consigo a Raquel a la montaña para vivir con él en su choza. Pero más cruzados llegaron al sur y, cuando supieron que había judíos en el prado alto, fueron en su busca. Raquel y el anciano escaparon de noche, en dirección al este, a Muret, donde él conocía a un hombre santo. Tenía la esperanza de que este pudiese romper el hechizo de silencio que enmudecía a Raquel desde el horror. Pero en las afueras de Muret, la caída de las hojas del otoño cubría cadáveres mutilados, y no había dónde encontrar al hombre santo.

El anciano se cortó la barba y usó el hacha que traía consigo desde la finca para trabajar como leñador en las aldeas del bosque, ganando lo justo para comprar pan duro y queso rancio.

Permanecer en un lugar demasiado tiempo era peligroso. En todas partes, acechaban pandillas

fanáticas de cruzados, saqueando sinagogas, asesinando judíos. La bolsa de viaje del anciano contenía el rollo de la Ley copiado por su propia mano, la Biblia que le diera su abuelo y las vestimentas borladas con la cinta azul. Si aun la sospecha de que este vagabundo y su linda nieta fueran infieles habría supuesto su condena, qué decir de estos objetos de su fe.

Vivían así en chozas de ramas entreveradas, en colinas boscosas, tiritando junto a fuegos al aire libre, mascando raíces y cortezas de árbol cuando no había pan. Ocasionalmente, el anciano lograba cazar una ardilla o una rata. La muchacha comía cualquier cosa que él le presentase, y él se sentía agradecido a veces y apenado otras de que fuera así. Sin duda estaría mejor muerta, pero él no tenía fuerzas para ser un mártir. Incluso cortar madera y helarse de frío con las nieves era más fácil que hacer lo que su hijo había hecho.

«Iremos al sur», le dijo el anciano a Raquel, «a las grandes ciudades, Nimes, Avignon, Marsella. No se habrán atrevido a saquear las sinagogas allí. Los obispos las habrán protegido y hallaremos un lugar entre los nuestros».

Raquel no respondía. Sin embargo, el anciano le hablaba como si entendiese, y estaba seguro de que así era. «Los obispos han protegido las sinagogas porque nos necesitan. Sus leyes cristianas les prohíben prestarse dinero unos a otros con interés... y ninguno de ellos es lo bastante cristiano para hacerlo sin interés. ¡Ja! Así que, ¿ves?, su propia codicia nos protege. Nos necesitan, necesitan que les prestemos dinero para financiar sus guerras. Todos los reyes de Europa nos honran y nos protegen. Es sólo la canalla la que nos aborrece, pues envidian la prosperidad que hemos ganado con la sangre de nuestro exilio».

Raquel escuchaba atentamente, y oía a su abuelo como si su voz le llegase a través del agua. También su rostro lo veía encendido por un resplandor adiamantado, como si él la contemplase a través del rielar del agua. Algo espantoso le ocurría. Ella lo sabía. Pero no sabía qué era, y ninguna palabra se le ofrecía para explicar nada, sólo un silencio vibrante como la presión del agua contra sus oídos.

El anciano se entristecía al ver la perplejidad de Raquel. «La vida será buena otra vez», le prometía. «Ya verás. Eres joven. Te encontraremos un marido, un buen marido. Tendrás niños y conocerás la alegría otra vez. Y eso...». Él apretaba la mano gélida de su nieta, «Eso estará bien. Pues la felicidad es nuestro deber para con Dios».

El Viejo Amo continuó hablándole a Raquel mientras vagaban por las aldeas. Le contó lo que sabía de los lugares que visitaban, por qué estaban emplazados donde estaban, qué personajes famosos habían vivido allí. Cantó las canciones de la muchacha y le relató las historias que le gustaran cuando era una cría pequeña, sobre su propia infancia y sobre sus abuelos, cualquier cosa menos el terror que habían debido soportar. La niña parecía escuchar, pero la melancolía resplandecía en su rostro aun en la oscuridad... y nunca hablaba.

Raquel oía en realidad a su abuelo. La voz resonante del anciano era un consuelo para ella, y lo agradecía. Pero, de algún modo, no lo entendía. ¿Por qué le hablaba en otra lengua?

Quería decirle que le hablase en occitano o incluso en hebreo, que ella conocía bastante bien

de escuchar las lecciones de sus hermanos. Pero su propia voz estaba tan lejos, y ella se sentía siempre tan cansada y fría. El mero hecho de estar despierta, de caminar y escuchar, de soportar los calambres en su estómago y los dolores lancinantes cuando desaparecía en los arbustos para vaciar sus entrañas, exigía ya todas sus fuerzas.

Otras voces recorrían los lodientos caminos. Se dejaban entender más fácilmente. Eran las plegarias de sus hermanos, murmuradas tan sólo porque sus cabezas estaban gachas. Por la noche, ella alzaba la vista hacia los astros azules y sus ojos le dolían, le dolían de ver flores tan bellas pero tan lejanas.

Castillo Valaise, Primavera 1188

Las ramas negras de los árboles frutales parecían lanosas con los capullos blancos, y el zorzal trinaba potente desde el bosque. La baronesa estaba sentada en su litera y el viento, manso, rizaba el baldaquín que la asombraba y el griñón que le protegía el cuello. Odiaba el aire en su cuello porque le agarrotaba los músculos y hacía que le doliese volver la cabeza. En los últimos tiempos, había debido volver muchas veces la cabeza y mirar sobre sus hombros si sus caballeros todavía estaban con ella.

Ailena inhalaba profundamente la fragancia del aire que, según el médico de Hereford, le aliviaría el dolor de las articulaciones. Hacía ahora dos años que bebía sus febrífugos para apagar el ardiente dolor de sus huesos y que escuchaba, paciente, sus discursos sobre los humores corporales, esperando llegar a entender algo mejor las punzadas desgarradoras que habían hecho de caminar algo casi imposible. Las lecciones del médico acerca del hígado como asiento del honor, y del bazo como pedestal de la risa, le sonaban a la baronesa tan insubstanciales como los mormojeos de maese Pornic sobre Dios y su descenso en forma de pájaro blanco para bendecirse a Sí mismo convertido en Su propio hijo.

Aun así, dos veces al día ella bebía las pócimas del médico, hechas de hígado de sapo pulverizado mixturado con sangre de carnero y orina de braco. Levantaba las manos y las hacía girar ante sus ojos, sorprendida del modo en que se torcían sus dedos, de sus ángulos extraños, de los nudillos abotargados y redondos como agallas de roble. Parecían sus manos aplastados cangrejos de mar. Ningún bebedizo de pipí de perro iba a sanar estos huesos desventurados.

«¿Ves a la familia?», le preguntó a su compañera.

Dwn, sentada en una silla junto a la litera endoselada, alzó la vista de su bordado.

«Hellene está paseando los gemelos en el jardín y Leora está con ellos».

«¿Y su pretendiente? ¿Dónde está Harold?».

«Lo vi hace un rato con William. Me parece que han salido a cabalgar; a cazar, creo».

«Con Guy», murmuró la baronesa oscuramente. «Mis caballeros deberían estar a mi lado. En

especial Harold. Quiere la mano de Leora, así que ¿por qué no está cortejándome como hizo todo el año pasado?».

Dwn volvió la vista a su bordado.

La baronesa alzó su espejo de mano para ver a sus espaldas sin tener que soportar el dolor de tornar la cabeza. En efecto, William Morcar, que antes siempre había estado a mano, dispuesto a satisfacerle cualquier antojo, no aparecía por ninguna parte. Harold Almquist, que aún necesitaba su bendición para ocupar su puesto en la casa como marido de Leora, también se había ido. Ambos eran caballeros sin tierras que, sin su consentimiento, tendrían que buscar empleo en cualquier parte. En el pasado, siempre se habían mostrado solícitos con ella, pero últimamente pasaban más de su tiempo con Guy.

«La muda de su lealtad habla más fuerte que mi espejo», dijo Ailena y miró el rostro añoso en la superficie pulida. La vista de su vulto ajado tenía algo de fungoso, como una excrecencia pálida y corrugada en un árbol. Dejó el espejo en su regazo y oprimió sus nudillos hinchados contra los ojos. «Están tramando algo contra mí, Dwn».

«No se atreven», la consoló su vieja amiga. «A los ojos de Dios y del rey, tú eres la verdadera señora».

«Ah, pero a los ojos de los hombres, no soy más que una mujer vieja y encorvada».

Furiosa, cerró los puños, y el dolor fue como si tratase de dobligar el hierro.

Languedoc, Otoño 1188

El anciano observó a Raquel atentamente. Hoy era el aniversario de la masacre de Lunel.

Durante un año habían vagado por el país, sobreviviendo a duras penas. En primavera, él había encontrado trabajo en los viñedos para tareas que conocía bien: podar e injertar. Pero con la muchacha, no podía permanecer mucho tiempo en ninguna parte. Su feminidad floreciente atraía a los hombres, que se tornaban muy inquisitivos respecto a su porte aristocrático, su aire melancólico y su silencio, que no se habían mitigado con el paso de las estaciones. En las ciudades, donde habían esperado hallar prósperas sinagogas y no encontraron sino destripadas ruinas, hombres de la más baja condición se les acercaron e inquirieron sobre ella. A veces su silente, triste mirada bastaba para alejarlos; otras, sólo servía para intrigarlos más y el anciano tenía que disuadirlos con cuentos de una maldición, o enfermedad, o locura, o cualquier otra cosa que les infundiese temor.

La belleza de Raquel resplandecía a pesar de las durezas de aquella vida con el cielo por todo techo. Aunque este no era sino su decimotercer otoño y había pasado todo un año viviendo en la maleza, alimentándose de bellotas, hayucos y sopa de ortigas, se había hecho más alta, más augusta y más definitivas sus formas. Las ropas infantiles que salvaran de la finca no ocultaban ya

su cuerpo vívido, la plenitud de sus pechos o sus largas piernas. Él la vestía con su capa, pero su mera apariencia constituía un desafío para la virilidad de cualquier paisano.

Para ganarse una comida, el anciano y su nieta habían limpiado de manzanas caídas el pequeño y soleado vergel de un labrador. La fruta parda y marchita había sido acumulada en dos grandes montones que el labrador cubriría con zarzas y cuya pulpa fragante esparciría por el huerto llegada la primavera. Durante la tarea, el anciano había tenido un ojo puesto en Raquel, buscando en ella signos de que supiese lo que significaba aquella fecha, qué había ocurrido un año atrás cerca, precisamente, de su propio manzanal.

Al final del día, Raquel estaba sentada en el tronco hueco de un sauce, comiendo el pan negro y la cuajada con que el labrador les pagara. Su cabello oscuro, crespo y denso se derramaba sobre el cuello de la pesada capa que la cubría y ella se lo apartó del rostro cuando el viento arreció y saltó las cercas y terraplenes que bañaba el crepúsculo. Cuántas veces había tratado el hombre de cortarles aquellas guedejas rebeldes para hacerla parecer menos bella; pero cuando el cuchillo se le acercaba, ella se apartaba arisca y sus ojos ardían como ópalos.

Ella recordaba, en efecto... Nunca olvidaría ella. Él lo sabía: para la niña cada día era el aniversario.

Castillo Valaise, Otoño 1188

La baronesa supo, por el semblante de su hijo, que este había hallado el modo de derrotarla. Una hilaridad borbollante daba a sus ojos un resplandor caprino y un barniz travieso a su rostro atezado cuando aquel hizo su entrada en el gran salón del *palais*. De inmediato, ella buscó a sus propios hombres con la mirada y los vio en su puesto: William y Harold a sus costados en el estrado y los soldados de Neufmarché, despreocupados, a sus espaldas, charlando jovialmente entre ellos.

Nadie detuvo a Guy en la puerta o pareció siquiera notar su presencia, pero para Ailena su caminar decidido y las estrías angostas de sus ojos eran advertencias. Hizo señal a los soldados de la puerta de que lo detuvieran, pero estos no la percibieron. No estaban acostumbrados a vigilar cada uno de sus gestos, alertas como halcones. Durante treinta años había administrado ella su dominio por medio de órdenes directas, no furtivos signos de sus manos, y se arrepentía ahora de no haber exigido de sus guardias más atención.

Los gremiales del castillo, sus aprendices y familias, y los villanos, colmaban el gran salón el día de San Fandulfo para la bendición de sus hermandades por el santo varón local, maese Pornic. Este era el día también en que los mercadantes pagaban el impuesto anual por las tiendas que poseían en la plaza del castillo. Todo el que gozaba de cierta prominencia en Valaise se había reunido hoy aquí y aguardaba que fuera dada la orden para el comienzo de la ceremonia con la

alocución de la baronesa.

Varios mercaderes se inclinaron al ver a Guy e intentaron atraerlo a sus conversaciones, pero este los hizo a un lado y continuó su marcha sin apartar su mirada jovial del estrado. A la baronesa no le gustó la sonrisa burlona y satisfecha en el oscuro rostro de su hijo. ¿Es que nadie más la veía? ¿Qué otra cosa podía pintar en él aquella mueca tan vivaz y maliciosa sino su perdición?

Ailena miró a William Morcar, pero este evitó sus ojos, haciendo ver que observaba una insignificante disputa entre las mujeres de dos mercaderes en la primera fila. Esto le bastó a la baronesa para saber que su situación era grave. Pero el pánico la estranguló y el corazón batió fuerte su pecho cuando volvió la vista hacia Harold Almquist, que había maridado a su nieta apenas dos meses atrás, y también este apartó los ojos. ¡El ingrato! ¿Qué se había hecho de sus juramentos de fidelidad?

Frenética, la baronesa se volvió hacia los soldados de Neufmarché, en la parte posterior del salón, tratando de que al menos uno la mirase. Estos siempre habían constituido una amenaza suficiente para desanimar cualquier intento de expulsarla de sus dominios por parte de su hijo o del acerbo maestro de armas de su esposo muerto, Roger Billancourt. Pero aquellos se habían olvidado de la amenaza, se apiñaban en la puerta del salón riendo, como aves gárrulas que no comprenden que han sido cazadas ya.

En el arco de la puerta, la baronesa atisbó el cráneo cuadrado de Roger Billancourt y tras él la hermosa cabellera de Denis Hezetre, y a algunos hombres armados con jabalinas. El terrible momento de su derrota había llegado... y justo aquí, ahora, delante de toda la comunidad que su padre reuniera y que ella había mantenido durante todos estos años. Hizo una señal al heraldo al pie del estrado, y este tañó una nota exultante en su trompeta que silenció el salón.

Antes de que Ailena pudiese hablar, Guy saltó al estrado y clamó: «En nombre de mi querida madre, la baronesa Ailena Valaise, me complace anunciaros a todos vosotros que la señora se encuentra profundamente conmovida desde la visita a nuestro dominio galés del arzobispo Baldwin la pasada primavera y que, tras mucha consideración, ha decidido escuchar su llamada y tomar la Cruz. La baronesa partirá hoy mismo en peregrinación a Tierra Santa para vivir allí el resto de sus días en devoción y plegaria, consagrada a Nuestro Señor y Salvador Jesucristo».

Un murmullo de asombro recorrió la asamblea y Guy alzó ambas manos pidiendo silencio. Tras él, la baronesa habría querido levantarse, desdecir su absurda manifestación, pero el impacto era tal que sentía de gelatina las piernas. ¿Cómo se atrevía él a exiliarla, a la auténtica señora de este dominio? Su rabia se desbordó al instante siguiente, cuando vio entrar a Roger Billancourt con los hombres de los barracones, que había armado con jabalinas. Rápidamente rodearon a los soldados de Neufmarché y los sacaron del salón como a un rebaño.

«En este momento», continuó Guy cuando las voces estupefactas remitieron, «un grupo de peregrinos de San David aguarda en la liza con una litera para transportar a mi madre en su sagrado romeraje. Para emular la simplicidad de la humilde vida de nuestro Señor durante Su permanencia en la tierra, la baronesa abandonará aquí todas sus posesiones materiales y partirá de este lugar rica sólo en la fe».

Ailena incorporó con esfuerzo su encorvada figura, inflamada por este tratamiento cruel, pero

Guy se tornó y enfrentó con una sonrisa helada su ceño oscuro y su tensa quijada. «No hace falta que te levantes, madre. Lo he preparado todo para que se te lleven a cuestas».

La baronesa se sentó y sus ojos coléricos recorrieron la asamblea en busca de aliados, pero sólo halló rostros pasmados y los hombres de Roger abriéndose camino entre la multitud con una litera sobre los hombros. Sólo maese Pornic parecía ofendido, pero Denis Hezetre se le había acercado y estaba hablándole premioso.

«Hemos pensado en todo, madre», dijo Guy a través de su mueca insolente, inclinándose hacia ella hasta casi rozar su largo perfil con su propia nariz chata. «Eres vieja. Los caballeros tienen miedo de que, si esperamos hasta que nuestro Buen Dios se te lleve, Neufmarché tenga tiempo de hacer suyo este castillo. Ahora, puedes partir o bien con dignidad, como una santa mujer peregrina, honrada por la Iglesia y por su gente, o bien ruidosamente y sin elegancia. Pero sea como sea, madre querida, tú te vas».

La boca arrugada de Ailena sonrió con irónico desdén. «Tu odio nunca pudo alcanzarme. Venganza es lo que quieres por la muerte de tu padre. Pero no la tendrás a menos que me asesines».

«Reza una plegaria por mí en el Sepulcro», repuso Guy mientras hacía una señal a los portadores de la litera, y su sonrisa de exultante amargura se transformó en un visaje cruel.

«Volveré», gimió ella. «A menos que me mates ahora, levantaré un ejército y volveré para recuperar lo que es mío».

«No lo creo, madre». Con sus propias manos, alzó a la baronesa y se sorprendió de lo poco que pesaba ya. Su vieja compañera Dwn, que lo había contemplado todo indefensa desde detrás del sitial, gritó alarmada e intentó detenerlo. William Morcar la cogió por los hombros y se la llevó.

Ailena no forcejeó ni gritó cuando los portadores de la litera se la llevaron delante de la estupefacta asamblea. Se sentó tiesamente, erecta de indignación, mirando el estrado que le había sido usurpado. Y su hijo la contempló jovial, esperando oírla aullar con furia en cualquier instante. Pero el único signo de mortificación que vio en ella fue el negro resplandor de sus ojos estrangulados.

Los peregrinos vestían bastas ropas y muchos se habían rapado la cabeza. Portaban largas estacas coronadas por palmas atadas en forma de cruz. Cuando recibieron a la baronesa en la plaza, la vitorearon con pío regocijo y dieron gracias a Dios por tan noble compañera para tan largo viaje. Al principio, portaron su litera alegremente sobre los hombros. Pero al final del día, cuando ella se había negado a unirse a sus salmos y cánticos y a sus frecuentes plegarias en los emplazamientos de los numerosos santuarios del camino, cambiaron de actitud hacia ella. Sólo la caridad cristiana les indujo a ofrecerle uno de los mantos que les sobraban aquella noche, cuando el frío descendió de las ventosas estrellas.

Ailena tiritó y se mordió los dolientes nudillos. Rabia virulenta le retorció el estómago y apenas podía tragar el pan de bellota que los peregrinos compartían con ella. La mañana siguiente, los palmeros acordaron que caminase la milla que los separaba del próximo santuario, como una

forma de penitencia. Esto la enfureció; sin embargo, a pesar de las punzadas que torturaban sus articulaciones, trastabilló toda aquella milla bajo la mirada maliciosa del corpudo *serjant* que su hijo, prudentemente, enviara con ella como escolta.

Tres días más tarde, con el cuerpo retortijado de dolor y sus finas ropas mugrientas, Ailena alcanzó la orilla septentrional del Usk. Allí, en una capilla céltica que poseía una pequeña espadaña, había ocultado un cofre con monedas de oro varios años antes, después de que Roger Billancourt hubiese logrado casi echarla de su propio castillo. Un portero leal y unos cuantos soldados de Neufmarché le ahorraron aquella indignidad, pero desde aquel día se preocupó de tener fondos escondidos fuera del castillo por si llegaban a exiliarla algún día. La mayor parte del dinero la envió al otro lado del Canal, como préstamos sin interés a sus primos del Périgord. Sus joyas ancestrales las ocultó en un nicho de la cripta de su marido, sardónicamente complacida de convertir el cadáver en el guardián de su fortuna. Y a diversas capillas locales tributó pequeñas estatuas cuyos pedestales de madera contenían cajones secretos en los que ella ocultara monedas de oro.

En la capilla céltica junto al Usk, Ailena fingió remordimiento por su egoísmo y prolongó sus plegarias, en aquella oscuridad rota sólo por las velas parpadeantes, cuando los demás se hubieron ido. El membrudo *serjant*, impaciente por la cena, la dejó acabar sola sus Ave Marías.

En cuanto este se hubo ido, ella recogió su oro, deslizó las bolsas en los pliegues de sus ropas y humildemente se unió al resto.

Con dos de aquellas monedas de oro, Ailena pagó a un barquero de cuello toruno para que transportase a los peregrinos a la otra orilla del Usk y se asegurase de que el *serjant* no llegara vivo. Durante el cruce del río, la balsa se vio fuertemente zarandeada por la corriente, el barquero perdió su equilibrio, se agarró desesperado del *serjant* y ambos cayeron al agua. Sólo el barquero emergió.

Ailena se arrodilló con los demás y en voz alta rogó por el alma del *serjant*.

Arles, Invierno 1188

El Ródano, gris como hierro frío, arpeaba en los lechos de arena y grava, cantando con las voces suaves, guturales de los muertos. Como siempre, los muertos cantaban soturnos las canciones hebreas de los días santos. Raquel no entendía la mayor parte de las palabras, pero sabía que sus cantos eran sobre el amor de Dios y la historia de su pueblo. Las hinchadas vocales se difuminaban allá entre los juncos y bajo el menudo orvallo.

«Raquel, sal del agua», la llamó su abuelo. Él estaba sentado junto a la yema de luz de un pequeño fuego ambarino, en un rincón lleno de telarañas de la tumba de un comerciante. Vivían aquí, en el antiguo cementerio de Arles, donde ruinas romanas yacían esparcidas entre los berros y

los juncos de las orillas del río. «La lluvia está cayendo más fuerte. Ven aquí y siéntate conmigo».

Raquel dio la espalda a la canción del río y trepó por lechos de piedra y altos tallos de hierba. Se sentó junto a su abuelo en el frío peldaño de la cripta y dejó la vista vagar sobre las lápidas inclinadas, cubiertas de yedra y de vid. Le dolía el estómago y, sin los cánticos de los muertos para distraerla, el hambre se volvía punzante.

«Come esto», dijo el abuelo tendiéndole una corteza cerosa de queso que había ganado el día anterior cavando una tumba. Había pensado en compartirlo con ella, pero al verla oprimirse el estómago con las manos prefirió que se lo comiese todo.

Raquel miró la corteza de queso en la mano de su abuelo. La tomó, mordisqueó un extremo y le devolvió el resto a él. Quería decirle que se lo comiera. Él estaba cansado de cavar todo el día. Le parecía descarnado y deseaba que se dejase crecer la barba otra vez. Pero su voz no podía brotar de aquel lejano lugar en su interior.

El anciano tocó la tiznada mejilla de la muchacha con su mano callosa, dura como corteza vieja. «Hemos compartido todo hasta ahora, mi niña. Yo me comeré esto. Pero tú debes hablarme. Debes decirme aunque sólo sea una palabra».

Raquel contempló su expresión suplicante con el arrebol de dolor encendiéndole el rostro. Comprendió lo que él decía, aunque lo había oído a través de brazas y brazas de profundidad. Quería hablarle, decirle siquiera «Come...». Su boca se abrió, pero la palabra no llegaba. En su lugar, el silencio vibrante la oprimía más y más, y su rostro se cerró.

El abuelo le palmeó el hombro con cariño, tomó el queso que le ofrecía y lo mascó desconsoladamente.

Arles, Primavera 1189

Ocasionalmente, algunas personas visitaban a sus muertos en este cementerio junto a la orilla del río, pero en general el amplio espacio de lápidas, panteones y cruces de piedra estaba vacío. Unos pocos vagabundos merodeaban entre los túmulos, refugiados, como ellos mismos, que temían menos a los espíritus y las miasmas que la curiosidad de la gente del pueblo. Pero el hacha del anciano los mantenía a distancia.

El sentido común tanto como el dolor de los músculos extenuados, y el mareo de ensalmos que llegaba con los relámpagos plateados de las alas de los ángeles al cortar el aire, y las estrellas fugaces, le decían al anciano que no podría vivir mucho tiempo más cavando agujeros todo el día y comiendo restos. Sin embargo, se negaba a permitir que la niña se ensuciase con el lodo de las tumbas y dejaba que trenzase sombreros con la hierba de la ribera. El encorvado guardián del cementerio, que pagaba al anciano con pan mohoso y queso rancio por las fosas que cavaba, les daba una corteza extra por los sombreros.

Dios de Israel, suplicaba el hombre cada día, cada hora, Creador del mundo, quebranta mi cuerpo miserable pero salva a mi nieta. Devuélvela a su pueblo, a un buen marido, y que en ella pueda cumplirse la promesa que le diste a Abraham para que conozca la plenitud por los hijos.

Una vez se aventuró por la abigarrada ciudad con su nieta arrebujaada en su capa, la cabeza cubierta, buscando a otros como ellos. De preguntas casuales a las viejas mujeres del mercado, coligió que los judíos habían sido expulsados de la Ciudad Libre de Arles en otoño del 87, tras la caída de Jerusalén en manos infieles. Las sinagogas, algunas de doscientos años de edad, habían sido demolidas y sus piedras incorporadas a los nobles claustros y portales de la catedral de Saint Trophime.

Así, el anciano retornó al cementerio, agradecido cuando menos de que hubiese trabajo para él. Por las tardes, leía pasajes de la Biblia en voz alta para su nieta. Como sus manos estaban habitualmente demasiado rígidas para pasar las páginas, la muchacha sostenía el libro sagrado a la luz del fuego y le seguía silenciosamente. Al ser niña, nunca había aprendido a leer hebreo, pero seguir los movimientos de la negra uña del hombre entre las letras le servía para empezar a conocerlo. De vez en cuando, para sorpresa del abuelo y suya propia, incluso trataba de pronunciar algunas frases en voz alta.

Esto impresionaba al anciano y le daba fuerza. Dentro de su dolor, estaba despierta y viva, y comía no sólo los restos que ganaban con su trabajo sino también el pábulo del espíritu. Por la noche, alzando sus ojos más allá de los chillidos de los murciélagos, hallaba solaz en las titilantes estrellas.

Arles, Verano 1189

Raquel estaba sentada en el suelo, cerca de su abuelo mientras él cavaba fosas, y trenzaba sombreros y adornaba sus alas con flores silvestres. Él trabajaba lentamente, pausando con frecuencia bajo el sol ardoroso para levantar el sombrero de hierba que le hiciera la muchacha y secarse la frente. A menudo, después de estos días arduos, caía dormido de inmediato tras compartir su cena de sopa de ajo y bayas, demasiado cansado para leer siquiera de la Biblia.

Con el sol demorándose sobre los quebrados parapetos de las ruinas, Raquel vagaba por los espacios solitarios junto al río, recogiendo las bayas de los arbustos que crecían entre las criptas. No lejos del fosar, entre sauces de río y álamos temblones, se hallaban las basas de antiguos pilares y las piscinas de los baños romanos que manchaban las algas. Con la puesta del sol, cuando sus largos rayos brotaban en abanico del horizonte, los rostros erosionados de las piedras contemplaban a la muchacha serenamente. Y la paz que conociera en su colina secreta de Lunel ascendía desde su alma brillante, como una burbuja de plata a través de las gélidas, opresivas profundidades de su horror.

La baronesa alzó su mano retorcida con sus castigados dedos para protegerse del fulgor del sol poniente, y se sentó más tiesa en la litera. A una señal, los portadores la bajaron al suelo y el caballero que había contratado para protegerla se le acercó y cubrió su vista. Ella lo apartó airada y bizqueó contra el rojo resplandor.

Algo más adelante, al final de una avenida de castaños, las ruinas de unos baños romanos contenían por un instante, entre sus espacios abovedados y arcos, el sol, hinchado, trémulo y vaporoso. Ailena había llegado aquí empujada por el rumor local de que, al crepúsculo, las aguas untuosas de los baños aliviaban el ardiente dolor de las articulaciones. El tormento de sus huesos deformados había empeorado con las dificultades de su viaje al sur y estaba ansiosa de cualquier clase de remedio.

Una mujer se erguía allí, silueteada contra el ígneo cielo. La vista de su porte regio y de su perfil absorto asaltó a la baronesa con extraños y súbitos recuerdos, y se alzó sobre sus rodillas, ignorando el incisivo dolor, para ver más claramente la sombra ante ella.

El sorprendido caballero a su costado la tomó del brazo y la ayudó a ponerse en pie.

Resplandores de memoria la atravesaron mientras contemplaba a la joven alta, envuelta en el halo de su pelo suelto. «¿Quién es?».

«Una descastada, milady».

«No. Mírala bien».

«Viste harapos».

La baronesa extendió su mano torcida hacia la sombra y su rostro ajado quedó del todo inerte, aturdido ante las brillantes promesas que el tiempo ocultaba en aquella forma oscura.

Cuando la sombra cayó sobre él, el anciano estaba doblado sobre su pala, metido en la oscura tierra hasta los hombros y lamentando aquella piedra empotrada. Supo al instante que se trataba de una sombra de perdición, pues portaba espada. Inclinando su sombrero hacia atrás, miró a aquel extranjero coronado por el sol.

«¿Es tu hija?», inquirió la sombra.

El anciano volvió la vista hacia Raquel, sentada al borde del fosil, con las manos enredadas en la cinta de hierba que había estado trenzando y el rostro impasible bajo el sombrero de anchas alas. «Mi nieta», se aventuró. Hablaba tan raras veces que su voz sonó extraña.

«Sal de aquí».

El anciano apoyó su pala contra la pared de tierra y obedeció. Gateó del agujero y, cuando se puso en pie, se vio confrontado por un caballero de rostro torvo, vestido con una túnica corta y ligera de color marrón como sangre antigua, y un cinturón de cuero amarillo alrededor de su cintura del que pendían una daga y una espada ancha. «Recoge tus cosas, trae a tu nieta y ven conmigo».

«¿Dónde hemos de ir?», inquirió el anciano, y el hosco caballero le apremió con un gesto de su mentón.

Raquel se levantó cuando la llamó su abuelo y, tras recoger la deshilachada bolsa de viaje que contenía sus escasas ropas, el rollo de la Ley y la Biblia, siguieron al desconocido. No tenían más remedio que seguirle, aunque por un momento David se sintió lo bastante hastiado como para pensar en desafiar al caballero y aceptar como propia la tumba que había cavado. Sólo su preocupación por Raquel le hizo someterse.

El hombre los condujo fuera del cementerio, a la avenida de castaños que llevaba directamente al centro de Arles. Un carro con un conductor soñoliento les esperaba en la puerta del campo santo. Cerca de allí, el corcovado guardián del lugar, sentado a la sombra de un negro ciprés, los observaba con su sonrisa desdentada. El caballero les ordenó subir al vehículo.

«¿Dónde nos lleváis?», inquirió el anciano con precaución.

El caballero les volvió la espalda sin responder y caminó hasta un corcel atado a la sombra de un castaño. El carro rodó por la ancha vía romana, pasó las ruinas de los baños y cruzó una puerta en la muralla almenada de la ciudad que se abría a las estrechas y serpenteantes calles de Arles.

Como en todas las villas y ciudades, la calle corría entre dos sucios canales donde los habitantes vertían sus residuos y desechos. Con el calor del verano, el hedor hería narices y ojos.

Raquel y el anciano, acostumbrados al aire libre de los arrabales de la ciudad, sintieron náuseas.

Las casas de yeso y madera, y los talleres de frontis abierto con signos grandes, llamativos, que sobresalían del dintel, cesaron y la calle se ensanchó en una avenida. Aparecieron edificios de piedra ante los que se alzaban árboles antiguos y chapodados. Delante de una de estas casas de piedra, con un pequeño jardín delantero, se detuvo el carro y el caballero les ordenó salir.

Cruzaron la puerta de hierro de un arco que tenía por clave una cabeza de león y siguieron un camino curvo de losas azules hasta una puerta de madera, grande y reforzada con hierro. El caballero les condujo a través de esta también y, por una estrada enguijarrada que viboreaba entre setos florecidos, alcanzaron un pequeño portal lateral disimulado por arbustos frondosos.

Una sirvienta elegantemente ataviada con una túnica bordada y el cabello bien trenzado los recibió en el interior penumbroso de la casa, y el caballero desapareció. A través de pasillos oscuros de piedra mohosa, la criada los condujo a una cámara abovedada con las paredes ennegrecidas por el humo de una chimenea vasta. Abrió los postigos de madera de las altas ventanas y la cuchillante luz del sol reveló sobre el hogar venerables trofeos cinegéticos: cornamentas, la cabeza de un oso, poderosos colmillos de jabalí, y una panoplia de armas de caza usadas por generaciones antiguas.

El anciano contempló a su nieta con aprensión. Esta era la primera casa espaciosa en que habían entrado desde aquel monstruoso día, casi dos años atrás, en que su propia casa grande se convirtió en la pira de la familia. Raquel se había detenido ante una maciza silla y acariciaba ausente su elegante espaldar mientras lo observaba todo con curiosidad, pero sin inquietud.

«Sois mis huéspedes», dijo desde la puerta una voz ronca, rota. «Por favor, señor, sentaos. Joven amiga, venid».

Dos sirvientes entraron a una vetusta mujer en una silla de viaje. Colocaron el asiento junto a la ventana, en una plataforma especial para él, y partieron. Tocada con un griñón y vestida con

brillantes ropajes esmeralda festoneados con flores de seda, la anciana parecía un noble personaje. Con una mano cuyos huesos la enfermedad había retorcido hasta convertir casi en un puño, indicó a David que se sentase en la silla almohadillada y a Raquel que se acercase.

«No tengas miedo, niña. Ven aquí».

Raquel miró ansiosamente a su abuelo.

«¡Obedéceme!», dijo la dama secamente.

Raquel se sobresaltó y se acercó a la airada mujer.

«Ponte aquí, a la luz. Date la vuelta». Los ojos oscuros de la dama la examinaron, radiantes de fascinación. Se levantó con esfuerzo, atiesó dolorosamente la espalda y cojeó hasta Raquel. Sus manos como garfios tomaron el rostro de la muchacha y lo inclinaron hacia atrás, a la luz del sol. Escapó de ella una satisfecha exhalación. «¿De dónde eres, niña?».

Raquel miró tímida a su abuelo desde la esquina del ojo.

«¡Respóndeme! ¿De dónde eres?».

«Lunel», dijo el anciano.

La dama lo miró hosca. «¿Es muda la chica?».

«No ha hablado durante dos años... desde que perdió a su familia».

«Entonces puede hablar». La dama cabeceó con satisfacción y asió el cabello de Raquel con sus dedos entortijados, estudiando la textura de los mechones negros y los rojos filamentos al sol. «Gascuña. Estáis muy lejos de allí. Dime, muchacha, ¿por qué habéis venido a Arles?».

«Venerable señora», comenzó el abuelo, «nosotros...».

«¡Silencio! Quiero oír hablar a la muchacha. Tienes una lengua en la cabeza, niña. Úsala. ¿Cómo te llamas?».

Raquel miraba timoratamente a la dama, buscando en su interior la voz y hallando sólo un silencio vibrante de miedo.

La dama pellizcó las mejillas de Raquel con las fieras tenazas de sus dedos y en el fondo de sus ojos clavó una mirada dura, enfrentando el miedo allí. «Me hablarás cuando me dirija a ti. Oiré tu voz ahora. ¿Cómo te llamas?».

La boca de Raquel se abrió y laboró, pero no dio de sí ningún sonido. Sus ojos se agrandaron, inquietos por la ira que veía en el rostro de la anciana.

«¡Háblame, descastada!», le gritó la mujer. «¡Habla o haré que te arranquen la lengua!».

El anciano saltó de su asiento y se colocó al costado de su nieta. «Deteneos, os lo suplico. ¿Por qué le estáis haciendo esto? ¿Quién sois?».

«Callad y volved a sentaros», ordenó la dama.

«No, mi señora». El abuelo fulguraba. «Aunque no parezcamos sino peones, no somos palurdos que puedan ser zarandeados por vuestras preguntas y sometidos de este modo».

«¿Debo sacarlo de aquí?», inquirió severa una voz desde la puerta.

El anciano miró desafiante al caballero.

«No», respondió la dama más tranquila. «Te llamaré si te necesito». Encaró al anciano con una mirada fría. «Decidme el nombre de esta muchacha y la razón de que haya enmudecido».

«Su nombre es Raquel. Yo soy su abuelo, David Tibbon, un terrateniente de Lunel».

La dama le ofreció su mano. «Ayudadme a volver a mi silla, David Tibbon. Mis huesos son demasiado débiles para estar mucho rato de pie y presiento que vuestra historia es larga».

David obedeció y tornó luego a colocarse junto a su nieta. «¿Por qué nos habéis traído aquí?».

«Os lo diré después de haber oído vuestra historia. Por favor, sentaos y decidme cómo un terrateniente de Lunel llegó a cavar tumbas en Arles».

David y Raquel se sentaron, y el anciano empezó a hablar. Raquel oía sus palabras desde muy lejos al principio, como si llegasen burbujeando a través del agua, pero a medida que la historia se aproximaba al horror, las palabras repicaron con más y más fuerza. Sus oídos ardieron con la vibración de la voz honda del abuelo y su corazón se hizo sentir con golpes ígneos, dolorosos, bajo la clavícula. Cuando el hombre describió lo que había sido de su familia, la niña los vio otra vez; los vio no como los veía en el aterrorizado y paralizante recuerdo de sus muertes, sino de un modo distinto. El relato lastimoso de su abuelo, con toda aquella atrocidad y pérdidas terribles vertidas en palabras, apuñaló su silencio con daga de vida e hizo estallar la fría opresión que encadenara su voz.

En un borbotón de rabia incrustada en dolor, un grito crudo, negro, ígneo desgarró la garganta de Raquel, y cayó hacia delante, hipando, encorujada en el suelo en medio de sus lágrimas convulsas.

Raquel lloró durante horas. La dama hizo que sus servidores la portasen a un lecho, donde yació estremecida por sollozos, drenando el océano de dolor que había ahogado su alma dos años atrás. Mientras lloraba, su abuelo estaba sentado junto a ella, llorando con ella, aferrando su mano y llamándola suavemente de vuelta al mundo.

Poco a poco, los tristes espasmos pasaron, el oleaje del llanto refluyó, y la muchacha se sumergió en un sueño infrangible. David fue deslizándose hasta yacer a su lado y dormitó, vencidos por el agotamiento la curiosidad y el temor frente a aquella gran casa y su entortijada señora.

La dama permaneció sentada en la cámara abovedada de los trofeos de caza, mirando por la ventana con ojos introversos, sonriendo para sí misma. Las lágrimas de Raquel la complacían grandemente. Donde había dolor, había sentir... y el sentir podía ser modelado. A pesar del terror sufrido, la muchacha no estaba muerta por dentro y ello significaba esperanza de una nueva vida.

Inundaba la habitación el resplandor ámbar de la luz vespertina cuando Raquel despertó.

Las densas profundidades que la enclaustraran se habían diluido hasta no ser más que estratos de horizontes líquidos. Se sentía más ligera, más vibrante, limpia. Cuando se levantó, sus miembros se movieron libremente, como si hubieran caído de ellos los grilletes del abatimiento que arrastró a través de Francia. Sólo el estómago le dolía, pero era la hueca protesta del hambre, no el negro e indigestible metal del sufrimiento que había morado en su vientre todos estos meses. De él se había librado llorándolo. O de la mayor parte. A una mayor hondura, había aún un resto

horrendo, pero parecía más soportable ahora. Pura sorpresa resplandecía en ella: ¿era esto lo único que había necesitado todo el tiempo, simplemente escuchar el horror en palabras que lo definieran como maldad, que hicieran real su experiencia atroz, situándola fuera de ella y en el pasado?

Miró alrededor, el cuarto extraño, el amplio lecho donde dormía su abuelo, los gruesos paneles de las contraventanas, los frescos de una batalla adornando las paredes de yeso.

«Abuelo», llamó a David quedamente, y por un brillante y vital instante se sintió mareada con la libertad de su propia voz. Perdió el contacto con las cosas por ese solo, precario destello y sintió las profundidades abrirse bajo ella otra vez. Se sentó veloz al borde del lecho y la luz dorada de la estancia le devolvió su recién hallada claridad. «Abuelo, despierta. Tenemos que descubrir por qué estamos aquí».

David parpadeó, se sentó, frotó sus ojos desmenuzando el sueño con sus toscas manos.

«Soñé que me hablabas».

Raquel sonrió; al verla, el anciano dejó caer las manos en su regazo. «Dios me ha devuelto la voz, abuelo. Yo... puedo hablar otra vez».

David aferró sus hombros, examinó su rostro y no fue capaz de hallar en él aquel ausente y soñoliento resplandor. «¡Un milagro!».

«Un milagro, sí», dijo ella con una sonrisa triste, notando su voz en la raíz de sus dientes, oyendo su eco a través de los horizontes de muerte, allá lejos, dentro de sí.

David y Raquel retornaron al salón de la gran chimenea y los trofeos de caza y hallaron a la dama sentada aún donde la dejaran, con sus manos retorcidas cruzadas en el regazo. Raquel se dirigió a ella cortésmente, con un hilo de voz titubeante, «Vuestra amabilidad... al traernos aquí... ha despejado mi corazón de mucha tristeza. Os lo agradezco... por mí misma y por mi abuelo».

La dama movió la cabeza, apreciativa, y una mueca satisfecha curvó sus labios severos.

«Habéis sufrido ambos de un modo terrible sin merecerlo. Pero ahora que habéis reposado, querría veros con un aspecto más galante». Hizo sonar una campana sujeta a su silla y sus servidores aparecieron. «Ved que mis huéspedes sean bañados, vestidos y bien alimentados. Después, hacedlos volver aquí».

David alzó sus manos ennegrecidas e inclinó su cabeza con humildad. «Gran señora, habéis oído ya nuestra historia. Sabéis de qué forma tan terrible hemos venido a menos. ¿Qué posible servicio podrían rendiros dos infortunados como nosotros?».

«Lo sabréis después de que os haya visto bien vestidos y sin esas expresiones famélicas en vuestras caras. Id, hablaremos de nuevo al anochecer».

«Señora... por favor», dijo Raquel, mareada, embravecida por su nueva libertad. «No sabemos ni siquiera vuestro nombre...».

«Para que podamos dar gracias a Dios por vuestra munificencia», añadió David.

«Soy la baronesa Ailena Valaise», repuso la dama observándola con ojos semiabiertos, tratando de ver a Raquel sin los surcos sucios del llanto en el rostro. «No puedo contaros mi historia, pues no ha sido escrita aún. Soy lo que no puedo decir. Os digo sólo esto: os he traído

aquí, a mi casa, porque eres tú, mi querida Raquel, quien debe ayudarme a decir lo que soy».

La baronesa estaba sentada con los ojos cerrados, el rostro alzado al sol, sintiendo el calor calar hasta sus huesos. El viaje desde Gales había sido una ordalía, pero ahora Raquel la redimía de todo el sufrimiento. ¡Qué irónico que fuese judía! Eso sólo enriquecía el sarcasmo de la estrategia que había estado concibiendo desde la tarde anterior, cuando espió a la muchacha entre las ruinas de los baños. Toda la noche había yacido despierta, asombrada de su propio asombro.

No era una ilusión: la joven tenía exactamente la misma apariencia que ella misma cuarenta y cinco años antes.

Durante la noche, cuando empezaron a ocurrírsele las posibilidades que le ofrecía este espectro de su infancia, se preguntó si la muchacha no se parecería sólo a un vago recuerdo de sí misma durante su último año de felicidad, antes de la muerte de su padre. Pero hoy, después de examinar a la niña a la luz del día, había visto la verdad: Raquel poseía las mismas líneas, la misma complexión, el mismo cabello y porte que ella misma tuviera. Había sabido al instante, la noche anterior, que esta joven no era una campesina, que su porte no era el de una trabajadora del campo. Y reconoció de inmediato que los rasgos de Raquel provenían de Aquitania, muy cerca del Périgord donde Ailena naciera. La larga nariz recta, el labio superior protuberante, el hoyuelo en el mentón... estas características eran comunes allí. Pero la combinación de las mismas en la proporción exacta de su propia figura juvenil era poco menos que milagroso.

El rostro apergaminado de la baronesa se frunció feliz al pensar en Dios ayudando a su venganza. Desde que su hijo la expulsó del castillo había estado planeando retornar. En un primer momento, pensó en reclutar mercenarios y cercar su propio castillo. Pero sus huesos se habían inflamado más y más con cada accidentado día de viaje y el coste de semejante campaña sería sin duda su vida. Decidió después que el dinero enviado durante años a sus primos del Périgord en anticipación del exilio a manos de sus enemigos debía ser mandado al rey. Este necesitaba oro para sus aventuras. A cambio, le pediría que reclamase el Castillo Valaise para sí mismo por derecho de herencia real, como si se tratase de bienes mostrencos. Eso dejaría a Guy tan desposeído y sin tierras como su padre lo había estado antes de casarse con ella por la fuerza.

Pero ahora tenía un plan más satisfactorio y siniestro. El mismo Dios que había matado a su padre y que la había sometido a un marido cruel le entregaba ahora esta verdadera gemela de su pasado. La justicia que rezumaba esto, la espléndida ingenuidad de todo ello, la hacían mostrar sus dientes al sol por vez primera en años.

Raquel estaba sentada en la mesa del comedor, acariciando con sus dedos la delicada urdimbre del corpiño que le habían dado a vestir junto con una exquisita túnica azul y un suave calzado. Lágrimas acristalaban los ojos de su abuelo al verla gozar otra vez ropas que, en días más felices, había dado por supuestas. Pero se tragaba aquellas lágrimas. No quería que ella le viese sufrir por las pérdidas, temiendo que esto le inspirase de nuevo su propio sufrimiento. Ya se habían

lamentado bastante. Fuesen los que fuesen los motivos de la baronesa, la dicha que había proporcionado a Raquel era la respuesta a las interminables plegarias del anciano.

Sobre la mesa estaban los restos de su comida: pan tan fresco que humeaba al ser quebrado, conejo en salsa de uva y guisantes con mantequilla y cebolla. Y un vino colmaba copas talladas como cabezas de pájaros, que David reconoció como el más fino, de las viñas de Saint Pourcain en Auvernia.

El baño fragante, la buena comida y el vino acabaron de fundir el entumecimiento de Raquel, y miró a su abuelo con un brillo en los ojos que el hombre no había visto desde el horror.

Vestido con la fresca túnica verde que ceñía un cinturón marrón, el anciano tenía casi la misma apariencia que ella recordaba de otros tiempos. La barba estaba afeitada, pero el vino había distendido la fatiga y preocupación que turbaran sus facciones, y la muchacha reconocía en él al benigno patriarca de su infancia.

Reposaba la Biblia en la mesa, donde David la había colocado tras leer un salmo de gratitud. Raquel la abrió y leyó en voz alta: «Isaac habló a Abraham, su padre, y le dijo, “Mira, padre, aquí están la madera y el fuego para el sacrificio... pero ¿dónde está el cordero?”».

David posó su mano sobre la de Raquel. «Sí, nieta, ¿dónde está el cordero? La baronesa nos ha lavado, nos ha vestido, nos ha cebado. ¿Qué sacrificio tiene en mente?».

«¿Deberíamos huir?». Raquel miró a la puerta que conducía a la cocina. «El caballero no está a la vista y los criados no nos detendrán».

«¿A dónde iríamos, mi niña? Y aunque no nos persiguiesen... sólo la miseria nos aguarda ahí fuera. Sea el que sea el sacrificio que esa noble dama quiera de nosotros no será más grande que el que ya hemos ofrecido al Señor».

«Seréis míos por el resto de mi vida», les anunció la baronesa a David y a Raquel cuando se sentaron frente a ella en el salón, bajo los trofeos de caza. El crepúsculo purpuraba las altas ventanas y los pájaros gorjeaban sus cantos allá abajo, en el jardín que la tarde refrescaba. «A cambio de obedecerme, tendréis la mejor comida, la mejor ropa y el mejor techo protector. No volveréis a sufrir persecución por vuestra fe. Y, cuando yo muera, heredaréis un cofre con joyas tan valiosas que os asegurarán el bienestar para el resto de vuestras vidas».

David inclinó su cabeza humildemente. «Baronesa, ¿qué servicio nos pagáis tan generosamente?».

El rostro arrogante de Ailena se inclinó hacia atrás. «Obediencia absoluta y completa durante el resto de mi vida».

«Somos judíos devotos...».

«No os pediré que matéis ni que robéis. Tampoco quedará comprometida la castidad de Raquel. No se os exigirán nunca labores serviles ni trabajos duros. Pero, cuantos años me queden de vida, os conduciréis como yo os lo mande».

La frente de David se arrugó pensativa. «¿Y qué es lo que nos ordenáis?».

«Voy a disponerlo todo para que viajéis por mar a Tierra Santa... a Tiro, la única ciudad que aún conservan las fuerzas cristianas. Portaréis cartas mías que os permitirán adquirir allí una casa igual a esta en categoría. En ella, me esperaréis».

David y Raquel cambiaron miradas sorprendidas. En el silencio, cantos de aves ecoaron en la oscura estancia. «Baronesa», dijo David finalmente, «el viaje a Tierra Santa es una aventura peligrosa».

Los ojos de la baronesa parecieron cintilar en las sombras. «¿Es vuestra vida en el osario menos peligrosa?».

Ailena estaba sentada sola en la negrura, contemplando a través de la ventana el polvo de estrellas. Por primera vez desde aquel día cruel, nueve meses atrás, en que fue derrocada, forcejeaba su mente con algo más que rabia. Estrategias se ramificaban como rayos en la humosa oscuridad de su cerebro, y cada radiante horcadura encendía profundidades nuevas, donde relámpagos menores centelleaban revelando todos aquellos minúsculos detalles que deberían ser atendidos para el éxito de su gran plan.

Por un momento, la complejidad de su idea la aturdió. Tantas y tantas cosas debían hacerse... ¿y habría tiempo? La muerte mordía ya sus huesos. Y esto era lo que más la enfurecía: que su hijo—tan odiosamente como ella le tratara a él por los pecados de su padre— hubiese logrado expulsarla en sus últimos días. El dominio habría sido suyo en cualquier caso; sólo tenía que soportar un poco más la malicia de su madre. Pero ahora que había sido humillada... ahora debía vivir, ahora debía desafiar los afilados dientes de rata que mordían sus tendones y vivir para forjar una venganza duradera.

Con esta determinación, se relajó Ailena. En la estancia penumbrosa, una paz de abuela compuso las arrugas de su rostro anciano. Sus ojos alertas titilaron con luz de estrella cuando imaginó las minuciosas labores de su revancha.

Mar Mediterráneo, Verano 1189

«Dios me está castigando por nuestro engaño», se lamentó David y se aferró a las cuerdas sedeñas de su litera. A través de la ventanuca del corredor, el sol rielaba en la espuma del mar brezante. Peces voladores saltaban sobre las ondas centelleantes con sus alas translúcidas y rojas togas de sargazos pasaban a la deriva. David yacía sobre su espalda, la boca indolente y abierta, rolantes los ojos en la cabeza.

Raquel lo confortaba con una esponja húmeda. El zarandeo del barco no la perturbaba.

«Abuelo, intenta dormir otra vez. Quizás el mar esté más calmado cuando te despiertes».

David irguió el cuerpo y se sentó con la cabeza en sus manos. «Basta de sueño. Siento como si estuviera asfixiándome. Ayúdame a ir a cubierta, Raquel. Quizás el viento disipe estas náuseas».

Raquel soltó las cuerdas satinadas de la litera y tomó el brazo de su abuelo mientras este

descendía del lecho. Juntos caminaron trastabillando por la elegante y espaciosa cabina, y a través de la puerta. Raquel cerró el camarote y siguió a David por la escalerilla hasta cubierta.

No había desaparecido aún la orla de su vestido por la trampilla, cuando dos hombres descalzos, cubiertos con calzones deshilachados, emergieron del sollado, desde el que se llegaba a la vasta bodega del buque y a los bancos de los remeros. Los dos hombres, ambos remeros, habían estado turnándose en la vigilancia del camarote, esperando el momento en que pudiese estar vacío. Uno de los remeros era apergaminado y sarmentoso, con nariz grande y grandes orejas; el otro era oscuro, atezado por el sol, con un bigote herboso y dientes de cabro.

«Vigila la escalera», dijo el de piel arrugada entrando en la cabina y yendo directamente hacia el cofre bajo la litera.

«¿Y dejar que ratees lo mejor tú solo?», dijo el de piel tiznada y lo siguió. «Dentro y fuera, como el cuchillo del carnicero. Date prisa. No estarán mucho en esa movida cubierta».

El cofre que saqueaban contenía sólo ropa femenina, ninguna de las gemas o monedas que estaban seguros de encontrar en tan augusto camarote. «Sé ordenado, idiota», dijo el apergaminado cuando empezaron a remeter los vestidos, «o sabrán enseguida que les han robado».

«¿Y no lo sabrán cuando les falte el oro?», se mofó el del bigote y se apresuró hacia otro cofre en el lado opuesto de la cabina. «¿Quién es el idiota?».

En el segundo cofre había sólo ropa y un fajo de cartas. Los hombres buscaron bajo la alfombra y en el almohadillado de las sillas. «Aquí está el pájaro», susurró el moreno levantando el colchón de plumas de una de las literas y mostrando una bolsa de cuero repujado. Desató las tirillas de cuero que la cerraban, apartó la solapa y sacó un rollo y un libro encuadernado en piel curtida marrón.

Los ladrones desplegaron el rollo, abrieron el libro, y bizquearon ante las flamígeras letras negras. «¿Es latín?», preguntó el del bigote.

«No. Latín no. Esto ha de ser aljamía pagana».

«¿Turco? Me da en la nariz que este par son raros para nobles».

«No, idiota, será hebreo. Lo he visto en sus templos, adonde se llevan los niños cristianos para beberse su sangre. El capitán tiene que saberlo».

En cubierta, David se inclinaba sobre la barandilla junto con otros doce peregrinos.

Raquel se mantenía detrás de él, con una mano calmífera en su espalda, viendo a los petreles atravesar las largas, lentas olas. A ambos lados de la pareja, sendos sacerdotes vestidos con sus sotanas negras se inclinaban sobre la barandilla también gimiendo, y David sonreía para sí mismo. Quizás su malestar era una bendición al fin y al cabo: el Cuerpo de Dios estaba bien guardado para que no acabase flotando en vómito, y David y su nieta estaban a salvo por ahora de la ignominia de verse obligados a compartir el sacramento de los gentiles.

Agua salpicó de pronto su nuca y él alzó su turbada cabeza para ver a otro sacerdote que bendecía a los mareados peregrinos con agua bendita. Detrás del sacerdote, en la cubierta superior, se erguía el capitán con sus oficiales y dos torvos marineros. Los ojos de David se agrandaron cuando vio que estaban examinando el rollo de la Ley de su camarote.

«Abuelo, ¿algo anda mal?», le preguntó Raquel cuando el hombre se apartó bruscamente de la

barandilla.

«No digas nada, Raquel», murmujeó, empezando su mente a cuajar soluciones. «Sígueme y no digas nada».

David se movió tan rápido como le permitían sus inseguras piernas y subió las escaleras hasta la cubierta superior. «Capitán, ¿cómo ha llegado este rollo a vuestras manos? ¡Respondedme de inmediato!».

El capitán, un hombre menudo vestido con un chaleco negro de mando y gorra roja de terciopelo alzó una ceja suspicaz. «Esto es escritura hebrea. Ha sido hallado en vuestro camarote por estos dos remeros».

«¿Qué estaban haciendo allí?», inquirió David sin disimular la alarma en su rostro y su voz.

«Pasábamos adelante», repuso el apergaminado. «La puerta andaba abierta y nosotros vemos este rollo y el libro sobre la cama. Nos importó poco, pero el vaivén del barco va y tira esto al suelo. En cuanti que se abre, y nosotros que catamos el trazo pagano, lo hemos traído aquí».

«¡Mentiroso!», gritó David. «Este rollo y este libro estaban bien seguros bajo mi colchón».

«¿No negáis entonces que sean vuestros?», interrogó el capitán. «¿Qué hacen primos de la baronesa Ailena Valaise con escritos judíos?».

«¡Portarlos a Tierra Santa!», respondió ardorosamente David.

«¡Sois judíos entonces!», exclamó el capitán, «¡Vais a hacer que todos nosotros quedemos malditos a los ojos de Dios!».

«Ciertamente que os vais a condenar», coincidió David, «pero no porque seamos judíos, que no lo somos. Tal como la baronesa misma os informó, somos primos suyos. Pero...», dudó, y miró fieramente a Raquel. «Somos también enviados de... del arzobispo. Fue él quien nos eligió para esta peligrosa misión, que hubiéramos preferido culminar en secreto, sin riesgo para nadie más que para nosotros mismos».

«¿Qué es esta retórica?», exigió el capitán.

«Lo que tenéis en las manos es un talismán judío dotado con una maldición pagana que destruye a aquellos que se ven expuestos a ella por mucho tiempo. Los judíos —malditos sean sus ojos— han estado sirviéndose de esto generación tras generación para sembrar la discordia entre los reinos cristianos. El arzobispo se hizo con ello durante el saqueo de las sinagogas francesas que siguió a la caída de Jerusalén. A nosotros se nos ha encargado llevarlo a Tierra Santa, donde los caballeros Templarios lo utilizarán contra los sarracenos».

El capitán lo plegó agriamente y se lo pasó a su oficial. «Arrojadlo al mar».

«¡No!», exclamó David. «No... eso sólo pondría en peligro la nave. El talismán debe ser llevado directamente a nuestro enemigo, sobre el que actuará la maldición para gloria de Cristo».

Y tomó el rollo del oficial, que apresuradamente se lo rindió. «Nadie más debe saber esto. Permitid que el riesgo recaiga enteramente sobre mí y sobre esta santa mujer». Gesticuló señalando a Raquel y esta inclinó con solemnidad la cabeza. «La bendición del arzobispo está sobre nosotros y nos protege».

El capitán retrocedió cautelosamente y alzó una mano para tapar su rostro del rollo hebreo. «Apartadlo de mi vista. Como algún daño llegue a amenazar a este barco, lo quemaré yo mismo».

Destellaron sus ojos al mirar a los remeros. «Lleváoslos de aquí de inmediato. Dejarán el barco mañana por la mañana en Sicilia».

David invitó a Raquel a precederle escaleras abajo y ocultó el rollo en su pecho, cantando en voz inaudible una plegaria de acción de gracias al Dios único.

«Tu treta ha sido magnífica», le susurró Raquel jubilosa cuando estuvieron solos en el camarote. «La historia ha salvado la Torá y nuestras vidas».

David escondió cuidadosamente el rollo y la Biblia, y se derrumbó luego en la litera con el brazo sobre los ojos. «No conté ninguna historia», se lamentó. «Fue el malestar hablando a través de mí».

Raquel asintió compasiva y le palmeó el hombro.

«¡Fue así, nieta!», insistió vibrante David, lanzando un ojo desde debajo del brazo.

«Por supuesto, abuelo», se rio de él la muchacha.

«Yo no mentiría en cuanto a mi fe...», añadió David enfático, mirándola fijamente antes de volver a cubrir sus ojos y gemir. «Yo no osaría decir semejantes mentiras blasfemas sobre la Ley. Le di la voz a mi malestar... y mi malestar nos salvó».

David insistió en que Raquel no tornase a cubierta. El capitán dispuso que se les llevase comida y agua al camarote y David, gruñendo de náusea, gozó del consuelo que ella le proporcionaba. Pero cuando él se deslizó a un sueño hondo, ella se sentó en la galería, en la parte trasera del camarote, y abrió las ventanas.

Raquel amaba el mar. El viento undoso, con su fragancia salada, colmaba de luz todos los espacios de sus pulmones e infundía en sus miembros fuerza viva. Bajo sus dedos, vagabundos por el roble del alféizar, brillaban minerales marinos con los mismos matices irisados que ella veía en el roción de las olas. Pero más que cualquier otra cosa, amaba esa sensación envolvente del vuelo del barco, cuando la proa hachaba los lomos del agua y el mar levantaba tan alto la popa que a ella le parecía estar volando. Entonces la onda de proa se abría hacia los lados con un rugir impetuoso y el barco cabeceaba adentrándose en el seno del mar.

Este era el único barco que conociera, y había aprendido todo lo posible de él en los muelles de Arles antes de la partida. Recibía el nombre de *usciere* y era uno de los transportes más grandes del mundo; treinta pasos de eslora tenía, ocho de babor a estribor, dos mástiles y dos cubiertas completas. En las amuras, había sendos ojos grandes, toscamente pintados, y en la popa plana una cabeza de caballo. En el puerto, Raquel había visto bajar las gigantescas rampas de popa y subir por ellas caballos al sollado. A menudo durante el viaje los oía relinchar, tan infelices como su abuelo con el vuelo sobre los mares.

Los ruidos del viaje fascinaban a Raquel. El crujir de las cuadernas, el chasquear y silbar de las jarcias, el toser de las olas... todo le hablaba del misterio, de aquellas cosas que no podían ser conocidas pero de las que podía hablarse en el protolenguaje del mar y del viento. Sólo cuando los peregrinos empezaron a cantar y sus himnos dolorosos se elevaron para caer entre los cuarzos cintilantes de la brisa del océano, el hueco rugir de la proa cortante sonó siniestro.

Trompetas de muerte mugieron en las olas rotas. Toda felicidad que pudiese habitar en la tierra huyó al silencio azul, y todos los estratos del sonido, pletóricos de un habla fantasmal, se estremecieron, se helaron en su cabeza. Y de pronto, ella estaba otra vez en los túneles oscuros de los robledales, entumecida bajo los rayos ígneos y helados de la nieve que caía entre el ramaje, doliente el estómago, heridos los ojos, y sus lágrimas congeladas incrustadas en ellos por la imagen cruel de su familia muerta.

Raquel cerró las ventanas a las alabanzas de los peregrinos, cantadas a su dios de amor.

Las manos en los oídos, se arrastró hasta su litera, devanó un imposible sollozo y yació allí, escuchando el silencio formado en su sangre por el llanto de los caballos.

Roma, Otoño 1189

Ailena estaba sentada, quieta en la cruz de su dolor. Cada movimiento despertaba minúsculos fuegos que abrasaban sus huesos. Para mitigar el torturante zarandeo de su cuerpo durante sus viajes, se hacía ligar sus junturas con tensas vendas y ello la obligaba a una posición rígida, erecta, con brazos y piernas inflexiblemente estirados. Pero ahora le picaba la nariz y rascársela le costaría un instante secular de dolor. Para distraerse del picor, concentró su mente en la ciudad más allá de la ventana y meditó en todo lo que esta significaba.

La baronesa se hallaba en un pequeño fortín de la Torre delle Milizie, próxima al mercado de Trajano. Las fortalezas se acolmillaban contra la línea del horizonte, eclipsando los antiguos edificios que mucho tiempo atrás sobrevivieran a su propia inutilidad. Ahora, bandas rivales de estas fortalezas vagaban por las serpenteantes calles y callejones de esta ciudad tensa y sombría, e irrumpían en mercados y piazzas. La Curia, que representaba el poder político del papa, luchaba por el dominio unida a la República, constituida por los aristócratas romanos. Y la comuna, una poderosa coalición de gremiales y granjeros arrendatarios, desafiaban al papa y los nobles. Casi cada día, estallaban revueltas en las montunas avenidas y partisanos de todos los grupos resultaban apaleados o apuñalados, o eran colgados de los escuálidos árboles que brotaban en la mayor parte de las esquinas.

Ailena había venido a esta torturada ciudad a cumplir con un pequeño pero importante aspecto de la estrategia. Aunque lograse sobrevivir en su viaje a Tiro, aunque viviese lo bastante para preparar a Raquel, para convertirla en Ailena Valaise, para hacerla conocer todo lo que ella misma conocía, incluso aunque lograse artistar un milagro adecuado para explicar la recuperación de su juventud... aun si se cumpliesen todos estos requisitos, necesitaría la validación de una autoridad superior. Y por eso había venido a Roma, para comprar la bendición del papa.

Que la bendición del Santo Padre podía conseguirse con dinero era algo que Ailena había aprendido de su propio padre, cuya familia había ganado título y tierras por apoyar a la casa de

Frangipani contra los Pierleoni en su rivalidad por el papado. Por desgracia, el actual Vicario de Cristo pertenecía a la familia rival, y Ailena lo había dispuesto todo para entrevistarse con un cardenal poderoso que tenía influencia en el papa.

Giacinto Bobo-Orsini tenía ochenta y tres años: una menuda y lánguida rana con ojos bulbosos y sarmentosos dedos. Entró en la estancia derrochando energía, ondulante el haldeo de sus ropas escarlata que casi ocultaban de la vista a su secretario, un sacerdote joven, rubio, escrupulosamente vestido de sotana negra y blanca sobrepelliz.

El rictus de la baronesa fue una máscara pintada, y se comió su dolor cuando se forzó a sí misma a arrodillarse ante el cardenal y besar su anillo. Sus servidores la ayudaron a retornar a la silla y le limpiaron el pálido sudor de su ajada frente y sus trémulos labios.

Bobo-Orsini se sentó en un gran sitial, con su secretario al lado traduciendo al latín el occitano de la baronesa.

«Eminencia, me hallo de viaje a Tierra Santa, donde, a mi avanzada edad, sin duda acabaré por rendir mi alma al Señor. Por ello, teniendo ya poca necesidad de mis posesiones temporales, estoy ofreciendo mi riqueza a aquellas personas de este mundo que mejor uso puedan hacer de ella». Ailena tomó una caja incrustada de perlas de uno de sus servidores y la abrió, mostrando una esmeralda oblonga y tres rubíes grandes como avellanas. Había gastado la mitad de su fortuna en estas joyas, decidida a provocar una impresión en la Curia que persistiera hasta que necesitase su ayuda. «Sé que vuestra Eminencia es muy querido de nuestro Santo Padre. Sé que lucháis diariamente contra los poderes seculares para lograr que la influencia de nuestro Santo Padre no se vea disminuida en este mundo. Deseo ofreceros estas pocas e insignificantes naderías que poseo para apoyar vuestros esfuerzos en nombre del Santo Padre... y para que me recordéis en caso de que necesite vuestro consejo durante el tiempo que me quede en este mundo».

Bobo-Orsini aceptó la caja engastada de perlas con una sonrisa lúgubre y, sin mirar siquiera las gemas, pasó el regalo a su secretario.

«Con seguridad vuestra peregrinación ganará en favor a los ojos de Dios», tradujo el secretario, y el Príncipe de la Iglesia se levantó y abandonó vivaz la estancia.

A solas con sus servidores, Ailena sintió su decepción estallar como una burbuja en su corazón. El cardenal era más viejo que ella misma y, fuera cual fuera su influencia, dejaría probablemente esta vida antes de que la baronesa alcanzase Tiro. ¿La había engañado su ira? ¿Era su impía peregrinación la última burla de Dios en su vida?

Hizo una señal a sus portadores para que se la llevasen de aquel fuerte. No perdería otro día en Roma. Esta era la ciudad de la derrota, y se disputaban los chacales su cadáver desde hacía mil años. Partiría de inmediato para Tierra Santa, donde una vez se lograra la victoria de la vida sobre la muerte... y donde ella repetiría ahora esa victoria.

La ciudad se extendía como una mano abierta sobre el mar, unida sólo por la muñeca, una isla a la que se llegaba por un brazo de tierra tan estrecho que podía ser fácilmente defendida por los ballesteros de las barcas cristianas. Los profundos fosos y las defensas poderosas satisficieron a David, pues el largo viaje lo había debilitado y quería descansar sin que lo turbase el miedo. Con las cartas de la baronesa en la mano, fueron recibidos en la fortaleza de inmediato por el comandante de la villa, Conrad, el marqués de Montferrat. Complacido porque de la baronesa se prometía oro y una alcabala sobre las tierras que aquella pretendía comprar y cultivar en la zona, instaló a los Tibbon en un espacioso palazzo, que se alzaba en una terraza poblada de palmeras y con vistas al verde mar.

David buscó la sinagoga de la ciudad y halló un edificio pequeño de piedra negra, calzado entre el dique marítimo y las rocas monolíticas que estribaban la ladera donde se asentaba la terraza. El estrecho edificio estaba tan apartado, que ninguna calle llegaba hasta él y era accesible sólo por barco o a través de una precaria vereda en el dique marítimo. No les faltó bravura a David y Raquel para hacer este camino, y el anciano besó el umbral del templo en gratitud por su salvación, alabando a Dios por haberlos librado de las turbas carniceras de cruzados.

Raquel escuchó su plegaria de acción de gracias en silencio, hasta que no pudo seguir soportándolo. «¿Y qué de tus hijos y nietos, de mis padres y hermanas y hermanos?», lo desafió Raquel histéricamente cuando él la invitó a cruzar el umbral. «Dios los dejó morir. A tío Joshua y sus hijos también. Murieron horribles muertes, y Dios no los salvó. ¿Cómo puedes darle gracias?».

Los devotos del templo cubrieron sus rostros y se alejaron. «Dios crea la calamidad tanto como la bienaventuranza», le dijo David calmoso. «Así lo dice Isaías: “Hago la paz y creo el mal: Yo el Señor hago todas estas cosas”».

«No daré las gracias a un dios semejante». Raquel se apartó, y dejó la vista vagar sobre el agua esmeralda, que derivaba hacia un azul oscuro bajo los altos cúmulos matinales.

David detuvo con un gesto al rabino, que había emergido ceñudo por la perturbación, y siguió a su nieta. «Mira el país». Y le mostró con la mano las colinas azafrán de aquella costa salpicada de verdes esplendorosos. «Esta es la tierra que Dios ha dado a nuestro pueblo. Nos ha bendecido trayéndonos de vuelta aquí».

Raquel dirigió a su abuelo una oscura, sesgada mirada; luego señaló la arrogante torre de Gibelet, que emergía de la boira marina coronando una fortaleza invisible allá lejos en el sur.

«Esta tierra no es nuestra. Pertenece a sarracenos y cristianos. Si este es nuestro país, ¿por qué lo poseen los infieles? ¿Por qué dejó Dios que los descreídos asesinasen a mi familia?».

«¿Por qué? ¿Por qué?». David sacudió la cabeza. «¿Deberá interrogar la arcilla a Aquel que la modela?».

Raquel no dijo nada. Sus palabras habían abierto unas erizadas tenebrosidades en su interior. ¿Era esto la ira de Dios? La frufuante actividad de las frondas en la terraza sobre ella la colmaba de voces oídas a medias... la risa sibilante de sus hermanas. ¡No! No escucharía de nuevo a los muertos. Con violenta claridad animal, volvió su vista hacia abajo, a los blancos salientes de roca

calcárea batidos por el mar, recorridos por negros cangrejos.

David se mesó los cortados rizos de sus sienes y se alejó de allí. Sólo Dios podía recuperarla de donde ella había ido. Volvió a la sinagoga y se unió a su gente en la alabanza al Creador. Después de haberles contado su historia, ellos le aconsejaron dejar Tiro antes de que llegase la baronesa. Le hablaron de los numerosos asentamientos judíos a lo largo y ancho de la tierra prometida, y le urgieron a huir allí con su nieta antes de que la gentil los hallase de nuevo y los sometiese a su voluntad.

Pero David había dado su palabra. La baronesa los había sacado de su abyecta pobreza y les había prometido que su función no sería servil y que Raquel no sería molestada. No rompería él su palabra.

Más tarde, en el camino a casa por la estrecha vereda sobre el dique, David se torció el tobillo y estuvo a punto de precipitarse a la cálida corriente. Cojeó un corto trecho hasta un banco de arena abigarrado de esqueletos coralíferos y viejas conchas, mientras Raquel buscaba un palo que pudiera servirle de muleta. Tornó con una estaca pulida que arrojara a la costa el mar y le ayudó a incorporarse. Cuando sus ojos se encontraron, él enfrentó la burlona franqueza de su mirada encogiendo los hombros. «A veces Dios se oculta... y entonces tropezamos con Él».

Suspiró. «Y a menudo nos rompe el cuello. Hemos de confiar en que Dios sabe lo que está haciendo».

Tiro, Invierno 1189

Cada noche, Raquel se despertaba cuando las nubes del océano batían los montes y la lluvia tamboreaba en el tejado, barría los palmerales. Yacía entonces inhalando la frescura del aire limpio, que afluía por las ventanas lotiformes del palazzo y undulaba las cortinas diáfanas.

En los sonidos de la lluvia que goteaba del tejado y se precipitaba por los canales de la calle, voces murmulaban en hebreo. Los muertos pululaban en la malva evanescencia de la noche y la rodeaban mientras ella flotaba bajo la colcha adamascada, con los brazos sobre el pecho como si fuera uno más de ellos. Cuando intentaba entender qué decían, todo empezaba a hundirse de nuevo. Cuanto más empeño ponía en escucharlos, más se olvidaba de quién era. ¿Qué decían?

Nunca y siempre.

Cada noche, llegaba a convencerse que aquellos rezaban por un tiempo y un lugar en los que ser escuchados, y atendía con ahínco a sus voces en las toses de la lluvia.

Nunca y siempre.

Y entonces la lluvia pasaba, se helaba la atmósfera tonante y a través de las ventanas veía mechones de tormenta flotando entre las fúlgidas y crepitantes estrellas. Las voces partían.

Contemplando la rueda de los astros girar en la oscura noche tempestuosa, se dejaba llevar por

el sueño otra vez.

Las campanas de las iglesias le hablaban al alba. Raquel se despertó a los aromáticos humos que ascendían de las tabernas de los marineros a lo largo de la línea de mar bajo la terraza del palazzo. Picantes ráfagas de sepia, tripas amoragadas, y pichón y calamar asados invadieron su dormitorio con las primeras luces, acompañados por los gritos de los pescadores que recogían sus redes.

David estaba despierto ya y en el jardín, las manos abiertas ante él y alabando al Creador que hilaba un nuevo día. También los criados habían dado comienzo a sus actividades; preparaban sus fragantes téis y molían las semillas de sésamo para la pasta de higos que cada mañana servían con dátiles y ciruelas de invierno.

La baronesa no llegaría hasta la primavera. Los grandes transportes no cruzarían hasta esas fechas el mar y ella pasaría el invierno en Sicilia. Varios barcos pequeños habían desafiado la estación y traído cartas de ella. Llegaban estas siempre por la mano del mismo mensajero, un hombre alto, calvo, vestido con un caftán color vino. Con el velludo rostro alerta de un mono, llamaba en árabe desde la puerta de hierro y los criados se apresuraban desde donde se hallasen en el palazzo. Las cartas llevaban el sello impreso de la baronesa y el lacre del marqués, que las recibiera, y venían siempre acompañadas de una bolsa de *bezants*, las finas monedas de oro que distribuían como pago entre los servidores.

Las cartas constituían garantías para el marqués de las intenciones de la baronesa y eran también informes del desarrollo de la situación política en Sicilia. Allí, Tancredo, un miserable déspota, se las daba de rey, y la baronesa estaba utilizando sus recursos para su derrocamiento por el nuevo monarca inglés, Ricardo Corazón de León. Las cartas no traían mayores indicaciones para los Tibbon que aguardar su llegada en primavera.

La imaginación de David se había agotado intentando conjeturar lo que la baronesa quería de ellos. Después del desayuno, iba cada día a la sinagoga —y lo hacía en barca, no por el precario sendero— para orar y conferenciar con las cabezas de la comunidad judía. Los judíos orientales, liderados por rabí Ephraim, al que todos llamaban el Egipcio y que era incapaz de penetrar lo que una baronesa normanda podía querer de aquellos dos judíos, acabaron por convencer a David de buscar el consejo de la comunidad judía europea, que había establecido asentamientos en las afueras de la fortaleza de Tiro.

Durante los meses de invierno los sarracenos se desbandaron, retornaron a sus mujeres e hijos en Mesopotamia y en Egipto, y menguó el peligro de ambular por la región. Los Tibbon dejaron la ciudad a lomos de pollino con un grupo de peregrinos que se había propuesto visitar los santos lugares locales. Pasaron por campos murmurantes de cañas de azúcar y por negros campos espolvoreados por el verde de los brotes tempranos de la cebada invernal. Gaviotas volitaron en las alturas hasta que el paisaje se hizo pétreo y el camino se convirtió en un arroyo de polvo entre rocas alimonadas.

Aquí y allá sarmentosos algarrobos coronaban colinas bajas y una casa de piedra enjalbegada resplandecía bajo el chorro del sol de Levante. Junto a estructuras de madera para extraer el agua

de profundos manantiales, crecían amodorradas palmeras y reptaban los tallos jade de las calabaceras; un campo alomado llameaba de verde, patullado por los bueyes, y un granjero de rostro atezado contemplaba a los peregrinos bajo el capuz de su blanca túnica, sonriendo, mostrándoles sus encías azules, entretenido con el avance polvoriento de aquellos extraños. Luego el terreno se hizo roca y arena de nuevo, y brilló como estaño.

En una aldea de abigarradas casas achaparradas que se alzaba en una ladera de polvo color león y cantos como perlas, los Tibbon hallaron la comunidad de judíos europeos que les recomendara Ephraim el Egipcio y fueron cálidamente recibidos. El Rosh ha-Qahal —«el Cabeza de la comunidad»— rabí Hiyya, un hombre de pelo lanoso, les presentó a un granjero robusto de cuerpo de bronce, Benjamín de Tudela, y a un pequeño tejedor de cutis ceroso, rabí Meir de Carcasona. Sus mujeres y sus hijas abrazaron a Raquel y la hicieron sentar, junto con su abuelo, sobre un colchón de carrizo bajo una aparrada higuera, donde les fue servido pan ácimo, olivas y pequeñas naranjas rojas.

Después de oír su historia, el Rosh ha-Qahal cabeceó sabiamente. «Compraréis vuestra libertad», decidió. «Pagaréis a la baronesa normanda todo el coste de las ropas que os ha dado, del transporte en el *usciere*, la comida, el abrigo protector durante vuestro tiempo en el palazzo, los sirvientes, y una generosa compensación por la ruptura de vuestro compromiso. Así seréis libres y, ambos, vendréis a vivir entre nosotros». Miró al granjero grande y bronceado. «¿Cuánto será eso, Benjamín?».

Benjamín escarabajó cifras con sus dedos en el polvo ocre, dijo, «Unos ciento veinte *bezants* por el coste total y la mitad de ello para una pródiga compensación... en total, unos ciento ochenta *bezants*».

«Bien», asintió el Rosh ha-Qahal. «Pagaréis a la baronesa doscientos *bezants* y seréis libres».

«Doscientos *bezants*», desesperó David. «No tengo uno siquiera».

El Rosh ha-Qahal descartó su preocupación con un gesto de su mano ennegrecida. «Eso es sólo oro. Te lo dejaremos».

Rabí Meir dio una palmada con sus manos cerosas. «Está hecho. Haré una colecta en la comunidad después de la cosecha de invierno. Tendréis esa suma en vuestras manos antes del retorno de la baronesa».

«Pero ¿cómo podré yo devolveros ese dinero? Soy un hombre viejo».

«Tu experiencia nos lo compensará», repuso el Rosh ha-Qahal. «Tu conocimiento de viñas y huertos enriquecerá a la comunidad muy por encima de lo que te prestemos. No pienses más en ello. Ahora a comer. Y después que haya cantos y danza».

Durante todo el resto del día, los Tibbon fueron recibidos por una familia tras otra; cada una escuchó de nuevo su historia y contó la propia, mientras los demás se sentaban en el amarillor de los campos y en los vergeles de la ladera, entre olivos como humo argénteo. David resplandecía de gozo y Raquel pendía entre el miedo y el deseo, anhelando el afecto de las familias derramado sobre ellos y temiendo sin embargo el vacío que estas gentes ensanchaban en ella. Las jóvenes se parecían tanto a sus hermanas... tanto a sus hermanos los muchachos... Risa y dicha llegaban sólo hasta este punto, para verse al borde de la negra sima de la memoria. La comunidad percibió la

reserva de la muchacha e interrogó a su abuelo. «Se duele porque vio a los mártires», explicó él. «Creo incluso que todavía los ve».

A la puesta del sol, Raquel fue sola a un campo despejado para hallar la expansión que se correspondía con el vacío abierto en ella. Vastas octavas de violeta y de índigo abovedaban el cielo, y panoramas estelares ardían magníficos sobre las oscuras fallas de arena y los viejos montes.

«La tristeza desarrolla su propio cuerpo, ¿sabes?», una voz melancólica dijo tras ella. Se volvió para ver al Rosh ha-Qahal, cuyos rizos lanudos brillaban como los perfiles de una nube.

«Ve con sus propios ojos, oye con sus propios oídos. Debes vivir con este otro cuerpo, Raquel. Pertenece a Dios con tanta certeza como Le pertenece tu carne. Pero no debes dejar que este cuerpo de tristeza viva por ti».

El Cabeza de la Comunidad se retiró tan silenciosamente como llegara. Raquel contempló el último y vertiginoso resplandor del día desvanecerse en la cúpula del cielo, y retornó luego a la aldea a dormir. Horas después despertó y salió de la casa aromada por el humo de la madera al hondo desierto estremecido. Humeaba su aliento luminosamente. Miró al oeste y vio, a lo lejos, las gigantes intumescencias de las nubes emborronando la luz de estrellas, descargando sobre Tiro sus lluvias en su camino a las montañas. Lejos, oh lejos, los muertos susurraban, *Nunca y siempre*.

Tiro, Primavera 1190

El Rosh ha-Qahal y el resto de la comunidad querían que los Tibbon permaneciesen con ellos, pero David insistió en volver a Tiro para esperar a la baronesa en el palazzo tal como había prometido. Pasaba la mayor parte de su tiempo en la sinagoga y, ocasionalmente, atendiendo a rabí Meir o a Benjamín de Tudela en el palazzo cuando visitaban la ciudad. Se dejó crecer la barba y los rizos de las sienes, y se hizo activo en la comunidad judía, contribuyendo incluso a la correspondencia con el afamado Maimónides, que vivía por aquel entonces en el Cairo y que mantenía una fluida comunicación epistolar con los judíos de Tiro. David llegó a dirigirle estas palabras: «Es porque vivís en este lugar que Dios nos asegura aun hoy un Redentor».

Raquel pasaba su vida en el palazzo como podría hacerlo una vetusta mujer, contemplando el mar mezclar sus pigmentos, deambulando por el jardín entre las flores misteriosas de los cactus, las negras perlas-luna de los pimenteros, las sombras violeta de los setos de jazmín, o sencillamente siguiendo los pasos de las sirvientas, mujeres morenas de largas trenzas untuosas, que descalzas de cuarto en cuarto limpiaban el polvo ameloconado de repisas y arcones.

Su abuelo, a veces, se la llevaba con los sirvientes al sol plomizo del mercado. Allí, bajo palmas entrecruzadas y brillantes domos, contra paredes enjalbegadas que se habían desportillado aquí y allá hasta dejar parches color ostra, los puestos ofrecían hortalizas primaverales,

centelleante pescado, animales vivos, huevos de aves marinas, rollos de seda y bayeta, y todo ello bajo la mirada halconada de hombres atezados, con tiza bajo cada ojo y las cabezas enturbantadas.

A la vuelta de una de estas excursiones, el velloso mensajero con el caftán color vino los esperaba en el palazzo con una carta de la baronesa. En ella, Ailena les ordenaba dejar el palazzo con los sirvientes y esperar fuera de Tiro hasta que ella les mandase aviso. David y Raquel retornaron al asentamiento judío y vivieron allí varias semanas antes de que el mensajero los buscase de nuevo y se llevase consigo a David a la ciudad antes del anochecer.

En el patio que dominaba el jardín, la baronesa lo esperaba, más consumida y apergaminada a la luz de las lámparas de aceite de lo que él podía recordar. Las formalidades por parte de ella fueron pocas y directamente le informó de cómo, habiendo sido exiliada por su hijo, pretendía preparar a Raquel para hacer lo que ella misma no podría hacer: retornar a Gales e imponer venganza.

David la escuchó con un candor mentecato en los ojos, creyendo a sus oídos apenas. «Lo que pedís es imposible», dijo, «Raquel aún no es siquiera una mujer».

«Cuyo parecido con la que yo fui a su edad es absoluto. Con el entrenamiento adecuado, llegará a conocer todo lo que yo conozco y nadie dudará de que sea yo misma».

La mirada de David se agrandó cuando percibió la locura del plan de la baronesa. «Si ella declarase que es vos, la matarían por impostora... o bruja».

Una mueca fría destelló en el rostro de la baronesa. «La belleza de mi estrategia la protegerá. Mirad, David, los convenceré a todos de que he recuperado la juventud no por arte de brujería, sino por la gracia de Dios... un milagro santo».

David retrocedió tambaleándose, como si hubiera recibido un puñetazo. Alzó ambas manos, las palmas hacia fuera, para protegerse el vulto. «No puede ser, no con mi nieta. Eso sería una blasfemia a los ojos de Dios».

Los ojos de la baronesa se estrecharon, letales. «Vos y la muchacha estáis a mi cargo. Haréis lo que yo diga».

«No insultaré a Dios».

«No a vuestro Dios, loco. Al dios cristiano. Ella declarará que ha recuperado la juventud por medio del Mesías, de Jesús, que para vosotros es un falso mesías. ¿Qué blasfemia hay ahí?».

«Nadie lo creerá. Matarán a mi nieta. Vos jurasteis que ella no sería importunada».

«Y no lo será. He pensado en todo. Tomaré todas las precauciones para la ejecución de mi plan. No permitiré que fracase. Raquel retornará a Gales como Ailena Valaise, baronesa de Epynt».

«Pero ¿por qué?». La voz de David se alzó medrosa. «¿Con qué fin toda esta artimaña?».

«¡Para usurpar el lugar del usurpador!», fustigó la baronesa. «¡Quiero que se cumpla mi venganza, aunque tenga que forzarla desde la tumba!».

David bajó la cabeza, incapaz de arrostar el odio de su mirada. Metió la mano en un pliegue de su ropa, extrajo una bolsa pesada con oro y la depuso en un taburete ante ella. «Aquí hay doscientos *bezants*», dijo. «Es la compensación por el dinero que habéis gastado en mí y en mi nieta. No queremos tener nada que ver con vuestra venganza».

La baronesa miró la bolsa fieramente; luego la tomó en su mano entortijada y se la arrojó a David. «¡No!». Y el estridor de su grito despertó allá abajo en el dique su eco. «El dinero no puede comprar lo que yo quiero. Ella aprenderá lo que es ser yo. Y volverá y acabará mi historia tal como yo habría querido que se contase. O acabará aquí *su* historia».

David se levantó y dejó caer la bolsa en la silla donde había estado sentado. Los gritos potentes de la baronesa lo apedrearon mientras él se alejaba precipitadamente del palazzo.

Con las puertas de la ciudad cerradas para la noche, David aguardó la mañana en casa de un conocido judío. El recuerdo de la ira de la baronesa lo mantuvo despierto hasta el alba.

Cuando esta llegó, alquiló un pollino y dejó la ciudad presuroso. Por el camino, varios jinetes en cota de malla y grebas le adelantaron con galope marcial, y él siguió la estela polvorienta de sus caballos hasta el mismo asentamiento judío.

Cuando David alcanzó la falda de la montaña, ya habían llegado los caballeros normandos contratados por la baronesa y estaban pisoteando los campos, hachando las ramas de los árboles frutales y espantando a los rebaños por los montes. Uno de ellos lo saludó, y le arrojó la bolsa de *bezants* a los pies. «Mañana volveremos a arrasarlo la aldea», le amenazó; luego hizo una señal a sus hombres y volvieron grupas para marchar a Tiro.

Los ancianos de la aldea estaban furiosos. Benjamín de Tudela se preparó para cabalgar a las villas cercanas a fin de levantar hombres bastantes con los que defenderse de los normandos.

Pero David no estaba dispuesto a permitirlo. Devolvió la bolsa del oro y, con cabeza avergonzada, se hurtó a sus protestas.

A la mañana siguiente, mientras Raquel le urgía a cumplir las exigencias de la baronesa, él le puso un dedo macizo en los labios. «Hemos dado nuestra palabra... eso basta», dijo lasamente. En una carta que dejó al Rosh ha-Qahal, se excusaba ante cada una de las familias por los daños que los caballeros causarían en sus propiedades. Y con su nieta a lomos del asno, retornaron ambos a Tiro.

La baronesa sentía la garganta ampollada de sus gritos. Su furia por el rechazo de David ante su plan casi la había matado. Renqueando tras él, vociferando amenazas, estuvo a punto de romperse el cuello en las escaleras de piedra que conducían del patio a la salida del jardín, por donde él huyera. Gracias a Dios, los sirvientes, alarmados por sus rugidas imprecaciones, habían llegado veloces y la detuvieron a tiempo. Aquella noche, con el pulso latiéndole furioso bajo la quijada, había departido con el mensajero de barba cerdosa, que tomara a su servicio por mediación del marqués para vigilar a los Tibbon, y había tenido noticias de la comunidad judía.

Ailena había agotado casi su fortuna, un dinero que podría haber gastado levantando un ejército de mercenarios en Francia. En lugar de ello, el dinero le había servido para lograr reconocimiento en la Curia, para la sumisión de Tancredo a Ricardo Corazón de León en Sicilia y para la compra de dos granjas cuyas rentas le permitirían pagar sus gastos cotidianos. Después de

todo este esfuerzo no estaba dispuesta a dejar que Raquel se le escurriera.

Bajo una corona de dardos solares radiando a través de las palmeras del jardín, recibió la baronesa a Raquel y a David. La baronesa miró triunfalmente al anciano, que se amohinó en un banco de piedra junto a las púas de un gran cactus. Luego contempló a Raquel, sentada en una silla frente a ella, y su sonrisa fue generosa al ver de nuevo el parecido de la muchacha con su propia juventud. Le explicó las líneas máximas de su estrategia, hablándole gentil y confidencialmente, aunque con una voz todavía áspera del berrinche de la noche previa.

«He concebido incluso el milagro que me transformará en ti», le dijo Ailena. «Beberás del Santo Grial».

Raquel dirigió una mirada a su abuelo y este abrió las palmas de sus manos mostrando su ignorancia.

«¿No conocéis el Grial?», preguntó, incrédula, Ailena; luego, frotándose la barbilla:

«Desde luego... sois judíos. ¡Qué habéis de saber vosotros de las supersticiones cristianas! Bien, esta os entretendrá. Es absolutamente encantadora». Las arrugas atelarañadas en torno a los ojos de la baronesa se oscurecieron con regocijo malicioso. «El Grial es el cáliz del que Jesús bebió y que pasó a sus discípulos, durante la fiesta de Pascua, diciéndoles, “Bebed porque esta es mi sangre”. Y al día siguiente fue crucificado y, tal como fuera predicho, José de Arimatea usó ese mismo cáliz para recoger la sangre del Salvador que vertían sus heridas. Con el tiempo, el Grial se perdió. Pero, de cuando en cuando, se les aparece a los que creen en él... y, según la leyenda, los que beben de él recuperan la juventud». Ailena sonrió de un modo escalofriante. «Yo beberé del Grial».

La muchacha de quince años recibió la idea de la baronesa con un suave cabeceo de asentimiento, que al mismo tiempo sorprendió y alivió a la baronesa.

«¿Qué, si no somos creídos?», intervino David.

«Yo seré creída, porque Raquel hablará como yo misma. Y en Gales la leyenda del Grial es famosa. Allí la gente cree que José de Arimatea llevó el Grial a su pagano país con la nueva de la resurrección. Creen que San José portó el Grial a sus tierras salvajes, donde un gran guerrero, Uther Pendragón, que expulsó a los romanos de Gales, fundó a su alrededor la Tabla Redonda en recuerdo de la Última Cena. Mucha gente declara haber visto la Santa Copa, para ellos es perfectamente real».

«¿Qué le ocurrió al Grial?», preguntó Raquel.

El rostro enrugado de Ailena se iluminó, agradablemente sorprendida por el interés de la muchacha. «Se perdió. Verás, en la Tabla Redonda había un asiento vacío, el Asiento Peligroso, que nadie podía ocupar sin peligro de muerte a menos que hubiese respondido a la pregunta, “¿A quién sirve el Grial?”. Tras la muerte de Uther, su orgulloso hijo Arturo se sentó en él. No tenía la menor idea de a quién servía el Grial. Pensaba que todo el reino le servía a él: su mujer era su pasión, sus caballeros eran su fuerza, su tierra era su sustento, y el Grial era un mero emblema de su autoridad. Poco después resultó gravemente herido batallando a las tribus paganas. Cuando fue llevado de vuelta a su castillo, había desaparecido el Grial. La herida de Arturo no habría de sanar y mientras yacía moribundo, su mujer lo abandonó, sus caballeros perdieron la fe y su reino se

marchitó no quedando de él más que tierra baldía. Perdió todo. Sólo unos pocos de sus caballeros recordaron la gloria de su padre Uther y emprendieron la demanda del Grial».

«¿Lo hallaron?», quiso saber Raquel intrigada.

Ailena sonrió ante su pueril interés. «Uno lo logró. Pero eso es otra historia».

«¿A quién sirve el Grial?», presionó Raquel.

«Al rey del Grial, por supuesto».

Raquel parecía confusa. «¿Quién es pues?».

«Fue Arturo».

«Pero él fue gravemente herido por ocupar el Asiento Peligroso».

Ailena dirigió una mirada suspicaz a la muchacha. «Porque él creyó que todo en el país le servía. No comprendió que tierra y rey son uno».

Los ojos de Raquel pasearon su hialino resplandor mientras ponderaba la historia.

«Gobernar es servir», explicó David. Contempló a Ailena y suspiró. «Si enviáis mi nieta de vuelta a vuestro dominio como baronesa, tendrá que servir a vuestra gente».

«Majaderías. Mi plan es mucho más simple. Retornaréis el tiempo justo para derrocar a mi hijo. Recogeréis luego las joyas que os he prometido e iréis a donde mejor os plazca».

David frunció un ceño oscuro, pero Raquel sólo movió, afirmativa, la cabeza. Habiendo visto el horror, habiendo portado consigo aquella visión durante dos años, Raquel podía ser informada pero no sorprendida. Así que ahora aprendería a ser baronesa. Si ello complacía a esta impedida y vieja mujer que los había sacado de su penuria y desesperación, ¿quién era ella para objetar nada? A juzgar por su rostro cadavérico, a la baronesa le quedaba poco tiempo en este mundo. ¿Por qué no contentarla y disfrutar los privilegios del palazzo?

Ailena, complacida por la pronta aquiescencia de Raquel, permitió finalmente que la fatiga de su viaje por mar la reclamase, besó su mejilla, y le indicó que se retirara. Cuando Raquel y David hubieron retrocedido hasta el borde del jardín, la baronesa exclamó, «Alto». La muchacha volvió, una lila su figura en la luminosidad de su ropa pálida entre las yedras umbrosas y las palmas susurrantes. Era el hermoso fantasma del pasado de Ailena, una puerta ardiente a las inmensas vistas del futuro. La baronesa sonrió y cerró los ojos.

Tiro, Verano 1190

Ailena instaló a los Tibbon en el ala norte del palazzo. Cada mañana se sentaba con Raquel en el jardín y le contaba algo de su vida, empezando por su infancia en el Périgord. Por la tarde, mientras reposaba, la baronesa permitía que Raquel recorriese con un sirviente el blanco roquedal de la vasta playa bajo las terrazas del palazzo.

David pasaba sus días en la sinagoga y, a veces, en el mercado, recogiendo noticias de la

guerra entre cristianos y sarracenos. Aquel verano, el gran caudillo musulmán Saladino se hallaba intensamente comprometido con la defensa de Acre, la siguiente gran ciudad al sur de Tiro. En Julio, Enrique de Champagne había desembarcado con diez mil hombres y un gran número de caballeros, nobles y sacerdotes guerreros. En cuanto hubo montado sus ingenios bélicos, las fuerzas de Saladino los destruyeron utilizando un pegajoso, abrasivo y explosivo asfalto llamado fuego griego, inventado por un joven metalista de Damasco. Los cristianos no habían visto nunca nada semejante, y ello apocó sus tradicionales intentos de invadir Acre. Dejándose llevar por la frustración, Enrique cometió el fatal error de mandar sus fuerzas frontalmente contra los defensores. El día de la fiesta de San Jaime, a finales de Julio, cayeron seis mil cristianos y entre ellos mujeres cubiertas de armadura que se habían batido bravamente junto a los caballeros.

Lo que destiló de esta sangrienta batalla anegó el corazón de Raquel y sólo pudo restablecer su equilibrio paseando en la playa bajo el sol poderoso y el viento emplumado por las hebras de la espuma del mar. Sólo entonces, después de sentarse en rocas encostradas con parches rojos de algas coralinas y contemplar el horizonte entre plata y purpúreo, podía volverse y afrontar lo que los árabes llamaban «el beso de espinas», las torres y muros almenados de la ciudad.

El relato de las mujeres cristianas vestidas de armadura que murieran entre los caballeros ancoró el pensamiento de Raquel en su propio destino. El mundo era cruel para todos, no para ella sola. Y la propia historia de la baronesa, tan llena de dolor, confirmaba esta oscura verdad.

Día tras día escuchaba Raquel crueles relaciones de lo que le ocurrió a Ailena tras la muerte de su padre. Tenía la misma edad que Raquel cuando fue obligada a casarse con un bruto que se gozaba pegándola.

Comprendiendo la precaria belleza de la vida por primera vez, Raquel se dio cuenta de que la felicidad que tanto ella como la baronesa habían disfrutado de niñas era un don extraño. De Dios, como creía el abuelo... o de nadie, como aseguraba la baronesa, el don de la belleza de la vida no duraba mucho y, si uno intentaba aferrarlo cuando había pasado su tiempo, esa belleza se oscurecía en un dolor que distraía el corazón de todo lo que quedaba por vivir aún.

Tiro, Otoño 1190

Baldwin, Arzobispo de Canterbury, y Hubert Walter, Obispo de Salisbury, alcanzaron Tiro en Septiembre con noticias de que los reyes de Inglaterra y Francia estaban de camino a Tierra Santa. Los prelados portaban un breve pero agradecido reconocimiento a la baronesa por su apoyo financiero a los partidarios sicilianos de Ricardo. Con esta pieza pequeña pero vital de su estrategia en su sitio, Ailena afrontó la preparación de Raquel con más celo.

La muchacha se asemejaba más y más a su propia personalidad juvenil con cada estación, a medida que florecía como mujer, pero el horror del que fuera testigo la acosaba todavía con

embelesos que la precipitaban a estados lúgubres o de distracción. Ailena se desesperaba intentando transmitir todos los nimios detalles de su vida a una pupila tan soñadora, y por un tiempo se tornó brusca con la niña.

Fue entonces cuando oyó hablar a una de sus refinadas doncellas de un mago persa que podía dormir a la gente con el solo pase de su mano y convencerlos con un susurro al oído de que eran monos o camellos. Ailena salió de inmediato en busca de este mago con Raquel. La calidez del Levante había penetrado en sus huesos y la había aliviado del miserable dolor que pudriera su vida, pero lo que la sostenía era el trabajo que su venganza exigía.

Ansiosa por encontrar al mago que podía ayudarla, era capaz de caminar los viboreantes laberintos de las calles por sí misma, guiada por su doncella a través de apretados callejones de casas piojosas y estrechas de roca iluminadas por débiles candiles parpadeantes. Un sucio camino serpenteaba entre los destartalados edificios, cruzaba una puerta de piedra y arribaba a una poco elegante choza de madera que se apoyaba en un talud de tierra rojiza.

El interior estaba en penumbras, pero a su llegada fue abierto un tragaluz de juncos entretejidos y una flecha plata de luz diurna mostró unas sillas de mimbre, un suelo de tierra aplanada y una pared trasera que era el sucio talud. El hombre que las saludó vestía una capa de leopardo sobre un cuerpo nervudo de piel endrina. Bajo un tocado rojo oscuro, su rostro austero miraba impasible y sus ojos brillantes, gateados, helaban todo lo que fijaba la vista en ellos.

El soldado franco que la baronesa había contratado para que las acompañara soltó una maldición cuando vio al pagano y Ailena le ordenó esperar en el exterior. Se presentó en el árabe titubeante que aprendiera de sus servidores y siguió en él hasta que el mago, divertido, le respondió en un exótico pero fluido occitano, «Soy Karm Abu Selim. ¿Por qué os sorprende que hable vuestra lengua? Vuestra gente ha ocupado este país durante más de un siglo. Yo he robado de sus almas las pesadillas y les he dado el sueño. Yo he instilado rabia obediente en sus brazos para que pudiesen luchar sin miedo. Y, cuando retornaban a mí, yo diluía sus crueles recuerdos de la guerra, como astros vanecientes, para que el sol de un nuevo día se alzase en sus pechos. Conmigo, anhelo y dolor pueden ser obligados al silencio, y las voces de los ángeles oírse bien altas. Yo conozco el camino a través de las tortuosas cavernas del corazón. Yo conozco el lugar donde hallar las posibilidades que el cielo ha derramado en torno a nosotros. ¿Cómo puedo ayudaros?».

Tiro, Invierno 1190

David continuó desafiando a la baronesa en secreto. En Noviembre, cuando Baldwin, el añoso Arzobispo de Canterbury, murió y Conrad de Montferrat retornó del cerco de Acre con una esposa robada a otro noble, David aprovechó el duelo y el escándalo de la ciudad para ausentarse de ella y

realizar una visita a los santos lugares locales. La baronesa, ocupada en sus propias intrigas con los nobles de la ciudad y en inculcar a Raquel, no lo echó de menos.

El ejército de Saladino se había dispersado ya para el invierno y el verdadero peligro en el país no era ahora la guerra, sino la hambruna. Las feroces batallas de la última estación habían destruido numerosos campos y granjas, y mucha gente se vio reducida a tener que matar sus caballos y mulas para alimentarse. David viajó a pie hasta la aldea judía de la montaña donde vivía el Rosh ha-Qahal, y le pidió ayuda en la búsqueda de un marido para Raquel.

«Debe estar dispuesto a huir lejos», insistió David; «a Egipto, donde la baronesa no será capaz de encontrarnos».

El Rosh ha-Qahal, complacido de que David hubiese hallado el coraje para desafiar a la baronesa, emprendió la pesquisa del marido apropiado. Al cabo de unos pocos días, presentó a David un joven de pelo rizado, intensa palor, ojos oscuros de penetrante lucidez y una boca ancha y candorosa. Su nombre era Daniel Hezekyah, un carpintero que había aprendido el oficio de su padre y su abuelo. Pero eran textos, no tableros, lo que encendía su pasión; y por las noches estudiaba con rabí Meir esperando convertirse en rabino él mismo.

David volvió a Tiro con Daniel y su padre para poder mostrarles a Raquel. Conocían la historia de David y estaban bien dispuestos a romper con la tradición, viajando para entrevistarse con la futura novia, porque sus virtudes habían sido gloriadas por el Rosh ha-Qahal. No les decepcionó. Raquel se encontró con ellos en la sinagoga, vestida con las galas sedenas que la baronesa le proporcionara y la sangre del corazón en la cara ante la perspectiva de ser novia.

Daniel hubo de forzar su voz para hablarle: la afección del amor se abrió tan plenamente en él que apenas quedó espacio en sus pulmones para el aire. David captó la mirada del padre del joven y recibió su gesto de cabeza complacido.

Después de las formalidades de la presentación, Raquel y Daniel pasearon junto al mar, con la mayor parte de la congregación siguiéndolos a una distancia respetuosa. Él devanó largas sentencias eruditas para hablar de sus vidas, comparándolas a un pedazo de madera que debía trabajarse siguiendo las vetas, las cuales eran la oscura estriación de las penas que ella había debido soportar; ahora, pues, se hacía necesaria su huida a Egipto. La compasiva ternura de la voz del joven la convenció para hablarle del vacío que su tristeza había cavado en ella y de las voces de los muertos cuyo eco se propagaba allí, su cántico *Nunca y siempre*.

Daniel podría haber sabido entonces que su amor estaba condenado. Pero tenía fe en el poder curativo de la fuerza cálida y fluida que brotaba en su pecho con la proximidad de la muchacha. Cuando partió con su padre, prometió que habría boda en primavera y que inmediatamente después se irían a Egipto en busca de su felicidad.

La hambruna invernal había actuado en favor de la baronesa. Mientras los campos alrededor de Acre habían quedado arrasados por la guerra, los campos y granjas que ella poseía junto a Tiro gozaron de opulentas cosechas y Ailena pudo vender cada saco de sus cereales por cien piezas de oro, cada huevo por seis peniques de plata, y la venta de su pequeño hato de ganado mayor le proporcionó más dinero del que poseyera antes de partir de Roma. Incluso después de pagar las alcabalas que debía al marqués podía considerarse una mujer rica.

Las continuas lluvias invernales le habían calado de humedad los huesos y de dolor el cuerpo, pero su creciente riqueza y la profunda eficacia de Karm Abu Selim en el entrenamiento de Raquel le aliviaban el sufrimiento. Había traído el mago persa al palazzo y le había dado sus propios sirvientes y apartamento. Cada mañana y cada tarde, este sumergía a Raquel en un trance y ella permanecía sentada, bien abiertos los ojos, no sólo escuchando la historia de la vida de la baronesa sino experimentándola con todos sus sentidos. Karm Abu Selim recreaba magistralmente sensaciones con perfumes, texturas y efectos sonoros, que acopiaba de una multitud de improvisados instrumentos. Poco a poco, toda la vida recordada de Ailena Valaise fue vivida de nuevo en la mente de Raquel.

Ailena, hondamente complacida con el progreso de la muchacha, dedicó con alegría su atención a incrementar sus riquezas y no se percató de que Raquel, entre sesión y sesión, pasaba menos tiempo a la orilla del mar y más en la sinagoga. Allí estaban urdiéndose en detalle secretos arreglos para la boda y la huida a Egipto. Se enviaban cartas para trabar contactos en las comunidades judías de Alejandría y el Cairo, y varios miembros de la familia del novio, contrariados por la falta de dote de la novia y por la exigencia de un desplazamiento tan enorme, debían ser molificados.

Para Pascua todo estaba en orden. Daniel y Raquel se habían encontrado en diversas ocasiones, y su afecto mutuo se había hecho ardiente. Pero durante el ritual del Pesah, cuando el rabí tiró hacia atrás de la cabeza del cordero pascual y le cortó el cuello, Raquel cayó en el vacío de su abierta herida. El chorro de sangre derramándose en la copa sacrificial drenó su fuerza con la del cordero y sus sentidos se columpiaron al borde del delirio.

Karm Abu Selim había implantado en su mente la imagen del Grial; cada vez que quería intensificar los recuerdos de la baronesa, le bastaba con imaginar el Sagrado Cáliz y las membranzas que el mago le diera brotaban en ella. Pero ahora, viendo al cáliz ceremonial recibir la sangre, fue testigo en su mente otra vez de la escena cruel de su familia yugulada: todos los recuerdos de Ailena se esparcieron como el humo en una ráfaga de viento.

En el colapso de sus sentidos, Raquel se vio precipitada a un frío cavernoso, una inmensa oscuridad gélida sin más calor que el que podía darle la sangre del cordero. Castañetearon sus huesos con el temblor: un terror incandescente la atravesó como un relámpago cuando comprendió que moría. Su garganta había sido tajada; toda vida se vertía huyendo de ella. Un helor monstruoso estrujó su corazón y ella oyó, en la distancia pero cada vez más fuerte, el sonido pulsante de un terrible destino aproximándose, inevitable, final.

Manos de hierro la aferraron, desgarrándola... sacudiéndola, despertándola, mientras la vista prendía de nuevo en los globos abotargados de sus ojos. Percibió el semblante turbado de David

próximo a ella y oyó el lúgubre sonido pulsante de su propia voz gritando una vez y otra,

«¡*Nunca y siempre!*». Había sufrido un colapso, y su abuelo estaba agachado sobre ella agitándola, tratando de devolverle la consciencia. Sobre su hombro, vislumbró los atemorizados visajes de la congregación rodeando el rostro de Daniel Hezekyah, pálido, horrorizado e inconsolablemente torturado.

Daniel Hezekyah esperó en la sinagoga que Raquel retornase a la orilla del mar. Quería hablarle de nuevo antes de dejar Tiro, decirle cara a cara que la amaba aún sin importarle su locura. ¿Quién, habiendo sido testigo de semejante horror, no habría enloquecido? Esperó tres días para disculparse por haber permitido que su padre lo contuviera, cuando ella se desplomó durante el ritual del Pesah, asustado como los demás por aquel virulento *dybbuk* que la poseía.

Pero más tarde, cuando David ya había arrebuñado en su capa a su nieta y la había portado de vuelta, tambaleante, al palazzo de los gentiles, Daniel se dio cuenta de que era mayor su amor por ella que su temor por cualquier *dybbuk*. Así, permaneció en la sinagoga cuando su padre retornó a la aldea. Esperó, junto a la gran ventana del templo, verla pasear de nuevo hacia el mar, como tanto le gustara.

Daniel quería decirle que la amaba en cuerpo y alma, que la sima de su alma era la sima de todo su pueblo desde la Diáspora, y que no era un defecto estar loco en un mundo loco. Él no podía maridarla. La Ley lo prohibía... pues tal como estaba escrito en Deuteronomio 28, aquellos que no obedecían los mandamientos del Señor, eran golpeados por Él con locura y pasmo de corazón. Cuál había sido la falta de Raquel era algo que él no podía decir. Aunque otros pensaban que había sido castigada con la locura por servir a una gentil, él no lo creía.

Quizás la razón fuese algún crimen ancestral por el que ella debía responder. Fuera cual fuese el crimen, él no podía quebrantar la Ley y casarse con ella, pero nadie podría impedir que la amase.

Al cuarto día, Daniel fue al palazzo y preguntó en la puerta por ella, pero el sirviente aseguró que tal persona no vivía en la casa. Retornó a la sinagoga y esperó otra semana; dos veces más volvió al palazzo y dos veces volvió a ser rechazado. Por fin, vagó solo junto a la orilla del mar, allí donde ambos juntos pasearan. Escribió su nombre en la arena, pero acosado por un remordimiento incipiente y tenaz retornó a su aldea.

Raquel no volvió a la sinagoga ni a la playa nunca más. Tras su colapso y humillación ante su propia gente, quería olvidarse a sí misma y todo el dolor de su pasado. Karm Abu Selim halló en ella una devota más ansiosa de su magia y fue capaz de precipitarla a trances tan profundos que, aun después de despertar, la muchacha deambulaba aturdida durante media mañana creyéndose Ailena Valaise, desconcertada al hallarse en un jardín de viñas y azufaifo, alfóncigos y melocotoneros, con el aire salino del mar mancillado por el polvo del desierto.

David se mortificaba ante Dios, cubría con cenizas su cabeza y ayunaba hasta que su visión se

anubarraba y no podía continuar sus plegarias de pie. El mago persa le dio una bolita de opio y lo condujo hasta el trono de Dios, donde lenguas de fuego lo fustigaron y purgaron de sus transgresiones. Cuando se recobró, una duda pueril parecía arrojarse al cuerpo y una resignación insondable brillaba debajo de su pelo de plata. Desde entonces, dejó de conspirar para apartar a su nieta de la influencia de la baronesa. Y cuando sus amigos de la sinagoga le preguntaban por Raquel, su invariable respuesta era como un canto: «Todo lo que es, es voluntad de Dios».

Acre, Verano 1191

El 12 de Julio, Ricardo Plantagenet, el Corazón de León, capturó Acre, masacrando a dos mil quinientos sarracenos tras haberse estos rendido y haberles asegurado aquel que no habría represalias. Cuando la baronesa se trasladó allí en Agosto para invertir fuertemente antes de que se vendiesen todas las propiedades dignas de consideración, el campo donde había tenido lugar la carnicería centelleaba con pilas de huesos humanos blanqueados, y por los montes estaban desparramados los restos de las horribles orgías de las aves carroñeras y los chacales.

La escena indispuso a Raquel y Karm Abu Selim la hipnotizó con un golpe suave en el centro de su frente. «Contempla este campo de lirios», entonó, y ella vio lo que él decía. «Qué radiantes brillan al sol».

Ailena Valaise conoció la dicha en Acre. Se instaló en una gran casa señorial de la calle de los Tres Magos, cerca de los domos azules de la mezquita central, convertida en el palacio de la ciudad. Allí se mezcló con la realeza, ganando su favor con generosos regalos. El rey Ricardo, complacido por su apoyo financiero en Sicilia, renovó por propia mano su nombramiento como baronesa de Epynt. Ailena exultó al enterarse por el rey de que, en Pascua de aquel mismo año, el monarca había sido casado en Sicilia por el nuevo papa, Celestino III, nacido Giacinto Bobo-Orsini.

Cartas ocasionales de su hija Clare informaban a Ailena del despótico gobierno de su hijo en su dominio. Pero no tenía prisas ahora por llevar a cabo su venganza. La angustia de sus huesos entortijados había sido puesta a raya por el clima seco tanto como por los encantamientos y medicinas del mago persa. Y Acre le ofrecía nuevas oportunidades de expandir su fortuna.

Poseía un horno en la ciudad que le rentaba cerca de doscientos *bezants* al año y compró en la provincia Kfar Hananya, una villa dotada de vergeles y campos extensos. Adquirió también dos jardines cercanos donde podía encontrarse privadamente con Raquel porque, ahora que Ailena se había convertido en la favorita local de la realeza y los caballeros, no podía dejarse ver con la mujer que había destinado a ocupar su puesto.

Raquel y David vivían en Kfar Hananya con sus propios sirvientes. David pasaba su tiempo supervisando el cuidado de los árboles frutales de la baronesa y orando en el templo, donde decía

a todos los curiosos que su nieta estaba prometida ya.

Cada día, Raquel cabalgaba a través de un valle pétreo de agujas de arenisca roja y por un yermo de cantos rosados, salpicado de maleza y donde las mariposas flotaban entre flores del desierto. Nadie aparte de algunos campesinos veía ella cuando llegaba al pequeño oasis de Quasur el Atash, la Fortaleza del Sediento. Allí se encontraba con Ailena y Karm Abu Selim, y continuaba su trance educativo.

A veces Raquel se demoraba en el oasis todo el día, después de que la baronesa hubiese acabado de relatar un nuevo episodio de su historia con la ayuda de las artes mágicas del taumaturgo. La muchacha revivía entonces en su memoria todo lo que había aprendido de aquel frío y distante país de Gales imaginando, entre las rocas rojas de basalto, los verdes montes y acantilados donde ella era baronesa.

Al anochecer, cabalgando de vuelta a Kfar Hananya, con los cascos de su corcel repicando en el suelo pedregoso y el cielo ardiendo de estrellas, Raquel meditaba en todos los pequeños detalles de su nueva vida: el nombre de su perro jabalinero favorito, la disposición de los cuartos en su castillo e incluso las numerosas brutalidades que su marido le infligiera, siendo este dolor y esta rabia de sus recuerdos heredados una parte viva del mundo interior que ella consigo portaba.

Jerusalén, Otoño 1192

Tan pronto como el rey Ricardo ganó el derecho de que los peregrinos entrasen en Jerusalén, Ailena trasladó a David y Raquel a un asentamiento judío en el barrio sirio de la Ciudad Santa. Vivían sencillamente, con sus criados, en una casa de piedra de varias plantas en la esquina que formaban las calles Jehosaphat y Española. David continuaba inmerso en su vida devota, apaciguando sus onerosos presentimientos con plegarias, y Raquel proseguía su instrucción con Ailena en un jardín murado detrás de la capilla de Saint Elye.

Ahora que Raquel conocía los rasgos principales de la vida de la baronesa, tenía que aprender galés así como la caligrafía de Ailena. Pero estas disciplinas resultaban fáciles comparadas con el entrenamiento necesario para superar sus dóciles hábitos y asumir el pétreo, voluntarioso temperamento de la baronesa. En trance, practicaba las maneras hostiles que exigiría su final confrontación con Guy Lanfranc y los caballeros de la frontera.

«Estos hombres entienden una sola cosa», susurró Ailena a la mesmerizada muchacha.

«Poder. El poder para afirmar tu voluntad es el poder para restringir la libertad, infligir dolor, matar. El poder no es tu derecho o tu privilegio. El poder pertenece a aquellos que pueden gobernarlo. Y el secreto de su gobierno es voz y porte... y, sobre todo, astucia».

Con la baronesa y el mago persa, Raquel salía a menudo al desierto y pasaba interminables horas mandando a las rocas y el viento, endureciendo su voz hasta el temple del hierro con su

indignación por la insolencia del sol y la audacia de las nubes. Aprendió a permanecer firme y brava ante los gritos leoninos del mago y los insultos degradantes de la baronesa, mirándoles de arriba abajo desafiante.

Al anochecer, de vuelta en el palazzo, sorbiendo el fresco sharbat mentolado, Ailena la instruía en la filosofía del lobo. «Necesitas la manada, y sin embargo debes mantenerte aparte, sola. Tú eres el líder. Si muestras el menor signo de debilidad, se te comerán». El rostro huesudo de Ailena temblaba con rabia remembrada. «Lo juro. Muestra debilidad y serás devorada».

«Pero el señor y la tierra son uno», recordó a la baronesa Raquel. «Quien gobierna debe servir».

El labio superior de la anciana se torció despreciativo. «Eso es un cuento de hadas. En el mundo real, gobierna la espada... y sólo sirve al poder. ¡Aprende bien la lección!».

Incluso con la ayuda de Karm Abu Selim, estas dificultosas tareas requerían arduos esfuerzos. Raquel se perdía en ellos. Empezó a hablar galés casi continuamente y, para exasperación de su abuelo, comenzó a comportarse con arrogancia imperial. David temió por su alma y enfrentó a la baronesa en los gastados peldaños de Saint Elye: «Lo que estáis haciendo ofende a Dios».

El soldado franco que escoltaba a la baronesa por sus numerosas propiedades hizo además de querer agarrar al impertinente judío, pero Ailena lo detuvo y le ordenó esperarla en la puerta exterior de la capilla, donde no pudiera oírlos. «David», le dijo amablemente y se sentó en los peldaños templados por el sol. «¿Qué ocurrió con vuestra fe de que todo lo que es, es voluntad de Dios?».

«Lo que estáis haciendo ofende a Dios», repitió. «Mi nieta cree que es una baronesa».

El rostro arrugado de Ailena se frunció en una satisfecha sonrisa. «*Es la baronesa. Cuando yo muera ocupará mi sitio*».

«Es Raquel Tibbon. Tiene su propia alma. No puede portar la vuestra. Lo que estáis haciendo ofende a Dios». La sonrisa de Ailena resbaló de su rostro. «No hay Dios, David. No pongáis esa cara. ¿Habéis estado ciego todo el tiempo de vuestra permanencia aquí? Los sarracenos y los cristianos han estado matándose por sus dioses hace ahora más de cien años. Y los judíos, el Pueblo Elegido, ha sido entretanto aplastado. ¿Dónde está Dios en toda esta sangría? Satisfecho de sí en los cielos, quizás. Pero aquí abajo, David, aquí abajo en el sufrimiento, en este osario que es la vida, no hay Dios». Ella le ofreció su mano. «Ahora ayudadme a levantar. La misa está a punto de dar comienzo. Hay tantos pequeños detalles que tengo que ingeniar, y la iglesia es el único lugar donde puedo pensar con claridad... la música es tan reconfortante».

Jerusalén, Primavera 1197

Pasaron los años. Con cada estación Ailena menguaba un poco, y su gozo ante la proximidad

de satisfacer su ira parecía arder con brillo cada vez mayor, a medida que contemplaba a Raquel convertirse en una alta mujer de belleza imperiosa. Diariamente compartían ellas el trance del mago persa, viendo como una sola su dominio en los montes del Gales septentrional. Y, cuando no se hallaban bajo su embeleso, hablaban, en una mezcla de galés y occitano, de sus percepciones y sentimientos con mayor intimidad que madre e hija.

Para apaciguar a su abuelo y conseguir que bendijese el esfuerzo al que se había entregado con toda el alma, Raquel leía con él la Ley en sus momentos libres. Le aseguraba que, cuando la baronesa muriese, recogerían el tesoro que les tenía prometidos y retornarían a Kfar Hananya para vivir como judíos devotos. Pero a medida que el día se acercaba y la baronesa se debilitaba más allá de la ayuda de las pociones del mago, el sueño de Raquel era burlado por pesadillas. Una y otra vez soñaba con el cordero pascual, su garganta yugulada, la sangre brotando de las venas cortadas... y siempre eran los ojos de su madre los que la miraban desde detrás del rostro espantado de la bestia.

«Esta es la última vez que hablaremos», dijo Ailena cuando Raquel apareció junto a su lecho en la casa adusta que la baronesa había alquilado detrás de Saint Elye. Durante varios días, Ailena había estado demasiado débil para caminar y había debido completar las disposiciones finales de su plan vengativo a través de Karm Abu Selim. «Todo está en su sitio, querida Raquel. Todo en su sitio».

Raquel aferró la mano consumida y huesosa de la mujer, lustrosos los ojos de lágrimas.

«Todo será como lo has previsto, milady».

La anciana asintió y cerró sus ojos. Por un largo rato permaneció perfectamente quieta, sorbiendo aire menudo a través de sus labios resecos, incapaz de una inspiración plena por el dolor que la oprimía. Raquel miró a Karm Abu Selim, que estaba sentado en una esquina del lecho. Este sacudió la cabeza.

«Recuerda», carraspeó la baronesa. «La fortuna que poseo aquí pertenece a los Templarios. Les he enviado ya un testamento que recibirán esta noche. Aquí no te queda nada. Debes retornar a Gales, a la cripta de Gilbert. Eso es tuyo». Se endurecieron sus ojos en el rostro consumido. «Recuerda lo que se pide de ti. ¡Derroca a mi hijo, tal como te he indicado! Esa es la única forma de satisfacer mi espíritu. ¡Derrócalo!». Jadeó y alzó un dedo para indicar que no había terminado. «Algo más antes de que huyas de Gales con las gemas que te habrás ganado... algo más que debes cumplir para contentar a mi espíritu. Mi hija Clare me escribe que su hijo Thomas tiene veleidades de ser cura. Detenlo. Ningún nieto mío servirá a la Iglesia. Que Dios encuentre sus psicofantes donde quiera, pero no en mi sangre. ¿Has entendido?».

Raquel le apretó la mano. «No temas, Sierva de los Pájaros», dijo en galés. «Todo lo que has planeado se cumplirá».

Ailena sonrió apagándose. Alzó su mano libre y la abrió, doliente, revelando en su poder el anillo verde y oro con su sello. «En el último instante, coge el anillo. Mi alma vendrá con él».

Raquel se estremeció en la oscuridad del angosto corredor de piedra. Delante, a la luz glauca de un candelero, podía distinguir las sombras furtivas de los magos mesopotámicos que había contratado Karm Abu Selim. Sus susurros sonaban como arenas goteantes. Presionó con su espalda la dura pared de roca, necesitando su solidez para calmarse. Sólo unos pocos pasos más allá estaba la escalera que conducía desde este túnel al Santo Sepulcro, donde los gentiles creían que el mesías se había alzado de entre los muertos.

Deseó que David hubiera podido estar aquí con ella, pero él debía esperarla en la casa de ambos en la calle Jehosaphat. Estaba totalmente a solas ahora... a solas con el lapso de vida y de memorias vivas que la baronesa y el mago le habían legado.

Aunque el calor del túnel la sofocaba, un frío húmedo hacía rorar su cuerpo. Tenía miedo de cometer un error cuando le llegase el momento de subir la escalera y ocupar el puesto de la baronesa. La gruta sobre ella estaba colmada de Hospitalarios, fanáticos sacerdotes guerreros que la cortarían en pedazos si sospechasen la blasfemia en el sagrado lugar. Podía oír el abejoneo de sus plegarias mientras administraban los últimos ritos a Ailena y el acto irreversible se acercaba.

Las sombras en las profundidades del túnel se agitaron y negras figuras aparecieron, hombres en ropajes sable, las cabezas cubiertas y los rostros tiznados. Portaban teas apagadas, bolsas y viales, y pasaron rozándola pero sin mirarla. Una sombra se detuvo delante de ella y alzó un cáliz que cintiló en la luz penumbrosa. «El Sangreal», murmuró la sombra, y ella reconoció la voz de Karm Abu Selim. «Esta es la imagen de tu nueva vida. Contéplalo en la oscuridad tras tus ojos cada vez que debas beber de los recuerdos que te he dado. Esta es tu nueva vida».

Giró el cáliz dorado ante ella y su hechura espejeante reflejó el rostro temeroso de Raquel.

«Cuando estés arriba en la cripta», continuó el mago, «y esto venga a ti surgiendo del humo, bebe de él. La poción es suave e inofensiva. Cuando hayas terminado, déjalo partir. Y si alguno de los caballeros se acerca, déjalo ir rápidamente. ¿Has entendido?».

Raquel asintió y el mago le tocó con el dedo el entrecejo. «Serena. Fuerte. Eres la frente de una leona». Una cálida radiación despejó la fría humedad de su carne y un suspiro que la muchacha enclaustrara en su pecho escapó por las fosas nasales.

Karm Abu Selim tomó la mano de Raquel y la guio hasta el pie de la escalera, donde los candelabros teñían el aire de una luz como papel y de un púrpura aroma de incienso. «Espera aquí. Cuando te llame te elevarás como una burbuja desde el fondo del mar». Y ascendió la escalera, una ráfaga de humo negro.

Raquel aferró la lisa madera del escalón que tenía delante y alzó la vista hacia el oscuro agujero adonde debía subir. Un destello fugaz de luz de plata llenó de agujas su cerebro y estuvo a punto de desmayarse. Gritos de asombro sonaron sobre ella y, a través de su vista doliente, percibió olas de humo luminoso.

«Ven ya, Raquel», la llamó la voz de Karm Abu Selim.

El corazón de Raquel se amedrentó, y suplicó un instante de respiro para aclarar su vista y concentrar sus fuerzas.

«¡Rápido!», siseó el mago.

Con un esfuerzo doloroso, Raquel trepó la escalera y se halló envuelta en una nube.

Hombres en vestimentas color ébano recorrían el espacio tocando con sus teas trípodes que sustentaban pebeteros con un polvo amarillo. El polvo prendía en brillantes fumaradas espirales que abrasaban su aliento con su penetrante acerbidad. Música mutilada cencerreaba a través de las cortinas de humo, tiples feéricos y ecos de carillones flotando sobre el poder de un rugir profundo.

Karm Abu Selim tomó a Raquel por los hombros y le dio la vuelta para encararla a la gruta. Iluminados por antorchas fijas en soportes de hierro, una docena de hombres en blancos ropajes, algunos de ellos encapuchados, retrocedían tambaleándose hacia la pared trasera y los escalones de piedra, con las bocas abiertas como peces. Desde la pequeña cámara de piedra donde ella se hallaba podía verlos sin ser vista. Y estos, en terror y exaltación, contemplaban el espacio inundado del humo serpenteante, a tres pasos de Raquel, donde la baronesa se incorporara y de hinojos extendiera las manos para recibir un cáliz de oro que en el aire flotaba ante ella.

Desde el oscuro rincón que le permitía aquella perspectiva ventajosa, Raquel atisbó los hilos de seda negra de los que el cáliz estaba suspendido. Los hombres de negro que había en la pequeña cámara delante de ella tocaron entonces con sus teas los cuellos de viales que habían colocado en nichos de la pared. Flamas brotaron de los viales para disolverse en brillantes pavesas aventadas cuyas ráfagas volaron sobre Ailena.

Raquel jadeó, no por el holocausto de centelleantes vapores, sino por el quebrantamiento brutal de sus huesos que Ailena estaría sufriendo para aguantarse sobre las rodillas. Destellos cegadores le hirieron la vista, forzando a Raquel a apartar los ojos. Una figura desdibujada empañó su mirada parpadeante y Raquel vislumbró una sombra negra agarrar a Ailena, llevársela de la litera... hacia donde ella estaba. Cuando la anciana pasó precipitadamente junto a la muchacha en brazos de la sombra, Raquel la atisbó, vio sus abotargados ojos sin vida, la boca flácida con un hilillo negro de tinta babeando de ella.

No tinta... veneno, comprendió Raquel cuando ella misma fue agarrada y empujada hacia delante. Sintió algo duro llegar a su mano. *El anillo*. Se lo deslizó en el dedo obedeciendo a las horas de hipnótica preparación con Ailena. Y entonces, el cáliz de oro estuvo en sus manos. Se lo llevó a los labios, temerosa de beber, asustada del veneno.

La densa humareda escampó; desde el rabillo del ojo vio los caballeros de rodillas, reducidos a pura estupefacción. Bebió del cáliz y un fresco sharbat alivió su garganta reseca.

Cuando soltó la copa, esta saltó tan rápido de entre las yemas de sus dedos que pareció desvanecerse delante de sus ojos.

La extraña música cesó abruptamente. Raquel volvió la vista hacia la pequeña cámara en busca de Karm Abu Selim, pero él y todas sus sombras habían desaparecido. Los trípodes, los pebeteros, las teas y viales, todo había desaparecido, todo se había desvanecido en un instante, como si sólo lo hubiera imaginado allí. Incluso el agujero por el que trepara había quedado, de algún modo, sellado. Estaba sola.

Con el corazón batiendo tan furioso que le dolía el pecho, Raquel tornó el rostro hacia los caballeros, mientras las últimas fumaradas mágicas se deshacían en torno a ella.

Raquel cayó de hinojos y entonó en voz alta las plegarias cristianas que la baronesa le enseñara. Una pequeña sombra se deslizó por la gruta y saltó a la litera tras ella. Le faltó el aire, vaciló su plegaria, cuando se dio cuenta de que era un mono vestido como un escudero, con una pequeña túnica marrón ceñida por un cinturón amarillo.

Un clamor ofendido surgió del grupo de caballeros, muchos de los cuales habían empezado a orar en altas voces fervientes con ella. Un enano con el rostro de un duende, la cabeza plana y triangular como la de una serpiente, anadeó sobre la litera y el mono saltó a su hombro, agarrando su pelo negro y rizado con una mano mientras con la otra hacía el signo de la cruz en el aire.

Los caballeros se adelantaron murmurando protestas, mientras el enano se escurría por una parte y por otra y miraba bajo la litera, escudriñaba en los nichos y cámaras, gustaba el aire con su larga lengua púrpura y mostraba sus obvias sospechas. Uno de los Hospitalarios lo agarró por el cinturón y se lo llevó como un paquete a través de la cripta, hasta los peldaños de piedra.

Un hombre alto, de barba blonda, con un tocado blanco y un sable curvo en la cintura —el único hombre armado en el sepulcro— puso en el hombro del enano un zapato con la punta vuelta hacia el empeine y le forzó a sentarse.

El resto de los Hospitalarios se había postrado ante la mujer. Esta acabó su plegaria y alzó la vista hacia las sombras de las antorchas que en el techo se retorcían. «Hágase la voluntad del Señor», entonó en latín.

Los Hospitalarios la miraban fijamente, arrasados sus rostros por las lágrimas. Dos de ellos se dirigieron a la mujer en un latín farfullante, tocando la orla de su vestido y sacudidos por violentos sollozos.

«No os entiendo», dijo Raquel, su voz astillándose al filo del significado con la sed que los vapores, cuyos efluvios aún especiaban el aire, dejaran en ella. «Hablo sólo occitano y galés. Por favor...». Apartó las manos callosas de los caballeros de sus ropas. «No me adoréis».

Un hombre de negro con una cruz carmesí de trazo extraño en el pecho se arrodilló junto a ella, con su pelo desmañado en los ojos y lágrimas arroyando sus mejillas afeitadas, brillando como rocío en su barba recortada. «Yo hablo lengua de oc», carraspeó. Su rostro era de una hermosura extravagante, casi malévola. «Soy Gianni Rieti. ¿Me recordáis?».

Pánico fulguró en Raquel, pues nunca lo había visto antes de ahora y no podía recordar que la baronesa le hubiese hablado nunca de él.

«Fui yo quien os administró el viático».

Viático... dinero para el viaje. A Raquel le vino a la memoria que así llamaban los cristianos al pan sagrado que recibía el moribundo. Este era el sacerdote que había administrado los últimos ritos a Ailena.

«Estuve con vos en el umbral de la muerte», dijo Gianni Rieti. «La luz me hizo retroceder y me cegó. Aun ahora me duelen los ojos del resplandor de la gloria celestial. Bienaventurada mujer, decidnos... ¿qué visteis en la luz?». Raquel tuvo un suspiro de gratitud por aquel preludio y dijo las palabras que traía memorizadas: «Vi a nuestro Señor Jesucristo». Al mencionar este

nombre, todas las cabezas se inclinaron. «Él ha remozado mi juventud... pero no como santa, sino como pecadora. He sido rejuvenecida para reparar mis pecados. No soy quién para ser adorada. No soy digna de ello. Y nadie...», puso énfasis en sus palabras mirando a cada uno de los rostros apasionados que la contemplaban, tal como fuera instruida a hacer. «Nadie debe hablar de este milagro, del que habéis sido testigos por elección de Dios».

Hasta aquí, su abrasada garganta habló exactamente como la baronesa se lo había impuesto.

«Pero el obispo y el rey», dijo Gianni Rieti después de traducir su mensaje al resto de los caballeros. «¡Indudablemente ellos deben saberlo! Se trata de un evento demasiado glorioso para mantenerlo en secreto. El mundo entero tiene que compartir vuestra dicha. Sois la prueba viviente del amor y el poder de Dios».

Raquel movió la cabeza y puso su mano en la cruz carmesí sobre la ropa negra del sacerdote. «Esa prueba viviente está aquí o no está en ninguna parte», improvisó. «Ahora, por favor, llevadme a la Torre de Salomón, ante el Gran Maestre de los Templarios. Él es el ejecutor de mis últimas voluntades. Debe saber que han ocurrido algunos cambios».

David Tibbon aguardó junto a la ventana, en su casa de la esquina de Jehosaphat con la Española. Este era, él lo sabía, su último día en la Ciudad Santa, la ciudad de los muros que, ebrios, se inclinaban sobre los gritos y el clangor de los aguadores por las calles lodientas y penumbrosas, el mugir abocinado de los camellos, la voz brillante de los almuédanos y los gritos del gozo y de la miseria humanos trascendiendo los balcones cerrados. Inhaló profundamente los olores de especia y de pescado, del polvo de los adobes y la madera de sándalo, y miró a los niños allá abajo, correteando, algunos con marcas de viruela en el rostro y todos ellos, no se le ocultaba, con el pelo lleno de garrapatas.

Una vez, tres o cuatro años atrás, había visto un asno desde esta ventana derrumbarse en la calle exhausto. Como era muy pesado para arrastrarlo hasta la carnicería, hombres enturbantados llegaron con hachas y empezaron a cortarlo en pedazos allí mismo, aún vivo. Sus rebuznos campearon, y el animal contempló con ojos espantados, enloquecidos, cómo le hachaban las patas, cómo le tajaban las ancas, igual que si fueran los miembros de un árbol. David había observado todo esto con tan macabra fascinación que no percibió la llegada de Raquel, a su lado ahora y transfija.

Durante muchos días después de aquello, todo el tiempo que la calle permaneció oscura con la sangre del asno, Raquel no comió ni dijo palabra. Ni siquiera el mago de rostro apanterado pudo hacer nada por ella. Cuando por fin volvió a hablar, le dijo a David, «Yo muero con todo lo que muere. Voy con ello».

Ahora la baronesa estaba muerta. ¿Se iría Raquel con ella? *No... eso no puede ocurrir.* Su entrenamiento con la vetusta mujer y con el mago había sido tan profundo y minucioso, y había durado tantos años más de los que David habría imaginado, que ahora estaba seguro de que ella lo llevaría adelante. El plan iría adelante. Durante mucho tiempo ellos ni siquiera tendrían que pensar. El plan pensaría por ellos.

Justo ahora, con la témpera del alba tintando el cielo de los colores del limón y la sandía, Raquel estaba completando su larga vigilia nocturna con el aturdido Gran Maestre de los Templarios. La baronesa había sido astuta haciendo llegar al Gran Maestre sus últimas voluntades antes de morir. El testamento legaba a los Templarios todas sus extensas propiedades en Tierra Santa. Si las hubiera dejado intactas, Raquel y él habrían carecido de incentivo para partir de all  y ejecutar su venganza. Pero ahora, estaban tan pobres como cuando Ailena los sacó del negro cieno del cementerio de Arles. El tesoro que les había prometido era un cofre oculto de gemas en alguna cripta de los montes profundos y salvajes de Gales.

David movió su cabeza tristemente, pensando en el largo viaje y los terribles peligros que tenían por delante. Abajo, una pequeña criatura bramaba en el puesto del carnicero mientras este le sacaba las entrañas. Contempl  una bandada de palomas escalar el cielo, más allá de los minaretes hacia los primeros rayos, y oyó al muec n cantar el *Ebed*: «La perfección de Dios alabo, el Por Siempre Existente».

Falan Askersund había llegado a Tierra Santa quince años antes, como escudero de un caballero sueco que se había negado a destruir el viejo santuario de los ídolos por su propia mano y había sido exiliado en penitencia a Jerusalén. Falan tenía sólo doce cuando llegó, once cuando partió de Bj rk , la Isla de los Abedules, donde su propia familia fuera forzada a punta de espada a adorar la cruz. Fue capturado en batalla dos años más tarde y llevado a Damasco, la ciudad que los  rabes llamaban «La Novia de la Tierra, el Jardín del Mundo». Incluso el primer día que la vio desde la carreta, con el miedo roy ndole el corazón mientras las cadenas le lud an los tobillos dejándolos en carne viva, la am : Damasco era tan hermosa como el paraíso que él había imaginado siempre, el inmenso llano de Ghuta esmeraldado de jardines y vergeles de naranja y cidra y jazmín. Y elevándose en medio de estas arboledas fragantes, en un babel de arroyos borbollantes, estaban las puertas romanas de pulida arenisca roja, el mar amarillo de las casas de arcilla, el bosque de minaretes y el gran domo dorado de la Mezquita Omeya.

Durante dos años, Falan vivió como muchacho de harén de uno de los visires del sultán, poniéndole pomadas en las nalgas y dándole placer con sus manos y su boca. Por su complacencia, fue tratado gentilmente y mor  en los patios umbr os y en los cuartos exquisitamente pintados y labrados del palacio del visir. Aprendió el árabe, leyó el Qor n y se sintió en lo hondo conmovido por su simple pero profunda sabiduría, accesible a todos como el agua clara de la Corriente de Oro, que fluía por una red de canales cuidadosamente proyectada a todas las calles, incluso hasta las casas más pobres.

A los dieciseis, se había hecho demasiado mayor para el har n y el visir le ofreció la libertad. Pero Falan no quería retornar a la bárbara sociedad de los cristianos, que patullaban al pobre, forzaban a la gente a adorar a los tres dioses y a sus interminables iconos, y se mofaban de las enseñanzas de su propio profeta matándose unos a otros. El amor de Falan por el Islam resplandecía como una lámpara en su pecho, despejando todas las oscuridades de la duda sobre la vida y la muerte que le habían acosado desde que abandonara Bj rk .

Falan pidió al visir que midiese su fe con la espada que le había traído a este país, y el visir lo envió a los generales. Esto era en 1187, cuando Saladino lanzó al vuelo la campana de la *jihad*, una guerra santa de exterminio contra toda la plaga cristiana. Falan aprendió las habilidades del guerrero en batalla, y, siendo extranjero, su lealtad fue puesta a prueba constantemente en las primeras filas contra los caballeros e infantes cristianos. Luchó como un valiente en Hattin, donde treinta mil cristianos cayeron por la espada musulmana en el mismo Monte de las Beatitudes, en el que el Mesías enseñó a los hombres la bienaventuranza de la paz. Gritó, «¡No hay más dios que Dios!», ante los muros de Jerusalén y lloró al ver los miles de esclavos musulmanes liberados de la rapacidad y la tiranía de sus amos cristianos. Combatió en Toron, Beirut y Ascalón, y lloró de nuevo por la clemencia y la ecuaníme justicia que Saladino impartió a los guerreros cristianos que asesinaran a tantos de los fieles.

Con la paz de Ramla en Septiembre de 1192 la Guerra Santa quedó terminada y toda la Palestina al oeste del Jordán que había sido cristiana cinco años atrás pasó a manos musulmanas, a excepción de una estrecha franja costera entre Tiro y Jaffa. Cuando Saladino murió de fiebre seis meses más tarde, Falan retornó a Damasco e hizo duelo todo un año. Después, peregrinó a la Meca y a su vuelta se sumergió en la noble simplicidad y el austero sacrificio de sí propios del Islam. Se casó y tuvo hijos, pero Allah se los llevó con las fiebres que barrieron Damasco en verano de 1196. Desde aquel tiempo, no tuvo corazón para residir en el Jardín del Mundo. Fue a Jerusalén a estudiar en la Casa de Dios.

Falan sirvió al emir de Jerusalén como emisario con los cristianos alemanes y daneses, cuyas lenguas hablaba. Fue asignado al servicio que vigilaba el cumplimiento de la promesa de protección que diera Saladino a los peregrinos cristianos que manaban a Jerusalén para ver el lugar donde murió su Señor. A veces, tenía que poner a raya a rudos soldados sarracenos, hambrientos de venganza. Algunos de su propio bando dudaban de su lealtad porque defendía a los politeístas y, aunque el mismo emir le había encomendado esta misión, Falan se determinó a demostrar a todos que él sólo servía a Allah.

Cuando el emir buscó un guerrero para ayudar a llevar a cabo una estratagema que una baronesa cristiana concibiera contra su propia raza, Falan se ofreció voluntario. Escortaría a la falsa baronesa de vuelta a su reino en el mismo corazón de la cristiandad y retornaría tras instalarla entre los infieles, ilesa su devoción al Islam.

Tiempo después, de pie sobre el puente de la gran nave que lo portaba sobre el mar en su camino al gélido dominio de sus enemigos, se dolió de pena al ver Tierra Santa sumida en el sol bermejo del alba, horizontes de nubes rayadas de aurora sobre las torres y agujas de Acre. La suave brisa portaba la dulce podredumbre de los olores del mercado, pescado, capullos y el fuerte y polvoriento aroma del desierto.

Junto a él estaba la joven Ailena Valaise, que había jurado proteger con su propia vida.

Era una mujer de nariz longa, de belleza soturna, anilina, con una tez de solitud que había visto antes en los rostros de los huérfanos de guerra. Sus ojos cándidos miraban con bravura a la costa retirarse y Falan se preguntaba qué pensaría la mujer... Y se dio cuenta sólo entonces el musulmán, y con un sobresalto, de qué modo tan implacable, a partir de ahora, su supervivencia

dependía de interpretar el silencio que lo rodeaba.

Raquel oyó a David gruñir de mareo, bajo cubierta, en su litera, pero lo ignoró por un momento para llenarse de una última vista de Levante. Contempló el campo fundir sus pocos árboles erizados con la costa, la costa con la abigarrada ciudad, la ciudad con las colinas, y todo ello con la sombra púrpura de las montañas. El silente desierto con su racimo de grises fortificaciones se extendía lánguidamente ante ella mientras el barco arfaba y coleaba, y los remeros lo volvían a favor del viento. Tiro estaba allí, al norte, y la línea de la costa se prolongaba más allá de la ciudad, tan lejos como su vista alcanzaba. Qué pequeño parecía el mundo desde aquí.

Toda la creación es un jardín , pensó. Tierra Santa no es sino la orilla arenosa de un jardín de bosques y pastizales.

La nave halló el poderoso viento, se hincharon las velas y la proa siseó a través del mar de berilo. Tenuas hebras de espuma fustigaron el rostro de Raquel y ella miró al norte, hacia los horizontes oscuros de su destino. *Dios no nos expulsó del Jardín después de todo*, comprendió ella silenciosamente. *Nos exilió en el Jardín y lo hizo tan salvaje como nosotros mismos... un jardín de tierra salvaje.*

Árbol de heridas

*El Grial es el manantial de la vida, la matriz,
el vaso que contiene la promesa de inmortalidad,
el receptáculo donde tiene lugar el ciclo constante
de muerte y renacimiento.*

Raquel Tibbon se despierta con un sobresalto y mira intensamente la oscuridad, tratando de recordar dónde se encuentra. La memoria retorna a ella, destilándose: es Ailena Valaise y esta es su primera noche en el castillo. Se incorpora en el lecho hasta sentarse y ve que las cortinas de su cama endoselada están descorridas y que la yacija de Dwn está vacía.

Miedo tensa su cuerpo. ¿Dónde ha ido Dwn? ¿Acaso duda de ella la anciana? ¿Cómo podía haber soñado confundir a tan antigua amiga como aquella? La baronesa estuvo loca de rabia hacia su hijo... aunque, quizás, estuvo simplemente loca, perturbada más allá de todo rastro de razón. Si Dwn duda de ella, nadie la creerá. Ella y David serán torturados hasta arrancarles su confesión, y luego lapidados o quemados.

Raquel agarra las sábanas y trae a su mente el cáliz de oro que porta los recuerdos de la baronesa. El rielar de la copa brillante se filtra a la oscuridad del cuarto y ve de nuevo, en la refulgente luz de la membranza, el cuerpo retorcido de Ailena, su pelo telarañoso, sus manos nudosas raspándose incesantes una contra otra. «Milady... saben que soy una impostora».

Tonterías, susurra el espectro. Los vivientes no conocen lo que ven, sólo lo que creen.

«Dwn se ha ido».

Volverá. No temas.

«Sí temo, milady. Temo por mi vida... y por la vida de mi abuelo».

El espectro ríe quedamente, su fino pelo y su blanca túnica undulando al paso de un viento insensible. *Ya estás muerta. Todo el que nace está muerto. La vida es un sueño, niña querida.*

¿No lo recuerdas? Vamos, mujer... después de todo lo que te he enseñado no puedes pretender ser tan inocente. Sólo la muerte es real. ¿Por qué, si no, rezan los vivos a sus santos? ¿Por qué, si no, te volverías tú hacia mí? ¡Los vivos dependen de los muertos!

Rayos de oscuridad atraviesan la risa queda de Ailena y Raquel está sola una vez más, temblando en la reverberante calidez de la noche estival.

Raquel deriva de vuelta a los sueños y revive el naufragio, que les acaeció sólo dos días después de dejar Roma. El mismo papa la había recibido en la Basílica y, para orgullo y gozo de los Hospitalarios que la habían acompañado desde Jerusalén, el Santo Padre la abrazó y la besó en ambas mejillas. Con dedos trémulos y trazos de lágrimas en los ojos, Celestino III garabateó con su propia mano el breve de autenticación que confirmaba el milagro de su rejuvenecimiento.

No cabía duda en la mente de Raquel de que la galerna que se abatió sobre ellos junto a la costa de Francia era el castigo de Dios por engañar al papa. Aquella noche se había tambaleado en el camarote con su abuelo mientras la turbonada zarandeaba el *usciere*. Con las cuadernas chirriando y crujendo, la nave se movía a bandazos entre las olas de la tempestad y las ratas se escurrían de sus escondrijos. El gimiente alarido del viento ahogaba incluso las potentes plegarias de David.

La puerta del camarote se abrió de golpe y Falan Askersund se irguió en el umbral. Cogió a Raquel por los brazos, la levantó y se fue con ella trastabillando del inestable camarote. David los

siguió por la escalerilla hasta la cubierta, barrida por la lluvia. Negras garras de roca emergieron de pronto de las nieblas atorbellinadas, un paisaje ciclópeo de olas rompientes y viento bramante.

Diversos los Hospitalarios estaban en el castillo de proa, las espadas desenvainadas y las empuñaduras alzadas contra la tormenta, protegiendo la nave del mal con las cruces que defendieran Tierra Santa. Indiferente a ellos, el negro mar se levantaba en olas como torres para caer sobre el barco. Falan, diestramente, aferró uno de los postes de la barandilla y sujetó a Raquel con fuerza contra su propio costado mientras el agua espumosa pasaba sobre ellos barriendo el buque. Boqueando y chapaleando, los Hospitalarios volaron delante de ellos y se desvanecieron luego por la borda.

David había sido arrojado de nuevo al corredor inferior y emergió empapado, buscando desesperadamente a su nieta. Los Hospitalarios aparecieron a un lado del barco, sacudidos en el atroz canal hasta que una ola monstruosa los estrelló contra las rocas. Otro tumbo inmenso golpeó de costado a la nave sumergiendo la cubierta, y la corriente sorbió a David. Los gritos de Raquel aletearon, huecos, en la lluvia fustigadora.

Con un rugido y un estremecimiento atormentados, la quilla golpeó el arrecife; las cuadernas de roble se desgarraron y la cubierta basculó mareada cuando penetraron las aguas el casco. Algunos hombres habían arriado un bote, esperando cabalgar el maelstrom hasta la orilla.

Pero antes de que todos hubieran podido alcanzarlo, se volcó de un lado y la corriente lo arrojó contra las rocas, dejando de él sólo astillas y cuerpos volando.

Raquel se agarró a Falan. Sobre su hombro, divisó otra ola alzándose titánica sobre el barco y gritó para advertirle. El viento aullante barrió su alarido y al instante siguiente la vaga inmensa los embistió. Como mano de gigante, los elevó muy por encima del buque. Y el mar hambriento los recibió.

De nuevo se despierta Raquel sudada y estremecida. La luz del alba colma la alta ventana ojival, el río Llan centellea tras ella, rielando como un cinto de fúlgidas escamas de serpiente.

Recuerda dónde está. Milagrosamente, el naufragio no la mató. Recuperó los sentidos en brazos de Falan, arrojada a la orilla con Gianni Rieti y su enano y su mono. Más tarde, hallaron a David flotando sobre su espalda cerca de la orilla, todavía vivo. Pero nadie más se salvó. La ira de Dios se los había llevado a todos... preservándola a ella y a unos pocos más para mayores tormentos.

Sentada en el lecho, Raquel puede ver aún en su mente los restos del naufragio firmemente encallados en las negras rocas y, entre ellos pululantes, los pescadores locales, ansiosos de raque. Si no hubiera sido por Falan, le habrían cortado el cuello por su anillo de oro.

Con ayuda de Gianni Rieti, hallaron en la bodega del barco el semental árabe y dos de los seis camellos todavía vivos, y los llevaron a tierra junto con las arcas de Raquel.

David habría querido despedir a los dos caballeros sobrevivientes, llevarse el pequeño tesoro en los cofres y empezar una nueva vida en Provenza. Pero demasiados habían muerto para traerlos hasta aquí y Raquel sentía comenzar de nuevo las voces con inagotable implacabilidad.

Tenía miedo de los espíritus de los ahogados, miedo de que se unieran a los espectros de su familia para atormentarla el resto de sus días.

La más acuciante era la voz de la baronesa: después de siete años de instrucción, Ailena no se rendiría. Se adhería al alma de Raquel, inflamándola del celo de cumplir su parte en aquel negocio y reclamar su tesoro. Y aun David tuvo que admitir finalmente que su nieta sabía más cómo ser una baronesa que cómo ser ella misma. Así, con gran renuencia, se sometió al acto audaz, postrero de su ignorado destino.

Con cautela, Raquel se levanta del lecho, se arrodilla delante del mayor de los arcones y oprime su rostro contra la labrada cubierta antes de abrirlo. Dentro están los vestidos de seda y damasco comprados por la baronesa en Levante. Guarda aquí también el rollo de la Ley y la Biblia del abuelo, junto al documento papal y al acta regia. Ahora que la mayoría de los presentes han sido distribuidos, todo lo que queda es un regalo envuelto en terciopelo para Guy y cinco vasijas de arcilla roja endurecida.

Las vasijas oblongas son el último regalo de la baronesa a Raquel: granadas, bombas de mano del tamaño de garrafas de vino compradas a los sarracenos. Están llenas del misterioso fuego griego, y esperan ser prendidas por los muñones inflamables de las mechas, que tapan sus cortos cuellos. La baronesa las consideró un regalo útil para los alquimistas de la corte del rey, si llegara a presentarse la ocasión.

Raquel saca su presente para Guy, una daga turca seljuk con empuñadura de marfil entorchada de oro, una curva hoja azul del más fino acero damasquino y una vaina de piel de cocodrilo engastada de rubíes. La desenvuelve y la sostiene en la mano, sintiéndola pesadamente viva. «¿Por qué un regalo tan hermoso y letal para alguien que te odia y al que odias?», había preguntado Raquel a la baronesa.

La anciana mujer había estado cerca de la muerte entonces; era incapaz de levantarse del lecho y la piel se le pegaba al cráneo, pero rio vivazmente ante la ingenua pregunta de Raquel.

«Deberías saberlo a estas alturas. Ya casi eres yo».

Raquel, acariciando la fina empuñadura tal como lo hace ahora, respondió, «Te echó sin un penique y tú retornas con un regalo principesco. Un gesto cristiano».

«Sí», respondió aquella satisfecha. Sus párpados cerrados estaban arrugados como cáscaras de nuez. «Ha de saber que le amo. Él es, al fin y al cabo, mi único hijo. ¿Cómo puedo hacerle verdadero daño, si él no cree que le quiero?».

Raquel posa el cuchillo de nuevo en el cofre, asustada del odio que recuerda. Se levanta y contempla alrededor el dormitorio que, hasta ahora, ha existido sólo en imágenes tejidas por la baronesa. El cuarto parece más pequeño, los frescos pintados en las paredes más apagados de lo que previera.

Oprime las yemas de los dedos contra el fresco de la caza del venado, en la pared opuesta a la cama. Se nota húmedo el estuco y el aire huele más a mustio de lo que ella habría imaginado.

En los palazzos de Levante, las habitaciones estaban continuamente cargadas de un incienso dulce y del aroma floral de los jardines circundantes. El moho mancha el aire aquí.

Deslizando una mano sobre la repisa de piedra, camina Raquel toda la anchura de la cámara.

El espacio es tan amplio como dijera la baronesa, pero la sensación es de un mayor confinamiento. Parpadea y se estremece con el pensamiento de que esta es la realidad de sus años de sueño. Desde la destrucción de su familia, ha vivido simplemente como observadora, contemplando el mundo como si este fuera un desierto espejismo, aceptando obediente los trances de Karm Abu Selim. Pero ahora esos sueños se han hecho reales. Ahora debe actuar. Y esto la asusta.

Ayer, la actuación estuvo tan bien escenificada que no tuvo ni que pensar siquiera. Pero hoy... ¿qué hará cuando los demás le pregunten, cuándo deban tomarse decisiones?

Un escalofrío de pánico la recorre hasta las vísceras; se sienta en el lecho y conjura el dorado cáliz. Al instante, vívido, aparece él en su mente, saturándola de alivio. El sortilegio de Karm Abu Selim actúa todavía. Aún puede huir de Raquel bebiendo de esta copa mágica. Los recuerdos de la baronesa y su mismo espíritu rezuman en ella. A través de la imagen del vaso áureo, puede morir como Raquel y renacer como Ailena, ella sola, por siempre y por siempre.

Dwn retorna al alba de sus plegarias de acción de gracias ante el altar de su vieja casa, en el estercolero. Se encuentra a Falan Askersund en el corredor, camino del escusado. Quedamente, abre la puerta, esperando que su señora esté aún dormida, y halla a Raquel sentada al borde del lecho, con ojos de ensueño fijos en la nada. Una de las arcas está abierta y, posada sobre los vestidos, hay una daga de maléfico aspecto, una obra de tan intrincada belleza que sólo los hijos del Diablo podrían haberla forjado. Con un suave golpe de nudillos, entra. «Perdóname, mi señora, por no estar aquí cuando despertaste».

Raquel mira alrededor como un animal asustado, buscando en el rostro de la vieja algún signo de haber sido descubierta. Cuando ve que la anciana mujer la contempla gentilmente, se levanta, conjura el espíritu de la baronesa y presenta la daga. «Para Guy. ¿La aceptará?».

Dwn se muestra cauta, pero no toca el satánico instrumento. «Es en verdad hermosa, a su terrible manera. Lo seducirá. Pero está rabioso con tu retorno. Le hiciste daño cuando arriaste el Grifo para izar el Cisne. El milagro de tu transformación no lo conmueve».

La anciana sirvienta se acerca al cofre abierto y mira en él. Sus ojos se agrandan al ver las delicadas ropas y, con una exhalación de puro gozo, se arrodilla para tocarlas.

«¿Qué hará Guy?», pregunta Raquel.

«Sin duda reunirá los hombres que ha traído de Hereford. No se quedará sentado, eso es seguro».

Raquel se arrodilla al lado de la anciana y aferra su brazo flaco, tenso. Sus facciones se han hecho frágiles de miedo, patéticamente jóvenes, delicadas como escarchado cristal. «Dwn, estoy asustada». Una expresión sorprendida revuela sobre el rostro ajado de Dwn. Toma en las suyas la mano de la joven, frota los suaves nudillos con sus dedos bastos. «Sierva de los Pájaros, tú has cambiado. Tu corazón ha cambiado con tu carne. ¡Has visto el Grial! No tienes por qué temer nunca más, milady».

Raquel cierra los ojos. «Por supuesto. No temo por mi alma. Pero el milagro me ha cambiado... y tengo miedo de haber perdido el espíritu de gobernar».

«Pero nuestro Salvador te ha enviado para regir en Su nombre». El rostro de Dwn tiembla de perplejidad. «Tú *viste* a nuestro Señor. ¿Cómo puedes volver a temer nada?». La anciana traza el perfil de Raquel con la trémula yema de un dedo, brillando de temor sus ojos ámbar. «Eres una criatura de nuevo. Tienes la cara de una niña. Recuerdo muy bien cuándo tuviste esta cara por última vez. Pero había en ella más amargura entonces de la que hay ahora. Te has despojado de mucha ira, dulce señora, con los años que te has quitado». Toca su propio rostro erosionado.

«¿Recuerdas cómo era yo?».

Raquel pestaña. El oscuro brote de pelo en el mentón de la anciana era el signo que la baronesa le había enseñado a identificar, en caso de que la vieja sirvienta estuviese viva aún. Pero no puede hacer emerger ningún recuerdo de la juventud de Dwn. Agita la cabeza. «Lo siento, amiga mía. Miro atrás con demasiada ansiedad. Y no puedo apartar mis ojos del día de hoy y de mañana».

La preocupación en la mirada de Raquel turba a la vieja. La baronesa nunca admitió tener miedo, ni siquiera cuando su marido la golpeaba hasta casi matarla. Dwn contempla hondo en su rostro, tratando de leer qué calamidad prevé su amiga. Incómoda y perpleja, suelta entonces la mano suave y vuelve tímidamente la atención al contenido del cofre. «Enséñame qué vestidos has traído de Oriente».

Las dos mujeres están entretenidas en el esplendoroso guardarropa cuando aparece Guy en el vano de la puerta, su moño deshecho, su lacio pelo negro conformando un semblante furioso.

Toda la noche ha permanecido sentado en el hueco de la escalera, esperando que Falan abandonase su puesto... largo tiempo para cebar su rabia por haber perdido a sus mercenarios de Hereford. Vestido con la misma cota verde que portaba durante la fiesta, la noche anterior, irrumpe en el dormitorio. El Grifo bordado en su pecho se ve difuminado por el polvo del camino. «¿Cómo has llegado a poseer el anillo de mi madre?», exige.

Dwn gruñe una imprecación galesa por la intrusión y cubre el desabillé de su señora con una capa azul de brocado.

Raquel se envuelve en la capa y aparta gentilmente a la doncella con un gesto tranquilizador. «Querido, querido Guy... hijo mío...». Consigue una sonrisa fría, aunque su pulso es un fragor en sus oídos. «Este es *mi* anillo». Y alza su mano para mostrar la verde calcedonia con el relieve de una V de marfil.

«¡Mentirosa!».

Raquel alza el mentón y lucha para afirmar la voz: «Tu falta de fe te hace un parco servicio, Guy». Guy cruza la cámara a grandes zancadas y se acerca mucho a Raquel, percibiendo su miedo. Hay un temblor en el labio cimero, una asustada alarma en su mirada. «Tú no eres Ailena. No eres ni siquiera una buena copia».

Encarando la sonrisa sarcástica y despreciativa de Guy —su nariz chata y su frente atezada y fruncida le hacen parecer un murciélago—, Raquel piensa, *Este es el mismo bruto que vino a cientos a Lunel a matar a mi familia*. El frío que tiembla en ella cristaliza en un fuego gélido. De pronto, ha dejado de actuar. La baronesa ha partido y ella es Raquel, observándolo a través de su alma saqueada y furiosa. Cuando habla, su voz tiene filo de hierro: «Sal de mi cuarto. Sal de aquí».

en este mismo instante».

La boca de Guy se ensancha en una mueca cruel y su certeza de que esta joven estremecida es una impostora se afianza ahora. Madre se habría limitado a abofetearlo. «¿Quién eres? ¿Cómo consiguió mi madre hacerte venir aquí y derrochar tu vida en este risible ardid?».

Años de resistir los gritos de la baronesa y del mago durante su entrenamiento en el desierto hacen que Raquel afirme la quijada. Desafiante, acerca su rostro al de él hasta gustar casi la amargura de su aliento, ve los filamentos de sangre enmarañados en el blanco de sus ojos. «No has cambiado ni una pizca, Guy. Esperaba que te volvieras más gentil con la experiencia y los años. ¿Por qué te asquea de este modo que tu madre esté de vuelta?». «¡Mi madre!». El rostro de Guy se contorsiona de mofa. «¿Es que llevo gorra y cascabeles? ¿Parezco lo bastante loco como para creer que seas mi madre? ¡Falsaria! Dios —si es que hay un Dios— permite incluso a los santos sufrir y morir en guerras y hambrunas. ¿Por qué habría de salvar a mi madre, que nunca fue buena más que para sí misma?».

Dwn restalla, «¿Eres tú quien se atreve a apelar a Dios? ¿Tú, que has asesinado a los dueños legítimos de este país?».

«Calla la boca, anciana, o seguirás los pasos de esos dueños legítimos».

Raquel extiende un brazo para retener a su sirvienta. «Dios me ha salvado para rehacer el mal que he hecho».

«Rehacerlo ¿cómo? ¿Qué vas a hacer?».

«Lo sabrás cuando se lo comunique al resto de los caballeros en el *palais*. Ve con ellos y espérame allí».

Incapaz de contenerse, Guy avanza imperioso. Con súbita furia, agarra la capa de la mujer con su mano izquierda y la retuerce hasta tensarla contra su garganta. «¡Juro que o me lo dices ahora o no volverás a hablar!». Raquel se zafa de las garras de Guy. Una aguja de ira se le clava en el corazón. La voz de la baronesa se alza espontánea en ella. «¡El cerco al castillo de Neufmarché está desconvocado! Ese es mi decreto. Y, querido hijo, pagarás reparaciones».

«¡Nunca!». Venas púrpura laten en las sienes de Guy cuando desnuda su daga.

Dwn le aferra el brazo del arma, pero él la arroja a un lado. Ella retorna para abalanzarse contra el hombre furioso, pero Raquel la contiene. «Apártate, Dwn. Guy no apuñalará a su propia madre». Raquel retrocede cautelosa, mirándole fijamente a los ojos. «¿No soy acaso la misma mujer que te curó las heridas después de tu primera reyerta? Sí... ¿lo recuerdas, Guy? ¿Cuántos tenías entonces? Catorce, creo, aquel verano; el verano en que amaste a Anne Gilford, la hija del zapatero. Luchaste con tres hombres adultos por su honor, los heriste a todos y aceptaste sus tajos sin llorar. ¡Pero cuánto lloraste cuando Anne se fue con el hijo del molinero en busca de fortuna a Gloucester! Te brecé en mis brazos entonces, como a un recién nacido».

El brazo de Guy que blande el cuchillo se hiela; dirige una mirada intensa a esta mujer, viendo entonces —¿o sólo lo imagina?— las hermosas facciones que temiera y venerara de niño, incluso cuando llegó a odiarla por haber traicionado a su padre. *¿Es ella realmente?*

De pronto, un relámpago de seda blanca le golpea el brazo armado y le hace perder el equilibrio. Detrás de él se yergue Falan Askersund, con su pelo blondo caído en una larga crencha

sobre su hombro y su turbante desovillado, tenso entre su mano y el brazo capturado. Con un simple giro, la tela chasquea y el rizo amonedado que sujeta la muñeca de Guy se deshace.

Severo, el caballero musulmán se hace a un lado, la mano en la vaina de su arma, y con un gesto de su cabeza ordena a Guy salir.

Con una mirada belicosa a Raquel, Guy abandona solemne la cámara, mascando su ira.

Falan parte también y cierra tras él la puerta. En el tenso silencio que sigue, la anciana aferra a su Sierva de los Pájaros, temerosa de lo que está por venir.

David porta su tira de cuero ritual en el brazo izquierdo, la pequeña caja de cuero en la frente y está en medio de sus plegarias cuando oye el golpe en su puerta. «¿Quién está ahí?», pregunta nerviosamente y se prepara a guardar la filacteria; luego se contiene. Aunque el rango de su nieta como baronesa ha supuesto para él protección frente a los gentiles desde que dejaron Jerusalén diez meses atrás, el viejo hábito del miedo ha hecho nido en sus huesos. Muchas veces ha orado pensando en esto y siempre ha obtenido la misma respuesta: el pez que salta fuera del agua es pez muerto. Es verdad; él pertenece a su gente, no a este lugar, una fortaleza gentil en las tierras salvajes septentrionales, con su nieta haciéndose pasar por quien no es. Cómo odia todo esto... pero está extrañamente orgulloso de ella. Aunque casi se deslizó al trance durante el interrogatorio de ayer en el *palais*, Raquel ha estado convincente en su representación.

«Rabí, soy yo», llama la voz de Raquel a través de la puerta, y él abre. Alta parece e imponente con sus vestiduras deslumbrantes de cendal blanco bordadas de oro y perlas, y el pelo recogido en finas trenzas anilladas sobre la cabeza, sosteniendo la diadema de oro. «¿Podemos entrar?».

David se aparta, las dos mujeres pasan y van directamente a la ventana, donde el rollo yace desplegado sobre el ancho alféizar de piedra. Falan Askersund, que las ha acompañado, cierra la puerta y espera en el exterior.

Dwn se acosta a Raquel y no disimula su incomodidad en presencia del barbudo judío con su atavío religioso. En toda su vida, nunca ha visto a nadie que no sea cristiano.

Inquiere en galés, «¿Qué son esas tiras de cuero en su brazo y su cabeza?».

«*Tefilin* se las llama», responde Raquel. «Dentro, contienen la Sagrada Escritura y se llevan como recordatorio de Dios, excepto el Shabat, que es por sí mismo un recordatorio. El chal de oración que viste se llama *tallit*. Las borlas rememoran los mandamientos dados a Moisés».

«Hablas como si fueses ya una judía, milady».

«Jesús era un judío, Dwn; este es el camino que ha tomado mi fe también. Y esta será la fe de este castillo mientras yo esté aquí. El nuestro será el culto que nuestro Salvador profesó».

Dwn contrae sus labios ajados y sacude la cabeza. «Maese Pornic hallará poca alegría en ello».

«Maese Pornic ya no es nuestro párroco», dice Raquel definitiva, contemplando el rollo abierto. «Gianni Rieti ministrará este castillo por ahora. Ha estado estudiando con rabí Tibbon desde Jerusalén».

Dwn cloquea maliciosamente. «Ahora creo que está estudiando con maese Pornic. Cuando volvía al castillo con las primeras luces los atisbé juntos en la cima del Alto de Merlín, inmersos

en plegaria».

David y Raquel cambian nerviosas miradas. «Hablaré de esto en el gran salón hoy mismo», dice Raquel. «Esa es la razón por la que estamos aquí, rabí. Hoy os presentaré formalmente durante mi toma de posesión en el salón principal. Estos primeros días serán difíciles, pues tantos como descreyeron de nuestro Señor en su tiempo descreerán sin duda de mí».

«Estáis siempre en mis plegarias», responde David con sinceridad; pero añade, contemplándola penetrantemente, «Aunque quizás sería mejor que no impusieseis a esta gente la fe original de rabí Yeshua tan pronto. Dejad que conserven su propio culto y conservad el vuestro vos».

«Eso es sabio, rabí», coincide Dwn con cierto alivio.

«Así será en el dominio», dice Raquel determinada. «Pero en este castillo, donde yo moro, comeremos y adoraremos a Dios como lo hizo nuestro Señor Jesucristo».

«¿Comer como nuestro Señor?», repite Dwn con un eco hueco y se tira de los pelillos del lunar de su mentón. «Los porquerizos del castillo se maravillarán de estas nuevas». «Y los cocineros se maravillarán de nuestro nuevo desdeño del cisne, la garza y la liebre... y basta de carne con salsas cremosas. ¿Instruiréis a los cocineros, rabí?».

«Preferiría hacerlo en vuestra presencia, milady», responde David dirigiéndole una mirada elocuente.

«Entonces vamos a ver a los cocineros», dice Raquel. «Pero primero, rabí, dirigidnos en la plegaria tal como Jesús —o como vos lo llamáis, Yeshua— habría orado».

David asiente. Cuando Dwn se arrodilla, él la levanta con gentileza. «Amiga mía, Yeshua rezaba de pie, con las manos abiertas a Dios para recibir su bendición. Hagámoslo así nosotros también».

Y así oran, y la voz de David brota de él en el lenguaje de sus ancestros, orgullosa por la fuerza de su nieta, potente en su esperanza de vida, y viva con el esplendor de Dios que fue, es y siempre será.

Raquel pide un momento a solas con el rabí y, cuando Dwn los deja, se agarra a su brazo y dice con un susurro ardoroso: «¡Abuelo, ha tratado de matarme!».

«¿Quién, Raquel?».

«El barón. Él sabe que no soy su madre». Sus ojos muestran desespero. «Nunca lo convenceré».

Aunque alarmado por el pánico en la expresión de Raquel, David mantiene en calma su rostro. La atrae a sí. «No tenemos por qué convencerlo. Las joyas que nos prometió la baronesa nos están esperando. Sólo hay que recuperarlas pronto y dejar este lugar».

Raquel respira profundamente del calor del cuerpo de su abuelo y se tranquiliza. «Sí. Iré a la abadía a por nuestro tesoro cuanto antes. Volveremos a Jerusalén y estaremos allí para el Pesah».

David se aparta para mirarla al rostro. «Durante el poco tiempo que estemos aquí, no debemos dar mucha importancia al culto tal como Yeshua lo realizó. Deja que los gentiles tengan su

cerdo».

Raquel meneaba la cabeza y el miedo de su rostro se desvanecía. «No, abuelo. Mi padre —tu hijo— sacrificó toda la familia por su fe. Me habría sacrificado a mí también, si yo hubiese estado allí. He abandonado todo lo demás para representar este papel, pero no abandonaré nuestra fe». David posa una mano gentil en su mejilla. «Comprendo». Se inclina hacia ella; la mira, solícito. «Pero debes ser cautelosa. Tienes razones para estar asustada, y el miedo te hace vulnerable a los terrores del pasado. Cuando habitas en esos terrores, dices cosas turbadoras. ¿Qué fue lo que dijiste en el gran salón acerca del fuego? Aquello no sonó como si hablase la baronesa».

Raquel le mira con ojos vacuos. «No sé. El joven caballero Thierry me hizo pensar en fiebres y muertes, y las palabras sencillamente vinieron a mí».

«Debes vigilar estas cosas», le advierte David. «El mago persa no curó tu dolor. Se limitó a ocultarlo... y cuando este halla tu voz, habla desde Raquel, no desde la baronesa».

Un fuerte estallido de trompetas convoca la asamblea en el salón principal. Los juncos y pétalos del suelo han sido reemplazados por flores frescas y los altos arcos de las ventanas están abiertos a los dardos del sol, los gorjeos de las aves y las brisas estivales. Guy Lanfranc y Roger Billancourt se han sentado en sus lugares mucho antes de la llamada del heraldo, molestos y ceñudos mientras veían a los servidores cambiar los adornos con la enseña del Grifo por otros repujados con el símbolo de la baronesa.

Cuando Clare y Gerald, con sus hijos y sus nietos, toman asiento en las sillas almohadilladas de la primera fila, el resto de los moradores del castillo se dispone en los lugares libres tras ellos; luego los gremiales y sus familias; y después, los villanos del castillo en los bancos traseros. El enano Ummu y su pariente simio Ta-Toh causan un excitado alboroto cuando irrumpen en la sala con una cabriola obligando a un airado *serjant* a alzar contra ellos su vara.

Al pie del estrado, Gianni Rieti ocupa un asiento con cojines que mira a la asamblea, entre el adusto maese Pornic y rabí Tibbon, que luce su barba y su chal. Graves, contemplan cómo Raquel entra por la parte posterior del salón, escoltada por Dwn y Falan Askersund, y perciben el arrobado embeleso en los rostros de los villanos cuando la mujer, con un gesto de su cabeza, les saluda a ellos y a los viejos servidores, los asistentes, las criadas y gremiales que la baronesa conocía antes de su peregrinación.

Gerald Chalandon, como senescal del castillo, saluda a Raquel en la soleada cabecera del salón, inclina una rodilla y besa el anillo con el sello de la baronesa. Su gran cráneo cetrino brilla como ámbar en su cerco de pelo argénteo, pero es su recia mujer, Clare, la que más beatíficamente resplandece al contemplar a su joven madre.

Raquel rinde cortesía a los santos varones antes de ascender al estrado y ocupar el sitio endoselado. Tras ella, en una silla, se sienta Dwn; Falan lo hace algo más atrás, robado a la vista por las grandes banderas de los cisnes briscados con hilo de plata.

La constelación de rostros que la miran fijamente hace estremecerse a Raquel. Estos extraños —exceptuando al ojizaino Guy, a su maestro de armas y a su abad, con la cabeza baja en plegaria

— la miran con boquiabierta reverencia, como si fuera algún icono sagrado. Querría que esta ceremonia hubiese acabado, pero no se atreve a revelar su ansiedad.

A una señal de Gerald, el heraldo hace sonar su trompeta y la sala enmudece. «¿Queréis a Ailena Valaise, recientemente tornada de Tierra Santa en forma bendita, como vuestra actual e indiscutida baronesa y soberana?».

Gritos de «¡Fiat!», se alzan de la asamblea de caballeros, aunque Guy y Roger permanecen callados, ominosos.

«Todos aquellos de noble linaje dispuestos a servir a la baronesa Ailena Valaise con su lealtad y con sus vidas que se adelanten y rindan homenaje», requiere Gerald con voz fuerte.

Denis Hezetre se levanta y se detiene ante Guy. «Tú deberías guiarnos en esta ocasión, como nos has guiado en todas las demás», dice quedamente.

Guy le contempla con un resplandor oscuro en los ojos. «Besaré antes las nalgas del Demonio».

Denis no dirige siquiera una mirada a Roger. Sube los peldaños del estrado, hinca una rodilla ante Raquel y besa su anillo. Es seguido después por Harold Almquist, William Morcar y su hijo Thierry, que pausa primero delante de Guy y recibe su consentimiento. Cuando han terminado, se colocan a la derecha del sitio y encaran la asamblea.

«Estos son mis caballeros», dice Raquel con voz potente. Su fuerza la sorprende, pues ella tiembla al ver a estos guerreros francos cuya estirpe destruyó la casa de su infancia. Para poder seguir, debe conjurar el Grial y contemplar su lustre áureo. Sabe entonces lo que debe decir. Mira, abajo, a Guy. «Me honran con sus vidas. ¿Por qué me ha negado mi propio hijo este honor?».

Guy se incorpora, las manos en las caderas. «Yo no reconozco tu derecho a gobernar este dominio», dice con acritud, y murmurios ansiosos recorren la multitud.

«El papa y el rey reconocen su derecho», proclama Clare furiosa, señalando los atriles en el estrado donde reposan los dos documentos de pergamino. «Contempla. Están ahí para que todo el mundo los lea».

Guy responde al ataque de su hermana con ironía despreciativa. «Querida hermana, quizás no lo hayas oído, pero el papa que firmó este breve está muerto».

«Callad, ambos dos», se interpone maese Pornic abruptamente. «Celestino rindió su alma en Enero. Es nuestra intención que el nuevo Santo Padre, Inocencio Tercero, estudie el documento y confirme que tal milagro pudo haber acontecido a una persona tan mundana como la baronesa».

«Mi madre no era más mundana que Saulo antes de convertirse en Pablo, o el publicano que se hizo discípulo de Jesús», protesta Clare. «¿No están todos los pecadores sujetos a la gracia a través de la penitencia, maese?».

«Celestino Tercero tenía noventa y dos años cuando firmó este documento», añade maese Pornic pacientemente. «El nuevo Santo Padre tiene la sensibilidad de un hombre más joven y debe revisar el acta».

«Y yo digo que la edad del papa no supone ninguna diferencia», persiste Clare. «El Santo Padre es infalible».

«Lady Chalandon dice verdad», asevera Gianni. «La autoridad del Santo Padre nunca puede ser

impugnada». Guy ignora al canónigo y se inclina ante el santo varón. «Gracias, maese. Vuestras reservas son suficientes para mí. Por lo demás, el mes pasado, el rey cambió oficialmente su sello. Malchiel, el portador del sello real, se ahogó delante de Limassol en su viaje a Levante. Cuando su cuerpo fue arrojado a la orilla, un paisano halló el sello en el cadáver y el rey hubo de volvérselo a comprar. Conozco la historia porque tuve que pagar gravosos derechos por usar el nuevo sello».

«El cual», añade Clare sardónica, «fue empleado para decorar la multa por tu apoyo rebelde a Juan Sin Tierra contra su hermano, nuestro buen rey Ricardo».

Cuando pitidos y risotadas resuenan en el salón respondidos por groseros desafíos de los *serjants* de Guy, Raquel siente vibrar en ella la presencia de la baronesa, apilando palabras que crecen hasta oprimirle los pulmones.

«Hijos», llama de pronto desde el estrado. «¡Silencio! Soy la legítima señora de este dominio y mi gobierno ha sido y será otra vez confirmado por el nuevo papa y por el rey. Entretanto, no estoy dispuesta a seguir oyendo debates sobre mi condición. Debo fe y lealtad a mis caballeros y a mi gente como ellos me la deben a mí». Mira, artera, a Guy y a su maestro de armas. «Y para ese fin, yo, aquí mismo, declaro que el cerco al Castillo de Neufmarché queda concluido».

Las filas traseras, que acaban de entrar en conocimiento de ello ahora mismo, estallan en gritos de desconcierto y decepción: «¡Sangre de Dios!»... «¡Injusticia!»... «¡Esa presa es nuestra!».

A una señal de Raquel, otro fragor de trompeta silencia a la multitud.

«Guy», se dirige Raquel al adusto barón, que todavía está erguido. «Como no estás dispuesto a rendirme homenaje, no puedo asumir tus deudas. Pagarás por el daño infligido a Neufmarché; pagarás la suma exacta que apruebe el señor atacado por ti».

De nuevo reverbera la sala con los clamores de sorpresa y las ásperas risas de las filas postreras, provocando aun otro estridor de trompeta.

«También cesarán las hostilidades contra los galeses», continúa Raquel. «Las tierras que les han sido arrebatadas en mi ausencia les serán devueltas en el acto y las fortificaciones erigidas allí serán entregadas a los jefes locales». En respuesta a los estallidos de incredulidad que siguen a sus palabras, Raquel mira sobre su hombro a Dwn y caza la secreta sonrisa de la anciana.

La baronesa alza su mano y la sala enmudece al instante para escuchar cuál será su próximo decreto. «Hoy, los cerdos serán sacados del castillo para ser distribuidos con equidad entre los habitantes de la aldea. Cerdo, cisne y liebre dejarán desde ahora de ser preparados o cocinados en el castillo. Asimismo ocurrirá con ranas, caracoles y todo pez que carezca de aletas y escamas. Aquellos que quieran comer de estos alimentos, que nuestro Señor y Salvador consideró impuros, podrán hacerlo en la aldea. Los cocineros serán instruidos por rabí Tibbon en los métodos de preparación alimenticia que nuestro mismo Señor respetó».

Raquel contempla todo el gran salón con la sola emoción del poder. Ha experimentado algo profundo en su cambio. El frío estremecimiento que al principio sintiera al enfrentar esta muchedumbre de normandos se ha convertido en un reverbero cálido. El espíritu de la baronesa se somete a ella en expansión de lucidez. Ya no teme a estos cristianos: los gobierna. Una sonrisa exultante tremola en sus labios al ver la confusión en el rostro redondo de Clare, la rabia fútil en

la prieta frente de Guy y el temor bañando las filas de gentes que la contemplan y que se someten a cada una de sus palabras. Y ahí, entre ellos, está el abuelo David, ansioso, dirigiéndole una mirada sesgada desde su abatida cabeza como invitándola a concluir la asamblea.

«Mañana», dice, y la sala inmediatamente enmudece, salpicada sólo por el trino de los reyezuelos. «Mañana, dejaré el castillo para visitar mi dominio y para buscar en la plegaria consejo, en la Abadía de la Trinidad».

Susurros reverberan en el salón silencioso. Guy gira sobre sus talones y, con el maestro de armas trotando a su lado como su sombra, abandona a grandes pasos la cámara. Raquel medita detenerlo; pero el solo hecho de saber que puede hacerlo es bastante.

Después de la accesión de Raquel a la baronía de Epynt, su abuelo lee de la Torá palabras de bendición para la asamblea antes de que Gerald despida la reunión.

«Cuida de no hacer alianza con los habitantes del país donde vas a entrar porque sería un lazo para ti...», entona David del trigesimocuarto capítulo del Éxodo cuando la alborotada muchedumbre empieza a empujar hacia el estrado. Mientras los villanos extienden sus manos delirantes para tocar a esta mujer que ha bebido del Santo Grial, los gremiales, apopléticos de indignación, embisten pidiendo compensación por los fondos y bienes que han invertido, y perdido ahora, en el cerco al Castillo de Neufmarché. Empiezan los puñetazos en el gran salón.

Sobre esta cacofonía, Raquel se yergue en el estrado sorprendida por la violenta reacción de la multitud. Su sentido de mando se evapora y se halla de pronto frágil y perdida. El bullicio la confunde y no sabe dónde concentrar su atención. Pestañeando a la luz blanca-azúcar del sol matutino, busca desesperadamente el rostro de su abuelo en la airada turbamulta.

Con creciente pánico, contempla cómo la multitud se traga a su abuelo y lo hace desaparecer y, por un momento, siente de nuevo todo el estupor del horror que sufrió once años atrás, viendo indefensa una turba similar destruir su casa. El ruido de colmena que emerge de la masa se hace más y más fuerte, más urgente e implacable, y la empuja al borde del precipicio de sí misma... al borde de caer y ser devorada por la masa de caras rojas que pelean airadas por alcanzarla. No hay lugar adonde ir, no hay dónde esconderse. El poder que disfrutara un momento antes la ha eternizado en el centro de este mosaico de rostros inflamados.

Con tímida suavidad habla a la turba tempestuosa: «Buena gente, yo no puedo devolver los viejos préstamos. Debéis entenderlo. Yo... he sido renovada, transfigurada. Otra razón labra nuestro destino y nos ata a la lucha que nos divide. ¿Entendéis? Debéis entender...».

Su voz se diluye y un pánico incontenible serpentea en ella, atravesándola. En plena desesperación, se deja caer en el sitial y se esfuerza en ver el cáliz áureo, beber hondo de la presencia de la baronesa. Pero gritos rabiosos la golpean con demasiada fiereza para que pueda concentrarse en nada. Su atención se desdibuja, se nubla en ceguera, y una inminente locura estrangula su cuello. De pronto, manos gentiles la toman por los hombros y se la llevan del hervor de la canalla. «Madre, ¿estás bien?».

El rostro preocupado de Clare la mira colmando su creciente vacío con su carnosa presencia.

Raquel asiente, frota sus sienes delibrándolas del entumecimiento. «¿Dónde está el abuelo?», pregunta.

Clare le devuelve una mirada confundida.

«El rabí... ¿dónde está?». «Maese Pornic lo ha llamado», contesta Clare y la anima a levantarse. «Vamos, madre. Dejemos esta chusma vocinglera. ¡Mercaderes!», ríe sardónica y hace una señal a Gerald para que venga a ayudarla. «El dinero es su alma, fría y sucia».

Raquel acepta con gratitud el brazo que le ofrece Gerald. Toda su fuerza ha desaparecido, dejándola hueca. Cierra los ojos y de nuevo invoca el Grial. Ahora aparece, brillante como un pedazo de sol tras sus párpados, y su angustia mengua, aunque no desaparece totalmente. Ha estado demasiado cerca de perderlo todo: se da cuenta con gélida claridad que es demasiado frágil para continuar con esto. *Y sin embargo... ¿cómo cesar ahora? Debo representar este papel aún un poco más. Seguiré. Debo hacerlo.*

«Decidme, rabí, ¿es Jesús el Mesías?», pregunta maese Pornic. Está sentado en una silla maciza en cuyo alto espaldar hay labrado un cordero que porta un báculo. Encarándolo, en una silla cuyo espaldar representa las cabezas del toro, el águila, el león y el ángel de la visión de Ezequiel, está sentado David, con el rollo de la Ley en su regazo. Están en el ábside, detrás del altar, donde la luz de las vidrieras quebranta el oscuro-aflicción de la capilla en ígneos fragmentos. Gianni Rieti permanece en pie, cruzados sobre el pecho los brazos y apoyándose en la parte posterior del altar.

«¿Debe el hombre hacerse dioses que no lo son?», responde David. «¿Por qué hacéis de Jesús un dios?».

«¿Citáis a los profetas?», evalúa maese Pornic al hombre frente a él con desapasionada frialdad. «¿No previó Isaías el profeta la llegada del Mesías?». «He citado a Jeremías, capítulo dieciséis, versículo veinte. En cuanto a Isaías, escribe, “Y los hijos del extranjero que aman el nombre del Señor, incluso a ellos los llevaré yo a mi montaña sagrada”». Contemplando la calma oscuridad en los ojos penetrantes del hombre ajado, pendulan las emociones de David del miedo al respeto, y de este al miedo otra vez.

«El nombre del Señor es Jesucristo», dice maese Pornic con ternura grande. «¿Creéis vos que Jesús es Cristo el Salvador, el Ungido, el Mesías profetizado por vuestro pueblo?».

«No hay ningún Jesús en la Biblia de los judíos».

Maese Pornic cierra los ojos y sacude la cabeza. «A los suyos vino», cita del primer capítulo de Juan, «y los suyos no lo recibieron».

«Sin duda, maese», interviene Gianni Rieti, «no llamasteis al rabí para interrogarle sobre su fe. La baronesa ha buscado su ayuda para aprender la lengua y las costumbres de nuestro Salvador porque él es un erudito judío».

El rostro del santo varón se condensa brutalmente. «¡Él bendijo a la asamblea!». Sus dedos tiemblan. «Este... hombre, que no tiene fe en nuestro Salvador, bendijo una asamblea de cristianos. ¿Qué burla es esta de los sufrimientos de nuestro Señor?».

«Bendije la congregación como lo haría un rabí», responde David, sintiendo un viento frío a

través de su pecho, «incluso el rabí que vos adoráis».

«¡Yo adoro al Hijo de Dios!», chilla maese Pornic, y rebota estrepitosa la voz en las tenebrosas alturas. Al ver la alarma en la faz del judío, la furia pasa, y el abad levanta una mano desvaída para pinzar el entrecejo. «Perdonadme». Se incorpora y trastabilla como si hubiera sido golpeado. «Esta es mi gente, mi rebaño». Mueve la mano apartando este pensamiento. Su rostro macerado posee la serena ferocidad de un águila. «El milagro del Grial —el milagro que ha transformado la baronesa de mujer retorcida, acibarada y añosa en la joven hermosa que gobierna Epynt hoy— ¿no despierta en vos la fe de que Jesús es ciertamente el Mesías?».

La boca de David se abre y cuelga, flácida, como una ratonera en el bosque de su barba.

«El rabí no conoció a la baronesa antes del milagro», repone Gianni por él.

«¿Y tú, hijo mío?».

Gianni sacude la cabeza.

«Era una mujer totalmente atea», recuerda maese Pornic con una voz más calma. «Fue la muerte de su padre, Bernard, el primer conde de Epynt, lo que pudrió su fe. Él mismo había sido un hombre religioso. Lo conocí bien... hace ya tantos años». El cansancio adelgaza su voz. «Hicimos juntos la peregrinación a San David. Amaba a los galeses, su fiereza y su música, y no tomó más tierra de ellos que la que requerían sus cosechas. “Son cristianos como nosotros”, decía. “Adoremos juntos”. Y construyó esta capilla tanto para sí como para ellos, aunque ellos dejaron de venir cuando él murió. El Señor se lo llevó con unas fiebres. Y su hija, nuestra baronesa, perdió la fe con él».

David se acaricia la barba y mira, triste, a Gianni Rieti.

«Sin duda, vos mantendríais la fe en vuestro Dios», inquiere maese Pornic, «si Él os asolase como hizo con Job».

David inclina la cabeza. «Hace once años, perdí toda mi familia en manos de las turbas de cruzados... mis dos hijos y sus familias...».

«Y así Dios prueba vuestra fe», afirma el abad.

«¿Es una prueba?», pregunta David mirando hacia arriba, fustigado. «No lo creo. Nosotros nos probamos a nosotros mismos porque sabemos del bien y el mal. Pero el Señor es bien y mal».

«No». Maese Pornic rechaza este pensamiento con ademán agitado. «Satán es el mal y Dios lo ha arrojado al abismo».

«Sin embargo, ¿quién creó a Satán?», pregunta David. «Y el abismo... ¿quién lo creó? Y la viruela y la sequía y toda forma de calamidad, ¿de dónde surgieron? Vienen de lo Alto».

«En absoluto», dice el abad. «Vienen de Satán para probar nuestras almas y apartarnos de la gracia de Dios».

David se encoge de hombros. «Tal es vuestra fe. La mía me dice que Jehovah es más de lo que podemos conocer. En la oscuridad, en el sufrimiento, en la debilidad humana... también aquí está Él. ¿Quiénes somos nosotros para pedirle cuentas? Y sin embargo, debemos pedírselas, pues esa es la fuerza que Él nos ha dado. Dudar y cuestionar, eso debemos. Y, cuando hemos alcanzado el límite de nuestro poder de cuestionar, seguimos siendo lo que somos. Pues nunca somos más de lo que somos. Nunca somos más que lo que Él ha hecho de nosotros».

Las delgadas cejas de maese Pornic ascienden y descienden lentas mientras medita en estas cosas.

«Yo vi el Grial», salta Gianni. «Vi a la baronesa, vieja y enferma, beber de él y ser transformada. Su carne ajada cayó, sus huesos torcidos se enderezaron y fue rejuvenecida. Lo vi con mis propios ojos».

«Pensad en esto», le dice maese Pornic a David. «Los milagros abren el camino hacia la fe».

«¿Creéis vos en este milagro?», le pregunta David.

Maese Pornic mueve su rostro doliente hacia la luz refractada de las vidrieras y mira a David con ojos de un rojo azote. «El camino se abrió para mí mucho tiempo atrás, Rabino. Yo hallé a Jesús en una brizna de hierba. Y ahora creo sólo en los milagros que ven mis ojos».

Guy Lanfranc se sienta a una mesa sencilla, una mera tabla sobre caballetes, en una cámara de bóveda claustral detrás del gran salón. Cuando era un muchacho, a menudo vino aquí para ver a su padre prepararse antes de sus algaras contra las tribus. Lo que recuerda mejor son los olores: el del vinagre que limpiaba la cota de malla, el sudor de caballo adherido al cuero amizclado de los guantes y botas, y el mejor de todos, el solemne aroma del aceite de linaza con que los pajes lubricaban las articulaciones de la armadura. Hasta este día no puede dejar de sentir una nostalgia tenaz, una excitación pueril, estremecedora, cada vez que huele su curtida fragancia.

Y en cuanto a la armadura de su padre, Guy la habría guardado en este lugar, si no hubiera dispuesto de ella Ailena, muy poco ceremoniosamente, el día en que aquel murió. Ahora, son sus propias grebas, yelmo, coraza, cota de malla y almete los que cuelgan en los tablones contra la pared, donde un día estuvieron los de su padre. Recordando cuántas veces en el pasado ha venido aquí a ceñirse estos arreos para sus innumerables correrías, siente una oleada de confianza nacida de su experiencia batalladora. No debe olvidar, se reprocha a sí mismo, que ha triunfado en demasiadas batallas para preocuparse por la amenaza de una mera mujer.

«¿Qué estás soñando?», inquiera Roger Billancourt entrando a grandes pasos en la cámara.

Guy sonríe pálidamente a su mentor. «Me estaba preguntando que habría hecho padre en mi lugar».

El maestro de guerra suelta una risa áspera por la nariz. «Para empezar, nunca habría dejado entrar en el castillo a la ramera».

«Eso fue un disparate, ¿no crees?».

«No tiene sentido dolerse de lo que no se puede cambiar». Roger se apoya en la pared junto a la ventana, frota su corta barba cerdosa y considera al barón. *Tiene el acero de su padre*, piensa, *pero no el filo. Es lo bastante fuerte para resistir, de acuerdo, pero no lo bastante tajante para decisiones rápidas... ni agudo para trascender sus estados de ánimo.* «No pongas esa cara tan melancólica. Tus caballeros estarán aquí en un instante. Deben verte en actitud de mando, o los perderás a manos de la Imitadora».

«Es una impostora, ¿verdad, Roger?».

Roger abate la quijada. «¿Aún lo dudas?».

Guy se pinza el labio inferior, luego alza las manos. «En su dormitorio, cuando me enfrenté a ella, habló de mi infancia y de Anne Gilford...».

«Tu madre la inspiró», dice Roger con terminante certeza. «Estoy seguro de que esto lo ha organizado la vieja tarasca. Huele a sus ardides».

«Sí... tiene que ser así. Pero, en resumidas cuentas, la creí... creí que era verdaderamente madre». Se ríe de sí mismo y mira con cariño las paredes alrededor, donde cuelgan escudos y lanzas cruzadas. «Durante los diez años que siguieron a la muerte de padre, vine aquí cada día y contemplé estas armas imaginando la venganza que de madre obtendría cuando creciese. No fui consciente de lo fuerte que ella era entonces... no pensé que tendría que esperar hasta verla vieja y débil para que sus caballeros se reunieran en torno a mí y yo pudiese derrocarla. Pensé que podría, sencillamente, cortarle la cabeza y acabar de una vez, ni más ni menos».

«Aquellos fueron años largos», coincide Roger. «Si yo no le hubiese resultado útil ayudándola a defender la Marca contra otros señores de esta frontera sin ley, habría sido ella quien cortase *mi* cabeza... qué duda cabe». Se endereza. «Tus hombres están llegando. Muestra ánimo». Los caballeros William, Harold y Denis entran y saludan a Guy con un gesto de cabeza; luego a Roger. El barón se yergue; su rostro se afirma en el gesto de una serpiente, en su sonrisa implacable y sin dicha. «¿Quién es esta perra que Ailena ha enviado a hostigarme, esta perra que pretende ser mi madre? ¿Quién es esta perra a la que habéis rendido homenaje? ¡Responded!».

Pasea su mirada de ojos como hendijas entre sus caballeros, inclinándose hacia delante, los brazos tensos, tiesos, los puños apretados contra la tabla que ha soportado las banderas del estrado.

Roger Billancourt está tras él, las manos en la cintura, su cabeza gris y cuadrada engallada y beligerante.

William Morcar se mesa el matoso bigote, el codo sobre una mano, el brazo a través del pecho, inclinándose hacia atrás sobre una pata de la silla, mirando la estrecha ventana. Harold Almquist se apoya en la puerta, su calva cabeza abatida, estudiando la punta de su bota. Sólo Denis Hezetre enfrenta la mirada dura de Guy desde su asiento en el otro extremo de la tabla, con sus manos cuadradas posadas planas ante él. «¿Y qué, si en verdad fuera tu madre? ¿Qué, si Dios ha obrado un milagro en ella?».

«Entonces su lugar es un convento», responde Guy tajante.

«Su padre, Bernard, tu abuelo, labró este dominio a partir de tierra salvaje», le recuerda Denis. «Durante treinta años gobernó por sí sola desde este castillo, antes de que la despachásemos a su peregrinación. Tiene derecho de sangre, Guy... y es bien capaz».

Guy contempla a Roger Billancourt con la boca abierta, incrédulo, preguntándose qué anda mal con su amigo, y el viejo maestro de armas dirige a Denis una mueca de reproche.

Cuando Guy vuelve a encarar a Denis, su mirada es burlona. «¿Así que la crees? ¿Crees que esta gatita es mi madre?».

«¿Qué otra podría ser?», sostiene Denis.

«Hubo testigos del milagro», murmura Harold.

«Sólo dos sobrevivieron al viaje hasta aquí», dice Guy, «uno con un enano a su sombra y el

otro un traidor musulmán».

«El mismo papa autorizó...», ofrece Harold tentativamente.

«¡Bah!», le corta Guy. «¿Estaba él allí, quizás? Yo digo que fue comprado».

«Por las barbas de Dios, Guy», protesta Denis, «la vieja sirvienta Dwn la reconoce».

«¡Por las pelotas de Dios! Lo que la tarasca reconoce es una oportunidad de servirse a sí misma y a su gente. Ya oíste a la impostora. ¡Quiere dar nuestro territorio a los galeses!».

«Pero eso es ni más ni menos lo que haría Ailena Valaise», protesta Denis. «Creció con un gran amor por ellos, heredado de su padre, ¿no es así?».

«Denis...». Guy mira implorante a su amigo. «¿Estás conmigo?».

«Si tú estás con la razón, yo estoy contigo. Ha sido siempre así. Pero, en verdad, no veo que tengas ninguna razón en todo esto. ¡Dios ha obrado un milagro! ¿Puedes estar tan falto de fe como para negar a tu propia madre? ¡Dios Todopoderoso nos la ha devuelto para su mayor gloria!».

Guy bufa airado pero, aunque lanza al resto miradas centelleantes, experimenta un escrúpulo de incertidumbre. «¿Con quién estáis los demás? ¿Conmigo o con la Imitadora?».

«El punto es controvertido», se aventura William Morcar. «En su momento apoyamos al conde Juan. Ahora Ricardo es de nuevo rey. A menos que satisfagamos la multa por nuestros servicios a Juan, este dominio pasará a los hombres del monarca».

«Así es...». Roger habla por primera vez y mira de soslayo, astutamente, a los caballeros.

«Pero la multa no hay que pagarla hasta Santa Margarita. Tenemos todavía un mes. Si la impostora puede ser desacreditada rápidamente, habrá tiempo aún de aplastar a Neufmarché y coger la plata con que pagar al rey».

«Las tropas de Hereford se han ido», establece Harold. «El cerco está alzado. No romperemos esa nuez esta estación».

«Entonces debemos ser raudos», insiste Roger. «Debemos despachar a esta gata artera cuanto antes».

«¿Y si no es una impostora?», pregunta Denis. «¿Si es verdaderamente la madre de Guy, la mismísima baronesa Ailena Valaise?».

«Que decida Dios, pues», dice Roger poniéndose al lado de Guy. «Hay un torneo anunciado para celebrar nuestra victoria sobre Neufmarché. Este torneo se celebrará, en cambio, en honor de la baronesa y con motivo de su retorno. Anunciamos una *assise de bataille* y desafiemos la autoridad de la impostora en el campo de las armas. Yo venceré al sacerdote guerrero italiano y que Guy se las vea con el sueco. Acabaremos con este fraude enseguida».

Denis se opone sacudiendo la cabeza. «Semejante *assise* no puede otorgar derecho de gobierno, si la carta de privilegio viene validada por el papa y el rey».

«Ambos pergaminos son cuestionables», responde Guy rápidamente. «Por lo menos esto quedó claro en la asamblea. Si vencemos a sus caballeros, los gremiales me aceptarán como barón. Han invertido mucho en el asedio para abandonarme ahora».

«Y no necesitamos saquear Neufmarché», añade Roger. «Puede que la mera amenaza sea suficiente para inspirarle a pagar la multa por nosotros».

Guy asiente, satisfecho. Observa a Denis. «¿No te alzarás contra mí en ese torneo?».

«No. He rendido homenaje a la baronesa y la defenderé de cualquier amenaza con mi vida. Pero no seré su campeón en juegos que el papa ha declarado ilegales». Denis se incorpora y se inclina sobre la tabla. «El torneo no tiene autoridad en la corte del rey. Es sólo un juego, Guy, un simulacro de batalla».

La fina sonrisa de Guy se estira recta hacia atrás, una mueca de víbora. «Un simulacro de batalla para derrocar a un simulacro de baronesa».

«Te oí decir poco», le espeta Roger Billancourt a William Morcar. Se hallan en una antecámara estrecha y sin ventanas donde los tapices reposan enrollados en estantes de madera.

Reluctante, William ha permitido que el hombre lo traiga aquí, sabiendo que el guerrero patizambo y de barbas de hierro lo requiere para una labor diabólica. Tiene miedo del viejo guerrero, pues en batalla ha sacrificado a menudo hombres para ganar pequeñas victorias. Y a William le asustan los sacrificios que el maestro de armas pueda pedir ahora que Ailena ha retornado para amenazarle.

«Guy no necesita de mí palabras vacías».

Roger posa su fuerte puño de nudillos cuadrados en el pecho de William. «Tu corazón es un águila, William. Grita sólo cuando está hambriento».

«¿Qué diablura hay en el tuyo, Roger?».

«¿Diablura?». Roger agita su ajada cabeza. «Ninguna. Sólo lealtad hacia nuestro barón, que es el tío de tu mujer Hellene, así como el tío abuelo y protector de tu hijo Thierry».

«Roger, no me atosigues con lealtades que conozco muy bien y que he probado una y otra vez en el campo de batalla».

«¿Entonces por qué has rendido homenaje a la gata? ¿Qué sortilegio te ganó para sus filas?».

«Sortilegio... ninguno. La propia mano de Dios, que nos la ha devuelto».

«¿La mano de Dios... o la del Diablo?».

«Sólo los sacerdotes ven la diferencia».

El aire se oscurece con la sonrisa del maestro de armas, y William se arrepiente de hablarle con ira. «Por Dios o por el Diablo, la gata se sienta en el sitio del estado y tú le has jurado fidelidad. Esto no puede cambiarse. Así que... ¿qué haremos con tu hijo Thierry?».

La ira de William se hincha otra vez. «No quiero el nombre de mi hijo en tu boca».

Roger acerca más su rostro. Un ojo es más grande que el otro: el del lado de la cabeza donde, años antes, en servicio del padre de Guy, una maza le golpeó el cráneo. Su mirada descompensada posee una demente intensidad. «Thierry», dice en voz burlona y aflautada.

«Thierry iba a heredar el reino cuando su tío abuelo retornase a Dios o el Diablo. Pero ahora...».

Mueve sus labios con cruel deliberación. «¿No lo entiendes? Thierry no heredará nada. La gata es apenas mayor que él y le sobrevivirá a él y a sus vástagos porque es la gata del Diablo».

«Entonces, tal es la voluntad de Dios o del Diablo», murmura William lacónico. «¿Quieres que tu hijo viva sin tierras, que vague de aquí para allá como Gilbert y yo lo hicimos, luchando para

cualquiera que nos diera una comida? ¿Quieres que se case con la sobrina de cualquier legado, como tú, y que tenga sobre sí el techo de otro y la ley de otro a quien servir? ¡Piensa, hombre! ¡Él podría ser su propia ley en su propio castillo! Dios o el Diablo se lo han dado. ¡El mismo Dios-Diablo que cercenó la virilidad de Guy se la ha dado a él!».

«Es a Thomas a quien corresponde ser cabeza del linaje», dice William débilmente.

«¿El hijo de Clare?», sisea Roger a través de sus dientes pardos. «Thomas es un Chalandon y, como su padre Gerald, es una flor, todo delicadeza y fragancia. Su lugar esta justamente en la abadía, estudiando los viejos textos para que pueda ser un cura y hacer sus estúpidas distinciones entre las obras de Dios y las del Diablo. Su sitio en este mundo lo ha abandonado ya. El sitio de estado pertenece a Thierry. El Dios-Diablo se lo ha dado a él».

«Pero, Roger, hace falta que te lo recuerde... Thierry ha rendido ya homenaje a la baronesa».

«Sólo con el consentimiento de Guy. Guy ama a Thierry como a su propio hijo; sin duda alcanzas a ver que ha estado entrenándole para gobernar desde que era un niño. Yo sé que no le negaría nada. Por eso le consintió servir a la Imitadora. ¿Por qué permitir que el exilio lo afecte a él también? Si nosotros fallamos, al menos que él no sufra».

William se mesa reflexivamente el bigote. Aunque aborrece la crueldad del maestro de armas en la lid, no puede negar la verdad de lo que dice. Dios o el Diablo han dado a algunos hombres el poder de alzarse de sus miserias y labrar sus vidas. Él aprendió esto pronto, como hijo de un mercenario; su padre había muerto en batalla y el hijo carecía de las oportunidades dadas por Dios. Si no hubiera sido por Hellene, William habría vivido una vida sin norte. «¿Qué es lo que hay que hacer?», pregunta cansinamente.

Roger retrocede y se frota el erizado mentón. «Dos cosas. Y Guy no ha de saber nada de ellas, pues estos son actos que hacemos para él, no por él». Espera a recibir el gesto garante de William. «Primero, una alianza con Branden Neufmarché».

«¿Alianza? Hace dos días estábamos dispuestos a saquear su castillo». «Pero hoy la Imitadora ocupa el sitio de estado. Ya la oíste rendir nuestros territorios periféricos y sus fortificaciones a los bárbaros. Eso supone un peligro para todos los barones de la Marca, incluido Branden Neufmarché». El rostro cicatrizado de Roger se frunce en una mueca unilateral. «El viejo guerrero Howel Rhiwlas y el loco de su hijo Erec el Bravo han estado trabando nuevas alianzas entre las tribus. Los galeses son desmañados pero fieros y, con todos ellos bandeando juntos de este modo, cualquier señor de la Marca estará lógicamente alarmado. Branden se aliará con nosotros pensando en proteger sus intereses. Incluso le prometeremos algunos de los territorios que podamos recuperar, para azuzarlo con la codicia tanto como con el miedo. A cambio, tendremos la ventaja de sus tropas, en caso de que debamos marchar contra la Imitadora o cualquiera en este castillo que trate de defenderla».

«¿Atacar nuestro propio castillo y a nuestros caballeros?», susurra William con horror.

«Sí, debemos estar preparados para esa eventualidad. Pero si hacemos bien la segunda de las cosas que hay que hacer, no necesitaremos la primera».

«Asesinato», dice, sombrío, William. «Si la asesinamos, no necesitaremos a los hombres de Branden para luchar contra los nuestros».

Roger permite a la más imperceptible de las sonrisas rozar sus labios agrietados. «Al principio era la palabra, ¿eh? Al comienzo de cada empresa, debemos elegir cuidadosamente el nombre que le aplicaremos. Asesinato es una palabra nefanda, William. Escoge otra vez».

William baja la cabeza. «Accidente, entonces».

Roger sonríe y oprime con el puño el pecho de William. «El águila grita en tu pecho ahora, amigo mío. Los accidentes son cosas de Dios; las conspiraciones, del Diablo. A Dios o el Diablo se les atribuye el mérito de haber traído aquí a la gata... que se lleven también la culpa por lo que pueda pasarle».

Las mujeres están sentadas en bancos de piedra en el jardín del *palais* mientras las muchachas, Joyce y Gilberta, juegan en la pérgola de rosas y las niñas, Blythe y Effie, retozan entre las dedaleras, compartiendo pastas. Raquel alza la mirada más allá del resplandor de las hojas y de los muros del castillo, a las nubes azules en el silencio alto. Ser otro es al mismo tiempo más fácil y más difícil de lo que había imaginado. Los momentos de bienestar son fáciles: disfrutar los capullos de las rosas bajo esas masas montañosas de nubes le resulta natural. Pero fingir que se preocupa de estos extraños es difícil. Atender a las voces bulliciosas de las mujeres y responderles del modo que ellas esperan requiere todo su entrenamiento.

«Madre», la reclama insistentemente Clare. «¿Tendremos corte, como cuando yo tenía la edad de Madelon?».

Raquel desprende su mirada de la masa de nubes y encara a Madelon, la hija quinceañera de Hellene. Magra como un muchacho, de pelo rizado y blondo, con pestañas rosadas y un pequeño lunar vivaz bajo su labio inferior, es la gemela de Thierry; pero, de algún modo, le faltan las oscuras facciones y la adusta complexión del chico.

«Grandmère me ha hablado de la corte», dice Madelon con un hálito petulante de voz, «pero el tío la prohibió».

«La corte de amor...». Raquel siente un cálido hormigueo a ambos lados del cuello, al esforzarse en recordar las explícitas instrucciones de la baronesa sobre la naturaleza y los fines del *beau ideal*.

«¡Grandmère, te estás poniendo colorada!», exclama Leora, y todas las mujeres ríen.

«Soy demasiado vieja para dirigir la corte», protesta mansamente Raquel y mira de soslayo a Dwn buscando apoyo, pero la vieja sirvienta le sonríe alevosa.

«Al revés, madre, eres demasiado joven para no hacerlo». Clare lidera a las demás en otro estallido de risa. «Ahora, dinos, ¿volverás a amar otra vez?».

Raquel mira sus manos, los blancos nudillos de sus puños cerrados. ¿Qué respondería la baronesa? «Para amar al estilo cortés, una mujer debe gobernar».

«Hay caballeros, incluso aquí en la Marca, que caerían de hinojos para ser gobernados por ti», dice Clare.

«Pero para gobernar adecuadamente», añade rápida Raquel, «uno debe servir. Debo hallar un hombre lo bastante sabio y gentil como para merecer que se le sirva, antes de esperar gobernarlo».

con mi amor».

«Tendrás que buscar a fondo en la Marca, para encontrar tan extraña criatura», cloquea Dwn.

«Tengamos corte otra vez, madre», presiona Clare. «Dwn tiene razón. Desde que partiste ha habido sólo justas y caza, dados y halcones, aburrimiento sólo y pelea de gallos, charlas de establo y planes de guerra». El resto de las mujeres la apoyan suplicantes y Raquel las silencia con un gesto de asentimiento. «Tendremos corte de amor... pero sólo si hay suficientes hombres para atenderla. Además de tu Gerald, Clare, ¿quién entre esta canalla de soldados sabría cómo conducirse en la corte?».

«Tu caballero italiano sabría», dice Leora, y enreda un dedo sugerente entre sus rojos rizos. Apunta sus ojos hacia el arco de la puerta del gran salón, por donde Gianni Rieti pasa ahora en su camino a la capilla. «Llámalo, grandmère. Veamos si requiere instrucción».

Hellene encuentra la coquetería de su hermana Leora trivial más allá de todo lo soportable y sus palabras sobre el amor cortés, pura tontería. Su William le reprocharía estar aquí sentada sin mostrar objeción, pero las formalidades son vitales para Hellene y, mientras la baronesa consienta tales costumbres, ella también las asumirá. Pero incluir en esto a un padre de la Iglesia es un sinsentido; a ello, objeta: «Es un sacerdote».

«Un sacerdote-caballero», replica Leora, «y más galante de lo que un sacerdote debería serlo».

Aliviada de que el centro de atención se desvíe de ella, Raquel hace una señal a Falan, que está sentado cerca de allí, bajo un arce rojo, con el sable en su regazo.

Gianni Rieti es sorprendido por la mano de Falan, admonitoria sobre su hombro. Ha estado inmerso en sus pensamientos, contemplando sus responsabilidades hacia la Iglesia y hacia Dios. Después de presenciar el milagro de la transformación de la baronesa por el Santo Grial, el poder de Dios le había parecido evidente y servirle, un sendero recto. Él seguiría y obedecería a la baronesa, objeto del milagroso amor de Dios. Pero ahora el macerado y místico abad, tan descontento con la devoción de la baronesa en la fe ancestral de Cristo, le ha perturbado. Tiene que reflexionar a fondo este tema, y no le gusta pensar en tan superbas cuestiones.

Cuando Raquel se lo presenta a Clare, a sus hijas Hellene y Leora, y a las hijas de estas, la adolescente Madelon y las niñas Joyce, Gilberta, Blythe y la pequeña Effie, él saluda cordialmente a cada una, pero es en Madelon donde su vista se demora. No puede evitar observar, casi a pesar de sí mismo, la curva elegante de su cuello, la marca gitana bajo su boca peligrosa, la caída solemne de sus ojos pálidos, que hace su belleza enigmática.

Cuando su atención resulta abruptamente apartada de Madelon al preguntarle Clare si sabe algo de las cortes de amor, él declara su ignorancia. Recuerda haber oído hablar de ciertas frivolidades que acontecían en la corte de Poitiers, donde las mujeres se proclamaban reinas de los hombres. Apenas puede creer que un juego tan trivial haya penetrado hasta estas profundidades de las tierras salvajes.

Clare explica, «Empezó hace treinta años, padre Rieti, más o menos por las fechas en que me casé con Gerald. Fue él quien trajo consigo la idea del Limousin».

«¿Recuerdas cómo escandalizó a los viejos caballeros?», pregunta Raquel oyendo la risa de la baronesa cuando le habló por primera vez de este anécdota, «especialmente cuando les dijo que la

caballería había empezado aquí en Gales cientos de años atrás, en la corte del Rey Arturo, en Caerleon junto al Usk. Después de esto, aquellos caballeros con tufo de establos se tiraron de cabeza a las bañeras para purgar los olores de las jaurías y los caminos».

Clare estalla en estridentes carcajadas. Luego, para mostrar al canonje su finura, añade,

«La caballería fue concebida en realidad por la condesa de Champagne, llamada María, la hija mayor de Luis Capeto y Leonor de Aquitania. Tenía un clérigo llamado André el Capellán, y lo puso a traducir *Arte de Amar* y *Remedio de Amor*, de Ovidio. ¿Conocéis estas obras, padre?».

«Por supuesto, milady. *Ars Amatoria* y *Remedia Amoris* ironizan sobre los ilícitos amoríos romanos fingiendo tomárselos en serio». «Un fingimiento, cierto», continúa Raquel. «Un fingimiento al que André le dio la vuelta. En su *Libro de Amor*, el hombre no es señor, no emplea su arte para seducir las mujeres a su placer; por el contrario, el hombre es la propiedad, el mero objeto de la mujer».

«¿Y las cortes de amor?», inquires Gianni, sintiendo los ojos de Madelon sobre él y osando dirigirle una blanca sonrisa.

«Una asamblea de hombres donde las mujeres gobiernan», responde Raquel. «En las cortes de amor, las mujeres ponen las reglas, las reglas de la caballería».

«¿Asistiréis a nuestra corte de amor?», pregunta Madelon audaz, sintiendo su corazón aletear ligero cuando la mirada oscura, llana de Gianni se entretiene en ella.

«Sí...», responde y vuelve sus ojos hermosos hacia Raquel. «Pero sólo si la baronesa define el amor para mí».

El desafío hace a Raquel inclinar hacia atrás la cabeza, y contempla graves nubes encimando el cielo. La respuesta llega fácilmente, pues a la baronesa le encantaba reírse del amor: «El amor mortal, querido caballero, es como lamer miel de las espinas».

Denis Hezetre flota como un panel bronceado de luz solar en el vano oscuro del arco del gran salón, a la orilla del jardín. Tras cautivar el ojo de Raquel, se inclina y la invita con una señal a apartarse del resto atolondrado de mujeres. Raquel pide excusas. Clare se levanta también y envía sus hijas a sus tareas: la puntillosa Hellene a supervisar la labor de los sirvientes y la pecosa Leora a dirigir las lecciones cotidianas de los niños. Clare misma visitará las cocinas, probará la comida del día y ablandará al indignado personal, cuyos talentos se han visto limitados por las restricciones dietéticas de la baronesa.

Gianni Rieti se inclina cuando las mujeres se dispersan y parte en busca de su enano y compañero Ummu. El pequeño hombre, con su falta de respeto por todas las religiones, se deleitará escuchando la confrontación entre el abad y el rabino, piensa Rieti sonriendo para sí mismo. Ninguno de esos dos santos varones presencié el milagro del Grial y por eso dudan ambos de su veracidad. Pero Ummu estaba al lado de Gianni cuando apareció el Sagrado Cáliz; vio la anciana moribunda transformada en una doncella núbil... y, sin embargo, su desprecio de todo lo espiritual le hizo dudar de sus propios ojos. *Qué portento es ese enano*, se sonríe Gianni a sí mismo, divertido y complacido por la compañía de alguien tan monstruosamente devoto de la

tierra.

«Padre».

Gianni mira sobre su hombro y ve a Madelon de pie bajo un emparrado de flores azucarías, un dedo de sol en sus rizos dorados. Ha olvidado a propósito una cinta de pelo en el banco de piedra, para poder volver apresuradamente allí sin despertar las sospechas de su madre.

Mirándole sin pudor, con una mezcla de desafío y malicia, Madelon dice, en una exhalación, «Encontradme en el jardín exterior junto a los sauces, después de la bendición del agua, para que podamos hablar sin impedimento». Luego, con una risilla traviesa y sofocada, se da la vuelta y desaparece.

Gianni parpadea. Se ha enterado hace poco por maese Pornic de que los villanos se reúnen tradicionalmente en la capilla este día del mes para la misa del mediodía y la consagración del agua, ceremonias que él se ve obligado a celebrar ahora que la baronesa ha apartado al abad de los servicios del castillo. Gianni pasa ambas manos a través de su oscura melena, aturdido, sabiendo bien lo que quiere la niña mujer. Esta misa, su primera en el castillo, que había de ser simple y pura y en la cual había de realizar el sacramento de la Eucaristía con la intachable pureza y sinceridad anímicas que la ocasión merece, adquiere ahora resonancias más profundas: comprende que sus plegarias serán tanto por su propia alma como por las ánimas de su nuevo rebaño.

Denis Hezetre lleva a Raquel al gran salón, a un rincón apartado de los sirvientes, que están levantando los bancos caídos y recogiendo los junquillos y la menta aplastados. Falan vigila desde la puerta mientras ambos se sientan frente a frente, en la argéntea fluorescencia oblonga que cae de una alta ventana. Por un momento, al contemplar a esta joven mujer de fría piel de luna, a quien recuerda sólo como anciana carne marchita, moteada de vasos sanguíneos rotos, a Denis le falta el aire.

«Vuestro hijo planea derrocaros, milady».

Ella le observa con ojos ambiguos, vibrantes de miedo e interrogación. Nunca ha visto él semejante mirada en los ojos de la vieja baronesa, que eran siempre soturnos, pero astutos y maliciosos. «Así lo esperaba. ¿Conoces su estrategia?».

«Una *assise de bataille*».

«Eso es ilegal».

Un destello de asombro turba su rostro blondo. «No necesito recordaros que a Guy nunca le ha importado de ley, sino sólo el poder».

«Pero obedecerá esta ley. No aceptaré semejante *assise*. ¿Por qué debería arriesgar lo que ya es mío?».

«Él desafiará a vuestros caballeros en el torneo que tendrá lugar en vuestro honor».

«Entonces se cancelará el torneo. El papa no los ve con buenos ojos, en cualquier caso. Si a los hombres les sobra ferocidad batalladora, que no la derrochen en justas cuando hay sarracenos aún que desafiar en Tierra Santa».

«Este torneo se anunció ya llegada la primavera en toda la Marca, milady. Hay barones de

camino hacia aquí. Pero, más importante aún, hay que tener en cuenta a los gremiales, muchos de los cuales invirtieron fuertemente en el cerco que habéis desconvocado. No están complacidos y ven el torneo como una forma alternativa de recuperar sus pérdidas. Si se lo negáis, vuestra posición será todavía más insegura».

Con una sonrisa lacrimal, Raquel dice dubitativa, «Me atrevería a decir, Denis, que en otros tiempos no tenías que pensar todas estas cosas por mí. Desde Tierra Santa, he perdido la cabeza para la estrategia».

Denis la contempla curioso; el candor de la mujer resulta inesperado. «La estrategia es lo único que os hará conservar el sitio de estado mientras vuestro hijo sea un enemigo», dice él, gentilmente.

«Hay algo además de la estrategia que puede ayudarme, algo mejor aún, amable Denis: la fe. Conocí bien su poder en Jerusalén».

Denis inclina la cabeza. «Habéis sido glorificada por Dios. Él defenderá vuestro derecho a gobernar».

Raquel asiente con la cabeza, ausente. *El tiempo es mi única defensa. El tiempo que exija reivindicar el tesoro que he ganado y huir de este nido de víboras.*

«Habéis cambiado más de lo que yo podría decir, milady. De verdad, no sois la misma baronesa que rigió este dominio durante treinta años. La gentileza que reconozco ahora en vos mal le sirve a un señor de la frontera. Aunque creo que Dios está con vos, yo... yo temo por vos».

Los ojos de Raquel se agudizan. «Entonces, quizás debería retornar a Tierra Santa y dejar este dominio a su sucesor natural», replica ansiosamente. «Dile esto a Guy, así dormirá mejor».

«Los inocentes son locos, cobardes los sabios... así cantan los viejos bardos galeses». Raquel sonríe. «Una loca si me quedo, una cobarde si me voy. Si piensas tan mal de mí, ¿por qué besaste mi anillo?».

Denis contempla de cerca la mujer de dulces labios cuyos oscuros ojos claros parecen tan turbados como los de una vidente. *¿Tiene Guy razón?, se pregunta. ¿Es esta mujer su madre en verdad? ¿O es que tanto la ha transformado el Grial que se ha convertido en impostora incluso para sí misma?* «Devoción es todo lo que he conocido, milady». «Cierto, tu devoción hacia Guy es famosa, incluso cuando de muchachos él abusaba de ti. Porque tu padrastro era mi maestro de armas Guy lo odiaba... odiaba a todos los hombres próximos a mí tras la muerte de Gilbert. Era un muchacho corrompido y belicoso, mi hijo, y todavía lo es. Yo vi entonces que no podría resistir el impulso de golpearte porque esa era, simplemente, la única manera en que podía herir a tu padre. Sin embargo, me parece recordar que, cuando se fue a Irlanda en busca de aventura, en su decimoséptimo verano, tú te fuiste con él. Esa devoción... ¿nunca se ha cansado?».

La repentina mención de aquel verano toma a Denis por sorpresa. «Nunca», tartamudea.

«Todavía soy el amigo de Guy. Lo seré siempre».

«¿Y no ha habido todavía una mujer que conquistase tu devoción?».

«Vos, milady».

Raquel se inclina hacia atrás, sola de pronto en sus hombros y codos, en las articulaciones de sus dedos y rodillas, sola y sin el dolor que debiera haber allí. Únicamente la vieja baronesa tiene

derecho a esta lealtad y, de pronto, Raquel se siente falsa. Recuerda a Ailenadiciéndole, «El arquero, Denis Hezetre, con su rostro infantil... mi hijo hizo algo más que golpearlo cuando eran muchachos, abusó de él como de una aldeana y descargó en él su lascivia. Los encontré una vez en un pajar detrás de los establos. Guy nunca pareció más pérfido que mientras tenía al pobre chico debajo. Pero Denis, el pobre loco, creía que era amor y lo ha amado siempre desde entonces... aunque la verga que lo domó fue cercenada en Irlanda».

«Me declaro indigna, Denis», confiesa Raquel. «Tienes razón... ya no soy la mujer que fui una vez. No podré volver a serlo jamás. Tu devoción hacia mí te pondrá en peligrosos aprietos con Guy. Ten precaución».

El espacio entre los ojos de Denis, brillante como polen, se crispa. «Yo... yo quiero deciros que sé que vuestro hijo no me ha querido nunca como yo le amo». Pausa, muerde su labio superior; Raquel, viendo su aflicción, desearía que no dijera nada más. «Como hombre joven, tuve locas esperanzas, aparentes gozos que eran ilusiones. Desde Irlanda, hace ya de eso una vida, mi corazón ha estado seco». Su vista cae sobre sus manos unidas. «Tras aquella pérdida, desapareció toda esperanza de ganar su amor como yo lo quería. Sólo ahora, con vuestro retorno... al veros tan maravillosamente cambiada por la mano de Dios...». La mira resplandeciente. «Sólo ahora he sentido verdadero gozo. Porque ahora sé que hay algo intemporal en nosotros. Algo que es merecedor de homenaje. Aun si no sois ni la mitad de soberana que fuisteis, mirándoos sé que esta devoción me devolverá el amor de algún modo».

«Era tan sincero, abuelo», dice Raquel con una voz vacilante. Está sentada en un faldistorio junto a la tronera de la habitación de David. «Tuve que morderme la lengua para no vomitar toda la verdad».

David mira a Raquel, su rostro barbado pintado de pronto por el asombro y un miedo creciente. «Tu corazón ha de ser una muralla, Raquel. No debes sentir piedad por ellos. O estamos perdidos».

Raquel se lleva la mano al rostro y llora. «Ven en mí la mano de Dios. Abuelo, ¿estoy blasfemando contra el Señor?».

«No, mi niña. En todo caso, estás exaltándolo a los ojos de estos politeístas. Ahora su fe despierta». David se le acerca y acaricia reconfortante su pelo. «Y pronto estaremos lejos de aquí, nieta. Mañana recuperaremos las joyas, que son nuestro justo sueldo por el largo servicio a la baronesa, y partiremos. Volveremos a Kfar Hananya y viviremos como el Señor quiere que lo hagamos. Nunca retornaremos. Y la gente de este lugar se quedará maravillada por un milagro que creará de Dios».

Gianni Rieti deja con los villanos la capilla y camina con ellos a través de la puerta exterior del castillo y de la calle de acceso hasta el puente. Están contentos con él, porque la ingenuidad con la que celebró la misa dio al aire que lo envolvía un resplandor de santidad. En el puente, bendice a

los últimos de ellos, que oprimen sus frascos de arcilla con el agua bendita contra sus pechos y parten cantando un himno de júbilo.

Más allá de la calle de acceso están los extensos jardines y vergeles donde Ummu ya lo espera. El enano lo saluda desde los barbados avellanos. Durante la misa, Gianni se ha convencido de que volverá al castillo inmediatamente. Pero ahora, el recuerdo de la esbelta, blonda niña con su lunar gitano bajo el labio lo llama tentador a los árboles.

«¿Es ese que veo un paso vacilante?», se mofa Ummu. «¿O es sólo que vuestro lastre de semilla ahorrada os hace más lento el caminar?».

«La castidad es el compromiso que he asumido, protervo enano». Por más que lo reprenda, está contento de ver a su enano, pues el pequeño hombre a menudo le proporciona buen consejo, aunque su ingenio es sarcástico.

«¿Cuánto tiempo hace que sois casto ahora, padre? Cerca de diez meses, diría. Sin duda incluso los ángeles están asombrados. Ah, pero vuestros sueños deben de ser ciertamente pecaminosos. Tan perversos que no alcanzo a vislumbrarlo. Magníficos rivales de vuestras proezas».

«Tristemente verdad, muñón. Me despierto afiebrado cada noche, excitado como un colegial. Pero he vivido como maese Pornic me instruyó. Guardo la lascivia dentro de mí, aunque quema, Ummu, quema como un fuego desbocado».

«¡Un auténtico San Antonio! Pero no es un sueño lo que os aguarda entre los sauces».

«¿La has visto?». «Mientras vos transformabais agua clara en agua clara, he estado observándola, así es. Camina arriba y abajo, incansable... y sola. Su caballo está atado a la sombra de un árbol, no lejos de ella pero tampoco a la vista, donde su criada de confianza mantiene vigilante el ojo. Sin duda a causa de la madre de la joven casquivana... Hellene, cuyo nombre es pura ironía con ese ojo pétreo como Medusa».

«No tendría ninguna razón para preocuparse, si supiera lo que ocurre», dice Gianni. «Sólo pretendo hablar con la muchacha».

«Hablad todo lo que queráis, padre. Estoy seguro de que las respuestas de la lady os complacerán más de lo que pensáis».

A través de los avellanos, Gianni divisa el hirsuto saucedal. «Trata de estar tanto tiempo vigilando por mí como vigilándome a mí, por favor», suplica.

«Así lo haré... si vos, cuando menos, prometéis hacer algo digno de ser espiado. He estado muy aburrido estos últimos diez meses».

«¿Dónde está Ta-Toh?».

«En los cerezos, sospecho».

«Mantenlo cerca. No quiero que asuste a la muchacha o los caballos».

Gianni Rieti sacude las arrugas de su túnica negra y avanza hacia los sauces. Madelon se tensa cuando lo ve aparecer, pero su serena sonrisa y flagrante reverencia la tranquilizan.

«Me llamasteis aquí, dulce señora, y estoy contento de acudir».

«Me honráis, padre. No estaba segura de ser digna de vuestra atención».

«Vuestro encanto es digno de mucho más que lo que yo puedo ofreceros». En la luz moteada,

partes de él brillan más vívidamente: la limpialínea de su mandíbula con su barba finamente recortada, los suaves bucles de su pelo endrino, la fulgurante energía compacta en su ojo. «Os lo ruego, no me llaméis padre. No vine aquí como sacerdote».

Ella contempla su afilado acero, el arma de empuñadura de ónice que ha portado en cada misa celebrada desde que realizó sus votos para liberar el Santo Sepulcro. «¿Estáis aquí como caballero, entonces?».

Gianni mira hacia abajo, a sus botas, avergonzado. «Estoy aquí como lo que soy».

Madelon se acerca más a él y posa una mano en la cruz escarlata sobre su corazón.

«¿Pasearéis conmigo y me hablaréis de vos y de las maravillosas tierras por las que habéis viajado?».

Gianni separa las cortinas del sauce y ascienden la ladera encespada de una colina hacia unos olmos venerables, hablando de las Cruzadas, que empezaron cuando estos árboles eran meros pimpollos, hace más de un siglo. Más allá de los olmos, parterres de flores adornan los campos entre los árboles frutales, y los campesinos se encorvan aquí y allá entre extensiones de lirios, caléndulas, amapolas, narcisos y flores de acanto.

Madelon inquiere cómo un hombre tan sorprendente llegó a ser sacerdote y él le cuenta la historia de su huérfana infancia entre los frailes, demorándose particularmente en los pecadillos que le obligaron a ordenarse. *Si conoce la verdad de mi persona, de mi lascivia, se protegerá de mí,* razona, *y mis votos no se romperán.* Describe sus amoríos con descarnado detalle, interpretando como repulsa la pálida expresión de la muchacha y sus ojos bien abiertos.

Simón el Corcovado, el jorobado jardinero, ignora a la pareja cuando pasa cerca de él y se aplica, asiduo, a sus injertos, maridando pera y ciruela, membrillo y melocotón, levantando la vista sólo una vez cuando un diablejo malcarado en ropas de escudero se escabulle entre los árboles seguido por un mono que viste de forma llamativa.

En un herbazal exuberante de lechuga, brezos y hierbabuena, Gianni completa su sórdida historia con un minucioso recuento de sus correrías en Jerusalén. Una vez acabado, se inclina ante la boquiabierta doncella y se da la vuelta para alejarse, orgulloso y reconciliado.

Pero Madelon no está tan alarmada como sorprendida; aquí, en su propio castillo, entre los toscos guerreros y rudos pajes que prestan más atención a la carne equina que a las mujeres, hay un hermoso caballero que conoce los misterios del romance, que puede satisfacer su inquieta curiosidad por los enigmas del amor e iniciarla en su feminidad, antes de que su madre consiga casarla con algún conde rico y cascarrabias. El que este encantador caballero fuese un sacerdote le había parecido una insuperable dificultad... hasta que oyó su historia y comprendió que no había sido llamado por Dios, sino que se había hecho cura por error.

Toma su brazo y lo conduce alrededor de un denso seto hacia el extremo asilvestrado del jardín, donde crecen enredadas madreselvas y oxiacanta, lejos de la vista de los labriegos. «Cómo habéis sufrido», susurra, acercándose a él. «Dios no os quiere como sacerdote, ¿no lo veis? Esa es la razón de que os escogiese para estar en el Sepulcro la noche del milagro de mi bisabuela. Dios quería traeros aquí, a mí, para ser curado de vuestro sufrimiento».

La boca de Gianni flaquea. «Yo... Yo no pensé...». «¿Cómo podrías haberlo hecho, pobre

loco, víctima de vuestras pasiones? Habéis estado guiado por el engaño y el error toda vuestra vida, asiduo de la lujuria pero sin conocer el amor. Ahora podéis ser curado, aquí en mis brazos. Podéis apartar la espada y la cruz. Las necesitaréis como protección ahí fuera. Pero aquí, conmigo, estáis seguro por fin. Podéis ser vos mismo ahora. Podéis ser mío».

Gianni lucha por no jadear. «¡Soy... un sacerdote!». «De nombre quizás, pero en espíritu sois un hombre del mundo, con todos los deseos que eso conlleva. Vuestra historia me lo ha dicho». Le mira ansiosamente. «¿Soy demasiado audaz? ¿Quizás no me encontráis hermosa?».

La boca de Gianni labora sin producir sonido antes de espetar, «Sois muy hermosa».

«No puedo esperar que me salvéis de mi destino», dice ella con los ojos bajos.

«Infaliblemente habré de casarme con algún noble insoportable y de mala digestión. Pero antes de eso, antes de pasar el resto de mis días conociendo sólo los rituales del amor, quisiera que vos me mostraseis la pasión del amor». Se muerde el nudillo y lo mira con ojos asustados. «Soy demasiado audaz. Debéis de pensar que carezco de virtud. Pero no es así, Gianni. ¿Puedo llamarte Gianni? Tú eres el primer hombre que ha despertado en mí la esperanza de un romance».

El chillido atiplado de una mujer penetra el seto. Madelon asoma la cabeza por la esquina del muro vegetal y, cuando vuelve a mirar a Gianni, su rostro arde. «Mi tía Leora viene a coger flores con los niños. No deben vernos juntos todavía. Te haré llamar cuando podamos volver a estar solos otra vez».

Madelon le besa el rostro y parte con un suave correr. Al cabo de un instante, Ummu llega anadeando desde el seto, mordiéndose el nudillo para no estallar en carcajadas, y Ta-Toh salta a los brazos de Gianni para besar su mejilla pálida.

Un búho ulula, misteriosamente, desde un ciprés al mediodía, y Dwn, que está en el jardín exterior recogiendo flores para el dormitorio de su señora, se endereza, alarmada por el mal presagio. Blythe, la pequeña cuya labor de punto supervisa la anciana, no lo percibe; con la lengua asomándole por la comisura de la boca, da una puntada tras otra con atención fiera. Dwn se vuelve para llamarla de su labor, cuando una sombra se agita bajo el ciprés y susurra su nombre.

Erec Rhiwlas hace una seña a la anciana. Se sienta al otro lado del árbol, sobre su rollo de pieles, vestido aún con las ajadas ropas de un curtidor de los montes.

«Deberías haberte ido hace tiempo de este lugar», le reprende Dwn con una mano sobre el pecho para calmar su corazón. Aunque ahora ve por qué ululó el búho de día, perturbado en su sueño por un galés merodeador, para ella esto sigue siendo un ominoso portento. «Si el jardinero te ve, llamará a los *serjants*».

Erec abre ante ella los brazos con burlona inocencia. «Sólo soy tu primo». Se yergue y se apoya en el árbol, grandes de asombro sus ojos verdes, e indica con el rostro la bandera del Cisne, que tremola sobre el castillo: «¿Es verdad entonces, prima, lo que he oído en la aldea? ¿Que la baronesa ha derrocado al Lanfranc?».

«Es verdad. Y ha levantado el cerco de Neufmarché. Y devuelto a las tribus los prados de la ribera».

Erec sonríe con amplitud y golpea con gozo el tronco del árbol. «¡Es el milagro de nuestras plegarias! Debo encontrarme con ella... y mi padre también. Howel la conoció en los viejos tiempos».

Dwn menea un dedo nudoso. «No aquí, ni ahora. Guy no ha rendido gozoso su sitio de estado. Jura que no es su madre».

«¡Ese es el hijo del Diablo!», constata Erec. «¿No tiene amor de Dios? Este milagro tiene que resultar una maldición para él».

«Temo por mi señora», susurra Dwn. «Conozco a Guy y a su maestro de armas, y sé que a estas horas estarán tramando alguna maldad contra ella».

«Entonces debo verla y ofrecerle mi espada».

Dwn lo observa con astucia, calma y atenta como una garza. «¿Es su amistanza hacia las tribus o su belleza lo que te mueve, Erec Rhiwlas?».

«Esa es una feliz unión, ¿no crees, abuela?». Sonríe Erec chulesco. «Tienes que concertar un encuentro».

Dwn menea la cabeza. «No seré yo. En todos nuestros años juntas, jamás he pretendido guiar a Ailena en asuntos de estado o de amor. Concierta tú mismo el encuentro, bravo Erec. Ella parte para la abadía de la Trinidad mañana por la mañana».

«Se lo diré a Howel». Erec se acerca a ella. «Pero dime ahora, Dwn. Tú has estado con esta joven todo un día: ¿es realmente la baronesa Ailena?».

«Oh, sí. Sin duda es la Sierva de los Pájaros. Pero ha cambiado más que en la carne».

«¿Cómo? ¿Cómo ha cambiado, Dwn?».

Los ojos ámbar de la anciana se oscurecen. «Eso no lo sé con exactitud. Su apariencia y su voz son las mismas. Se comporta como antes. Pero hay algo más sereno en ella... como si, incluso despierta, se encontrase a la orilla de un sueño».

El cielo es la melena de un dragón cuando Dwn retorna al *palais* al final de su largo día con las niñas. Sintiendo ligera de gozo, casi flota al subir la pétrea escalera de caracol. Clare y sus hijas, Hellene y Leora, han aceptado su vuelta tan generosa y completamente que los diez años en el estercolero parecen poco más que un mal sueño, aunque la suciedad se obstina aún en seguir incrustada en las grietas de sus manos. Hoy ha ayudado a las pequeñas a hacer punto y teñir, y, tras su inesperado encuentro con Erec el Bravo, ha ido a recoger flores con las más jóvenes, y compartido con Clare y Gerald una cena de codornices asadas en salsa de cereza, bajo los olmos.

Pero ahora, a las puertas del dormitorio de Raquel, se detiene percibiendo algo extraño.

No la perturba hallar a Falan Askersund con la frente pegada al suelo, los riñones alzados, rezando a su pagano dios. Pero algo está fuera de lugar al otro lado de la puerta cerrada. De algún modo, lo siente... tan privado el aire y calmo, que nota pesada la cabeza al respirarlo.

Falan abre la puerta para ella y Dwn se aclara la garganta suavemente antes de entrar. Las llamas anaranjadas de la tarde en las ventanas majestuosas colman de resplandores la cámara. Las cortinas del lecho están abiertas y Raquel yace al pie del colchón, encorujada, brillante el rostro de

lágrimas.

«Sierva de los Pájaros, ¿estás enfadada conmigo por haber pasado todo el día lejos de ti?».

Las palabras en galés deben viajar un largo camino para llegar al lugar en Raquel donde pueden ser entendidas. Desde su entrevista con Denis Hezetre, una absorta angustia la ha poseído.

Como si una niebla se hubiese alzado de pronto en su cabeza, comprende que es sólo una mujer.

¿Quién es ella para hacerse pasar por un milagro de Dios? Abrumada de vergüenza, ha yacido aquí durante horas, retornando al momento en que el fraude empezó, años atrás, justo cuando ella se hacía mujer; ha estado volviendo al día aquel en que entró a rastras en el vientre del caballo muerto y permaneció allí, simulando estar viva cuando todo el resto de la familia había muerto.

No, no todos, se repitió a sí misma una y otra vez. El abuelo había sobrevivido y decía que Dios no estaba ofendido por el fraude que ella representaba. La risa frente a este pensamiento se había roto en lágrimas muchas veces ya, y ahora permanece sumida en la milagrosa arrogancia de estar viva, de no ser sino Raquel, desnuda bajo sus finos ropajes y sola con la muerte.

Una música inmensa se mueve a través de ella, como el sonido del mar, olas de claridad que refluyen al dolor. Durante largos minutos, está lúcidamente calma. En esa lucidez cegadora, no ve otro camino: sabe que no tiene más elección que muerte o vida. Debe simular que es la baronesa o morirá, ya sea a manos de estos guerreros cristianos o, de un modo más lento, en los largos vagabundeos de la pobreza. El pensamiento de los suplicios de su abuelo, después de todo lo que ha sufrido ya para traerla hasta aquí, la arrastra de sus sentidos a un profundo dolor.

Lágrimas abrasan su rostro. No quiere volver a ser Raquel nunca más. Detrás de sus ojos cerrados aparece el Grial, escaldado con luz de oro, lacerandole con su radiación el cerebro. La copa se inclina hacia ella... y *sangre* derrama, irisada por los rayos del sol. Ella se asusta, sus ojos se desciern de golpe, y ve a la anciana de pie ante ella.

«¿Ailena?». Dwn se sienta a su lado y le carmena el cabello. En lengua de oc, pregunta,

«¿Soy yo quien te he herido, Ailena?».

«No». Raquel se desovilla, limpia de sus ojos la niebla y se sienta derecha. «No, tú no me has herido, Dwn».

«¿Qué ocurre entonces? ¿Por qué lloras?».

Raquel lanza su mirada al cielo purpurante. «Soy... un desatino, Dwn. Soy toda un desatino».

Dwn cloquea, aparta los húmedos mechones de pelo de la frente fría de la muchacha. Al tocarla, percibe que, ciertamente, algo anda mal... un error del alma que asola este cuerpo y asombra el alma con el frío de muerte en esta cálida noche de Junio. «Estás preocupada porque todo ha cambiado. Mírame, mira lo que la tierra dura y fiera ha hecho conmigo».

«Tú eres hermosa», dice Raquel con convicción, y aferra su mano costrosa. «Tú eres verdadera. Tú eres tú misma».

«Como tú, mi señora».

«No, no. Yo soy... una mentira, Dwn».

En la penumbra creciente del crepúsculo, Dwn efunde una mirada intensa y de nuevo reconoce todos los detalles, el mentón hendido, el labio superior protuberante, la nariz longa y la ancha

frente teñida de la última luz. «Eres la mismísima Sierva de los Pájaros. Lo recuerdo bien, aquellos largos años de otro tiempo».

«Pero no lo soy. Soy otra persona», dice Raquel con voz entrecortada, y se arroja llorando al lecho.

«¿Quién eres tú?», pregunta Dwn amablemente.

Raquel cierra los ojos. El Grial no está... pero la sangre permanece. Un charco carmesí refleja su rostro y, tras ella, el del abuelo. Las facciones del anciano, talladas por el dolor, con ella litigan para hacerla callar. Un espasmo de miedo la dobla hacia delante; siente la pegajosa calidez de la sangre en su faz. Esta es la sangre del Grial, la sangre que ha comprado su mentira, que la ha convertido en baronesa. Sabe que es la sangre de su familia y la sangre de Ailena Valaise, inextricablemente mejidas. Se aparta con repulsión, y ve otra vez a su abuelo reflejado en la sangre derramada. En el fulgor de un rayo tajante, recuerda sus años de leñador, o cavando tumbas, o buscándole un marido... como cualquier paisano rudo porque su vida como terrateniente, como hijo y nieto de terratenientes y eruditos, había acabado en nada. Alza ella la mirada y su rostro es frágil, estrellado de lágrimas. «No puedo decir la verdad». Extiende hacia Dwn los brazos y entierra su faz en los hombros de la anciana, murmujeando una y otra vez, «No puedo decir la verdad. No puedo decir la verdad».

Dwn la calma con mano cariciosa y con una tonada tierna, mimosa y bisbiseante, sintiendo en todo instante cómo el viejo cuerpo se adensa a medida que llega la noche. La verdad drena de repente toda la ligereza de la carne de Dwn y se sienta, pesada con todos sus años, sabiendo ahora que no ha habido ningún milagro. No ha existido la visitación del Grial, ni el mandato del Salvador del Mundo. La Sierva de los Pájaros no ha retornado. Esta es alguna joven, gentil pero extraña, que Ailena ha sometido de algún modo a su propia voluntad. La revelación comporta un suave horror, cuando comprende el terrible peligro en que está la doliente muchacha.

Cuando los sollozos de la mujer acaban por serenarse y Dwn sabe que puede oírla, le susurra en la oreja, «La verdad no importa, Sierva de los Pájaros... o quien quiera que seas. Escúchame ahora, dulce niña, escúchame con atención y recuerda esto siempre. La verdad no importa en absoluto, sólo lo que hacemos con ella importa».

David se despierta de pronto y ve a Falan inclinado sobre él, con su silueta de larga cabellera desmadejada iluminada desde atrás por la luz trémula de una lámpara de aceite. El caballero muslim retrocede, Raquel se aproxima y lo despide. «El alba está cerca», dice y cuelga la lámpara en el gancho de la pared tras la cama. «Me iré pronto».

«Me vestiré», dice David y se sienta, ebrio de sueño. Una sensación de mareo lo posee, gira en él, atorbellinada, y la fría humedad de la piedra del castillo parece soplar a través de sus huesos. «Deberíamos partir temprano».

«No, abuelo. No es necesario. Quiero que te quedes aquí en el castillo».

David se inclina al frente para expulsar el vértigo de su cabeza y hace como si limpiase de su rostro el sueño. «Me necesitarás en esta excursión. La abadía está a una jornada a caballo. Yo

puedo ayudarte».

«Mis caballeros me ayudarán».

La voz compuesta de Raquel alerta a David, le avisa de algún cambio, y observa a su nieta con mayor detalle. La angustia que la atosigó ayer, después de su conversación con Denis Hezetre, se ha distendido, y ha desaparecido aquella obstinada distancia de su mirada. Ahora, ella le observa con gentil preocupación, quiescentes los ojos que la lámpara enciende. *La magia de Karm Abu Selim*, piensa.

«Tú estás cansado aún de nuestro viaje formidable desde Jerusalén», le dice quedamente.

«Quédate y descansa porque, cuando retorne con las joyas, deberemos hacer ese duro recorrido otra vez».

«Tengo que ir contigo», insiste David. Desafía a la náusea de su cuerpo y se incorpora, tembloroso. «Necesitarás mi apoyo y mi consejo. La abadía es un nido de fanáticos. Te interrogarán a fondo».

«No te preocupes por ello, abuelo. Ahora soy la baronesa. No aceptaré más desafíos a mi autoridad».

«Entonces, tu inquietud por el engaño, que tanto te turbó ayer, ¿está dominada?».

«He hablado con Dwn», responde, «de la verdad».

Miedo lo apuñala. «¿Le has dicho la verdad?».

Raquel sonríe y posa una mano alentadora en el puño que el anciano ha cerrado sobre su corazón. «No, abuelo. No te asustes. No se la he dicho... aunque creo que sabe».

David presiona sus sienes con los puños y le rechinan los dientes. «¡Estamos en sus manos!».

«No. Ella ama a Ailena lo bastante como para guardar nuestro secreto. Ni una amenaza ha salido de ella. Ni siquiera ha dicho que lo sabe. Y me ha ayudado a ver que, por el momento, soy la baronesa. Esto es lo que quería Ailena. Esto es lo que ha ocurrido. Y, por ahora, es la verdad».

«Eso está bien, sin duda», dice David nerviosamente. Toma las manos de la mujer, la turbación surcándole el rostro. «Pero aún eres vulnerable a las dudas de tu corazón. Mejor que yo esté a tu lado».

«No. Tú te quedarás y descansarás. No tardaremos mucho en irnos de aquí después de mi retorno». Su semblante posee una implacable convicción. «Confía en mí, abuelo. Ailena ha logrado ya su venganza. Su hijo ha gustado la humillación. Esta era toda nuestra deuda con la baronesa y todo lo que su gélido corazón quería. Ahora recogeré nuestro tesoro y Guy Lanfranc podrá tener su baronía otra vez, acaso más sabio después de haber sufrido el arte desalmado de su madre».

Los animales se hallan reunidos en la plaza al alba para el viaje de la baronesa a la Abadía de la Trinidad. Se retiene a los camellos detrás de los establos, pues su mal temperamento perturba a los caballos. A intervalos inesperados y sin provocación, sus cabezas, engañosamente indiferentes y soñolientas, serpentean para fustigar a un caminante.

Con experta autoridad, Falan hace arrodillarse a los camellos; supervisa la carga de

provisiones en uno de los animales y la colocación de una silla especial y unas bridas borladas en el otro.

Lánguida y solemne se siente Raquel. Lo que Dwn le dijera la pasada noche le ha dado nuevas fuerzas: *La verdad no importa... sólo lo que hacemos con ella*. Alza su rostro hacia el túnel de fuego sobre las murallas orientales, poniendo a prueba su resolución. Sí, se da confianza a sí misma imaginando que el sol es un Grial gigante que en su poder la abraza: la verdad de la baronesa la colma esta mañana. Está dispuesta a representar su papel.

Dwn le sonrío, incapaz de apartar sus ojos de ella, fascinada y hondamente conmovida por la mimesis tan precisa de su señora que es esta mujer. Pero sabiendo ahora que no es Ailena, no puede dejar de notar las sutiles, vitales diferencias: la quijada, ligeramente más ancha; los dedos, más largos y afilados; la ausencia en sus ojos de aquel destello astuto. Dwn intuye que esta extraña está aquí sólo porque Ailena aquí la ha puesto: un instrumento con el que hacer cumplir su obstinada voluntad. Y, aunque la entristece el hecho de que no haya habido milagro ni Grial que redimiesen a su señora, en el fondo de sí está misteriosamente exultante de que la Sierva de los Pájaros haya encontrado al fin y al cabo un camino para retornar y deshacer el daño que dejó al partir.

David y maese Pornic emergen de la capilla, donde han estado rezando juntos después del servicio matinal de Gianni Rieti para los miembros de la casa de la baronesa. Al principio, David se sintió incómodo entonando los nombres del Dios Uno en un templo pletórico de ídolos, con las múltiples deidades que los gentiles llaman santos. Pero maese Pornic fue capaz de conmoverlo con su sinceridad, hasta que finalmente David recordó Ezequiel 45,1: *Santo de los Santos en todas las direcciones*. Con Gianni Rieti manteniendo el rollo alzado para él, sofocó la náusea y desazón que lo acompañara varios días y leyó unos pocos pasajes en voz alta; luego, escuchó paciente al abad invocar las bendiciones de Dios y Su Hijo y el Espíritu Santo.

Cuando se acercan, Raquel y Dwn saludan cortésmente a los hombres de Dios. David, alentado por la confianza de su porte y la dura claridad en sus ojos, promete que pasará todo el tiempo de su ausencia orando por su retorno.

Harold Almquist permanecerá también en el castillo, por si se produjera en su ausencia un ataque por parte de los galeses o de Branden Neufmarché. Cuando Raquel se aleja despidiéndose de él con la mano, y de su abuelo, y del abigarrado grupo de los miembros de su familia reunidos en los peldaños, percibe los ojos de ternera con que Madelon admira a Gianni, que en ese instante deja la capilla con las espuelas cascabeleando y evitando tenaz la mirada de la muchacha. Raquel se vuelve hacia Dwn; la anciana sonrío con perspicacia y le susurra, «No hay duda, la corte de amor ha abierto sesión».

Gianni se despide de su enano, acaricia la cabeza rizada del pequeño hombre porque da suerte, y guía a Raquel hacia el resto de los caballeros. Forman estos un grupo deliberante mientras los escuderos acaban de ensillar los caballos y uncir los bueyes al carro que transportará a la baronesa. Sólo Denis se inclina ante ella. Y sólo después de que Raquel les haya dirigido una mirada significativa, conceden William Morcar y su adusto hijo Thierry el más superficial de los cabeceos.

«¿Necesitamos una compañía tan grande para una breve visita a la abadía?», pregunta con ingenuidad.

«Los montes están llenos de predadores galeses, milady», responde Denis. «Nuestra compañía es pequeña en realidad para el peligro que entraña este viaje. Pero sería insabio dejar el castillo sin hombres suficientes para defenderlo, en especial ahora, que Neufmarché tiene la oportunidad de desahogar su hostilidad».

«¿Acaso querría la baronesa reconsiderar el abandono de su fortaleza?», pregunta Guy inquieto, y lanza una mirada astuta a Roger Billancourt.

«Vuestra seguridad no puede ser garantizada en esos montes», dice Roger huraño.

«Confío en que mis caballeros preservarán mi seguridad», replica ella con bravura; luego exige a Guy, «Muéstrame tu reparación a Neufmarché».

Guy se contiene al oír el tono de la mujer y sus ojos se estrechan antes de abrir las alforjas de su caballo. Dentro hay tres rollos de piel —marta blanca, negra cibelina y armiño, el precioso pelaje de la corneja blanca de esos países sombríos llamados Rusia—, todos ellos presentes de homenaje que ha reunido a través de los años, por medio de sus ataques depredadores a las baronías vecinas. Rendir estas cosas es ya una profunda humillación; revelárselas a toda la plaza sólo ahonda la vergüenza de su pérdida. Roger le había aconsejado negarse a pagar cualquier reparación. Pero Guy sabe que la Imitadora hallaría en ello amplio pretexto para exiliarlo, y deponerla desde fuera de las murallas del castillo sería una labor mucho más ardua.

«¿Y el dinero?», pregunta Raquel.

«Aquí está».

«Muéstramelo».

Las aletas de la nariz del barón lividecen de rabia contenida. Mete la mano en la alforja y la saca con una hinchada bolsa de cuero. Raquel hace una señal a Gianni para que la inspeccione y el sacerdote toma la bolsa, la abre y dedillea las monedas de su interior. «Por lo menos, treinta piezas de oro, milady», calcula.

«Treinta y seis», dice Guy bruscamente. «Todo lo que ha quedado después de pagar a mis hombres».

«Consideraremos este pago una parte», dice con frialdad Raquel, «de lo que Branden Neufmarché considere justo y propio». Siente a la vieja baronesa vibrar en su sangre con altiva satisfacción cuando Guy se tensa y Roger frunce el ceño. La anciana había sido muy clara en lo que atañía a privar a Guy de fondos que este pudiese emplear en su contra. Mira alrededor, a los pasmados caballeros. «¿No deberíamos partir ya? El sol no se detendrá por nosotros».

Los camellos de Falan se levantan y, desde la cima de su montura, el musulmán ayuda a Raquel, Dwn y maese Pornic a trepar al carruaje, cuyos cobertores de piel están recogidos.

Cuando el carro se pone en marcha traqueteando, Raquel sostiene un instante la mirada preocupada de su abuelo, antes de volverse hacia el portero y ordenarle que abra las puertas.

David, arrebujaado en su chal de oración, está sentado en el escritorio ante la ventana de su cuarto. Desenrolla un pergamino castigado por los bordes y esquinas donde escribe sus breves plegarias, creyendo que las palabras escritas conjuran el poder de Dios.

Con el sol flechando sus rayos sesgados por encima de su hombro e iluminando el pergamino, David levanta su estilo de la piedra de tinta y escribe la palabra que la vieja Dwn le dijo a Raquel en su angustia: verdad.

Verdad: tres letras, la primera, la central y la última del alfabeto, escritas de derecha a izquierda, t m a (aleph, mem, tau), el principio, el medio y el fin de todas las cosas. Y mientras escribe estas letras en el pergamino, como brotando del resplandor del sol David pronuncia:

«Emeth...», y luego la variante hebrea de esta palabra que los gentiles llegaron a preferir, «amén».

Con los cerdos expulsados del castillo formando una piara resollante delante de ellos, el cortejo de la baronesa cruza el puente de peaje sobre el Llan precipitoso y entra en la aldea de humildes viviendas. Los villanos, avisados dos días antes de que la baronesa pretende regalarles los puercos de Valaise, están reunidos a lo largo de la infirme avenida, vitoreándola con entusiasmo.

Al mismo porquerizo del castillo se le ha otorgado una parte del rebaño y su propia parcela cerca de la villa, y alegremente supervisa la equitativa distribución de los animales entre los agradecidos aldeanos. Mientras el carro de bueyes avanza tambaleante por la avenida abajo, flores silvestres lapidan a la baronesa y su compañía. Guy y Roger abren camino a través de la muchedumbre con sus caballos pero, incluso cuando la aldea ha desaparecido de la vista tras ellos, son fustigados por los gritos en honor de la baronesa: «¡Valaise! ¡Valaise!».

La luz de media mañana levanta una neblina violeta de los valles abolsados y de las hondas gargantas de la tierra inculta. Mirando más allá del dédalo de montes tortuosos y de los estratos de las nubes, Raquel experimenta algo incomprensible para ella en la audible quietud: la temible enormidad de un secreto deseo en las verdes llamas de los árboles y en las flores como estrellas titilantes en los flancos de las montañas. Por primera vez desde el horror, se ve transportada de vuelta en su corazón al místico gozo que conoció en su otero escondido de Lunel.

Un secreto ensueño cifra su propio significado en el carcomido corazón de las rocas erosionadas y en el agua espúmea que cae libre, trazando en el aire un argénteo escrito vertical. Siente que tanto ella como los demás están suspendidos en un inexpresable pensamiento de la mente de Dios.

Entre las sombras arrojadas por las nubes sobre las faldas de las montañas, Raquel vislumbra un babel de cabañas junto a un río amarronado que viborea como la bíblica vara de Aarón ante el soberano de Egipto. Un estrecho sendero conduce ladera abajo desde el camino general hasta la aldea del río. Raquel la señala y dice a los demás que quiere ir allí.

Maese Pornic tira de las riendas para despaciar el paso de los bueyes, se torna y sacude la cabeza. «Esa es una aldea galesa, señora. No seremos bien recibidos ahí».

«¿Está en mis dominios?».

Denis mira hacia detrás sobre su hombro y asiente. «Sí, milady, los desplazamos de los prados

bajos la pasada primavera».

Raquel, adoptando la postura imperiosa de la baronesa, se vuelve hacia Dwn. «Tengamos una prueba de la famosa hospitalidad galesa, ¿no te parece?».

«La Sierva de los Pájaros fue siempre bien recibida en los villorrios de nuestra gente», responde Dwn, humilde, en galés.

Hilando cuidadosamente su camino por el estrecho sendero abajo, Guy y Roger se dejan adelantar por la compañía, las manos en las empuñaduras de sus espadas, y permiten que Denis y Gianni la guíen. Al ver los camellos aproximarse, la gente desciende de sus campos, de sus chozas de cañas y barro, y los contemplan boquiabiertos. Y, en cuanto pueden oírlos, Dwn, contenta de representar su papel en la estrategia de su señora, no puede resistirse a exclamar triunfante: «¡Saludos de la Sierva de los Pájaros, que ha retornado de Tierra Santa, rejuvenecida por el Santo Grial!».

Cuando el carro de bueyes se detiene bamboleándose en un descampado de lodo sedimentado delante del villorrio, Raquel se levanta y saluda a la gente en galés, ofreciéndoles un humilde presente de la tierra donde Jesús vivió: cestas de higos y dátiles, que les entregan sus acompañantes.

La gente, vestida de pieles y con el pelo cortado a lo paje sobre sus ojos y orejas, recibe los frutos extraños con manos trémulas, pues creen que estos alimentos, cultivados en la tierra sagrada, son sin duda santos. Lágrimas cintilan en los ojos de las mujeres y las miradas amargas de los hombres se ablandan. Los niños pequeños se ocultan detrás de sus madres mientras los más mayores rodean, cautos, a los camellos y al caballero enturbantado.

Una vez que su asombro declina en un espíritu convival, algunos de los aldeanos se adelantan tímidos para invitar a la baronesa a sus casas. El abad, Dwn y el caballero muslim deciden acompañarla, mientras que el resto de los caballeros aguardan inquietos junto a sus caballos, manteniendo un ojo alerta a los bosques de los montes circundantes por si hubiera signos de guerreros. Un arpa llega al terreno donde se han reunido la baronesa y el abad con el jefe de la aldea, y con su dulce acompañamiento, el grupo comparte pan de avena, leche bebida en grandes cuernos de macho cabrío y boles de queso, tallados a partir de nudos de raíz.

Sólo después de haber comido se decide el jefe, sentado en un austero taburete, a dirigirse a la joven baronesa con preguntas sobre su viaje y las maravillas que ha experimentado.

Raquel cuenta su historia y, mientras habla, la absoluta simplicidad de la gente —con sus olores a niebla de río y a pieles curtidas, su taciturno balanceo intoxicado de temor, sus ojos como heridas de suave luz percibiendo la verdad en aquello que ella misma no puede creer— la hechiza completamente y la somete al mismo embeleso de sus oyentes.

La amabilidad de los galeses, la gracia jubilosa con que reciben la devolución de las tierras que Guy y sus caballeros les arrebatara a través de los años redime a Raquel de todo mefítico sentimiento sobre su propio fraude. Cuando abandona el villorrio, seguida montaña arriba hasta el camino general por la gente del clan cantando, se siente casi ebria de libertad respecto de la culpa

que la perturbara desde el día anterior con Denis. Aun a pesar de la mirada pétrea de Guy y de Roger Billancourt, que gruñe para sí, ella sabe que su actuación como baronesa ha obrado algún bien... al menos durante el tiempo que esté aquí.

Poco después del mediodía, aparece entre los montes el castillo de Branden Neufmarché.

Campos pisoteados, una catapulta abandonada y los restos de un muro derribado atestiguan el abortado cerco. Ninguno de los caballeros se acercará al castillo; y en la cresta de una colina, fuera del alcance de las ballestas, la grímpola del Cisne es desplegada a la brisa del verano.

El mismo Branden Neufmarché sale a su encuentro, acompañado por dos caballeros y cuatro *serjants*. No se parece en absoluto al Drew Neufmarché de la frente regia, el pelo negro-cuervo, la nariz aquilina y la dura quijada que Ailena amara durante tres décadas sin sanción matrimonial. Su hijo tiene el pelo color fresa, grasienta la piel y marcada de viruela, y un rostro sin mentón, como el de un sapo. Con petulante ansiedad hace amblar a su caballo por delante de Guy y Roger, airado y nervioso al mismo tiempo. No se aproximará lo bastante como para recoger las alforjas que Guy le ofrece con un destello despreciativo en los ojos. Su *serjant* se acerca para recibirlas, pero Guy retira su mano. «Tómalas tú, Branden».

Con pasos menudos y aprensivas miradas, Branden caza la bolsa y se retira apresurado.

«Que esto sea un signo de paz entre nosotros», anuncia Raquel con voz sonora.

Branden la contempla incrédulo. Recuerda a la baronesa como una tarasca encorvada y sarmentosa con el corazón de piedra. El que los rumores de su rejuvenecimiento pudieran ser verdad estraga de desespero su corazón: ¿Qué Dios tendría misericordia de ella? No cabe duda, es un vástago del Diablo.

«Tu padre y yo éramos amigos», añade Raquel cálidamente. «Que no haya hostilidad entre nosotros».

Agrio desdén alza el labio de Branden, revelando densas encías y dientes diminutos. «Yo no soy mi padre», dice, y parte al galope, arrojando una mirada sesgada y nerviosa por encima del hombro.

Un viento ominoso ha seducido a nubes tormentosas haciéndolas emerger de los montes y un sol gris se arrastra cielo abajo. El carro de bueyes, virando por precarias sendas zigzagueantes de las montañas de Epynt, está a menos de una hora de camino de la remota abadía de la Trinidad. Sin embargo, todo lo que alcanza la vista son escarpados despeñaderos salpicados de cabras solitarias y, mucho más abajo, gargantas rocosas donde espinos retortijados cuajan su ira entre peñascos destrozados.

Thierry, que con su padre, William, forma la retaguardia, sabe que su negro instante ha llegado. William le mostró ayer la necesidad de hacer caer el carro cuando hubiesen alcanzado los senderos altos. «El poder no se da, se toma», le había dicho siempre William, y esto cobraba mayor sentido ahora que el Diablo había devuelto a su pérfida bisabuela, la vieja bruja cuya maldición condenara a su marido y cuyas malas mañas fuesen la tortura cruel de su tío abuelo Guy. Ahora era el momento de ganarse el amor de su tío; su único miedo era que el santo varón

cayese al abismo con la hija del Diablo. «El abad tendrá en sus manos las riendas», le había alentado William. «Y si las suelta, sabremos por lo menos que irá directo al cielo. Su alma te bendecirá por despachar la Imitadora al infierno».

William había planeado llevar a cabo él mismo la misión, pero comprendió que el mayor peligro estaría en contener el sable de Falan. Para ello, coloca su corcel detrás del camello de Falan y cuando, en una curva crítica sobre un precipicio vertical, Thierry se lanza hacia delante con un torvo grito como para controlar a su caballo pavorido, William avanza impidiendo al caballero musulmán tornarse en el angosto camino.

Simulando perder el equilibrio Thierry se deja caer hacia el carro y golpea fuerte una de sus ruedas traseras, obligando al vehículo a tambalearse al borde del despeñadero. Raquel se ve arrojada de su banco a las protecciones laterales del carruaje, asomadas sobre el abismo. Un grito se le clava en la garganta cuando cae su vista a las profundidades vastas.

Maese Pornic y Dwn, en el banco frontal de conducción, se aferran uno a otro y miran hacia atrás para ver a la baronesa de rodillas sobre el borde del carro, que observa la rueda trasera girando sobre su eje en el vacío. Gritan, como uno solo, pidiendo ayuda.

Falan intenta hacer girar a su camello, pero William, fingiendo temor por su hijo y apartando del musulmán los ojos, mantiene su caballo prieto contra las ancas del camello de forma que no pueda volverse. Guy y Roger se yerguen sobre sus sillas para mirar, cerrando el paso a Gianni que se ha percatado de lo que ocurre.

Dueño de su inquieto caballo, Thierry se inclina sobre la parte trasera del carruaje y trata de alcanzar a la baronesa. Antes de que maese Pornic y Dwn puedan reaccionar, Thierry finge un tropezón y embiste de nuevo el carro con su montura, forzando esta vez una rueda delantera a saltar sobre la cornisa y precipitando todo el vehículo hacia uno de sus lados.

Raquel cae, aferrándose todavía al mástil que sirve para sostener el cobertor de lona.

Cuando este se quiebra en sus manos, se precipita gritando del carruaje. Con un brazo, logra agarrarse a las cubiertas de piel amarradas en los laterales del vehículo y cuelga allí, balanceándose sobre el brutal derrumbadero. Su otra mano busca desesperada afianzarse en las pieles. Con los ojos hinchados, ve a Dwn sobre ella, en el banco del conductor. La anciana se desprende de las manos de maese Pornic cuando intentan ponerla fuera de peligro y se encarama al vehículo accidentado.

«¡No!», grita Raquel. *Vuelve atrás*, quiere exclamar aún, pero todo su aliento se consume en el esfuerzo de no despeñarse.

Denis, que ha podido gobernar su corcel por el flaco camino, logra sacar a maese Pornic del carro vacilante cuando el abad se proponía ir tras Dwn. Pero la anciana ignora los gritos de los hombres y los mugidos denodados de los bueyes. Se yergue resuelta sobre el abatido lateral del carro, intentando cazar el brazo de Raquel con sus manos duras de desenterrar raíces. «¡Sierva de los Pájaros!», grita con todas sus fuerzas y le ofrece un agarre lo bastante firme para que la muchacha pueda retrepar al vehículo.

De pronto, en el instante en que sus rostros se acercan uno a otro, la plancha lateral que sostiene a Dwn se hace pedazos y la anciana galesa se precipita al abismo. Denis, que ha acercado

su corcel hasta el borde descantillado de la sima, atrapa a Raquel por la parte posterior de sus ropas cuando sus pies acaban deslizándose. Y danza ella en el aire, contemplando el pequeño cuerpo de Dwn destrozarse allá abajo, una estrella rota entre los espinos. Gruñe Denis del esfuerzo. Con su caballo encajado entre los bueyes y el vehículo caído, con el rostro despavorido zafándose del precipitadero, pone en los brazos toda su fuerza y tira de la baronesa hasta sacarla del carruaje y posarla en su regazo.

Falan ha hecho adelantarse al camello, se ha deslizado de su montura y se escurre ahora entre los bueyes. Un golpe de su sable corta las correas y, con una patada, desengancha el eje de tiro y deja caer el carro vacío sobre la cornisa. Raquel lo ve despeñarse alzando tras él un hervor de humo y rocas, y los vastos ecos de su estrépito añican su corazón.

Los peregrinos llegan por fin a la Abadía de la Trinidad en un ocaso aguado. La baronesa, arrebujada en su capa y visiblemente agitada, monta con Falan en su infeliz dromedario. Maese Pornic viaja con Gianni Rieti, en la grupa de su bridón blanco. El abad alza su faz huesuda contra la fuerte lluvia, agradecido al Hacedor de haber podido negociar los traicioneros y lodientos senderos sin mayores pérdidas.

A medida que se acercan a los portales de la abadía, una campana repica en la luz purpúrea. Los caballeros, calados, a lomos de sus corceles exhaustos, avanzan detrás de los camellos y el bridón blanco. Maese Pornic trata de cautivar la mirada de la baronesa para darle la bienvenida a su monasterio, pero ella está como paralizada y sólo alcanza a efundir una fija mirada fría cuando las puertas se abren y los monjes llegan corriendo bajo la lluvia martilleante.

A media noche, Raquel despierta de golpe. El cuarto a su alrededor es una masa de oscuridad fulgurante, y la voz del Diablo entona: «Nunca y siempre, Raquel».

La voz está inserta en el glissando que la lluvia ejecuta en las tejas del edificio, su graznar exultante y maligno es el borboteo del agua en los canalones del tejado. *No una voz*, insiste ella para sí misma. *Sólo la lluvia. Sólo la lluvia.*

«Uno y muchos», dice el Diablo con suave risa. «Como la lluvia, yo soy uno y muchos. Dwn está conmigo ahora. Está aquí, final y verdaderamente reunida con su ama».

Raquel se sienta en el lecho. El espectro de Dwn riela en la ventosa oscuridad como humo de incienso, un ígneo vapor su faz sin mandíbula, bostezos del vacío sus ojos.

«¡No!». Raquel cubre su rostro. La locura espesa su sangre como veneno de áspid, forzando su corazón a batir más fuerte, llenando su cabeza del hervor arterial que, desde el horror, es el zumbido de las voces ciegas de su familia muerta. Murmujan el aramaico *qadish*, las sagradas plegarias por los muertos que ella recuerda haber oído en su infancia pero que no entiende.

Abre los ojos para espantar las voces de los muertos y ve la cáscara espectral del rostro de Ailena colmada de sombría malignidad. «¡Has matado a mi Dwn!».

«¡No! La asesinaron. Estoy segura de ello. No fue un accidente. ¡La mató tu propia estirpe!».

La faz en brumas de Ailena se distorsiona; se forma el visaje de un macho cabrío con ojos de cruda oscuridad, sus labios caídos y sus dientes serrados, enraizados en una calavera agusanada y horadada. «Pronto también tú estarás conmigo, Raquel».

Con un grito, oprime contra su rostro las manos. «¡Nunca!».

«Siempre, Raquel. Siempre».

Estoy soñando, insiste ella. *¡No estoy loca!* Presiona sus ojos hasta que luz fulgura tras sus párpados. Cuando el susurro de las voces se apaga en el potente batir de su corazón, deja caer las manos. Por un momento, todo es oscuridad. Cuando cede su ceguera, ve las duras formas de las columnas del lecho, el arcón, la silla en el rincón y, colgando de una hendidura en la pared de piedra, un crucifijo en una nebulosa roja, pulsante como un corazón.

Nubes anaranjadas se llevan al alba la lluvia y dejan un cielo rosa como llaga que sana.

Raquel se viste con lentitud, sintiendo que cada movimiento es desdichado, un esfuerzo contra el orden natural. Repica la campana llamando a maitines. Desde la ventana contempla la fila de monjes salir de los dormitorios y seguir un camino enlosado a través del césped del patio hacia la capilla.

Los edificios de piedra negra y los hombres con sus capuces negros le resultan siniestros; ahora más que nunca, está decidida a partir tan rápido como sea posible. Antes de dejar el cuarto, se detiene delante del crucifijo y estudia la precisión del icono: la diminuta locura de las retorcidas espinas que coronan la cabeza, el goteo de la sangre, la belleza del sufrimiento en el rostro angustiado, la inquebrantable sumisión a la tortura, las manos atravesadas y los pies sangrando oscuramente, y la herida del costado como labios que sonrieran sarcásticos ante esta absurda ordalía.

A la luz de la mañana, esta imagen sangrienta es soportable y no hay rastro de la locura que la asaltó durante la noche. Qué extraño le parece que los gentiles puedan adorar a un judío crucificado, uno que ni siquiera es mencionado en las crónicas hebreas. Con ternura, toca el rostro atormentado de este judío moribundo como si fuese uno de sus hermanos... y se pregunta qué ha sido de sus hermanos y hermanas, de Dwn y la baronesa y todos los muertos. *¿Dónde van?* Sabe que los cristianos creen que todo lo que muere volverá algún día. Que las almas deban permanecer por siempre separadas de su Creador la llena de tristeza. Preferiría creer, como su abuelo, que su familia está con Dios y que la muerte carece de todo dominio.

Falan, de rodillas, su rostro contra el suelo de piedra en oración, la ve y hace ademán de levantarse. Ella le indica que concluya sus deberes religiosos. Siente gratitud por el azul resplandor en las ventanas y permanece junto a la de la alcoba, escuchando el gorjeo de los pájaros en árboles de los que todavía penden retales de noche.

Maese Pornic aparece a su lado, ojeroso de sufrimiento el rostro. Ha orado toda la noche por el alma de Dwn.

«¿Os uniréis a nosotros para maitines?», pregunta. «Oraremos juntos».

«No, maese». Raquel cuida de infundir a su voz ira suficiente. La baronesa, incluso después de

haber bebido del Grial, estaría furiosa por este desvergonzado atentado contra su vida y la pérdida de su amiga amada. Pero, tras el episodio nocturno de locura, Raquel carece de la fuerza para actuar más de lo imprescindible. Piensa sólo en las joyas y en volver junto a su abuelo, con el que puede ser ella misma. Anhela ser íntegra. Quiere huir de este peligroso país y olvidar todo lo que concierna a la baronesa. «Rezaré mis plegarias por Dwn en la cripta de mi marido», responde lasamente.

«Los laudes que cantan nuestros monjes hacen vibrar el corazón. Siento sus voces traer a Dios más cerca de Su caída creación. Es lo que más añoro durante mis ausencias». Alza una tenue ceja. «Por supuesto, con el canónigo Rieti ocupando mi puesto en el castillo, yo puedo permanecer aquí con mis monjes».

«Seréis siempre bien recibido en Valaise», responde Raquel superficialmente. Ve ahora a Falan de pie y pregunta, «La puerta de la cripta ¿está abierta?».

Los ojos grises del abad cintilan con astucia maliciosa. «La llave está donde la dejasteis».

«Bien», responde Raquel sin dudar, saluda cortés al santo varón y se aleja.

Cuando desaparece pasillo abajo, maese Pornic se sitúa en la ventana para poder verla cuando emerja de la casa capitular con Falan y recorra los claustros, hasta más allá del refectorio.

Cuando evita la verja de detrás de la capilla, que es el camino más corto al cementerio, su ceja levantada se relaja. Pero cuando está a punto de tornarse, ve que la baronesa se detiene y observa alrededor los edificios de piedra. La mirada del abad se tensa. *No se acuerda de dónde está la biblioteca, piensa. ¡O nunca lo ha sabido!*

La ve hablar con un monje que pasaba junto a ella y que señala en diversas direcciones.

Mientras ella se desvía a través del postigo hacia la biblioteca, el abad cruza rápido el pasillo hacia las escaleras. Al alcanzar la biblioteca, la descubre examinando las estanterías de encuadernados volúmenes.

Desde el rabillo del ojo, Raquel nota la presencia del abad y su mente galopa tratando de recordar exactamente dónde está oculta la llave. No acordarse del emplazamiento de la biblioteca puede dispensarse, pero no saber si la llave está escondida en un volumen de Plutarco o de Plotino la condenará para siempre a los ojos del abad. Extrae la obra de Plutarco *Vidas Nobles* y lo abre. Su corazón se contrae al ver que no hay ninguna llave sujeta a la cubierta interior. ¿Está equivocada... o la han quitado los monjes? *No... el abad dijo que está todavía donde la dejó la baronesa.*

Con los pasos de maese Pornic sonando tras ella, Raquel devuelve este volumen a su lugar y coge el tomo de Plotino.

«¿Habéis olvidado dónde nos pedisteis que guardásemos la llave?», pregunta el abad.

Raquel abre el libro y ve una llave asegurada contra la cara interior de la cubierta con papel de emplasto. «Plutarco... Plotino», se encoge de hombros. «Para mí, son sólo griegos muertos».

Maese Pornic la contempla suspicaz. «Plotino era un romano».

Ella cierra el volumen y se lo tiende a Falan. «Pero lo bastante muerto como para tener mi llave a salvo», y se aleja al ritmo veloz de su corazón.

La luz del sol resbala entre las copas de los tejos y resplandece en el dintel de mármol, labrado con letras floridas: LANFRANC. La austera cripta, un recinto de piedra con una puerta de mármol semejante a un dolmen, se asienta en un teso, en el centro de un anillo de oscuros árboles menudos. Los monjes han conservado el terreno alrededor libre de maleza, y las abejas zumban entre salpicaduras de flores blancas.

Cerca, está la cripta de mármol donde Bernard, el padre de la baronesa, está enterrado, más vistosa que esta, pero Raquel la ignora. Contiene con el cerrojo de la menor de las criptas, donde Ailena le prometió que hallaría la recompensa por su devoción: joyas que la baronesa ocultara por si llegase a retornar de su exilio con un ejército mercenario y necesitase fondos. *Pero ¿y si mintió? ¿Y si no existen esas joyas?*

Raquel rechaza este temor. La llave de este cerrojo estaba donde aquella le había dicho, en la biblioteca de la abadía, pegada a la cubierta de un volumen de cuero amarillo, *Las Enéadas* de Plotino. Una cinta roja marca una página donde hay una línea subrayada, que quisiera explicar los trece años míseros vividos con su marido: «El mal era antes de que nosotros llegásemos a existir».

La llave se atasca en el cerrojo, que no ha sido usado durante diez años, y Falan debe aplicar toda su fuerza para que se abra, rechinando. La puerta gira hacia el exterior con un lastimero gemido. Falan enciende una tea con yesca y pedernal, y la encaja en una argolla alta en la pared escarchada.

Las sombras del fuego danzan en el pequeño recinto, iluminando un techo bajo alhajado de goteras minerales. Una efigie de mármol de tamaño natural recuerda a Gilbert Lanfranc, acostado sobre su espalda, las manos en la empuñadura de su espada y los ojos fijos, vacuos, mirando desde debajo de un yelmo fiero. Mientras Falan monta guardia en la puerta, Raquel se arrodilla en la parte posterior de la cripta y tantea el suelo en busca de la losa suelta que debería haber allí.

Pero no está. Ha sido engañada... y la sangre le sube a la cabeza con furia y humillación.

La risa cacareante de la baronesa erupciona en ella, antes de percatarse de que los llantos de la roca se han encostrado sobre la losa. Debe proveerse de una piedra del exterior con la que quebrar las sales endurecidas sobre la losa, hasta que esta se libera con un chirrido áspero.

Con manos trémulas, Raquel explora el agujero y encuentra una abultada bolsa. A la luz telarañosa de la tea ve que se trata de una maciza cartera de cuero. La mohosa pestaña se suelta como carne y, dentro, hay gemas que devuelven la luz en un resplandor de rojo untuoso y verdes puntas de estrella. Sus dedos tiemblan sobre las gemas, y su vida fulgurante le recuerda la voz burlona del Diablo en su pesadilla despierta. *¿Ha muerto Dwn para esto? Pobre mujer:* su vida cambiada por algo frío al tacto, duro, intocable la tersura de su luminiscencia.

Falan la avisa con silenciosa urgencia y Raquel cierra la cartera rápidamente, ocultándola en los amplios pliegues de su brial y ciñéndosela al cuerpo con un cinturón de seda trenzada.

«Grandmère...», la llama una voz titubeante de varón.

Raquel se dirige a la puerta y ve un monje de cabello melado, vestido de sotana blanca, de pie bajo los tejos. El hombre tiene un rostro abierto de amplia quijada, nariz rotunda y mejillas angulares como las de un gato. Al verla, jadea aturdido y se aferra, para no caerse, a la rama de un

tejo. Falan se adelanta para ayudarlo, pero el monje lo rechaza y se acerca a Raquel, doblado de asombro.

«¿Grandmère? ¡Eres tú en verdad! Soy yo, Thomas».

Thomas Chalandon, recuerda apresuradamente Raquel: el hijo menor de Gerald y Clare.

Este es el joven al que, por su juramento a Ailena, debe convencer de abandonar la vida fútil del sacerdocio.

Raquel deja la cripta y le ofrece su mano, temerosa de que al abrazarlo perciba él la cartera con las gemas. «Discúlpame, Thomas, por no mostrar toda la alegría que siento al volver a verte».

«Grandmère...». Besa el sello de su anillo y examina después su rostro con la expresión de un niño confundido. «Discúlpame a mí. El abad me habló del milagro que te ha transformado. Sin embargo, yo... yo...». Lágrimas cintilan en sus ojos y cae de hinojos aferrando las ropas de la baronesa.

«Queridísimo Thomas», dice ella y le acaricia el pelo plumoso. «Eras sólo un niño cuando te vi por última vez. Tenías once nada más y, ahora, mírate». Le pone en los hombros las manos y lo invita a levantarse. «Fuiste siempre una criatura tan dulce. Te recuerdo haciendo guirnaldas de flores y llorando sobre un pájaro muerto...».

Thomas parpadea desurdiendo sus lágrimas. «¡Eres tú! ¡Eres tú, tocada por Dios! Yo... yo no sé qué decir».

«Di una plegaria conmigo por Dwn», sugiere Raquel.

Se arrodillan en el único escalón de la cripta y Thomas entona una plegaria de súplica a la Virgen María Bendita. Mientras reza con los ojos bajos, Raquel lo estudia, incapaz de mirar a otra parte, curiosamente intrigada por su desamparada belleza. Cuando él acaba, ayuda a la mujer a levantarse y le ofrece rezar en la cripta por Gilbert.

«No. Pasea conmigo en cambio. Quiero que hablemos. Estoy preocupada con tu idea de hacerte monje».

«¿Preocupada?».

«Enfadada en realidad, Thomas». Raquel trata de mostrarse tan escandalizada como a la baronesa le habría gustado verla en esta ocasión. «Tú no eres un monje». «Tienes razón. No soy un monje aún», él suspira y le toma el brazo. «Podría haber contado con tu enfado. Pero soy sólo un acólito. No me he considerado digno todavía de la tonsura. Pero ¿por qué te enfurece que escoja esta vida? Tú, que has visto el rostro de Dios...».

Raquel hace un signo a Falan para que cierre la cripta y conduce a Thomas lejos de la verja del cementerio, al otro extremo del campo santo, donde las cruces de ángulos redondeados acaban al pie de la arista de una colina. «El sacerdocio no es tu destino, esto es lo que me enfada. Tú fuiste siempre un muchacho animoso; de hecho, creo recordar que eras algo pagano. Estábamos constantemente mandando criados a traerte del bosque. No puedo creer que ese Thomas que recuerdo tan bien quiera apartarse de un mundo que le hizo tan dichoso. No es tu vocación, ¿estoy equivocada? Dime la verdad». «Amo a nuestro Salvador, grandmère... pero, lo admito, no se me da bien el ritual. Preferiría pasar mi tiempo atendiendo el jardín o simplemente en contemplación, sentado en el monte, viendo a Dios pastorear las nubes».

Por un instante, Raquel siente alzarse en ella una punzante nostalgia de su propia niñez —los días estivales, cuando se sentaba sola entre las ruinas de su lugar secreto, contemplando las nubes, dóciles al arte del viento— y el irremediable anhelo la hace temblar.

«¿Tienes frío?», pregunta Thomas.

Raquel se arrebujaba en su capa. «Un poco».

«Aún debes de estar aturdida por la pérdida de Dwn. Tendríamos que volver a la capilla, donde podrías descansar y llorar su muerte».

Raquel agita la cabeza. «Ya la he llorado bastante». Suelta el brazo de Thomas y camina veloz hacia la cima del cerro. Ráfagas de mortalidad la atraviesan: la muerte de Dwn apenas un día atrás y las joyas de su futuro duras contra su estómago. Tanto se ha perdido para traerla a la riqueza de este momento, que la asusta mirar la faz vigilante de este ángel, la asusta volver a despreciarse.

Desde la cresta de la colina, contempla la mañana lavanda, las nieblas moldeándose entre los montes, alzándose de los hilos de plata de las corrientes y arroyos. Un peso grave, inexpresado, reposa en sus pulmones, el miedo de que la muerte de Dwn no fuese un accidente, de que la embestida de Thierry no fuera lo que pareció, locura del caballo o impericia del jinete, sino un intento criminal. Con este pensamiento, la ira se apila en ella y aleja la opresiva sensación en su pecho. Dwn no tenía que morir. Su familia no tenía que morir. Dios no los había asesinado.

El mal en el corazón de los hombres...

«El Grial, grandmère», pregunta Thomas humildemente llegando desde detrás. «¿Bebiste en verdad del Santo Grial?».

El cuerpo de Raquel se siente de pronto igual a las laderas acampanuladas y a los oscuros horizontes de los bosques. La misma energía se alza en ella que en la masa de nubes que eleva a los cielos el brillo melocotón de la mañana. *La vida viene de Dios*, se dice a sí misma, y se siente más fuerte que el mal en el corazón de los hombres.

Cuando encara a Thomas Chalandon, los ojos oscuros de Raquel poseen la vastedad de lo que ha contemplado: «Sí. Yo bebí del Santo Grial».

Mientras Raquel narra a Thomas su cuento maravilloso del Preste Juan, él la escucha con ceño brillante de desesperanzada adoración. Viendo su adulación infantil, ella se sorprende secretamente de su absoluta falta de malicia. ¿Cómo habría podido sobrevivir alguien semejante en la corrosiva atmósfera de la baronesa y su hijo cruel?

Cuando Raquel acaba, él permanece sentado, muy quieto, pensativo y transfigurado, con los ojos húmedos por la visión interior del milagro. «Haces bien en enfadarte conmigo por querer estudiar para el sacerdocio», dice por fin buscando el rostro de la mujer con sus ojos azules. «Soy una mentira, una completa mentira. Oh, me hace feliz adorar a Dios en los campos. Pero el trabajo campestre se considera impropio de los nobles. Mi única alternativa era el arte de la guerra con tío Guy. Sólo tenía un recurso, grandmère: esta abadía. Esta ha sido una vocación nacida a partir de una carencia, no de la verdad. ¿Puedes perdonarme?».

Raquel aparta la vista de sus ojos francos. Sus facciones, inocentes y sin embargo audaces, que

le recuerdan a esos mosaicos bizantinos vistos en Tiro y decorados con serafines blondos e imberbes como él, despiertan misteriosamente su sangre haciéndola más rápida en sus venas. Busca el Grial dentro de sí y, cuando lo halla cintilando en su interior, recuerda a la baronesa hablándole de Parsifal, cuyo destino era encontrar el Grial donde Lancelot y todo el resto de los caballeros habían fracasado. «Tú eres Parsifal», dice con dulzura. «No necesito perdonarte. Para hallar tu camino, debes perdonarte a ti mismo». Thomas se asombra. «¿Crees que soy un loco, como Parsifal?». Su sorpresa se convierte en ardor. «Bien, quizás tengas razón, grandmère... lo soy. Acabas de narrarme la historia más maravillosa de un milagro y en lugar de querer correr a la capilla para alabar a Dios, sólo quiero... quiero... ¡no puedo ni pensar el qué!».

Se torna bruscamente, las mejillas ardiéndole de la perplejidad que le causan los sentimientos por su abuela. Al mirarla al rostro, siente como si hubiese sido absorbido de pronto por una resaca de igual temor y anhelo; y siente también una honda repulsión ante la repentina, violenta idea de verse seducido por su propia abuela. Pero seducido ¿cómo?

Al ver su embarazo, el corazón de Raquel bate con fuerza y se levanta del morón donde ha contado su historia. Vuelve la vista hacia el valle de las criptas y vislumbra un enjambre de mariposas arremolinadas entre las pétreas moradas de los muertos regios, los muertos de Thomas.

«Tú eres Parsifal, el inocente», dice, y su voz suena frágil y lejana. *¿Sospecha él acaso?*

¿Se hace el loco conmigo? El oro del Grial destella en el ojo de su mente y concentra en él toda su atención, necesitando la firme presencia de la baronesa para enfrentar a este hombre amable.

Cuando encara a Thomas, la sonrisa de Raquel es tensa. «Tú puedes hallar el Grial, Thomas... pero no en la abadía. Ven, camina conmigo. Vamos a empezar nuestra demanda».

Siguen la espina de la colina hasta el lugar donde una vía romana se sumerge en la tierra, los helechos y negros brezos como penachos de los yelmos de los legionarios que se hubiesen hundido en el tiempo marchando erectos. Thomas no puede acabar de creer que esta mujer esbelta, cuya piel tiene la blancura del hongo y la negrura del ébano su pelo, sea su abuela, aquella vieja dama entortijada, con manchas color hígado y una neblina lechosa en los ojos. *Y, sin embargo, lo es*, debe recordarse a sí mismo. El abad dijo que hubo testigos del milagro y el mismo Santo Padre aceptó que, bebiendo del Grial, había rejuvenecido.

A pesar de sí mismo, Thomas no puede resistir el ponerla a prueba, rememorando en voz alta su infancia en el castillo e insertando a propósito detalles erróneos. «Y en invierno, cuando volví de revolcarme en la nieve, tú me envolviste en una gran piel de oso y me hiciste beber té de hisopo mientras cantabas la historia de la reina del hielo».

Raquel, intrigada por sus ojos azules como añicos de cristal y la fuerza serena de su voz, simplemente asiente. Descubre entonces el duro destello en la mirada del joven y comprende, demasiado tarde, que hay algo fuera de propósito.

«No había tal piel de oso», la increpa él, estrechándosele los ojos de astucia. Dice en un tono de acusación casi burlona: «¡¿Cómo puedes ser mi abuela?! ¡Sólo una impostora no recordaría

estas cosas!».

Raquel se lleva la mano a la frente y titilan sus ojos mientras ella busca apresurada sus puntos de referencia, notándolos cerca pero demasiado borrosos para traerlos en su ayuda.

«Era un manto de pieles de marta, Thomas», logra decir al fin. «Y era consuela lo que bebiste mientras yo te contaba historias tontas de Jack de los Hielos. No des mucha importancia a mis lapsus. Es sólo que me distrae verte crecido de este modo, convertido en un hombre tan notable».

«Lo siento, grandmère...», Thomas alza las manos, avergonzado. «Estoy haciendo el tonto. Perdóname. Debes comprender que, en toda mi vida, jamás pensé que fuiste joven una vez. Tu juventud y tu belleza me desarman. Y todos los volúmenes que he leído sobre la ciencia sagrada de la gracia y la piedad y la gloria de los sacramentos parecen vacíos de pronto. Aquí, justo aquí, está el pacto de nuestra alianza con Dios, de pie ante mí, y todo lo que se me ocurre hacer es ponerlo a prueba, jugar tontamente con él y permitir que haga de mí un tartamudeante... estúpido».

Y ríe él.

«No he retornado para ser adorada, Thomas. No soy ningún signo de Dios. He vuelto sólo para...».

«Reparar tus errores. Ya te he oído decirlo, grandmère. Sin embargo, apenas puedo creer que el mundo siga sencillamente como antes después de este milagro. ¿Puede uno hacer como si nada hubiera pasado? ¡Tú has visto el Grial! ¡Y has hablado con el Hijo de Dios!».

«¿Y qué debería hacer entonces?».

«Orar... adorar... predicar».

«Si el Salvador hubiese querido eso de mí, yo lo haría. Pero el Señor fue claro. Debo vivir en el mundo como una mujer, no como santa ni como un signo de alianza viviente».

«Y todo este tiempo, he estado buscando mi fe en los libros».

«Si la hubieras encontrado en ellos, serías ahora un sacerdote». Contemplando el seráfico rostro arrobado, el estómago de Raquel se tensa y, para continuar su engaño, tiene que apartar rápidamente los ojos. «Deja esta abadía, Thomas. Vuelve al castillo y ocupa tu lugar entre los caballeros».

Thomas se frota la nuca, abatido por el ridículo que recuerda. «Yo era demasiado soñador para complacer en algún sentido al tío Guy o a Roger. Y en la abadía resulto demasiado terrenal para satisfacer a maese Pornic. Pero ahora, viéndote rejuvenecida... a ti, que viste a nuestro Salvador con tus propios ojos, que sostuviste Su Cáliz con tus manos...». Cierra los puños y los oprime contra su pecho. «Creo ahora que puedo darme enteramente a Dios».

Raquel golpea con el pie una mata de plumas lechosas que brota a través del antiguo pavimento y lanza la borrilla volando. «Thomas, escúchame. Bebí del Grial y ello no ha hecho de mí una monja. Dios tiene suficientes curas y monjas, hombres y mujeres que han sido llamados desde dentro a servirle, no por un milagro exterior. Mi visión me envió de vuelta a este lugar... a abrazar la vida, a vivir en el mundo, satisfaciendo mis anhelos y apetitos. Eso complace también a Dios».

«Grandmère, quiero creerte. Dijiste que buscaríamos el Grial. Dijiste que el Grial no está en la

abadía. ¿Es esto lo que querías decir?».

«Para algunos, el Grial puede estar ahí. Pero no para ti, o lo habrías encontrado ya».

«Tú encontraste el Grial, grandmère».

Raquel suspira y alza la vista hacia las chispas germinales a la deriva entre las frondas de los robles. La baronesa le había impuesto que se llevase a su nieto de la abadía. Y ella ha hecho todo lo que ha podido, pero teme presionar más al muchacho. *Mejor olvidar esta cuestión*. Sin embargo, hay algo atractivo en este hombre: su ingenua mirada azul, sus fuertes rasgos configurados en un rostro gentil, su confesado amor a la naturaleza, que tanto le recuerda la pasión de su propia infancia por el mundo de Pan. Qué extraño y qué cruel haber encontrado aquí a este hombre, aquí donde no puede ser ella misma; aquí, junto a esta ruina romana que despierta la memoria de su infancia brutalmente perdida; aquí, al final de la vía imperial, donde el esfuerzo de generaciones acaba por conducir a la hierba hirsuta y a castillos flotantes de nubes, y a la totalidad de un mundo caído.

Falan escucha el murmurar y el crujir de los árboles al viento. La ansiedad ha lanzado sus sentidos al mundo, desplegándolos. Saborea las brisas alerta a olores humanos, siente la vía romana atento a cascos de caballo, cuidando de que no los sorprendan aquí, en la orilla de estas soledades, donde nadie oiría sus gritos. Los caballeros, desde la tragedia de ayer está seguro, han decidido matar a Raquel. Y si ella muere, antes debe morir él o romper su voto a Allah.

¿Durante cuánto tiempo podrá protegerla? Ha jurado establecerla como baronesa de un país extranjero. Eso es todo. ¿Cuándo podrá volver a las gentes que lo han adoptado? *Pronto*, se promete a sí mismo.

Raquel y Thomas abandonan el camino enguijarrado y caminan a través de una nube de dientes de león. Él no entiende lo que están diciendo, pero lee perfectamente sus dichas... sus furtivas miradas y sus roces tímidos. Desde la muerte de la vieja criada, Raquel ha estado taciturna, pero este joven cura la ha hecho revivir. Ahora, por primera vez, Falan ve una dulce excitación en el rostro de la mujer... el aspecto que las jóvenes deben de tener, se dice, cuando la felicidad es posible.

Cuando retornan a la abadía, los monjes están trabajando ya en los campos circundantes.

Muchos miran abiertamente a Falan, que escolta a la pareja en su descenso por una ladera de botones de oro, pasado el vergel. Él es consciente de su hostilidad. Estos religiosos han entregado sus vidas a sus iconos y santos y trinidades de dioses, las mismas deidades que su familia fue forzada a adorar a punta de espada en Björkö. Sabe que a estos monjes les ofende su presencia entre ellos, aquí en el santuario de su fe, y él se iría cuando antes de este lugar. Piensa fríamente, Mahoma luchó por la libertad, pero nunca nadie fue forzado al Islam por la espada.

Tocado con su turbante verde, emblema de su peregrinación a la Meca, y con la *fatihah* en los labios, la simple pero reveladora profesión de fe en Allah, Falan marcha orgulloso a la abadía con

Raquel y Thomas. Con su fe incommovible, aun aquí en el templo de los politeístas, sabe que se ha ganado el meritorio reconocimiento de los ángeles.

En la puerta interior, un monje los detiene y señala la cimitarra de Falan. Anoche, a él y al resto de los caballeros se les permitió conservar sus armas, pero ahora, si han de permanecer en el entorno de la abadía, no pueden seguir portándolas. Con renuencia y sólo después de ver desarmados a Roger y Guy, que emergen en este instante del refectorio, rinde el musulmán su sable y su daga.

Desposeído de sus aceros, Falan repite más fuerte la *fatihah*, determinado a no descuidar las armas de su alma, ni siquiera aquí, bajo la mirada temible del torturado dios.

Mientras Falan escolta a la baronesa camino del refectorio para el pábulo matinal, maese Pornic se lleva aparte a Thomas. Pasean lentamente por los claustros y no se dejan escuchar por nadie. «¿Es tu abuela?».

Thomas frunce el ceño, perplejo. «¿Lo dudáis, maese?».

«Por favor, Thomas, no respondas con preguntas a mis preguntas. La vida es ya acertijo bastante. Ahora dime, ¿quién es esta mujer con la que has hablado en la cripta de tu abuelo?».

«¿Por qué? Es Ailena Valaise, mi abuela».

«¿Cómo sabes que es quien dice ser?».

«Lleva su alma en los ojos», responde Thomas ruborizándose imperceptiblemente. «Vi en ellos su verdad».

«¿La pusiste a prueba?».

Thomas inclina la cabeza. «Sí, maese. Incluso después de que me hablaseis del Grial y de cómo había bebido de él, dudaba de mi abuela. Le pregunté cosas de mi infancia... y las recordaba, aun los pequeños detalles. No hay duda posible. Y ahora, por milagro de Dios, parece más joven que yo, su nieto».

Ocultas en las mangas de su sotana, las manos de maese Pornic se retuercen aprensivas.

Aún no puede aceptar que el Dios que dejó sufrir a Su hijo en la cruz para redimir el pecado en la carne, el Dios que deja al halcón abatirse sobre la paloma, el Dios del palacio de la araña y de las penas del invierno, haya bendecido a Ailena Valaise con una segunda vida. Dios ha sido siempre tan preciso con las revoluciones de los astros y las estaciones, tan insondable en esa ausencia Suya que Lo hace presente en cada brote de hierba y en cada aurora... ¿Por qué ahora habría de mostrar Su mano, y con esta mujer que jamás Lo amó cuando gozó de salud?

«¿Te habló de sus planes?».

«Sí. Dijo que su retorno había traído la muerte a alguien que amaba y la discordia a todos los que la rodean. Dijo que había obedecido a la visión que le ordenó volver aquí y darse a conocer. Quiere ahora peregrinar de nuevo a Tierra Santa y vivir allí el resto de sus días. Y, maese...». Thomas se detiene, y dice al fin con voz turbada, «Quiere que deje la abadía y viva como caballero en el castillo».

Los ojos de maese Pornic fulguran. «Tú eres un caballero de Cristo. Pero ella percibe tu

ambivalencia, Thomas. Debes ser fuerte».

«Maese, su presencia me ha dado fuerzas para ser un sacerdote. He estado aquí seis años, estudiando y sirviendo, y mi fe no se ha hecho más ardiente. Yo me preguntaba ¿cómo puede surgir luz de la tiniebla? ¿He hurtado mi propósito a Dios? ¿Pertenezco yo, en verdad, al entorno de mi familia, para servirlos con amor y cristiana ternura? Ahora ha vuelto, y yo estoy dispuesto a entregarme a Dios, pues he visto Su poder. Esto no está en los libros».

«Thomas, Thomas». Maese Pornic posa una mano callosa en la mejilla del joven. «Dios es el misterio que con nuestra hambre pagamos. Tú tienes hambre de conocer. Has leído todos los volúmenes que poseemos. Has discutido ya con todos nuestros hermanos eruditos. No hay nada más que *conocer*, hijo mío. Tienes que arrojar tu vida al agua ahora. Tienes que interpretar tu propia soledad».

«El retorno de grandmère ha de ser un signo de Dios, maese. Ella es una manifestación del poder de Dios que me acercará más a Él».

«No, Thomas». Maese Pornic toma al joven del brazo y continúan caminando. «Es siempre un error dejarse guiar por el poder, incluso por el de Dios. Deja que la debilidad sea tu guía. Deja que la enfermedad y la angustia y el miedo te muestren dónde hay necesidad del amor de Dios. Entonces ve y sé ese amor».

Thomas exhala un largo suspiro. «Lo intentaré, maese».

«Bien. Puedes empezar por volver al Castillo Valaise con la baronesa».

Thomas se resiste. «Puede que eso no sea lo mejor. Para volver a mi casa debería esperar a que hubiese partido ella de vuelta a Tierra Santa».

«Te necesito allí con ella, Thomas. Sé mis ojos y mis oídos. Y mantén viva tu duda. Los milagros son los desbarates de Dios. El mundo está completo tal como Dios lo creó. ¿Por qué habría Él de desbaratar la vejez y la enfermedad de Ailena, cuando cada día, en alguna parte, niños mueren de fiebre y hambruna?».

«Vos habéis dicho a menudo que Dios es misterio».

«Sin duda, uno de los más grandes misterios es que Dios haya creado el mal. Todo pecado proviene de no discernir el mal. Recuerda esto, Thomas. El Diablo es el maestro de la ilusión».

Denis Hezetre se sienta en el banco de madera frente a Raquel, que come de su bol de bayas y crema. El refectorio tiene dos largas mesas con bancos a cada lado. Bajo las vigas, las aspilleras admiten polvorientos rayos de luz que iluminan los bajorrelieves historiados con los ágapes que los Evangelios describen: Jesús convirtiendo agua en vino, multiplicando panes y peces, bendiciendo la Última Cena y maldiciendo a la higuera.

«Los monjes han partido con Gianni para recuperar el cuerpo de Dwn», comienza Denis.

«Descansará en una parcela junto a las criptas de la familia».

Raquel remueve con la cuchara su desayuno. «Temía a Guy y a Roger», dice débilmente.

«Pero no pensé que debería temer al muchacho también».

«No es un muchacho, milady. Es un caballero que os ha rendido homenaje. Es consciente de

sus acciones y debería ser castigado».

«Dirá que fue un accidente a caballo», replica Raquel con una mirada sarcástica.

«¿Creéis vos que fue un accidente?».

Raquel se muerde el labio inferior, sacude la cabeza.

«Entonces debe ser castigado». La mira con firmeza. «Apenas puedo creer que deba deciros esto. Parecería que habéis perdido vuestro filo con vuestro acíbar, milady».

La mente de Raquel se concentra tenazmente en el dicterio y su quijada se afirma. «Lo desterraré, desde luego. Quizás lo envíe a Levante y no lo admitiré en mi castillo hasta que retorne con una hoja de caña de azúcar para adulcir mi dolor».

A solas en la casa capitular, Raquel saca las joyas recuperadas de la cripta de Gilbert: seis rubíes y cinco esmeraldas talladas y pulidas, refulgiendo con hialino poder. Estos, piensa para sí misma, son los pecados de la baronesa hechos materia física: el país robado a los galeses por su padre y por su marido y por sí misma, arado por los campesinos, cosechado su grano, parte vendido, parte usado para cebar el ganado, y este sacrificado, convertido en carne y vestimentas y vendido, y cada transacción convertida en oro y el oro cambiado por estos pedruscos superbos.

Alza un rubí en una mano y una esmeralda en la otra. Dentro de ellas, las telarañas de la luz, horizontes estrellados con sus fábulas de montes y valles entre el índice y el pulgar.

El cuerpo de Dwn está depositado en el féretro, bajo la puerta del campo santo. Los monjes que lo han recuperado de la garganta están de pie junto a ella, con sus manos lodientas unidas en plegaria mientras maese Pornic recita los Salmos. A lo largo de la ceremonia, Raquel mantiene sus ojos fijos en Thierry, que se mueve incómodo bajo su vigilancia. Guy, Roger y William le devuelven su silente ira, resentidos por su orden de que estén presentes, pero ella los ignora. Su amarga mirada cae invariablemente sobre el culpable.

Raquel teme apartar sus ojos de Thierry; teme que, si desvía su atención hacia el cadáver o la pone demasiado cerca de su dolor, el vacuo silencio que la habita explote en voces lúgubres.

Sólo quiere dejar de oír para siempre esas voces. *Es Thierry quien debería oírlas, cree. Debería tener que responder al Diablo.*

Antes de que la ceremonia finalice, Thierry desaparece. Raquel piensa en protestar, pero en ese momento, maese Pornic le pregunta si querría decir algunas palabras en recuerdo de su vieja amiga. Ella sacude la cabeza, estudia la hechura azul de sus zapatos y siente un calambre de remordimiento. Ailena habría tenido algo que decir; Dwn merece más que silencio. Palpa las gemas de su cinturón y su solidez, su promesa de una nueva vida para ella y para David, le dan el coraje de decir, «Sólo esto: era mi amiga».

Contempla el cuerpo amortajado y recuerda a la anciana retrepándose al carro volcado para salvarla... aunque sabía la verdad. Ahora surcan las lágrimas sus mejillas y le tiemblan los labios cuando le viene a la memoria que las últimas palabras de Dwn fueron su grito, *¡Sierva de los*

Pájaros!

«Era mi amiga», repite Raquel con voz rota. «Conocía la verdad de mis pecados. Y aun así me amaba. Dio su vida por mí». Sollozos la quebrantan con sincero dolor, y permite que Gianni la aparte del féretro.

Más tarde, el villano que sirve en la abadía como caballerizo informa que el joven Thierry ha huido galopando a las montañas.

Los caballeros pasan el día cazando en los densos bosques que rodean la abadía. Raquel teme que hayan partido para unirse a Thierry, acaso para volver a Valaise antes que ella e impedirle entrar. No le preocupa el castillo, sino su abuelo. Está considerando ya cómo organizar su liberación cuando los caballeros retornan con un ciervo y varias aves grandes.

Esa noche, después de la cena, Raquel tiene que volver a contar su historia del Preste Juan, de su mágico reino y de cómo llegó a ser bendecida por el Sangreal. Los monjes escuchan arrobados, serenos sus rostros como efigies de cera a la luz de las teas. Al fondo de la sala, fuera de la vista de los monjes y de maese Pornic pero perceptibles para Raquel, Guy y Roger se burlan de su aventura con una pantomima de amplios gestos cómicos. Sus payasadas la distraen y, cuando para y los mira con dureza, sus sonrisas devienen oscuros visajes de águila.

Al alba, antes de laudes, los monjes pausan para enjaezar el caballo que han dado a Raquel a cambio de sus bueyes. Cantan un himno jubiloso cuando ella monta el corcel y cabalga majestuosamente a través de la puerta frontal, flanqueada por Falan y sus camellos. La sigue Gianni Rieti sobre su bridón blanco, con Denis Hezetre y Thomas Chalandon sobre una jaca color crema a su lado. Guy, Roger y William marchan delante, aparte del grupo.

Raquel viaja soturna, triste de dejar atrás a Dwn. Ailena la había amado verdaderamente y le había dicho a Raquel en una ocasión, «Presta atención a una anciana con un lunar velloso en el mentón. Si por casualidad está aún con vida, será tu mayor aliada». Y así había sido. «La verdad es menos importante que lo que hacemos con ella», le había dicho Dwn. Raquel tardaría en olvidar estas palabras. *Hacer* era lo único a lo que ella podía darle todavía sentido: había vindicado su tesoro, la justa recompensa por sus largos años de devoción a una anciana de corazón protervo, y acaso una anciana loca. ¿Dónde más hallar el sentido sino en once pedruscos resplandecientes, once grandes promesas de futuro, para ella y su abuelo?

Largas peñas como dedos señalan el límite de las montañas, densos sus flancos de robledales. El angosto sendero de vuelta al castillo monta estos cerros por pendientes abruptas.

Justo abajo hay gargantas pobladas de espinos y escombros de rocas desprendidas. Raquel mantiene su mirada en la senda zigzagueante para no ver la sima a la que cayó Dwn. De pronto, los caballeros de vanguardia se detienen y señalan entre las altas cuestas y las espesas arboledas

de avellanos y acebo.

Al instante, Falan y Gianni sospechan traición de los caballeros y desnudan sus espadas.

Pero Thomas extiende una mano pacificadora y les llama la atención sobre un muro de arándano, del que emergen figuras humanas separando las hojas tintadas de rojo. Son galeses armados de lanzas, ballestas y espadas, que se deslizan ladera abajo arrastrando tras ellos a Thierry. Los caballeros blanden sus aceros.

«¡Sierva de los Pájaros!», la llama en galés un guerrero de barba moteada. «Bajad las armas. Tengo en mis manos a un traidor de vuestra propia familia».

Aprensiva, Raquel ordena a sus caballeros envainar las espadas. Falan y Gianni obedecen, pero los demás se resisten. «Si no por mí», le grita a Guy Raquel, «hazlo por Thierry al menos».

Cauteloso, Denis quita la flecha de su arco y el resto de los hombres devuelven renuentes las hojas a sus vainas.

«No os acerquéis más», les grita Raquel a los guerreros galeses. «No puedo responder por mis caballeros. Iré yo».

Ignorando su propio miedo, Raquel desmonta y, cuando Falan comprende lo que está haciendo, trata de detenerla. Pero ella insiste; si puede evitarlo, nadie más morirá por ayudarla.

Falan salta del camello y, seguida por Gianni y por Thomas, Raquel empieza a ascender a través del mar de helechos.

William le grita a su hijo, «¿Estás herido?».

Thierry, las manos atadas y cogido por la capa a la altura del pescuezo, sacude la cabeza torvamente.

Desde un lecho de arenisca frente a los galeses, Raquel ve que hay muchos más guerreros acechando en las espesuras de fresno y de serbal del lado de las montañas. «¿Es una trampa?», pregunta al hombre de la barba barcina.

«No de los galeses para la Sierva de los Pájaros», repone el hombre corpudo alegremente.

«Pero encontramos a este zorro cavando bajo un gran peñasco sobre el camino. De haber caído en el momento en que pasabais por aquí, bien...». Señala con los ojos al abismo. «Habrías sido arrastrada a la garganta y de un salto a la otra vida».

Raquel dirige una mirada fiera a Thierry. «¿Es verdad eso? ¿Planeabas matarnos?».

Thierry la contempla con amargura. «Te diga lo que te diga no me creerás».

El galés lo sacude con violencia, desdibujándole el rostro. «¡Di la verdad, canalla!».

«¡Quieto!», exige Raquel. Sabe que si Thierry es herido habrá más sangre, y el solo pensamiento la aterra. Sabe que está a punto de dejar este reino y no quiere hacerlo sobre una estela de sangre. «Soltadlo. Responderá ante los suyos».

El galés deja de sacudir a Thierry y obliga al muchacho a sentarse. «Es tu vida lo que te estás jugando».

Raquel observa a este guerrero con sus pantalones de cuero rojo y su túnica púrpura ornada de piel. «Eres un jefe, a juzgar por tus ropas».

«Lo soy», responde él. «Erec Rhiwlas. Mi padre, Howel, manda a estos hombres». Señala con su lanza a un hombre membrudo de larga barba blanca y capa escarlata que la mira con intensidad

desde los esbeltos árboles. El grupo de hombres apoyados en sus lanzas y boquiabiertos al mirarla conocen, a todas luces, el milagro. «Oímos acerca de tus presentes. La gente de las aldeas no habla de otra cosa. Y luego encontramos a este bribón aquí, cavando el suelo bajo el peñasco».

«Gracias, Erec Rhiwlas». Contempla luego al gigante de barba blanca entre la turba e inclina la cabeza con deferencia. Ailena le había hablado del afamado y peligroso Howel Rhiwlas, cuya espada es conocida en estos pagos como «Espectro de Sangre», por las innumerables almas normandas y de galeses rivales que ha liberado de su carne. Dos veces se encontró la vieja baronesa con el jefe guerrero en los pródigos festivales veraniegos que ella misma presidía a veces en los pradales y, en una ocasión, él la honró con una pieza de arpa cantada que mucho aduló a la anciana. Raquel se esfuerza en recordar la lírica y recita, vacilante al principio, luego más fuerte:

«Tu belleza es tu saber,
que mejor te protege que espada o lanza,
que embaluma corazones enemigos de añoranza
y te asegura que dormirán peor que tú».

El guerrero de hombros montuosos avanza y examina a Raquel con lentos ojos letales.

«Llevo tu canto conmigo», dice Raquel con creciente bravura, «brillante todavía en mi corazón».

Por medio de un gesto casi imperceptible de su cabeza, Howel llama a dos de sus guerreros. Portan estos a un hombre añoso, calvo y moteado como una manzana, con ojos plateados y un puño por rostro. Raquel reconoce de inmediato al bardo de Howel, el hombre que compuso aquella canción para él. Largavista Meilwr es su nombre, un conocido de la baronesa desde su infancia. Pero ahora es ciego, y Raquel no sabe qué decirle.

Howel toma un rizo del cabello de Raquel y lo acerca a la faz del viejo bardo. El anciano lo huele, alza el rostro al aire de la noche y cae bruscamente hacia atrás, sobre los brazos de los hombres que lo portan. «¡No es la Sierva de los Pájaros!», grita, levantado definitivas sus manos de dedos separados.

La turba de galeses murmura con incredulidad. Pero Howel asiente como si hubiera sabido esto desde el primer instante. Cuando habla, su voz es como el trueno de verano en un vasto cielo azul. «No importa. Seas quien seas, actúas como una amiga para nosotros los galeses. No entorpeceremos tu camino».

Con estas palabras, se torna y parte.

Erec se encoge de hombros. «Mi padre sigue los viejos caminos. Pero yo prefiero escuchar a mi corazón». La mira benévolamente y con evidente interés. «Te vi al principio, cuando llegaste. Llevé a Dwn hasta ti. Y ahora oigo del accidente que le debe a este canalla. Es una pena que se haya ido a los santos. Pero ojalá que todos nosotros partamos de este mundo tan benditos como ella. Tu milagro la sacó al menos del estercolero en sus últimos días. Si ese milagro es verdad o

mentira no soy quién para juzgarlo».

Erec apoya la lanza en su hombro y osa oprimir el mentón de Raquel con su pulgar.

Aunque Falan se inquieta, alerta a cualquier traición, el guerrero sonríe, blancos sus dientes y tranquilo el porte, olvidado de la multitud que los mira. «Ningún daño te vendrá de mí, Sierva de los Pájaros», le promete. «Te ofrezco mi mano, para cualquier necesidad... pues creo que el bardo tiene razón. Tú no eres la baronesa, la baronesa de antaño; el Grial te ha cambiado enteramente».

Retira su pulgar. «Esta faz la reconoceré siempre».

Thomas observa más atentamente a Raquel cuando descienden del lecho de arenisca con Thierry resbalando tras ellos, que aún tiene las manos atadas. Thomas sabe galés y ha oído las palabras de Largavista Meilwr. *¿Está el bardo en lo cierto? ¿Es esta una impostora con todos los recuerdos de la abuela robados?*

En galés, le pregunta, «¿Por qué dijo Largavista Meilwr que no eres la Sierva de los Pájaros?».

Raquel se apoya en él para equilibrar su paso en la pendiente y no dice nada hasta que alcanzan el camino. Entonces comenta casual, «Después de todo lo que me ha acontecido, Thomas, ¿cómo podría ser yo la misma abuela que conociste o la Sierva de los Pájaros que el bardo loó? Y ¿qué importa ya? Pronto volveré a Tierra Santa». Posa una mano en su brazo y se detienen. «Quiero que ocupes tu lugar en el castillo. Antes de partir, te declararé heredero de Guy».

Thomas se muestra afligido. «¡No! Yo no podría nunca ser barón, grandmère. No soy si quiera caballero».

Ella arroja una mirada de aversión a Thierry. «¿Será mejor barón esa serpiente? Asesinó a Dwn y me habría matado a mí hoy, si no se lo hubieran impedido los galeses».

«Grandmère, eso no lo sabes».

«Quizás hagas bien negándote, Thomas», dice Raquel pensativa. «Si eres declarado heredero, te convertirás en el blanco de Thierry».

William desmonta y corta las correas que sujetan las muñecas de su hijo.

«Los galeses dicen que estaba tramando precipitar un peñasco sobre mí», les dice Raquel a sus hombres.

Thierry presenta mohíno el semblante y lanza una mirada de súplica a Guy bajo su ceño fruncido. «¡No es verdad! Había cavado en la ladera del monte un lugar de reposo, para que la noche no me cogiera a la intemperie. Era bajo un peñasco, donde habría estado a salvo de las lluvias».

«¿Por qué huiste de la abadía?», pregunta Denis.

«Ella tenía una mirada negra puesta en mí», responde Thierry volviendo su rostro fruncido hacia Raquel. «Mientras enterraban a la anciana ella me observaba con puñales en los ojos, como si yo la hubiese matado». Contempla suplicante a Guy. «Tío, admito que no supe controlar el caballo y que embestí el carruaje. Pero fue un accidente lo que mató a la vieja. Y por eso soy

culpable. Los bandidos que me capturaron anoche me quitaron el caballo y la espada. Eso, digo yo, es castigo bastante».

«Y yo digo que no», determina Raquel. «Dwn está muerta. Ya sea la causa el crimen o la incompetencia, mi amiga del alma está muerta. Recuerda que me has jurado homenaje, Thierry. Si eres sincero, deberás obedecerme en lo que te mande y reparar mi pérdida».

Roger gruñe. «Ya ha encontrado su chivo expiatorio».

Thierry vuelve a mirar a Guy; luego habla a través de dientes rechinantes, «¿Qué reparación quieres?».

«Una peregrinación. A San David, en Land's End, para hacer penitencia ante el altar y hacer decir una misa por mi compañera perdida».

Thierry retrocede en protesta, pero William posa en su hombro una mano templadora. La mano le atenaza fuertemente hasta que dice, «Se hará». Entonces, la mano de su padre se relaja... pero el corazón del muchacho continúa batiendo turbiamente.

Ummu corre por el adarve de la muralla hacia el arco trilobulado que da paso a la inmensa torre maestra. Siguiéndole muy de cerca, Ta-Toh vuela tras el enano y ambos suben de salto en salto las escaleras de piedra para emerger a la brillante luz del día en el tejado de la poderosa fortificación. El centinela, apoyado perezosamente contra los sillares a la sombra del parapeto sur, se alarma y grita «¡Alto!». Pero Ummu lo ignora y se precipita hacia el borde del ancho tejado, donde una pequeña torre redonda alza la bandera del Cisne muy por encima del dominio.

Con acrobática facilidad, Ummu asciende la vertiginosa escalera hasta la cima del chapitel del estandarte y allí, con el mono perchado en su hombro, se inclina sobre el precipicio y otea los undosos horizontes de los montes. Con la mano extendida para cubrir el centelleo del Llan, puede ver la procesión de caballos que descienden por el camino de las montañas hacia los extensos prados y olmedos que tapizan la alta cuenca del río. Había visto su movimiento desde la muralla, pero no estaba seguro de la identidad de los jinetes. Ahora discierne claramente los camellos de Falan, el corcel árabe de Gianni e incluso las ropas argénteas de la baronesa y sus chalinas de seda tremolando a la brisa estival.

«¡Se acerca la baronesa!». Le grita Ummu al centinela, que frunce los ojos contra el resplandor del río y cree atisbar movimiento en el camino general. «¡Da aviso! ¡La baronesa ha vuelto!».

El centinela alza su trompeta y entona un potente floreo.

Durante los tres días que la baronesa ha estado ausente, Ummu ha entretenido a la pareja decana del *palais* con sus arriesgadas anécdotas de la vida en los palacios de Jerusalén, su formidable habilidad al ajedrez y el backgammon, y sus travesuras con Ta-Toh. Y aunque, como todos los demás, ellos lo habían contemplado al principio con fascinación mordaz, ahora profesan abiertamente ser más felices cuando lo tienen cerca para que los desafíe en todo tipo de bromas y entretenimientos. Comparados con los sultanes y la nobleza latina con los que él y Gianni han escaramuceado en Levante, esta gente es sin duda poco educada y provinciana. Sin embargo, este es su castillo y Ummu no ha olvidado que sus comodidades son muy superiores a las rudas

condiciones de los peregrinos del camino santo. Y lo mejor de todo, con Madelon la Hermosa encaprichada de Gianni Corazón-roto, existe la posibilidad incluso de su pasatiempo favorito: contemplar desde lugares secretos el intemporal, igualitario y muy sagrado deporte del *amore*.

«¿Dónde está Ummu?», se impacienta Clare. Se halla frente a un tapiz recién colgado que describe al Rey Arturo rodeado de sus paladines y caballeros, entre ellos sir Gawain y Parsifal, y en el extremo derecho, medio oculto por frondas de acanto, el Sagrado Cáliz engastado de piedras preciosas. «Tengo que saber qué piensa de esto».

Gerald Chalandon contempla las paredes de estuco pintadas hace poco, brillantes de amarillo y rojo ahora, y con otros tapices colgados aquí y allá representando a Carlomagno, San Miguel y Roland. Los junquillos del suelo han sido cambiados por tercera vez desde la llegada de la baronesa y esparcidos junto con flores frescas y mentas. «Tu madre no puede dudar que la amas, Clare. La has recibido como a una papisa».

Ummu irrumpe en el gran salón, agarra los ramos, ramilletes y guirnaldas distribuidos por todas partes y arruga la nariz. «Incluso las abejas se sofocarían en este aire».

«¡Ummu!», lo riñe Clare. «No te burles. Y ahora dime, ¿qué opinas de este tapiz? He estado toda la mañana buscándolo. Perteneció a grandpère. Pero Guy lo descolgó hace años ya».

«Eso sólo es suficiente recomendación, bella dama», dice Ummu y lo estudia, las manos en las caderas.

«Pero ¿crees que la imagen del Cáliz ofenderá a madre? Quizás resulta demasiado artificiosa».

«Y madre misma ¿no lo es?», ríe el enano.

Clare le mira de arriba abajo. «¿Qué quieres decir con eso?».

«Dios la ha artificioado de acuerdo con Su designio, ¿no es así?». Ummu se encoge de hombros. «Estamos hechos a Su imagen, al fin y al cabo. Nuestro único defecto es que envejecemos... y morimos. Vuestra madre, sin embargo, es tan artificiosa como para desafiar incluso esta contingencia».

David espera en la puerta exterior cuando Raquel retorna. Todo el tiempo de su ausencia ha permanecido en su cuarto, leyendo la Torá, rezando porque vuelva sana y salva, ayunando, aceptando agua sólo. Se ha sentido demasiado enfermo para comer, abrasado de fiebre y tórpido de náusea. Raquel desmonta para abrazarlo y no puede dejar de ver la miseria de sus facciones consumidas.

«Tú no estás bien», exclama.

«Estoy mejor ahora, al verte», logra decir y tiene que apoyarse en ella para permanecer de pie.

Cuando Clare y Gerald y varios de los niños acaban de cruzar la plaza para saludarla, Raquel está sollozando, tratando de explicar lo que ha ocurrido.

Exhausta por la dureza del camino, el sentimiento de culpa de Raquel por la muerte de Dwn revive a la vista de su abuelo, que tanto ha sufrido ya. Incapaz de comprender su hablar

quebrantado, David se alarma ante la reacción de su nieta y teme que haya confesado la verdad a sus caballeros. Entonces, mientras Clare se azara mimando y arrullando a Raquel, y gritando órdenes a los criados, David percibe detrás de ella, en frente de la muchedumbre, a un joven extraño con la belleza solemne de un ángel. Clare lo percibe también y exclama, «¡Thomas!».

Al tornar Clare sus estrepitosas muestras de afecto hacia su hijo menor, Raquel llama a Gianni. «El rabí está enfermo. Por favor, ayúdalo a llegar hasta su lecho».

«Estaré bien», protesta David, pero no se resiste cuando Gianni y Falan lo levantan entre los dos. «Esto pasará. No es más que un humor maligno del largo viaje».

En el camino a través de la plaza, escucha con muda preocupación el relato de Gianni sobre la traición de Thierry y la muerte de Dwn. Cautamente, mira más allá del caballero italiano y de su nieta, y atisba a Guy y sus caballeros trotando hacia los establos.

A solas con David en su aposento, Raquel abre la abultada cartera y le muestra las joyas.

«Esta es nuestra libertad, abuelo».

David se sienta en la cama y toma las piedras preñadas de color. Estudia el fulgor aprisionado en las gemas y siente la luz brillar en su propio cuerpo, a pesar de su enfermedad.

«Temía que Ailena nos hubiese engañado».

«Guardó su palabra».

«Y nosotros la nuestra». Se acuesta de nuevo, aferradas las piedras contra su pecho.

«Ahora debemos partir, de inmediato».

«En cuanto estés bien».

«No». David es adamantino. «De inmediato. Me recuperaré en camino».

Raquel no oculta su alarma. «Si partimos ahora, morirás. Los viajes por mar te enfermaron ya bastante cuando te encontrabas bien. Y los viajes por tierra son demasiado arriesgados. Hay que esperar hasta que te recobres».

David cierra los ojos. *Más esperas*. «Prefiero morir en el mar que dejarte aquí con este peligro».

«Calla ahora y duerme». Le quita las joyas de sus manos apuñadas. «Guardaré nuestro tesoro oculto con tus libros sagrados. Y de este modo, al menos por ahora, cielo y tierra estarán cerca».

«Fuiste duro con Thierry», dice Roger Billancourt.

«¿Duro?». El trazo único de las cejas de Guy es negro contra su frente lívida. «Si su intriga hubiese triunfado, si la Imitadora hubiese muerto en un accidente del carro o en una avalancha, a mí me habrían llamado asesino».

Están solos detrás de los establos y Guy pasea entre los almiarés, humeando. Roger se apoya en un poste, ve las colas de los caballos ahuyentar las moscas, imagina qué furioso estaría el barón si sospechase que esta ha sido la estrategia de su maestro de armas.

«Debemos desacreditarla primero», insiste Guy. «El mundo debe saber que es una impostora».

Luego podemos empalar su cabeza en el asta de la bandera, si queremos».

«Pero los hombres del rey...».

«¡Qué vengan!», grita Guy. «Que la Imitadora pague las multas».

«No asumiré tus deudas a menos que le rindas homenaje», le recuerda Roger. «Los hombres del rey te llevarán preso a las mazmorras de Ricardo».

«Antes huiré a las montañas».

«Donde Howel te espetará como a un capón. Tal como ha hecho con tu sobrino».

Guy lo asaeta con una mirada negra.

«Hay aun otro camino», dice Roger. «Derrota a la Imitadora en una *assise de bataille*, y exige que Neufmarché pague las multas a cambio de no saquear su castillo».

Raquel está sentada en el agua cálida de su baño, mientras los dolores del viaje se disuelven en ella. Ha pedido estar sola, y únicamente una joven sirvienta se ha quedado con la baronesa, para carmenarle el pelo y ocuparse de sus ropas. La enfermedad de David la perturba hondamente; es viejo y aún está exhausto del largo peregrinar que los trajo hasta aquí. El clima es malo para él, húmedas y frías las noches. Quiere pasar más tiempo en plegaria con él, mitigar los sentimientos de culpa por la muerte de Dwn y celebrar la nueva esperanza que con las joyas nace.

Pero él está demasiado débil. El físico del castillo ha dicho que, mientras la fiebre no ceda, no debe levantarse ni para orar.

Varias misas han de decirse por Dwn, y ahora, con maese Pornic lejos, Gianni puede realizar los servicios de un modo más próximo a la tradición hebrea. *Eso complacerá al abuelo.*

Se harán lecturas de la Torá y se cantarán salmos. Compartir el pan y el vino consagrados será como la comida del Pesah. Así, incluso ella podrá participar sin ofender a Dios. Y el frío en su interior, que es el fuego del corazón, la turbará menos.

Raquel medita estas cosas mientras remoja sus contusiones: esta gente adora a un dios judío. ¿Por qué no adorar los rituales que él adoró?

Gianni se hinoja ante el altar de la capilla, tratando de rezar. Extrañamente, añora a maese Pornic, añora la fe veterana del santo varón. *Qué difícil es adorar lo invisible*, piensa con los ojos cerrados, viendo oscuridad sólo y sombras de sangre, sin sentir presencia alguna... más que la de la urgencia de su cuerpo. *Dios, Santo Señor y Dueño mío, tú me has dado una capilla, dame un rebaño también, dame la fuerza para ser tu sacerdote.*

Abre los ojos y ve a Ummu encorujado y dormido a los pies de la Virgen María, mientras Ta-Toh se encarama a los hombros de la estatua. La capilla está exquisitamente estatuada, el crucifijo es temiblemente minucioso en sus detalles, las vidrieras precisas y prendidas de un fuego ultramundano. *¿Por qué no instigan en mí la mitad del fervor que mis ingles?* Apoya el rostro en las manos. *¿Tenía razón maese Pornic? Si mantengo este ardor dentro de mí el tiempo suficiente, ¿se transformará en algo maravilloso? ¿Soy tan fuerte para hacerlo? ¿O es antinatural? Dame un signo. Tú bendijiste a la baronesa con un milagro. Bendíceme a mí con un signo sencillito pero claro.*

Esperando oír el trueno o el grito de un águila, a Gianni le llega sólo el ronquido áspero de Ummu y el distante sonido de los cascos de caballo en la plaza. Entonces Ta-Toh ladra y Ummu bosteza: «Una aparición».

Gianni se torna rápidamente, ve un humo de sol vertiéndose por el arco de la puerta y la silueta de una mujer. Madelon se acerca; Ummu chasquea con la lengua llamando a su mono y desaparece detrás del crucero.

«He venido a rezar por ti», le anuncia la muchacha arrodillándose junto a él. «Maese Pornic ha sido desterrado a su abadía y ahora tú ministrarás espiritualmente este castillo. Debes de hallarte en gran tormento».

Gianni la mira con ojos febriles. «Lo estoy».

«¿Cómo podría ser de otro modo, Gianni? Por la historia de tu vida sé que no eres un sacerdote. Sólo te disfrazas de sacerdote».

«He estado verdaderamente consagrado a nuestro Salvador desde el milagro del Grial. Lo vi con mis propios ojos... y me ha cambiado».

Madelon posa sus manos perfumadas a ambos lados de su rostro y lo contempla con anhelo. «Pobre Gianni. Eres un penitente de amor. ¿Por qué lo niegas? Mientras sigas con la ficción de ser un sacerdote, pertenecerás al Diablo, que te abrasará de lujuria. Deja que el amor te libere».

«¿Me amarás tú?».

«Si dejas de engañarte y te conviertes en un simple caballero... entonces sí, te amaré».

Suelta su rostro y agacha la cabeza en plegaria. Con un destello pueril en los ojos, Gianni la observa persignarse y levantarse. Ella cabecea con una sonrisa elusiva, luego flota hacia la oscuridad y desaparece en otra ráfaga de humo del sol.

«Te está haciendo cosquillas en el ano», dice Ummu asomándose desde detrás del altar.

«No», repone Gianni con un ladeo triste de su cabeza. «Perdí mi alma largo tiempo atrás, Ummu. Y es allí donde ella la ha encontrado».

Denis Hezetre encara un blanco en el extremo distante de la liza y coloca contra la cuerda del arco la ranura de una flecha. Está solo en el campo, pues el sol se hunde en el cielo y los rayos sesgados del astro brillan en abanico sobre el blanco, deslumbradores. Esto seduce a Denis: el resplandor en sus ojos encarna la ceguera que ha sentido en su corazón desde el retorno de la baronesa. Sólo Dios podría haberlo apartado del lado de Guy y convertido en su enemigo. Qué ironía simétrica y lúcida. Pero tan cierto como que Dios juega con Sus criaturas y las pasiones de estas, Denis sabe que sólo Dios puede mantener puro su corazón.

Cuando Denis alza el arco y tensa la flecha, abre los ojos directamente contra las saetas del sol. La luz lo atraviesa, hiriendo sus ojos, emulando el dolor en el centro de su ser. El blanco se pierde en el ígneo fulgor. Pero así como no se le oculta que Guy sigue ahí para él, Denis sabe que el blanco está en alguna parte también.

Y dispara al sol. Luego se vuelve sin mirar, con la certeza de haber atinado.

Hellene, de cabello color jengibre, se sienta en el sillón junto a la chimenea, mareada de rabia. Proyecta hacia delante su labio inferior y exhala un hálito airado sobre su rostro. Fija después una mirada demente, bizca casi, en su marido William, de pie junto a la ventana y mesándose el denso mostacho mientras contempla la distancia.

«Busca a tu hermana, Hugues», dice Hellene al adusto doceañero del rincón sin mirarle. El recio muchacho abate la cabeza y mueve su peso renuente, prefiriendo quedarse y escuchar. «Trae enseguida a Madelon», añade su madre en un tono tajante que envía el chico al pasillo arrastrando los pies.

Una vez fuera de la vista, Hugues presiona su espalda contra la pared y, mordiéndose el labio inferior, escucha.

«¿Por qué ha de ir Thierry a San David?», pregunta Hellene en una voz de callada violencia.

«Ya te lo he dicho, Hellene. Una peregrinación para expiar la muerte de Dwn».

«Pero eso fue un accidente. Tú dijiste que fue el caballo el que embistió al vehículo».

«El caballo de Thierry».

«Pero ¿por qué no puede expiarla aquí, en la capilla o la abadía? San David está a cuatro días de viaje. Y si los hombres de Howel lo cazan otra vez...».

«Thierry seguirá el camino largo... por el Usk hasta Newport. Partirá después del torneo y los caballeros que dejen el castillo le prestarán recia escolta».

Hellene sacude la cabeza y sus hombros decaen con peso de resentimiento. «¿Por qué nunca me haces caso, William? Te dije que Thierry debía quedarse aquí con Harold. El torneo está ya muy cerca para haberse arriesgado a lastimarse en el camino. Tiene quince, William, y está armado caballero. Ya es lo bastante mayor como para ganarse un puesto en...».

«Una familia elegante, como los Marshal o los de Braiose», termina William la frase con mofa estridente. Se aparta de la ventana con rictus de enojo. «Lanfranc es una familia suficientemente elegante. No hay ninguna necesidad de buscarle un *puesto* en otra parte. Algún día será el señor de este dominio».

Hellene viste sus facciones severas de una perpleja expresión. «William, incluso antes de que grandmère retornase, yo quería para Thierry algo mejor que este insignificante dominio perdido entre los montes de ninguna parte. Pero ahora que grandmère está aquí, fresca como con veinte veranos, nunca será barón de este castillo. Tiene que encontrar su fortuna en otra parte; así que, ¿por qué no entre las hijas de los grandes terratenientes del sur? Es un muchacho sorprendente, de no pocas capacidades».

«En esto, esposa, estamos de acuerdo. Las mejores de las doncellas rivalizarán por él».

William se sienta a su lado, suavizada su actitud por la preocupación compartida. «Pero si se casa con una de esas nobles, tendrá que servir a su padre... y estos sirven al rey y a los Plantagenet, que disputan a Felipe Augusto, rey de los franceses, el territorio al noroeste de París, el Vexin y las fronteras de Normandía. Aquí, al menos, está libre de las regias aventuras guerreras y de que lo arrojen al campo de batalla como un peón. Aquí será su propio señor, porque la autoridad del rey no pesa tanto en la Marca».

«Mejor señor de un agujero de ratón que garra de gato para un imperio», coincide Hellene.

«Pero grandmère...».

William posa en su rodilla una mano moderadora. «¿Es tu abuela realmente?».

«Por supuesto», responde Hellene cogida por sorpresa. «El rey y el papa...».

«Los pergaminos pueden falsificarse». William se acerca a su oído. «Tengo que decirte algo.

Cuando Howel apareció en el bosque del monte, llevaba consigo a Largavista Meilwr. El viejo bardo está ciego ahora, pero al darle Howel a oler el pelo de tu abuela, el venerado esperpento gritó, “¡No es la Sierva de los Pájaros!”».

Hellene contrae sus labios escéptica. «Tu galés es pobre. Por lo que cuentas, podría haber dicho, “No es sino la Sierva de los Pájaros”».

William se encoge de hombros. Su mujer tiene razón, y por eso no le dijo él a Guy lo que creía haber oído. «Aun así, ¿se parece esta mujer en algo a Ailena?».

«Madre lo cree así».

«Lo único que le ocurre a Clare es que está feliz de librarse de la férula de su hermano. ¿Qué opinas tú?».

Hellene frunce el ceño. «Se comporta de un modo muy diferente. Más introvertida, más calma. Y sin embargo, hay algo... como poseído en sus facciones. Ha visto milagros».

«Piensa en esto, Hellene. Si ves en ella cualquier signo de que es una Imitadora, aférrate a ello y dímelo... por nuestro hijo».

Al otro lado de la puerta abierta del dormitorio, Hugues se lanza al fin pasillo abajo para buscar a Madelon y compartir con ella su estupor.

Gerald Chalandon y su hijo Thomas se hallan en un alto aposento de la torre maestra, con las estrechas contraventanas de las troneras abiertas para que entre la brisa floral. «Este es un cuarto miserablemente caluroso», dice Gerald contemplando las oscuras vigas y las paredes pardas. «¿Por qué insistes en vivir aquí cuando hay amplias estancias en el *palais*?».

«Las necesitaréis cuando arriben vuestros nobles huéspedes para el torneo», responde Thomas y tira de las contraventanas de una de las grandes ventanas ojivales para abrirla. Abajo está el patio interior de la corte, el elegante *palais* gótico con sus arcadas y una esquina del jardín con sus pérgolas de rosales. «¿No querrás instalar en este desván a los condes de Hereford y Glastonbury? Además, aquí mi madre y mis hermanas me dejarán tranquilo. Estas escaleras son demasiado para cualquiera de ellas».

«Te ven tan poco, Thomas... ¿puedes reprocharles que te atosiguen cuando estás aquí?».

«Se lo reprocharía menos si dejasen de preguntarme cuándo voy a ser tonsurado».

«Realmente, Thomas. Eres un acólito desde los diecisiete. ¿Cuántos libros más debes estudiar antes de ser sacerdote?».

«Grandmère quiere que deje la abadía». Lanza a su padre una mirada llena de incredulidad. «Quiere nombrarme heredero de tío Guy».

Gerald se frota la quijada y sonríe bonachonamente. «Tiene razón, ¿sabes? Tú eres su nieto

mayor. Y de Guy no se puede esperar prole. Tú deberías ser el barón».

«Padre, yo no tengo el coraje».

«Tonterías. El coraje es para los guerreros. La sabiduría es mucho más valiosa para un soberano que el ardor. Y tú posees mucha sabiduría. Deberías serlo. Ya has tenido la nariz metida en los libros bastante tiempo».

Thomas se sienta en el alféizar. «No quiero ser barón. No tuve corazón para decírselo a grandmère, pero...». Sonríe con luminosidad. «Ahora estoy dispuesto para ser sacerdote. Tomaré mis votos el día de San Fandulfo, el aniversario de la partida de grandmère para Tierra Santa».

El gesto de Gerald se tuerce con la sorpresa y se obliga a sí mismo a no fruncir el ceño cuando ve desvanecerse la esperanza de que su hijo sea barón. Luego aferra los hombros de Thomas y lo regala con una sonrisa ancha que revela sus dientes curvos. «Tu madre llorará de alegría, convencida de que te ha ganado la gracia de Dios. Pero dime, ¿qué tomo ha elevado tu corazón al cielo?».

«Ningún tomo, padre. El milagro de grandmère me ha convencido del sagrado propósito de Dios en este mundo».

«Ah, ya. ¿Y tú lo dudabas?».

Thomas abate la cabeza. «Tú me has enseñado siempre la supremacía del espíritu y yo nunca he dudado de ti. Pero para ti la supremacía estaba en el cancionero».

«Esa era la vocación de mi alma», afirma Gerald, llenándose de niebla sus ojos. «Aunque yo era de humilde origen, mis canciones fueron oídas por la misma condesa de Ventadour, y en su corte aprendí el arte de la poesía y el espíritu de la vida cortés».

«Fuiste tocado por la lamentable transitoriedad de las cosas», le exhorta Thomas, «y la pusiste en canción».

Gerald asiente con melancolía, satisfecho de la indulgencia de su hijo.

«Para ti, padre, el espíritu está en la canción. Pero para mí el espíritu resplandece en toda la creación... en el regio vuelo del ánsar o en el humo sobre el hogar a la alborada. Aun la lóbrega nata espumosa de la superficie de un estanque es para mí preciosa como la seda».

«Para gran estupor de tu tío», dice Gerald sonriendo gentil. «Nunca ha entendido cómo podías encontrar belleza en cosas semejantes».

«Pero ¿no es así? Lo que el hombre ha artistado es torpe comparado con las ofrendas más simples de la creación».

Gerald suspira satisfecho. «Tú has encontrado tu camino a la dicha, Thomas. Bien, olvida entonces las seducciones del poder. Ignora los ruegos de tu abuela para ocupar el sitial de estado y obedece tu fe».

«Es grandmère quien me enseñó la senda. No está en los libros. Nunca seré un prelado. Quiero ser un simple monje y estudiar del primer libro de Dios... como fue en el principio y siempre será», apuña su blanca sotana nerviosamente. «Sólo queda en realidad un obstáculo».

«¿Obstáculo? Sin duda no es tío Guy. Él ha encontrado su discípulo idóneo en Thierry».

«No, no, no es eso. Queda un jirón de duda... la sombra que el Diablo arroja sobre cada acto de gracia en este mundo». Thomas pasa una mano a través de su cabello suave. «Maese Pornic

cuestiona que hubiese milagro y se pregunta si grandmère es una Imitadora».

Gerald abre las manos, sopesando este escepticismo. «Debes recordar que según maese Pornic el milagro más grande es la aurora. Ve el rostro de Dios en una flor. Desde luego que cuestionará cualquier cosa sobrenatural».

«Hay más. En el camino desde la abadía, Largavista Meilwr salió de los bosques y olió el pelo de grandmère. Sin dudar un instante, declaró que no es la Sierva de los Pájaros».

Gerald alzó sus finas cejas.

«¿Y si es una Imitadora, padre?».

«Guy quemará a la impostora. Y aplastará a tu madre».

«Peor. Significa que Dios ya no nos toca sino cuando nosotros mismos nos tocamos».

Gerald prende el extremo de su mentón y asiente lentamente. «Pobre Clare».

Por la noche, Falan sueña con *al-aswadan*, las dos negruras: agua y dátiles. Un estrépito de luz solar a través de las frondas de las palmeras juega sobre una duna centelleante; abajo está sentado él, mirando una alberca tan profunda que es negra como una cripta. Una voz dice: «Lo desconocido no es el vacío. Es el destello en el vacío».

Cuando despierta, sabe que es tiempo de retornar al desierto.

Desde la ventana, Raquel contempla las tiendas abigarradas alzándose en el vasto prado más allá del camino de peaje y los vergeles. Su sirvienta le anuncia que han empezado a llegar los primeros caballeros para el torneo.

Raquel está sentada junto a la gran ventana de su aposento, rechazando la comida, rechazando los ruegos de Clare para que salga, y mira los grandes pabellones desplegarse.

Recuerda a Ailena contándole que la Iglesia denunció tiempo atrás los torneos: los papas Inocencio II, Eugenio III, Alejandro III —e incluso el Santo Padre actual, el sabio y grande Inocencio III— han prohibido a los cristianos participar en combates semejantes bajo peligro de sus almas. «Pero Ricardo Corazón de León era afecto a las justas», fulminó la anciana baronesa dando sobre la mesa un golpe. «Mientras él sea rey, la guerra será la religión más importante».

La voz de Ailena Valaise suena en la memoria de Raquel como si hubiese hablado momentos antes. El mago persa, que tan útiles encantamientos obró con ella, ya no tiene un nombre o una faz siquiera en la mente de Raquel. Pero el rostro de Ailena, deshecho como damasco estrujado, está siempre tan cerca que puede susurrarle sus largas historias hora tras hora sin que se apoque su voz.

Raquel desearía que el mago estuviese ahora aquí para asistir a su abuelo. La fiebre ha remitido, pero él está seriamente debilitado. Aunque renuente a perder la esperanza, teme que David no vuelva a estar lo bastante fuerte para el viaje de retorno a Tierra Santa.

De pronto, un golpe en la puerta anuncia a Falan. Usando una jerga de lenguaje gestual, hebreo y árabe, el musulmán se las ingenia para comunicar a Raquel que pretende partir cuando haya acabado el torneo y quiere saber si ella le acompañará.

Raquel mira sus hondos ojos azules y ve los colores del desierto en la mata arenosa de su barba, en los huecos de sus mejillas como cincelados por el viento. «Dios decidirá», responde. «Si mis campeones son derrotados, iré contigo. Pero si Allah favorece a mis caballeros, me quedaré y gobernaré como Ailena quería. En cualquier caso...». Ella se toca su garganta indicando la banda de oro alrededor del cuello de Falan. «Tú dejarás de estar sujeto a mí».

Falan se inclina y toca el centro de su frente, orgulloso de saber que ha cumplido tan bien su misión que Raquel se siente lo bastante segura como para permanecer aquí sin él.

Falan sale para ocupar su puesto al otro lado de la puerta y Raquel, sola y melancólica, se asoma a la ventana para atisbar el bullicio del inminente evento. Repican las forjas con los herreros preparando los arreos de los justadores, vendedores de caballos de Merthyr Tydfil abarrotan los establos, y trovadores recién llegados con los primeros caballeros vagan por la plaza cantando a la *belle saison* de la guerra y el amor. Han sido contratados carpinteros hasta de lugares tan lejanos como Brecon y Strata Florida para que ayuden a los paisanos en la preparación del palenque y las tribunas, y el clangor de sus martillos despierta ecos en los montes ahitos de rebaños.

Nadie puede decir cuántos campeones llegarán. Durante varias semanas, desde mucho antes del retorno de la baronesa, los heraldos han recorrido el país treinta leguas a la redonda anunciando el acontecimiento.

A su lado, en el panel de una ventana abierta laminado por el sol, Raquel vislumbra su reflejo y nota la obsesión en su mirada férvida. Si sus caballeros son derrotados, entonces quedarse aquí sería aún más arriesgado para su abuelo que los peligros del viaje.

Cierra los ojos para orar, aunque no ha confiado en Dios plenamente desde el horror.

Busca palabras para suplicar al Señor, no por ella, sino por David. Las palabras no llegan... y ella teme buscarlas en mayores honduras, teme despertar las voces devotas de los muertos. Como siempre, Dios está furiosamente callado. Abre los ojos, comprendiendo que si ella posee un destino aparte del mero azar, este está sólo en sus manos.

«*Baruj ata adonai elohainu melej ha-olam borai pri ha-adamah*», recita Gianni Rieti y traduce mientras sumerge los *karpas*, los tallos de perejil, en un bol de agua salada: «Bendito eres Tú, Señor nuestro Dios, Rey del universo que creas el fruto de la tierra».

Los caballeros visitantes y sus familias se miran unos a otros boquiabiertos de asombro, pero la baronesa, Clare, Gerald y sus niños, sentados todos ellos en los primeros bancos, reciben el perejil con apertura en el semblante y lo mordisquean serenamente.

David, sentado tras una cortina en el ábside, desde donde puede observar la congregación sin ser visto, sonríe. Esta no es la estación primaveral del Pesah, pero la misa de los gentiles es una conmemoración de la Última Cena de Jesús, una celebración del Pesah. Así, pensó, ¿por qué no hacerlo propiamente? Gianni ha aprendido bien el ritual. Dispuestos sobre la mesa hay un huevo cocido, símbolo tradicional de duelo, y una tibia de animal rustida en recuerdo de la destrucción del Templo y de la redención de Israel «con brazo extendido». Junto a los *karpas*, el perejil como

signo de esperanza en el futuro siempre renovada, bañada en las lágrimas del pueblo, hay también un bol de raíz de rábano picante asado, símbolo de la hierba amarga, y *haroset*, una espesa mixtura de manzanas y nueces molidas con vino, especiadas con cinamomo, que representan el mortero usado por los israelitas para construir las ciudades del faraón.

Viendo a esta congregación de gentiles adorar a Dios de un modo semejante al de su propio pueblo, David se siente exultante. La lasitud que lo poseyó desde la fiebre parece escampar brevemente con el gozo que le produce ver honrado al Dios Uno.

Gianni eleva el disco del pan sin levadura preparado por David en los hornos y lo consagra como el cuerpo de Cristo. Los asistentes al culto se santiguan y arrodillan. Mientras el monaguillo llena las copas de vino, Gianni relata en forma resumida la historia del Pesah y los visitantes intercambian expresiones aún más confusas. Murmuros de desacuerdo se elevan gradualmente a susurros de alarma y escándalo. Unos pocos salen de la capilla torciendo el gesto y sacudiendo la cabeza. Pero la mayoría disculpa a la baronesa, creyendo que el milagro que restauró su juventud inspiró estas extrañas costumbres; estos abaten las cabezas cuando la Eucaristía se eleva bien alto de nuevo y el sacerdote entona: «*Baruj ata adonai elohainu melej ha-olam hamotzi lehem min ha-aretz*. Bendito eres tú, Señor nuestro Dios, que engendras el pan de la tierra».

Después de la misa, Thomas Chalandon se acerca al altar y encuentra a Gianni Rieti en el ábside quitándose las vestiduras. «Había oído rumores de que mi abuela quería incluir el hebreo en la misa», dice con gravedad, «pero no pensaba que esta sería una ceremonia judía. Ponéis vuestra alma en peligro, padre».

«El alma está en peligro desde que llega a este mundo, joven colega». Gianni besa la cruz bordada de las bandas de su estola y la deja pulcramente en el arcón con el resto de los ropajes canónicos. «¿Un poco de vino?». Gesticula hacia un cáliz lleno.

Thomas parece horrorizado. «Ese es un vino santificado».

«Sí, un cáliz extra de él... la Copa de Elías. La compartiré con vos».

Thomas observa el rostro hermosamente cincelado del sacerdote-caballero como si fuera un lingote de acero al blanco. «¿Debo decirlos todavía que estas no son las enseñanzas de la Iglesia?».

«Pero son las enseñanzas de Dios», replica Gianni, bebiendo más de la mitad del contenido del cáliz. «*Ga-alti*», saluda. «“Os redimiré con brazo extendido y con juicio grande”. La Torá, Éxodo, capítulo seis».

«Ese es el Dios de los judíos».

«Hmm, sí». Gianni se acaba el vino y frota ligeramente su bigote finamente recortado con una servilleta del altar. «El Dios que Jesús adoró y por el que murió».

Thomas se sienta en una silla almohadillada y fija su vista en el afilado acero que cuelga al costado del sacerdote. «¿Vos luchasteis por el Santo Sepulcro?».

«Lo guardé. Fue allí donde tuvo lugar la trasfiguración de vuestra abuela».

«¿Visteis el Grial?».

«Y también las lenguas de fuego. Ardían en una nube celestial colmada de ultramundanas

voces angélicas. Sí... lo vi todo». Gianni se sienta en el borde del arcón, refulgentes sus facciones como aurora de vino y revelación. «Acababa de recitar la plegaria de la extremaunción sobre ella, de ungirle y darle el viático. Ella estaba justo allí, bajo mis manos, seca y consumida. Un lagarto muerto, en verdad. Entonces, una gloria más resplandeciente que el sol del desierto la levantó y me hizo retroceder». Gianni menea la cabeza. «Ninguna palabra puede rozar la magnificencia de lo que transpareció. Hasta este día no sé con certeza si fue bendición o castigo estar allí. Después del milagro, llega el verdadero conflicto. El cielo es de pronto más real. Y entonces, es muchísimo más difícil resistir la tierra».

En la puerta del recinto interior, Clare y Gerald saludan a los dignatarios que llegan la mañana siguiente al día de San Eustaquio. Seis condes aparecen: primero los barones fronterizos de Builth Wells, Y Pigwin, Carreg Cennin y Carmarthen, y luego los lores ingleses de Glastonbury y Hereford, todos con sus escuderos y familias, para ser instalados como pares de la baronesa en el *palais*.

No se exige la presencia de Raquel para atenderlos; su ausencia se explica sencillamente por la voluntad de la baronesa de permanecer apartada de sus funciones hasta que sus caballeros hayan ganado la *assise de bataille*. Ha anunciado que, si fracasaran, ella renunciaría a su sitio de estado en favor de su hijo Guy y retornaría de inmediato a sus santas devociones en Jerusalén.

Este duelo espolea la inspiración de muchos trovadores que han acompañado a sus condes y caballeros, y pronto, tanto en el castillo como en el campamento exterior, empiezan a florecer canciones sobre la baronesa del Grial y su restaurada juventud. Los comadros del *palais*, la plaza y la aldea ceban los romances con sospechas de fraude y pactos diabólicos. Y vislumbres de la baronesa en su ventana inspiran intrigantes especulaciones sobre las relaciones de la señora con el caballero muslim de ojos azules siempre a su puerta, y con el enfermizo, afligido judío con el que oran y estudian cada día ella y sus caballeros.

Cuando el marqués de Talgarth cabalga inesperadamente hacia el castillo con su exquisito cortejo de armeros, buhoneros, goliardos y caballeros de negras armaduras, demasiados cuentos le han seducido ya los oídos para aceptar aun la posibilidad de no ser atendido por la misteriosa Ailena Valaise. Un heraldo anuncia su llegada con la exigencia de que sea la baronesa quien se apreste a saludarlo.

Incapaz de rechazar a un noble de rango tan elevado, Raquel se viste sus más finos ropajes y su guirnalda de oro. Un mador la unge al temer no recordar los muchos detalles quisquillosos del protocolo en que la baronesa la instruyó.

A la puerta del *palais*, se reúnen los cuatro condes que son sus huéspedes para tener la primera vislumbre de ella. Raquel los saluda cálidamente, comprendiendo que estos son los testigos de su destino. Si Dios escoge derrotar a sus caballeros, nunca los volverá a ver; de momento, sin embargo, son sus pares y, conjurando su más hospitalaria presencia, prodiga a cada uno un fraternal abrazo.

Montada en el palafrén blanco, galopa a través del recinto interior, acompañada por Falan,

Denis y Gianni. En la plaza, las gentes se arremolinan en torno a ella sin que sus *serjants* sean capaces de contener la bullente multitud de extranjeros, imbuidos de un temor reverencial y ansiosos de tocar la orla de sus vestidos. Los caballeros negros del marqués han cruzado lanzas en la puerta frontal para mantener a raya la muchedumbre. Raquel desmonta y camina a lo largo del puente levadizo, solemnemente inclinada la cabeza.

El marqués la aguarda, sentado imperiosamente sobre su bridón negro. Es alto y de aspecto imponente; viste una armadura completa color ébano y un yelmo empenachado de rojo, un hacha corta de batalla, una larga espada y un escudo triangular blasonado con una víbora anudada. Su corcel se cubre con un paramento sable bordado de serpientes carmesí en espiral y un capistro en la cabeza también carmesí, una máscara laminada con un cuerno corto brotándole de la frente. Dos escuderos lo ayudan a desmontar. A pesar de su fulgurante apariencia exterior, cuando se alza la visera, Raquel se sorprende al hallar a un anciano desdentado de barba rala y grandes orejas pastosas.

«He venido en cuanto supe que arriesgabais vuestro sitio de estado», le anuncia con voz débil, aflautada. «Algo así siempre garantiza un buen combate. ¡Y cómo amo un buen combate! Adelante pues con él, ¿no os parece?».

Clare y Gerald, atentamente, ceden su dormitorio al marqués y los diversos cofres con sus pertenencias son portados a un cubículo menor, donde dormirán en un jergón de paja seca. Gran parte del día se pasa acomodando al vasto séquito del marqués, hallando cuartos en el *palais* para los caballeros nobles y en la torre maestra para el resto.

Hellene y Leora están fuera de sí de gozo al poder presentar por fin sus hijos a las familias del marqués y los condes, comparar linajes y tramar matrimonios. El *palais* bulle como un mercado, y sirvientes y cocineros, tratando de complacer a tantos nobles bajo un solo techo, se agotan en esfuerzos sin precedentes.

Extrañamente, la presencia de un señor superior a ella en rango, calma a Raquel, que se entrega a servirle con inflexible generosidad y graciosa cortesía. La presencia del noble libera temporalmente sus hombros del pesado manto de la jefatura y estimula una cierta complacencia con su propia vida. Sin el menor asomo de turbación, se aviene a todos los caprichos del marqués.

Durante las comidas es su deber servirle y ocuparse de su entretenimiento después. Lo presenta a su familia, incluso a su hijo Guy, que, ansioso de no enemistarse con este poderoso aliado del rey, hasta se permite de vez en cuando una sonrisa en presencia de la Imitadora. Y cuando el marqués, mostrando sus encías con una sonrisa malévola, le pregunta: «¿Son ciertos los rumores de que no creéis que esta deliciosa criatura sea vuestra madre?», Guy replica con tanta moderación como es capaz de mostrar, «Esta mujer posee una gracia mucho mayor que la madre que yo recuerdo, quizás demasiada para gobernar esta frontera salvaje».

El marqués asiente comprensivo y da una palmada en la espalda de Guy. «La rebeldía es buena. Mantiene puro el poder. Hacéis muy bien en desafiarla. Os deseo suerte. Pero, joven amigo», el noble de hundidas mejillas estrecha enigmáticamente los ojos, «estáis del todo

equivocado con vuestra madre. Cuando uno descubre gracia allí donde no pertenece, ¿cómo puede dudarse que haya habido un milagro?».

A la luz de numerosas bujías colocadas en los perales y las pérgolas de rosas, Raquel cuenta de nuevo su sorprendente historia; en esta ocasión, al marqués y a su séquito. Los caballeros y escuderos escuchan con atención fiera, pero a mitad del cuento, mientras relata las maravillas del reino del Preste Juan en el desierto, el marqués empieza a roncar.

Más tarde, cuando Raquel ha ayudado a los servidores del viejo caballero a acostarlo, rechaza educadamente todas las súplicas para que continúe su narración e invita a la decepcionada asamblea a enterarse del resto en la plaza con los trovadores. «Las historias están concebidas para hacernos dormir», dice con dulzura a sus enojados oyentes. «En Jerusalén, conocí una vez a un monje de la India cuyo maestro, al que llamaban El Que Ha Despertado, afirma que la más noble verdad, la única verdad que nos despierta, es el sufrimiento. Pensad en esto cuando os alumbréis mañana uno a otro».

El sueño abandona a Raquel. Pasa ella la noche sentada junto a la ventana escuchando las festividades que tienen lugar en la plaza, el prado y la aldea más allá. *Mañana descubriré quién soy —en quién me he transformado—, una baronesa o algo distinto. ¿Una mujer loca a quien nadie querrá maridar? ¿La muchacha al cuidado de mi abuelo en un viaje azaroso? ¿Una solterona solitaria en la Tierra Prometida y estos días en el castillo, recuerdos preciosos como joyas?*

Piensa en su abuelo y sabe que está rezando por su derrota, temeroso de haberla perdido en favor de los gentiles y dispuesto a arriesgar su vida en otra peregrinación para llevársela de aquí. Si es vencida mañana, se promete a sí misma no lamentarlo. Que la bárbara labor de gobierno se aleje de ella, con sus comodidades y peligros, resuelve Raquel. El poder nunca la ha seducido, aparte de que otorga un lugar a salvo de las brutalidades de los demás.

Pero si sus caballeros salen victoriosos, si logra convencer a todos de que ella es realmente la baronesa, habrá ganado tiempo para fortalecer a David con reposo. En primavera, si no lo asalta ninguna otra enfermedad, podrá estar fuerte para sobrevivir al viaje. Podrá entonces tener la satisfacción de morir en la tierra de sus ancestros.

Este pensamiento la perturba con oscuros recuerdos de su familia, de la que ella es la última. Debe dar lo mejor de sí por este hombre que cavó tumbas para que ella pudiera vivir. Si mañana vence, decide hacer que este dominio encarne tanta promesa para él como Tierra Santa.

David está sentado junto a su ventana, demasiado débil para permanecer de pie, con la mirada alzada muy por encima de las ruidosas festividades, hacia las marcas castizas de la estación, las estrellas esmeralda de las constelaciones estivales. Su plegaria es honda y silente, pues no osa él

impugnar la sabiduría del Creador. *Que sea lo que ha de ser... y que sea lo mejor para mi Raquel.*

Con los primeros tintes de la aurora, hay ya escuderos a medio vestir corriendo de aquí para allá. Los caballos, que relinchan y piafan, son enjaezados, ensillados y conducidos al prado.

Allí se prepara la liza de forma especial. Se erigen dos pares de fuertes palizadas de madera, las exteriores a la altura del hombro, más bajas las interiores, y con numerosas aberturas para que pasen por ellas corceles y guerreros. Entre las dos líneas hay espacio para caballos de repuesto, escuderos, asistentes y heraldos, así como para espectadores privilegiados a los que no les molestan las frenéticas actividades de los caballeros y sus ayudantes. Un público más humilde atisba por encima de la palizada exterior. Al lado, recorriendo la longitud del prado, se eleva una serie de tribunas entoldadas, de suelos alfombrados y resplandecientes de pendones. En ellas se instalan las damas, los niños de la nobleza, y los ancianos y menos marciales caballeros.

Después de una misa apresurada por Gianni Rieti, los caballeros y las damas parten sin demora hacia sus lugares. Las damas, montadas en sus blancas mulas, se sobrepujan una a otra en sus alardes de martas y armiños, cendales y brocados, sedas y perlas. Los aldeanos y villanos de los pueblos y castillos próximos se apretujan boquiabiertos contra las vallas en el extremo del campo, señalando aquí y allá, y aplauden sonoramente cuando una dama hermosamente ataviada pasa cerca de allí. Abundan los juglares, mimos y acróbatas, y la música ensordecedora de los tambores y gaitas hace vibrar a la bulliciosa multitud y excita a los caballos.

Los mariscales que constituyen el jurado de la lid, el marqués y los condes, avanzan a pie, vestidos con brillantes gonelas y ataviados con yelmos de cimera extravagantes: cabezas de halcón, áspides, basiliscos y dragones. Gerald Chalandon, el caballero decano no combatiente del castillo hospedante, los conduce ceremoniosamente a sus lugares en la elevada tribuna que domina el centro del campo.

Detrás de los mariscales están los reyes de armas y heraldos, lujosamente ataviados, que asistirán a los combatientes azuzándolos con silbidos y gritos. Son estos seguidos por los pajes y *serjants* asignados a la vigilancia de la turba, y encargados de traer nuevas lanzas, despejar el campo de armas rotas y rescatar a los caballeros caídos.

Los mariscales examinan el campo desde su posición ventajosa y, cuando anuncian que todo está dispuesto, Gerald alza un bastón blanco. Con un gran estallido de trompetas, hacen su entrada en la liza la baronesa del Grial, montada en un camello, y su familia, sobre monturas cubiertas de ricos paramentos. La turba se encarama a las vallas, cayendo algunos por encima de ellas, para ver a la joven baronesa. «¡Valaise! ¡Valaise!». Muchos de los *serjants* se tornan para ver al milagro viviente y al hacerlo son casi pisoteados.

Falan conduce su camello entre la baronesa y el río de gente que corre a través de la palestra. Su sable curvo fulgura al sol naciente y, una vez fuera de su alcance, los villanos lo contemplan boquiabiertos y sumidos en un miedo reverencial.

Raquel se siente febril, con un nudo en el estómago de reprimida ansiedad. Busca a Guy con la mirada o a algunos de los caballeros contendientes, pero sólo ve tumulto en el campo.

Ignorando los gritos de la masa, ignorando el miedo bilioso que sus rostros contorsionados despiertan en ella, desmonta mecánicamente y trepa las escaleras, mientras crece su temor con cada escalón que deja atrás. Cuando ocupa su lugar en la tribuna central junto al marqués, el añoso caballero y el resto de los mariscales se levantan, avanzan hacia ella y se inclinan en profunda reverencia.

Con evidente entusiasmo, el marqués admira abiertamente la apariencia de Raquel, su cabello entrelazado con hilos de oro y largo sobre el pecho. La camisa azafrán y la pelliza orlada de armiño son sus presentes, y sonrío al ver lo bien que complementan el elegante brial de seda violeta, cuyos muchos pliegues y largas mangas flotan etéreos sobre aquellos. Une su dedo meñique con el de ella, de acuerdo con la costumbre del tiempo, y ambos se sientan juntos. «Si estáis destinada a exiliaros en Tierra Santa», dice tratando de ganarse su favor con desdentada sibilancia, «Iré con vos, y quizás hasta hallemos de nuevo el Grial... juntos».

Raquel sonrío cautelosa.

Asiente entonces el marqués a Gerald, que alza el bastón blanco y ordena, «¡Traed a los caballeros!».

Serjants a caballo han despejado el campo y, con un potente estallido de la música y estrumpir de trompetas, empieza el desfile de los combatientes. Cuatro heraldos vestidos de escarlata abren a pie la procesión. Les sigue un malabarista a caballo haciendo piruetas con una espada, lanzándola a las alturas y cazándola cuando cae. Marchan luego los contendientes, cuarenta caballeros montando en una columna de a dos. Desfilan a lo largo de toda la palestra, junto a las tribunas, para retornar una vez pasada la turba bramante.

Guy Lanfranc y Roger Billancourt los conducen, severos y duros los rostros, absortos en el oscuro propósito de recuperar su dominio. Cabalgan detrás de ellos William Morcar y su hijo Thierry. Este es el primer torneo de Thierry como caballero y mira orgulloso alrededor, pavoneándose ante las damas de las tribunas. Jóvenes y maduras, las mujeres se inclinan hacia delante y saludan en respuesta, decorando las lanzas, incluida la de Thierry, con grímpolas y manguillas y medias. Prendas de amor —guantes, ceñidores y largas cintas brillantes— son arrojadas a los caballeros más jóvenes, hermosos y viriles, pero Thierry no recibe estos honores.

Gianni Rieti cabalga sin lanzar una sola mirada a las tribunas, aunque sobre él llueven las prendas. Sólo cuando pasa por delante de la tribuna central y un rizo élfico de pelo rubio encintado cae en su regazo, alza los ojos. Madelon le hace señas. Él se aparta de inmediato, encuentra cerca de allí a la baronesa y la saluda. Ummu, que monta un burro tras él, arroja a Raquel un beso y parpadea, mientras Ta-Toh sube volando la tribuna empavesada y regala a la baronesa un mechón de pelo de mono que Ummu ha ligado con una margarita. Ella acaricia al simio bajo los hurras de la multitud y Ta-Toh se escurre de vuelta a su dueño.

Los caballeros recorren el campo en una formación caleidoscópica, luciendo sus vainas y lanzas y escudos pintados de brillantes colores, sus yelmos encrestados de plumas y sus corceles aparejados con bordados paramentos. Pero los mariscales están atentos sólo a las lanzas, que deben tener la punta roma y estar hechas de madera ligera y quebradiza. Aquellas que se presentan dudosas son requeridas por los árbitros y examinadas. Aun a pesar de estas precauciones, hay

físicos de todos los castillos participantes en la liza.

Una vez los caballeros han completado el circuito, Gerald anuncia la primera justa:

«*Assise de bataille* por el derecho de gobierno en el dominio de Epynt, el Grifo de Lanfranc desafía al Cisne de Valaise. Que los caballeros contendientes se acerquen y se hagan reconocer».

Falan Askersund cruza la palestra sobre su camello, flanqueado por Denis Hezetre y Harold Almquist, y seguido por Gianni Rieti sobre su blanco bridón árabe. El sueco porta sólo un simple turbante blanco y una túnica mora sobre la cota de malla; el resto luce armaduras de petos blasonados con el Cisne, y fuertes hojas protegiéndoles hombros, caderas y muslos, así como celadas ligeras. Falan toca su frente e inclina la cabeza, mientras los demás se quitan los yelmos y cabecean a los mariscales. Todos presentan las lanzas para su inspección y se retiran luego al lugar del campo donde está izada la bandera del Cisne.

Tras ellos llegan Guy, Roger y William. Portan sólo corazas con la insignia del Grifo, escarcelas sobre los muslos y celadas bien bruñidas, despojadas de todo ornamento. Cuando sus lanzas son aprobadas, ocupan sus puestos en la parte contraria de la palestra, donde su bandera vuela.

Los heraldos y juglares, uno de cada campo, grotescamente vestidos con capas y sayos ajedrezados, anuncian a los contendientes: «¡Aquí está el buen caballero, Guy Lanfranc, campeón con Guillaume Longsword en su conquista de Irlanda. Contemplad ahora sus hechos gloriosos y los de sus caballeros mientras derrotan a este guerrero pagano y sus ingratos compañeros, que han osado desafiar su derecho como barón legítimo del Castillo Valaise y conde de Epynt!».

El otro heraldo ejecuta una serie de saltos acrobáticos para atraerse el aplauso del público; luego declara: «¡Aquí está Falan Askersund, buen caballero de Suecia que viajó a Tierra Santa, halló fe en Mahoma y, aun así, relegó esa fe extraña para escoltar de vuelta a su país a la baronesa Ailena Valaise, bendecida con nueva juventud por el Santo Grial! ¡Ved a los campeones de la dama desarzonar a esos caballeros desleales, que reniegan del milagro del Sangreal!».

«¡Cesen los alardes!», clama Gerald. «¡En el nombre de Dios y de San David, batallad!».

Thomas Chalandon, sentado en la tribuna junto al rabí Tibbon y vestido como un plebeyo con un jubón marrón, calzones grises y calzado de cuero pulido, aferra un pequeño crucifijo.

Subrepticamente, observa al anciano judío junto a él. ¿Es quizás un nigromante tal como, según se dice, muchos judíos lo son? Los labios del anciano no cesan de moverse en silente plegaria... ¿a Jehovah o a algún demonio oriental como Baal o Azael?

El atronar de los cascos y un poderoso estruendo hacen que Thomas gire la cabeza justo a tiempo para ver a Harold Almquist volar de su caballo en la punta de la lanza de William Morcar.

Harold se estrella en el suelo, quebrado el escudo. Thomas mira a sus hermanas. Leora está de rodillas, rezando por su marido caído, y Hellene posa un brazo confortante alrededor de sus hombros. Cuando se llevan a Harold del campo, cojeando pero vivo, las hermanas se abrazan una a otra.

La baronesa abate, derrotada, el rostro; pero Thomas percibe que su rabí ha levantado una faz

agradecida al cielo.

Denis Hezetre avanza hacia el combate, sentado en su montura de batalla. Le había dicho a Guy en una ocasión que no lucharía contra él o contra sus caballeros en el palenque. Qué estúpido, pensaba entonces, que los caballeros resulten heridos en batallas ficticias. Esta era también la opinión de los tres papas previos, así como de Inocencio III, que necesitaba todos los caballeros posibles para defender la cristiandad de los musulmanes y que prohibió estas contiendas. Pero tan pronto como la Dama del Grial anunció que su derecho de soberanía sería decidido en la palestra, supo que tendría que luchar. Había jurado protegerla e, incluso aunque debiera batallar con Guy, no reprimiría sus golpes. Guy es el amado de su corazón... pero la baronesa es la amada de Dios.

William Morcar ignora el saludo de Denis. El blondo arquero no se lo reprocha: sabe que William combate más por su hijo que por Guy. Y aunque él y William se han salvado uno a otro la vida más de una vez en las correrías de Guy contra las tribus, Denis no espera tregua ahora.

Cabecea a Gerald. Cuando la nueva lanza de William ha sido aprobada por los mariscales y él ha ocupado su puesto, Gerald exclama, «*¡Laissez aller!*». Denis deja caer su visera, clava sus espuelas en los ijares de su caballo y se lanza a pleno galope contra William, que avanza hacia él a toda carga.

Sus lanzas golpean los escudos, pero la de William barrea con un chirrido y le obliga a girar el cuerpo exponiéndole de lleno a la embestida de Denis. El golpe lo desmonta, sus miembros parecen desparramarse con el estrepitoso impacto, y él desciende a un pozo negro.

El sonido retorna lentamente, de eco en eco. Despojan a William del yelmo y una luz sedeña nimba las cabezas de los *serjants* que lo miran desde la altura. *¿Estoy muriendo?* Sus rostros borrosos se congelan en sonrisas duras y, con un agrio sabor en la garganta, sabe que vivirá.

Roger Billancourt saluda al marqués y fija la vista, durante un instante largo y significativo, en la Imitadora. Ella le devuelve la mirada con tan benigno desdén que, por un momento, el caballero se convence de que la dama es en verdad Ailena Valaise. Cierra de un golpe la visera, murmura una maldición y, a la orden de Gerald, carga contra Denis.

El choque quebranta ambas lanzas.

«¡Bien rotas!», clama el mariscal. «¡Una noble carrera!».

Caracolean sus caballos y ellos desmontan para combatir a pie. Gritos de «¡Recuerda el Grial!» y «¡Sé digno de tu linaje!», llenan el aire cuando los heraldos silban y chillan por encima del público vociferante.

Roger, con menor armadura, es más ligero; desmonta y desnuda la espada más rápidamente. Denis ha desenvainado apenas su acero cuando Roger, aferrando con las dos manos el arma, deja caer sobre él un altibajo. Levantando su hoja justo a tiempo, Denis desvía el golpe de su cabeza, pero la fuerza del mismo le arranca de las manos la espada y lo arroja sobre su espalda. Con diestra malevolencia, Roger coloca la punta de su acero entre el peto y el yelmo de Denis. Cuando

mira triunfante a la tribuna, la baronesa ha bajado el rostro. El maestro de armas sabe entonces con seguridad que no es Ailena, la mujer que jamás bajó la vista, ni cuando sus caballeros caían en combate, ni siquiera cuando la golpeaba su marido cruel, su viejo dueño y señor.

Gianni Rieti reza fervorosamente antes de montar su bridón árabe y tomar su lanza. Tiene la plegaria aún en los labios cuando espolea al caballo y se precipita al encuentro de Roger. Más fuerte que el martilleo de los cascos y el griterío de la multitud, su plegaria lo colma de una fuerza sobrenatural, que irrumpe de él con todo el aire de sus pulmones cuando el escudo salta hecho astillas y la punta de la lanza contraria le golpea sobre el corazón.

Gianni flota dentro de su armadura como un vapor. Cuando le arrancan el yelmo, teme disiparse en el cielo. Extrañamente, el cielo parece descender a él... comprende que los *serjants* lo están levantando. Todo observador visible en las tribunas y a lo largo de las cercas está paralizado, y sus gritos y abucheos se escalonan a los cielos como un himno.

Roger alza su visera y contempla a la Imitadora sin molestarse siquiera en alcanzar una nueva lanza antes de que ella lo mire. Cuando al fin vuelve hacia él unos ojos débiles, él le muestra sus dientes pardos en un rictus triunfante. A la baronesa le queda un solo caballero y este, sin coraza ni yelmo, no puede abrigar ninguna esperanza de resistir a Roger o a su letal protegido.

Él reconoce el miedo en el semblante de la mujer, y su sonrisa le colma de sarcasmo el cuerpo.

Raquel está asustada... pero no por sí misma. Su inminente derrota supone un mortal peligro para su abuelo. En este mismo instante, medita ya cómo transportarlo al sur sin arriesgar definitivamente su salud. Pero cuando lo mira, él parece complacido: tiene alzada su cabeza gris y una sonrisa beatífica engastada en la barba. A su edad, eso lo sabe ella, lo que le preocupa no es la muerte, sino la vida, la vida de su nieta... y si ella pierde hoy aquí, dejará con él este lugar, aunque ello suponga su muerte. *Al menos morirá en el camino a la Tierra Prometida*, se consuela Raquel.

Falan ha montado el corcel blanco de Gianni. Su turbante le cubre todo el rostro, menos su mirada azul. Saluda a la baronesa y la multitud callada estalla en insultos contra él: «¡Hereje!».

«¡Traidor comemierda!».

Roger saluda a las tribunas levantando la lanza y la asamblea responde bramando un épico hurra. Baja su visera y enristra la pica contra su velado oponente. Cuando cargan, el maestro de armas no puede apartar sus ojos de ese extraño visaje. Su lanza rebota en el escudo de Falan y un golpe poderoso se lo lleva por los aires. Cuando bate el suelo, ve aún esa mirada azul, vasta ahora como el cielo.

A Guy Lanfranc le arden hasta derretirse las entrañas con empotrada rabia. Nadie se interpondrá entre él y lo que su padre tomó.

«No le mires al rostro», gruñe Roger mientras los *serjants* se lo llevan tras las palizadas.

Guy monta su caballo de guerra y concentra toda su vehemencia en el brazo que aferra la lanza. Cuando Gerald clama, arremete hacia delante bramando «¡Lanfranc!».

Con las ropas flotando undosas al aire, Falan ataca al grito de «¡Allah Akbar!».

Chocan ambos con potente estruendo, saltan las lanzas astilladas, los corceles caen sobre sus ancas levantando grandes tabones de tierra. Los dos caballeros blanden astas rotas de lanza y sus escudos están cruzados por una larga, fiera marca.

Guy salta de su montura y desenvaina su espada ancha antes de tocar el suelo. Falan se desliza de su corcel y desnuda su cimitarra, despistando a su oponente cuando este lo busca de un tajo. Con el sable girando sobre su cabeza como un chorro de luz, el guerrero musulmán danza alrededor de Guy, fintando a cada uno de sus golpes sin llegar a cruzar espadas.

Poseído por una feroz frustración, Guy machetea aquí y allá en persecución del sueco escurridizo, derrochando toda su fuerza en golpes fútiles. Al final, se arranca el yelmo, muestra su chata faz encendida de un rojo tempestuoso, y carga volteando el arma en un amplio arco.

Falan retrocede, finta hacia la izquierda y, temerario, salta a la derecha haciendo perder el equilibrio a Guy. La cimitarra silba y el moño de Guy vuela por los aires. El muslim lo caza con su mano libre y lo muestra a las tribunas y a la multitud bramante.

La baronesa está de pie. El marqués y los condes, aturdidos por lo que acaban de ver, la siguen un instante después. La justa ha terminado.

Pero Guy no está dispuesto a ceder. Continúa tajando y acuchillando al caballero de pies ligeros hasta que su espada se hace demasiado pesada para levantarse.

Falan se acerca a él entonces con casual elegancia y, con la punta diamantina de su sable, pica la manzana de Adán de su rival jadeante.

Un vasto clamor surge de la muchedumbre. La bandera del Grifo es arrojada al suelo y ondea suprema la del Cisne.

«¡Armas innobles!», se desgañita Guy hasta que la delirante asamblea lo oye. Silbidos y estridentes chillidos de burla saludan su protesta.

Raquel mira a David y este se somete a la victoria de su nieta con una sonrisa y las palmas vueltas al cielo. Raquel ha ganado para ambos un lugar entre los gentiles, donde él podrá recobrar fuerzas. En primavera, cuando se haya recuperado del todo, partirán de vuelta a su verdadero hogar.

Abruptamente, el clamor de la turba se apaga. De las palizadas surgen inesperados huéspedes que se han aproximados sin ser percibidos durante el ardor del combate: una banda de galeses salvajes con sus andrajosas armaduras y el membrudo Erec de la barba barcina a la cabeza.

Los *serjants* se agrupan para expulsar a los intrusos, pero Raquel los detiene con un gesto e indica a los galeses que se adelanten. El espíritu de la baronesa se cierne más y más próximo, conjurado por la aparición del pueblo que su padre le enseñó a respetar y que ella llegó por sí misma a amar. «¡La Sierva de los Pájaros os da la bienvenida!», exclama Raquel, jubilosa de

victoria.

«¡Sierva de los Pájaros, Erec Rhiwlas está aquí para ser tu campeón!», anuncia Erec en galés.

«¿Quién es este bárbaro bellaco?», grita Guy interponiéndose entre las tribunas y el galés.

«Guy, ¿no reconoces a Erec el Bravo cuando lo ves?», pregunta Raquel con risa en la voz.

Este es el momento que el espectro de Ailena ha esperado, y Raquel puede sentirla, brillando en la cara oscura de su mente, luminosa con la derrota y humillación de su hijo.

El marqués toca el codo de Raquel. «¿Admitiréis bárbaros en vuestras justas?». Menea la cabeza. «Poco estilo».

Raquel arruga la nariz ante el ceño malhumorado del viejo caballero. «En Epynt, bajo mi gobierno, resulta de muy poco estilo considerar bárbaros a los galeses. Con toda la deferencia hacia vos, señor, estos galeses son mis invitados».

Los ojos del marqués chispean con la ágil respuesta de la baronesa, y él la distingue con una sonrisa desde la mitad de su rostro.

«Permíteme ser tu campeón, Sierva de los Pájaros», clama Erec de nuevo.

«Mi jornada ya se ha ganado», contesta Raquel. «Pero puedes participar en cualquiera de los muchos combates que seguirán».

«Sólo un combate me interesa: competir por ti y por ti sólo». Señala a Falan y dice, «Tu jornada está ganada... ¡pero por un pagano! Dame el derecho de ganar tu honor por mi propia mano. Deja que un cristiano luche por ti».

El desafío halla rápida traducción en la multitud. Airados clamores brotan de la asamblea de normandos, ofendidos por la presencia de toscos bárbaros. Pero gran parte de la turba está contrariada porque ha sido un hereje quien se ha llevado el honor de la jornada. Gritos por Erec ahogan las protestas. El marqués apremia la justa con un gesto señorial de su mano. Y cuando Raquel mira a Falan, el muslim cabecea su asentimiento.

Erec enristra la lanza de un modo extravagante, pero espolea a su corcel de batalla con todo el poder. La punta del arma barrea en el escudo de Falan, mientras la lanza del sueco estalla contra el broquel de su rival. Los músculos del galés se tensan como tiras de cuero para mantenerlo sujeto a la silla. En cuanto logra dominar a su caballo traqueante, arroja la lanza y salta al suelo con su larga espada en la mano.

Habiendo sido testigo de los ataques frustrados de Guy, Erec no derrocha su energía acometiendo al musulmán con la espada en alto; por el contrario, carga manteniendo baja el arma.

En el último instante, cuando la cimitarra le fustiga describiendo un arco, Erec confía en sus brazos masivos para alzar el pesado acero.

Sable y espada chocan, y Erec gira con sorprendente agilidad para barrer con su pie las piernas de Falan. Mientras Falan se derrumba, la espada de Erec desciende hacia él y se detiene con el filo rozando el cuello del musulmán.

La sangre de Thomas espumea en sus oídos. Junto a él, el judío se ha sumergido en sí y cuelga de sus huesos como un hombre dormido, verificando la ineficacia de sus plegarias. Dios ha sido el campeón de la baronesa, y Thomas apuña tan fuerte el crucifijo que le muerde esta mano. La excitación de la lucha le hace vibrar. No posee la fuerza ni la destreza de estos caballeros, pero su fe, él lo sabe, es tan intensa como la de cualquiera. Si Dios le envió a su abuela el Grial, ¿no mandaría ahora al nieto la victoria, si este se atreviese a poner toda su fe donde otros confían sólo en su ferocidad?

El crucifijo, con su figura desgarrada y salutífera, parece contemplarlo implorante y él pregunta con toda su sinceridad, *¿Cómo?* Mira a las palizadas, ve los caballeros, apoyados en sus espadas algunos, y se ríe al imaginarse a sí mismo levantando semejante arma. Y dentro de esa risa una idea se abre, erupciona, una idea risible, una idea tan inverosímil que sólo puede haber sido enviada por Dios.

Thomas se pone en pie. Encara la tribuna central, adonde la baronesa acaba de llamar a su campeón sueco para que se siente junto a ella. «¡Grandmère!», grita. «Dame permiso para enfrentarme a este galés en combate a pie por tu honor».

Raquel mira sorprendida al seráfico joven. Altisonantes mofas brotan de la asamblea y Clare, su madre, brama una objeción: «¡Es un acólito! ¡Le está prohibido justar!».

El marqués sonríe regocijado e indica al muchacho que descienda de las tribunas. Raquel se torna ceñuda hacia el vetusto personaje. «No es un caballero, marqués. No quiero que arriesgue su vida».

«Vamos, vamos, Ailena. Esto es una competición, no una batalla. Dejadle saborear la humildad. Le será muy útil cuando se haga cura. Y después de duelos tan serios, la gente necesita algo más frívolo».

Raquel dirige su mirada a Thomas, que la observa con ferviente intensidad. Por fin, accede. Clare chilla su protesta, la multitud lo vitorea y Gerald atisba nervioso a su hijo manso cuando este se dirige a las palizadas en busca de sus armas.

Revienta la asamblea en potentes carcajadas cuando Thomas emerge con la tapa de un barril por escudo y un cubo en lugar de espada.

«Nadie va a hacer un payaso de mí», advierte Erec, trémulo su rostro macizo. Mira a la baronesa. «No pienses en reírte de mí porque soy galés».

«¡Lucha según las normas!», clama el marqués. «Déjate de payasadas aquí».

«No me propongo ninguna frivolidad», declara Thomas. «Estas son mis armas».

El marqués muestra sus encías con una sonrisa divertida. «Dale fuerte, Bravo Erec, y el combate es tuyo».

«¡Darle fuerte es lo que haré!», brama Erec y se lanza sobre el joven con la espada en alto.

Thomas danza alrededor cuando la espada se precipita sobre él. Caza el filo volador del arma con su tapa de barril, que gime cuando la muerde el metal.

El acero de Erec se engancha firmemente en la dura madera de fibras cruzadas y, cuando tira

de él para liberar la espada, aquella se adhiere a la hoja. Thomas se aferra a la tapa con una mano y es levantado del suelo por la inmensa fuerza del galés. La espada empieza a liberarse, pero antes de lograrlo, Thomas usa su mano libre para encasquetar el cubo en la cabeza de su rival.

Con una mano, Erec intenta librarse del cubo, mientras el peso del cuerpo del muchacho arranca la espada de su agarro.

Rápidamente, Thomas coge la espada, aún clavada en la tapa del barril, y coloca la punta del arma en la base del cuello de Erec.

Ruge la multitud. Erec se arranca por fin el barril de su cabeza y mira alrededor, jactancioso y sorprendido. Sus propios hombres ruedan por los suelos agarrándose las costillas y, cuando ve el alivio en el rostro de Thomas, su ceño se ilumina en una vasta sonrisa.

«Los bardos se burlarán de mi espíritu con esta humillación», clama sobre el vocerío de espectadores y caballeros, «pero yo no te disputaré tu victoria, Thomas». Da una palmada en la espalda del joven, se inclina ante la asombrada baronesa y contempla a la asamblea uniéndose a sus carcajadas.

Thomas camina ingrátido hacia el lugar donde el marqués está aplaudiendo, vitoreándolo sus padres y hermanas, y contemplándolo su abuela con una luz peculiar en su joven faz. *Ella entiende de milagros*, piensa él mientras apuña el crucifijo en el bolsillo de su túnica. La victoria no es suya, sino de Dios. Descendió a él en una idea fulgurante, como una gota de sangre sagrada caída de la frente del Salvador y borbollando a través de su mente, un diminuto milagro del crucifijo en su mano, un pequeño fruto caído en sus manos del árbol de las heridas.

Sombra del sol

*El Grial es el deseo del paraíso,
la piedra del exilio, la demanda de la integridad
espiritual, el puente entre lo superior y lo inferior,
tierra y cielo, hombre y Dios,
lo infinito y lo temporal.*

Una fragancia como humo azul asciende flotando del bosque con la brisa nocturna. Para Raquel, mientras abandona la liza montada a lomos de camello al final del primer día de las justas —único crucial para ella—, este es el aroma de su país, un dominio ganado con ordalía y sufrimiento. Los hombres que la rodean son sus hombres: Falan sobre su dromedario, el canónigo Rieti magnífico sobre su bridón árabe, Thomas sonriendo orgulloso, Denis y Harold sobre sus corceles, incluso el pequeño Ummu montado en su burro.

En las alturas, las estrellas muerden la tiniebla. Cuando era niña, creía que los astros eran ángeles del firmamento, y cada ángel una partícula de la faz de Dios. Raquel sabe ahora que no es verdad. Esta es la lección del segundo mandamiento: *No te harás imágenes*. La creación no muestra a Dios, sino sólo a sí misma. Y Dios permanece exiliado de Su creación, un extraño, semejante a nada... acaso no siendo nada Él mismo.

Raquel vuelve su mirada a las cosas terrenas, a su abuelo, que monta una mula tras ella.

Tiene el rostro enflaquecido, consumido por la fiebre que ha superado, pero los ojos están llenos de contento. Aunque había abrigado la esperanza de que sus caballeros fracasasen, acepta satisfecho la voluntad de Dios. Después de las justas, cuando Raquel descendió triunfante de las tribunas, él aceptó su victoria con un beso gentil en su mano y una bendición. El marqués, espantado ante su impertinencia, le murmuró acerbamente a Raquel: «Dejad la religión a los sacerdotes, mi querida niña. Enviad a este judío de vuelta a Tierra Santa y emprended la poca santa labor de hacer que estas tierras os sirvan bien. Tenéis un dominio que gobernar».

Percibiendo el susurro, David se retiró. Mientras Raquel recibía las entusiastas felicitaciones de los caballeros visitantes, sus damas y trovadores, él permaneció discretamente sentado al sol, calentándose los huesos siempre fríos.

Ahora, al ver que Raquel lo mira, le ofrece una sonrisa llena de orgullo: ella ha conquistado su meta y él no se la negará.

Desde los pabellones más allá del palenque se acerca de pronto un bridón con furioso galope. Falan y Gianni aferran las empuñaduras de sus espadas cuando ven que es Guy. Denis y Thomas, que cabalgaban a la cabeza, se tornan; y Harold, en la retaguardia, se aparta cauteloso del camino.

Guy se ha quitado la coraza, pero viste aún la túnica con la insignia del Grifo briscado en ella. Su pelo, ahora que le ha sido cortado el moño, cuelga en desiguales y enmarañados mechones sobre sus orejas, dando a sus rasgos pugnaces un aspecto aún más brutal. Al resplandor de las antorchas, sus ojos brillan rojos y humosos.

«¡Madre!», llama con voz hosca, sarcástica. «Te has ido sin aceptar mi capitulación».

«Ahí está vuestra capitulación, sir Guy», exclama Ummu desde su pollino y señala el moño que Falan ha clavado en la punta del asta de la bandera del Cisne.

Raquel silencia al enano con una severa mirada. «La *assise de bataille* se ha ganado limpiamente, Guy. He respondido a tu desafío».

«Y muy bien, además, madre». Guy se balancea en la silla y se inclina adelante, a todas luces ebrio, aunque su mirada es directa y fría. «Someto esta baronía a tu gobierno. La guirnalda condal es tuya. El sitial de estado es tuyo. El castillo es tuyo». Se tambalea, y su fogoso caballo gira sobre sí con un caracoleo. Tirando fiero de las riendas, vuelve a situar su bruto frente a Raquel. «Pero

con todo eso vienen las deudas, madre. Ahora son *tus* deudas. La multa en la que nuestro castillo incurrió por apartidarse con el príncipe Juan cuando Ricardo estaba fuera de su tierra: cien libras esterlinas. Otras cien como pena por rehuir el servicio personal en ultramar. Debe pagarse además una gravosa multa por la renovación del sello real en tu carta de privilegio. Y desde luego, se pena pecuniariamente también el que como viuda no te cases... o el que te cases, si tu sangre gélida encuentra en ello alguna ventaja. Y no olvides los fondos debidos por este glorioso torneo. En fin, madre, que tienes unos cuantos cientos de libras por pagar... y, ¡diantre!, sólo quince días hasta Santa Margarita, en que llegarán los hombres del rey».

«Esas son tus multas, Guy», protesta Denis.

Guy bufa. «Yo no soy más que un vasallo aquí a partir de ahora. Las deudas de un vasallo son las de su señor. Los hombres del rey querrán ser pagados de inmediato... o se harán con este dominio para Ricardo. Y él se lo venderá al mejor postor para poder pagar, a su vez, las deudas masivas de su astrosa Cruzada. No se te concederá un solo día de gracia, estate bien segura de ello».

Raquel se aparta de Guy azuzando a su animal. No le dará la satisfacción de permitirle ver su desespero. ¡*Trescientas libras!* Si vendiese las joyas de la baronesa al mejor precio conseguiría la mitad... y aun así perdería su reino. Fija su vista en la silueta del castillo, trémula a la luz de las antorchas. Sobre él, las estrellas cintilantes parecen de pronto mucho más lejanas.

Sintiendo cansancio y frío, David está sentado en la esquina del salón del consejo donde Raquel lo ha situado, en una silla con espaldar en forma de lira. Deja su atención vagar por los frescos de la pared de estuco, iluminados por candiles que penden del techo abovedado. Las imágenes, escenas de la «Canción de Roland», son planas e insípidas, carecen de vida, figuras rígidas e irreales faltas de toda perspectiva. Para David, son el color de la erosión, la forma sin fondo de la ruina, vaporosas como las voces ecoantes de este cuarto.

«Branden Neufmarché no ha hecho aparición en el torneo», dice Denis. «Evidencia con ello su rencor. No será vuestro aliado, baronesa. Dejad que pague por vos, a cambio de la promesa de no atacarle».

Sentada en la silla alta, en la cabecera de la mesa del consejo, Raquel cierra los ojos, tratando de sentir qué haría la vieja baronesa. No halla instrucción dentro de sí, sólo la oscuridad de sus prietos párpados; sabe, sin embargo, que Ailena no obtendría dinero por la fuerza del hijo de su difunto amante, independientemente de lo insulso que resulte Branden. «Basta de guerra», declara abriendo los ojos y contemplando uno por uno los serios rostros de los hombres sentados alrededor de la mesa ovalada: Falan, Gianni, Denis, Harold, Thomas y David, que aparta su vista de las paredes historiadas para hacer un gesto de exhausta aprobación. «Si es necesario, perderé el castillo. Pero nadie morirá o será atemorizado para mantenerme en el poder».

«Grandmère tiene razón», dice Thomas alzándose en su defensa. La certeza espiritual que lee en los ojos oblicuos de Raquel despiertan un orgullo en él. «Este ha de ser un dominio que nuestro Salvador pudiese bendecir. No podemos considerar la violencia».

Denis alza sus cejas al mirar a Harold y Gianni. Nadie lo dirá, pero todos tienen a Thomas por loco... tal como él mismo ha demostrado hace un rato en la palestra contra Erec.

«Lady», dice Harold sombrío, «si perdemos el castillo, nuestras familias se verán obligadas a servir a otros barones. Toda nuestra plata le fue entregada a Guy para su cerco. No tenemos dinero. Y mis niñas son demasiado pequeñas para lograr posición con el matrimonio».

«Ten corazón», dice Denis. «Acaso perderemos privilegios, pero no es la vida vagabunda la que nos espera. Muchos castillos aceptarán complacidos nuestros servicios».

«¿Haciendo qué?», se queja Harold. «¿Sirviendo de mozo de establo?, ¿halconero mayor? En lo que a mí respecta no tengo otros servicios que ofrecer. Y tengo una mujer y cuatro hijas».

Gianni se aclara la garganta. «No pude evitar percibir la fervorosa atención que muchos nobles de las tribunas rindieron a nuestra baronesa. Quizás un matrimonio de conveniencia con el hijo de un conde adecuado serviría para salvar este castillo y, al mismo tiempo, para fortalecer el dominio».

Raquel se revuelve y desde la comisura del ojo ve a David ocultar entre las manos su faz.

«¡No! No me casaré otra vez. Gilbert me hizo comprender esa locura».

Harold se incorpora, molesto. «Lady, si no estáis dispuesta a luchar ni a casaros, declináis los privilegios del hombre y los de la mujer. Así no hay esperanza de salvar nuestra posición en este castillo».

Raquel mira a Harold con dureza. Tiene la boca fruncida de un borrego, lo que le trae a la memoria algo que Ailena dijera de él: «De todos los caballeros es el que mejor responde al cayado del pastor». Le indica que se siente. «Harold tiene razón», afirma. «Debemos abandonar toda esperanza. Si hemos de salvarnos, debemos poner nuestra fe en Dios».

Gianni se santigua, y Denis y Harold lo hacen a continuación. «Dios no os devolvió la juventud y vuestro dominio para abandonaros ahora», dice el sacerdote-caballero. «Sin duda mostrará un camino».

David torna hacia arriba las palmas de sus manos y balancea suavemente la cabeza ante la presunción del gentil, temeroso por su nieta. Esta es gente que ve sus vidas, y a Dios mismo, igual que pintan sus frescos, sin profundidad. Todo es para ellos de una evidencia superficial e insípida, aun la voluntad de Dios; y no se dan cuenta de que, en realidad, el mundo que son capaces de ver no es sino un bosquejo del que verdaderamente es. «Quizás Dios preferiría que agotásemos todos los medios terrenos para salvarnos antes de intervenir Él en Su creación», dice.

«¿Qué sugerís, rabí?», pregunta Gianni. «¿Qué más podemos hacer?».

«Me he enterado por los servidores de que hay una importante comunidad judía en Caermathon, a tres días de viaje hacia el sur», ofrece. «Los barones han prohibido tradicionalmente su admisión en los gremios y su derecho a la posesión y el cultivo de tierras. Así pues, aquellos habrán tenido que recurrir al préstamo para sobrevivir, como lo han hecho los judíos de todos los inhóspitos países septentrionales. Quizás ellos nos dejen el dinero que necesitamos».

Los caballeros se miran uno a otro; después a Raquel, que asiente con un encogimiento del entrecejo. «Si tuvieran semejante suma y quisieran arriesgarla en un dominio fronterizo como

este, sería un milagro terreno. Tenemos poco tiempo para averiguarlo. Hay que enviar enseguida un rápido mensajero a caballo».

«¿Escribiréis una carta para ellos, rabí?», pide Harold, brillante de esperanza el rostro.

David accede y Raquel concluye el consejo. Cuando los caballeros se despiden, el rabí se inclina ante la baronesa y dice, «Es mejor pedirnos milagros a nosotros mismos antes que a Dios. Nosotros somos, al fin y al cabo, las manos del Señor».

Thomas se demora en la cámara cuando el resto ha partido. «Grandmère, yo sé que Dios intercederá, al igual que hizo por ti en Levante con un milagro y al igual que lo ha hecho hoy por mí en la liza».

«Lo que hiciste hoy fue absurdo, Thomas», dice ella y baja la voz, cargada de enojo. «¿Por qué te arriesgaste de aquel modo?».

«Tú me llamaste Parsifal». Su rostro blondo se asemeja a un sol con ojos. «Parsifal no se habría contentado con que un bárbaro fuese tu campeón. Si Dios te ha enviado el Grial, sin duda querrá que sea tu propia familia la que te defienda».

«¿Qué quieres decir con “sí”? ¿Dudas que sea yo misma?».

«Ya no».

«Pero dudaste. ¿Qué ha cambiado?».

Thomas, que estaba de pie ante ella, se sienta en una esquina de la mesa y baja la vista.

«Cuando Largavista Meilwr no te reconoció por el olor de tu pelo, cuando maese Pornic cuestionó el milagro que te ha transformado... dudé».

«Quizás hacías bien dudando».

Thomas la mira, perplejo.

«Ya te lo he dicho. No soy la misma mujer que fue tu abuela. He cambiado completamente».

«Pero ¿eres mi abuela o no lo eres?».

Raquel siente un viento en su pecho y sabe que no puede mentir a este hombre seráfico cuyas facciones son como la sombra de un fuego. «Soy la que Dios hizo de mí», replica.

Se miran uno a otro en silencio.

Al cabo de un rato, Thomas dice, «El bárbaro fue vencido por mí, grandmère. Dios me otorgó Su favor. ¿No te hace esto pensar que la Iglesia es la única fe verdadera?».

Así que por esto se ha quedado, comprende Raquel. «Ah, Thomas... Yo bebí del Grial y, puedo asegurártelo, lo que bebí es lo que me transformó. En sí misma, la vasija no es importante. El Qoran, la Torá, la Iglesia, todas ellas son vasijas que contienen el mismo potente elixir».

«¡El mismo no!». Thomas se incorpora bruscamente y coge las manos de la mujer. «Cristo murió por nuestros pecados. Su sangre ha santificado a la Iglesia».

En los ojos húmedos del muchacho hay una reverencia que necesita la confirmación de Raquel. Persigue él algo que no puede hallar en sí mismo. Pero ella sabe que no puede dárselo.

Aparta sus manos. «Estoy cansada», dice y camina hacia la puerta.

«¡Grandmère!». Quiere decirle que el milagro lo ha cambiado de un modo inalterable, que le

ha hecho decidir: se hará sacerdote. Pero ella parece desdichada cada vez que Thomas menciona la Iglesia. ¿Por qué? Fueron el Grial y el Salvador los que descendieron a ella, no Allah ni Moisés. «Dios me ha otorgado hoy su favor. No te apartes de mí».

Raquel se detiene en la puerta y mira atrás. El rostro implorante del muchacho tiene la cincelada claridad de una estatua. Querría abrazarlo, absorber todo el anhelo suplicante de esa faz, amar su desamparo y acabar con el propio. Pero es la baronesa. Es su abuela. «Thomas», dice con un susurro áspero, recordando algo que un rabí dijo una vez, «Dios hace. Nosotros nombramos. Ahora intenta dormir un poco».

A solas en el ático de la torre maestra, Thomas siente su conciencia punzarle, fustigarle con un escalofrío a través de su espina. Apoyado en el alféizar de la ventana abierta, mirando abajo los brillantes ventanales del *palais* bajo el brocado de estrellas, tiritita.

A pesar del milagro de inspiración en la liza durante el día de hoy, a pesar de su amor por Dios y la Iglesia y, sobre todo, a pesar de su fe ciega en que esta mujer es su abuela, se siente extrañamente impuro, avergonzado y mortificado por la marea de impías sensaciones y emociones que le asaltan cuando está con ella.

En el bosque, nieblas azules reptan entre escuálidos árboles. De las ramas desnudas cuelga escarcha. En el silencio cristalino de la noche, la luna tiene un rostro, una mirada brumosa, el gesto soñoliento de un fumador de opio. Es la faz del mago persa, Karm Abu Selim, de mejillas cóncavas como una pantera.

«Lo recordaste al revés». Su voz desciende de la oscuridad burilada de estrellas. «Dios nombra. Nosotros hacemos. Él te ha dado el nombre de Ailena Valaise. Ahora tú has de hacer su vida».

«No», murmura ella a través de la calina del sueño. «Yo soy Raquel».

«Necia niña», la reprende la voz del mago. «No puedes ser las dos. Si lo intentas, no serás ninguna de ellas».

«Así que ahora tocan los filósofos», se burla Ummu. Al entrar en la habitación del sacerdote-caballero, ha encontrado a Gianni ovillado en el hueco de una ventana bajo el resplandor de un candil, leyendo el volumen de Plotino que la baronesa trajo de la abadía. Desde su derrota en la liza, ha descubierto que su alma le duele más que sus castigadas costillas. ¿Por qué ha permitido Dios que un ateo aplastacráneos lo derrotase? ¿No ha sido él testigo del milagro del Grial y transformado por este? ¿No ha represado él su lascivia para mayor gloria de Dios?

¿No es digno del favor de Dios?

Gianni mira por encima del libro. «Ummu, escucha la cuarta *Enéada*, tratado cuarto, versículo veintitrés: “El sentir no pertenece a la materia carnal: para tener percepciones el alma no necesita

el cuerpo...”».

Ta-Toh se desliza al cuarto; el enano se inclina ante el elegante mono y el animal le devuelve la reverencia. «La opinión de los pitagóricos es que la vasija griega refleja las proporciones de la Mente Pura. Por otro lado, los epicúreos creen que imita las curvas de los pechos, los muslos y las nalgas de una moza».

«Tu cháchara irreligiosa no me distraerá, muñón».

«¿Irreligiosa? Querido canónigo, sólo estaba citando a los filósofos. ¿Irreligiosa?». Ummu se enreda reflexivamente un bucle de su pelo en un dedo corto y rechoncho. «Considerad pues el divorcio de Caná, donde el vino se transformó en agua».

«Muñón... lárgate».

«Ya me he ido y así permaneceré... aquí, en el cielo del dosel». Con habilidad, el enano trepa por una de las columnas serpentinas de la cama y desaparece sobre el pesado baldaquín bordado. Ta-Toh vuela tras él.

«¿Qué sinsentido es este?».

«Oh, sentido, sentido, ciertamente. El sentido de la vista y del sonido y del aroma seductor... pues Lady Madelon está a pocos pasos de aquí. Y cuando llegue, Ta-Toh y yo os rogamos que estéis más brillante que en la liza. Que vuestra lanza dé en el blanco, buen caballero. Y una buena noche pasaremos. ¡Escóndete bestia, que ya llega!».

Clare, Gerald y sus hijas se han entregado plenamente a la labor de atender a sus nobles invitados, con la idea de ganarse su favor. Han decidido acudir a los condes y el marqués para los fondos que ayudarían a la baronesa a pagar su deuda a los hombres del rey. Con ese fin, han rendido todo su tiempo y atención para prodigarles entretenimientos: bailes de máscaras para los adultos, juegos de manos y cacerías de tesoros para los niños.

Durante un encantador picnic nocturno en una barcaza del río, Madelon ha permanecido en tierra, disculpándose con un fingido *mal-de-tête*. Aunque reluctante, ha acabado ya por aceptar de sus padres y abuelos que el apremiante peligro de perder el castillo exige casarla pronto y bien.

Se tienen en consideración diversos candidatos propicios entre los hijos de los condes, y antes del fin del torneo se habrá arreglado un matrimonio.

Resignada a su inevitable futuro con algún noble serio pero no a su presente fortuna, Madelon está decidida a experimentar de una vez por todas las aventuras del amor, los detalles corteses en los que ha estado bien versada desde que era una criatura. El que Guy prohibiese el pasatiempo sólo ha aventado su curiosidad. Con gran exaltación, se detiene en su habitación sólo el tiempo necesario para mandar su criada a sus propios placeres terrenales. Luego se despoja de su tenso corsé y, sintiéndose libre y evasiva en los suaves pliegues de sus ropas sedeñas, se escurre alegremente hacia el dormitorio de Gianni Rieti.

«Soy un sacerdote», protesta Gianni.

Madelon ha cerrado tras ella la puerta y abierto sus ropas, revelando unos pechos erectos y su vello melocotón entre las piernas. «Yo sé la verdad de tu vida, Gianni».

«Pero tu bisabuela...», objeta mientras ella se aproxima, toma de sus manos el libro y lo deja en el alféizar. «El milagro del Grial...».

«Arrière-grandmère no se ha hecho monja por el Grial». Ella suelta la túnica de Gianni y busca con dedos furtivos ese quimérico ardor que él ha estado ignorando desde aquella noche decisiva en el Santo Sepulcro. «Dios le ha devuelto la juventud para que sea joven. Dios nos quiere jóvenes cuando somos jóvenes. La penitencia redimirá nuestra vejez».

«Maese Pornic...», susurra él débilmente mientras los labios de la muchacha mordisquean su rostro.

«El maese es un santo varón», replica ella con un bisbiseo, mientras sus manos perplejas aferran una tímida fuerza que es suave como resina y más cálida al tacto de lo que había imaginado en la desvelada oscuridad de otras noches suyas. «Pero tú eres todo un varón».

Gianni no puede resistir más. Dios, en Su inexplicable sabiduría, lo ha abandonado en la liza; así, ¿cómo podía Él esperar de un mero hombre, capaz de reírse del infortunio y de llorar con gozo, que rechazase las amorosas necesidades de una doncella apasionada?

Cuando Madelon quiere acabar de despojarse de sus ropas con un culebreo, Gianni agarra sus manos y la detiene.

«Por favor, Madelon... basta».

Ella lo mira, aturrida. «¿No me encuentras deseable?».

Los ojos del hombre se hacen enormes. «Desde luego. Me está volviendo loco tu belleza. Pero hay más...». La viste de nuevo, le estrecha sobre el cuerpo los lados de la ropa. «Tiene que haber más... o estoy condenado».

«¿Qué estás diciendo?», gime Madelon. «No te pido que hagas nada que no hayas hecho muchas veces ya. No hay pecado en ello, si nunca has tenido el espíritu de un sacerdote».

«Madelon...», posa su mano en la mejilla de la muchacha. «Soy diferente ahora. He visto un milagro con mis propios ojos. Y me ha cambiado para siempre».

Madelon tuerce el gesto. «¿Me rechazas entonces?».

«¡No!». Él sonríe radiante. «Lo que me dijiste en la capilla ha obrado en mi corazón y comprendo ahora que dijiste la verdad. No soy un sacerdote. No lo soy en mi alma... un alma que fue hecha por Dios para amar a la mujer y ser amada».

El gesto de la muchacha se frunce aún más. «¿Vas a gozar conmigo o no?».

«¿Es eso todo lo que quieres? ¿Gozar?».

«Madre me ha encontrado ya un rancio viejo conde para marido. ¿Es malo querer conocer algo de pasión antes de que me encierre en su castillo?». Estrecha contra el de Gianni su cuerpo.

«¿Querer lo que les has dado a tantas otras?».

«A ti quiero darte más». Toma sus hombros y la separa de él. «Quiero amarte, Madelon, no sólo gozar de ti». Acaricia sus hombros con ternura. «Renunciaré al sacerdocio y pediré a tus padres tu mano».

«¿Casarnos?». Se hurta a él. «No quiero casarme contigo. Tengo que casarme con un conde».

Con un pellizco en su barba acerca su nariz a la de él. «Quiero tu pasión, no tu nombre, Gianni. Quiero ver aquello en que se gozan las historias obscenas. Quiero experimentar el fervor del amante antes de convertirme en una matrona».

«Cásate conmigo y te daré toda una vida de fervor».

«¡Casarme contigo!». Se aparta con frustrada rabietta. «Quiero ser tu amante no tu mujer».

Corre hasta la puerta y mira atrás airada. «Pensaba que íbamos a divertirnos».

Tan pronto como Madelon ha partido, Ummu mira furioso al sacerdote desde el baldaquino del lecho. «¡Se desnudó delante de vos! ¡Y la echasteis!».

Gianni se sorprende, como si emergiese de un sueño, y una lenta sonrisa se abre en su rostro cuando contempla la puerta cerrada. «¡Lo he hecho, es cierto!». Vuelve su vista hacia el adusto enano. «Tú lo has visto Ummu. No ha sido una prueba fácil... y sin embargo fui fiel. Fui fiel a mis votos».

«Y falso para esa pobre muchacha». Ummu deja reposar petulante la cabeza en sus manos y Ta-Toh empieza a buscarle piojos en los cabellos.

«Pero ¿no lo ves, Ummu? He sido fiel como nunca lo habría sido tiempo atrás». Gianni se ríe sonoramente. «Ahora soy libre de hacer lo que quiera. Dios sabe que soy sincero. Puedo dejar el sacerdocio sin avergonzarme».

Ummu levanta los ojos al cielo y torna hacia arriba las palmas de sus manos. «Señor, ¿por qué hostigáis a este hombre pequeño?». Desde el principio, cuando Gianni, entonces un adolescente libertino, sedujo a la mujer del primer dueño del enano, un preeminente mercader de Turín, Ummu se había sentido bienaventurado. La deformidad obligaba sus placeres carnales a ser vicarios, pero con el mercadante había habido escasas oportunidades de deleitarse los ojos, pues aquel era discreto con su esposa. Gianni, en cambio, quería que él mirase; necesitaba, en realidad, que Ummu hiciese guardia durante sus numerosos amoríos, misión que la talla del pequeño hombre y su lasciva fascinación le hacían cómoda. La vida había sido buena para el enano con su salaz caballero... hasta que el así llamado milagro del Grial domó la lujuria de su amo. *¡Y ahora matrimonio!* Viendo la boba sonrisa en el rostro de Gianni, Ummu decide desbaratar estas ilusiones de amor sea como sea.

A Guy le estalla la cabeza; con un gruñido se sienta en el camastro y bizquea en la oscuridad. Roger, despierto ya y vestido, le mira desde la bacina en la que está lavándose el rostro.

«¿Es de día?», gime Guy.

Roger abre las contraventanas a los rayos oblicuos de luz perlada. «Haré que te traigan de las cocinas una infusión de corteza de sauce».

«Déjate de infusiones». Guy se incorpora y derrama la vista sobre sí. Aún viste la túnica manchada de vino de la noche anterior. «¿Los escuderos me metieron en la cama así?».

«Tus escuderos estarán borrachos, tirados en cualquier callejón. Tú los echaste ayer en un ataque de rabia».

«¿Lo hice?».

Roger asiente y le ayuda a quitarse la túnica sucia por encima de la cabeza. Del cofre entre los dos camastros, toma una túnica fresca y calzones grises. Viendo al barón con el pecho desnudo y soñolientos los ojos, lo recuerda cuando niño... y de pronto se siente viejo y correoso.

Todos estos años organizando partidas de guerra y participando en algaras con este Lanfranc, y antes de él con su padre..., tanta batalla ha ido a desembocar en esto: derrotados en la liza por un musulmán y arrebatado el sitio de estado por una mujer. La fatiga lo satura cuando considera todo el trabajo que exigirá recuperar el castillo; pero un cansancio aun mayor despierta con el pensamiento de empezar de nuevo en otra parte.

Guy le arranca las vestiduras de las manos y mete los pies torpemente en sus desatadas botas. «Voy a bañarme al río». Coge la espada y, cubierto sólo con unos pantalones marrones, sale trastabillando de su compartimento y atraviesa los barracones seguido por Roger. Ignora los saludos de los caballeros visitantes, que ya están despiertos y vestidos, y cruza la puerta arrastrando los pies metidos en sus botas sueltas.

William Morcar y Thierry se les unen por el camino. Cuando pasan por delante de los establos, Harold Almquist y Denis Hezetre los miran desde el lugar donde están charlando con algunos de los caballeros del marqués. Guy los llama con un gesto; ellos cambian ansiosas miradas y se le unen.

«Venid conmigo al río», les dice Guy, y los conduce a través de la plaza y de la puerta exterior. Taciturnos, marchan por los campos de ejercicios y descienden las pendientes peñascosas hasta el Llan, que castañetea en las orillas enguijarradas y borbolla arremolinándose entre las rocas.

Guy entrega su espada a Roger, saca los pies de sus botas y se sumerge en el agua espumante.

«¿Por qué nos ha hecho venir?», pregunta Denis a Roger.

El maestro de armas lo ignora y mantiene sus ojos fijos en la corriente.

«Vamos, Roger», le requiere Denis impaciente. «Tú me desazonaste ayer en la liza y yo no te guardo rencor».

«Sí, yo te desazoné. Sin embargo, tu campo ganó de un modo innoble», se queja Roger.

«¿Innoble? Tu campo fue vencido en combate a espada».

«El hereje usó un arma extraña. ¿Quién ha visto una espada como esa en las justas?».

«Erec el Bravo no se dejó derrotar por ella».

Harold se agita. «Guy lleva demasiado tiempo debajo del agua».

La ira cede a la inquietud el rostro de Roger cuando este empieza a buscar a Guy en el río centelleante.

Harold trepa a una peña y examina el espacio desde su posición ventajosa mientras Roger recorre enérgico la orilla, tratando de ver más allá de las crestas que afloran en medio de la corriente. «Quizás se esté riendo de nosotros detrás de una roca», murmura el maestro de armas.

«No lo veo», exclama Harold.

William y Thierry se meten en el agua hasta los tobillos y, con una maldición, Roger se desprende de la espada de Guy y empieza a deshebillarse la suya. «Está aún demasiado ciego para el río», grita. «Tenía que haberme dado cuenta».

Denis se precipita vestido a la corriente y se hunde de cabeza allí donde Guy desapareció.

A través de las burbujas vislumbra un cuerpo encajado entre dos rocas. Sus brazos se extienden salvajemente para agarrarlo. Lastrado por su propia espada, Denis tiene que tirar con todas sus fuerzas para que ambos emerjan.

Rompen la superficie en un remolino confuso y Guy jadea en busca de aire. Con Denis sosteniéndolo, trastabillan hasta la orilla y el resto de los caballeros los saca de la corriente.

Arrodillado ahora, Guy mira a Denis con irónico desprecio. «¡Tú!», se ahoga de risa sarcástica y de agua de río.

«Debía haberlo imaginado», murmura Denis sentándose. «Lo hiciste a propósito».

Guy se limpia las lágrimas de los ojos. «Esperaba a Thierry», dice entre jadeos. «O al viejo Roger». Aparta el pelo mojado de sus ojos. «Pero... desde luego...». Restalla otra carcajada.

«Tenías que ser tú. Devolviendo aún el favor de Irlanda».

Thierry se arrodilla junto al barón. «Tío, discúlpame. No llegué a pensar que estabas en peligro».

Guy sonrío secamente y cachetea la oreja del joven caballero. «Dime que tenías la esperanza de que me hubiese ahogado y serás el Thierry que conozco. Yo habría hecho lo mismo, muchacho, si hubiese sido tú. Deja que el río se lleve al loco y tú te llevas la baronía. Ese es el espíritu Lanfranc, ¿eh? No te he de culpar por ello». Hace caer a Thierry sobre sus ancas de un empujón. «Pero lo habrías pasado mal tratando de arrancarle el sitial de estado a la arpía que lo tiene ahora».

Denis se pone en pie con un airado murmurio.

Guy le aferra el tobillo. «Espera, Denis. Debo... agradecértelo. Tú... has devuelto algo de sentido a mi alma».

Denis sacude la cabeza. «¿Sentido suficiente para creer que mi amor por ti nunca ha vacilado? Tú tienes tus propias nociones sobre la lealtad, Guy, tan obstinadas como egoístas».

«No es el amor de ninguno de vosotros lo que pongo en duda», protesta Guy. «Pero, después de mi derrota de ayer, dudaba de mí, de mi propio valor».

«¿Y esa es la forma que tienes de andar probando tu valía?», le reprende Roger. «¿Con este gesto pueril de niño amohinado? ¡Qué locura!».

«No lo veo así», dice Denis alentador y ofrece a Guy una mano. «Has perdido mucho, Guy, y eso ha de ser como una locura. Pero no has perdido la vida. Todavía estás entre nosotros».

«Pero... ¿como qué?». Toma la mano de Denis y se levanta. «¿Como caballero? ¿Como hijo de esa joven? ¡Qué burla!». Ríe con risa fría, hueca; luego contempla a cada uno de los caballeros, los brazos abiertos, empapado su cuerpo semidesnudo. «¿No he sido un buen líder? A vosotros os lo pregunto. ¿No he sido el primero en entrar en batalla y el último en abandonarla? Bajo mi liderazgo, ¿no hemos florecido? Todos nosotros juntos... ¿no hemos hecho de este dominio más de lo que era?».

Los caballeros asienten, sobrios.

«Entonces ¿quién es... esta mujer para arrebatarnos nuestro dominio?», pregunta Guy y mira a Denis y a Harold. «Incluso aunque sea Ailena misma, bendecida por los santos y amamantada por

los ángeles, ¿tiene algún derecho a reclamar lo que hemos mantenido y lo que hemos luchado por mantener durante diez años? Que ocupe su puesto entre las mujeres. Que lo haga así y la protegeré y me ocuparé de ella... pero se me llevarán los demonios si he de ser gobernado por ella».

«Hagámonos independientes entonces», dice Denis amaneciendo en él nueva esperanza.

«Deja a tu madre estas tierras. Fueron las de su padre, al fin y al cabo. Nosotros crearemos nuestro propio reino».

Roger gruñe. «He ahí un sueño que la luz del día disipará».

«No abandonaré lo que mi padre conquistó y lo que es mío por derecho», responde Guy bruscamente.

Denis cabecea con tristeza y se torna para marcharse.

«Espera», dice Guy, y coge el brazo de Denis. El torvo visaje del barón, perlado de agua, se suaviza a la luz de la mañana. «Otra vez te doy las gracias, Denis, por traerme de vuelta».

«Pertenece a este lugar, a esta gente», repone Denis y posa su mano sobre la de Guy.

«Como ya no soy barón, quizás podamos volver a ser amigos otra vez».

Roger lanza una mirada severa a William y Thierry diciéndoles con los ojos, *Erais vosotros quienes teníais que haberle salvado.*

Buscando en el rostro de Guy algún signo de engaño, Denis le estrecha el hombro.

«Mientras no trates de torcer mi lealtad hacia nuestra señora seré tu amigo».

«Tal como lo probaste en el río. Las competiciones de hoy en el torneo incluyen tiro con arco. Contigo en nuestro campo, ganaremos la cabeza de jabalí y el vino que va con ella».

Cuando Guy se torna para recuperar su espada y sus ropas secas, Harold capta la atención de Denis y le transmite su preocupación con una mirada nerviosa. Denis asiente, su expresión es cauta, y lentamente enfrenta al resto de los caballeros, que lo contemplan con ojos vidriosos.

Raquel despierta a la sombra azul de la aurora en las ventanas. Todo lo que puede ver ante ella son los montes agostados, el Llan seco, el lecho del río agrietado en grandes placas hexagonales, los campos recorridos por ráfagas de polvo gris y copos de ceniza que descienden de las faldas assoladas de los montes en negros torbellinos, mientras plaga y pestilencia devoran el país. Náusea la posee y se incorpora débilmente apoyándose en los codos.

Nunca y siempre, crepita desde lejos una voz seca. Respira hondo e imagina el Grial.

Aparece en su mente barnizado de sangre. Con agitación creciente, vuelve a yacer y fija la vista en las vigas del techo, que se macizan a la luz de la aurora. Un nervio tremola entre sus ojos, mientras comprende lentamente que se trata sólo de una pesadilla... la pesadilla de una terrible tierra baldía.

Esta comprensión no le ofrece alivio; las tremendas imágenes no se dejan disipar.

Recuerda a Ailena decirle que soberano y tierra son uno. Cuántas veces repitió esto mismo la anciana: soberano y tierra son uno. Y así, es ella misma, su misma vida la que se ha convertido en una tierra baldía. Y a causa de la enfermedad de David, la herida que no sanará, se ve atrapada en esta extraña tierra salvaje, en la vida de unos extraños. Se ha perdido a sí misma; se ha convertido

en otra.

Pánico trepida en ella, a través de ella, y debe agarrar las sábanas con deliberado vigor para impedirle gritar: *¡Soy Raquel Tibbon!*

El grito en ella estrangulado es el grumo de su pesadilla. Ni siquiera en su interior tendría significado ese grito, comprende. No sabe quién es Raquel Tibbon. Ha olvidado a Raquel Tibbon hace tiempo ya y llenado todos los espacios vacíos con Ailena Valaise. Donde su propia vida estuvo, hay sólo una mentira, una patética vida baldía.

Fuerza con desespero su mente a imaginar agua y verde y cosas que eclosionan y florecen.

El rostro de David aparece ante ella, consumido y arruinado de sufrimiento. «¡No!», chilla y se estruja los ojos cerrados. Sólo cuando piensa en Thomas recuerda que un día estuvo enamorada de los árboles y las colinas y las flores. *Quizás, piensa, él pueda ayudarme. Él es Parsifal. Él es el loco santo que puede hallar el Grial.* Se hunde en el lecho y respira con alivio. No puede haber daño alguno, se consuela a sí misma, en contarle a este santo caballero la verdad, en tenerlo como aliado y confidente hasta la primavera, cuando David estará lo bastante fuerte para viajar. Pues ¿no comparten un mismo propósito?, ¿no se transformó su abuela en el Grial para Raquel, la copa de su exilio que prometía renovar algún día su vida? Un hombre con un rostro tan sensible y beatífico como el suyo comprenderá sin duda que ella se ha visto obligada a ocultar su alma en el único lugar en que podía estar a salvo: en medio de la vida de una extraña.

Con fuerza creciente, Raquel se levanta del lecho. Despierta gentilmente a la doncella que duerme al pie de su cama y la manda a buscar a Thomas.

Los huesos de David crujen mientras se viste. Siente su edad y sabe que carece de la fuerza necesaria para viajar de nuevo a Jerusalén. Morirá en esta tierra extranjera y salvaje, pero este pensamiento parece curiosamente bueno y justo. Por primera vez en mucho tiempo, se permite a sí mismo recordar a sus hijos muertos, y su tristeza es un abismo tan vasto que su extremo lejano no está ya en este mundo.

Diez veranos han pasado desde el horror. Las montañas que se cernían sobre su tierra están allí todavía; la tierra está allí todavía y quizás incluso los viñedos y vergeles entre los prados de hierba color limón. Y la gente que ahora posee esas tierras ¿podan los árboles convenientemente? ¿Pausan a veces entre los árboles, cuando la lluvia llega chispeando de los nivosos montes cintilantes, y se preguntan quién plantó los edenes de perales y manzanos?

¿Saben que fue su abuelo, aquel hombre barbudo de risa suelta y tonante que se gozaba asustándolo cuando David era un niño?

Recuerda a su mujer, bienaventuradamente muerta veinticinco veranos atrás. La recuerda tal como era hace cuarenta años, cuando fueron juntos a las montañas, un marido y una mujer jóvenes: su esbelto cuerpo salvaje desnudo en la hierba de cobre junto al río lento, sus pechos pálidos y el fuego oscuro radiando de su sexo, incluso la arena pegada a sus costados después de yacer en la orilla rorante aprendiendo los misterios del amor uno en los brazos del otro.

Los años se han ido. Se le han llevado casi todo lo que poseyó un día, dejándolo desdichado en

un país extranjero. Y sin embargo, bajo la mirada severa de Jehovah, aun esto es bueno y justo. Recordar aquella juventud que contemplaba el fluir del río somnoliento, pensando que los años durarían siempre... eso es una bendición porque le ayuda a creer en su nieta, que es todo lo que le queda de todo lo que un día poseyó.

La plegaria de David junto a la ventana, bajo las perladas vestimentas de la aurora, no es implorante. *Que ocurra lo que nos tenga que ocurrir*, entona.

«El amo Thomas ha partido, milady», anuncia la doncella. «El portero dice que salió a caballo a mitad de la noche. Ha vuelto a la abadía, me atrevería a decir».

Raquel cesa de cepillarse el cabello. Ahora que se ha ido, y a la fría luz del día, la esperanza de confiar en él parece absurda. Él la habría aborrecido cuando hubiese sabido quién es realmente Raquel, una judía enviada por una vieja impía y llena de odio, una farsa. Entumecido el corazón, siente un agrio alivio al ahorrarse tal indignidad.

«El marqués pide veros», informa desde la puerta una segunda doncella. «Su señoría está hambriento y ansioso de que comiencen los juegos preparados para hoy».

Raquel exhala un suspiro exasperado e indica a las doncellas que se den prisa con su pelo.

Mientras el marqués esté en el castillo, su deber es servirle. Se contempla en el espejo. Su rostro tiene una apariencia orgullosa y remota, con los pómulos angulares de una mujer cruel consigo misma. En la tensión de su boca, descubre irritación.

Qué parecida a la misma Ailena, nota Raquel con un escalofrío.

Pero, mientras se arregla, comprende que no son las exigencias del marqués lo que la disgusta, sino el hecho de que Thomas haya partido sin decirle siquiera adiós. Y la desesperanza de ese afecto, el escozor caprichoso que la acompaña, hacen más hondo ese estremecimiento.

Raquel atiende servicialmente al marqués en las comidas, momentos en los que oye al viejo caballero sus historias de la corte regia, de las intrigas políticas entre la Reina Leonor y los magnates, de los ilícitos amoríos de las viudas aburridas de palacio, y mientras cenan carnes rustidas y frutas con miel, escucha sus cuentos de los tres años de batallas entre el rey Ricardo y Felipe de Francia, que han sumado hambruna y plagas a las miserias de la Europa norteña.

En las tribunas, contemplan a Thierry desarzonar a tres caballeros y romper lanzas con otros dos sin que ninguno venza. Los caballeros negros del marqués se portan bien en las justas, emergiendo a menudo victoriosos. Y están en todas partes, mezclados con todos los campos, cosechando noticias que luego transmiten en la mesa al marqués. Orgullosos y farfantes, inspiran a los caballeros de otros campos a una arrogante conducta: terrenos son patullados en duelos personales, villanas son arrastradas al bosque para el deporte carnal, escuderos entran a caballo en los comedores y hierven alborotos en la plaza.

Cuando el ocaso extiende sus garras a través del cielo, los heraldos convocan tímidamente a los amoratados, borrachos, exhaustos caballeros para que atiendan las exigentes demandas del

bello sexo en la corte de amor.

Fragmentos de melodías flotan en el aire mientras los músicos vagan por los salones y el jardín de la corte. Los preludios musicales atraen los últimos caballeros demorados en sus juegos a los bancos de piedra junto a muros en los que la yedra traza sus jeroglíficos y escarabajeos.

Linternas cuelgan ensartadas en bramante alrededor de la terraza, donde se ha erigido un estrado.

En él, las mujeres del castillo y de los condados visitantes se sientan en sillas almohadilladas con Raquel en el centro, que ocupa su sitio de estado.

Dulces fragancias brotan de las flores que enguirnaldan el estrado y de los recién bañados caballeros. Todo olor a establo ha sido convenientemente purgado por orden expresa de sus lores, pues severas instruyeron a los condes sus hijas y esposas para que este evento fluyera libre de las insolencias de los hombres. Bajo las vigilantes miradas del marqués y los condes, dispersos como cualquier otro entre los hombres, los caballeros, hermosamente ataviados, se sorprenden uno a otro con sus finezas y comportamiento elegante.

Un joven caballero se levanta y reclama la atención de la corte. Ha sido solicitado por un caballero anónimo para exponer esta pregunta: «¿Impide el matrimonio los amantes?».

Una de las condesas replica: «*Causa coniugii ab amore non est excusatio recta*».

Algunos de los caballeros fruncen el ceño, ignorantes.

«El matrimonio no es propiamente un obstáculo para el amor», traduce la baronesa.

«¿Aun en el caso», continúa el demandante, «de que la parte anónima esté casada con la Iglesia?».

Suspiros colman la noche y cesa el punteo de los trovadores en los laúdes. Mientras las damas meditan laboriosas esta cuestión, los caballeros murmuran entre sí tratando de adivinar cuál de sus clérigos está recogiendo los rosados capullos del deseo entre las espinas del pecado.

Tras grave deliberación por el pleno de la corte, la baronesa somete las pullas obscenas de los bancos masculinos y, en un silencio lo bastante quedo para oír el fagot de las ranas, ofrece el juicio de las dueñas: «Aunque la Iglesia nos consideraría erráticas, la corte de amor sentencia que el amor mortal supera al dogma inmortal. Si el amor entre los dos amantes es sincero, está inspirado por Dios. Y, aunque nunca puede ser santificado, no debe ser condenado. El amor, al fin y al cabo, es un sufrimiento innato».

En medio del estallido de risas y gritos ofendidos, Gianni Rieti respira hondo, como si un peso de hierro hubiese caído de su corazón.

El marqués está sentado en un oscuro rincón de la terraza, atenebrado por los caballeros que lo rodean, chupándose las encías y contemplando con frialdad el irreverente proceder de la corte de amor. Este nuevo deleite en la caballería y el romance le disgusta. Qué pérdida de tiempo para un hombre al que le queda tan poco, y al que cada noche lo empuja un poco más cerca de la eternidad.

Quiere sus placeres mientras pueda permitírselos... ese viejo rostro y esa viejaraíz cansada de penetrar torpes aldeanas sin ingenio.

Considera todas las mujeres accesibles de la corte, las hijas, sobrinas, primas, todas las coquetas *fideles* de los condes y barones. La joven Madelon Morcar atrae demasiada atención de los arrogantes caballeros noveles, y hay como un halo de ardor demente en torno a ella, con su boca implacable y su cuerpo ágil. Y, sin embargo, ¿no verdea un poco esta noche su tez al ver que el doble de ojos admira a su bisabuela, la Dama del Grial?

El pensamiento de la baronesa tensa la raíz del anciano. De los caballeros y escuderos a su servicio no habría ni uno solo que dejase de escupir bilis si hiciese suya a esta doncella de ojos endrinos y palor de luna. Y ello le hace desearla aún más.

En la ceremonia de clausura de la corte de amor, las damas suplican la devoción y protección de los hombres, no sólo frente a enemigos externos, sino también frente a la propia brutalidad masculina. La guarnición del castillo se pone en pie por iniciativa propia.

El jefe de *serjants*, Gervais, un guerrero de hombros boyunos y nariz amorfa, con un ojo cerrado por el pliegue de una cicatriz vertical, habla por el resto de los soldados: «Somos hombres sencillos, nosotros los soldados. Conocemos mejor a nuestros caballos que a nuestras mujeres. Las formas de la caballería nos resultan nuevas y extrañas, y no podemos prometer ser siempre gentiles al modo cortés. Pero estamos dispuestos a dar nuestras vidas como un solo hombre por nuestra baronesa, la señora de esta tierra y castillo, Ailena Valaise, la Dama del Grial».

Como uno solo lanzan los hombres sus vítores, asustando a las mujeres del estrado. Pero Raquel no se inmuta; con ojos brillantes de pantera, observa fríamente los rostros curtidos, surcados de cicatrices, de quijadas macizas, de esos hombres que aman la idea de la baronesa pero que la odiarían con tanta pasión como ahora los mueve, si supieran quién es en realidad.

Gervais alza una mano de dedos romos para silenciar a los soldados. «Todos nosotros hemos servido a vuestro hijo sir Guy, muchos de nosotros os servimos a vos antes de la peregrinación que os transformó, y unos pocos, como yo mismo, servimos a sir Gilbert, vuestro marido. A cada uno, ofrecimos en su momento nuestra devoción y protección. Pero sólo a vos, Dama del Grial, ofreceríamos también vasallaje».

Murmullos de temor reverente estremecen la asamblea y el estrado. Ni siquiera el marqués goza del vasallaje de su guarnición, pues es un privilegio raro, concedido sólo a reyes y príncipes, el que estos soldados se ofrezcan a sí mismos como incondicionales servidores personales, dispuestos a rendir sus vidas aun sin ser remunerados.

«Con vuestro premiso, Lady, vuestra guardia se os acercará a tributaros su homenaje».

Raquel asiente y se pone en pie.

En silencio se sume la corte cuando cada uno de esos hombres marcados por las batallas asciende al estrado, se arrodilla y, con sus manos en las de la Dama del Grial, declara su nombre y ofrenda su lealtad. Terminado el ritual, un grito viril surge de los hombres exultantes.

Raquel sonrío, pero en su interior tiembla ante la dicha rapaz de estos soldados cristianos.

Un visaje rociado de negro desnuda los colmillos, y Gianni se estremece cuando despierta y ve a Ta-Toh haciendo muecas encima de él. Ummu le tira del brazo para incorporarlo. «Buen caballero, esta es una mala noche para vos».

«¿De qué me hablas, condenado enano? Estoy durmiendo».

«Yo soy vuestros ojos mientras dormís. En pie, buen caballero, y fuera, digo. Pues otro caballero, cierto mal caballero, está también de pie pero, triste es decirlo, dentro y fuera».

Gianni sacude la cabeza aturdido. «No te entiendo».

«Venid conmigo y bendeciréis vuestra ignorancia».

«Pues déjame dormir y no me atosigues con adivinanzas».

«No. Debéis poner fin a vuestra ignorancia o más tarde será peor. Corred, de prisa... pues puede que el otro se corra aún más rápido».

Gianni agarra la túnica y deja el cuarto renuente tras su excitado enano. Ummu le guía pasillo abajo y luego, por la curva de una escalera, arriba hasta una puerta cerrada. «Abridla», dice. «Ta-Toh entró hace un rato por la ventana y quitó el pestillo».

Pequeñas punzadas de gritos lascivos rechinan a través de la puerta cerrada, y la mano de Gianni duda, sabiendo ya, con un dolor coagulado en su corazón, lo que va a encontrar. Ummu lo azuza con el codo y él abre la puerta carrasqueante lo suficiente para ver a Madelon y un joven caballero, desnudos uno contra otro, en un oleaje de fornicación.

Gianni cierra la puerta quedo, da una palmada en la cabeza de Ummu, desciende las escaleras con pasos blandos, silenciosos, y estrella su frente tan violentamente contra la puerta de su cámara que cae de hinojos en una súplica de dolor y remordimiento.

El clímax del torneo es la folla. Los caballeros se dividen en dos campos y luchan por la posesión de la bandera contraria. Tras la batalla, el campo está sembrado de lanzas astilladas, escudos hachados y rotos, y los restos de añicadas armaduras y corceles muertos. Hombros y muslos han sido golpeados y quebrados, y hay ojos aplastados, pero no fallecidos. Gianni se alegra al ver entre los heridos al audaz caballero que retozó con Madelon la pasada noche.

Thierry, que cazó al joven escurriéndose por las escaleras junto a los aposentos de su hermana, lo ha majado hasta matarlo casi durante la folla.

Esa noche, al final del festival, en un círculo de antorchas plantado en la misma liza, Gianni ignora las miradas seductoras de Madelon y bebe, bebe, bebe hasta el estupor.

Bajo las estrellas y la luna gibosa, Raquel atiende al marqués en la cabecera de la mesa.

Esta noche él se acerca más cuando la baronesa le sirve el vino y toca sus manos cuando ella le ofrece el tenedor que ambos compartirán. Ella le sonríe indulgente, disimulando su incomodidad con charla menuda sobre las justas. Y, tan pronto como su noble huésped está saciado de comida,

vino y música juglaresca, pide permiso para retirarse alegando fatiga de la larga jornada y de la ruidosa compañía de caballeros borrachos.

El marqués se inclina, besa sus manos y la despide. Con un suspiro de alivio, Raquel se escapa al *palais*. Pero, cuando se está desnudando, Falan llama a la puerta y anuncia la llegada del marqués.

Después de vestirse rápidamente, Raquel lo admite; él pasa, cierra la puerta de una patada y cruza la estancia con porte vacilante, ebrio y entonando en un murmullo un airecillo trovero.

Raquel se finge exhausta, pero el viejo caballero no está dispuesto a rendirse. «Tengo que hablar con vos a solas». Mira con un destello en los ojos a la criada y esta deja alebrestada el cuarto.

«Con mi ayuda, no tenemos por qué perder este castillo», dice, retrocediendo hasta la puerta y corriendo el cerrojo. «O, si lo preferís, podemos abandonar este lugar para que halléis un dominio más exquisito en Shropshire».

«Milord, ¿qué estáis diciendo?».

«Estoy sin esposa. He permanecido así los últimos dieciocho años. No llegué a pensar jamás...». Impide a Raquel hablar con un gesto de su mano. «Sed mi esposa. No me quedan más que unos pocos años. Servidme gentilmente esos años y seréis bien recompensada».

Raquel inclina tímida la cabeza para ocultar su asco. Ha desperdiciado todo el tiempo soportable viendo cómo la carne ofrecida a este hombre debía ser molida hasta alcanzar una consistencia que el marqués pudiese deglutir y se estremece sólo de pensar en compartir la cama con él.

El marqués se le acerca, efundiendo un agrio tufo de vino. «¿Seréis mi novia?».

Raquel se obliga a una sonrisa. «Milord, no soy digna de vos».

«Tonterías. Yo soy un hombre viejo». Estudia la rigidez de la mandíbula de Raquel, la caída de sus ojos. «Pero soy un viejo poderoso. Vuestros años conmigo no quedarán sin recompensas».

Raquel permite que afluya cierta calidez a su voz. «Consideraré vuestro gentil requerimiento».

El marqués muestra sus encías con una sonrisa amplia. «Bien. Me habéis proporcionado gran placer. Ahora dejadme mostraros que vuestro tiempo conmigo no será enteramente un barbecho». Desliza sus manos por debajo de las ropas de la mujer y acopa sus pechos.

Raquel se hurta. «Por favor, no soy una aldeana».

El marqués se acerca más aun y posa sus manos en las caderas de la baronesa. «No me casaría con una aldeana».

«No he dicho que vaya a casarme», confiesa Raquel y le arranca las manos de su propio cuerpo. «Vuestro amable requerimiento se enturbia a mis ojos».

El marqués retrocede y dice con voz seca, «Conozco bien vuestra posición, Ailena. Quizás mejor aún que vos. En Santa Margarita, los hombres del rey no se dejarán embelesar. Si no les pagáis, seréis efectivamente una aldeana, y vuestra vasta y cálida familia pasará a ser poco más que una tropa de villanos».

«Hay otros castillos en los que podremos servir».

«No si un marqués habla de vos con recortada amabilidad».

Raquel enfrenta la mirada cintilante del marqués con ira gélida. «¿Es así como acostumbráis a cortejar, con amenazas?».

El marqués la estrecha contra su cuerpo y le agarra las nalgas. «Esta no es vuestra tonta corte de amor, Ailena. Yo cortejo con el poder».

Raquel lucha en vano por soltarse. «He sido bendecida por el Grial. ¡Apartad vuestras manos de mí!».

El marqués ríe explosivo. «Dijisteis que el Grial os envió de vuelta al mundo. Bien, Ailena, pues yo soy vuestra lanza». La hace caer sobre la cama y se inclina sobre ella. «Dicen que vuestras pecas y lunares cambiaron cuando fuisteis remozada. ¿También vuestra virginidad fue remozada?». Le levanta la ropa, bloqueando diestramente sus golpes y patadas. «Poseo señorial derecho de pernada para desvirgar a todas las doncellas bajo mi dominio. No seréis una excepción».

Uno de los golpes de Raquel alcanza la cabeza del viejo caballero y este retrocede, el puño alzado, el gesto furiosamente torcido. «¡No me forcéis a azotaros!».

«¡Os combatiré!», grita Raquel. «No soy la criatura que parezco. Soy Ailena Valaise. ¡Lo soy! ¡Y os combatiré!».

«No lo creo», dice el marqués a través de una risa soturna. Inclina su rostro hasta tocar el de ella y le dice en un susurro de conspiración, «Mirad, Ailena Valaise, mis caballeros se encuentran en este mismo instante en todas las posiciones clave de vuestro castillo... *mi* castillo. Puedo hacer con vos, ni más ni menos, lo que me dé la gana».

Estremecida de abyecto temor y aborrecimiento, Raquel domina su voz, «Podréis forzarme, pero ningún placer os vendrá de mí».

El marqués la contempla lúbrico y cala una mano entre las piernas de la baronesa.

«¡Suficiente placer!».

«Seré mejor para vos», crepita ella burlando la mano que la busca, «si me permitís entregarme voluntariamente».

«Hablares de eso más adelante. Ahora dejadme ver lo que ofrecéis».

«¡Falan!», grita Raquel.

Falan, que sabiamente había pensado en aflojar el cerrojo de la puerta, irrumpe en la estancia con el sable atorbellinado en el aire. Dos de los caballeros del marqués se precipitan tras el musulmán. Pero antes de que puedan desenvainar siquiera, Falan gira sobre ellos y, blandiendo la cimitarra como un relámpago, golpea sus cinturones despojándolos de sus espadas aún en sus vainas.

El marqués se aparta de Raquel arreglándose la túnica. «¡Soy el hombre del rey!», ladra. «¡Matadme y traeréis la ruina sobre todos los vuestros!».

Raquel se incorpora, pero siente las piernas demasiado infirmes para sostenerla y se sienta pesadamente al borde del lecho. «Vuestra vida no corre peligro. Falan, déjalo pasar».

El marqués se atiesa con arrogancia, hace un gesto a sus hombres para que recojan las espadas y sale. «Todavía tengo este castillo», le dice a Raquel.

«Pero si queréis tener mi corazón, habréis de ser más gentil».

«¿Seréis mi esposa?».

Raquel alza para mirarle unos ojos sombríos. «Si no hallo otro medio de pagar lo que debo». Su mirada se endurece. «Y si partís de aquí con vuestros caballeros y dejáis de amenazarme. Sólo entonces, si Dios no provee con qué salvar a mi familia, seré vuestra esposa».

El marqués se inclina con elegancia y sale del cuarto con una sonrisa áspera en el rostro, sin mirar a Falan.

En el salón frontal del *palais*, un espacio angosto con altas ventanas y el suelo de baldosas negras y rojas trazando figuras geométricas, el marqués se enfrenta a sus acobardados caballeros.

Estos aferran sus espadas desceñidas contra sus costados y evitan la mirada airada de su señor.

Antes de que el anciano pueda dar voz a sus reproches, uno de ellos alza un pergamino cubierto de letras como llamas negras. «La respuesta de los judíos a la petición de un préstamo por parte de la baronesa. Nuestros hombres la interceptaron en el camino general de Caermathon».

El marqués se lo arranca de las manos y lo acerca a la llama de un candil en una hornacina de la pared. El pergamino arde en sus manos, y él lo deja caer, lo ve retorcerse y reducirse a un negro hollejo consumido. «Enviad dos hombres a Caermathon para hablar con los prestamistas. La baronesa no tiene que llegar a recibir nada de ellos».

Raquel yace en su lecho, sola en su cuarto, y llora. Las lágrimas drenan el miedo y la serenán. Siente sucio el cuerpo y querría bañarse de inmediato, pero está muy débil. El odio pesa como una piedra en su estómago. Sabe que si el dinero no llega pronto, huirá con las joyas.

Escapará al horizonte.

La futilidad de este plan se cancela en ella, porque sabe que no permitirá que su odio o su temor asesinen a su abuelo. Hasta que David esté suficientemente bien para viajar, ella soportará cualquier indignidad necesaria, aun el matrimonio con un lúbrico viejo desdentado. No matará al hombre que luchó para mantenerla viva cortando leña y cavando tumbas en los yermos.

Para tranquilizarse, recuerda Tierra Santa, las montañas hialinas vistas a través de los velos del calor desértico. Su caliente, rojo corazón bate más ligero al rememorar la comunidad de casas de piedra de Daniel Hezekyah y la vida sencilla que había estado tan cerca de poseer.

Sencilla como la vida que crece a partir de los desechos. Una vida de pequeños milagros.

Aquí, simulando un gran milagro, todo es tan estéril como la tierra de su pesadilla.

¿Habrá dinero? ¿Habrá más muertes? ¿Más opresión?

Espectral como un aparecido, Thomas Chalandon se conforma en la solitaria profundidad tras sus ojos. Viendo su sonrisa infantil, sus grandes ojos perplejos, el odio de Raquel empieza a disolverse y ella acaba de serenarse. Puede imaginar que no está sola. Puede imaginar que están juntos, a salvo, callados en su distante vergel.

Al alba, después de las plegarias, cuando los últimos huéspedes parten, Falan va con ellos.

David, ceniciento y trémulo, insiste en acompañar a la partida que despedirá al musulmán. Raquel sabe que toda la esperanza del anciano consiste en que ella cambie de opinión y acceda a acompañar a Falan; David está seguro de que su nieta ha empaquetado ya las joyas y los rollos sagrados.

Raquel, David, Gianni, Denis y un puñado de *serjants* cabalgan con Falan y sus camellos bajo horizontes montuosos que borbollan con los cantos de las aves. Sólo una vez se torna Falan; tras detener su camello en la cresta de la primera colina gira la cabeza, no para admirar el castillo con sus altas agujas emergiendo de las nieblas matinales y el Llan como fusión de luz, sino para asegurarse de que el marqués se ha llevado todas sus tropas de los alrededores. Cuando ve la caravana de negros caballeros evaporarse contra la hinchada esfera del sol naciente, vuelve al frente su mirar. Podrían retornar aún, y otras amenazas podrían descender también del lúgubre dédalo de los bosques... pero todo eso ya no le concierne más.

Falan recuerda el sura trigesimotercero del Qoran y lo recita en voz alta: «En la lucha, al devoto le basta Dios».

David, que aprendió árabe en los mercados de Tiro, Acre y Jerusalén, entiende las palabras del musulmán. «Sólo nuestra fe nos protege ahora», le dice a su nieta desde el lomo de su mula.

Raquel asiente y conduce su corcel junto a Falan mientras continúan la marcha. La noche anterior, sin Falan, habría sufrido lo que Ailena hubo de soportar con Gilbert, el padre de Guy.

Pero Raquel Tibbon, no se le esconde a ella, a pesar de todo el acero adquirido, no sería lo bastante fuerte para resistir semejante vida. Incluso ahora, envuelta en la áurea luminosidad de la mañana y el rielar del rocío en las hojas de las plantas, la persigue la oscura brutalidad del marqués. Un lamento mudo se riza en su cerebro, rezuma de su razón, se vierte en la locura penumbrosa que la acosa desde el horror: *nunca y siempre*. El tiempo no ha apagado el terror que la encontró años atrás, cuando tenía apenas doce. Sólo lo ha enterrado más hondo. *No sana el tiempo*.

Falan ha visto muchas veces esta expresión soñadora de su rostro durante los meses en que ha sido su guardián. Al principio, pensó que estaba arrobada en sus ilusiones y engaños, recordando las historias que Karm Abu Selim instiló mágicamente en ella. Pero ahora, testigo de que estos embelesos la poseen cada vez que algo la turba desde el exterior, sabe que es al contrario: la ilusión la recuerda a ella.

¿Y quién es recordada?, se pregunta el musulmán. Cuando se ofreció voluntario para esta misión, se le dijo que Raquel Tibbon era una judía, la nieta del anciano, un mero peón que la rica y vetusta baronesa había seleccionado para llevar a cabo su ardid vengador. No le preocupaba entonces quién era o había sido esta judía antes de que el mago persa le fijase su máscara. Sólo ahora... ahora que sabe que no volverá a verla jamás, se lo pregunta realmente. ¿Quién está siendo recordada para que la posea tan fiero temor?

«Ven conmigo», le dice. «Vuelve a la Casa de Dios, a Jerusalén».

Raquel sacude la cabeza, consciente de que David está dirigiéndole esperanzadas miradas.

«Mucho peligro hay aquí», dice él en una confusa lengua de oc.

«Mucho peligro en todas partes». Raquel extiende su mano y Falan la toma. Sonríe tensa, atenta.

Cuando alcanzan el Usk y Falan conduce sus dos camellos a la barcaza para el viaje al sur, a Newport, está limpio de todo temor por ella. «No somos sino el rebaño del cielo», declara; luego, suelta de su cuello la banda de oro de su servidumbre y le entrega el torce a Raquel. «Ve con Dios».

Mientras la barcaza es liberada de sus amarras y empujada a la corriente, Falan mira al horizonte. Sobre el río y la espina dorsal de la tierra, el cielo es fulgurante azul. Tras él, su promesa cumplida. Y no necesita volverse para saber que su pasado agita una mano de adiós.

Libre queda él para estar solo en el mundo otra vez.

«Se ha ido con sus caballeros», advierte Thierry Morcar. «Bajemos el rastrillo y dejemos fuera a la bruja».

Guy alza la vista de las botas que está atándose engallando con satisfacción la cabeza.

«Noble idea, muchacho. Pero esta es la fortaleza de la Imitadora».

Thierry tuerce el gesto y mira a Roger Billancourt y William Morcar, que están majolándose también las botas de montar. Se hallan en los barracones, donde se han exiliado en un estupor de borracheras desde su derrota en las justas. La estructura de vigas de roble, con sus planchas grises por paredes, sus separaciones de entramado y sus camastros cubiertos de paja, está vacía ahora que caballeros visitantes y escuderos han partido. «¿No estáis rindiéndosela, sencillamente?».

«Ganó la *assise de bataille*, ¿no?», dice Roger con amargura, sin apartar la vista de la majuela de sus botas.

«¿Y eso es todo? ¿Eso es todo?».

«La guarnición le ha ofrecido vasallaje», dice Guy resentido.

«Esos son tus hombres», presiona Thierry. «Has sido su señor durante diez años. Habla con ellos».

«Quiero decírselo todo al chico», insiste su padre.

Guy asiente. William se acerca trastabillando hasta su hijo, una bota en la mano y la otra puesta, y se sienta en el camastro con él. «Los caballeros negros han tenido unas palabras con tu tío. Parece que el marqués se ha encaprichado de la Imitadora. Nos ha hecho jurar que no conspiraremos contra ella... al menos hasta Santa Margarita, fecha en que, según dice, la hará suya. A cambio de no molestarla, nos promete el castillo».

El rostro pugnaz de Thierry se ensancha. «Entonces no tengo que molestarme en peregrinar a San David».

«Oh, tu peregrinación, está bien», dice Guy incorporándose, golpeando un poste con la punta de su bota. Perdido el moño, Guy se ha chapodado el pelo por encima de las orejas, corto, y ha trenzado su guedeja en forma de cola de rata. «Irás a rezar en San Branden».

«¿San... qué?». Thierry lanza una mirada atónita a su padre que, mientras tira de su bota, sonríe de un modo demasiado elocuente para responder.

«El castillo de Branden Neufmarché», dice Roger Billancourt, levantándose ahora que está calzado. Tiene sus negros pantalones descoloridos metidos en las botas, pero aún está desnudo de medio cuerpo y las cicatrices de viejas guerras galonean sus hombros macizos. «Dirás a todo el mundo que vas a hacer tu peregrinación pero, en lugar de ello, residirás un tiempo con nuestro amigo Branden».

«¿Desde cuándo se ha convertido ese sapo en nuestro amigo?».

«Desde que le ofrecimos toda la tierra y la fortificación que la Imitadora ha devuelto a los bárbaros», repone Roger, cogiendo su túnica del poste del camastro.

«Pero esa es nuestra tierra», protesta Thierry.

«Será la del rey, si no se pagan las multas», dice Guy tomando su daga del colchón de heno donde ha dormido y embutiéndosela en la bota. «El marqués asegura que él pagará la deuda. Pero nosotros no le creemos. Quiere a la Dama del Grial para que le endulce su vejez, no una fortaleza fronteriza que defender y mantener. El castillo está condenado. Así que nos aliaremos con Branden. Hemos probado nuestro valor contra él, y nos prefiere luchando con él, no al revés».

«Pero tío, tú no puedes convertirte en el vasallo de Branden. Eso es... antinatural. ¡Es un cobarde... un pomposo idiota!».

«No su vasallo, Thierry, su aliado. Él defenderá la tierra y la fortificación que le hemos dado contra las reclamaciones de cualquiera a quien el rey legue nuestro castillo».

«Sea quien sea», añade Roger, «no será nadie de importancia para que lo envíen a las profundidades salvajes de Epynt. Con el tiempo, conociendo los montes y el castillo como los conocemos y con los hombres de Branden a nuestras órdenes, recuperaremos el dominio».

Guy abre la puerta de un tirón al raudal de luz. «Venga, Thierry, vámonos con los halcones al bosque, a disfrutar de ellos mientras podamos. No es poco el trabajo que tenemos por delante».

Árboles deformes e hirsutos pueblan muchedumbres el camino, y Raquel y su escolta no ven a los galeses hasta que están rodeados. Los guerreros, con sus pieles y cabelleras ungidas con aceite de nuez, se apoyan casuales en sus altas lanzas y se ríen de la alarma de los normandos. Denis y Gianni acostan sus corceles al de Raquel, y los *serjants* cierran su formación en un intento fútil de cubrir todos los flancos.

«Dile a tus hombres que se calmen», clama la voz de Erec en galés desde la foresta.

Emerge sonriendo a través de las filas de sus hombres. «La Sierva de los Pájaros es todo el escudo que necesitan en estos bosques». Raquel le responde con una sonrisa sutil, y se siente vulnerable sin Falan.

«Muestras tu temor demasiado pronto, baronesa, ahora que tu maestro de armas se ha ido», nota Erec divertido mientras pasa entre los caballos de sus hombres y se hace con las riendas de su corcel. «¿Tienes miedo de que trate de someterte?».

Raquel mira alrededor los hombres barbados, sus rostros curtidos que la contemplan con

sospecha y curiosidad. «Estoy asustada», admite.

«No lo estés. He venido con noticias que te complacerán. Apártate conmigo al bosque. Esto es sólo para tus oídos y no estoy seguro de cuántos de tus hombres entienden nuestra lengua».

Cuando Raquel empieza a desmontar, Denis y Gianni la detienen. «No vayas», le susurra David. «Se te llevará y nos asesinará».

Raquel fija su mirada en el ancho y macizo rostro de Erec y dice, «Por tu honor, mantenme a la vista de mis hombres».

«Hecho». Caminan hasta el borde del camino y se detienen bajo la solemnidad de dos tejos, vueltas sus espaldas hacia el grupo inquieto y arracimado de los hombres de Raquel. «Sé de tus problemas con tu rey. Parece que le debes trescientas libras de plata».

«Sí. Debo tenerlas dentro de dos semanas, para Santa Margarita».

«¿Cómo las conseguirás?».

Raquel mira con incertidumbre al hombre corpudo como un oso. «¿Me estás ofreciendo el dinero?».

Erec bufa y alza sus cejas boscosas. «Ningún buen galés posee tanto dinero del rey». Una sonrisa lobuna afila sus rasgos. «Pero sé quién lo tiene. Hay una tribu rival al norte, en un pantano poblado de jabalíes más allá del Puente de los Pasos Perdidos... todos ellos bandidos y cuatreros, ladrones de vacas y mujeres. Esos han acumulado el doble de la plata que necesitas, toda ella robada en las rutas reales durante los últimos siete años, desde que Ricardo se dedica a enviar sus recaudadores de impuestos para exprimir a sus barones».

«¿Me prestarían ellos el dinero?».

Erec bizquea. «¿Prestarte el dinero? ¿A una baronesa de los Invasores? ¿Siendo como son enemigos jurados del clan Rhiwlas?». Sorbe aire a través de sus dientes prietos. «Antes mearían cabeza abajo». Se acerca a Raquel. «Su jefe, Dic Cuchillolargo, ha estado empleando esos fondos para comprar espadas adamascadas de acero a los mercadantes irlandeses; está armando clanes enteros con ellas, gente que antes sólo tenía flechas y estacas. Mi padre Howel teme de ellos una incursión en sus tierras, pero a su edad es demasiado cauteloso para golpear primero. Su última plegaria por la noche y la primera al alba es que alguien llegue a estorbarles ese propósito».

Parpadea. «Dame tres de tus hombres más leales, hombres en quien pueda confiar, y robaré el dinero de Dic Cuchillolargo».

El pulso de Raquel galopa. «¿Podrás hacerlo?».

«Para ti». La sonrisa lobuna centellea otra vez. «Este es mi precio. Cuando traiga el dinero, te convertirás en mi esposa».

La ansiedad vibra en ella. «No puedo casarme contigo».

«¿Por qué no? Yo soy cristiano».

La mente de la mujer busca veloz una huida. «Soy normanda. Tu gente me desprecia».

«Eres la Sierva de los Pájaros. Hablas nuestra lengua, conoces nuestras costumbres. Mi gente te amará... como lo hago yo».

Raquel siente el rubor escocerle a los lados del cuello bajo la mirada astuta de Erec.

¡Primero el marqués... y ahora Erec el Bravo! Aunque no es poco lo que le atrae de Erec —su

porte bueno y descarado, su sonrisa pronta, su coraje— no quiere casarse con él. Vuelve la vista a sus hombres, ve a su abuelo contemplándola aprensivo. *¿Dónde están los prestamistas de Caermathon?*

«Debes decidirte pronto, Sierva de los Pájaros. E incluso entonces, no te garantizo nada. Dic Cuchillolargo es un personaje que hace honor a su nombre».

«¡Caridad, por amor de Cristo, caridad!». Un grupo de cuarenta personas pide limosna ante el puente levadizo del Castillo Valaise cuando Raquel y sus hombres retornan. Son parias y vagabundos de todo el país, barridos a Epynt con las manadas que acudieran al torneo y dejados atrás, para mezclarse con los cojos y deformes de la aldea.

Los *serjants* abren camino para la baronesa y los caballeros. Una vez en la plaza, Raquel ordena al portero que les lleve una bolsa de óbolos de cobre. Clare y Ummu, que han venido del *palais* al oír la trompeta del heraldo, tuercen el gesto con desaprobación.

«Madre, tenemos deudas todavía en la plaza». Señala a los gremiales, que se han reunido en filas de peticionarios para recibir el pago por sus servicios durante el torneo. «Los pobres están siempre con nosotros, pero los gremiales nos dejarán por puestos más lucrativos si no les pagamos». Dice esto lo bastante alto para que los mercaderes la oigan y sepan que ha hecho todo lo que ha podido.

«Paguémosles entonces lo que les debemos».

«Madre», susurra Clare, «no tenemos ese dinero».

«Creía que Gerald y tú os habíais procurado algunas libras de los condes visitantes».

«Tenemos diez libras», dice Clare en un bisbiseo orgulloso. «Pero eso es para las multas del rey».

«¿Es bastante para los gremiales?».

«Justo. Pero las multas...».

«Págales, Clare. Y no te preocupes más por las multas. Las satisfaré. El hogar de la familia estará seguro».

Toda protesta de Clare se evapora al ver la mirada de confianza tenaz, imperiosa en la faz decidida de Raquel. Esa es, sin lugar a dudas, la determinación que ella recuerda en el rostro de su madre desde su primera infancia, y lágrimas le afluyen abruptamente a los ojos. Este es quizás el tiempo más difícil en la vida de Clare: tener que humillarse ante los nobles para pedirles dinero, meditando mientras a cada instante qué vida les espera a Gerald, ella y su familia, si el rey les arrebatara el único hogar que han conocido. Asomarse al abismo de la miseria le ha costado casi la razón. Desde el torneo, se ha mostrado fuerte porque está habituada a considerarse la mayor.

Pero no... Mira con gratitud el rostro hermoso de su madre. Reconoce en él la autoridad. Y una explosión interna hace añicos toda muestra vana, reduciéndola una vez más a la niña que siempre fue.

«¡Madre!». Clare abraza a Raquel, haciendo caer casi a la esbelta mujer con sus enérgicos sollozos.

«Todo irá bien, Clare», promete la baronesa acariciando esos grandes, gruesos hombros y visualizando el Cáliz, que cintila tan intensamente áureo como el sol, para aquietar su temor

extremo. «Todo, todo irá bien».

Clare se aparta y se limpia los ojos. «Tú siempre te has preocupado por nosotros... por Gerald y por mí y los niños. Cuando partiste, fue tremendo vivir sometidos a Guy». Su voz se ha ablandado hasta encontrar el timbre de una muchacha. «Pero ahora has vuelto. Y contigo la música. Gerald ha convencido a dos trovadores para que se queden con nosotros, dos de los mejores. Hay canción otra vez, madre. Al igual que antes».

El portero retorna con la bolsa de los óbolos.

«Paga a los gremiales, Clare, y a los trovadores también. Yo atenderé a los pobres».

«Lady», se ofrece Ummu adelantándola. «Si me permitís... No me resultan poco familiares los engaños de los saltimbanquis».

Con David, Denis y Gianni siguiéndolos, Raquel y Ummu afrontan a los mendigos en el puente levadizo. La turba se abalanza para tocar las vestimentas de la bendita baronesa con la esperanza de que un milagro los cure. De su paso a través de la aldea, camino de la abadía y de vuelta, Raquel reconoce a la ciega que guía la pequeña lazarilla, al chico del brazo marchito, al viejo sin piernas sobre su plataforma rodante, al idiota inofensivo y a la viuda cuyo marido fue asesinado en una reyerta, dejándola sola con nueve criaturas. Pero hay otros muchos que nunca ha visto anteriormente. Camina entre ellos ofreciendo óbolos, hurtándose a las manos que la buscan y recordando las palabras de la baronesa de que ella y la tierra son uno: *y estos desafortunados son también yo*.

Mientras Raquel asegura en voz alta que carece del poder de curar, el enano se acerca a un hombre corcovado, desfigurado por lustrosas úlceras marrones. Ta-Toh alarga la mano y, ante los gritos de asombro de los circunstantes, arranca una de las úlceras.

Ummu toma la costra, la huele y la agita en el aire. «¡Piel de ciruela!». Da una patada en la espinilla del hombre y la espalda encorvada del impostor se endereza con un aullido. «¡Un milagro! ¡Ummu ha obrado un milagro! ¿Quién más quiere recibir mi toque sanador?».

El enano agarra por el cogote a un joven hinojado que saca espuma por la boca. «¡Jabón!», denuncia y golpea las orejas del hombre. «¡Otra cura! ¡Las manos milagrosas de San Ummu se están superando a sí mismas!». Agarra la muleta de un hombre de pelo lanoso y lo arroja sobre sus rodillas. El hombre se lamenta piadosamente hasta que el enano le golpea con la muleta la ingle coja; salta entonces sobre sus pies, escupiendo y maldiciendo, y se retira con una docena de acompañantes.

«Nuestro pequeño santo ha expulsado los demonios», observa Gianni, arrancando las manos devotas de las ropas de la baronesa.

«Debemos hacer más», dice Raquel. *Nunca y siempre*, murmura la oscuridad en ella. Pero ella sacude la cabeza y no la oirá. «Quiero ayudar a esta gente, padre».

Gianni se arredra. «Por favor, milady, no me llaméis así».

«Sois un sacerdote».

«Soy un caballero. Ocuparé el lugar de Falan. Incluso dormiré sobre las losas del suelo a vuestra puerta. Que el rabí sea vuestro santo varón».

«Hay que hacer algo con esta gente», suspira Raquel agotando los últimos óbolos de su bolsa y

ofreciendo sus manos vacías a la turba desconsolada. El aire repica con algo más que las súplicas de los pobres. Las voces de los muertos titilan justo en el flujo del oír: su familia muerta canta en hebreo una jubilosa canción. ¿*Por qué*? Observa a su abuelo para saber si él puede oírlos, y él murmura una plegaria, bendice a la gente. «Rabí... y Gianni...quiero que penséis en algún trabajo honesto al alcance de las capacidades de un ciego o un cojo, que encontréis algo que ofrezca verdadero desahogo a la viuda y a otros como ella. En cuanto a los pícaros y holgazanes, hay que disuadirlos de mendigar y mostrarles las virtudes de una labor honrada. Y a los idiotas hay que llevarlos donde puedan ser decentemente cuidados. Quizás la abadía».

«Maese Pornic insiste en que sólo los soldados de Cristo deben residir y trabajar en su abadía», dice Denis. «Los pobres han de ser atendidos por la caridad cristiana y los monjes errantes».

«Entonces nosotros cuidaremos de los nuestros», decide Raquel.

«Mientras sean los nuestros», murmura Denis.

«El dinero vendrá».

«¿De dónde, lady? Los prestamistas han ignorado nuestro ruego. He enviado otro *serjant* a pedirles ayuda».

«Conseguiré el dinero».

Denis la mira fijamente. «No tenéis por qué sacrificaros. Sé lo ocurrido con el marqués y la naturaleza de su oferta. Sus caballeros se jactan de que pronto seréis suya. Pero para salvarnos no debéis perderos a vos misma. Casarse con ese viejo lúbrico sería un error».

Raquel devuelve su atención a la turba mendicante y dice con voz distraída, «El amor procede de error en error».

Hellene besa las mejillas de Thierry, se aparta y admira su robustez. *No es ningún petimetre*, piensa, *como padre*. Siempre la ha contrariado que su padre, Gerald, sea un trovador y no un caballero más viril. Pero su William ha sido bastante hombre para ella, y cruza ahora una mirada con él de compartido orgullo por su hijo.

Los Morcar están en el amplio patio exterior del *palais*, despidiéndose. El joven Hugues, como un escudero, sostiene las riendas del palafrén de su hermano, deseando poder ir él también de peregrinación. Desde su valiente demostración de habilidad batalladora durante el torneo, toda la familia ha estado henchida de respeto por Thierry y doliéndose de que deba hacer un viaje tan azaroso en momentos de tanta inseguridad. Cuando vuelva, el castillo que una vez fuera su herencia podría no pertenecer ya más a los suyos.

«No te apartes de los caminos reales», le aconseja Hellene. «Y cuando llegues a San David, haz decir también una misa por nuestro castillo. Si tanto ama Dios a Ailena, puede que salve aún nuestro hogar».

«Así lo haré, madre». Thierry dirige a su padre una mirada elocuente, pero William no revela ningún signo de complicidad. Abraza a su hijo y se aparta discretamente de él.

«No hables bien de ti mismo», le advierte William. «Antes obra bien por ti mismo».

Thierry asiente; se torna hacia su hermana gemela, que llora, blanda, con un pañuelo en el rostro. «Madelon, no llores. No me voy a la guerra. Quizás en mi peregrinación encuentre el Grial, beba de él y vuelva más joven aun que Effie. Podrías ser mi niñera entonces».

Madelon solloza una sonrisa. «No te atrevas».

Thierry apuña el brazo de su hermano. «Cuídalos bien», le impone y sube luego a su montura. Con un gesto de despedida trota a través del recinto interior, pausa en los portales para mirar atrás y agitar el brazo, y parte.

«¿Cómo ha podido grandmère hacer esto después de lo bien que ha estado en el torneo?», protesta Clare.

«No es Ailena», declara, ácido, Hugues. «Tiene miedo de Thierry porque es una bruja».

Una cuña de ánsares vuela hacia el norte entre las nubes. Raquel, sentada en el jardín del castillo, los contempla aparecer y desaparecer mientras se funden en la distancia. Blythe y Effie juegan a dama-y-doncella alrededor del reloj de sol, y bajo la pérgola de rosas Leora supervisa el *petit point* de sus hijas mayores, Joyce y Gilberta.

Tratando de escuchar a los muertos, Raquel oye sólo un luminoso silencio de cristal, salpicado por el punteo de las agujas de bordar y por las voces de las niñas. *¿Por qué me cantaron los muertos cuando los pobres estaban a mi alrededor?*, se pregunta.

Y de la orilla del mundo en el filo de su corazón, la pregunta retorna: *¿Qué cantaban los muertos?*

Un canto judío, se responde. *Un himno de alabanza.*

Un servidor se acerca, susurra algo a una de las doncellas y esta se apresura a comunicárselo a Raquel: «El rabí pregunta por vos».

Leora observa a Raquel cuando salta de su asiento y abandona corriendo el jardín. *Como una muchacha.* Una ceja de cobre se arquea. *Por supuesto, es prácticamente una muchacha.* Ese es el milagro, el portento inmenso de su retorno, que ha hecho las plegarias de Leora y de sus hijas mucho más luminosas. Incluso Harold, que acostumbraba a dormitar por las mañanas en la capilla, sigue ahora con atención los servicios del canónigo. Leora alza un rostro agradecido a las nubes vellidas que motean el azul.

Raquel halla a David acostado en el lecho, consciente apenas. El físico ha terminado de administrarle una poción de beleño contra el humor melancólico que causa los escalofríos y letargia del anciano. «Dormiré bien ahora», dice el físico. «Cuando despierte, quizás esté más vigoroso».

«¿Quizás?», susurra Raquel. «¿Por qué no podéis ayudarlo?».

Las curvas cejas del físico se unen en un solo trazo tenso. «Es mayor y tiene exhaustos los huesos».

Raquel despide al físico y las doncellas y se sienta al costado de su abuelo. Cuando toma su

mano fría, los ojos del hombre se abren. «Tenemos que dejar este lugar», dice en un hilo de voz. «El aire es frío aquí aun en Julio. Vuelve conmigo a Jerusalén».

Raquel le frota la mano para darle calor. «Iremos, abuelo. Pero debes recuperarte antes. Reposa ahora y rehaz tus fuerzas, porque sin falta volveremos a Jerusalén».

Él se hunde en el sueño, sonriendo vagamente.

Raquel siente abismarse todo sentido. Si pierde al anciano, se quedará completamente sola en este extraño país. Las voces de su interior medran con su miedo; las percibe como un humo que necesitase sólo su atención para condensarse en sonido. Pero ella se fija en el rostro aletargado de su abuelo y las cuasivoces se transforman en música en su cuerpo, el himno jubiloso que oyera cuando la rodearon los pobres.

Teme prestarle oído, teme lo que la música pueda hacer en su cabeza. Aunque cree que los muertos tienen una respuesta para la curación de su abuelo, sabe que si se pierde a sí misma en sus profundidades, sorbida como una brizna de hierba por un remolino, David habrá preferido estar muerto.

«Dios es una cebolla», dice David a los caballeros que estudian con él la Torá. El beleño le ha ayudado a dormir, a desprenderse del cansancio de sus humores nocivos, y le ha dado fuerza suficiente para enseñar a sus estudiantes algo de hebreo y para repasar con ellos el credo esencial: el Pacto de Alianza entre Dios y Abraham. Está cansado otra vez, pero el frío que parece definitivamente instalado en sus huesos se templea con este trabajo devocional. Ahora, a modo de diversión: «La palabra hebrea para cebolla, que está entre las más hermosas de las flores de Israel, es *be-tzel*, que nos remite a *Beth-El*, Casa de Dios, así como a *be-tzalel*, a la sombra de Dios. Y Betzelel, el nombre del artesano que forjó el primer *menorah*, el candelabro revelado a Moisés en el Sinaí, significa Cebolla de Dios. Y todo ello sugiere hasta qué punto la humilde cebolla simboliza la superba, divina inmanencia de la creación».

Se hallan en el cuarto de David, sentados en esterillas de carrizo: Gerald, Denis, Harold, Gianni y Ummu. Cuando Raquel entra, sólo Gerald recuerda las convenciones de la corte de amor y se levanta.

«¡Los pobres construirán una sinagoga!», anuncia sin aliento la baronesa. La idea le llegó límpida mientras escuchaba a Clare contar que los preparativos de la boda de Madelon tenían el pensamiento de Hellene apartado de su preocupación por Thierry. «Edificaremos un lugar para el encuentro con Dios, dice el Salmo 74. La construcción empleará a los mendigos de la comarca en cualquier tarea que puedan desempeñar». *Y dará al abuelo un sentido para continuar, algo en lo que ocuparse y con lo que recuperar fuerzas.*

«Pero la aldea tiene ya una capilla», protesta Harold.

«Un edificio tosco», replica Gianni. Cada mañana, después de un servicio escasamente atendido en la capilla del castillo, ha celebrado misa en hebreo a una multitud de devotos en la aldea. «Una cabaña, realmente. Incluso el crucifijo es de una hechura rudimentaria».

«No habrá crucifijos en el templo», dice Raquel. «No habrá ídolos de ningún tipo. No estará

dedicado a ningún santo, sino a Dios mismo, y no tendrá otro nombre que la Casa de Dios».

«Lo que el mismo Yeshua habría reconocido», capta Denis lentamente, incapaz ya de toda sorpresa.

«Quizás», sugiere Gianni, «cuando la sinagoga esté construida, maese Pornic pueda recuperar su capilla para celebrar en ella de acuerdo con la Iglesia».

«Sí», coincide Raquel. «La sinagoga será para los devotos de la fe de Yeshua».

«Entonces», dice David, «debe ser construida tal como lo prescribe la Biblia en Daniel, capítulos segundo y sexto: erigida en un lugar alto, con numerosas ventanas para “la luz que habita en él” y “Él hizo abrir ventanas en Su cámara superior”».

«Conozco el lugar adecuado», ofrece Harold. «El Alto de Merlín, al sur de la aldea. Hay un antiguo círculo de piedras en esa colina, un anillo de peñascos más antiguos que los romanos. Los galeses creen que Merlín los erigió».

«Merlín no se opondría a que alzásemos un templo para celebrar como Yeshua lo hizo», interviene Denis. «Arturo era cristiano».

«En Jerusalén», dice David cabeceando reflexivamente, sintiendo desleírse el frío de sus huesos con el calor de la excitación, «hablé una vez con un monje que aseguraba que la madre de Yeshua, Miriam, tenía el gentilicio *Betzalim*, que significa hojas de cebolla. Y así su nombre llevaba implícitas las lágrimas que habría de derramar».

El trueno rueda, pesado, desde los montes. Gianni no lo oye, pues atiende a la obscena canción del gallo enamorado de la vaca, una alegre *chanson de geste* que Madelon ha aprendido durante el torneo. Están sentados en un lecho de primaveras y violetas en el extremo asilvestrado del jardín, oculta su risa de ojos ajenos por los setos densos. Con delirio lírico, ella se alza sobre sus rodillas imitando el grito triunfante del gallo al descubrir que su rival en el amor es un toro que no puede volar.

Sus carcajadas los hacen caer de espaldas y yacen entre las flores, sonriendo al filo ardiente del día, en que un sol anaranjado se quiebra en rayos entre las copas de los árboles. El trueno barbotea otra vez desde los montes y Madelon vuelve la cabeza para ver tormentosas nubes violeta avanzando desde el norte. «Debemos irnos», susurra poniendo su mano en el pecho de Gianni, «o nos empaparemos».

«Vente conmigo», dice Gianni tomando su mano.

Madelon pone los ojos en blanco. «¿A dónde?».

«No importa...».

Ella se incorpora, se sienta, se quita las flores aplastadas del pelo. «¿Cómo viviremos?».

«Serviré como caballero a algún noble».

Madelon se yergue, se limpia el vestido de pétalos, hojas, briznas de hierba. «Hazte caballero de mi marido y podrás ser mi amante».

«Si te casas conmigo, serás tan feliz con mi amor que no necesitarás amantes».

Madelon le lanza una mirada desalentadora. «El romance es un divertimento exquisito,

Gianni... pero no es suficiente para mantenerme feliz».

«¿Qué más?».

«No hay nada que sea *más* que el amor», responde, «pero la posición es tan importante como él. Yo desciendo de condes».

«¡Posición!», bufa Gianni. «Este castillo y cualquiera que sea la posición que va con él están en peligro. Vente conmigo, y yo me consagraré a protegerte».

«Gianni...». Le tira de la barba y se pone en pie. «Yo podría amarte, pero tú no me has favorecido todavía con tu amor. Prefieres oírme cantar canciones tontas».

Gianni se apoya en los codos. «Te he dicho la verdad, Madelon. El milagro que cambió a la baronesa me cambió a mí también. Si he de dejar el sacerdocio será por un amor santificado por el matrimonio y nada más».

«Entonces sigue sacerdote», se disgusta ella. «No me casaré por romance. Mis padres han encontrado un marido digno de mi posición».

«El muchacho que Thierry pisoteó en la folla», se amohína Gianni.

Madelon arruga la nariz. «Gracias a Dios, no. Ese fue sólo alguien con quien retozar porque tú no querías». Enreda un bucle en el dedo y dice con estudiada indiferencia. «Voy a casarme con Hubert Macey, el hijo mayor del conde de Y Pigwyn».

El trueno retumba más alto y una brisa fría sacude los setos susurrantes. «Pero yo te juro... estoy enamorado de ti, Madelon».

«Muéstramelo entonces». Frota la mejilla del hombre con sus labios. «Queda mucho tiempo aún para el amor», dice casual. «El matrimonio no tiene por qué impedirlo».

La lluvia desciende danzando de los montes como argénteos derviches. El viento ajirona las flores, llevándose por los aires hojas y pétalos.

Gianni sigue sentado en el lugar donde Madelon lo dejó, solo ahora que un Ummu decepcionado ha abandonado su puesto entre los setos para buscar refugio con Ta-Toh en el cobertizo de las herramientas del jardinero. Como cascos patullando el jardín, el torrente llega.

Las ropas con las que el enano ha cubierto a Gianni se oscurecen al embeberse de las interminables, diminutas tristezas de la lluvia.

Maese Pornic yace desnudo sobre el suelo de piedra de la sacristía, ante la estatua de la Virgen Madre. Thomas Chalandon, vestido con la sotana blanca de los acólitos, se arrodilla junto a él. Sus plegarias han sido repetidas hasta el agotamiento, las rodillas le duelen y cree que el abad se ha dormido. Justo cuando va a tocar al monje yacente, maese Pornic levanta la cabeza.

Thomas ayuda al abad a ponerse en pie y le pasa la sotana negra por la cabeza. «Debes volver», dice maese Pornic. «La Madre Santa coincide conmigo. Esa es tu gente».

«Padre, no os entiendo». A mitad de la noche uno de los hermanos despertó a Thomas para avisarle de que debía encontrarse con el abad en la sacristía. Allí descubrió al sacerdote rostro en

tierra ante la Virgen.

«Me han llegado noticias esta noche a través de un viajero», explica maese Pornic, cavado el rostro y consumido bajo el resplandor de las velas votivas. «La baronesa está erigiendo un templo judío... ¡Una sinagoga! Sin altar. Sin santos. Sin crucifijo. ¡Y la están construyendo los pobres! Es realmente la obra del Demonio, Thomas».

«Pero la gente de la aldea...». Thomas sacude la cabeza incrédulo. «Son devotos. No tolerarían los cambios heréticos que los nobles han aceptado en el castillo. Su fe es sencilla, pero demasiado fuerte».

«La baronesa es más artera de lo que crees», se queja el abad. «Desde que les ha entregado las piaras de cerdos del castillo, la gente de la aldea la adora. Tienen llenos los estómagos y sus arcas no están vacías. Se ha ganado sus corazones. Para ellos la baronesa es una santa del Grial. Pero recuerda, Jesús infundió demonios en los cerdos. Esta mujer es una bruja que se burla de la Biblia. Tienes que retornar a los tuyos y hacérselo ver».

A Thomas le alarma la idea de volver al castillo. Impulsivamente, quiere confesar su miedo a la baronesa, vomitar los sentimientos antinaturales que despierta en él. *¿Se deben a que no es mi abuela sino una bruja?* Dice, en cambio, «Esta cuestión concierne al obispo. Es de suponer que su censura pondrá fin a este escándalo».

Maese Pornic presiona con un dedo enjuto su frente arada y cierra los ojos para calmar su miedos intemperados. «He escrito al obispo de Talgarth. He escrito al papa incluso. Pero la Abadía de la Trinidad y el Castillo de Epynt son distantes puestos de avanzada fronterizos. Problemas mucho más apremiantes ocupan a nuestros santos padres. Esta es una cuestión que debemos resolver por nosotros mismos».

«Por favor, padre, enviad a uno de los hermanos», suplica Thomas, «un sacerdote ordenado que pueda representar a la Iglesia con la autoridad de Cristo».

«No, Thomas, la gente es demasiado ignorante para ser salvada por medio de razonamientos eclesiásticos». En la mirada del santo varón, Thomas lee tal anhelo divino que no ve sentido a continuar discutiendo este punto.

«Haré comprender a mi abuela», promete resignado.

Clare dirige el aplauso a su nieta cuando esta exhibe el vestido de boda diseñado por el modisto del castillo. Madelon pasea por una estrada entre macetas de membrillos en el jardín del recinto interior, saludando a las damas que la contemplan desde la sombra de la glorieta. Levanta la orla de su ropaje adornado de piel y gira sobre sí misma. Es un vestido vaporoso de dos tipos de tela unidas: la interior de lana fina, porque la boda será en el otoño tardío, y la externa de puro cendal blanco. Sobre ello, reverbera un brial casi transparente de seda verde con mangas vaporosas y larga cola. Lo más exquisito es el ceñidor, una malla de oro con ágatas y sardónices engastados como protección contra las fiebres causadas por los ardores de la unión conyugal.

Hellene camina detrás de su hija y le pone la capa sobre los hombros, también de seda, intrincadamente briscada con hilo de oro y teñida de púrpura regia. Mientras pasea, zapatos

puntiagudos de terciopelo asoman bajo el vestido con roja titilación. Leora se aproxima a su ahijada y le ofrece su regalo, un pequeño velo color azafrán sujeto a una diadema de oro con esmeraldas engastadas.

Raquel suspira admirada y se une a las demás en el gozo de la textura de las sedas y el ajuste de los pliegues. Una de las doncellas entonces, tras cumplimentar a la bisnieta de la baronesa, le susurra a la señora un mensaje al oído y esta deja el brillante jardín por el *palais* penumbroso.

Con su pelo rubio-ceniza fulgurante en la luz acuática de las altas ventanas, Denis Hezetre se inclina. «El *serjant* que enviamos a Caermathon ha retornado, lady. Los prestamistas han rechazado nuestra solicitud. No nos darán ni un penique de plata».

El corazón se le cae a Raquel al estómago. Da las gracias a Denis y se aleja antes de que este pueda preguntarle qué hará ahora. No lo sabe ni ella misma. Había tenido confianza en que, con la elocuente misiva escrita por David a los hermanos de la comunidad judía de Caermathon, estos la ayudarían; y no ha prestado ni un solo pensamiento serio a Erec o al marqués.

De vuelta en el jardín, Clare le caza la mirada. La alegre expresión de la matrona vacila un momento cuando percibe la sombra en el rostro de su madre. Pero Raquel finge estar acomodando sus ojos al esplendor del mediodía y al instante siguiente sonríe ya y halaga el fino atavío de Madelon. Clare resplandece, apreciativa, y toda sospecha parte al vuelo con los tordos que se mudan de rama en rama como un rumor.

Thomas desciende de las montañas cabalgando con lentitud. En lugar de su sotana blanca, viste una sencilla túnica marrón de montar, pantalones grises y botas. Desde la alborada, en que empezó su viaje, ha estado orando al Espíritu Santo y pidiéndole inspiración. ¿Cómo puede convencer a su abuela de disolver este culto herético a Yeshua? Y, sobre todo, ¿cómo puede reprimir sus propios impulsos extraviados?

Su único recurso es convencerse a sí mismo, tal como han hecho Guy y maese Pornic, de que esta mujer no es verdaderamente Ailena Valaise, que el milagro no ha tenido lugar. Y sin embargo, ¿no respondió Dios a su plegaria en la liza cuando invocó Su ayuda en nombre de su abuela? Esto le afirma en que ella debe ser quien dice ser.

Y en cuanto a su impía atracción por la baronesa, no hace sino acabar de confirmarle tal verdad: su belleza es de otro tiempo, de mucho antes de nacer Thomas; y su deseo por ella no es sino un reconocimiento, un recuerdo de la hermosura que inspiró el amor carnal que trajo a su madre al mundo, y después a él.

Las débiles rumias de Thomas desfallecen cuando entra en la aldea. Un puñado de villanos en sus campos, que siempre lo ignoraban a menos que fuera él quien se les dirigiera primero, lo saludan amigablemente. ¿Dónde están los gandules y mendigos habituales que acechan en los alrededores? Se detiene ante la barraca de la ciega como acostumbra a hacer cuando cruza la aldea y no la encuentra en casa. Owain, que no tiene piernas y pasa el día sentado, apático bajo el gran roble de la plaza, se ha ido también. Y el tonto del pueblo, que asoma casi siempre malicioso por alguna de las callejas, no aparece por ninguna parte.

El corral de cada casucha revienta de cochinos y cada aldeano parece gozar de nuevos atavíos de cuero de cerdo.

En la cima del Alto de Merlín, aparecen y desaparecen siluetas de la vista. Thomas cabalga por la hierba agitada y a través de una calina de mosquitos, siguiendo un angosto camino de cabras junto a un seto espinoso y un manzano retorcido que probó el rayo. Rocas emergen de la tierra coronando la colina, un anillo de piedras poderosas, altas pero dobladas como ancianas.

En la cresta del cerro está Aber, el tonto de la aldea, llevándose escombros en una carretilla. Detrás de él, apoyada en una de las vetustas piedras rituales, la ciega Siân pule un mampuesto, trabajando al tacto y acompañando su labor con una vivaz tonadilla. Owain el despernado está junto a ella desbastando la piedra. De hecho, todos los holgazanes del pueblo están aquí, martilleando los pedruscos dispersos y cavando zanjaz bajo la supervisión del viejo rabí, que ocupa una silla de alto espaldar y se arrebuja en una manta a pesar del fuerte sol estival.

Thomas medita por un momento si es un hechizo lo que los mueve, cuando percibe abajo, en la aulaga enmarañada, a Harold Almquist y Denis Hezetre que salen a cazar juntos a caballo... con el pelo de sus sienes rizado como los judíos. Turbado, murmura una rápida plegaria, tira de las riendas de su corcel y cabalga hacia el castillo.

En el puente de peaje, desmonta y ata su caballo. Al otro lado del camino, en el vasto jardín, atisba a sus jóvenes sobrinas recogiendo flores; algo más lejos, vagando por el laberinto vegetal, dos trovadores cantan gayamente. Una pareja estirada bajo los viejos olmos se sienta y lo saluda, lánguida. Con cierta sorpresa, se da cuenta de que son sus padres, que yacían voluptuosos como amantes a la sombra de los árboles.

En un trance de estupor, Thomas entra en el jardín. No ha visto a su familia usar esta parte del castillo desde que era un niño... desde que grandmère venía aquí con sus trovadores.

Vislumbra a Ummu entre los cerezos... ¿Y no es esa una camisa de mujer tremolando bajo aquel seto? Por un instante llega a creer que ha avizorado el pelo resplandeciente de una dama hurtándose a la vista. Pero antes de que pueda indagarlo, lo llama su madre.

La música de los trovadores ventea más cerca, y Clare y Gerald saludan a su hijo con risas borbollantes. Lo atraen a los giros mareantes de una danza e inquietan qué le hace volver de la abadía. Demasiado aturdido ante su comportamiento grotesco para responder, pregunta por grandmère y le llevan a través de la sombra verde de los olmos a un campo donde la baronesa participa del juego animoso de la gallina ciega.

Cuando Raquel lo ve, se detiene, y la risa abandona su rostro. Tensa, sufre un nudo de sentimientos contrarios: el deseo sin esperanza se enzarza con el miedo a ser descubierta y, patinando débilmente todo, el despecho que la asaltó cuando Thomas dejó el castillo sin despedirse de ella.

Lo llama, y Hellene y Leora tratan de arrastrarlo al juego. Él se resiste, escrupuloso. «Me envía el abad. Tengo que hablar con grandmère».

Leora se cubre la boca con burlona sorpresa y Hellene se dobla en una reverencia honda, simulando temor.

«Reíros de mí, si queréis. Pero este es asunto de Dios».

«Oh, Thomas, ven de una vez», le suplica Raquel traviesa. «Juega con nosotras. Nuestro Salvador dijo que debemos vivir y hacerlo plenamente».

«No creo que se refiriese a este mundo, grandmère».

Raquel ríe jocosa, le aferra la mano, trata de empujarlo a una carrera. «La buena nueva es que Dios envió Su Hijo a redimir *este mundo*».

Thomas trastabilla unos pocos pasos y pausa. «Para que podamos renacer en el próximo».

Raquel finge disgusto y deja ir su mano. «No hay ninguna mención en el Antiguo Testamento de que vayamos a tener una vida después de esta. Y el Antiguo Testamento es la Biblia que Jesús conoció. Debemos realizar nuestro bien en este mundo, donde Dios nos creó».

Hellene y Leora ríen por lo bajo y se van deplorando el espíritu soturno de su hermano menor. Raquel entrelaza dedos menudos con los de Thomas y se lo lleva de la distracción de los trovadores. «Te he echado de menos, Thomas», le confiesa, y se le tensa el estómago. Al verlo de nuevo, de un modo tan inesperado y en medio de festivos esparcimientos, no está preparada para el tremendo nudo de energía que el muchacho le inspira. Desde que supo que los prestamistas no habrían de salvarla, se ha entregado totalmente a su poder. Si ha de pagar más tarde con la desdicha, vivirá ahora como baronesa y se servirá de su autoridad para proporcionar a aquellos que la rodean tanto gozo como sea posible. Pero no sabe cómo complacer a Thomas sin traicionar el sentimiento que la empuja a él.

El ceño de Thomas pesa. «¿Te ordenó realmente tu visión del Grial ignorar los Evangelios?».

«Mi visión me indujo a vivir como el Salvador. Los Evangelios vinieron después de Él. Yo quiero volver al Jesús original, el rabí que vivió entre la gente, que iba al mercado y las bodas. Si vivimos bien ahora, Thomas, la vida futura cuidará de sí misma».

«Tú sabes que esto se acerca a la herejía, grandmère. Debemos prepararnos para el Segundo Advenimiento, poner todo nuestro ánimo en la gloria que nos espera, no en las seducciones temporales de este mundo».

«Aquí es, me dijiste, donde tú hallaste el espíritu», suspira Raquel. «Aquí es donde Dios vive».

Thomas acepta mudo sus palabras. De pronto, su misión le parece absurda. Aquí hay una mujer que ha bebido del Grial y que le muestra la tierra inexhaustible como si fuera esta la Iglesia verdadera. ¿Quién es él para discutirsele? ¿Y quién es el abad, al fin y al cabo?

De momento, y hasta que se lo arrebatan, este es su país, piensa Raquel. *Es la baronesa.*

Sabe que no durará mucho, que cada día es más excepcional que el anterior. Y por ello mismo quiere que esta ilimitada belleza la redima de todo su miedo, que compense todo el lancinante terror que siente por sí misma y por su abuelo y por la gente de este país que cree en ella.

Ninguna necesidad, ningún capricho puede ser ignorado ahora, y se rinde al impulso de esenciarse con la inmensa gloria de este paisaje lanzándose ladera abajo y brincando de piedra en piedra el sutil arroyuelo.

Thomas la sigue reluciente, pero cuando salta el arroyo, la fragancia a musgo de la tierra lo golpea casi como un puño y, en la otra orilla, recuerda flores y herbajes que han estado muertos diez años. Desde la última vez que descendió esta ladera corriendo. Pues desde entonces, todos los libros que ha leído, todos los libros que esperó que lo alzarían más alto que la gran cordillera del

oeste, más alto aún que la escala de humo de hoguera que surgía de aquella arboleda en el vergel donde había una cabaña gozosamente escondida, más alto, pensó, que la infancia, no habían hecho sino aplastarlo. Con el césped muelle bajo sus botas exhalando aromas de tierra húmeda, Thomas corre junto al arroyo crotorante y hacia el cielo.

Raquel y Thomas galopan a través del aulagar, asustando a las liebres, evitando matorrales repentinos de rosas salvajes, blancas y rosas, saltando un caballón de madreSelva y derrumbándose con gritos de asombro en un campo colmado de dedaleras. Thomas cae sobre Raquel y, cuando intenta zafarse de ella, Raquel se aferra, sigue su movimiento, acaba sobre él. Y entonces sus rostros están muy cerca, tiznados de polen, nariz contra nariz, y los ojos sobrecojidos al contemplar uno las honduras del otro viendo torres de hojas y nubes peregrinas.

Sin pensarlo, Raquel gira el rostro y besa en la boca a Thomas.

Thomas la aparta bruscamente y se sienta, horrorizado.

Raquel consigue una risa temerosa al ver el fulgor del rayo en el rostro del muchacho.

«No es más que un juego, Thomas».

«¡Grandmère!». Está de rodillas, extendidos los brazos para mantenerla a distancia.

Raquel está demasiado turbada para afrontarlo; mira alrededor las blancas llamas de las flores y la inmovilidad de los montes herbosos bajo la capilla de las nubes, sorprendida de lo salvajemente joven que es el mundo. Quiere vivir aquí sin ilusión de ningún tipo. «Thomas, hay algo que debes conocer». Trata de engendrar las palabras que divulgarán su secreto, pero recuerda a su abuelo y la amenaza que supondrá para él que Thomas no sea capaz de soportar solo la verdad. «Me siento... atraída por ti».

«Por favor...». Thomas se pone en pie, retrocede un paso. El contacto de Raquel sobre su cuerpo se entretiene en él y verla allí, observándolo, aturdida y frágil, le ensancha el corazón. «No digas más. Tengo miedo por nosotros».

«Lo siento». Mira al suelo, a la yerba muelle donde han yacido. «Es mi falta».

«No». Cuando el primer impacto desfallece, Thomas se acerca y le ofrece la mano. «¿No lo ves?». La ayuda a ponerse en pie y contempla, desvalido, los ojos turbados de la mujer.

«También yo me siento atraído por ti».

El latir del corazón de Raquel pausa, expectante, hasta que se da la vuelta para marcharse.

«Me estoy comportando de un modo absurdo... como una muchacha».

«Eres una muchacha», responde Thomas. «Soy yo el absurdo. Hiciste bien en llamarme Parsifal. Estoy en una demanda que parece no tener fin, cabalgando de aquí a la abadía y de la abadía al castillo, tratando de descubrir a quién sirvo yo, si a maese Pornic y la Iglesia o... a algo más».

«A la verdad de ti mismo», dice Raquel y se aventura a encontrar su mirada azul.

«¿Y qué es la verdad?».

Raquel sonrío lastimera. «Como Parsifal, debes buscar hasta que la halles». Suelta su mano. «A mí me ha costado una vida entera».

«¿Y ha valido la pena?», pregunta él siguiéndola por el campo florido. «¿Cuál ha sido la enseñanza?».

«Que debemos volver al castillo y seguir adelante con nuestras vidas», replica ella, decidida a dominarse por su abuelo.

Thomas avanza a grandes pasos hasta ponerse a su lado, al mismo tiempo animado y oprimido, contradictoriamente complacido de que ella sufra por él su mismo anhelo. Mientras caminan, pregunta, «¿Cómo pagarás a los hombres del rey?».

Raquel tuerce el gesto y el mundo inmenso parece apenumbriarse, reducirse al alto horizonte de árboles estáticos que la rodean como un muro dentado. «No lo sé».

«Madre ha conseguido algunos presentes en dinero de los condes visitantes», ofrece Thomas servicial. «Aunque supongo que eso apenas resulta suficiente».

Raquel no lo escucha. El alivio que ella había hurtado estos últimos días se ha desvanecido.

«Eres una mujer hermosa, grandmère. Sin duda podrías casarte bien».

Raquel reprime un temblor. «Cuando me case, será por amor», dice, pero su voz suena hueca. Al cruzar el arroyo, piensa que su futuro tiene dos rostros: el desdentado marqués y el robusto Erec. Tiene que escoger.

Ta-Toh salta desde un peral en el extremo del huerto y se inclina ante la baronesa antes de correr con el trino de una risa en la boca hacia los setos bien podados. De pronto, Ummu emerge de ellos y dice con voz sonora, «¡Baronesa! ¡Amo Thomas! ¿Habéis visto a mi caballero? El rabí me ha encargado llevarlo de inmediato al Alto de Merlín para discutir dónde deben colocarse las pilas de agua bendita».

«No hay agua bendita en una sinagoga», dice Raquel. «Oh, quieres decir el *mikvah*, la pila para baños rituales y bautismos. No creo que Gianni sepa nada de esto».

«El rabí ha estado instruyéndome», dice Gianni surgiendo desde detrás del seto, llevando cogida a Madelon por su dedo meñique. Hace una reverencia a Raquel y saluda a Thomas con un cabeceo. «Esta dama y yo estábamos paseando por el santuario de la orilla del jardín. Ella buscaba mi consejo espiritual ante su inminente boda con el buen Hubert Macey».

«Bien, sir Gianni», dice Ummu retirándose. «Si ya habéis impartido vuestro consejo, quizás queráis venir al Alto de Merlín».

«De inmediato», dice Gianni. Besa la mano de Madelon, se inclina de nuevo ante Raquel y desaparece con Ummu mientras Ta-Toh corretea detrás.

Raquel y Thomas comparten una mirada elocuente y observan a Madelon.

«El amor nos hace absurdos a todos». Se encoge de hombros. «¿Disfrutasteis de vuestro paseo?».

Thomas vaga por el jardín, siguiendo a los demás en su camino de vuelta al castillo.

Madelon... ¿y el canónigo Rieti? Le aturde que un sacerdote pueda traicionar sus votos. Y le aturde que su abuela le haya besado... Y le aturde también disfrutar del cortejo de la mujer. *¡Este país está embrujado!*

La contempla caminar, lejos por delante de él, cogida de la mano de su madre, riendo con sus hermanas, cruzando oblicuas miradas con Madelon.

Ha sido sólo un beso. Y sin embargo, ese beso ha penetrado en él desgarrando su boca y su garganta para clavársele en el alma. Cojea a través del langor de las flores, inclinada la cabeza bajo el imperio de las nubes.

Esa noche, aparece entre los astros una pluma verde de luz gélida, un cometa, un terrible portento que alarma a todo el mundo en el castillo y la aldea. El mal arde frío en los cielos: la campana de la capilla chapotea tañidos de miedo. Gianni Rieti dice misa en un santuario abarrotado y, aunque los gremiales gruñen que el cielo está descontento de la nueva liturgia, Gianni bendice el vino y el pan en hebreo, y Raquel, como siempre, es la primera en beber de la copa.

«El hacha ha sido puesta sobre la raíz del árbol», oye Raquel al paso de uno de los gremiales, que protesta al acabar la misa, mientras la estrella de cola feérica vuela por el aire supremo.

Sola en la capilla con David cuando los demás han salido, pregunta, «¿Qué significa este presagio?».

«*Shubah Yisrael ki jashalta baòneja*», responde él. «“Retorna, oh Israel, a los caminos de la santidad, pues has tropezado y caído en tu ambición, en tu pasión por el esplendor material”. Nuestro tiempo aquí ha acabado, nieta. Debemos partir».

A la luz penumbrosa de las velas, su barba parece seda, de un blanco puro, y su rostro ajado y hundido bajo las órbitas luminosas de sus ojos. Lágrimas flotan en los ojos de Raquel, pero ella las reprime. «No estás bien, abuelo. No estás lo bastante bien para volver a Jerusalén. El viaje te mataría».

«Pero moriría sabiendo que has encontrado el camino al hogar».

Más tarde, en su cuarto, estas palabras la fustigan, erizadas con la idea de *hogar*. No tiene hogar; y cuando intenta recordar el hogar de su infancia, ve los judíos muertos arrastrados a los bosques, muchos con las manos cortadas por las muñecas y clavados a los troncos de los árboles.

Desde su ventana, puede ver el trazo del cometa; sabe que es una estrella de la muerte, un presagio demasiado negativo para arriesgarse al viaje con su frágil abuelo, no importa cuánto anhele él la libertad de ambos. Debe hallar un modo de desafiar al portento, de usar su maléfico encanto para el bien de David y de aquellos que necesitan que actúe como la baronesa.

Raquel abre el arca que portó de Jerusalén y toma la daga curva en su vaina de gemas engastadas, la daga que la vieja baronesa compró para su hijo mucho tiempo atrás. Desnuda el acero y ve su vacilante mirar en la hoja espejante. Hace diez años, si no hubiera estado en su lugar secreto del cerro, si hubiera permanecido en casa con sus hermanos y hermanas, padre le habría cortado el cuello también, la habría yugulado como al cordero pascual, la habría sacrificado a Dios para salvarla de las atrocidades de la turba.

Acerca el filoso cuchillo a su garganta, lo ajusta lo bastante como para notar su aguijón y el ritmo de su propio pulso. Madre la habría dejado en la cama con sus hermanas, y su sangre se habría mezclado con la de aquellas y con la de madre cuando padre hubiese colocado a esta última entre ellas. Diez años haría ahora de su muerte, una niña de doce para siempre, alguien que no habría visto nunca Tierra Santa, ni a Ailena Valaise, ni este castillo, ni la estrella de la muerte

sobre él. Y las voces que siempre han sido desde entonces un eco en su sangre viva nunca habrían sido oídas. *Nunca*. Y sin embargo, *siempre*, porque Raquel habría estado entre ellas.

Tiniebla, tiniebla, tiniebla... todos han ido a la tiniebla. Su pulso galopa contra el filoso acero. *Padre y madre y todos sus hijos menos una a la tiniebla, a la «tzelem Elohim», a la sombra de Dios Todopoderoso, donde la oscuridad es la luz y el silencio es el cántico*.

El vértigo la hace tambalearse y baja la daga. Sólo padre podría haberla matado legítimamente, sólo padre y Dios... y ahora sólo Dios. Mas Dios posee muchas manos en este mundo y escoge, por fin, desnudarles a esas manos su garganta y ocupar su puesto entre sus familiares.

Raquel devuelve la hoja a su vaina. Bajo los vestidos y briales pulcramente doblados, percibe las cinco ampollas de arcilla endurecida que contienen el misterioso fuego griego de los sarracenos. Deposita cada una de ellas en el alféizar de la ventana, como iconos, y posa ante ellas la daga seljuk. Sobre ellas, la cola del cometa reverbera en el cielo como el filo de una espada.

Thomas Chalandon espera todo el día en el *palais* para ver a su abuela. Diversos sirvientes, así como Denis Hezetre, van y vienen de sus aposentos, pero Ailena no está dispuesta a admitir a nadie más a su lado.

Acude a misa al servicio de vísperas, pero está introversa e ignora todos los intentos de Thomas de hablar con ella. Observa fijamente el crucifijo como si viese la forma torturada por primera vez y, luego, se retira de inmediato a su cámara.

Thomas cree entender. Apenas el día anterior, la baronesa retozó con él en los campos floridos, incluso lo besó en la boca. Sin duda está hoy tan atormentada por su deseo y avergonzada de su debilidad como él mismo. *¡Dios!*, grita él desde su corazón. Ninguna mujer había despertado en él más que vanos deseos... y ahora: *¡Ansío a mi abuela!* Reza pidiendo perdón y alivio de la obsesiva pasión que siente por la mujer de ojos oscuros.

Movimientos en el patio de la corte le llaman la atención y ve escuderos que conducen a cuatro corceles ensillados. Momentos después, Denis, Harold, Gianni y un caballero desconocido, esbelto como una sombra, emergen del *palais*, cuelgan alforjas de sus sillas y montan. El desconocido conferencia con el resto y Thomas se inclina hacia delante para ver quién es. Viste negros calzones y botas, una capa color sable y una montera que no cubre su melena oscura hasta los hombros.

El corcel del extraño caracolea y, con una sacudida que lo hace erguirse, Thomas ve la luz de la luna siluetear los rasgos pálidos, jóvenes de Ailena Valaise. Corre para asegurarse. Pero, demasiado rápido, ella se torna y galopa a través del patio con su séquito, y su llamada se pierde en el atabaleo de los cascos estrepitantes.

Bajo el ominoso resplandor de la cola del cometa, alto en el cielo nocturno, Raquel y sus tres hombres cabalgan veloces al bosque. Largos cetros de luz de luna penetran las ramas de abedules

y fresnos con un vaporoso remolino de sombras.

Todos los caballeros, cada uno de los cuales había tratado en su momento de disuadir a Raquel de esta aventura, miran alrededor aprensivos. Sólo Raquel está serena, preternaturalmente serena. La luz dorada del Grial apacigua en su mente todo temor y ella se siente próxima a la arrogancia que el mago persa imprimió en sus instintos, próxima al espíritu depredador de la baronesa. Las voces turbadoras de su cabeza han desaparecido por ahora y oye sólo el tamborileo de los cascos de los brutos, el crepitar de la hiedra pisoteada y un viento errático embistiendo al dosel del bosque. La fragancia del limo, húmedo con los aires de la noche, la alienta con el pensamiento de que *sólo hay un futuro para todo lo que vive, y ese es la tierra. Todo acaba por reposar aquí.*

Entre los rayos de luna que bañan pequeños abetos aparecen de pronto tres figuras, tan inesperadas y nítidas que los caballos se sobresaltan.

«¡Sssh! Vais a asustar a los muertos». Erec Rhiwlas y dos escuálidos camaradas emergen de la fronda guiando a sus monturas. «Ailena Valaise, le dije ya a tu caballero esta tarde que semejante aventura no es para una mujer».

«Si han de arriesgarse vidas por mi castillo», replica Raquel, «la mía estará entre ellas».

«Te lo advierto, Dic Cuchillolargo te matará tan decidido como haría con un hombre».

«Sólo si me caza. Dijiste que íbamos a robar ese dinero, no a combatir por él».

«Si tenemos suerte y los centinelas se dejan sangrar silenciosamente no tendremos que luchar. Si no, nuestra salvación estará en las espadas. Y tú estarás en medio, mujer».

«Nada de lo que digas me disuadirá», dice Raquel, tenso el contorno de la boca.

Erec sacude la cabeza y sus cejas se comban tristes. «Hago esto por ti, Sierva de los Pájaros. No quiero perderte en la refriega».

«¿Haces esto por mí?», pregunta Raquel imperiosa. «¿Y si no ganas nada en este negocio? Guíanos ya, Erec el Bravo, mientras haya aún lunor que nos permita seguirte».

Erec suspira y mira desvalido a los tres compañeros de Raquel, que se encogen de hombros con colegial resignación. Monta y conduce al grupo a través del bosque espeso, silenciosos hacia los montes. El viento arrecia, portando nubes veloces sobre la faz de la luna.

Tras cabalgar imperturbables monte arriba, vislumbran forestas esparcidas bajo ellos y allá lejos, al sur, cintila diminuta la gema dorada del castillo.

El terreno se hunde de pronto en tinieblas estigias y los jinetes deben mantenerse próximos para no perderse. Después de viboreantes senderos y susurrantes marjales, entre cimas oscuras y bajo el friso nebuloso de la noche estrellada, se sumergen de nuevo en el bosque; penetran fragosidades de entreveradas ramas de roble y raíces enmarañadas, cuyos serpenteos musculares obligan a los caballos a tantear cuidadosos el camino. Una corriente se desliza entre densos matorrales y Erec busca el vado, hasta que halla un banco por donde pueden cruzar sin hundirse hasta más arriba de los estribos.

En el otro lado, desmontan y atan sus animales entre los árboles jóvenes de la orilla del río. Llevando sólo las alforjas, caminan largo rato a través de una fronda casi impenetrable hasta que Erec les hace señal de detenerse. A través de una espesura tupida de avellanos, indica un conjunto de cabañas achaparradas en medio de un claro de robles combados, visibles por el resplandor

soturno y maligno de ascuas anaranjadas en el vasto cerco de una hoguera.

Erec manda a sus dos hombres con largas tiras de carne cruda como cebo para los canes.

«Para conseguir nuestro tesoro, tenemos sólo el tiempo que los perros tarden en acabar con su comida», susurra Erec. Da orden de que Harold y los galeses se queden atrás como centinelas.

Con Denis, Gianni y Raquel siguiéndole, Erec se precipita entre las matas, pasa un primer grupo de chozas arracimadas, y emerge junto a las ascuas pulsantes del fuego moribundo. Un hombre está sentado, dormitando al lado de la cabaña, con la lanza cruzada en su regazo.

Rápidamente, Erec desnuda su daga y la hunde en la garganta del guardia.

El corazón de Raquel brinca, y siente su locura despertar y agitarse dentro de ella. Pero fuerza su atención a concentrarse en el Grial y el terror se abate. Erec ha cortado la cuerda que sujetaba la puerta de la cabaña y está ya en su interior. Le siguen Denis y Gianni. Raquel busca otros guardias con la mirada y ve sólo las sombras acurrucadas de los perros en el otro extremo del campamento. El húmedo sonido de su mascullar rocía el viento, unido al laso crujir de las ramas y, de vez en cuando, algún ronquido áspero no lejos de allí.

En el interior de la choza tintinean las bolsas de la plata mientras los caballeros llenan apresurados las alforjas. El aire rancio reverbera con el sonido del metal y Erec sisea imponiendo silencio. Raquel ve sólo contornos en el negro torpor del tugurio, oscuros perfiles trazados por el amorfo destello de los restos de la hoguera. Alza una bolsa y la sorprende su peso denso y el sonoro crepitar de las monedas.

Con un respingo a cada tintineo del botín, llena tanto una alforja que apenas puede levantarla. Su otra bolsa contiene las cinco granadas sarracenas, que porta sueltas.

Denis y Gianni salen de la cabaña doblados por el peso de sus sacas. Erec indica a Raquel que lo preceda. Cuando cruzan el umbral, un aullido repentino taladra la noche. Los perros se vuelven hacia ellos y cargan a través del calvero. Las puertas se abren de golpe, figuras umbrosas emergen blandiendo lanzas y estacas. Un clangor de espadas y de gritos desgarrar por todos lados el aire.

Están rodeados. Erec azuza a los demás a abrirse camino a través de los perros mientras él contiene a los hombres de Dic Cuchillolargo. Pero al primer grito de alarma, Raquel ha lanzado dos de sus granadas al fuego adormilado. Estas explotan ahora en llamas brutales y remolinos de pavesas que cuelgan del cielo un instante y descienden luego como garras de fuego.

Con amplios tajos de su espada, Erec despeja una senda a través de los hombres aturdidos, y los asaltantes huyen dejando atrás las chozas. Gianni y Denis empujan a Raquel mientras golpean a sus perseguidores. Raquel saca otra granada, pero en la precipitación de la huida no hay tiempo para encenderla. Cuando alcanzan los arbustos, vuelve la vista atrás y ve a Gianni correr, torcido el gesto de miedo mientras Denis cierra el paso a sus enemigos volteando con las dos manos su mandoble.

Con dedos trémulos, Raquel se agacha, saca yesca y pedernal, y rocía de chispas la mecha de una granada. Vuela esta sobre la cabeza de Denis y erupciona en el aire, regando las violentas siluetas con velos de llama. Denis busca refugio mientras Raquel lanza otra bomba. El estallido viste a los hombres de fuego y la mujer permanece momentáneamente transfija, viendo a los combatientes soltar sus armas y precipitarse ardiendo a través de los árboles, formas humanas de

aullidos fulgurantes.

Erec agarra a Raquel y se la lleva. Cuando alcanzan los caballos, Gianni y los galeses están cargando las pesadas alforjas en los animales. Denis está doblado y, al enderezarse, sus manos surgen del pecho negras de sangre. Raquel se traga un grito y hace ademán de correr hacia él, pero Erec la detiene.

«¿Tienes más de tu fuego infernal?». Señala a las sombras que avanzan a través del resplandor que llena el espacio entre los árboles.

Como hechizada, Raquel saca la última de las ampollas. Erec la coge, prende la mecha tal como le ha visto hacer y arroja la granada en medio de la tribu atacante. Con una palpitación de trueno y una explosión de brillo desgarrador, un holocausto rojo castiga a los hombres de Dic Cuchillolargo, que se dispersan chillando de angustia y espanto.

Gianni ayuda a Denis a montar su bridón árabe y ambos cabalgan juntos, usando el corcel de Denis como animal de carga. Erec ordena a sus dos hombres que los guíen lejos de allí mientras él marcha próximo a Raquel. Una vez cruzada la corriente y conquistada la escarpada ladera de la orilla, se detienen y miran atrás para ver las últimas serpientes de fuego retorciéndose y desvaneciéndose en verdadera oscuridad.

Las últimas estrellas aletean en los cielos cuando se hace visible el Castillo Valaise, la pétrea fortaleza, sombría en el dogal del río. Denis está inconsciente, pero Gianni continúa asegurándole a Raquel que está vivo aún.

«Cuando los hombres del rey se vayan», promete Erec, «volveré a por ti». Coloca la mitad de las alforjas sobre su caballo. «Fuiste brava, Sierva de los Pájaros. Serás una mujer digna de este jefe».

El guerrero galés le ofrece su mano. Ella la toma, y la siente resuelta como acero.

«Dios está riéndose», desvaría Denis.

Raquel lo ha hecho acostar en su propia cama y el físico del castillo ha tratado la herida de su pecho con verdolaga y perejil. «Ha perdido mucha sangre», anuncia el médico. «Está delirando. Los ángeles y los diablos luchan por lo que queda de él».

Mientras el físico se retira a su apoteca para preparar un vigorizante sanguíneo a base de bilis de sapo y polvo de oro, Raquel, Gianni, Ummu y Harold atienden al herido.

«Dios se está riendo de vosotros», ronquea Denis. «Miraos, ahí de pie, contemplándome como si fuese a morirme». Y pone los ojos en blanco.

Gianni y Ummu, que han atendido a menudo moribundos, cruzan una oscura mirada.

«Dios tiene todas las respuestas», susurra Denis, titilándole los ojos. «Él busca preguntas. ¡Pide más preguntas! Dios exige preguntas». Ríe entonces, se agarrota un instante, y se desmorona.

Thomas entra en los aposentos de Raquel y Harold le hace señal de que guarde silencio.

«Denis está durmiendo. Ha sido herido».

Thomas, que ha hablado con el físico, lo sabe ya. Ha mirado en las alforjas apiladas en el salón frontal del *palais* y ha visto las monedas de plata. «¿De dónde viene ese dinero?», le pregunta a Raquel cuando esta se aparta del lecho.

«De la tribu de un hombre llamado Dic Cuchillolargo».

«¿El bandido?». Thomas contempla el rostro tiznado, desesperado de la mujer con ancha sorpresa. «Estás loca arriesgando tanto por dinero. Ahí tienes a Denis moribundo en tu cama».

Raquel le toma la mano implorante. «Reza por él, Thomas». Su rostro, exhausto de tristeza, es premioso. «No debe morir por esto. Y reza por mí, porque sin duda me volveré loca».

La hoja de Erec hundida en la garganta del centinela, los gritos cortantes de los hombres ardiendo, la visión espectral de los cuerpos consumidos por las llamas, han empezado ya a fermentar en ella, y teme los terrores que puedan llegar con los sueños.

«Grandmère... el Grial...». Thomas no puede evitar mostrar su decepción. «Tú has bebido del Sagrado Cáliz. Dios te ha privilegiado sobre cualquier otro. Y ahora robas, arriesgas tu vida y pones en peligro a tus caballeros por... dinero. ¿Por qué?».

Raquel parpadea. El reproche de este rostro, desamparado como el de cualquier ángel, abrasa.

«He sido devuelta... a mi dominio para gobernar», responde débilmente. «Reza por mí, Thomas».

«Rezaré por Denis», dice él con lentitud, «pero dejo tu cuidado en manos de Dios. Tú no necesitas mis plegarias». Suelta la mano de Raquel, se da la vuelta y se aleja.

Ummu llama aparte a Raquel. La conduce a través del pasillo hasta una galería donde nadie los oirá. Abajo, ve a Thomas cruzando el patio a grandes zancadas, retornando a la torre maestra, y furia invade su pena: *No lo entiende. El castillo está salvado. Su madre y sus hermanas no perderán el hogar.*

«La multa del rey está pagada», le dice el enano. Ta-Toh trepa desde su hombro al alféizar de la ventana y lame el cristal. «Estáis debidamente instalada como baronesa de este pequeño reino. ¿Por qué seguir todavía con esta farsa?».

Raquel continúa mirando a través de la ventana. *Es una de sus bravatas*, piensa, demasiado rota emocionalmente de la larga noche para preocuparse aún. *No puede saber la verdad.* «Verdad o mentira, el vacío del mundo ha de ser colmado».

Ummu retrocede, sorprendido por la profundidad de la réplica de la mujer. «No estoy diciendo que debáis proclamar vuestra verdadera identidad a los cuatro vientos, milady. Tal cosa os destruiría, sin duda. Pero esos que os son queridos deben conocerla. Debéis desengañar a Thomas y a Gianni. Esas son almas de cristal, almas frágiles que se encienden sólo con la luz que se refleja en ellas. A ellos, no les mintáis».

Raquel dirige al pequeño hombre una mirada vacua y se abraza a sí misma. «Nunca te he oído

tan serio. ¿Dónde está tu ingenio hoy, Ummu?».

«Yace sangrando con Denis, que podría muy bien ser Gianni, el hombre que porta mi alma. Si he de perder mi alma, mi querida señora, la abandonaré sólo por la verdad».

«Ahí está otra vez esa extraña palabra», dice ella, sintiéndose un instante tocada por el poder de la palabra, viéndose como una perdida, vagando por los caminos del país con su abuelo, envueltos en harapos los pies. El recuerdo la deja trémula y debe tocar el anillo del sello para rememorar todo lo que ha ocurrido desde entonces. «¿Qué es la verdad, Ummu?».

«No lo que fingís».

Raquel deja caer los brazos y mira por la ventana otra vez para ver los gorriones revolotear hasta la yedra del muro. «¿No finges tú mismo acaso?».

«Soy un enano. Ninguna farsa cambiaría esto».

Vuelve a observarlo, triste. «¿Quién quieres que sea?».

«Quien seáis realmente. Decidme quién. Basta de fingir, basta de mentiras».

«La verdad me ve como yo veo la verdad». Se sienta en el borde y Ta-Toh gatea a su regazo. «Después de todo lo que me ha ocurrido, no estoy segura de quién soy, de quién fui una vez».

Ummu frunce el ceño. «Pero no sois lo que sois. Eso, por lo menos, lo sé».

«¿Tan seguro estás, Ummu?», le pregunta afrontando directamente su oscura mirada.

«No creo en milagros. ¡Miradme! Si existiese un Dios de amor, ¿me habría dado esta forma?». Chasquea la lengua y el mono salta a sus brazos. «El único milagro es que en este mundo brutal todavía haya tanta gente que crea en milagros».

«Tiene la plata», anuncia Roger Billancourt a Guy, Thierry y Branden Neufmarché, cabalgando a su encuentro. Están de pie en la cresta de una colina, con las riendas de sus caballos en las manos. En la distancia, el Castillo Valaise alza sus torres como agujas.

«Los villanos conocen toda la historia». Roger desmonta mordiéndose el labio inferior.

«No ha habido ningún intento de guardar el secreto. Ailena asaltó el campamento de Dic Cuchillolargo con Erec el Bravo».

«¿Ella lo hizo?». Las comisuras de la larga boca de Branden se tuercen hacia abajo. «Es una valiente vieja muchacha, hay que reconocérselo».

«La incursión ha tenido su coste», añade Roger. «Denis está gravemente herido. A estas horas podría estar muerto».

El carilucio Branden alisa una arruga de su túnica. «Denis... ¿Hezetre? El arquero. Tu viejo camarada, ¿verdad? Recuerdo a tu madre diciendo a mi *père*, hace ahora algunos años, que tú y Denis estabais algo más que encariñados el uno con el otro... ¿Cómo va la parejita?».

Guy gira en redondo para aplastar a Branden de un golpe, pero Roger le agarra el brazo y lo contiene.

«¿Te ofende que te lo diga?». Branden se relame y arroja una mirada por encima del hombro a la docena de lanceros montados al pie del cerro. «Era sólo curiosidad. Quería decir... desde que perdiste tu raíz en Eire, ¿cómo lo hacéis?».

El rostro de Guy se contorsiona y logra decir a través de un rechinar de dientes, «¡Cállate!».

«Mala suerte en lo que a él respecta, al fin y al cabo», dice Branden contemporizador.

«Quizás te iría mejor volver a casa corriendo y ver si tu mamá ha encontrado de verdad el dinero para la multa del rey. Eso cambiaría algo nuestros planes, ¿no? No sería sabio por nuestra parte cercar a un legado del rey que paga sus impuestos sin más razón que tu codicia».

Guy contempla a Branden a través de ojos como hendijas; luego se da la vuelta, monta a caballo y parte al galope.

Roger contrae los labios y aquilata al hombre membrudo, sin apenas mentón, con su túnica de undoso azul y la diadema de oro reposando en su vaporoso cabello afresado. «Servíos contener vuestra lengua un tanto, sir Branden», le aconseja. «Guy puede estar bajo vuestra férula ahora; y necesitamos, es cierto, vuestra protección. Pero somos vuestra mejor arma contra el Castillo Valaise, lo ocupe quien lo ocupe».

Branden lo mira, penetrante, y dice con frialdad, «Considerad esto una parte del pago por el cerco al Castillo Neufmarché, que dejasteis por concluir. Y considerad esto también: ahora que la baronesa tiene su dinero, sois armas que yo podría no necesitar más».

Roger trepa a su caballo. «Puede que nos necesitéis más de lo que creéis. Ailena no reclutó de balde a Erec el Bravo. Se dice por ahí que está dispuesta a casarse con él. ¿Quiénes serán vuestros aliados entonces... cuando los bárbaros os hostiguen desde su propio castillo?».

Branden pasea su lengua lentamente por sus dientes mientras pondera lo que acaba de oír.

«Otorgaré confianza a vuestras viciosas especulaciones, Billancourt. Vos arrebatasteis a Ailena el castillo una vez ya, para Gilbert. Conseguíldo ahora para Guy. Usad mis hombres para quitarle la plata, si podéis. Y no olvidéis quién ha sido vuestro aliado durante estos malos tiempos». Se torna y hace seña a sus soldados de que sigan a Guy al Castillo Valaise.

Roger inclina la cabeza con gratitud. «Las tierras que os prometimos serán vuestras a perpetuidad».

«Y no más cercos, Roger, por favor».

Roger sonrío torvamente. «Nunca».

El caballero de barba gris parte y Branden lo observa sombrío. Si pudiera confiar a sus hombres la misión de asesinar a Lanfranc y a su maestro de armas, lo haría, piensa Branden. Pero aquellos admiran a estos depredadores rivales, estos soldados natos que gozan del olor del caballo y que reposan más a gusto en el suelo que en cualquier lecho. Sólo la lealtad a su padre ha mantenido a sus soldados fieles a Branden, aunque este no es ni una pálida sombra del guerrero gallardo que su *père* fue. Él preferiría recibir a los nobles y cortejar a sus hijas, en lugar de cazar y cabalgar y jugar a los horripilantes juegos de guerra que sus *serjants* encuentran tan absorbentes. Sus propias tropas lo aborrecerían por asesinar a Guy y a Roger fuera del campo de batalla, y podrían incluso desafiar sus órdenes de aniquilarlos y apartidarse con ellos. No, se dice Branden. *Mucho mejor hacer que estos diablos me sean deudores.*

Branden se vuelve hacia Thierry. «No has dicho casi nada desde que viniste, muchacho. Como antiguo enemigo, dime, ¿qué crees que ocurrirá entre tu encantador tío y su madre bendita?».

Thierry contempla a Guy y Roger cabalgar entre los árboles y dice con voz sombría, «Sólo la sangre responderá esta pregunta».

Denis parpadea y despierta. El rostro airado de Guy se inclina sobre él. «Dic Cuchillolargo trató de arrancarte el corazón... pero no había ninguno ahí, en tu pecho, ¿me equivoco?».

«Tú me lo quitaste hace tiempo», carraspea Denis, abrasada la garganta.

El negro alquitrán de los ojos de Guy centellea. «Aquí hay algo de agua, bebe». Sostiene la cabeza de su amigo y le acerca una taza llena a los labios. «Despacio, chico».

Denis se desploma, el agua le corre por el mentón hasta los vendajes del pecho empapados en sangre. «Estoy sediento».

«Entonces vivirás». Guy percibe la flacidez de los músculos de Denis, su absoluto agotamiento, y teme por él. «Más miserable te sientes cuanto más se aferra a esta vida tu carne».

«Soy miserable».

«Bien». Proyecta su quijada hacia delante. «Si mueres, asesinaré a la perra que te ha hecho esto».

Denis cierra exhausto los ojos. «No le hagas daño, Guy. Es una brava mujer».

«¡Estupideces!».

«Lo es. Se arriesgó tanto como cualquier otro y nos sacó de allí. Nos sacó de allí».

«Calla ahora». Con un paño suave enjuga el sudor de la frente del herido.

Denis se fuerza a abrir los ojos y busca el rostro de Guy. Sólo él ha visto alguna vez la ternura de Guy, y su mirada se ensancha con la esperanza de que el amor de su viejo amigo sirva para salvar a la Dama del Grial. «Prométeme que no le harás ningún mal».

«¿Me creerías?».

«Tu madre ha cambiado. No es la víbora que fue».

«Calla ahora y descansa».

«Promete».

«Palabra. Ahora duerme. Nos veremos cuando despiertes».

Los párpados de Denis se cierran, sus labios se mueven, audibles apenas, «Ailena tiene la plata. El veinte de Julio...».

«Santa Margarita», dice Guy. «Ya lo sé. Pagaré a los hombres del rey. Hiciste bien en ayudarla. Ahora reposa».

«Tus deudas están pagadas», susurra Denis. «Déjala en paz».

La gente de la aldea permanece muda en la calle, contemplando a los soldados bajo el estandarte de la cabeza del cuervo de Neufmarché volcar tendederos, apuñalar techos de paja, hurgar en los silos del grano.

«El dinero tiene que estar aquí», brama Guy enfurecido pateando un barril de agua de lluvia. «Nuestro hombre vio como lo portaban al Alto de Merlín y sabemos que allí no lo tienen».

«Todo lo que sabemos es que no tenemos ni idea de dónde buscar», marmotea Roger y se yergue en la silla. «Mira. La gata está cruzando el puente con William a la cabeza».

«¡Daos prisa, hombres!», grita Guy. «Buscad en cada montón de leña, cada cubo, cada pajar. El dinero está aquí, lo sé».

«Es la puta del Diablo para esconder trescientas libras de plata donde hombres que huelen la plata no pueden hallarlas», reniega Roger.

Un hurra surge de los aldeanos cuando Raquel y sus hombres galopan hasta el pueblo. Sus *serjants* la rodean, desenvainadas las espadas, pero Raquel guía su caballo a través de estos para enfrentar a Guy. La sangre le ruge en los oídos tan fuerte que el mundo parece casi silencioso. En el torbellino de su sangre, puede oír los pensamientos de la baronesa: *Morir aquí, delante de todos, completaría mi leyenda y condenaría a mis enemigos.*

Guy lo sabe y retrocede ante su recta mirada. «Has vencido con engaño», sisea. «Pero ganar el poder y conservarlo son lides distintas».

«Tiniebla, tiniebla, tiniebla...», canta Raquel. «Tus manos buscan plata y se cierran sobre tiniebla».

«¡Es una bruja!», grita Guy a los aldeanos. «¡Una bruja te ha poseído!».

Los *serjants* de Raquel se precipitan hacia Guy.

«¡Alto!», ordena ella. «La suya es mi sangre aún». Lo destierra con un gesto imperioso de su cabeza. «Vete y no vuelvas, Guy Lanfranc. No eres digno de gobernar, sino sólo de ser temido».

Guy aparta la vista, pero Roger le sostiene la mirada y sus pardos ojos pitañosos cintilan de nuevo con reconocimiento. *La vieja baronesa vive. La astuta perra... ha conseguido vengarse sirviéndose de Dios. Pero entonces el Diablo no puede andar lejos. Y este nunca se ha dejado derrotar fácilmente. Será él quien encuentre su debilidad y nos la revele. Paciencia.* Cabecea su sometimiento y reúne a los hombres con un grito.

«William, ¿estás con nosotros?», le llama Guy.

William azuza su caballo para unirse a él. Guy se torna y parte al galope con sus privados.

Con Thierry y William lejos, Hellene trata de suavizar su pena dedicando más tiempo a Madelon, preparándola para su boda y para la vida matrimonial que la espera. «Quizás haya un lugar entre las gentes de Hubert Macey para tu hermano Hugues», dice Hellene con maternal esperanza. «Acaso el conde quiera a Thierry a su cargo también. Es un brillante caballero. El torneo nos lo demostró, ¿no lo crees?».

Madelon acepta lasamente las palabras de su madre. Se prueba el vestido nupcial una y otra vez para que Hellene pueda estar ocupada, haciendo ajustes que no son ya necesarios.

Escucha paciente las interminables reflexiones de su madre sobre las exquisitas cualidades de Hubert Macey: la bravura de su padre en la batalla de Drincourt, en Normandía, donde mató al conde de Boulogne; el linaje de su madre, que proviene de la Casa de Champagne; su vasto y opulento castillo, sostenido por tres villas prósperas de su comarca; sus florecientes establos, sus muchos perros... Pero hay poco que decir sobre él, porque, tal como Madelon lo recuerda de las

escasas veces que lo ha vislumbrado en ferias y festivales, apenas posee cualidades físicas que reseñar: es bajo, está picado de viruelas y tiene gritona la voz.

Cuando puede zafarse de las empalagosas atenciones de su madre y de sus ilimitados consejos respecto a cómo debe comportarse la mujer de un conde, se escabulle con Gianni. Con él puede ser frívola o seria, hablar de los viajes del caballero o de su propia afición a la *chanson*. Y está el juego perpetuo del embeleso, el tratar de hechizarlo para el amor; aunque, por ahora, se ha acostumbrado al hecho de que él se obstina demasiado en su renovada fe para dejarse seducir por la malicia erótica de Madelon.

A partir de su experiencia con el joven caballero que admitió en su cama durante el torneo, considera el retozar una actividad vigorosa y placentera, pero no tan gratificante como esperaba. La seducción fue mucho más emocionante que el acto sudoroso y atlético... aunque sospecha que la experiencia podría ser mucho más arrobadora con un hombre de la pericia de Gianni.

De mayor valor para ella que el romance, ahora que debe soportar la ansiosa cháchara materna sin la intervención de su padre o su gemelo, es la amistad de Gianni. Este la busca a menudo en el jardín, donde pueden sentarse muy juntos sin que nadie los vea y hablar íntimamente de las verdades importantes de la vida: la belleza de la música y la poesía, las expectativas divinas y su incesante debate entre la preeminencia del amor y la posición que otorga el matrimonio.

Incluso cuando están sentados juntos sin hablar, ella es feliz cerca de Gianni. *¿Es amor esto?*, se pregunta entrelazando con los del hombre dedos menudos y prestando oídos a un tipo de quietud diferente del silencio.

David está sentado ante un pequeño fuego en la concha de una sinagoga a medio construir. Por todas partes en torno a él se alzan ya los muros, en su mayoría sólo columnas de piedra con vastos espacios para ventanas gigantescas. Sobre él, un palio de estrellas reverbera como humo. Y donde se abrirá la gran puerta del templo, la garra del cometa araña la oscuridad, baja en el cielo.

Raquel cruza la estructura del umbral, tenue como un espectro en sus vestiduras de seda.

Su abuelo se levanta y acerca un banco de la obra a la pared para que se siente. «Vienes tan tarde a visitarme».

«No podía dormir pensando que estabas aquí fuera». Se sienta en el banco y él retorna a su lugar en el suelo frente al fuego menudo. «Estás demasiado débil para exponerte a este clima. Vuelve al castillo, abuelo».

David se encoge de hombros. «Esta es ahora mi morada. No me iré de aquí hasta que partamos para Tierra Santa».

«Abuelo, no hables así».

David saca su labio inferior y la mira desde debajo de una frente hirsuta.

«No me mires con esa tristeza», le suplica ella. «Sabes que te quiero».

«Si me quieres, querrás a tu propio pueblo y volverás conmigo a Jerusalén». Alza una mano maciza para contener su objeción. «Ya lo sé. Dices que soy demasiado viejo para hacer el trayecto. Pero mira dónde ha elegido vivir este anciano». Señala con un gesto las piedras del mortero y el

andamio. «Estas manos han cortado leña y cavado tumbas». Se oprime con los puños el pecho. «Soy más fuerte de lo que crees, Raquel. Más fuerte de lo que quieres saber».

«Mañana los hombres del rey vendrán a por su dinero. Les pagaré y nuestro sitio aquí será seguro».

«¿Seguro? El hijo de Ailena te arrancará el corazón, si puede. Y la gente de la aldea dice que el salvaje de los montes espera tomarte por esposa. No estás segura aquí».

Raquel deja volar su mirada a las alturas, al río de estrellas. «En Jerusalén, la gente sabe que estoy loca».

«¿Qué es lo que saben? ¿Que dijiste cuatro tonterías durante el sacrificio del cordero pascual? Conocen el horror que has vivido... que *hemos* vivido. ¿Te crees que somos los únicos? Mucha de nuestra gente entiende. Encontrarás a un buen hombre entre ellos y construiréis una vida juntos».

«Tengo una vida aquí por ahora, hasta la primavera por lo menos, en que tú estarás fuerte y los mares serenos».

«No tienes más que la muerte aquí». Escupe al fuego. «Te estás fabricando una muerte gloriosa».

Raquel aprieta las mandíbulas; se desploman sus hombros.

David se amedrenta al ver el dolor en el rostro de su nieta. «Has hecho todo lo que la baronesa exigió, Raquel. Estaría orgullosa y asombrada de lo bien que has satisfecho su sueño. Para esta gente, tú eres Ailena Valaise. A veces, hasta yo mismo lo pienso... y me aterra. Nada bueno puede salir de esto».

«Abuelo, yo siento a la baronesa dentro de mí».

«Ella no es quien tú eres».

«¡Pero es!». El rostro de Raquel parece infantil al resplandor del fuego. «Yo he bebido del Grial».

David se tensa, asustado de lo que estas palabras puedan querer decir.

«La baronesa nos dijo que el Grial es un vaso para contener el alma». Acopa sus manos y mira en silencio a su abuelo. Un largo momento pasa antes de que halle la fuerza para añadir: «Yo perdí con mi familia mi alma. Mi alma se derramó con su sangre. También la tuya, abuelo. Tú alma se derramó de ti también... pero yo me convertí en su vasija. Yo llevé tu alma por ti. Tú seguiste viviendo porque tenías que cuidarte de mí. Yo porté tu alma. Te di una razón para vivir».

David la contempla con hondo vértigo, y palabras musitadas surgen de él: «*Af hayin hayu b'otoe ha-nais*: la mujer no es puesta aparte, sino comparte».

«¡Porté tu alma, David Tibbon!», repite ella con fuerza. «Estaba vacía como cualquier copa, vacía de todo menos de tu alma... hasta que Ailena me dio una vasija, un nombre, una identidad, un papel que representar. Y lentamente, mi alma empezó a llenar esa copa. Tú tuviste que hacerme camino. Tuviste que dejar que me convirtiese en Ailena. Y lo hiciste, porque es lo que quiere Dios. Me dio esta vasija para recibir mi alma. Sólo pide que beba de ella».

David se sacude de encima el sortilegio. «Hablas sin sentido. Dios nos ordena alabarlos siendo quienes somos, siendo quienes Él nos hizo. Tú eres una judía, no una baronesa».

«Dios ha hecho de mí una baronesa, abuelo». Las facciones de Raquel brillan de convicción.

«¿No eres capaz de verlo? Yo no he buscado esta situación. Pero ahora que la copa está en mis manos, debo beber de ella».

«Pero ¿por qué, Raquel? ¿Por qué has de beber de esta copa? Vente conmigo. Tú tienes tu propia vida».

«¿Mi propia vida?». Le tiembla la voz. «¿Qué vida es esa, abuelo? Soy la hija de un hombre que asesinó a su mujer y a sus hijos... ¡por Dios! ¿Y quién es Dios para querer eso? ¿Por qué respondió a la devoción que siempre Le profesamos, a Él y a Sus leyes, con una masacre? ¿Pecamos, acaso? ¿Fuimos infieles? Tú sabes en tu corazón que no lo fuimos. Entonces, ¿por qué no son tus plegarias escuchadas? ¿Por qué permitió Dios que los gentiles asesinasen a tus hijos y a sus hijos? ¿Por qué nos ha permitido Dios a ti y a mí vivir, y les hizo morir a ellos? ¿Qué es esta vida que Dios me ha dejado? ¿Voy a seguir ahora y ser una buena judía como si no hubiese sido testigo de la perdición de toda mi familia?».

«¡Basta!». David oculta su rostro. Las palabras de Raquel son el eco del dolor que ha estado resonando en él durante once años, acosándolo con preguntas que ni él ni los rabinos más sabios de Jerusalén podían contestar. La honda tristeza que él ha mantenido en silencio por su nieta se alza ahora para reclamarlo.

Raquel se quiebra, se arrodilla junto al anciano. Con un brazo rodeándole la espalda, siente ella los sollozos crepitar en el pecho cavernoso del hombre. Nunca ha visto en él lágrimas.

«Abuelo...».

Él sacude la cabeza.

«Abuelo... Yo te quiero. Yo habría muerto mucho tiempo atrás, en un bosque oscuro, en un zarzal cubierto de nieve, si no hubiera sido por ti. Tú eres para mí el acto salvador de Dios. Por favor, perdóname por no tener fe en Raquel Tibbon. Esta vida como baronesa... esta es la única vida que puedo reconocer como propia, mi única esperanza. La codicio. Pero por ti, porque te quiero, abuelo, me desprenderé de ella. Mañana, cuando los hombres del rey hayan sido pagados, nos marcharemos. Y yo trataré otra vez de hallar fe en mí misma y en nuestro Dios».

David oye su voz como en un viento zamarreante. Oye el sabor a sal del dolor que acompaña sus palabras y una revelación se abre en él con amarga claridad. Quiere dejar este país extraño; sería feliz muriendo en el camino, sabiendo que su Raquel ha encontrado el camino a casa, no sólo a Jerusalén y a su propio pueblo, sino a su Dios. Pero ve ahora que esa esperanza es una vana ambición. Si ella debe encontrar su alma, David debe ayudarla a buscarla aquí, donde Dios, en todo Su desvergonzado misterio, los ha situado.

«Abuelo, perdóname, he hablado sin pensar».

David agita la cabeza. «No, nieta». Se sienta más derecho y se limpia las lágrimas de sus oscuras mejillas. «Soy yo el que te pide perdón. “¿Puede el hombre esconderse en las grietas y Yo, Dios, no verlo?”». Frunce el ceño, arrepentido, ante su propia arrogancia. «Quería esconderte de las atrocidades. Quería ocultarte entre el pueblo, en santidad, lejos de la abominación y las honduras del dolor, en una casa pequeña de una pequeña comunidad en un pequeño rincón del mundo. Pero no es eso lo que ha de ser. Dios envió la baronesa a encontrarnos. Esta es Su merced. Tú la reconoces... pero yo he ambicionado más. Ahora veo que no soy digno de más».

«No digas eso».

«Es verdad, Raquel. Durante toda mi vida, tuve de todo: sirvientes, estudios, familia. Confié plenamente en Dios. Más. Sustenté toda mi vida en Dios. Pero ahora veo que debemos resistir solos. Esta es la maldición de Adán. Solos en medio de las glorias y atrocidades... tal como tú lo estás haciendo. Tú me lo has enseñado. Y finalmente, veo. Sí, es verdad. No podemos apoyarnos en Dios, porque Él se apoya en nada».

Hellene está sentada junto a su ventana, la pena bullendo en ella. ¿Dónde han ido sus hombres? Thierry a San David... pero debería volver pronto ya. Y ¿volverá ahora que William, su tenaz y reticente William, está desterrado Dios sabe dónde? ¿Qué será de los esponsales y de la boda de Madelon? ¿Romperá el compromiso la familia de Hubert Macey ahora que el padre de la novia es un exiliado? ¿Y qué será de Hugues? Este es su duodécimo verano; está próximo a hacerse un hombre y necesita de un padre. Necesitará asimismo un padrino, si ha de ser armado caballero... pero tío Guy, que lo habría apadrinado, está desterrado también. Y ello complace a Leora y a madre y a la abuela, pero Hellene y su familia han de pagar por esa felicidad... los Morcar han de pagar.

Afuera, estallan las trompetas, hurras resuenan, chasquean al viento las banderas. Los hombres del rey han llegado. La baronesa ha logrado otra victoria. Los sonidos de la dicha le llegan a Hellene como desde una enorme distancia, y arriban tenues como luz de estrella.

Los hombres del rey desfilan por la puerta exterior bajo la bandera del león rampante.

Forrados de polvo, cargados de hombros tras semanas de viaje por los caminos reales recaudando impuestos, los treinta hombres que desmontan en la plaza agradecen que los escuderos se precipiten a desarrendar sus caballos, y que los sagaces gremiales estén de pronto a sus costados ofreciéndoles jarras de vino refrescado en el río y fragantes hogazas de pan recién horneado.

Entre los recaudadores de impuestos vestidos con sus rojas vestimentas, está el marqués de Talgarth acompañado por tres caballeros de negras armaduras. Aparta a escuderos y vinateros, y otea la turba jubilosa en busca de la baronesa. La descubre con la cohorte real, una cabeza más alta que el capitán de los hombres del rey, recta su nariz, pálida la tez y sonriendo como una arcaica talla en piedra.

Cuando el marqués se acerca, la baronesa se lleva al capitán, que tiene una copa de vino en una mano y una hogaza de pan en la otra. Los vendedores julepean, saltan y juegan los juglares, entonan su juerga los músicos, pero nada de esto puede substituir la plata, y el marqués sospecha que la joven baronesa se ha llevado aparte al capitán para susurrarle la proposición de un compromiso al oído. Esta es la razón de que se haya presentado aquí, para estar seguro de que no se realizan tratos secretos.

«He venido a recaudar a mi novia», anuncia el marqués jubiloso, ofreciendo su mano

enguantada a la baronesa.

Raquel toma su mano y lo saluda con cortesía. «Me siento honrada de que lo hayáis recordado. No soy digna de vuestras atenciones».

«No os hagáis la tímida conmigo, Ailena. Bien sabéis que me inflamáis. No os preocupe recoger vuestras cosas. Venid conmigo de inmediato. Mis caballeros se encargarán de que vuestras pertenencias sean llevadas a Talgarth».

Raquel baja la mirada. «No iré con vos, milord».

«Acordasteis...».

«Acordé casarme con vos», dice retirando su mano, «si no podía pagar la deuda al rey».

Hace una seña y un idiota babeante que arrastra una carretilla llena de piedras de desecho a través de la alegre multitud se detiene ante ella.

El capitán coge un puñado de piedras, sin entender.

El marqués tuerce el gesto. «Sólo plata puede satisfacer nuestro acuerdo, Ailena».

«Sólo plata», acepta ella y hace un gesto a Aber.

El idiota les mira, malicioso, y ladea la carretilla. El marqués retrocede ante el polvoriento alud, la mano alzada para abofetear al estúpido bufón, pero lo hiela el bufo estridor de las monedas.

Desde debajo de los escombros se derrama un chorro de plata y su música luminosa enmudece a la alborotada multitud. Rostros se tornan y quijadas cuelgan boquiabiertas al mirar el tesoro vertido.

«Llamad a vuestros ensayadores, Capitán», clama en voz alta la baronesa. «¡El Castillo Valaise os rinde todo el pago de su deuda con el rey!».

El marqués crucifica a Raquel con una mirada de airada perplejidad. Y aunque la mujer inclina ante él la cabeza, el anciano puede ver su sonrisa satisfecha y victoriosa. Con un bufido de agravio, el marqués se aleja a grandes zancadas y llama a uno de sus caballeros. «Encuentra a Guy Lanfranc», ordena. «Dile que el marqués de Talgarth renuncia a cualquier pretensión sobre Ailena Valaise. Puede hacer con ella lo que quiera».

Una ruidosa celebración de instrumentos de metal, tambores, tamborines y silbidos brota de la plaza y alcanza el recinto interior cuando los hombres del rey participan de la alegría del castillo. El delirio persiste por la noche, incluso bajo la estrella empenachada de la perdición. La baronesa con el capitán del rey y Clare y Gerald brindan desde la terraza del *palais* con la villa en fiestas. Denis está con ellos también, capaz de permanecer de pie el rato suficiente para saludar a la bandera del rey.

Thomas vaga a través del festival, contemplando todas las caras rientes, ebrias, de ojos chispeantes, y viendo sólo máscaras, visajes cómicos, variantes apayasadas de hombres y mujeres rebotando unos en otros como en absurdas carambolas, bailando en el patio del recinto interior y derrumbándose despreocupadamente en cualquier callejón. *¿Por qué están tan felices?*

Taciturno, Thomas se aleja de los celebrantes y vagabundea hasta la oscuridad tras el *palais*.

La brisa nocturna disipa aquí el olor del vino y de las carnes asadas, y él inspira los olores del jardín. Sabe que, si las multas no hubieran sido pagadas y los hombres del rey hubiesen instalado aquí un nuevo barón, la plaza estaría tan alborotada como ahora, sumida en ebrios festejos.

No sabe qué le perturba hasta que nota una desconsolada y solitaria forma espectral sentada en el escalón de una puerta lateral del *palais*. La figura entunicada, trémula a la luz de la luna, es su hermana Hellene. Al verla, comprende cómo todo puede estar bien en el mundo excepto el propio corazón. Camina hasta ella y se sienta a su lado.

«La estrella de tío Guy ha caído», dice Hellene, alzando la vista hacia la tea del cometa.

«Y, cayendo, arrastra a mi William y a nuestro Thierry con él».

«La baronesa los hará volver... si ellos deponen su ambición».

Aun en la oscuridad, la sonrisa de Hellene es sarcástica y mordaz. «Esto no es la abadía, Thomas. El perdón carece de su magia fuera del claustro... carece de ella entre hombres de ambición».

Thomas acepta en silencio el aguijón de su reproche. Ambición es lo que siempre le ha faltado. Es conocido por ello mismo: ha rechazado ser armado caballero, pasó sus días de infancia en los campos salvajes y forestas en lugar de hacerlo en la liza, ha evitado la ordenación ocultándose en la biblioteca. *¿Qué es este vacío que tengo donde otros hombres tienen ambición?*

«William y tío Guy no volverán», dice Hellene y se pone en pie. «Debo decidir si los sigo o no».

Thomas se levanta también y camina a su lado. «La baronesa es una mujer sorprendente, Hellene. Aún puede encontrar un modo de reconciliarse con tío Guy».

«¿La baronesa...? ¿Por qué te empeñas en llamarla así, como si fuera una extraña?».

«Y lo es. No es la grandmère que recordamos».

«Esa es la objeción de nuestro tío, ¿no? ¿Por qué tiene que suplantarle esta extraña lo bastante joven como para ser su hija? No es natural». Cesa. Examina a su hermano en la oscuridad. «¿Crees tú su historia? ¿Crees que es de verdad grandmère rejuvenecida?».

«¿Importa lo que yo crea?».

Aparta la mirada, hacia el jardín, donde las luciérnagas reverberan. «La creación toda envejece cada invierno y rejuvenece en primavera otra vez. ¿Por qué no una mujer?».

El gemido de un mono fustiga la noche, y el chillido de un muchacho rechina desde el jardín. Hugues emerge gritando de la oscuridad con Ta-Toh encaramado a su nuca y las zarpas del mono tapándole los ojos.

Thomas agarra al chico y el simio desnuda sus colmillos con un penetrante siseo que hace cridar a Hellene. Ummu llega como una flecha desde el jardín llamando a su bestia.

Ta-Toh tira fiero del cabello de Hugues, después salta y corre hasta su dueño. «El muchacho sorprendió a mi Ta-Toh. Acechando de ese modo en las sombras».

«Siguiendo a Madelon, madre», se queja Hugues frotándose la cabeza. «El cura y ella están juntos ahí. Solos en la oscuridad».

Hellene abre la boca, da un paso decidido adelante y se detiene al verlos emerger. La sonrisa congraciadora en el rostro de Gianni, la mirada urgente que ninguno de los dos puede acabar de

ocultar, revelan demasiado. Hellene arranca a Madelon del lado de Gianni mientras esta protesta, «Madre, estábamos sólo hablando».

«No hacía sino aconsejar a vuestra hija sobre los deberes de su ya cercano matrimonio», añade Gianni, y Ummu, con su rostro vuelto de modo que sólo su amo puede verle la expresión, pone los ojos en blanco.

«Ese es un deber materno, canónigo», replica Hellene. «Y si algún consejo debe llegar de vuestra parte al fin y al cabo, ha de ser en la capilla o en ningún sitio».

«Pero el festival alrededor de la capilla es tan ruidoso...». La excusa de Gianni persigue a Hellene y Madelon mientras la madre se lleva a su díscola hija de vuelta al *palais*.

Thomas confronta a Gianni, mirándolo severamente. «¿Sois vos y Madelon amantes?».

Gianni se muestra espantado. «¡Nunca la he tocado!».

«No puedo creerlo, canónigo».

«Es verdad». Se retuerce las manos. «Todo nuestro tiempo juntos transcurre hablando».

«¿Hablando?».

«Sí. Ella es mi alma, Thomas. Estoy convencido... pero ella no me cree».

Thomas parpadea confundido. «¿Vuestra alma?».

«¿No lo entendéis? Estoy enamorado de Madelon. Quiero casarme con ella. Pero ella no me acepta».

La cabeza de Thomas hace un gesto brusco hacia atrás. «¡Sois un sacerdote!».

«Una palabra suya y dejaré de serlo».

«Eso difícilmente satisfará a los padres de Madelon. Además, va a casarse con Hubert Macey».

Gianni suspira con tristeza. «Insiste en eso, sí. Yo sólo soy su juego».

Ummu toma su mano, alentador. Ta-Toh coge la mano libre del enano, y los tres deambulan hacia el bullicioso festival, dejando a Thomas en las sombras, entre tenues luciérnagas.

Roger Billancourt y William Morcar están sentados bajo un aliso en la cima de un cerro, a la vista de los pabellones donde Branden Neufmarché los ha instalado. El castillo Neufmarché se asienta, macizo y achaparrado, en una arbolada y borrosa distancia, obvio su muro reconstruido por el lustre de las piedras nuevas. Cerca de allí, en el enguijarrado meandro de una corriente palpitante, vigilados por doce guardias a la sombra de un abetal, Branden, Guy y Thierry pasean arriba y abajo como bueyes.

«Mira lo decaído de los hombros de nuestro huésped», comenta Roger. «¿Te dice eso lo que está pensando?». No espera la respuesta. «“¿Qué he de hacer con estos cuatro caballeros?”. Nos ha tolerado hasta ahora sólo porque casi lo quebramos en primavera. Tenernos trabajando para él es una novedad que todavía le resulta seductora. Pero cansa. Mira el reluctante pender de su cabeza mientras nuestro Guy trata de doblegarlo a una breve guerra local con la gata».

«Se negará», predice William.

«“¿Cómo tengo que emplear estos cuatro peligrosos caballeros?”, se pregunta. “¿He de

enviarlos en pos de Dic Cuchillolargo para que me traigan dinero? ¿O es mejor que se los mande al rey para sus proezas en el continente?”. No está escuchando la estrategia de Guy. No quiere atacar a la Dama del Grial, la bienamada de los villanos. Toda la comarca le rinde adoración».

«Pero Branden no puede dejar de considerar la presencia de Erec el Bravo una amenaza», ofrece William. «Cuando la Imitadora se case con él, los bárbaros tendrán una fortaleza desde la que saquear todo Epynt».

Roger sorbe aire ruidoso a través de sus dientes. «Branden tiene que verlo para creerlo. De momento, sólo le preocupa qué hacer con nosotros». Lanza una mirada oblicua a su compañero.

«Si Thierry debe reconquistar su legítimo lugar en vez de caer enlodado o ensangrentado en Francia, en alguna de las hazañas del rey, debemos mantener a Branden apartado de esto».

William se muerde la esquina del bigote. «¿Qué propones?».

Roger dice, terminante: «La baronesa no debe vivir».

«Ha pagado los impuestos y las multas». William menea la cabeza. «Matarla ahora, abiertamente, sería un acto de traición contra el rey».

«Entonces no lo hagamos tan abiertamente».

Un siseo de miedo se filtra a través de los labios de William, que endereza la espalda mirando de frente al maestro de armas. «No he olvidado nuestro último intento de gratificarla con un accidente, Roger. Mi hijo fue puesto en gran peligro».

«No habrá accidentes esta vez». Roger inclina hacia atrás su cabeza cuadrada, la apoya en el tronco del árbol y se rasca, reflexivo, la iridiscente cicatriz de su sien. «Algo más probado y verdadero. Algo más poético, también. Nos serviremos de su amor por Jesús para mandarla a su Salvador. El beber del Grial hizo que viniera... ¿por qué no hacer que el Grial se la lleve otra vez?».

«No entiendo, Roger».

«Veneno, tarugo. Envenenaremos la copa de vino de la que es siempre la primera en beber durante la misa».

«La primera después del cura».

«Despachémoslo, pues, al cielo a él también. ¿No ha roto ya sus votos sacerdotales retozando con tu hija Madelon?».

La cabeza de William se zarandea como si hubiese sido abofeteado. «¡No!».

«¿Estás ciego, hombre? Madelon ha sido bien instruida en romancismos por las boberías de los trovadores de Gerald y del amor cortés de Clare. Gianni Rieti es justo el libertino dispuesto a aprovecharse de eso».

«¡Debe ser apartado del sacerdocio!». William se pone en pie, levantado por un acceso de rabia. «¡Lo castraré!».

«Para eso, tenemos que cazarlo abiertamente antes». Roger cierra un ojo y cabecea. «Y podemos... una vez que hayamos burlado a ese enano demoniaco que monta guardia para él. He instruido al joven Hugues en cómo vigilarlos y, al final, los descubrirá. Pero no hay por qué hacer pública la vergüenza de Madelon. Hay que pensar en su matrimonio con Hubert Macey. Deja que el cura siga siendo cura para que pueda bendecir nuestro grial, y beber de él antes de pasárselo a la

Imitadora». Sus dientes pardos se engranan en una sonrisa despiadada. «¿Estás conmigo en esto?».

Erec Rhiwlas emerge cabalgando del bosque a la plenitud del meridión. Delante está el Castillo Valaise, reflejadas sus soberbias agujas en los centelleantes meandros del Llan y sus piedras pardo-trueno tatuadas de jirones de yedra antigua. Esta es su fortaleza ahora, ganada con inteligencia y osadía... aunque su padre duda que llegue a ver siquiera el interior.

Cuando Erec vertió a los pies de su padre su parte del botín arrebatado a Dic Cuchillolargo y le contó su aventura con la Dama del Grial, Howel sólo meneó su barbuda cabeza y dijo: «Date por satisfecho con tu plata, hijo, porque a la mujer que vive una mentira no la turba decir mentiras».

Vestido con su túnica más fina de ante, acuchillada a ambos lados para mantenerse fresco en este día ardoroso de verano, Erec cabalga orgulloso hacia el puente de peaje. Con una moneda de plata al sorprendido guardián del puente, que nunca ha visto al hijo de un jefe o a ningún hombre vestido con pantalones de cuero rojo y capa de piel de marta, logra ser admitido al camino de peaje. La cabeza bien alta y cuadrados los hombros, cruza sobre el blanco estrépito del Llan y cabalga más allá del abigarrado jardín y las naves oscuras de los vergeles. Los boyeros se asoman de los establos para mirarlo y él los saluda al pasar por delante, deshaciéndose en cumplidos sobre la belleza de las rojas novillas. *Mis novillas*, se sonríe a sí mismo.

En el puente levadizo, Erec charla con los ballesteros de la muralla mientras el portero anuncia su presencia en el castillo. Se entera del vano intento de Guy de robar la plata de la baronesa, de la feliz recepción a los hombres del rey y de cómo renovaron estos la carta de privilegio del castillo, antes de partir tambaleándose de vino y ahítos de viandas.

Retorna el portero y abre la puerta. Un escudero saluda a Erec, toma las riendas de su corcel y lo conduce a través de la plaza. Los gremiales y sus aprendices asoman de sus talleres las cabezas, los villanos se incorporan boquiabiertos y los niños señalan al personudo y barbado galés que pasa a caballo. Susurros temerosos de «Erec el Bravo» revolotean entre las mujeres de la fontana. Erec sonríe y cabecea.

La puerta extrema se abre y Erec cabalga por primera vez sobre el segundo de los fosos, hasta el recinto interior de la fortaleza de los Invasores. Las estradas pavimentadas son más amplias de lo que pensara, lustrosas y anchas las losas, el *palais* está ornado de pináculos como una iglesia y, más allá, ve el jardín como un esplendor de eclosiones bajo la torre del homenaje.

Pero no hay tiempo para gozarse en esta vasta contemplación, pues la baronesa desciende las escaleras del *palais* para recibirlo.

Raquel tiene un aspecto trémulo y frágil en su brial verde pálido de mangas ondulantes, con su melena azabache derramada sobre los hombros y sometiendo al sol potente el destello de sus visos rojos. Bizquea al alzar la vista para mirarlo y lo saluda con cortesía; y cuando la sombra de Erec la cubre y sus ojos se relajan, resulta regia.

Erec desmonta, hace una reverencia, toma su mano de dedos largos y le sorprende lo calloso y curtido de su piel. Ella lee su expresión y tiene una sonrisa dulce como un pétalo de eglantina. «Estoy ayudando a los villanos a construir una sinagoga para el rabí. La obra ha endurecido mis

manos. ¿Viste el templo en tu camino hacia aquí?».

«¿Esas columnas de piedra en el Alto de Merlín?».

«Se ven rudimentarias ahora, pero quedó bastante dinero después de pagar al rey para contratar un cantero de Glastonbury. Estará aquí dentro de una semana. Hacia mediados de Agosto, el lugar empezará a parecer un templo. Pero puede que tenga que vender algunas joyas para pagar el cristal de las vidrieras».

«Cuando nos casemos, usaré mi dinero para pagar las ventanas».

«No», dice Raquel con firmeza. «No nos casaremos hasta que el templo esté terminado».

«Pero tú aceptaste...».

«Que si me ayudabas a conseguir el dinero para el rey, me casaría contigo», acaba Raquel.

«Pero no dije cuándo».

Erec se tensa. «No me tires de la barba, Sierva de los Pájaros».

Raquel alza el mentón. «No pienses tú en tratarme como una esclava. Cuando el templo esté completo, anunciaré nuestros esponsales. Antes no. Ningún hombre volverá a tiranizarme».

La fuerza de su inalterable mirar no puede ser doblegada con palabras, se da cuenta Erec, y exhala un suspiro de impaciencia y enojo. *Quizás el viejo jefe tiene razón y estoy siendo engañado por esta mujer de ojos como la noche.* Pero no da voz a ninguna otra objeción; en lugar de ello, siente una sonrisa ensancharse a través de él y a pesar de sí mismo. «Tú seguiste bien mis instrucciones durante nuestra incursión; yo seguiré las tuyas ahora hacia nuestro tálamo nupcial».

Harold Almquist está junto al portal interior, escuchando el gárrulo palique de los gorrones mientras buscan estos su lugar en la yedra de la cortina de muralla y el sol corona los montes occidentales. Está cansado. Hoy, al igual que cada último Jueves de mes desde hace diez años, ha hecho las funciones de chambelán, realizando las rondas de la aldea, la plaza y el erario de la torre maestra, mientras su piedra de tinta menguaba y la página de su libro de cuentas se oscurecía con todos los acopios del tiempo: terneros nacidos, vacas sacrificadas, campos sembrados, celemines cosechados, vestiduras confeccionadas, retales devueltos, dinero gastado y dinero recuperado.

Atisba a las crías correteando en el jardín, ansiosas por encontrar las primeras luciérnagas.

Joyce, la mayor de sus niñas, tiene nueve años; aún la apasiona el reverbero de las lucernas y está todavía a muchos veranos de distancia de los sueños de un beso demorado y de todo lo que este llega a revelar. Sin embargo, ese verano llegará, y Joyce eclosionará en una feminidad provocativa. Con el tiempo, lo mismo les ocurrirá a Gilberta, Blythe e incluso a la pequeña Effie.

Con inexplicable fidelidad, el tiempo hará de sus hijas mujeres hermosas y esposas, y madres, y vejestorios al fin. Se ve a sí mismo y a Leora añosos, contemplando a sus nietos en el jardín, viendo más allá de ellos aún a los hijos de estos, imágenes de niños repetidas en un laberinto de espejos, generaciones en servidumbre de amor.

Lo extraño del milagro de la baronesa ha golpeado a Harold con inexorable temor.

Conoció a Ailena por poco tiempo, menos de dos meses antes de que Guy la mandase a su peregrinación, pero recuerda su cuerpo doblado y consumido, su carne como pergamino remojado

en aceite y su lengua proterva. *El Grial ha obrado un verdadero milagro*, reconoce ante el cielo fundido y se santigua.

Como en la leyenda del Grial, en la que la tierra es sanada al mismo tiempo que el cuerpo del rey, la juventud de la baronesa parece haber rejuvenecido el dominio. En su década de administrador, las cuentas no habían sido nunca tan provechosas como ahora. Aun a pesar de los gastos del torneo, las multas e impuestos del rey y el salario del cantero para la sinagoga, habrá plenitud de recursos para pasar el invierno... más que sobrados, porque los villanos están trabajando duro y sus cosechas serán sin duda las más fértiles que hayan tenido nunca.

«Sir Harold», le llama el guardián del portal interior. «¿Reconoceréis vos a este caballero o he de dirigirme a nuestra señora?».

Harold aferra su libro de cuentas con mayor firmeza bajo el brazo y acompaña al guardián a los cerrados portales. Cuando se abre el ventanillo, ve una nariz brutal, halconada, pecosa, arañada por el sol y, engastados en macizas cavidades óseas, dos pequeños ojos de dragón.

«¡Thierry!», boquea Harold sorprendido.

«Harold, permíteme entrar. Vuelvo de mi penitencia en San David, y estoy absuelto».

Erec da vuelta a su corcel al llegar al extremo del prado antes del bosque. Contempla otra vez el Castillo Valaise mientras el sol encuentra las montañas y lanza radios de oro a través de toda la longitud del cielo. Sobre la brillante carcasa de la fortaleza, tirantes cirros fulguran carmesíes.

La tarde transcurrida con la Sierva de los Pájaros ha dejado su corazón como insolado, ampollado de nostalgia. Mareado de envidia, ha permitido que la hermosa mujer lo guiase de la mano a través de las cámaras catedralicias del *palais*, revelándole el gran salón sumido en la luz ópalo de ventanas largas y esbeltas como lanzas, las salas de juego con sus mesas afelpadas y sillas con brazos de terciopelo, estancias con chimeneas de mármol y espejos de cuerpo entero, cámaras de consejo vigiladas por cornamentadas cabezas de venado, incluso las cocinas con sus hornos enormes y sus brillantes calderos de cobre, y la armería de la torre maestra, repleta de desmontadas máquinas bélicas, con su catapulta grande como un roble y ruedas más altas que un hombre o una mula.

Hasta su dormitorio le ha mostrado la Sierva de los Pájaros, con el cofre de palo de rosa que trajera de Levante por mar. Allí estaba su lecho endoselado —su tálamo nupcial— con telas y cubrecamas bordados con escenas de caza. La pasión le ha escocido entonces al imaginar a esta doncella como un sauce tendida bajo él en lecho semejante, con la sombra sinuosa de su cabello esparcida alrededor. Y allí mismo la habría arrojado y poseído, si no hubiese sido por esa gema de imperio en la mirada de la mujer.

Después de conocer a su familia y comer con ellos, fue conducido a la plaza y presentado a todos los gremiales en sus talleres. Luego, ella lo invitó a permanecer allí por la noche... pero a eso él no podía acceder: se había prometido a sí mismo ya que sólo dormiría en esta fortaleza cuando fuera la suya.

Howel se reirá de él, Erec lo sabe. El viejo guerrero dirá que lo han enredado. *Y acaso sea*

verdad, piensa Erec triste, sintiendo la insolación en su pecho, el ardor que ha doblegado el hierro de su destino.

Thomas se arrodilla en plegaria ante la ventana de su alcoba en la torre maestra, con la luz del alba dando calor a sus ojos cerrados. Desde que maese Pornic lo envió de la abadía, desde que su abuela lo llevó por la campiña y lo besó en la boca, ha orado pidiendo guía. Mas ningún consejo ha descendido musitado del Espíritu Santo, ninguna insospechada sabiduría reverbera en medio de su oscura confusión.

Suena suave un golpe en la puerta. Cansado, se pone en pie, alisa las arrugas de su sotana blanca y abre la puerta. Raquel está en el penumbroso corredor, vestida con un brial de pálido color melocotón y una prenda blanca bien ceñida a la cintura por cordeles de oro.

«Grandmère...», balbucea. «No... no aquí; quiero decir, esta alcoba es demasiado ruda».

Marcha hacia la húmeda y fría escalera y mira abajo la curva de tenebrosos peldaños. «¿Y has subido hasta aquí?».

Raquel sonríe. «A pesar del convencimiento de tu tío Guy de que soy una bruja, no puedo volar».

«Ven...», la requiere Thomas cogiéndola del codo y sufriendo de inmediato una oleada de remordimiento al contacto de su suave tersura. «El tejado está sólo a dos tramos más».

La vista dorada y violeta de los montes bajo las nubes grandiosas es tan vasta que durante un rato no dicen nada, arrobados por la inmensidad del cielo y las montañas inmersas en él. El atalaya frente a la bandera saluda a la baronesa y fija luego en el margen de las nubes sus ojos.

«He venido a pedirte perdón», dice Raquel por fin. «Me he comportado contigo como una cría atolondrada».

«Eso fue hace días ya, grandmère. Lo he olvidado».

«No, no lo has olvidado», dice ella con una sonrisa maliciosa.

Él se muestra sorprendido un instante, echa hacia atrás la cabeza y acepta: «Tienes razón. Pero ¿por qué vienes a mí ahora?».

Los ojos grandes, preocupados de Raquel destellan. «Denis está recuperándose. Los hombres del rey tienen su dinero. Harold dice que la cosecha de los villanos va a ser la mejor de todos los tiempos. Y la sinagoga para el rabí va a tener un maestro cantero. Todo lo que me concierne está en orden por ahora, Thomas... excepto tú».

Él se lleva las manos al pecho. «Estoy bien, grandmère».

«¿De verdad? No me miras cuando comemos juntos en el gran salón. Cuando nos cruzamos por la aldea de camino a la misa que celebra Gianni, simulas no verme. Temo que estés disgustado conmigo. ¿Es porque robé a Dic Cuchillolargo?».

«Cometí un error al reprochártelo», dice Thomas. «Dios te hizo volver aquí para vivir como baronesa, no como santa. Lo había olvidado».

«Entonces, ¿estás disgustado porque te besé, porque te confesé mi atracción por ti?».

Mueve su mano como para apartar estas palabras y arroja: «Mis propios sentimientos son mi

desdicha. Ya sabes cuáles son».

«También yo te he hablado libremente de mis sentimientos. No debemos avergonzarnos. Son naturales en dos personas enamoradas».

«¡Grandmère!». Hace ademán de marcharse, pero Raquel le coge del brazo.

«¿No podemos amarnos uno a otro?», pregunta ella, claros los ojos. «Mira, tenemos una misma edad, tú y yo, Thomas. Somos hombre y mujer. Y Dios ha puesto deseo en nuestros corazones».

«Ese deseo nunca debe ir más allá de nuestros corazones».

«Nunca», declara ella estrechándole el brazo. «Pero tampoco debe marchitarse en nuestros corazones. ¿Por qué no puede ser franco nuestro afecto? No hemos hecho nada pecaminoso».

«Grandmère...». Respira hondo y dice en una sola exhalación, «estoy determinado a hacer mis votos. El milagro que te ha cambiado me ha cambiado a mí también. En Septiembre, el día de San Fandulfo, me daré a la Iglesia».

«Entonces, tú has encontrado tu Grial, Parsifal». Suelta su brazo y retrocede hasta apoyarse en el parapeto bajo el peso de una decisión. «En muchos sentidos yo todavía lo estoy buscando. En primavera, retornaré a Jerusalén».

Asombro y alivio se juegan el rostro de Thomas. «Guy estará complacido cuando lo sepa».

«Quizás no. Pensaba en nombrarte a ti mi heredero».

«¿A mí?», tartamudea. «No soy... no soy siquiera caballero».

«No se necesita ser caballero para gobernar».

«No pero... yo seré sacerdote».

«El Preste Juan, que gobierna el reino más grandioso de Oriente, es un sacerdote. Si gobiernas en mi lugar como sacerdote, los enemigos que quieran derrocarte deberán desafiar a la Iglesia también».

Sacude la cabeza, doliente. «No, grandmère, no me hagas esto. El Señor dijo que no podemos servir a dos amos. La Iglesia es amo bastante para mí».

«Como quieras, Thomas. Pero que no haya más distancia entre tú y yo. Deja que nos amemos».

Las palabras de la mujer lo atemorizan y se lleva una mano a la cabeza para atenuar el vértigo. «Te amaré como nieto. No siento nada más».

«Bien. Entonces no tenemos nada que esconder». Con una mano de abuela en la mejilla del muchacho, Raquel sonríe complaciente. A la luz bronceada del sol, sus ojos muestran tres veces el color del cielo; despiertan en ella un críptico anhelo, no por amor ni pasión ni posesión sino, extrañamente, por la presencia familiar de David con su doliente mirar, sus manos nudosas y su farpada barba gris. Gris como la ceniza de la que, ella sabe, estamos hechos. «Voy a bajar ya, Thomas. Vuelve a tus meditaciones y más tarde, si quieres, ven a ayudarnos a la sinagoga».

Mientras desciende la apenumbada escalera, Raquel se siente complacida consigo misma por hacer las paces con Thomas. Ahora espera que los amorosos lamentos que brotan en ella cada vez que lo ve sean menos obsesivos... pues la primavera parece muy, muy lejos.

Con un rostro tan famélico como el granito, maese Pornic contempla el templo en el Alto de Merlín. Durante largo rato, nadie lo ve sentado en su palafrén, bajo el chal de las sombras del linde del bosque, y tiene tiempo para observar los ardorosos esfuerzos del pueblo. Hombres y mujeres, niños incluso, van y vienen de sus labores en los campos para desbastar las piedras o trabajar los bancos apilados en la tienda cercana de un carpintero. La baronesa se afana en medio de ellos, atado su largo cabello negro como el de una vulgar mujer.

De pronto, uno de los hombres sobre el andamio desde donde se están colocando las vigas atisba al abad y anuncia su presencia.

Maese Pornic guía su caballo por el gastado camino hasta la cima del cerro, bendiciendo generoso a cada villano que encuentra en el camino y se arrodilla a su paso. Arriba, la baronesa y el canónigo lo saludan corteses, y el rabino le hace un gesto con la cabeza desde la silla de alto espaldar que ocupa, arrebuñado en su chal de oración. Gianni ofrece una mano para ayudar al abad a desmontar, pero este se niega a bajar del caballo.

«He venido de la abadía porque siguen llegándome informes de que se está construyendo aquí un templo pagano».

«Un templo construimos que el mismo Jesús reconocería», repone Raquel.

«Jesús ordenó a Pedro que le construyese la Iglesia», sentencia maese Pornic, «no sinagogas».

«Adoraremos a Dios aquí, padre», ofrece Gianni, «tal como nuestro Señor adoró cuando él...».

«No digáis más», interrumpe maese Pornic tajante. «He oído todo esto ya. Sé que no ha de haber santos aquí, ni crucifijos que rindan testimonio del inconsolable sufrimiento de nuestro Salvador, ni siquiera altar. ¡Ningún altar en el que conmemorar el sacrificio que redime nuestras almas del pecado de Adán!». Sacude la cabeza. «Esto no es una iglesia. Es un edificio vacío».

«Estará vacío, cierto», coincide Raquel. «Contendrá bancos solamente, y un armario y un atril en los que guardar y desplegar la Torá. Estará vacío de todo excepto del Señor y del pueblo que Él ha creado».

«Esto es sacrilegio».

«No, desde luego, padre», contradice Gianni. «Esto es la casa de Dios».

«¡Esto es un portal al infierno para todos los que abandonan la Iglesia verdadera!». Maese Pornic realiza su declaración lo bastante fuerte para que todos la oigan. Señala a los villanos con mazos y cinceles en las manos. «Este es el lugar de un templo pagano... y sobre él estáis erigiendo aun otro templo pagano. ¡Todos los que trabajan aquí están construyendo para sus almas una morada segura en el fuego del infierno!».

Los villanos dejan caer sus utensilios y empiezan a marchar hacia el sendero.

«Venid conmigo, hijos míos», les llama maese Pornic. «Apartaos de este lugar de perdición y ahorraos el sufrimiento eterno».

Los villanos se santiguan y se apresuran a alejarse de allí.

«Ailena... si sois realmente Ailena... recordad vuestra fe». Maese Pornic abre una ampolla forrada de cuero e hisopa con agua bendita a la baronesa y los hombres que están a su lado.

«¿Abandonaréis esta empresa pagana?».

«¡No lo haré!». El corazón de Raquel bate con rabia. «Ni tampoco vos podéis condenarla, a menos que condenéis a vuestro propio Salvador, que adoró como yo adoro».

Maese Pornic arroja una mirada misericordiosa sobre los impíos, da vuelta a su montura, y cabalga lastimero tras su rebaño.

Ondulantes cortinas de lluvia llegan barriendo desde los montes, fresando la tierra cavada por los cascos de caballo hasta hacer de ella limo resbaladizo, y tamborileando en el pabellón donde Guy Lanfranc y Roger Billancourt están sentados. Juegan a las damas. Han estado haciéndolo desde que la intensa lluvia los despertó al alba, hace de eso horas ya.

Guy gruñe, se aparta del tablero y se acerca a la marquesa del pabellón. El territorio parece mazado y lustroso como metal, y el Castillo Neufmarché es un escarpado peñasco en la distancia. «Branden se relame habiéndonos arredilado aquí, como ganado bajo la lluvia, mientras él goza de todas las comodidades allá arriba».

«No es más que una situación temporal». Roger se inclina hacia atrás y contempla sus sillas de montar, sus alforjas, todo lo que queda de sus posesiones terrenales. Considera mojarse para visitar a los dos jacos que Branden les ha prestado. Están atados detrás de la tienda y deberían ser trasladados a un lugar que les proporcionase mejor forraje.

«Temporal, sin duda», refunfuña Guy. «Si no le convencemos de la amenaza que supone Erec, no marchará contra la Imitadora. Seguirá sentado cómodamente mientras le quitan el ganado. Y llegado el otoño, nosotros seremos vagabundos».

«Tu padre y yo vagamos por los caminos del rey sin más pertenencias de las que tenemos ahora», declara Roger orgulloso. «Pensándolo retrospectivamente, esos fueron nuestros mejores años... de Gilbert y míos».

«Erais muchachos. ¿Querrías envejecer viviendo en tiendas?».

«No te apures. Tu fortaleza será pronto tu hogar otra vez».

Guy torna su cabeza con lenta precisión reptil. «¿Crees que el veneno...?».

«La raíz de beleño es letal. Funcionará».

«¿Dónde la conseguiste?».

«De una bruja de las montañas, Mavis la Ojipuerca. Confía, Guy, esta vez le pagaremos como se merece, fraude por fraude. Y la belleza del asunto consiste en que nadie podrá echarnos la culpa. Thierry advierte de que cuando se termine el templo judío, se dirá una misa para todo el pueblo. Estaremos allí cuando beba de la copa. Con William y Thierry, condenaremos la traición. Acusaremos a los fanáticos religiosos, que buscaban vengarse de los asesinos de Cristo».

Guy no le escucha. Piensa, *Así que hemos llegado a esto. Envenenarla como si fuese un gusano. ¿Y no lo es?* Relámpagos se acolmillan sobre las montañas y él recuerda cómo lo infectó su madre de rabia cuando era un chaval. Desde el mismo día en que su padre murió, lo atosigó con historias de las crueldades de Gilbert: cómo no había querido a nadie, ni siquiera a sus propios hijos, cómo la había golpeado en el vientre cuando estaba embarazada, así... Su estómago se

encoge con el recuerdo de los golpes de su madre y presiona sus tripas con un dedo. Con detalle cruel, la baronesa había descrito la escurridiza gelatina roja de ojos despalpebrados y dedos membranosos que caía de ella después de aquellas palizas. «Tú podrías haber sido uno de esos», le apuñaló. «Gilbert nunca te quiso».

Roger deja su silla, se acerca a Guy por la espalda, lo observa mirar la lluvia densa y le da una palmada en el hombro. *Demasiado rumiar*, piensa el maestro de guerra. *No tiene filo para cortar estos humores. No tiene filo en absoluto.* Marcha a la lluvia a atender los caballos y el agua rebota en su cabeza, pulverizada como un halo de mosquitos.

Gianni Rieti bendice a los últimos parroquianos cuando abandonan la capilla después de vísperas y se cubren con los capuces para protegerse de la lluvia tamborileante. Aunque maese Pornic lo ha suplantado en la aldea al volver a hacerse cargo de los servicios él mismo, Gianni está contento de que las familias de los gremiales y los caballeros continúen atendiendo su misa en la capilla cada día antes de cenar. Muchos le han dicho que la ceremonia se ha llenado de sentido al ser celebrada en la misma lengua que habló Jesús y con los mismos ritos de los que Él se sirvió para adorar a Dios. Incluso el adusto Thierry acude cada tarde, toma la hostia y bebe del vino santificado.

Al volver a la capilla, Gianni percibe que alguien permanece allí, arrodillado entre los bancos. ¿Y dónde está Ummu, que siempre le ayuda a recoger el altar? Se acerca, luego se detiene... pues reconoce los élficos bucles dorados, visibles a través del velo diáfano de la doncella vestida de azur.

«Madelon...», intenta musitar, pero el hálito de su sorpresa y su adoración colman la capilla vacía. No ha estado a solas con ella desde hace muchos días, desde que Hugues los halló aquella noche en el jardín, durante el festival de los hombres del rey.

Ella se pone en pie y se vuelve, revelando tristes labios y ojos hialinos de lágrimas. «No puedo quedarme. Madre vendrá a buscarme en un momento. Pero debo decírtelo. Debo decírselo a alguien». Se muerde un nudillo y en su rostro del brillo del polen aparece un arrebol febril.

«Gianni... llevo un niño».

Durante los días de lluvia poca labor puede hacerse en el templo. Los caballeros continúan tallando roca, instruidos por David y el maestro cantero, que trabaja por afición a la piedra y el sueldo que le paga la baronesa y no para maese Pornic. Pero sin la gente del pueblo, poco más puede llevarse a cabo.

Raquel hace varios viajes a la aldea, empapada la capa por el torrente, el cabello engrudado, y pestañas y cejas aljofaradas de rocío. En este tiempo, ha llegado a conocer a la mayoría de ellos. Siân la ciega, Aber el idiota y el despernado Owain no necesitan que se les convenza para desafiar al abad, que promete recompensar su sumisión con una merced de Dios que no han conocido en esta vida. Pero el resto está sinceramente amedrentado. Sólo la milagrosa experiencia de Raquel con el Grial la inviste de alguna legitimidad en contra de la autoridad severa del santo varón.

«Jesús era judío», insiste ella. «Nos enseñó la ley del amor, así que ¿por qué no debemos amar a Su tribu, la tribu que Dios bendijo dándole a Su hijo? ¿Por qué no han de ser suficientemente buenos para nosotros los rituales que Él empleó para adorar a Dios, para santificar Su muerte por nuestros pecados?».

Maese Pornic se enclaustra en la choza que sirve de santuario a la aldea dispuesto a no hablar con la hereje. Thomas trata de mediar, pero el abad sólo repite el edicto paulino de Corintios: «Vosotros no os pertenecéis, pues fuisteis comprados con un precio».

Esto le hace a Raquel recordar la admonición de Ailena: «Todo tiene su precio... incluso la bendición del papa». Y añade dos de sus rubíes a una carta de donación dirigida al obispo de Talgarth pidiéndole su bendición para el templo y citando el libro del Éxodo: «Y construirán para mí un Santuario de forma que Yo pueda habitar en medio de ellos». Envía la oblación con un peregrino que retorna de San David y al día siguiente el cielo se abonanza, lo que recibe como una bendición.

Emergiendo de la líquida luz del bosque, Erec Rhiwlas y quince de sus hombres llegan cabalgando al Alto de Merlín. «He venido a construir mi futuro», le sonríe a Raquel. «Cuanto antes se acabe esto, antes serás mía». Tumultuoso, se pone a trabajar con sus camaradas.

Raquel se aparta del laborioso equipo, afronta la tierra embebida, brillante con sus colores límpidos, y siente la necesidad de orar a Dios en gratitud, pero teme intentarlo.

Al final de la jornada de trabajo, antes de volver al castillo para vísperas y la cena, los caballeros se sientan en las piedras talladas y el rabí alza la Torá ante ellos.

Los galeses se entretienen en el anillo de antiguas peñas, a un tiempo asombrados y divertidos al ver a los Invasores con perilla y rizos trenzados cayéndoles de las sienes, recitando como uno solo: «*Baruj ata adonai elohainu melej ha-olam asher natan lanu torat emet, w'hayai olam nata b'tohainu. Baruj ata adonai, notain ha-torah*».

«¿Este es el lenguaje de Jesús?», pregunta Erec a Raquel.

«Sí. Están dando gracias a Dios por los primeros libros de la Biblia, por “plantar entre nosotros vida eterna”. Es una plegaria que Jesús aprendió de niño».

«Y las barbas...». Señala los brotes de pelo en los mentones de Denis, Harold y Gerald.

«En el Levítico, se dice a los hombres: “No destruirás los ángulos de tu barba”».

Erec se mesa su barba barcina: «Cuando nos casemos, este será un artículo de fe en el que los galeses no se han desviado de los Patriarcas». Sonríe, exaltado, centelleando con el sudor de un día de trabajo y orgulloso de la envidia en las miradas de sus hombres mientras aquilatan a esta elegante mujer de manos curtidas y nariz tiznada. Bajo el sombrero de alas anchas que porta para proteger su piel clara del sol, es larga de cuello, de mejillas cóncavas, un ave acuática, una gama.

La aurora purpura la densa noche. La temible estrella caudada ha desaparecido al fin.

Raquel, que ha dormido en el templo con su abuelo, Gianni y Denis, retorna de aliviarse en la

letrina dispuesta en el mole saucedal, al pie del cerro, y encuentra paseando a David. Camina alrededor del perímetro del templo, contemplándolo admirado. Todo menos los cristales está ya en su lugar. «Raquel», le dice suavemente cuando ella lo alcanza para marchar a su lado, «te has rehecho a ti misma en un lugar solitario... y ahora yo sé, donde antes sólo creía, que Dios está en todas partes».

A los diecisiete días de comenzado Agosto, los caballeros acaban de cubrir el tejado de la sinagoga con la ayuda de Erec y sus hombres. Incluso maese Pornic asciende al Alto de Merlín para la primera asamblea en el templo, *Beth Yeshua*. Thomas permanece junto a él, rezando silencioso para que el abad no perturbe los procedimientos de la ceremonia con su disgusto por el rito hebreo. Afortunadamente, un peregrino de paso por la zona portó una carta del obispo de Talgarth que consolaba al santo varón de su indignación, pero le imponía ser más tolerante con pequeñas variaciones en la fe siempre que los principios básicos de Cristo no fuesen disputados.

Para ver por sí mismo que el Salvador es adecuadamente glorificado, maese Pornic accede reluciente a las admoniciones del obispo y guía a la gente de la aldea a la sinagoga. Tanto él como Thomas están impresionados por la gran multitud reunida allí. Todo el pueblo y el castillo han acudido al cerro y el pequeño templo está tan abarrotado que muchos devotos deben permanecer en el exterior, encaramados a piedras sin desbistar para mirar por las ventanas.

Raquel y David saludan a cada uno de los fieles a medida que llegan por el sendero a la cima del alcor. Los últimos en arribar son Guy y Roger. Sin descender de su caballo, Guy clama, «¿Serás verdaderamente cristiana y darás la bienvenida a tus enemigos?».

«¿Somos enemigos?», responde Raquel. «Somos sólo familia que ha extraviado su amor».

Guy y Roger cruzan una mirada grave, desmontan y se deshebillan los cintos de las espadas.

Gianni, que examina la asamblea desde la pequeña puerta en la parte de atrás de la sinagoga, se sobrecoge al ver no sólo a maese Pornic en los primeros bancos, sino la pequeña conmoción que tiene lugar cuando Denis y Harold hacen sitio a Guy Lanfranc y a su siniestra sombra Roger Billancourt. Los galeses los miran hostiles, pero Raquel está con ellos y les dirige palabras tranquilizadoras.

A diferencia de la capilla, aquí no hay altar, sino sólo el nicho en la pared donde la Tora queda oculta por un velo, una lámpara de Eterna Luz pendiendo sobre ella y la *bimah*, un pequeño estrado colocado ante los bancos con una estrecha mesa sobre él. Por ello, Gianni debe prepararse para la ceremonia en un angosto patio flanqueado por las piedras culturales aborígenes.

Confía a Ummu la labor de arreglarle las vestiduras y ayudarle con los sacramentos, mientras él repasa los pasajes hebreos que recitará. William y Thierry están allí también, manteniendo despejado el rincón y ahuyentando las moscas del pan sin levadura, los *karpas* y el vino.

Cuando Gianni entra portando el cáliz en la bandeja de plata con los demás objetos rituales, Raquel ocupa su lugar entre Clare y Denis, y David, con su chal de oración sobre la cabeza, asciende al *bimah*. La asamblea enmudece.

«Soy un extranjero entre vosotros», comienza con su resonante voz. «Como muchacho,

aprendí que todo extranjero es un misterio de Dios. Yeshua ben Miriam, el judío en cuyo honor nos hemos reunido hoy, predicó, tal como lo hace la Torá, que debemos amarnos unos a otros como a nosotros mismos. De ese modo, amamos el misterio que Dios es, el rostro humano de Dios; es decir, galés y normando, cristiano y judío. Que esta casa de oración sea, pues, el umbral donde la crueldad cesa, donde el amor empieza».

Antes de que el vino sea consagrado al Mesías de los gentiles, David levanta la copa de la bandeja que reposa en la mesa, alza el símbolo del gozo y la alegría ante la congregación, ante los muchos misterios de Dios... y bebe.

La congregación aplaude y, con el cáliz en sus manos, David se inclina. Pero de pronto, el claqueo llega de muy lejos. Cuando eleva la vista, la gente se vuelve más oscura y borrosa, y vuela por un túnel abajo hacia honduras más y más angostas. Pero es él quien cae de ellos. Es él quien cuelga... y cae túnel abajo, al silencio y la oscuridad.

Raquel salta del banco frontal y alcanza a David cuando este se colapsa y rueda por la plataforma. Yace a la luz del sol que vierte una ventana, su mirada más y más ancha, y la boqueante ceguera de sus ojos reflejando el cielo y un astro radiante... todo un mundo azul suspendido a la sombra del sol.

Pan para halcones

El Grial es el símbolo del destino individual.

Aber el idiota está acuclillado entre los fragmentos de piedra rota junto al arroyo, escogiendo pequeñas piezas planas y haciéndolas resbalar sobre el agua. Una oblea de roca casi redonda, del tamaño de la palma de su mano, le llama la atención. Está impresa con la sombra granulada de una faz. Cuando la eleva a la luz del sol, ve que las cicatrices buriladas en la piedra revelan con aterradora claridad el rostro doliente de Cristo.

Clamando el Ave María mientras corre, Aber lleva el vulto en ambas manos, como un sacerdote portaría la Hostia. Cae tres veces de hinojos en su camino a la cima del Alto, pero acepta el castigo de su dolor sin soltar el icono. Llegado a la sinagoga, irrumpe en ella barboteando, «la Virgen María nos bendice... la Virgen María nos bendice».

Los caballeros, de rodillas ante el féretro paramentado sobre el *bimah*, donde se ha colocado el cuerpo del rabí, se levantan. Gianni se santigua cuando Aber le ofrece la imagen en la piedra. Denis, Harold y Gerald se apiñan junto a él, enmudecidos de temor ante los crueles detalles de la corona de espinas y los ojos doliosos. Gerald toca la estriada exactitud de la barba rabínica. Con cuidadosa deferencia, se pasan uno a otro la oblea de piedra antes de colocarla en el nicho de pared con la Torá.

Aber es enviado a traer a maese Pornic y los caballeros retornan a sus plegarias con renovado fervor.

La luz de la tarde, rota por las ramas y las hojas, colma el receso del jardín de una girándula de centelleos y sombras ígneas, como una gema de bien facetadas interioridades que sobre su propio eje rolase. Madelon está sentada en un banco de piedra, en el centro titilante, las manos unidas sobre su estómago. Lágrimas cintilan en las comisuras de sus ojos, aristadas como diamantes.

Thierry, también, huele la lluvia distante, contempla las nubes que portan la sombra del sol derivar hacia el este y concluye que habrá lluvias torrenciales al anochecer. Está aburrido de las intrigas de su tío y de su padre. El rey está combatiendo al francés en el continente y él quiere ir mientras haya tiempo todavía de ganar honores en el campo, antes de que el invierno envíe a todo el mundo de vuelta a acurrucarse en sus hogares.

«No me estás escuchando», le reprende William.

Están sobre sus corceles, en el linde del bosque. Habiendo escoltado a Guy y Roger de vuelta al dominio de Neufmarché, se han detenido ante la sombra de un saucedal, en el extremo distante de un vasto prado, y William ha empezado a instruir a Thierry sobre cómo tratar las inevitables preguntas que surgirán acerca del vino emponzoñado.

Thierry mueve la cabeza hacia atrás, fastidiado. Denis y Gianni lo han interrogado ya severamente, pero tras la muerte del rabí la mayor parte de la muchedumbre al fondo de la sinagoga huyó del cerro y hubo muchos sospechosos de los que ocuparse.

«Volverán a hacerte preguntas», insiste William. «Recuerda lo que les dijiste».

«No les dije nada, padre».

«Les dijiste que estabas tan ocupado manteniendo al canónigo libre de moscones que no viste quién se acercó lo bastante para emponzoñar el vino».

«Sí, sí».

«No pareces muy consciente de nuestro peligro, Thierry».

Una sombra perpleja surca la frente joven del caballero. «Era sólo un judío. Mayor sería el peligro si hubiésemos logrado matar a la Imitadora. Los villanos y gremiales habrían sospechado del tío enseguida».

«Pero ese habría sido el peligro del tío», corrige William con un elocuente respingo de sus cejas. «Si Guy cayese en manos de una turba rabiosa, tú serías barón, sí... conde incluso, ¿debo recordártelo?».

«¿Habrías abandonado al tío?».

La sinceridad del asombro de Thierry enfurece a William. «La lealtad es para los perros, no para los hombres. El veneno fue idea suya. Nosotros asumimos nuestro riesgo en el asunto... que él asuma el suyo. Aunque ahora...», se masca la esquina del bigote, «el riesgo es todo nuestro. El judío está muerto, y el tío y Roger han huido dejando que sorteemos todas las inquisiciones nosotros solos».

«Huyamos nosotros también, pues», sugiere Thierry ansioso. «Unámonos a Ricardo en el Vexin y luchemos codo con codo por el rey. Nuestra fortuna nos la harán las espadas».

William arroja una mirada de ira y sarcasmo a su alocado hijo. «Ese es el sueño de un chaval. La guerra no es un torneo, chico. En batalla, te pueden arrancar con facilidad la vida o, aún peor, puedes perder los ojos de un solo tajo de espada, o las piernas, aplastadas bajo un caballo derribado. Ciego o cojo, agotarás tu vida en un camino pidiendo limosna».

Thierry se resiente al ser llamado chaval, y su caballo caracolea bajo él. «Mendigo podría ser, pero mis cicatrices serían honrosas», se engalla. «¿Qué conquistaré aquí más que la deshonor del veneno y el asesinato?».

William tuerce el gesto de enojo, pero se domina. «Puedes irte a la guerra y aun jugarte los miembros, si ese ha de ser tu honroso destino. Pero no a los quince. Te quedarás aquí este verano y llevaremos esta intriga hasta el final, monstruosa como es. Tal es la indignidad de nuestra apuesta por el poder. Pero la ausencia de poder es mucho peor que cualquier indignidad que podamos perpetrar. Cuando tu posición en este castillo sea segura y tengas un hogar al que retornar con tus heridas, vete si quieres a luchar por el rey, vete te digo con mis bendiciones».

«Lo recordaré, padre».

«Hazlo. Pero, por ahora, doblega tu mente a la labor que tenemos entre manos. Hemos de quedar limpios de toda sospecha criminal. Sólo nosotros, entre toda la nobleza, estuvimos lo bastante cerca del cáliz como para administrar el veneno. Nuestros enemigos lo saben... y no han olvidado el accidente que se llevó la vida del miserable vejestorio de Dwn».

«Hay otro que tuvo acceso y al que se le podría atribuir un motivo aceptable». Thierry afronta la mirada inquisitiva de su padre. «El enano del canónigo».

«¿Ummu?». William pondera las palabras del muchacho. «¿Ese oscuro diablejo? ¿Qué motivo tendría?».

«Un motivo que muchos podrían entender: odio al asesino de Cristo».

William seoprime el mentón con el pulgar y se muerde el mostacho. «¿Nos queda raíz de

beleño aún?».

Raquel no oye el golpe en su puerta. Está mesmerizada por el fundido fluir del Llan.

«¿Arrière-grandmère?», la llama una voz mansa. El cerrojo se alza, la puerta se abre y Madelon asoma la cabeza. Ve a la baronesa sentada en el alféizar de la ventana, las piernas encogidas, las rodillas rozándole los hombros, su rostro flácido contemplando ciego el día de oro. «¿Puedo entrar?».

Raquel oye la pregunta amollentada por una distancia algodonosa. Se torna y ve una mujer joven con largos tirabuzones blondos y un semblante ferviente, herido. No la reconoce.

«Siento lo del rabí. Parecía un hombre bueno».

Raquel aparta de ella la vista para mirar los furiosos trémolos del fulgor del río.

Tras unos instantes, Madelon se aclara la garganta y tartamudea, «Necesito hablar contigo... por favor».

Lentamente, Raquel se gira y le sorprende el que la mujer de azules ojos heridos esté todavía allí. «¿Quién sois?».

Madelon se acerca más. «Necesito tu ayuda, arrière-grandmère», dice, y empieza a llorar.

La vista de la muchacha de rostro contraído sacude a Raquel; se desovilla y desciende del alféizar. «Madelon...». El nombre se ilumina en ella. «¿Qué ocurre?».

Madelon se arroja sobre su bisabuela y se abraza a ella, necesitando su fuerza. Intenta hablar a través de sus lágrimas, pero sólo el miedo halla una voz en su sollozar.

Raquel la mima, acariciadora, y abraza a la agitada criatura. Lleva a Madelon al borde del lecho y ambas se sientan juntas en él. Las lágrimas, los sollozos estremecidos tocan a Raquel tan profundamente como su propio llanto, que no ha sido capaz aún de encontrar el camino hasta sus ojos. Tan largo es el viaje que ha de realizar su pena... toda una vida de recuerdos aprendidos tiene que cruzar, antes de poder plañir por su abuelo. «Dime lo que ocurre, Madelon».

«Debes... debes...». Su voz se diluye, solloza, trata de nuevo. «Debes... ayudarme».

La necesidad de la muchacha, que se aferra a ella tan tenazmente, estremeciéndose con libre temor, despliega la fuerza de Raquel, que se arrugó horas atrás al morir David.

«Llevo... yo... llevo un niño», estalla Madelon.

Las palabras caen en el oír de Raquel con un suave quebranto y una belleza sobrenatural.

El impacto de su significado quiebra el peso de granito en su corazón y un cúmulo de sentimiento le colma la garganta. Por un instante, teme la extraña embestida de dicha y dolor mejidos. Luego, en una fosforescencia de comprensión, ve el dolor de la muerte y el milagro del nacimiento entreverados como hombre y mujer, luchando, copulando, creando gozo y daño... el abuelo muerto y un innominado por nacer. La muda inmensidad de tristeza y rapto unidos la atenaza y, sin pensar ni sentir siquiera, viendo sólo, se le representa cómo la vida es el perpetuo partir de todo lo conocido y amado y el interminable arribar de todo lo temido ignoto, una vez y otra, *nunca y siempre*.

Raquel ríe, aliviada y oprimida, y sus lágrimas fluyen con su risa.

Madelon se aparta, perpleja por las alegres lágrimas de Raquel. «¿Por qué te ríes?».

«Estoy llorando de gozo por ti».

«Pero ¿qué será de mí? Madre se pondrá furiosa».

«¿Y eso qué cambiará?». El rostro de Raquel está lustroso de lágrimas y cierra los ojos contra las honduras de una larga pena. «¿Qué importan la angustia o la ira ahora? ¿Qué importa nada de ello?».

«Tengo miedo. No sé qué hacer o adónde ir».

Raquel abre los ojos y mira fijamente a la muchacha, recordando que también ella fue así de joven una vez. Tirita entonces como con frío azul y continúa llorando, suavemente, profundamente, sin risa ya. «Todo irá bien», susurra. «Todo, todo irá bien... incluso con este niño».

Madelon se sacude de encima un nuevo sollozo y la abraza con fiereza, y en el dolor de la otra se apoya cada una de ellas.

Thomas mira la oblea de piedra por encima del hombro de maese Pornic y se tensa su respirar a la vista de la imagen del Salvador manchando la superficie lítica. Un extraño sentimiento lo invade de pronto, como si esto fuese un sueño y él acabase de darse cuenta de que no hace sino soñar.

Observa a los demás. Los rostros de los caballeros fulguran en radiante silencio. Lágrimas atelarañan los ojos de Gianni. Denis, a pesar de su blonda barba, parece un muchacho eclosionando al amor. Harold está boquiabierto, los labios crispándose en una plegaria interior.

Incluso la tez de su padre es luminosa, y posee un resplandor de fuerza que nunca ha visto antes en la faz cetrina de Gerald.

Thomas contempla la majestosa imagen otra vez. Los ojos dolientes lo miran sin disimulo desde su oscuridad mineral, sabiendo lo que está por venir. La crueldad de las espinas de la corona es implacable y viciosa, y muerde carne y masa cerebral. Y la boca, impecablemente nítida, impecablemente hermosa y exhausta, retiene dentro el grito, en las honduras de la piedra salvaje.

Un alarido horrísono trepida en el templo. Maese Pornic chilla —un chillido herido de miedo y de rabia— y suelta ahora la imagen sagrada. Thomas la ve caer, ve el rostro lacerado empequeñecerse y luego fragmentarse como un plato de cerámica, y desaparecer su perfección en una confusión de añicos.

Gritos de dolor y suspiros desgarrados brotan de los caballeros, y ya están de rodillas, recogiendo las piezas rotas. Pero maese Pornic las dispersa a patadas y patulla los restos más grandes, moliéndolos bajo su bota. «¡No hay semejanza!», chilla. «¡Jesús no está en la piedra! ¡Está en el cielo, a la derecha del Padre! ¡No os dejéis engañar! ¡Ese es el rostro del Diablo!».

Gianni aúlla, se incorpora y agarra a maese Pornic por la sotana levantando al hombre frágil del suelo. «¡Tú, monstruo ávido!», brama el caballero. «¡Lo quieres todo! ¡No más milagro que tu Dios! ¡No más santidad que la tuya!».

Thomas y Denis apartan a Gianni, mientras este escupe al vapuleado abad. Volviendo bruscamente a Gianni de forma que vea el cuerpo amortajado del rabí, Denis le susurra áspero,

«Recuerda lo que nos enseñó. Ya hemos visto bastante. El segundo mandamiento prohíbe los iconos. Ha enviado este milagro sólo para nosotros, para esta única manifestación; lo ha enviado de la piedra que ha construido este templo y para recordarnos esto: la sangre del pacto es invisible».

Raquel, en su implacable dolor, desgarró sus ropas lenta, meticulosamente, ajironando el brial, clavando en su vestido el dolor de sus dedos y descalandrajando el suave material. Las voces de su interior cantan una endecha hebrea, aunque entiende sólo algunas de las palabras: *Baruj ata adonai elohainu melej ha-olam dayan ha-emet*.

Desnuda, los dedos vibrando con la fuerza que ha reducido sus ropajes a andrajos, se yergue ante una ventana de su dormitorio y contempla las antorchas en los parapetos y las antorchas sidéreas titilando en lo alto. Recuerda cuando se sentía fuerte en Jerusalén, lo bastante fuerte para preguntar, «¿Por qué los quemaste? ¿Por qué quemaste a tus hijos y a tus nietos? ¿No dice la Torá, “Ciertamente debes enterrarlo”?».

Esta fue la única vez que David le mostró enojo. Con el rostro contraído y una voz de hierro declaró, «Dios ha arrastrado a la muerte una vida de amor... todo por Su egoísmo. Y ahora nos hemos quedado sin nada, más que la Ley. Pero no se los daré a la tierra de los gentiles. ¿Qué tierra es nuestra? ¿Dónde está *nuestra* tierra prometida? ¿Qué suelo es nuestro, que pueda tener significado? No. No hay historia sin tierra. Sólo hay finales y comienzos. Nuestra tierra no existe. Pertenecemos al fuego peregrino, que arde donde lo alimentan. Que el fuego nos tenga y purgue la tierra de nuestra memoria».

Estas palabras vuelven a Raquel, palpables, y tiembla su cuerpo al oírlas otra vez. Nunca volverá a oír la voz de David... y sin embargo, lo oirá siempre. *Nunca y siempre*.

Se torna y cruza el cuarto hasta la puerta. Sabe lo que las voces umbrosas están cantando ahora. Sabe lo que quiere David. Y mientras con pasos blandos recorre el pasillo y la escalera, se musita a sí misma, «Liberación de la carne, que es el pasado... liberación del futuro, que es el fosal. Que el fuego restaure. Que el fuego redima».

Raquel atraviesa el *palais* sin ver a nadie. Cuando emerge a la noche del patio de la corte, las estrellas la ven, los fuegos distantes engastados en la oscuridad, las menudas *yods* del nombre de Dios cintilando contra su frente de negrura, el sudor aún brillante de su esfuerzo creador.

«*Yod-he-wav-he...*», canta. «*Yahweh*, que parte cuando nosotros empezamos, que se yergue cuando yacemos, que arriba cuando ya no estamos».

El guardián de los portales del recinto interior se alarma al ver la ebúrnea desnudez de la joven baronesa reverberando en las sombras. Y desvía los ojos.

«Abre la puerta», ordena ella. «Aquí es donde empezamos, retornando a los muertos. Aquí es donde se oculta Dios».

El guardián abre las puertas de par en par y contempla, estupefacto, a la mujer desnuda que irrumpe despreocupada en la plaza. ¿Lo saben los demás? ¿Debe alertarlos? Mira arriba a la muralla, ve al centinela bostezar y se apresura al *palais* en busca de alguien a quien dar aviso.

En la plaza, un mozo de cuadra insomne, una lechera y un zapatero atisban el luminoso tránsito de la blanca mujer. Corren a llamar a otros. En el instante que la baronesa alcanza la puerta exterior, una manada de gente la sigue a escondidas, murmurando en tonos quedos, amedrentados, puntuados por burlas a media voz.

«¡Mi señora!», jadea el *serjant* de la puerta. Varios guardias de las torres han descendido de sus atalayas y la contemplan boquiabiertos. Cuando da la orden de que se abra la puerta, cruzan turbadas miradas. «¿Qué ocurre, milady? ¿Por qué habéis venido desnuda a nosotros?».

«He venido para estar desnuda ante Dios. ¡Abrid la puerta de una vez! Sois mis vasallos, haced lo que os ordeno».

El *serjant* mira al resto de los soldados e indica con gesto severo a los villanos con los ojos prendidos en la mujer. La guardia se precipita hacia ellos y los dispersa por la plaza. El *serjant* abre la puerta. «¿Iré con vos, milady?».

«¡No! Esto no es cosa tuya. Una vida entera está ardiendo. Y la tuya arde aquí».

Raquel sale resuelta del castillo y cruza el camino de acceso. Las vacas, coágulos más oscuros que la oscuridad, no le prestan atención. El jardín se halla en honda y negra comunión con la noche. En el puente de peaje, el guardián grita alarmado, «¿Quién eres?».

«Soy Raquel Tibbon y vengo a lamentar a mi abuelo, el último de mi familia».

«¡Baronesa!», se sorprende el pontazguero reconociéndola de repente. Intenta adecuar las palabras a su perplejidad pero sólo logra tartamudear incoherentemente mientras ella pasa por delante y cruza el puente.

A través del robledo frente a la aldea, Raquel evita las chozas y camina directamente hacia el campo abierto que conduce al Alto de Merlín. Sólo los cerdos en sus corrales la perciben, y guarrean entre ellos.

Puntas herbosas le pinchan los muslos cuando marcha por el campo asilvestrado.

Campánulas la fustigan y rocas muerden sus plantas. Delante, el cerro se alza contra la arena de estrellas. Alrededor, los montes flotan vaporosos como bancos de nubes bajo la noche azotada de astros.

Los caballeros, tendidos en esteras de junco ante el *bimah*, están durmiendo cuando Raquel llega al templo. La *ner tamid*, la Luz Eterna, resplandece sobre el *aron qodesh*, el Santo Arcón. Gracias a esa luz, halla su camino a través de los bancos hasta el féretro, asciende los tres escalones y se detiene sobre el cadáver. Suavemente, aparta el lienzo que lo cubre y ve que los caballeros han tratado bien al rabí: David ha sido lavado con esmero, su barba y su cabello carmenados; está vestido con los *takhrikhim*, las ropas blancas, y arrebujaado en su chal de oración, cuyos flecos han sido desgarrados indicando el fin de sus responsabilidades terrenas.

Raquel contempla el rostro sereno de su abuelo y posa una mano en su mejilla fría. Las himnicas voces de su cabeza callan. Lo reconocen. Son sus hijos.

«Has encontrado la Tierra Prometida, abuelo. Sus fronteras son el ocaso y la mañana, su mayor montaña es el mediodía, su valle más profundo es la medianoche. Todo esto es tuyo ahora. Bendice el silencio, pues en él oímos a Dios. Bendice el sufrimiento, pues en él hallamos fuerza. Bendice a los muertos, pues ellos son el tesoro pagado por nuestras vidas».

Besa la fría piedra de su frente y le cubre el rostro.

De inmediato, las voces fantasmales ascienden en ella: *Ha-makom y'nahaim etjem b'toj sh'ar availai tziyon vi-yerushalayim*.

«¡Despertad!», grita. «¡Despertad y traed el fuego!».

Los caballeros se sobresaltan y se incorporan sobre los codos. Conmocionado silencio los posee a la vista de la baronesa desnuda, erguida sobre ellos.

«¡Traed el fuego!», grita otra vez.

Denis es el primero en levantarse. «Milady...». Boquea como un bobo, y logra soltar al final: «¡Estáis profundamente herida!». Se pasa la túnica sobre la cabeza y se acerca desnudo a ella para ofrecerle su vestidura.

«Vuelve a ponerte eso», ordena. «Y trae el fuego».

«¿Fuego?», repite Gianni sin comprender.

«Sí, fuego. El rabí será entregado al fuego».

«No, no», dice Harold. «El Levítico nos ordena enterrar a los muertos».

«¡Oídmel!», proclama Raquel en una voz que reverbera en las vigas. «David Tibbon no reposará en la tierra. Este suelo carece de significación. Apilad esos bancos alrededor de él. Juntad hierba seca para que prenda la llama. Encenderemos el fuego con la *ner tamid*. ¡Haced como os digo!».

Los caballeros se miran unos a otros; Denis sacude la cabeza. Sube al *bimah* y cubre con su túnica a Raquel, tratando de llevársela de allí.

Pero ella se libera y le devuelve la túnica. «¡Ponte esto!».

El imperio de su voz y la fuerza de su mirada arrollan toda protesta del hombre, y se viste otra vez.

«Ahora acercad los bancos. Si en verdad sois mis caballeros, haréis lo que os digo».

«¿Por qué hacéis esto, baronesa?», pregunta Gerald trémulo.

«La luz de Dios está en la tierra», responde Raquel. «Y la tierra alumbra hierbas y árboles. La oscuridad de Dios está en el fuego. Que la oscuridad venga sobre él».

«Lady...», interviene Gianni. «Ha habido un signo, ha habido un signo portentoso en el día de hoy. Una piedra que portaba la imagen precisa de nuestro Salvador fue hallada. Lo vimos nosotros. Es un signo de la santa labor del rabí... de vuestra misión sagrada. No queméis este tabernáculo».

Raquel se lleva una mano a la cabeza. Las voces gritan inmisericordes. Entiende poco de lo que dicen, sólo una frase de Proverbios: «El espíritu del hombre es la lámpara del Señor». El resto es aljamía, y la golpea como marejada tempestuosa. «¡Obedecedme...!», clama a través del tumulto, «¡... o abandonadme!».

Harold empieza a acercar un banco al estrado. Gerald le ayuda; luego se les une Gianni.

Denis mira a Raquel intensamente, ve el tormento en su rostro y se torna, estremecido, como si una mano fría le estrujase el corazón. La faz del Salvador se quebrantó aquí hoy... y antes aun, el rabí fue asesinado. El mal se ha adueñado de este lugar. El *mal'ah Yahweh*, en la figura de Satán, está aquí; Denis no lo duda ya. Quizás el Oscuro ha estado siempre aquí, desde los tiempos

en que un pueblo antiguo erigió su anillo de piedras.

Denis desciende del *bimah* y ayuda a reunir la leña que purgará este templo trágico.

En pocos minutos, el estrado queda casi rodeado por los bancos, apilados unos contra otros, y Gerald y Harold esparcen sobre ellos hierba seca. Raquel ordena a Gianni traer la lámpara de la Luz Eterna y recoge de su nicho la Torá. Vuelve a la *bimah* y coloca el rollo en los brazos rígidos de su abuelo, silenciando las protestas de los caballeros con una mirada rápida y relampagueante.

Los caballeros arrojan sus esteras de junco a la pila de los bancos y recogen sus botas, pantalones, frascos de agua y una Biblia. En trance, Raquel camina por la angosta salida entre los bancos amontonados, tocando con la llama de la lámpara la paja seca. Al salir, arroja la lámpara a la pira y contempla el fuego encumbrarse a la madera. El calor repentino la hace retroceder y apartarse de la puerta del templo. Y se detiene allí, frente al holocausto, caídos los brazos a los costados, teñida de naranja su desnudez por el fulgor, viendo a los ángeles moverse en las puertas abiertas del fuego, oyendo sus voces en la crepitante conflagración que convierte en cántico vivo los espectros de su interior.

Cuando las llamas alcanzan las vigas y aparecen en el techo ángeles carmesíes, Raquel toma la Biblia de los brazos de Gianni. La abre por el capítulo cuarenta y ocho de Isaías y, a la luz de la pira, lee en voz alta: «Mira, te he refinado, mas no como plata; te he probado en el horno de la aflicción. Por Mí lo hago. Por Mí mismo».

Cierra la Biblia entonces y los obsesivos cantores de su cabeza desaparecen. El calor del fuego lava su cuerpo. Desde el camino llega un tronar de cascos de caballo y los gritos de los *serjants*. Denis le ofrece la mantilla de su caballo y Raquel se envuelve en ella. Ya no hay necesidad de permanecer desnuda. Dios la ha visto ya.

«¡Madre!», grita Clare cuando llegan los *serjants* escoltando a Raquel al *palais*. «¿Qué ha ocurrido? ¡El templo está ardiendo!».

Raquel nada dice. Camina hasta sus aposentos acompañada por Clare y las doncellas.

Cuando le quitan la mantilla de los hombros y ven las manchas de barro en sus piernas, Clare, horrorizada ordena que se prepare un baño de inmediato. Pero Raquel contradice la orden con un gesto impaciente y se acuesta en el lecho.

Olores de yerba y tierra oscura colman su soledad. Y cuando son extinguidas las lámparas y cerrada la puerta, la tiniebla la cerca con sus suaves fuegos.

Erec contempla el incendio en el Alto de Merlín desde el bosque donde ha acampado. Está solo. Sus hombres han partido, molestos porque los Invasores han asesinado a un hombre santo en su templo, furiosos porque el hijo de su jefe desea a una de sus mujeres.

Tras el asesinato, Erec ha tratado de llegar hasta la baronesa, de protegerla, pero los *serjants* normandos han cerrado filas de inmediato contra él y sus hombres. Ha bastado un grito para que se derramara sangre y los galeses han sido tratados como intrusos. Erec no culpa a sus hombres

por abandonarlo. Su amor por esta mujer no puede justificarse, y él lo sabe. Sus hombres lo creen hechizado por ella; y él piensa que acaso tengan razón.

Durante horas, ha yacido en la oscuridad, escuchando al viento sufrir en los árboles, atisbando a través de los desgarrones en el palio del bosque los fríos fuegos de los cielos, intentando refutarse a sí mismo su amor —¿o es acaso sólo lujuria?— por esa mujer audaz y de brillo lunar. ¿Querría tenerla, si no fuese por el castillo? ¿Querría tenerla sin ninguna dote en absoluto?

Estremecido de deseo, sabe que su depravada respuesta sería sí.

Que Howel me maldiga. Que me arroje de su vista, mientras tenga yo a la mujer que quiero.

Ya de pie, Erec otea a través de los árboles y se aferra a su coraje. Una nube roja se acucilla en el alcor como un espectro del Apocalipsis.

Ummu duerme profundamente en un camastro de heno a los pies del lecho de Gianni.

Ta-Toh despierta junto a él, se sienta y se estremece. El mono percibe pisadas acercarse y pone una zarpa en la nariz del enano. Ummu se la arranca de encima y se gira hacia el otro lado.

Puños golpean la puerta. Ta-Toh chirría, y Ummu y Gianni se sientan en sus lechos. Al momento, se abre la puerta y cuatro *serjants* irrumpen en el cuarto seguidos por Thierry, que grita, «¡Agarradlo antes de que huya!».

Con espadas desenvainadas, dos *serjants* se sitúan frente al enano y otros dos abren el cofre junto a la ventana para hurgar entre sus ropas. Ta-Toh ladra y escupe furioso, danzando alrededor de los hombres cuyos aceros amenazan a su amo.

«¿Qué estáis haciendo?», requiere Gianni. Cuando trata de levantarse, uno de los *serjants* apoya la punta de su espada en el pecho del canónigo y Gianni se sienta otra vez.

«Buscad en su yacija», ordena Thierry.

Un *serjant* agarra del brazo al enano y lo alza de su catre; después, atiza la paja con su espada. Se vuelve, menea la cabeza, y Thierry se arrodilla y hunde las manos en el heno.

«¡Mirad aquí!», grita el muchacho, y saca un tubérculo nudoso del tamaño del pulgar.

El guardia erguido junto a Ummu lo toma y lo huele. Arruga la nariz y tose: «¡Raíz de beleño!».

Raquel no hablará. Está sentada en el hueco de su ventana mirando hacia afuera, las doradas escamas de luz matutina que cubren el Llan. Clare y Gianni están en la cámara y le suplican que libere a Ummu. Pero sus voces frenéticas le suenan inertes y no llegan a penetrar la espesura de su pena. No sabe de lo que hablan y está contenta cuando finalmente se van, cambiando murmurios dolientes.

A media mañana, Thomas irrumpe sin que pueda impedírselo la doncella. «Grandmère, vi arder la sinagoga anoche», dice con emoción. «Madre me dijo que era la pira por el rabí. Lo... lo siento».

Raquel mira vacua al muchacho próximo a ella, vestido con un jubón gris y unos pantalones

marrones, y con la sotana en la mano. Desde el fuego, las voces han cesado. Pero Raquel tiene miedo de que retorne el hondo coro, si ella llega a hablar. Su perfil argentado no se mueve.

Thomas arroja su sotana blanca al suelo, ante Raquel. «Se ha acabado la abadía», declara.

«Ayer, mientras rezaba con los demás junto al cuerpo del rabí, Aber el idiota nos trajo una piedra con la milagrosa imagen de nuestro Salvador pintada como en sombras. Todos nos maravillamos. Y Aber llamó a maese Pornic. Pero cuando el abad la vio, la destrozó contra el suelo. Dijo que era obra del Diablo. Pero no lo era, grandmère. Yo la vi. La toqué. Casi vivía y respiraba en mi mano. Y sin embargo, la destruyó. Tiene tanto miedo de los signos, tanto miedo de la afirmación de tu milagro y de las enseñanzas del rabí...».

La vista de Raquel sigue los movimientos del joven que le habla. No ha oído lo que ha dicho, pero la emoción de su voz la alcanza. Los huesos compactos bajo los ojos del hombre, que hacen aparecer su mirada tan ancha, como caída del cielo, resplandecen. Ha estado llorando.

Raquel observa la espesura de los pliegues de la sotana en el suelo y comprende que, de algún modo, también él ha perdido su mundo... y que, al igual que ella, va a la deriva.

«Padre, Harold y Denis han pasado la noche en la aldea», continúa él. «Están hablando de la Sagrada Faz y predicando las enseñanzas del rabí. Maese Pornic se pondrá rabioso, pero a ellos no les importa. Se merece cualquier cosa que le ocurra».

Raquel devuelve su atención a la luz deslizante del río. El silencio le duele en su interior.

¿Dónde están los himnos de muerte y la pesadilla de las voces trafagantes?

«He acabado con maese Pornic y la abadía», insiste Thomas. «El milagro del Grial no sólo me ha cambiado a mí, grandmère. Todo el mundo ha cambiado por él». Se acerca y ahonda su vista en los ojos pétreos de la mujer, donde los alfilerados reflejos del río se prenden como estrellas de la oscuridad. «Tenías razón cuando me dijiste que Dios quiere que vivamos en este mundo y no que huyamos de él. Creí que era herejía. Pero este es el mundo del juicio final. El modo en que aquí vivamos toca la eternidad».

Thomas posa una mano en el brazo de Raquel y se sienta a su lado, muy cerca, batiéndole fuerte el corazón. Madre le ha dicho que esta mujer junto a él cruzó desnuda la noche para incendiar el templo. Clare tiene miedo de que su madre esté loca. Pero el Grial ha remozado a Ailena y la desnudez, al exponer su juventud, es el verdadero testimonio del milagro. Ahora, por fin, él está plenamente convencido de la sinceridad de la mujer.

«Te quiero, grandmère», dice con ternura y le besa la mejilla. Ella huele a humo, y Thomas permite a su rostro demorarse en el aroma otoñal de Raquel. «Quiero decirte que te quise desde que te vi en el portal de la cripta de grandpère. Sabía que estaba mal y durante semanas no fui capaz de soportar la idea. Pero me siento ahora tan obligado a decírtelo... Te quiero, como hombre, no como nieto. ¡Bien, ya lo he dicho! Y no estoy avergonzado. Sé que no podré tenerte nunca, pero te querré siempre. Ya no me importa lo que sea de mí, adónde vaya o qué haga o qué quiera Dios de mí. Sólo me importa ahora que sabes que te quiero y que creo en ti con todo mi corazón».

Raquel lo mira con ojos vacuos y ve su rostro anhelante muy cerca. Sus manos se elevan y pasea las yemas de sus dedos por las facciones del muchacho, sintiendo los orgullosos ángulos de

sus huesos, el declive aterciopelado de su mandíbula. El silencio vibra, estremecido, en el hueco de su pecho con la urgencia de decirle algo... aunque Raquel no puede atisbar qué. Sus manos se desploman. Una marejada de temor asfixia en ella la ternura.

Estoy sola, piensa. Estoy sola... aun las voces de mis muertos han partido. El abuelo se las llevó con él. Ahora estoy sólo yo, sin nadie más alrededor, vivo o muerto. Nadie más.

Thomas ve el miedo en el rostro de Raquel y cree que es la amenaza de incesto lo que la aterroriza. Se pone en pie rápidamente. «Lo siento», espeta. «Sé que este es un amor que nunca puede esperar ser correspondido siquiera». Vacilándole los pies, sale del cuarto trastabillando y sin mirar atrás.

«Nunca», le dice Raquel a su ausencia, y su corazón se hincha con el timbre sin eco de su voz. «Y siempre».

Gianni abandona la cámara del consejo en la que Thierry y los *serjants* están conferenciando con la baronesa. Esta mañana ha constituido una amarga experiencia. Primero siguió a la guardia hasta la torre maestra, hasta las mazmorras subterráneas donde portaron a Ummu, con Ta-Toh graznando histéricamente todo el camino. Aquellos hombres de rostro duro como cuero fueron insensibles a las manifestaciones de inocencia del enano y amenazaron con encerrar a Gianni también, si no dejaba de exigir la liberación del asesino. Incluso Ta-Toh fue arrojado a aquella fría, húmeda oscuridad. Después de ofrecer sonoras garantías al enano lloriqueante, Gianni se precipitó de vuelta al *palais* en busca de la baronesa. Pero su dolor por el rabí era infrangible. Y más tarde se hallaba en el baño, recibiendo el informe de Thierry sobre el arresto a través de sus doncellas. No verá a Gianni hasta que haya hablado con sus *serjants*.

Raquel sostiene el negro tubérculo que mató a su abuelo, presentado por los soldados como evidencia. Parece el dedo carbonizado de un cadáver.

«Idos», les dice a Thierry y los *serjants*.

Los soldados se inclinan y Thierry, agarrotado el rostro para no caer en una sonrisa exultante, lidera la marcha.

Mientras Raquel gira la raíz de beleño en sus dedos y huele su potencia cáustica, se pregunta cómo debe de ser morir por este tósigo. Desde muy lejos, le llega la idea de que esta es otra de las crueles estratagemas de Thierry. Pero recuerda entonces a Ummu acorralándola y advirtiéndola de que no lo engañase, de que no mintiese a Gianni, el hombre del alma de cristal.

¿Trataría Ummu de asesinarme para proteger el alma de Gianni? En el nuevo silencio de su corazón, esta posibilidad repica rotunda.

Trata de escuchar a Ailena. Para enfrentar a Thierry y los *serjants* ha tenido que invocar el Grial, aunque los recuerdos de Ailena le parecen frágiles ahora e insubstanciales. Y por más que lo intenta, no puede oír a la vieja baronesa pensando dentro de sí.

«Madre, tienes que liberar a Ummu de inmediato», exige Clare irrumpiendo en la cámara del consejo con Gianni a su huella. «Es un hombre demasiado entrañable para haber urdido semejante mal».

«Milady...». Gianni hinca una rodilla en el suelo junto al lugar que ocupa Raquel.

«Conocéis a mi enano desde la Ciudad Santa. ¿Cuándo ha sido él algo más que un bufón? En su corazón no anida el crimen».

«Idos». Raquel los despacha con un gesto de su mano, sin soltar la raíz de beleño.

«Madre, he acabado por conocer a Ummu...».

«Vete, Clare». Su mirada es ineluctable. «Gianni, quédate».

Con una expresión dolorida, Clare los abandona.

Raquel pide a Gianni que se acerque y oprime el cabo de beleño contra la cruz carmesí de su túnica negra. «He hablado con Madelon», dice con voz lenta. «Ve a ella».

Los ojos hondos de Gianni la miran aturdidos. «Iría... pero ella no me quiere cerca».

«Ve», ordena Raquel.

«Pero Ummu...». Gianni aprieta su frente contra la mano de la baronesa y la contempla después a través de su propia angustia. «¿Salvaréis a mi enano?».

«Ve a Madelon ahora». Lo observa a través de su vacío y él parte, desconsolado.

Que el enano repose en las mazmorras un instante, imagina Raquel que le advierte la baronesa en su vacua meditación. Pero ella debe esforzarse aun para lograr este consejo baladí. *El Grial es hacer-creer. La baronesa es hacer-creer*. Sólo la muerte es real.

La pieza de muerte en su mano no es avara de su veneno sino que pincha sus yemas, tratando de alcanzar, a través de su carne, la sangre de Raquel; sin embargo, la mujer la aferra como si fuese un amuleto.

Madelon retorna al *palais* de un paseo contemplativo y encuentra a Gianni a la puerta de sus aposentos. Ha estado castigándose a sí misma toda la mañana por su embarazo. Ahora ve a Gianni, que tiene rojos y exhaustos los ojos. «Ummu está en las mazmorras», se lamenta.

«Lo sé», dice ella preocupada. «Mi hermano Hugues dice que el enano envenenó al rabí».

«¡No es verdad!», afirma Gianni con ojos fieros. «Ummu sería incapaz».

«Te creo». Posa una mano alentadora en el brazo del hombre. «¿Has hablado con la baronesa?».

Gianni cabecea desconsolado. «Está demasiado afligida para ver que Ummu es inofensivo». Se pasa ambas manos por el pelo. «Demasiada perturbación. El rabí muerto. Ummu encerrado. Y tú embarazada». Impulsivamente, la agarra de los hombros y suplica, «¡Cásate conmigo!».

Madelon lo arrastra a su cuarto y cierra la puerta. «¡Calla! Te oirán los demás».

«Que me oigan. Quiero que seas mi mujer».

«¡Eres un sacerdote! No puedo casarme contigo. Además, está Hubert Macey».

«Estás con un niño. Dios me ha elegido para ser padre. Dejaré el sacerdocio». Los ojos oscuros de Gianni son fervientes. «Hablaré con tus padres hoy mismo».

«¡No!».

La boca de Madelon se tensa, los nudillos de sus puños se engranan bajo sus pechos. «Este no es tu hijo».

«No importa», persiste Gianni tomándole los puños con sus manos. «Es *tu* hijo... y cuando te

casas conmigo, será nuestro».

«Quiero librarme de este niño». Arranca de las de él sus manos. «Quiero casarme con Hubert Macey».

Gianni la busca otra vez, pero ella retrocede. «Nunca podrá quererte como yo», protesta.

«Eso no lo sabes», replica arrogante Madelon.

«Aun así. Te quiero». Gianni se siente estúpido con su necesidad. La faz del Salvador ha ardido en su corazón. Es un signo de que Dios le perdonará la traición a sus votos, si puede vivir este amor tan sinceramente como Jesús vivió el Suyo. «Me cuidaré de este niño».

«Si me quieres, me ayudarás».

«¿Cómo?». Sus manos se abren en franca súplica. «¿Qué más puedo hacer?».

El rostro de Madelon se ablanda. «Hay una mujer que vive en los montes... una bruja. Su nombre es Mavis Ojipuerca. Ella tendrá una poción que me libre del niño. Si realmente me amas, llévame hasta allí. Es mi único camino para salir de este dolor».

Denis, Harold y Gerald están con una docena de villanos entre las cenizas que colman la carcasa de piedra de la sinagoga, juntas las manos mientras rezan. Aber el Idiota patear las vigas caídas, intrigado por las grandes pavesas de resplandeciente ceniza negra que saltan. Owain el despernado se arrastra a través de la escoria, tanteando en busca de esquirlas de huesos como reliquias. Y Siân escucha, más allá de las voces orantes, al viento que se filtra entre los escombros donde el cadáver se desvaneció.

«Es culpa mía», confiesa Gianni con el rostro pegado al ventanillo enrejado de la puerta maciza de la celda. Puede ver a Ummu sentado en una estera de junco al fondo de la mazmorra, en un charco de luz ámbar surgida del candil que los guardias le dieran. El enano hojea indiferente el volumen de Plotino traído de la abadía por la baronesa. A sus pies, Ta-Toh coge pedazos menudos de la comida que Gianni ha traído de las cocinas. «No me sentí digno de la Sagrada Faz. He decidido abandonar el sacerdocio en aras del amor. No me sentí lo bastante puro como para permanecer con el resto de los caballeros. Si me hubiera quedado, tú no te verías ahora en semejante apuro. Es culpa mía».

«Basta de jactarse, arrogante caballero», dice Ummu sin apartar los ojos de su lectura.

«Estáis perturbando a Plotino».

«Así me castiga Dios».

«Entonces Dios es un tirador mediocre. Su castigo ha errado el blanco de algún modo».

«Muñón, me cambiaría por ti si pudiese. Me eres más querido que mi sombra».

«Me honra que me tengáis en tan luminosa estimación... aunque por lo que respecta a mi estatura la habéis calibrado correctamente». Pasa la hoja. «En lugar de empalagarme con vuestras alabanzas, haríais mejor poniendo en evidencia la función de esa mano vil de Thierry en esta intriga. La hermosa Madelon es su gemela. Sin duda, su oído es vuestro... y, me atrevería a decir,

aún más. Hablad con ella y quizás os enteréis de las mañas del hermano».

«Lo haré, Ummu. He acordado acompañarla a una bruja de las montañas para que la purgue del niño. Si ella sabe algo, me lo dirá».

«Así, tras librar al niño de su mazmorra, me purgaréis de la mía a mí», suspira Ummu laso.

Gianni golpea la puerta con la cabeza. «Me he engañado a mí mismo creyendo que podía seguir a la Dama del Grial. Mala fortuna me condujo a ella y te trajo a ti a esta prisión».

«Plotino piensa de diverso modo», dice Ummu, recorriendo páginas veloz. «Considerad el tratado noveno de la sexta *Enéada*, donde nos recuerda que “aquellos que creen que el mundo está gobernado por la fortuna o el azar están muy lejos de lo divino”».

«Tristemente verdad», masculla Gianni, dándose la vuelta y apoyando la espalda en la puerta de la mazmorra. Su mano se cierra sobre la cruz escarlata de su corazón y la estruja. «Me he burlado del Divino... me he escondido tras esta cruz. Pero ahora, mi único escudo será mi corazón».

Ummu gruñe. Y Ta-Toh, alentador, le ofrece un grano de uva.

Raquel está sentada bajo los sauces hirsutos del jardín exterior. El sol parpadea a través de las ramas creando pequeños y delicados seres de luz, que se ciernen a su alrededor mientras ella pondera la negra raíz en su mano. Ha decidido comérsela. El silencio que flota en su interior desde la muerte de su abuelo se ha hecho insoportable. Cada vez que habla oye el eco de su voz en sus propias honduras. Las voces recurrentes han partido para siempre, se han ido a la cima del cielo con el humo de David.

«*Baruj ata adonai*», dice en voz alta, pero las palabras suenan huecas. Su fe no ha estado nunca en palabras ni en milagros, sino en los árboles trémulos y en los perezosos montes y en el viento alerta susurrando entre ellos. Ahora que está dispuesta a morir, ha decidido dejar su cuerpo aquí, a la suavidad de las sombras, sobre el suelo radicoso, cuidado por las presencias que la amaron cuando era niña.

«Abuelo, perdóname», le dice al vacío que la posee. «Sé que lo que voy a hacer es erróneo a tus ojos. Pero he acabado mi labor en el mundo. Todo lo que la baronesa pidió de mí está cumplido. Su hijo ha sido apartado del mando. Los galeses han recuperado sus pastos. Y su nieto Thomas ha sido salvado de la Iglesia. Ahora que te has ido, ¿por qué habría de permanecer yo? ¿Para casarme con un hombre al que no amo? ¿Para esperar que me asesine Guy?». Aprieta contra sus labios la raíz nudosa. «No portaré este silencio conmigo ya más».

Gilberta y Joyce saltan entre las dedaleras y caléndulas en el linde del edén de cerezas, y la pequeña Effie llega correteando detrás. Ven a Raquel en el salcedo y con risas gritonas se precipitan hacia ella.

Raquel guarda la raíz de beleño en un bolsillo de su ropa y se pone en pie justo a tiempo para recibir la carga de las niñas a través de las cortinas de los sauces. Chillan y brincan en torno a ella, atrayéndola a sus juegos. Al principio se resiste, pero luego ve que el negro silencio de sus adentros enturbia las risas de las pequeñas. Negándose a que su dolor emponzoñe el mundo que la

rodea, deja que las niñas se la lleven de las sombras de los árboles al chorro de sol estival. La dos mayores arremeten a través de la hierba alta en el extremo del umbroso saucedal y Effie tira urgente del brazo de Raquel para no quedar rezagadas.

Saltando como corderos, las niñas emergen del campo de yerba al prado, y guían a Raquel a los descuidados setos del extremo remoto del jardín. Las liebres se espantan a su paso. Los vencejos se alejan del azul, revolotean sobre los setos y se dispersan por los árboles distantes.

Effie se cae de espaldas al tratar de correr lo bastante rápida para seguir su vuelo, y una risa inesperada brota de Raquel. Pronto, se ve pasar a través de su pena, sorprendida de la ligereza de su cuerpo mientras juega al escondite con ellas en la espesura de los desmedidos setos.

De repente, cascos de caballo atabalean cerca, pero las risillas de las niñas y su jugueteo acechar entre la fronda no le permiten a Raquel oírlos. Asoma la cabeza al rutilante interior de un matorral bañado por el sol para sorprender a Joyce, que allí se oculta ovillada, y los cascos tamborean detrás de ella. Se sobresalta y alza la mirada para ver un caballo de crin bermeja embistiéndola; sobre la bestia majestosa, Erec Rhiwlas se inclina hondo hacia un lado, extiende su brazo muscular y la alcanza.

El grito de Raquel se pierde en el impacto de la colisión cuando Erec la aferra por la cintura y la levanta. En un instante, está fuertemente abrazada por el corpudo galés sobre la bestia galopante y los rostros de las niñas, sus ojos bien abiertos, se funden en la distancia.

Erec se ríe ardoroso de la expresión asustada de la baronesa e inclina su cuerpo adelante para que el río de su cabello negro no le estorbe la vista. Los sauces vuelan a ambos lados y allí está Leora, con las manos en su pelo rojo, gritando. Queda atrás, un borrón en el aire, y ellos irrumpen a través de los lechos de flores, atajando hacia el camino del puente de peaje mientras amapolas y narcisos saltan destrizados de los cascos del corcel.

«¡Bájame!», clama ella, y su alarido se pierde en la precipitación de la huida.

La risa robusta de Erec ondea tras ellos como una bandera. Cuando Simón el Corcovado, el jardinero, se incorpora de su parterre de hisopo con el azadón en la mano, el hijo del jefe galés se arroja sobre él con un grito de guerra lanzándolo lejos al herbazal. El corcel entonces cruza un margen de plantas de acanto y levanta el polvo del camino en su precipitación hacia el puente de peaje.

Al ver a la baronesa en los brazos de Erec el Bravo, el guardián de las puertas se apresura a bajar la barrera. Pero el caballo ha emergido del jardín de pronto y demasiado cerca del portal, y el guardián teme lo que podría pasarle a la baronesa, si obligara a parar en seco al bridón, que avanza hacia allí a todo galope. Se hace a un lado.

Con los cascos resonando poderosos en las losas, el bruto de crin bermeja arremete a través del puente. Monta el galés con la cabeza barcina hacia atrás, jubiloso, triunfante. Raquel, los ojos escociéndole al viento, sacudido el cuerpo por la desesperada carrera, se aferra a él.

Mientras, un portero boquiabierto vislumbra su desvalido pánico y ve al corcel fundirse en polvo de plata entre los altos árboles y los montes fulgurantes.

Al fenecer del día, los caballeros aún recorren la oscurana del bosque tras la pérdida Dama del Grial. Gerald retorna bajo el brasero del ocaso. Harold cabalga al castillo con la estrella vespertina y Gianni llega poco después. Pero Denis continúa la búsqueda mientras los rayos de luna se ahúsan en la cúpula del bosque, y los árboles húmedos y prados undosos reverberan con sortilegio lunar.

Branden Neufmarché envía a sus guardias como escudo por delante, antes de cabalgar sobre el puente levadizo de su castillo para encontrarse con los dos jinetes en el prado cenagoso.

Aunque sabe que Guy Lanfranc y Roger Billancourt lo necesitan, no deja de temerlos. Los mandaría muy a gusto al continente en servicio del rey, pero teme que recluten una fuerza mercenaria y vuelvan contra su dominio.

«¿Qué noticias, hermano barón?», inquiriere Branden cuando está lo bastante cerca de sus enemigos para oír su respuesta, pero a distancia suficiente para evitar cualquier traición. Desde que ha perdido a Thierry como huésped y como posible rehén, ha debido ser más cuidadoso en sus encuentros con estos hombres peligrosos y desesperados.

«Erec el Bravo se ha llevado a la Imitadora», contesta Guy. «Mientras hablamos está copulando con ella en el monte».

Branden frunce el ceño ante su poco delicada apreciación. «Así que el bárbaro la ha hecho ceñirse a su promesa de esponsales».

«Y ahora», añade Roger, «es el momento de golpear. Mientras se halla ausente, acaso para no retornar, una adecuada exposición de vuestras fuerzas hará innecesario un asedio».

Branden pondera sus palabras. «No lo creo. La Dama del Grial tiene fieles seguidores».

«Pero nosotros tenemos nuestros propios aliados, Branden», dice Guy. «Puedo garantizarte que el puente levadizo estará bajado cuando lleguemos. Con hombres suficientes, someteremos el castillo. En el lapso de un día, la lucha habrá terminado y podrás devolver la fortaleza al legítimo barón. Con ello no sólo te habrás ganado las tierras que te he prometido, sino mi voto de amistad perpetua».

«¿Y el rey?», se evade Branden en busca de tiempo para pensar.

«El rey no dirá nada», responde Roger. «La así llamada baronesa ha sido secuestrada por un bárbaro. Guy Lanfranc es así el legítimo legado, aun de acuerdo con las normas del rey».

Branden cabecea reflexivo. «Someteré esta estrategia a mis consejeros».

El surco único y oscuro en la frente de Guy se ennegrece. «¿Qué más consejos necesitas, Branden? La Imitadora se ha ido. El bárbaro se la está matrimoniando por la espalda en algún lecho de hierba no lejos de aquí. En cuanto ella se dé cuenta de que le pertenece, retornarán. ¿Te crees que se contentará con vivir para siempre en las montañas?».

«Y cuando retorne», toma Roger el hilo inclinándose hacia delante en su silla de montar,

«Erec el Bravo irá a su lado con sus hombres. El castillo que ahora está abierto y esperándonos

se convertirá en una fortaleza bárbara, desde la que Erec saqueará tus tierras impunemente».

Branden cambia su peso de lado con incomodidad. «El resto de los barones de la Marca no lo aceptará. Si el bárbaro toma el castillo, se aliarán conmigo para expulsarlo».

«Sin duda», coincide Guy y estrecha su mirar ominosamente. «Pero si eso ocurre, seré yo quien convoque a los barones en defensa de mi dominio ancestral. Y cuando los bárbaros sean derrotados, el castillo será mío. Las tierras que tú habrías tenido serán para aquellos que lucharon por mí. Y no seremos tus amigos nunca más, Branden».

Erec se lleva a Raquel lejos de los caminos reales y, por senderos profundos, a montes distantes. Cabalgan hacia nubes azules de lluvia alpina, más altos a cada viraje del camino, dejando abajo las laderas esmeralda salpicadas de árboles oscuros. Fresnedas y alisares quedan atrás, atelarañados de luz y tan compacta la hojarasca que los cascos del corcel caen sobre ella en completo silencio. Raquel se siente flotar sobre esta tierra salvaje.

Las fragancias del humus del suelo, del escaramujo, la menta aplastada y las madreselvas drogan el aire y Erec, intoxicado por él, canta vanamente y trata de doblegar a la Sierva de los Pájaros con despreocupado encanto. Pero Raquel pesa inerte contra él, como equipaje. Cuando se detienen junto a un arroyo para que el caballo beba y descanse, Erec acolcha la silla con una manta doblada y recuerda a Raquel su promesa.

Ella no dice nada. El vacío la colma.

Sólo está aturdida por el rapto, piensa Erec calibrando su hueco mirar. Con el tiempo se ablandará; él confía en esto. Vuelve a montar y le ofrece un brazo macizo, pero ella permanece inmóvil. Le duelen las nalgas de la dura cabalgada hasta los montes y todo lo que quiere es seguir sentada aquí, en la foresta alanceada por el sol, en una nube de fragancias, escuchando el arroyuelo borbollante mientras busca las palabras para decirle que no es la Sierva de los Pájaros.

«Eres mi novia ahora», insiste Erec. Le caza el brazo y tira de ella hasta izarla a la silla.

«Yo cumplí mi promesa. Ahora, por el cielo o el infierno, serás mía».

Reparos despiertan en ella, pero su quijada se clava con la sacudida del caballo, que parte al galope. Erec sigue el camino guijarreño del arroyo hasta que un árbol caído les cierra el avance. Lentos, entonces, cruzan la densidad de un hayedo hacia vertientes abiertas y terrenos más elevados. Mientras el sol se desliza hacia las montañas coronadas de púrpura, ellos cabalgan de monte a monte, descienden a valles de robles rumorosos empavesados de yedra y tornan de nuevo a collados violetas de brezo.

Por fin, en un tojal plateado a la luz de trueno de unas nubes lluviosas, imponentes como torres, Raquel no puede resistir más la dura cabalgada. El sofocante vacío que nada resiste la abandona. Agarra la barba de Erec y logra gritar, «¡Bájame del caballo!».

Burlona sorpresa ablanda el ceño adusto de Erec. Él está decidido a cruzar este espacio desarbolado y hallar en la azul distancia la protección del bosque frondoso antes de que empiece la lluvia, pero el semblante de Raquel es demasiado frenético para ser ignorado. Detiene el caballo y le permite deslizarse al suelo.

«Erec Rhiwlas», dice ella entrecortadamente mientras se frota la espalda entumecida, «no soy la Sierva de los Pájaros. Soy la nieta de David Tibbon, Raquel».

Erec pasa una pierna sobre el cuello de su animal y se sienta de lado en la silla, sonriendo confiado. «Sé que no eres la Sierva de los Pájaros. Largavista Meilwr lo dijo ya. Y los bardos no mienten».

Raquel acepta sus palabras con un cabeceo torvo. «Bien. Entonces déjame aquí y vuelve con los tuyos. No te hago falta».

«Oh, estás equivocada: me haces falta, por cierto». Erec sonríe con astucia. «Juntos gobernaremos Epynt como los galeses lo harían. Erec el Bravo y la Sierva de los Pájaros. Jefe y baronesa, uniremos las tribus».

«Eso no ocurrirá nunca».

A Erec le sorprende la vehemencia del tono de Raquel. «¿Por qué tan indignada? Habrá poca violencia. Gobernaremos con astucia y compasión. He aprendido de ti algo de eso, Sierva de los Pájaros. Con ardid derrocaste a Guy Lanfranc, al que todas las tropas de Howel no podían desafiar. Y con generosidad, te has ganado la fidelidad no sólo del castillo sino de los galeses también, que han aborrecido a los Invasores durante más de cuatro generaciones. Juntos, Erec el Bravo y la Dama del Grial se ganarán hasta el respeto de los reyes... ¡Normando y galés!».

Raquel retrocede. «Se ha acabado el engaño. No soy la Dama del Grial. No soy la Sierva de los Pájaros. No soy Ailena Valaise. No soy baronesa. Soy judía. ¡Una judía, oyes! Soy la nieta de David Tibbon. Soy Raquel. Raquel es mi nombre».

Erec proyecta su labio inferior y alza sus cejas boscosas. «Me gusta. Usaré sólo en privado ese nombre. No olvidaré nunca quién eres». Se lleva una mano vasta al corazón e inclina tristemente las cejas. «Comprendo ahora tu dolor por la muerte del rabí. Te juro, Raquel, que me enteraré de quién asesinó a tu abuelo y vengaré su muerte».

Raquel sacude tan fuerte la cabeza que su larga melena latiga el aire. «¡Basta de muertes! No habrá más muertes. Déjame. He acabado con todo eso. Vuélvete a tu tribu. Que Guy tenga su castillo. Olvídame».

Erec se desliza del caballo. «Raquel... yo nunca podría olvidarte. Te quiero como esposa. Te quiero más de lo que ansío el poder sobre mis enemigos. Abandonaremos el castillo, si lo deseas. Vendrás a vivir conmigo a las montañas».

Raquel se estremece ante este pensamiento y, volviéndose, camina a grandes zancadas a través del tojal enmarañado hacia una fulguración del sol que levanta colores de los helechos.

Pero su ira está gastada; deriva insubstancial, un mero espectro. Revelar la verdad la ha exonerado y limpiado de toda simulación. Incluso el vacío resulta aceptable ahora. Flota sobre la fragosa piedra calcárea y a través de los helechos ásperos... un vapor sentiente, un soplo en el aire. Sólo queda el engaño de su cuerpo. Tiene hambre y quiere orinar.

«Vuelve», la llama Erec y ríe. «Ahora me perteneces».

Raquel sabe que no pertenecerá nunca a nadie, nunca. No lo permitirá. Su mano atenaza la raíz de beleño oculta en su ropa. Está más decidida que nunca a liberarse de todo, a eludir a su captor, a escullirse de sus mentiras y su dolor, a desprenderse de su cuerpo hueco. Una calidez casi

bienaventurada la invade cuando extrae la raíz de torcida negrura y se siente agradecida a Erec por traerla a estas sombrías, donde su muerte no aterrará a aquellos que han llegado a necesitarla.

La quietud se estremece. Una brisa fresca, fría vuela sobre ella, y alza la mirada para ver argénteas auroras de lluvia encrespando los remotos horizontes de los montes. Entre las nubes poderosas, el cielo se abre, azul y vibrante como una llama. Su vista cae entonces, se extiende por las tierras altas, por los territorios brutalmente vastos y misteriosos que la rodean, con sus largos valles, sus gargantas rocosas y sus umbrías arboledas. La luz del alma, invisible casi, tinta el panorama de un resplandor opalino, invitándola a dejar este mundo.

«Raquel», dice Erec detrás de ella. «Ven conmigo antes de que la lluvia empiece». Toma su brazo, pero ella se hurta.

Cuando lo afronta, el rencor cuaja su mirada. «¡No me toques! No quiero que me toques. No te quiero en absoluto. ¡Vete de una vez!».

Corre. Su ropa se prende en las zarzas y se desgarrá mientras huye desnortada, y sus sandalias deslizan al aire la fragancia mohosa de la roca y de la urdimbre de raíces secas.

Temerosa de la fuerza tremenda de Erec, porta la raíz de beleño entre los dientes mientras corre.

Su amargura le quema la boca y le hiere las fosas nasales. Se sofoca, pero aprieta los dientes quebrando la nudosa corteza del tubérculo y liberando su tósigo acre.

Erec la agarra por el hombro y le da la vuelta, dispuesto a cargársela al hombro. Ve entonces la angustia en los ojos de la mujer y el hilo de saliva negra resudándole de la boca. Le palmea la espalda y ella escupe la rota nuez del subsuelo. Erec la huele y la arroja a la distancia, entre la maleza. «¡Raíz de beleño!». Su mirada se enfurece un instante, luego se abate. «¿Te habrías envenenado antes de tenerme?». Segundo tras segundo pasa y su creciente dolor se funde con su ira. «¡Vete entonces!». La empuja con aspereza, avergonzado de haber sido engañado por esta mujer loca. «No quiero una mujer que ame la muerte».

Una mera bruma de mujer, con el pelo enmarañado de escarcha seca, narices orladas de una costra de tierra y dos destellos negros por ojos en un rostro hundido, Mavis la Ojipuerca se aferra al brazo de Gianni con sus manos huesudas. Su carne fungosa es sombría como ceniza a la luz de la tarde, filtrada por la estrecha ventanuca.

Madelon ha salido ya del tugurio a través de la vieja y desvencijada armazón de corteza que sirve de puerta, aferrando la bolsa tejida de hierba con las bayas arrugadas, pardas, que matarán al niño de sus entrañas. Pero Gianni no puede desprenderse del agarro arañil de la tarasca. Sacar secretamente a Madelon del castillo al mediodía fue más fácil que librarse de esta bruja.

Creyendo que la bruja quiere más dinero, Gianni le extiende tres óbolos más y se retira, contento de dejar atrás el tufo mohoso de los yerbajos colgados de los postes que soportan un techo de escaramujo. Da las gracias a la tarasca aun otra vez, pero ella no le suelta el brazo.

Sus pequeños ojos de cerdo resplandecen más cerca, y él siente el agrio ardor de su aliento en el rostro: «Lunas y lunas, ella ve sólo los hijos de los campos, que pagan sus hierbas con un pollo

o un conejo. Y ahora, en esta sola luna, dos caballeros vienen a Mavis. Y de repente, consigue cobres y una moneda de oro». Su rostro se ensancha en torno a una sonrisa de escabrosa dentadura. «Sé más amable que el caballero que te precedió y demórate un instante con Mavis, cuéntale historias del castillo y de la Dama del Grial. Vamos, quédate un poco».

Gianni pausa en su retirada y su sonrisa obsequiosa se le cae de la faz. «¿Qué otro caballero os visitó?».

Las comisuras de la arrugada boca de Mavis se tuercen hacia abajo. «¿Cómo ha de conocerlo ella? ¿Le has dicho tú tu nombre? Ella te llamará Impetuoso Barbanegra. Así él sería sir Cabeza Magullada. Su cráneo estaba mellado como una vieja cacerola».

Gianni observa a Madelon, que ha estado escuchando desde los caballos. «¡Roger Billancourt!», concluye.

«El maestro de armas del castillo Valaise». La bruja prolonga un silbido. «Mavis ha oído hablar de Roger Botaférrea... nunca lo vio, a menos que fuera aquel. Podría serlo, ahora que piensa en ello. Tenía las cicatrices y la brutalidad, cierto. Quería lo que esperarías que quisiera un maestro de armas... poder para asesinar. Le dio una moneda de oro, además. Un óbolo de cobre habría bastado. No eran más que dos retorcijos de raíz de beleño».

Raquel vaga deslumbrada. La raíz de beleño hace hervir la sangre en sus oídos. La lluvia suspira en el tojal, cintilando en torno a ella, tocándola con sus frías puntas de luz. Durante un rato, cree estar muriendo... todos los colores del mundo son brillantes, hialinos, y ella vacila en el linde de su cuerpo, sintiendo como si fuera a elevarse, libre de pronto, a través de la lluvia hacia las poderosas nubes. Pero las piernas insisten en su labor, portándola entre los helechos hacia los árboles tupidos del valle, enraizándola a la tierra.

Susurros guturales cabalgan el viento desde las montañas, truenos distantes que prometen lluvias mayores.

Con el corazón batiendo fuerte su pecho, Raquel comprende que la muerte no la ha aceptado: no ha consumido bastante raíz de beleño para morir. Levanta el rostro y siente las gotas cribadas dedear en sus párpados cerrados. Una raíz estorba su paso y casi la hace caer de bruces.

Ella maldice... luego se ríe de sí misma, empapada, sola en la sombría, una huérfana de la muerte.

Su risa caza su más hondo aliento y la sorprende con su fuerza sonora.

El vacío experimentado desde la muerte del abuelo se ha colmado de todo el cielo rebosante. No hay voces ahora que la acosen; sólo la voz del trueno, su murmurio monótono, y el crepitar del agua en el tojal reverberan en ella. Con el pelo y la ropa calados, emplastados al cuerpo por las nubes reventadas, ríe y no puede dejar de reír al pensar que incluso la muerte la ha abandonado. El abuelo se pondría contento, está segura.

Se detiene y se arroja al suelo. Si la muerte no la quiere, pertenece a la vida... toda ella, la carne y las mentiras, las hambres y los miedos, y todo ello portado rápido y ligero como las nubes en lo alto, lleno como el vacío que porta todo.

Rueda y contempla los cúmulos masivos de las nubes pendiendo sobre los montes undosos, rompiéndose en diluvios. Una extraña luz sagrada se filtra a través del maligno violeta de las masas nubosas derrumbadas. Laderas de un verde luminoso aparecen fugazmente, como para confirmarle su soledad. Luego las nubes se cierran y el mundo es otra vez plata.

Raquel deambula vertiente abajo, aplastando tomillo y mirto mientras la intensidad de sus fragancias le punge el olfato. Su risa se ha serenado en una cosquilleante percepción: la vida y la muerte tienen su propio orden, más allá de cualquier significado que el corazón logre alcanzar.

Desde el fondo de su miseria, ella no puede evitar de pronto amar cualquier cosa que colme su vacío. Sean las vetas del rayo y el trueno, las nieblas del bosque y la noche y, si vive para volver a verlo, sea el castillo con todas las vidas en él. Aún bajo la intoxicación de la raíz de beleño, deja que la vida, lentamente, la reclame. Pues está convencida de que no puede tirarla otra vez, ni siquiera perderla aquí entre los interminables portales de la lluvia.

La luz de la luna convierte las nubes en una borbollante poción mágica, y entre ellas titilan los astros como oscuras gorgoritas. Hay demasiadas conejeras para continuar a caballo y Madelon es adamante en su voluntad de no pasar la noche en la foresta. Así, Gianni y ella caminan juntos entre los árboles argénteos, guiando sus monturas, y riñendo.

«Ni conoces a Hubert Macey», arguye Gianni. «¿Te has encontrado siquiera alguna vez con él?».

«Lo he visto en los festivales de Talgarth e Y Pigwin», responde a la defensiva Madelon.

«Entonces sabes que está desfigurado de viruelas. Su nariz parece un queso arratonado».

Madelon torna hacia Gianni una mirada filosa. «¿Cómo sabes tú eso?».

«Tu abuela Clare le ha contado a mi enano todo lo relativo a ese vetusto individuo».

«No tiene más que treinta años».

«¡El doble de tu edad!».

«Tú no eres mucho más joven».

«Cinco años completos. Y no tengo hijos de un matrimonio anterior».

«¿Quién sabe cuántos bastardos has sembrado por ahí?».

«Pero... pero ninguno vendrá a buscarme. Mientras que los pequeños Macey estarán todos a tu alrededor. Y la mayor es sólo tres años menor que tú. Imagina cómo se sentirá; su madre enterrada hace apenas un año y tú en la cama con su padre».

Madelon se detiene y le mira airada. «El castillo está después de aquella colina. ¿Podríamos hacer el resto del viaje en silencio, por favor? No quiero volver a hablar de esto nunca más».

«¿Por qué no? ¿Tienes miedo de pensar en ello? ¿Miedo de ver que no hay el más mínimo amor en tu corazón hacia ese hombre?».

«Por supuesto que no hay amor. El matrimonio es una cosa y otra bien distinta el amor, oh loco. Hubert Macey es un conde».

«¿Soy yo el loco, Madelon?».

Su rostro cincelado recibe la luz de la luna como mármol.

«Seas la mujer de un conde o de un simple caballero al servicio de una baronesa, envejecemos

y morimos. Por lo menos conmigo conocerás el amor y la pasión».

Estalla en una risa enfurecida. «Conoceré la humillación. Tú eres un sacerdote».

«Soy un sacerdote-caballero. Y renunciaré por ti a mi sacerdocio para ser sólo caballero. ¿Qué humillación hay ahí?».

Madelon continúa caminando. Sus sentimientos se atorbellinan y pulsan como las sombras de luna que la rodean. ¿Puede abrigar esperanza en lo que Gianni promete? Le da vueltas la cabeza cuando trata de burlar al miedo y meditar todas estas cosas. Está prendida por la intimidad de la vida que crece en sus entrañas. Quiere llorar, con todas sus fibras... pero ¿de rabia o de cariño? Levanta estúpidamente la vista hacia las nubes radiantes, ansiando alguna claridad del cielo. Pero todo lo que puede traer a su mente es la imagen de su *arrière-grandmère* llorando de dicha al conocer la fragilidad en sus adentros y prometiéndole que todo irá bien.

Bruscamente, se derrumba hacia delante, hundido el pie en una conejera. Una sensación desgarrada le inmoviliza el tobillo y el dolor le penetra el hueso. Gianni está a su lado en cuanto ella grita, tranquilizándola, librando con gentileza su pierna entrampada. La acuesta en el suelo y ella se aferra a su hombro mientras Gianni le examina el tobillo.

«No hay huesos rotos», la alienta. «Duele, ya lo sé. El músculo está desgarrado». Se anticipa a su temor con una pronta sonrisa. «Desgarrado como la urdimbre de mi corazón. Sólo que tú sanarás».

El baño ardiente de dolor cede cuando él le desata el calzado. Ella lo ve romper de un tirón la costura que une la manga al hombro de su blusa y vendar con maestría el arco del pie y el tobillo. Nubes se deslizan sobre la luna, pero incluso en esta oscuridad tensa la presencia de Gianni es vívidamente familiar. La curva de sus hombros, la hermosa línea de su perfil, y la fuerza tierna y confiada de sus manos dispersan sus lúgubres lamentos. ¿Podría ella entregarse al cacarañado Hubert? Ahora que su propio castillo está seguro quizás no haya tanta necesidad de casarse para tener, sencillamente, un hogar donde vivir...

Cuando Gianni la levanta y ella rodea con sus brazos el cuello del hombre, percibe que el cielo le ha respondido, aunque intuye más que comprende esa respuesta. Hondo, en una hondura impensable, siente el terror del niño distenderse. ¿Han dejado acaso de ser necesarias las hierbas purgantes? Montañas tintadas de plata brillan de nuevo cuando la luna asoma entre las nubes; por fin, se siente ella firme en su decisión. *Arrière-grandmère está en lo cierto*, piensa con alivio.

«¡Todo, todo irá bien!».

«Gianni», dice queda mientras él la sienta en su caballo. «Reconozco que he estado equivocada. Demasiado obcecada para ver. La verdad es que te quiero».

Gianni retrocede, luego se acerca más, presa de un sentimiento precario. «¿Serás mi mujer?».

«Cuando te hayas despojado de tus hábitos eclesiásticos y cumplido la penitencia, sí, seré tu mujer».

Gianni cierra los ojos y ofrece una silente plegaria, estremecido el cuerpo de gozo. Besa su mano y levanta su mirar hacia ella con satisfacción fulgurante. «Me ganaré tu amor cada día, lo prometo».

De camino sobre la colina y a través del campo bañado de luna bajo el Alto de Merlín, ambos

discuten con fervor las muchas posibilidades de su futuro y los pequeños obstáculos de su amor. En el puente de peaje se detienen. Madelon arroja la bolsa de Mavis al Llan y Gianni saca su daga, recorta la cruz escarlata de su túnica, y la lanza tras las hierbas de la bruja.

Entran en el castillo y atraviesan la plaza riendo, conspiratorios, y no perciben a uno de los *serjants* adelantárseles corriendo por el adarve de la muralla exterior. Montada en su corcel, a Madelon apenas la perturba el ardor de su tobillo. Esta misma noche, Gianni escribirá al obispo de Talgarth y, al alba, buscará a maese Pornic y pedirá penitencia al santo varón.

El portal interior se abre a la llamada de Gianni. William y Thierry están ante ellos, tensos y oscuros y fieros los rostros a la luz de las antorchas.

Desde detrás de un seto espinoso, Erec contempla a Raquel trepar un montículo cubierto de helechos y otear el laberinto de bosques y montes y corrientes turbulentas. Todo el día y toda la noche anteriores, la ha seguido sin dejarse ver, esperando que ella lo necesitase. Pero Raquel no trató de matarse otra vez, ni tampoco parecía perturbarla el tránsito por las forestas somnolientas, lejos del castillo. Sabía dónde hallar setas comestibles en las densas sombrías y parecía a sus anchas bebiendo agua de los arroyos con las manos. Cuando la lluvia la fustigaba, ella abría los brazos al viento y Erec pensaba que el corazón le estallaría al vislumbrar la desnudez de la mujer, resplandeciente a través de sus ropas.

Entre embates de tormenta, encontró ella un escaramujo encajado en los peñascos, bien aventado, seco por dentro, y preparó pequeños fuegos frotando palitos de madera contra hojas polvorientas. Dulces aromas de madera quemada de mirto y cedro flotan en torno a ella y derivan con el viento hasta donde Erec acecha, doliente de deseo. Ha tenido tiempo de ponderar cuánto coraje y sufrimiento le han sido necesarios para ser la Sierva de los Pájaros, y la ama ahora aún más por su audacia.

Varias veces lo ha tentado la idea de acercarse a ella y declararle de nuevo su amor, pero en cada ocasión se ha impedido a sí mismo hacerlo. *El amor no es bastante para una mujer como esta*, llega a creer finalmente. *Sólo el destino puede unirnos... o nada*. Un escalofrío lo atraviesa.

Por primera vez desde su infancia, anhela poderes sobrenaturales, anhela las rimas que su abuela susurraba a los cantores tras la puesta del sol.

Un jinete aparece entre las sombras nubosas del prado y Erec se retira, demorándose sólo el tiempo necesario para ver que el desconocido es un caballero del Cisne. Una vez seguro de que el jinete ha atisbado a la Dama del Grial, Erec se torna y desaparece en la boca oscura del bosque.

Raquel está sentada bajo un tejo, hambrienta y cansada, contemplando la luz del sol rielar en la hierba afelpada del campo, acamada por el viento, cuando un hombre a caballo se acerca.

Ayer vagó a través de la comarca bajo la lluvia, enfrentada a un panorama de montes boscosos, de valles brumosos prendidos de orvallo, que eran como un ágata brillante veteada de gris. Al crepúsculo, la tormenta había pasado y el ígneo tumulto de las alturas desgajaba de la tierra el cielo. Todo el ensueño de su escaramuza con la muerte se fundió con aquellos vapores drásticos. Viendo la garra de la luna entre las nubes noctámbulas, sintió todo su desespero otra vez. El

asesinato de su abuelo, la muerte de Dwn y la vida que ella había artificioado a partir de los engaños de la baronesa... todo parecía ahora fútil. Cuando por fin cayó dormida, aovillada en el seno de una raíz, deseó no despertar nunca.

Despertó famélica y débil. Durante un desorientado y terrible instante, creyó que estaba de vuelta en el bosque con su abuelo, niña otra vez, y que todo lo ocurrido desde entonces era sólo un sueño. Desesperanza la atenazó... y entonces, descubriendo el esplendor de sus vestiduras lodientas y ajironadas, con su encaje exquisito y delicada textura, cayó en la cuenta de los terrores que había detrás. Nada era peor que aquellos años crueles, insensibles, de erráticos vagabundeos.

Incluso la muerte del abuelo era misericordiosamente rápida y amable, comparada con la degradación que aquel soportara como vagamundo para sustentar a Raquel.

Todo irá bien, saludó al nuevo día y forrajeó buscando bayas.

El vacío se aprofundó en ella otra vez, pero recordaba lo suficiente la intoxicación del día anterior para comprender que este era la quietud de los cielos abrazándolo todo; era el alto silencio de Dios en el que el mundo, con todas sus gentes y sus cosas, fluía como las nubes. Vagó a través de la mañana y, ya en la hondura de la tarde, la arrobó la extraña belleza del destino que la había traído de miseria en miseria a estos fuertes montes, con sus ortigas y perifollos y herbajes florecientes abigarrando sus colores.

Por fin, sus últimas fuerzas se agotaron, y Raquel se sentó bajo un tejo, donde unos pocos árboles se hurtaban al bosque para adentrarse en un campo vasto, ondulante. Dormitó por un rato.

Cuando despertó, vio un jinete acercarse a través de la campiña. Y ahora está lo bastante próximo para reconocer el cabello blanco-azúcar de Denis Hezetre. Se levanta y agita la mano, y el caballo trota hacia ella, y el rostro infantil de Denis brilla con distendida sonrisa.

«¿Dónde está Erec el Bravo? ¿Está cerca... o vuestros angevinos encantos eran demasiado ardientes para su sangre galesa?».

Denis desmonta, saca un frasco de agua, un pedazo de queso y una hogaza de pan negro de sus alforjas. Mientras comen, ella le cuenta el rapto y el intento de suicidio.

«Después de Gilbert», dice Denis serio, «jamás os habríais vuelto a casar por la fuerza. Si Erec os hubiese conocido, nunca habría forzado vuestra mano». Aprieta su frente contra la rodilla de la mujer. «Siento tanta gratitud de que Dios os haya conservado. Os necesitamos, Ailena».

Alza un rostro acongojado. «Os necesito».

La espina dorsal de Raquel se tensa, se sienta derecha. *No necesita a Ailena Valaise tal como era antes*, se dice a sí misma. *Necesita la Ailena Valaise que tiene delante*. Ha abandonado por ella a su amigo incondicional; no por una Ailena que él mismo ayudó a exiliar, sino por *ella*, le dé el nombre que le dé a *ella*. Y lo mismo les ocurre a los demás: Clare, Madelon, la gente de la aldea... todos perderían sin *ella*. El desamparo que experimentó ayer, que inspiró su deseo de morir, era un engaño. Había perdido la fe en la mentira que Ailena Valaise hiciera verdad con sus últimos años de vida. Pero esa mentira *es* verdad. Será la baronesa mientras crea en sí misma.

Eso, ve ella con claridad, *es mi Grial, todos los recuerdos de Ailena y toda la instrucción anhelando conformarse en un destino, mi destino*.

Posa sus manos a ambos lados de la faz de Denis y dice con sinceridad, «Dios me ha

favorecido».

Clare deja caer el pergamino al suelo y lo pisotea. «¡A la condenación del infierno con todas las exigencias de Guy!».

Gerald se inclina para recuperar la carta, pero Clare le aferra del hombro. El mira apologeticamente al resto de los caballeros sentados a la mesa de la cámara conciliar. Harold se pasa una mano ansiosa por la calva, y William y Thierry tuercen el gesto. «Hasta que la baronesa retorne», dice Gerald indulgente, «Clare es la mayor autoridad».

«Ailena está ausente desde hace dos días», se queja William. «Puede que no retorne nunca. Y si lo hace, no estará sola. Ocupará nuestra fortaleza con un ejército de bárbaros».

«¡No quiero a Guy al frente de esto!», grita Clare. «Actúa como si fuera nuestro señor. ¿Cómo se atreve a escribir una carta de exigencias?».

«Grandmère», intercede Thierry con firmeza, «tío Guy es el legítimo heredero del dominio».

«Ailena está ausente desde hace sólo dos días», responde Clare. «Si no ha retornado al término de la semana, accederé a su autoridad. Pero no antes».

«Esa no es una de tus opciones, Clare», dice William. «Guy declara que, si no lo aceptamos de inmediato, vendrá con los hombres de Branden».

«¡Que venga entonces!». Clare pisotea la carta, desafiante. «Los soldados de madre son vasallos juramentados. Y lucharán».

«¡Clare!». Gerald rodea a su mujer con el brazo y la induce a sentarse. «No podemos derrochar las vidas de esos buenos hombres».

«Han jurado su vasallaje», insiste Clare. «No seré yo quien derroche sus vidas. No es a mí a quien obedecen. Si lo hicieran, soltarían ahora mismo a Ummu y al canónigo Rieti».

«Ummu envenenó al rabí», proclama William sonoramente, levantándose casi de su asiento. «¡Y el canónigo ha estado fornicando con mi hija!».

«No puedo creer que el buen Ummu sea capaz de asesinar a nadie», dice Clare. «Y en cuanto a Madelon, es lo bastante mayor para saber lo que hace. Fuiste muy duro con el canónigo poniéndole negros los dos ojos».

«No lo bastante», rechina William. «¡Debería ser castrado! ¡Es un cura que ha traicionado a Dios!».

«Puede que todavía oigamos algo de la baronesa», interviene Harold tratando de desviar la hostilidad creciente. «Los heraldos enviados a los campamentos galeses podrían retornar con una palabra suya».

«A pesar de ello, tenemos que responder a Guy», dice Gerald. «Hemos de pensar en un modo de ganar tiempo».

«Que el castillo decida», repone Clare levantando arrogante la cabeza. «Si el castillo quiere luchar, no aceptaremos a Guy. Que los *serjants* y gremiales y villanos decidan. Sus vidas son la fuerza del castillo».

«Esos hombres no tienen autoridad que pueda substituir a la de sus señores», ríe oscuramente

William. «Eso es como pedir a los miembros y órganos del cuerpo que substituyan a la cabeza. ¡Pura locura!».

«Locura... pero no mayor que entregarnos todos al férreo corazón de mi hermano». Clare se pone en pie. «Anunciad asamblea. El castillo decidirá su propio destino».

«¡Me ama, muñón!». Dice Gianni desde el oscuro rincón en que yace, de espaldas sobre un montón de paja.

«Así me lo habéis estado recordando desde vuestra gloriosa entrada en este lugar», responde Ummu. «Mi corazón ansía una pausa de vuestro intrascendente y empalagoso cotorreo de amor. El amor de Madelon no nos ha librado apenas de ningún infortunio. Vuestros amoratados ojos deben de doler menos hablando de él, sólo que... lo hacéis tan a menudo».

«Era sincera, Ummu. Arrojó las hierbas de la bruja al río. Ha decidido confiar en mí».

Ummu pasea sus piernas por el muro de piedra hasta que queda sosteniéndose sobre la cabeza. «Madelon ha sido sincera por lo menos con otro caballero».

«¿Voy yo a reprocharle la misma jovialidad que fue un tiempo mi vida?».

Ummu suspira. «Estaría bien que nuestros carceleros tuvieran un sentido de la justicia tan exquisito. Ta-Toh y yo les reprochamos su hospedaje». Al oír su nombre, Ta-Toh se inquieta en su nido y hace un ruido desconsolado. «Escuchad, ni siquiera este animal puede sentirse en casa en semejante agujero. Dejad ese trino amoroso y decidnos de nuevo qué averiguasteis a través de la bruja».

Gianni expele un agotado suspiro. «Ya lo has oído dos veces. No hay más que decir. Roger Billancourt le compró a Mavis Ojipuerca la raíz de beleño. Madelon lo oyó. Pero ¿a quién se lo va a decir?».

«Olvidáis que no soy poco amado por Clare. Si ella supiera...».

«¿Que su yerno y su nieto son asesinos, muñón? Si desafía a ese par de desalmados, no tardará en acabar aquí con nosotros».

Ummu se derrumba en la paja. «¿Qué será de nosotros?».

«Mejor pensar en el amor, pequeño hombre».

Maese Pornic chilla como un tocino. Está en la calle principal del pueblo, las manos en la boca, gruñendo sonoramente. Entre las casuchas corretean los gremiales, las cabezas cubiertas por gorras de cuero con orejeras atadas bajo la barbilla y vistiendo chalecos bordados con las insignias de sus oficios: los yunques de los armeros, los zapatos de los zapateros, las lámparas de los cereros, los cuchillos de los carniceros, los ovillos de los pañeros, las cabezas de caballo de los que confeccionan sillas de montar. Cada gremial tiene varios aprendices, y todos llevan largas estacas.

Thomas Chalandon, que llega a través del puente, es detenido por Siân la ciega, que oye repicar la campana de la capilla castellana y ha descendido de sus plegarias en el Alto de Merlín

para enterarse de las noticias. «Buen señor, pausad un instante y compartid vuestros ojos con una ciega mujer».

«Gustoso, Siân, aunque no te complacerá lo que oigas».

«¡Amo Thomas!». Siân resopla sorprendida, palpando su jubón de cuero y la vaporosa textura de su túnica. «¿Cómo no vestís vuestra sotana?».

«Me he desprendido de ella, Siân. Cuando nuestro maese Pornic rompió la Sagrada Faz, rompió mi fe en la Iglesia también. Vi entonces que es Dios el objeto de mi amor... y a Él no lo confinan credos ni capillas».

«Si el maese hizo eso, en verdad os otorgó su bendición».

«Así lo creo yo, Siân... aunque la gente de la aldea difícilmente creerá que hoy los está bendiciendo».

«¿Es, pues, maese Pornic ese que oigo gruñir como un cerdo?».

«Lo es. Ha venido del castillo con los gremiales. Los *serjants* y mi familia han decidido desafiar las exigencias de mi tío».

«¡La baronesa sólo ha estado fuera dos días! Vuestro tío Guy es un personaje bien impetuoso».

«Ese es uno de sus rasgos, cierto. Y la beligerancia es otro. Intentará tomar nuestro castillo con los hombres de Branden Neufmarché. Los gremiales no apoyan la guerra porque se les come los beneficios, así que se han apartado con maese Pornic y los Morcar, que no aman a nuestra baronesa. Han venido a la aldea a recuperar los cerdos que la señora expulsó del castillo hace dos meses ya. Argumentan que necesitarán la carne en caso de asedio. Pero la verdad es que siempre les ha dolido este regalo a la gente del pueblo».

«Pero la aldea no lo consentirá».

«No les queda más remedio. Los gremiales anhelan una oportunidad para romper cráneos de villanos. Y por si hay pelea, William Morcar y su Thierry esperan en la liza con *serjants* suficientes para hacer cumplir el edicto. No habría nada que les gustase más que mandar a los vasallos leales de la baronesa y, acaso, ganarse ellos mismos esa lealtad».

Siân se espanta imaginarias moscas del rostro. «Los esbirros del Diablo soliviantan el aire, Thomas. ¿Y por qué esta nuestro santo Pornic en medio de ellos?».

Thomas coge del brazo a Siân y la aparta algunos pasos del puente de peaje para despejar el camino por el que llega la primera manada de cerdos, precediendo a los berreantes gremiales.

«Maese Pornic no tiene fe en los milagros, sólo en la Iglesia. Imagina pues su gozo habiéndose ido Ailena. Ahora puede devolver el mundo a su primer orden».

Los chillidos de los puercos y el griterío de los gremiales ahogan la voz de Thomas. Siân le tira del brazo llevándoselo de la cacofonía, atrayéndolo al Alto de Merlín, donde las plegarias pueden elevarlos sobre este precario mundo.

Las sombras de la tarde oscurecen la plaza cuando Denis Hezetre entra en el castillo con la baronesa sentada ante él. La trompeta del heraldo la anunció en cuanto fue divisada en el puente de peaje y todo el *palais* se ha apresurado a la plaza para saludarla.

Clare gime a la vista del aspecto desastrado de su madre, y toma las riendas del caballo para guiarlo al recinto interior. Pero Raquel, viendo cerdos hozar en las callejas, tira del rendaje.

«¿Qué hacen estos puercos en el castillo?», exige.

«Guy nos ha amenazado, madre. Trajimos los cerdos para que no falte la carne en caso de asedio».

Raquel contempla alrededor los rostros numerosos que la observan expectantes. Varios cientos de personas —la totalidad del castillo— se arremolina en torno a ella; pero aun en medio de ellos, siente Raquel el reverbero del vacío que la abraza. «No habrá asedio», declara.

«Madre, hemos respondido a Guy pronto esta mañana que le combatiríamos antes de rendirle tu castillo».

«Y nuestros batidores nos dicen», añade Gerald, «que los hombres de Neufmarché están marchando hacia aquí ya».

«Enviad entonces un heraldo para anunciar mi retorno», dice Raquel. «Decidle que su madre querría poder ir y venir según su placer sin que él tratase de robarle cada vez lo que es suyo».

Risas recorren la multitud.

«¿Y qué de Erec el Bravo?», grita alguien.

«Descubrió que sólo mi rostro es joven», replica. «Mi corazón es demasiado viejo y cartilaginoso para su gusto».

Hace un gesto a Denis y este conduce su caballo a través de la muchedumbre. Al pasar, Raquel ve a William mordándose nerviosamente la esquina del bigote. Junto a él está Madelon, abatida la cabeza de abandono.

Raquel otea los congregados. «¿Dónde está el canónigo Rieti?».

«Te lo diré más tarde», le susurra discreta Clare.

Thierry se acerca abriéndose camino con el hombro. «Ese cura hipócrita ha deshonrado a mi hermana. Exijo alta justicia».

«¿Dónde está?», pregunta Raquel.

«En las mazmorras», responde Gerald.

«Soltadlo de inmediato», ordena Raquel.

Clare aferra la pierna de su madre e inquiere esperanzada, «¿Ummu también?».

«Sí. Me entrevistaré con ellos en el *palais*. Quiero a Madelon allí también... con su familia».

Raquel se aleja cabalgando y la turba se disgrega. Sólo Thierry permanece enraizado en su sitio mientras ella pasa, contemplándola con ojos encapirotados como los de un halcón.

Branden Neufmarché se endereza incómodo en su montura cuando el heraldo del Castillo Valaise parte cabalgando. Tras él, en el vasto prado frente a su fortaleza, trasiega su ejército preparando una caravana de carromatos cargados de provisiones y caballos de batalla bardados.

Roger Billancourt jinetea entre ellos, bramando órdenes, y Guy Lanfranc arremete contra la guardia montada de Branden intentando averiguar qué mensaje portaba el heraldo.

Por un momento, Branden paladea la idea de imponerse y ordenar al ejército retirarse.

Pero entonces Guy emerge a través de los jinetes armados y se aproxima a Branden. «¿Qué noticias traía el mensajero?», pregunta, molesto por haber sido retenido.

«Malas», admite Branden. «La baronesa ha vuelto».

«¿Y Erec el Bravo?».

«De algún modo se las ha arreglado para hurtarse al galés». La barbata de Branden se arruga, lustrosa de sudor, y él arroja una mirada despectiva al sol fulgurante. «Por lo menos, ahora nos ahorraremos una sofocante campaña».

«¡Sangre del infierno!», berrea Guy. «¿Quién sabe qué negocios secretos con los bárbaros se ha ganado la perra con sus caderas? ¿Por qué, si no, la habrían soltado? Golpearemos ahora, fuerte y rápido, y acabaremos con ella antes de que abra a los galeses las puertas del castillo tan amplias como les ha abierto las piernas».

Branden se pellizca el labio inferior. «Parece un riesgo demasiado grande para lo poco que sabemos del asunto».

«¿Qué más necesitas saber?». Guy le muestra el prado bullente de soldados mallados con un gesto amplio de su brazo. «Esos saben suficiente para luchar. Saben que vencerán y que tendrán tierras propias, cada uno de ellos un pequeño barón con sus propios villanos. Hay territorios que ganar... o que rendir. ¿Qué harás tú, tomarlos o perderlos?».

«Significa guerra, entonces». Raquel está sentada en el sitial de estado, dolorido el cuerpo de sus vagabundeos pero refrescada después del baño de pétalos de lila y de vestirse ropas limpias. La guirnalda conchal resplandece entre el cabello recogido, carmenado, limpio ya de ortigas y lavado en agua fragante con jabón de bayas. «Guerra», repite, y el temor al desastre bulle en ella. Quiere que ese temor se expanda por el vacío que han dejado todas sus pérdidas, pero el miedo sólo se retuerce en su interior. «¿Es eso lo que queréis?». Observa alrededor a todos los que ocupan su puesto en la mesa conciliar, Gerald, Denis, Harold, Thomas, y los diversos *serjants* invitados a la cámara por los caballeros.

«Ninguno de nosotros lo quiere», dice Gerald. «Pero Branden Neufmarché ha reunido sus fuerzas fuera del castillo y Guy está entre ellos con su maestro de armas. Nuestros espías informan que están acampados junto al robledo de los pastos en disputa entre nuestro dominio y el de Branden».

«¿Cuánto tiempo necesitarán para llegar hasta aquí?», pregunta Raquel.

Gerald mira a uno de los *serjants* y el soldado responde, «Si decampan al alba, alcanzarán el Llan al mediodía, milady».

Raquel une las yemas de sus dedos, mira el vacío que contienen e imagina que sostiene el Grial. ¿Qué hacer?, pregunta al sagrado cáliz, pero ninguna respuesta irrumpe a través de su miedo. Alza la vista e inquiere, «¿Qué debemos hacer?».

Los caballeros cruzan perplejas miradas. «Antes de que Denis os trajera de vuelta», repone Gerald, «vuestrós caballeros y *serjants* se hicieron esta misma pregunta. Decidimos desafiar a vuestro hijo. Pero ahora, milady, la decisión es enteramente vuestra».

Raquel sacude la cabeza. «No. No tengo corazón para la guerra. ¿Qué objeción hay en someterse a Guy?».

Gerald y Harold bajan los ojos. Denis les mira y vuelve la vista luego a Raquel.

«Baronesa, si nos sometemos, seréis depuesta».

Raquel sonríe débilmente. «Volveré a Tierra Santa. Los que queráis podéis acompañarme». Observa directamente a Thomas.

«Grandmère», dice Thomas, «¿Qué hay de tu edicto del cielo? El Señor te ha devuelto al mundo».

«Pero ¿para matar?». Raquel frunce el ceño. «No había ninguna anticipación bélica en mi visión».

Desde el fondo, habla un *serjant*. «Señora, los villanos sufrirán, si os sometéis a Guy. Ya han perdido sus cerdos. Están furiosos por ello. Y su ira provocará al barón».

«¿Y qué hay del rabí?», inquires Denis. «El canónigo Rieti afirma que la raíz de beleño que lo mató le fue comprada a Mavis la Ojipuerca por Roger Billancourt. Eso es asesinato. ¿Vamos a someternos a asesinos?».

«El rabí no querría venganza», murmura queda Raquel, y se sienta más honda en su sitial, con pesantez repentina.

«Venganza no», proclama Denis, «sino justicia. ¡La venganza pertenece a Dios!». El caballero de pelo albo habla con incontenible emoción y el amor de toda una vida por Guy, pervertido ahora en abominación. Saber que su viejo amigo ha desafiado a Dios con la muerte de un hombre santo lo enfurece. Porque sin Dios queda sólo la arrogancia de los hombres, piensa él, y su larga negación del deseo sexual, el dolor de su esfuerzo para emular con continencia la impotencia de Guy sirve, no al amor, sino sólo a la ambición perniciosa de su antiguo amigo. El derroche de su devoción lo ha enfermado. «Enfrentemos a Guy en el campo... y que Dios arbitre».

«Dios no es un arma», replica Raquel.

Deprimido, Denis se aparta de la mesa. «Lady, vos ya habéis decidido. No ha de haber batalla».

«No». Raquel fija sus ojos medio abiertos en los hombres frente a ella. Ni voces ni himnos distantes despiertan en su interior. Sólo el silencio responde a su miedo, como si todo el mundo donde ella se encuentra estuviese vacío, esperando a que lo llene. Y si se niega, el mundo pertenecerá a Guy. *No*, decide. Y dice en voz alta de nuevo, «No. David Tibbon fue asesinado. Si nos sometemos, su muerte servirá a sus asesinos. No nos someteremos».

Los hombres, paralizados hasta este momento en la quietud de su indecisión, se animan de pronto, se vuelven unos a otros susurrando palabras de aliento.

Raquel respira hondo, reafirmando su fuerza para que no huya más delante de aquellos que mataron a su familia. Se pone en pie y, cuando sus hombres se han levantado, proclama con voz fuerte, «Es la guerra».

Madelon contiene el aliento cuando ve entrar en la cámara del consejo a Gianni, con la carne

alrededor de sus ojos de color negro-molusco. Se hurta a la mano de su madre y corre hacia él, rodeándolo con sus brazos.

Raquel silencia la protesta de Hellene con un gesto y le pide paciencia. Pide a la pareja que se acerque. «¿Dónde están tu padre y tu gemelo?», le pregunta a Madelon.

«No harán acto de presencia», responde la muchacha.

«Padre está indignado», salta Hugues, «y Thierry está demasiado furioso». Su madre lo hace callar y él la mira hosco.

«Entonces no tienen fe en el amor», dice Raquel, y observa al par frente a ella. «¿Estáis dispuestos a juraros amor ante Dios y los hombres?».

Abrazándose, Madelon y Gianni se sonríen uno a otro y asienten. Hugues arruga la nariz y Hellene se tapa con la mano la boca abierta.

«Gianni Rieti, ¿depondréis vuestros votos sacerdotales?».

«En mi corazón, milady, ya lo he hecho».

«Entonces escribiré yo misma al obispo de Talgarth y pediré que vuestra penitencia sea leve, pues habéis sido llamado por Dios para servirle en una vía mucho más difícil que la plegaria y la soledad. Ahora enfrentaréis a Dios en la disciplina más dura de todas, satisfacer las exigencias del amor».

Los colores estratificados del ocaso colman las altas ventanas puntiagudas de la estancia donde Clare y Gerald se sientan con Ummu a una mesa convival. Los criados aguardan cerca, prontos a rellenar las jarras con vino de albaricoque y las bandejas de plata con carnes mentoladas y guarnición de pepino y ajeno. Ummu, bien peinado su pelo rizado, ataviado con los ropajes de seda que Clare le confeccionara para lucirlos durante el torneo, come con gusto. Ta-Toh, vestido con una fresca túnica verde, se sienta junto a él y goza de las cerezas y las uvas.

Gerald come también, pero Clare está demasiado turbada. «¿Crees que Guy acabará por atacarnos?», pregunta al enano.

Ummu preferiría que Gerald respondiese, y el viejo trovador le dirige una mirada de fatalista certidumbre.

«La guerra», dice Ummu alrededor de un bocado, «es la jaula donde los hombres están más felices». Traga con impaciencia. «En Levante vi suficiente ya. Pero yo soy sólo medio hombre, así que me harté el doble. Supongo que vuestro hermano todavía la encuentra sabrosa».

«¡Pero atacar su propio castillo!», se lamenta Clare. «¡A su propia madre!».

«No es tu madre», dice Gerald, colocando delicadamente una tira de carne en una pasta con la punta del cuchillo.

«¡Gerald!».

Clare pone los ojos en blanco. «¿Estás con Guy?».

«Desde luego, no. Pero todos hemos observado que esta mujer no es la arpía de baronesa que amábamos con temor».

«El Grial la ha cambiado». Clare se vuelve hacia el pequeño hombre. «¿No es así, Ummu? Tú mismo viste la transformación».

«Lo hice, es cierto. Y me dejó boquiabierto». Se embute una pasta en la boca para impedirse decir más.

«Yo no pongo en duda el milagro», añade Gerald. «Pero sí creo que la ha transformado completamente».

«Om-ple-na-men-e», coincide Ummu con la boca atiborrada.

«Ya no es ni tu madre ni la de Guy», dice Gerald. «Se ha convertido en otra mujer, una mujer con un alma distinta. Es explicable que Guy ponga en cuestión su derecho a gobernar».

Clare inclina la cabeza hacia atrás, grandes los ojos. «Gerald, ¿estás diciendo que no la defenderás?».

«Sí, Clare», responde él gentil. «Yo no la defenderé. Cuando mañana tome las armas, iré al combate para defenderte a ti y a nuestros hijos... no a la baronesa».

Clare se ensombrece, sus ojos pestañean de asombro, y su rostro carnoso temblequea hacia las lágrimas. «Oh, Gerald... tengo tanto miedo».

Gerald se inclina hacia su mujer y la rodea con un brazo. «Todos sentimos temor esta noche, querida mía. Pero mañana les irá mejor a aquellos de nosotros que sepan lo que es digno de costarles la vida. En cuanto a mí, eso sólo podrías serlo tú».

Ummu meneaba la cabeza entristecido; Tah-Toh le da una palmada en la mejilla y le ofrece una cereza.

El ulular de una lechuza anuncia la noche. Raquel se arrodilla sobre una estera de junco entre las cenizas que llenan la abrasada carcasa de la sinagoga. Denis Hezetre y Harold Almquist se hinojan a su lado y, detrás, villanos y *serjants* los imitan o se sientan en las piedras derribadas.

Gianni Rieti, vestido con una túnica azul igual a las de Denis y Harold, con el emblema del Cisne bordado en ella, lee en voz alta de la Biblia. Al principio, se había resistido cuando los demás le pidieron que lo hiciese, alegando que no era digno de ello. Pero los caballeros, los *serjants* y los villanos, que se han acostumbrado a la dignidad de su acento continental, insistieron. Y ahora, mientras lee los Salmos, pidiendo que sus almas sean libradas de la batalla, su propia alma le habla con claridad.

Después, los devotos parten mientras el lucero vespertino brilla aún sobre el áspero bosque. Retornan al castillo y a la aldea, para reposar y hacer la paz en sus corazones. Raquel se demora en la oscurana, contemplando la luz del gajo de luna filtrarse por las ventanas vacías del templo y satinar la negra escoria donde las cenizas de David reposan.

Mañana, le habla al espíritu entre las vigas derrumbadas, tus cenizas estarán aquí todavía.

Pero ¿dónde será aquí? ¿Será todavía mío este lugar? ¿O fue mío alguna vez? Raquel mira arriba las estrellas solitarias, fijándose especialmente en el vacío entre ellas, que las mantiene en sus lugares. Ese mismo vacío, aprendió en los bosques salvajes, mantiene cada cosa en su sitio, aun la muerte.

Abuelo, tienes razón. Este no es mi sitio. Fue mi locura lo que nos trajo aquí. Si hubiese aceptado el morir de mi familia tanto como sus cuerpos muertos, si hubiera podido creer como tú

crees —como yo creo ahora— que todo se hace perfecto con la muerte, habría tomado de la derrota de mi familia lo que ellos me dejaron: el vacío que sólo mi vida puede llenar. El vacío sagrado.

El vacío de la Copa. Si yo hubiese comprendido entonces cómo lo contiene todo, cómo purifica cada muerte, no importa lo terrible que sea, si yo hubiese podido ver cómo es la respuesta a todo nuestro implorar, yo habría sido yo misma. Daniel Hezekyah me habría tenido y nuestras vidas se habrían completado a sí mismas en su propio lugar... en la Tierra Prometida.

Raquel inclina la cabeza ante el silencio que porta el ulular de la lechuza, el susurrar del viento, y su tristeza.

Denis aguarda hasta que el lucero vespertino se pone, antes de aproximarse a Raquel.

«Vámonos ya», aconseja.

Ella mueve su cabeza baja. «Ve, Denis. Estaré bien aquí».

«¿Y si Erec el Bravo retorna?». Denis se sienta en una roca al lado de la estera donde ella permanece de hinojos. «No. Esperaré aquí con vos».

Raquel alza la vista, abandona la plegaria y se deja caer hacia detrás hasta sentarse sobre sus talones. «Durante tantos años has amado a Guy Lanfranc... ¿Cómo podrás enfrentarlo mañana en el campo de batalla?».

Pulsa la quijada de Denis. «Es verdad que le he amado, milady. Pero creo ahora que no era él a quien amaba, sino a su fuerza. Su fuerza ha sido mi debilidad, mi ceguera. Sólo ahora, que he madurado, he comprendido que la fuerza más grande no está en los músculos de los hombres sino en su espíritu». Suspira arrepentido. «Todos estos años amé lo que creí que era noble en Guy. Él había salvado mi vida y pagado caro por ello, y yo llamé noble a esa fuerza. Pero la suya es una fuerza horrible, después de todo, una fuerza noble sólo en batalla y que batalla incluso a Dios».

Por un instante, Raquel cree que oye el cacareo rencoroso de la baronesa y un dedo gélido le toca entre los omóplatos. *Qué odio el de aquella anciana por su hijo.*

«Entonces ¿obramos bien y con justicia en todo esto, Denis? ¿Hacemos bien encontrando a Guy en el campo de batalla?».

Denis la examina en la oscuridad y recuerda cuando se irguió desnuda ante él y el resto de los caballeros. «Qué distinta de vos os habéis vuelto, Ailena. En otros tiempos, habríais estado tan furiosa que hubierais enviado vuestras fuerzas a combatir el campo de Neufmarché por la noche. Si no otra cosa, vuestro milagro nos ha mostrado el poder de Dios para sanar y transformar».

«No has respondido mi pregunta, Denis».

«¿Hay una respuesta?». El pálido cabello de Denis brilla con el fuego lunar como un nimbo. «¿Recordáis lo que dijisteis antes de que construyésemos este templo, cuando nos preguntábamos qué hacer con nuestros pobres? Dijisteis que el amor procede de error en error. Esta es mi respuesta. Mañana Guy tomará las armas por odio hacia vos. Branden estará allí por codicia. Pero nosotros... nosotros lucharemos por amor».

Thomas Chalandon se demora entre las piedras rituales del Alto de Merlín hasta que Denis Hezetre surge de las ruinas de la sinagoga. El caballero barbado establece su puesto sobre una roca lunada, oteando el espacio en busca de espías o de señales del castillo. Thomas le saluda con la mano cuando entra en el templo y Denis le devuelve el saludo con un gesto de cabeza.

Por unos instantes, Thomas permanece en la puerta, contemplando a su abuela en la argéntea oscuridad. Sabe que ella mora en el horizonte de una decisión de la que él mismo no la había creído capaz. No había creído que poseyese la vieja fuerza, la vieja voluntad, para elegir la guerra. *Dios vive en cada corazón*, le recordó él en la reunión del consejo. *Dios bendice en cada campo de batalla*, respondió ella resuelta.

«Grandmère», dice Thomas con dulzura. Cuando ella alza la mirada por encima de su hombro, la luz de la luna brilla en las huellas de sus lágrimas, y él desearía poder reabsorber su voz y huir invisiblemente de allí. Ella lo invita a acercarse y se limpia ojos y mejillas de lágrimas. «¿Lloras por mañana?», pregunta él sentándose a su lado en la estera.

Raquel ha estado dejando fluir su llanto por su abuelo y por el resto de su familia, asesinados no por Dios sino por los hombres. Aun así, asiente.

«¿Has olvidado que fuiste tú quien dijo que podemos hallar a Dios en la totalidad de Su creación?», le recuerda Thomas. «Lo hallaremos mañana también, ¿no es así?».

«Dios...». Su boca se curva en una sonrisa muda.

«Yo creo que estará allí, grandmère. Desde que me desprendí de mi sotana, todo se ha abierto alrededor. Dios ha saltado de las escrituras sagradas y de los sacramentos. Está en verdad en todas partes, tal como tú dijiste». Thomas le coge la mano y siente un temblor de atracción cuando le mira el rostro joven. «Grandmère, cuando te hablé de mi deseo por ti... es verdad. Hay... la más extraña y notable familiaridad cuando estoy contigo; tanta que no puedo explicarlo. Ni puedo expresarlo tampoco... y seguro que me estoy expresando mal. Pero el deseo de estar contigo, de compartir tu presencia, de oír tus pensamientos, es tan fuerte... Sin duda no hay pecado en eso. No hay pecado en el deseo, sino sólo en las malas acciones».

Raquel retira la mano. Su boca se abre para hablar, pero no surge nada. El engaño es demasiado cruel. Consigue musitar, «Pobre Thomas... Dios es una enfermedad». Después se torna, incapaz de mirarle a los ojos.

La perplejidad se juega el rostro de Thomas.

«Nosotros somos la cura», dice Raquel por fin, en tormento. «¿No es irónico? Dios es una dolencia que los seres humanos deben curar».

«No entiendo».

«¡Y sí lo entiendes!», replica Raquel. «Dios es un misterio. Nunca podemos entender por qué las cosas son como son. Sólo podemos confiar en nuestros propios significados».

Vuelve a mirar a Thomas y ve, aun en la oscuridad, la infantil sinceridad de su mirada y la gracia angélica de sus rasgos gentiles. El lunor intensifica su enigmática belleza, y frente a esta gracia, frente a este Parsifal cuyo corazón fue concebido para ser puro sólo, sabe con certeza que debe decirle quién es. «Te deseo Thomas. Y si este deseo viene de Dios, entonces debo decirte...

debo decirte por amor y por la mucha ternura que me inspiras, que yo no soy tu abuela. No soy Ailena Valaise. Mi nombre es Raquel Tibbon. Soy la nieta de estas cenizas».

Thomas se pone en pie antes incluso de darse cuenta de que se ha movido.

Con premura, Raquel le cuenta la historia, sin ocultar nada, ni su locura siquiera. No sabe ella si es rabia o disgusto lo que agranda los ojos del muchacho y tensa su labio superior.

Thomas escucha inmobilizado, después se derrumba bajo el peso de sus palabras. Se sienta en las piedras junto a ella, aturdido, sintiendo las implicaciones de lo que ha oído roerle el borde aterido del alma. «Tu visión... el Grial... ¿todo mentira?».

«No una mentira, Thomas. Una historia».

«¡Una mentira!».

«¡No! Hay una diferencia. ¡El Grial es real! Pero no como tú piensas. Mira, a mí me ha curado. Me ha lavado de la sangre de mi locura. Ha hecho de mí una baronesa».

«Pero tú no eres...». Thomas agita arrebatado la cabeza. «Eres una judía. Un chiste cruel urdido por grandmère desde la tumba».

«Thomas...». Alarga la mano hacia él.

«¡No!».

«¡No digas más!».

«Thomas... te quiero. Te lo he dicho porque te quiero».

Con un grito, Thomas le da la espalda y huye de las ruinas horrorizado.

Raquel deja la carcasa de la sinagoga, más ligera que cuando entró. El peso de su historia, de toda ella, yace detrás entre las cenizas. Pero el fardo de su mentira ha corrido a través de la noche. Cuando Denis le toma la mano para ayudarla a afirmar su paso por el oscuro sendero, se sorprende de lo leve que es su andar. Ocurre lo que ocurra mañana, camina Raquel hacia ello con la libertad de saber que ya no puede perder más de sí misma.

Thomas huye enceguecido del Alto de Merlín. La gente de la aldea ha dicho siempre que este es un lugar embrujado. No es extraño que la Sagrada Faz no pudiese sobrevivir íntegra allí.

No es extraño que el rabino muriese allí. *¡Rabí! No era un rabí.* Este pensamiento lo espolea, tropieza en una breña, cae, salta de nuevo sobre sus pies, e irrumpe en un campo de alta hierba espigada.

Thomas corre hasta el límite del agotamiento; luego, se deja caer de hinojos. *¿Qué queda todavía digno de adoración?*, se pregunta en la única capilla donde para él Dios ha morado siempre. El viento susurra en el herbazal; la luz de la luna undula en él.

Dolientes pensamientos lo acosan: *Si no existe el Grial, si el anciano no era rabino, acaso la Sagrada Faz no fuese real tampoco, sino sólo una roca extraña en cuya superficie la gente quiso ver a Cristo al igual que, estúpidamente, quieren ver a Ailena Valaise en Raquel Tibbon.*

Así, maese Pornic tiene razón. La hierba que damos a las bestias como forraje es milagro. Las estrellas son milagros. Pero la Sagrada Faz era sólo una distracción del milagro real de la

creación de Dios y de nuestra redención en Cristo. Todo el resto es mentira, todo el resto es obra del Demonio. Maese Pornic tiene razón. ¡Sabía lo de grandmère! Lo supo desde el principio.

Thomas se levanta y trastabilla por el campo de heno, perplejo de la astucia vengativa de su verdadera abuela y de las estupideces de la gente, hambrienta de milagros. La rabia le alancea, rabia contra Raquel por engañarlo y rabia contra su abuela por burlarse de su fe desde la tumba.

¿Y ahora? Está más solo de lo que lo ha estado nunca. Avanza a través de terrenos de cebada; la brisa nocturna le enguirnalda con fragancias de polen, niebla de río, y boñiga de vaca, y tiene miedo. *¿Quién es Dios para permitir semejantes ilusiones? ¿Quién es el Diablo, que posee la fuerza para desafiar a Dios?*

La aldea emerge de los campos. A la derecha está el bosquecillo de alisos que detiene los vientos de la montaña, y allí el estercolero del pueblo donde Dwn vivió exiliada. *¿Lo supo ella?*

¿Murió ella creyendo que su señora había sido amorosamente distinguida por Dios?

Los campos centelleantes de la Vía Láctea flotan sobre el mundo perecedero, silueteando las humildes chozas. Trepa un muro de piedra bajo, infirme, y pasa por debajo de un nogal; un perro despierta para ladrarle, lo reconoce y soñoliento vuelve a posar la cabeza entre sus patas.

Piensa en atravesar la aldea, cruzar el puente de peaje y retornar al castillo, a su alcoba en la torre maestra, donde espera que el sueño serene su alma herida. Pero ve entonces la casucha que sirve al pueblo de capilla, con sus paredes de ramas entreveradas.

Ya en el interior, se arrodilla sobre la tierra compacta delante del cancel recubierto de corteza, y busca con la mirada el tosco crucifijo a través de las sombras. Con la cabeza apoyada en las manos, reza al Consuelo Divino, al Espíritu Santo, para que descienda a él. El silencio se entreteje con los aromas de la menta salvaje y el romero, que se filtran por las paredes con el soplo de los campos. En el tronco partido que sirve de altar, alguien ha depositado una ofrenda de zarzas de mora ensortijadas como una corona de espinas. El humilde don llama las lágrimas de sus ojos, y llora con la sinceridad del amor del pueblo por Dios... la misma sinceridad que tan cándidamente sirve a las obras del Diablo.

«No derrames lágrimas en el altar», dice queda una voz desde la entrada, y Thomas se vuelve para ver a maese Pornic de rodillas en la puerta, santiguándose. El santo varón se incorpora y avanza entre las filas de bancos descantillados. «Jesús derramó lágrimas de sangre por todos nosotros. Su dolor redimió nuestras almas. Ahora debemos acercarnos a Dios con gozo».

Thomas se limpia el rostro de lágrimas. «No puede haber gozo en mi corazón esta noche».

«Sí, yo siento el mismo dolor, Thomas». Maese Pornic se arrodilla junto a él. «Mañana habrá hombres que morirán».

«Los hombres mueren cada día», dice Thomas y alza los ojos hacia el crucifijo amortajado en tinieblas. «Yo pensé que estaríais contento. Dejar este mundo pecador por el cielo... ¿no es así maese?».

«Lo es... para los que mueren en gracia de Dios». Maese Pornic posa una mano huesuda en el hombro de Thomas. «Hijo mío, ¿estás afligido por algo más profundo? ¿Estás enfadado todavía conmigo por romper el icono en el templo judío? El rabí se habría alegrado».

«No puedo decir lo que me turba, maese. Por favor, dejadme con mi soledad».

«Tú eres un alma que yo creí señalada para el servicio de Dios. Te desprendiste de tu sotana cuando destruí el icono. Me he sentido hondamente perturbado desde que mi celo privó a Dios de tu amor».

«Comprendo por qué rompisteis la Sagrada Faz», musita Thomas con sus manos unidas apretadas contra el rostro. «Ahora, por favor, marchaos».

«Sólo una ausencia de fe requiere milagros», dice el santo varón y estrecha el hombro de Thomas. «Tu fe ha sido siempre fuerte. Lo que has puesto en duda no es Dios, sino tu dignidad para servir a Dios como sacerdote. ¿Estoy equivocado?».

Thomas se aparta hasta hacerle retirar la mano a maese Pornic. «No quiero hablar ahora. Mi alma está dolorida y sólo Dios puede ayudarme a soportar esto. Por favor, dejadme hablar en paz con Él».

Maese Pornic deja caer el mentón hasta el pecho y, en las sombras, el anillo de su pelo plateado brilla como un halo. «Después de que partieras de la abadía, llegó una encíclica de nuestro Santo Padre Inocencio Tercero. Describe en ella un modo nuevo de purgar el alma y anima a todo su rebaño a practicarlo. Es una confesión general de todas las perturbaciones y pecados del alma. Cuando es un sacerdote quien la oye, la confesión es recibida directamente por Dios».

«Dios nos oye en nuestros corazones», dice Thomas y retorna al cancel.

«Sí. Pero deja que te oiga asimismo en tu voz para que puedas ser perdonado no sólo en tu corazón sino también en tu cuerpo, que carga los fardos del corazón».

Thomas agita la cabeza. «Lo que me turba es secreto. Es una confidencia que no puedo revelar sin traicionarme a mí mismo».

«Lo que me digas, Thomas, pertenecerá a Dios. Habla, hijo mío. Descárgate, halla favor en Dios... y calma mis terrenos cuidados haciéndome saber que no te he alejado de la Iglesia».

«Arrojé mi sotana porque no puedo convertirme en sacerdote», dice Thomas a las sombras del altar. «No puedo resistir las estrecheces de la fe. Dios está en todas las cosas y no necesito morar en la Iglesia para encontrarlo. Siento que me haya costado tantos años descubrir una verdad tan obvia».

«Eso me confirma que no fui yo la causa de tu apartamiento». Maese Pornic le da unas palmadas en el hombro, se santigua y se pone en pie. «Rezaré por ti, Thomas. Cualquiera que sea el camino que elijas desde ahora te llevará a Dios».

Maese Pornic camina hacia la puerta y la mirada de Thomas cae de nuevo en la corona de zarzas. La expectación que concibió esta ofrenda y la depositó aquí despierta en él un sentimiento análogo, una tierna confianza en lo que no puede ser visto pero es anhelado, un amor que la muerte no puede conquistar, un amor que nos salva de los terrores del vivir. Y le abrumba la tristeza de que tal amor supremo haya de ser buscado en una corona de zarzas, en la mancha de un fragmento de roca o en el engaño de una vieja acibarada.

«Maese...», lo llama Thomas. «Volved. Necesito confesarme».

Los hombres duermen inquietos en los barracones. La pesadilla de un *serjant* viviendo la batalla

de mañana le arranca un alarido que despierta a los soldados junto a él. Se incorpora y parpadea al amarillo resplandor de los candiles. *Serjants* cubiertos por meros taparrabos se sientan en el borde de los camastros murmurando hoscos. *¿Es un asalto?*

El hombre de ojos adormilados no oye alarma alguna, mira alrededor si alguien se está vistiendo para la batalla y descubre entonces a maese Pornic entre los hombres susurrantes.

Alguien ha muerto, piensa, y se levanta del catre.

«Tú», señala uno de los *serjants* mayores al hombre atontado. «Despierta al resto. Maese Pornic tiene nuevas importantes».

Madelon yace despierta en su lecho, cruzadas sobre el vientre las manos, imaginando al niño creciendo dentro. Esta alma ha encontrado refugio en la suya... y en su Gianni. El amor que comparten derrotará las dudas de los demás. Porque, por ahora, sólo la baronesa cree en ellos, pero con el tiempo su amor por el niño y por Gianni pesará mucho más que la angustia de sus padres, la ira de Thierry o las burlas de Hugues.

Reza por la criatura, por esta alma de Dios tan reciente que Él ha de estar ahora mucho más cerca con esta nueva vida dentro de ella: *Protege a mi Gianni en el campo de batalla mañana. Evítale heridas mortales así como la miseria de la derrota, y devuélmelo para que pueda cumplir la penitencia que Te debe y ser el padre de este niño y...* ¿Cómo lo había dicho la baronesa? *Por favor, Padre Celestial, haz que mi Gianni viva para que pueda satisfacer las exigencias del amor.*

Mientras Gianni duerme en la sacristía apuñando una cinta de pelo atada a un rizo élfico de la melena de Madelon, Ummu se pasea delante del altar. Ta-Toh lo observa adormilado desde su lugar de reposo en el regazo de la Virgen María.

«¿Cómo puede dormir esta noche?», masculla Ummu deseando casi que su disgusto despierte al aletargado caballero para poder reprocharle una vez más que haya aceptado casarse con semejante pícara caprichosa. «Mañana su condición de sacerdote ya no puede dispensarlo de la lucha. Mañana arriesgará su vida por el privilegio de casarse. ¡Qué grotesco!».

Estrellas azules y una media luna penden sobre el viñedo, y el edén de cerezas está colmado de ruiseñores. Thomas deambula lento hacia el puente de peaje sintiéndose luminoso por dentro. Toda la oscuridad nacida del engaño de su abuela pasó ya con la confesión a maese Pornic. Ahora, mientras vaga a través de la noche, contempla todo lo bueno que Raquel Tibbon ha hecho por la aldea y el castillo en el poco tiempo que ha estado entre ellos.

Es una buena mujer, comprende al recordar cómo arriesgó su vida para robar a Dic Cuchillolargo su tesoro e impedir que se perdiese el castillo. Ya no anida rabia contra ella en su corazón: no fue ella quien buscó este destino, sino que su artera abuela la seleccionó para él. Ríe fuerte con dichamaliciosa al pensar que llegó a creer que la mujer cruel y amarga que fuera

Ailena Valaise había podido convertirse en la alegre, en la altruista dama de los ojos negros.

Pero todavía lo macula la tristeza con la idea de que la historia de Raquel sobre el Grial es sólo un cuento. Ve de nuevo la corona de zarzas en el altar de la capilla del pueblo y una punzada de remordimiento lo hiere. El mayor bien que Raquel ha obrado, mayor incluso que enriquecer a los campesinos o salvar el castillo, es fortalecer la fe de la gente en el Divino. Aber el Idiota, Siân la Ciega, Owain Sinpiernas y todo el resto de los desgraciados de la aldea han sido renovados por su milagro. Incluso los *serjants* y caballeros, tan cínicos bajo el mando de Guy, se han convertido de pronto en eruditos bíblicos, en grandes contempladores de la vida de Yeshua ben Miriam. Otra carcajada brota en él al pensar en su padre adorando como un judío, y en el formal Harold Almquist y en el prosaico Denis Hezetre dejándose crecer barbas rabínicas.

Otra ola de preocupación lo embiste entonces y la sonrisa desfallece. Se detiene ante la vía que conduce al castillo y se pregunta si debe decírselo a los demás. ¿Habrán de cabalgar mañana contra Guy los hombres creyendo que luchan —y mueren— por la Dama del Grial?

Camina por el campo hacia el establo, hasta un taburete olvidado por el pastor, y se sienta.

Eleva hacia el castillo la mirada, esa cosa compacta al resplandor de las antorchas que es como una masiva pieza de ajedrez de los cielos enraizada en las sombras. Los centinelas de las murallas lo ignoran, sin percibir que una figura insignificante en la oscuridad, entre las vacas mugientes, podría portar un secreto que decidiese su destino.

Sobre las agujas del castillo, parpadean las distantes antorchas del cielo. *Hay un Dios*, cree Thomas al tocarle el alma la mística belleza de la noche. *Y todo este mundo es su capilla*.

Con estas palabras, dichas silenciosamente para sí mismo, tiene él su respuesta: las vidas en este castillo y en la abadía donde él vivió tanto tiempo —y por eso mismo, las vidas en todos los castillos y abadías, en todas las sinagogas y mezquitas, en todas las ciudades y aldeas del mundo— todas existen juntas en la casa de Dios.

Thomas se pone en pie. No le dirá a nadie más que a Dios lo que Raquel le ha contado.

Mañana estos hombres lucharán y morirán por la Dama del Grial porque es real. Al igual que su tío es real. Si Guy Lanfranc prevalece, todo volverá a ser como antes. La gente del pueblo perderá sus cerdos y la capilla que todavía puede edificar de las ruinas del Alto de Merlín. Su madre y sus hermanas perderán sus trovadores y cortes de amor. Pero todos perderán aún mucho más.

Perderán a la Dama del Grial y la esperanza sustentadora del Divino que Raquel Tibbon ha creado a partir de la maldición de una anciana.

Raquel no puede dormir. Ha encendido todos los candiles de su dormitorio y ha hecho traer aun tres más. Ansía luz, luz suficiente para dejar afuera la noche. Ahí en las sombras una turba asesina acecha, esperando la aurora para atacar. Tienen rostros diferentes de los que ella recuerda de su infancia, pero es la misma canalla que destruyó la finca de su familia, que sacrificó a sus tíos y primos, y que obligó a sus padres a matar a sus hijos y a sí mismos. Y ahora vienen a por ella.

Cada llamita se yergue en la boca de cada una de las lámparas, delicada y alerta.

Sentándose en la cama, las observa y querría absorberlas por los ojos para iluminar la oscuridad de sus adentros. Sabe que vería el vacío conteniendo todos sus recuerdos, que su miedo se apocaría y volvería a su sitio en lugar de henchirse envolviéndola. Si pudiera dejar entrar luz bastante, sus memorias serían sólo memorias y no agujeros. Se recuerda a sí misma que esta es una guerra que la gente quiere emprender para contener a Guy Lanfranc. Esta no es su guerra.

Los recuerdos de la masacre de su familia son sólo recuerdos, se dice una y otra vez. Con suficiente luz en su interior, lo vería así. El mañana tiene su propia libertad para ser lo que ha de ser.

Su rumiar es interrumpido por un golpe en la puerta. Ella ha pedido a sus doncellas que la dejen sola y abre esperando un heraldo con noticias de los batidores. En lugar de este, es Thomas quien se yergue allí, suave y contrito el rostro. Raquel oculta su sorpresa, despide a las criadas que revolotean ansiosas detrás del joven y le invita a pasar.

«Raquel», dice el muchacho una vez cerrada la puerta. «No tenía que haber corrido como lo hice».

Raquel siente los flancos de su cuello y sus mejillas cálidos de alivio. «Yo no debería haberte mentado... ni a ti ni a nadie».

Thomas sonríe con gentileza. «No una mentira. Una historia. Hay diferencia».

«¿La hay?», pregunta Raquel esforzándose en percibir si está burlándose de ella.

«Sí. Una decibe. La otra concibe. El bien que tú has concebido durante el escaso tiempo entre nosotros... eso es realmente un milagro».

«Me temo que es más una maldición que un milagro haber llevado este castillo al borde de la guerra».

Thomas alza las cejas. «¡Pero no lo has hecho! La causa es mi tío. Y me sorprende que no haya golpeado antes».

El dolor arredra la mirada de Raquel. «El abuelo... y Dwn... ambos fueron asesinados por él, estoy segura. Tengo tanto miedo por los muchos que morirán mañana».

«Aquí en la Marca, siempre ha habido guerra, Raquel. Si tú no hubieses venido, los mismos hombres formados contra nosotros mañana habrían caído en el asedio al castillo de Neufmarché».

«Me sometería a Guy, si eso fuera lo mejor para el resto. El alma de mi abuelo no quiere venganza».

Thomas coge a Raquel por los hombros. «Cuando nuestro castillo luche mañana, no será por venganza, sino por el bien que hemos conocido con la Dama del Grial».

«Entonces... ¿es verdad mi historia en tu corazón?».

Mira el palor del rostro de Raquel, sus ojos redondos como la noche. «Que esta noche sea la única en que tu historia no es verdad, la única en que no eres mi abuela sino la mujer que eres realmente, Raquel Tibbon». Impetuosamente, besa su boca.

Por un supremo momento, él la siente resistirse, rendirse luego y abrazarse por fin fuerte a él.

Thomas la hace sentar y se arrodilla ante ella. «¿Dudas de mi sinceridad?», le pregunta.

«Creo en la sinceridad de mi amor por ti», responde ella. «No he sentido esto por nadie más».

Cuidadosa, solemnemente, Thomas empieza a desnudarla y ella hace lo mismo con él.

Contemplan uno la desnudez del otro, arrobados al principio, sintiéndose y acariciándose, aturdidos. Luego, tornan a besarse, tocando como nunca antes tocaran.

Cuando Thomas corre las cortinas del lecho enclaustrándolos en las sombras ambarinas de una amorosa soledad, un pensamiento gris de batalla reclama a Raquel otra vez... ¿Dónde estarán mañana a estas horas?

«No tengas miedo», le susurra él y le acaricia el cabello sable. «Existe sólo esta noche... y mientras dure, estaremos juntos».

Raquel cierra los ojos y lo atrae hacia sí. No permitirá que el miedo le robe este momento, el único, acaso, en que conocerá el amor. Deja que el vacío de su dolor se lleve el miedo y se imagina flotar, planear en los cielos con Thomas.

Abre los ojos y lo ve encaramarse a ella. Una puñalada de dolor los une; un grito se expande en su garganta en una honda aspiración, y luego en un suspiro agudo. Ungidos por lustroso calor, se adunan, y sus cuerpos fundidos arden en ígnea conmoción de miembros. De un modo torpe y extraño al principio, y después en perpetuo delirio, hallan el ritmo de su evasivo placer y se deslizan uno en los brazos del otro, flexibles y astutos como antiguos amantes.

Más tarde, yacen como clavados juntos, exhaustos del hambre implacable del uno por el otro. Entonces, la dicha desmaya hacia la desesperanza de mañana. Y desde este momento fulgurante, el futuro se entenebrece.

La campana de la capilla repica furiosamente contra la incandescente aurora. Raquel asoma la cabeza al corredor para recibir la noticia de que se está convocando a todo el mundo a la capilla. Rechaza a las doncellas que se ofrecen para ayudarla a vestirse.

Cuando ella y Thomas alcanzan la capilla, todos están ya reunidos allí. Los gremiales y sus familias, que abarrotan la puerta, se apartan para dejarla pasar. En el altar, maese Pornic aguarda rodeado de *serjants*. Con sus mejillas hundidas y las cuencas oscuras de los ojos, parece un cadáver.

Raquel se detiene en el cancel ante el altar. «¿Quién ha hecho sonar la alarma?».

«Yo lo he hecho», responde un soldado de hombros macizos con rostro de fiera fealdad, Gervais, el caboral de *serjants*. «Maese Pornic asegura que no sois la baronesa Ailena Valaise. Dice que sois, en realidad, una tal Raquel Tibbon, la nieta del rabí».

El rostro de Raquel lividece. Mira severa a maese Pornic. «¿Por qué fomentáis esta mentira el mismo día en que el destino de nuestra fortaleza está por decidirse?».

«No es una mentira», dice vibrante el santo varón. «Juro por la sangre de Cristo que es la verdad».

La asamblea contiene la respiración; ecos de sus murmullos excitados recorren la abovedada capilla.

Raquel trata de dominar su pánico y dice con voz trémula que los demás toman por rabiosa, «Desde mi retorno, habéis tratado de hundirme, Pornic».

«Vos os habéis hundido a vos misma. He tenido el privilegio de enterarme de la verdad gracias

a uno de entre nosotros en quien confiasteis».

Raquel mantiene la mirada fija en el abad, sabiendo que si observa siquiera de reojo a Thomas se traicionará ante la asamblea. Su garganta está demasiado tensa para hablar. *¿Puede ser cierto?*

«Thomas Chalandon ha confesado lo que vos le contasteis, Raquel Tibbon». Maese Pornic señala con un dedo entortijado a Thomas. «He traicionado tu confianza, Thomas. Y por ello Dios me castigará. Pero no puedo permitir que hombres buenos mueran defendiendo una mentira».

Durante casi una eternidad, Thomas permanece paralizado y perplejo. Siente los ojos de todos los reunidos sobre él y comprende que la ingenuidad de su fe ha condenado a muerte a la mujer que ama. «¡No!», grita, avanzando hacia el altar, oscura de furia su faz. «¡Nunca he dicho nada semejante!».

Maese Pornic abre la boca, espantado. «¡Thomas! No niegues ante mí la verdad. Tu alma está en peligro. ¡Una sola alma perdida por esta farsa y serás condenado a la maldición eterna!».

«¡Nunca he dicho lo que afirmáis!», insiste Thomas con todo su aliento. Se vuelve y enfrenta a la pasmada muchedumbre. «¡Está mintiendo! Está celoso del milagro de mi abuela».

«Thomas está enamorado de Raquel Tibbon», proclama maese Pornic. «Cebaría esta mentira en aras de su sola lascivia egoísta».

«¡No es verdad! Esta mujer es mi abuela».

Maese Pornic llama al altar a dos de las doncellas de Raquel, que se encuentran entre la turba. «¿Estuvo Thomas Chalandon con vuestra señora en su dormitorio esta noche?».

«¿Qué demuestra eso?», grita Thomas. «¿Es que no puedo departir con mi propia abuela?».

«¿A qué hora dejó el dormitorio?», inquiriere el abad.

«Al alba», dice una de las criadas, y la otra asiente. «Cuando repicó la campana de la capilla».

Alaridos de escándalo erupcionan de la asamblea. «¡Impostora! ¡Bruja! ¡Diablo!».

«¡Arrestadla!», exclama un *serjant* desde la turba.

Raquel se mantiene impasible, fríos los ojos y fijos en maese Pornic, que la contempla con mirada piadosa.

«¡He pasado la noche deliberando con mi abuela sobre los asuntos de la batalla!», protesta Thomas, pero su voz se pierde en el tumulto de gritos conmocionados y el babel de farfullidos.

Mira a Raquel incitándola a hablar por sí misma. Ahora sólo ella puede hacer cesar el bullicio. Pero ve su faz cerosa y sabe que está perdida.

Clare, de pie, las manos en la boca, contempla a su hijo con ojos amedrentados. Junto a ella, el padre de Thomas abate la cabeza y sus hermanas discuten una con otra. Harold y Gianni están mudos, atónitos. Sólo Denis brama entre la turba tratando de imponer silencio. Pero lo ignoran. Maese Pornic se ha ganado *serjants* suficientes con los terrores del infierno y no hay posibilidad de calmarlos. Y los gremiales ahora, reconociendo la oportunidad de proteger sus intereses de los estragos de la guerra, chillan, «¡Lanfranc! ¡Lanfranc!».

Cuando William y Thierry cogen a Raquel por los brazos para llevársela, ella logra mantener alta la cabeza, logra incluso dilatar las aletas de la nariz en gesto enfurecido, recordando desesperadamente su entrenamiento aunque sus entrañas se acalambran de pánico.

Raquel contempla desde su ventana el recinto interior y la cortina de muralla que lo rodea.

Los pocos *serjants* aún leales han tomado posiciones en las torres que defienden el portal interior.

Sin ellos cubriendo el puente levadizo con sus ballestas, los gremiales habrían irrumpido en el *palais* y convertido la ejecución de Raquel en un auténtico espectáculo. Oye ahora sus voces distantes: «¡Quemad a la hereje! ¡Quemad a la judía impostora!».

Las voces de la turba suenan pequeñas y muy lejanas, como las voces de los muertos que un día poblaron su sangre... hasta la muerte del abuelo. Ahora que nadie la ve, suelta las riendas de su temor. Las manos sobre el rostro lívido tiemblan y querría llorar, asustada de lo que la canalla pueda hacerle... pero el miedo al miedo se lo impide.

Abajo, ve a Thierry cruzar el patio apresurado y la bandera del Cisne, que ha arriado de la torre del homenaje, arrastrada detrás, flácida como una mortaja.

«¿Se lo confesaste al abad?», pregunta a Thomas Denis mientras atraviesan corriendo la plaza. La mayoría de los gremiales y sus familias se apiñan ante el portal interior, y la gente que vaga perpleja alrededor de los talleres murmurando con grave consternación son villanos y sirvientes cuya simpatía está con la baronesa.

Una lechera aferra el brazo de Thomas. «Amo Thomas, decidnos la verdad. ¿Quién es la baronesa?».

«Es mi abuela, la Dama del Grial», responde Thomas con fervor. Su ira contra maese Pornic por traicionar su confianza y poner su amor en peligro le ofrece una pronta defensa: «El abad miente pensando evitar un gran mal con otro menor. Pretende impedir la guerra con una mentira».

La lechera sonríe con gratitud y desaparece gritando, «¡Valaise!».

«Los villanos tienen fe en Ailena», dice Denis. «No han olvidado que maese Pornic destruyó la Sagrada Faz y maldijo su templo. Ni olvidan tampoco cómo les arrebataron los gremiales los cerdos que la baronesa les había dado. Si pudiésemos reunirlos y traerlos al castillo, los *serjants* que William comanda no se nos resistirían».

Thomas arroja una preocupada mirada a la puerta frontal, donde una piña de *serjants* se alza ante el bajado rastrillo. «Los hombres leales a grandmère retienen la puerta interior para proteger a la baronesa. Pero estos son hombres del abad. No nos dejarán pasar».

Denis da una palmada en el hombro de Thomas. «Tienes que abrir esa puerta... y tienes que mantenerla abierta hasta que vuelva con la gente del pueblo».

«Yo...», la boca de Thomas labora sin llegar a hablar.

«Recuerda quién eres. Con tu abuela bajo arresto y tu tío ausente eres, por derecho de nacimiento, el legítimo señor de este castillo». Se suelta la espada y se la ofrece a Thomas. «Coge esto y úsalo si debes. Ahora ve. Buscaré mi caballo».

Denis corre hacia las cuadras y Thomas observa la puerta. Allí, los corpulentos soldados cambian hoscas palabras entre ellos. Se ciñe la espada a la cintura y se la acomoda mientras

camina, tratando de que al colgar no le estorbe. Pero esta sólo pendula a su costado, como un apéndice antinatural. A medida que se aproxima a los portales, oye el nombre de su tío pasar de boca en boca con frío respeto.

«Habrá lamentaciones en el campamento de Howel cuando se enteren del retorno del Lanfranc», dice uno de ellos.

«Y no habrá menos lamentos en la fortaleza de Neufmarché, como Branden se atreva siquiera a cortar leña en las tierras en disputa».

«Guy tendrá a Neufmarché cagando verde dentro de una semana».

Thomas se detiene ante los hombres, que lo ignoran hasta que les dice, «Abrid la puerta y levantad el rastrillo».

Los *serjants* interrumpen su cháchara y contemplan al joven con una mezcla de regodeo y fastidio. «Vuelve al *palais*, chico. Tu madre puede necesitarte».

Los hombres ríen. «¡Ha perdido a su madre! ¡Ve y consuélala!».

«¡Abrid esta puerta de inmediato!», grita Thomas.

Las carcajadas de los *serjants* restallan más fuerte.

Thomas desnuda la espada, sorprendido de qué rápido el filoso acero se desliza de la vaina. El arma queda como suspendida en el aire, tan perfectamente equilibrada está. Las risas cesan y los rostros de granito le dirigen miradas frías, pétreas.

«Aparta eso, chico. No saques la espada a menos que estés dispuesto a usarla».

«La usaré, si no abris la puerta».

El *serjant* más cercano desenvaina. Thomas se vuelve hacia él para enfrentarlo. Con un solo gesto de abajo arriba, el *serjant* golpea poderosamente la espada de Thomas arrancándosela de la mano y haciéndola repicar en el pavimento.

«Vete con tu mamá de una vez», le increpa el *serjant*, posando el filo de su acero en la mejilla de Thomas, «o dejaré mi señal en tu bonito rostro».

Rabia llamea a través del pasmo de Thomas. «Cortadme, *serjant*, y os veré bailar en la horca. ¿No sabéis quién soy?».

«Te llaman Tom el Soñador», responde el *serjant* con sonrisa maliciosa. «Tendrías que tener la cara metida en un libro, Tom, no en la punta de mi espada».

«Soy el sobrino de Guy Lanfranc», dice Thomas fríamente. «Vas a verter la sangre de su hermana, que corre por mis venas, y eso no le gustará ni siquiera a él». Con un dedo, Thomas aparta la hoja de su mejilla. «Guárdate el arma y abre la puerta. O me ocuparé de que pases el resto de tus días como jefe de letrinas».

La faz del *serjant* se tensa y su espada se alza amenazadora. «Tú hijo de pu...».

El resto de los *serjants* lo agarran y se lo llevan. «Haz venir a Gervais», le dice uno al portero.

Thomas recupera su acero y lo envaina. Un momento después, el caboral de *serjants* emerge de la torre. Los soldados abren paso al personaje de hombros torunos.

«Caboral, abrid esta puerta», ordena Thomas.

«¿Por orden de quién, micer Thomas?».

«¿Por orden de quién está cerrada?», replica Thomas.

«Sir William dio la orden».

«Yo hablo por la baronesa», dice Thomas. «Abrid la puerta y alzad el rastrillo».

Gervais agita su masiva cabeza. «Sabéis que no puedo hacer esto, micer Thomas».

«¿Por qué no? ¿No sois un vasallo juramentado de la baronesa? ¿Carecéis pues de palabra y de honor, caboral?».

La cicatriz que cruza el ojo derecho de Gervais se crispa. «He probado con sangre mi honor. Sin embargo, ya no estoy ligado a mi vasallaje. Maese Pornic ha dicho que esa mujer no es la baronesa. Que es una judía».

«¿Ailena Valaise una judía?», ríe Thomas. «Sois un tarugo, Gervais, si os creéis eso. ¿Habéis visto una judía alguna vez? Maese Pornic os ha engañado, porque sabe que es la única forma de quebrantar vuestra devoción hacia la baronesa. Jamás le confesé nada parecido».

«¿No lo hicisteis?», inquiera Gervais, bizqueando su ojo sano con desconfianza.

«¿Esperáis que creamos que el santo varón ha mentido?».

«Maese Pornic está consagrado a la Iglesia, no a nuestra baronía. Aborrece a grandmère por realizar el culto tal como Jesús lo hacía en lugar de imitar a los apóstoles, que vinieron después de Él. Esto constituye una herejía para el cura y, por combatirla, haría lo que fuera, aún más que mentir. Incluso fornicar, si fuera necesario».

Varios de los *serjants* se carcajean y Gervais asiente, comprendiendo ahora. «Hemos jurado honrar y servir a la baronesa Ailena Valaise, no a la Iglesia», anuncia Gervais. «¡Abrid la puerta! ¡Alzad el rastrillo!».

Viendo que Thomas se ha ganado a los soldados, Denis monta y cabalga a través de la plaza. En los portales, se detiene, hace un gesto a Thomas con la cabeza y galopa a través del puente y por el camino que conduce a la aldea.

«¿Quién ha abierto la puerta?», grita hosca una voz aproximándose. William Morcar llega a grandes zancadas desde los barracones. «¡Bajad el rastrillo! Nadie debe ser admitido sin que yo lo reconozca».

Los *serjants* se acobardan, pero Gervais lo detiene con una mano alzada. «Sir William, micer Thomas habla por la baronesa».

«¡Loco!», ladra William. «¿No oíste al maese? ¡Es una impostora! ¡Una judía!».

«El abad mintió», dice Thomas definitivo. «Ailena Valaise es la señora de esta fortaleza, William. Ve y ponla en libertad de inmediato o serás castigado por traición».

William arremete contra Thomas, lo agarra por la túnica y lo levanta sobre las puntas de los dedos de sus pies. «Escúchame, enternecido bobo, esa judía nunca volverá a mandar aquí. El verdadero legado de este dominio viene ya de camino hacia la fortaleza. Si te atreves a desafiarlo, tú y tu amante judía seréis quemados por herejes».

«Gervais...», grazna Thomas.

El caboral de *serjants* posa una masiva mano en el brazo de William. «Soy el vasallo de la baronesa, sir William», dice Gervais en tono apologético pero firme. «Mis hombres me seguirán».

William lo observa confundido. «Pero... ¿creéis a este... este hijo de trovador que no es ni siquiera caballero, que ha arrojado su sotana? ¿Le creéis por encima de la palabra de maese

Pornic, un verdadero servidor de Dios?».

Gervais aparta las manos de William de encima de Thomas. «Yo no soy un clérigo, sir William. Soy un soldado y un vasallo juramentado. Mi lealtad no puede vacilar sin más motivo que rumores. Dadme una prueba de que milady es una impostora y yo mismo la ataré a la estaca y prenderé el fuego».

Un rumor multitudinario llega ahora a través de la puerta. Denis cabalga orgulloso sobre el puente levadizo conduciendo a la gente del pueblo. Se habían reunido en el puente de peaje cuando vieron arriar del torreón la bandera del Cisne y ahora irrumpen gritando, «¡Valaise! ¡Libertad a la baronesa de Valaise!».

William aprieta los dientes, gira sobre sí mismo y se aleja de la turba impetuosa de villanos. Thomas corre a la cabeza de la multitud, se coloca junto a Denis y acompasa a la marcha de su corcel su caminar. Cuando los gremiales los ven venir, sus gritos desfallecen, protegen con sus espaldas a sus mujeres y niños y retroceden contra el foso.

Denis detiene la tropa de aldeanos cruzando el caballo delante de ellos. «¡Esta es la fortaleza de Ailena Valaise!», grita. «¡No deshonraremos a la baronesa matándonos unos a otros!».

Da la vuelta a su montura y se dirige a los gremiales: «Aquellos de vosotros no dispuestos a permanecer con la baronesa y a defenderla partid ahora y buscad fortuna en otra parte».

Algunos de los gremiales recogen a sus familias y avanzan. Denis y Thomas les abren camino a través de la multitud, y aquellos se retiran bajo potentes abucheos y silbidos. Cuando el portal interior se abre, emerge Thierry acompañado por cinco *serjants*; Hellene y Hugues le siguen, implorando al joven caballero, «¡Llévanos contigo!».

William agarra el brazo de su mujer y la detiene en el puente levadizo. «¡Llévate a Hugues de vuelta al *palais*!», ordena.

Hellene está ciega de pánico. «¡No! ¡No nos dejes atrás!».

El rostro denso de William parece añublado. «Volveremos a por vosotros», promete con afecto. «Estáis más seguros aquí que en el campo». Cabecea a Hugues. «Cuida a tu madre de todo peligro».

«Quiero ir contigo, padre», insiste Hugues. «Soy lo bastante mayor para luchar».

William le da una palmada en el hombro y engarabata una media sonrisa. «Habrás otras batallas, hijo, está seguro de ello. Pero ahora tengo que confiar en ti para que protejas a tu madre y a Madelon. ¿Dónde está tu hermana?».

«La vi con el canónigo», dice Hugues. «¡La Imitadora dice que se van a casar!».

La faz de William se enciende de carmesí con el grito que reprime y hace ademán de marchar hacia el recinto interior.

Thierry le aferra el codo. «Padre, no ahora. Nos encontraremos con Rieti en el campo de batalla».

William deja que su hijo se lo lleve y masculla, «Tenía que haberlo capado cuando tuve la oportunidad».

«La Imitadora nos habría hecho encerrar en las mazmorras», lo consuela Thierry. Con una sacudida de su cabeza indica a Hugues que se lleve a Hellene de vuelta al recinto. «No tardaremos

en vengarnos».

Padre e hijo marchan decididos a través del puente y de la turba de villanos, sin mirar a Denis ni a Thomas.

Desde la capilla, maese Pornic y Gianni Rieti ven a William y sus compañeros sacar los caballos de los establos y ceñirse las armas.

«Has perdido la protección de la Iglesia, hijo mío», le dice a Gianni el abad. Mira al interior de la capilla, donde Madelon permanece en la oscuridad, fuera de la vista de su padre y su hermano. «No vayas a perder el alma también. Olvida esa mujer que te tienta con la debilidad de la carne. Te lo imploro, ven con nosotros y usa tu espada para vengar el engaño que te ha hurtado a la gracia de Dios».

Gianni sacude la cabeza. «No puedo, padre. Cualquiera que sea la gracia que Dios me ha mostrado, esta ha llegado a través de una mujer. Sea baronesa o judía me alzaré o caeré por ella. Y Madelon. He derrochado mi vida corriendo tras el deseo y huyendo de sus consecuencias. Con Madelon, mi deseo ha encontrado una patria y, con ella, la misma idea de deseo es transformada y santificada».

El abad se santigua. «La mujer es el instrumento del Diablo».

«No, padre». Gianni sonríe tolerante. «Vuestra ignorancia os puede. La mujer es un milagro que aún estáis por entender».

El sacerdote frunce con escepticismo el ceño. «¿Nada de lo que diga te hará cambiar de parecer?».

Gianni mueve negativamente la cabeza.

«Entonces, que Dios te proteja», murmura maese Pornic y desciende los peldaños hacia la mula que se lo llevará de allí.

Gianni observa con dolor al buen número de *serjants* que montan y forman filas tras el abad, William y Thierry. Cuando el rastrillo cruje al cerrarse tras ellos, musita, «Dios nos proteja a todos nosotros».

En la cámara del consejo, rostros serios observan a Raquel cuando ocupa su lugar en el sitio de estado. Ningún escape se ofrece en las miradas solemnes que la fijan en su papel. Sólo Thomas, que la contempla con orgullosa atención, no la ve como la baronesa. Sus padres, Gerald y Clare, se sientan en el extremo opuesto a ella de la larga mesa conciliar, cogiéndose ansiosos las manos, anhelando oírla hablar. Denis está sentado a su derecha, frente a Rieti, y comparte con Harold y Gianni, a la izquierda de Raquel, su mirada fervorosa. Todos ellos saben lo que debe ocurrir. Sólo Ummu, sentado en el hueco de la ventana con su mono, la atisba con pugnaz regodeo, desafiándola a decir algo significativo antes de la destrucción que está por llegar.

Los ojos centelleantes del enano inspiran la duda a Raquel. Baja la cabeza como en plegaria y busca el Grial dentro de sí. Está ahí... fulgurando como el oro pero vertiendo sangre tan vivamente que su cabeza salta hacia atrás con sorprendida expresión. Desde su deambular por las forestas salvajes, su locura ha remitido. Pero ahora se estremece con estupefacta cercanía a la

insania. Del cáliz de su destino rebosa la sangre que será derramada hoy. Y ve con triste clarividencia que la matanza por venir está ya dentro de ella.

Mira alrededor con un miedo que ve reflejado en las pupilas confusas de los caballeros y de Clare. *Sólo una confesión completa puede evitar el desastre*, piensa, y dice en voz alta, «He sido demasiado egoísta. Nadie debe morir por mí».

Thomas se inclina hacia delante para captar su atención y sacude la cabeza, urgente el rostro.

«Milady», interviene Denis. «Sabemos que estáis atormentada por la inminencia de la sangre que se derramará. ¿Cómo podríais negar vos la gracia de Dios que os ha cambiado y sentir de otro modo? Pero, estad segura, no hemos de luchar tanto por vos como por vuestro reino, el reino de Yeshua, el reino del Grial».

Raquel se ve abatida. Una ráfaga fría sopla desde su corazón, mientras ella intenta recuperar la paz que conquistó en los bosques. Se ha desvanecido; el vacío cristalino que creyó haber vislumbrado es ahora una mera ilusión. Todo se arremolina rápidamente en torno a ella, los rostros compungidos de estos hombres dispuestos a morir porque creen su historia e incluso los pequeños ojos fríos del enano en cuyo brillo desafiante está escrita la verdad.

«¡No puedo hacer esto!». Se levanta y debe apoyar en la mesa las yemas de sus dedos para reencontrar el equilibrio. «No puedo».

«¡Grandmère!», exclama Thomas con voz tajante y poniéndose en pie. «Tú y la tierra sois una».

Raquel le sostiene la fogosa mirada y su corazón galopante bate aún más fuerte.

«Sean cuales sean las consecuencias», continúa Thomas, «tenemos que combatir a Guy. Por el mismo país, por la misma tierra. Por los villanos que trabajan en él».

«Todos ellos van a la oscuridad», musita Raquel. El viento frío de su trémulo corazón lanza horriblos recuerdos a través de ella, imágenes fragmentadas de cuellos yugulados y de cadáveres apilados como leña. Lo que está por llegar ya ha ocurrido, ocurrirá siempre. «Todo va a la oscuridad».

Los caballeros cruzan miradas de alarma. Clare hace ademán de querer levantarse, acercarse a su madre y confortarla, pero Gerald la detiene; quiere oír su destino en las palabras de la baronesa. Gianni se santigua y comienza una silente plegaria.

Thomas apoya sus manos en la mesa, se inclina hacia delante y dice fieramente, «¡Has ido demasiado lejos para pararte ahora!». Su fervor se suaviza en anhelo y boquea sin voz,

«¡Recuerda!».

En esa mirada doliente Raquel ve, más allá de su propio miedo desamparado, la calma que aceptó la noche anterior con este hombre, la paz que halló en sus brazos después de que sus pasiones les hubiesen arrancado el ardor de su anhelo. El viento frío por sus venas desfallece. Las imágenes sangrientas que acongojan su cerebro se desvanecen. Exhala un fuerte suspiro y una sonrisa fugitiva toca su angustiada faz. «He llegado demasiado lejos». Asiente, dirige una mirada ecuánime a Clare y a cada uno de los caballeros y, finalmente, dirigiéndose a Ummu, dice, «Os pido que perdonéis tanto el bien como el mal. No todo irá bien... a menos que pongamos de nuestra parte».

Thomas se sienta, desliza una mano en su jubón para aferrar el crucifijo y da las gracias a Dios. Hoy habrá guerra. Pero sin ella, habría habido tiranía; y de esta, disfrazada de gobierno justo y de Iglesia, ha habido ya bastante. Da gracias a Dios por inspirar en su abuela la idea de enviar a Raquel para liberarlos de toda la estulta tiranía de sí mismos. Sea el que sea el resultado de la batalla de hoy, ellos ya no están escondidos en sus destinos. Grandmère les ha dejado sin su concha protectora, los ha empujado a luchar, a sangrar, a morir por aquello que quieren ser.

«Clare», dice Raquel con nueva voz de autoridad. «Quiero que prepares el gran salón para recibir a los heridos. Ve ya, y mándanos de camino a los *serjants* que no estén de guardia».

Clare, lívida y estremecida, se apresura a dejar la cámara.

«¿Cuánto tiempo tenemos antes de que llegue Guy?», pregunta Raquel.

«Si esperamos hasta entonces», responde Denis, «será demasiado tarde. Con los campos y la aldea en manos enemigas nos veremos forzados a encerrarnos en el castillo, y carecemos de recursos para soportar un asedio. Tenemos que enfrentarlo en campo abierto antes de que nos atrape aquí».

«Entonces hay que avanzar de inmediato», dice Raquel.

«Si no es demasiado tarde ya».

Gervais entra con una docena de *serjants*, que se alinean ante los frescos de la pared asustando a Ta-Toh, oculto ahora detrás de Ummu.

«¿Cuántos hombres se han pasado a Guy?», pregunta la baronesa al caboral de *serjants*.

«Más de un tercio, milady», repone Gervais. «Pero los que quedamos... estamos dispuestos a rendir nuestras vidas para detener a sir Guy y a sir Branden».

«¿Podemos detener a las fuerzas dispuestas contra nosotros, Gervais?».

«Para ser precisos milady, nos superan en número», responde Gervais. «Pero la diferencia tampoco es tanta. Y por la Dama del Grial, nosotros lucharemos bravamente».

«Gerald», dice Raquel, «tú te quedarás al mando del castillo».

«Lady...». Gerald se pone en pie. «Es verdad que no estoy armado caballero y que soy un simple trovador, pero puedo montar y no soy demasiado torpe con la espada. Con vuestro permiso, tomaré las armas».

Raquel siente una punzada de temor pero la ignora y asiente. «Denis, carezco de arte para la estrategia bélica. Confío en ti para que seas mi maestro de armas».

«Conduciré a los hombres con mi mejor astucia».

«Tú los conducirás...», replica Raquel, «pero yo abriré la marcha a la batalla».

Protestas colman la cámara hasta que Raquel levanta ambas manos.

«Portaré el estandarte del Cisne a la batalla», anuncia con firme resolución. Por fin ve con claridad, por fin capta el significado de la sangre en el Grial. Es la sangre del sacrificio, el sacrificio que se negó a aceptar cuando su padre dio muerte a su familia y a sí mismo. Con la certeza de los once años que ha pasado mirando hacia otra parte, sabe que no puede volver a hacerlo. «No me esconderé tras estos muros mientras mis hombres luchan por mí. Cuando mi destino se decida, yo estaré allí para verlo por mí misma».

«Lady», objeta Gianni. «Una batalla no es un torneo. Es un caos salvaje. Si estáis allí,

necesitaréis protección y eso sólo distraerá a los soldados de la labor de luchar».

«No estoy de acuerdo», interviene Gervais. «¿No es acaso nuestra baronesa la Dama del Grial? Con ella en el campo, los hombres lucharán con más fuerzas».

«Pero el enemigo tendrá un blanco prominente que atacar», contradice Harold.

Raquel interrumpe el debate que empieza a extenderse: «Se ha acabado el tiempo de las discusiones. Denis, estás al mando. Llévanos a la batalla. Si el rabí está en lo cierto y nosotros somos las manos de Dios, hay mucha labor por delante».

Raquel busca a Thomas fuera de la armería del torreón, donde los caballeros y *serjants* se están ciñendo las armas y aparejando sus caballos para el combate. Thomas viste una cota de malla y una cofia de almete como los demás, y está examinando la cincha de su corcel cuando ella lo llama.

«Mi amor, tú fuiste mi fuerza en la cámara del consejo», le agradece Raquel cuando el joven se aparta de su escudero. «Había olvidado la paz que hallé contigo hasta que me la recordaste. Ya no hay vuelta atrás».

Por un instante, Thomas contempla incrédulo sus negros pantalones de montar y su armadura. Sobre su gambesón rojo, un jubón acolchado de denso y prensado algodón, Raquel viste una cota de malla talar. Lleva el pelo sujeto por detrás y elevado en un moño que le impida enredarse en los anillos férreos de la cota. «La batalla será demasiado peligrosa», le advierte.

«Deberías quedarte».

«Fuiste tú quien hizo necesario este riesgo, Thomas», dice ella con fría simplicidad, «cuando me impediste decir la verdad».

«¿La verdad?». Thomas sacude la cabeza y toma con los dedos su mentón para mirarla a la profundidad de sus ojos. «¿Qué es la verdad, Raquel? ¿Que eres una judía? Entonces también Cristo lo es... y cientos de mártires y cruzados han muerto por un judío; entonces, toda la cristiandad adora a un judío. No. Cristo no es un judío. Jesús lo era, pero Cristo no. Cristo lloró sangre para que la Copa pasase de él. Pero la Copa no pasó. Y así, tampoco tú eres una judía. Has bebido de la misma Copa, has bebido del Grial. No eres mi abuela... pero eres una baronesa. La verdad es lo que nosotros hacemos de ella».

La mirada de Raquel se ahonda, y ella siente indignación. *Hay una verdad... existe una verdad, ni oculta ni separada. Lo sabe de sus largos años de atenta observación. La verdad no le deja elección: debe actuar, debe culminar el destino que emprendió cuando apartó la vista de su familia once años atrás. Y no volverá a hacerlo. Enfrentará la verdad hoy en el campo de batalla.*

Sin importar lo amarga que esta sea, ella será por fin ella misma.

Coge la mano de Thomas. «Recuerda que fuiste mi fuerza anoche, y en la cámara del consejo, e incluso ahora». Sus doncellas emergen a través del tumulto de pajes que distribuyen armas y anuncian que su corcel está preparado. Ella las detiene con un cabeceo. «Pero estás equivocado acerca de mí, Thomas. Eres mi fuerza... porque estás equivocado».

Parte rodeada por sus ansias doncellas y él la ve desaparecer en la multitud de hierro

fulgurante.

Clare y Ummu están en la barbacana cuando la Dama del Grial sale del castillo guiando al ejército. Ta-Toh se encarama al muro erizado de puntiagudas estacas, saludando y graznando en imitación de la turba de villanos alineados en el camino al puente de peaje. Buscando en Ummu el confort, Clare le aferra la mano cuando ve a Gerald cabalgar a la batalla. «Es para lo mejor, ¿verdad Ummu?», pregunta enjugándose las lágrimas.

«Lo mejor a menudo exige lo peor», responde él con la vista fija en Madelon, que está frente a él, al otro lado del camino. Su madre y su hermano Hugues están ostentosamente ausentes entre los reunidos allí para despedir con sus mejores deseos a las fuerzas del castillo; el enano sabe que la muchacha ha acudido sólo a decir adiós a Gianni.

Cuando el caballero italiano pasa montado en su bridón árabe, Ummu alza su mano con gesto de bravura. Gianni le guiña un ojo amoratado; luego dirige una mirada larga e intensa a Madelon. El enano agita su mano al vacío y se encoge de hombros. «Y lo peor de todo es ser derrotado».

«Huirán a la desbandada». Guy está convencido. Cabalga entre Roger Billancourt y Branden Neufmarché, armado con cota de malla, coraza y grebas, y su yelmo reposa en el arzón para poder gozar de una amplia perspectiva del terreno.

«¿Cómo puedes estar tan condenadamente seguro?», le pregunta Branden con amargor.

Vistiendo armadura completa, está exhausto de la irritante y agotadora cabalgada. «Lo único que he oído decir a nuestros hombres desde que acampamos anoche es lo extraordinaria que resulta la Dama del Grial. Dicen que es capaz de aturdir con sus encantamientos, tal como hizo con su nieto Thomas. Y con Erec el Bravo, en el torneo. Dicen también que el fuego del Diablo brota del infierno cuando lo ordena, y que así fue cómo arrasó a los hombres de Dic Cuchillolargo».

«¡Cretineces todo!». Guy le dirige una mirada siniestra. «¿Y tú te crees semejantes fantasías, Branden?».

Branden lo desmiente con una risa deshumorada. «No yo. Pero maese Pornic dice que es una judía y todo el mundo sabe que los judíos practican la nigromancia que aprendieron de los egipcios. Todos nuestros hombres saben lo del templo que construyó en el Alto de Merlín y cómo quemó allí al viejo rabino. Con una brujería como esa, ¿cómo puedes estar tan seguro de que pondremos en fuga a sus fuerzas?».

«Entonces no tendríamos que haber dejado a maese Pornic atrás en tu castillo, Branden», se burla Guy. «Sus bendiciones habrían contrarrestado los hechizos de la bruja».

«Ganaremos porque tenemos más hombres y caballos», responde severo Roger. Se ha ajustado ya su bacinete, su cota de malla y su coraza y, con una maza pendiéndole de un brazo y un hacha de guerra colgada de la silla, está preparado para una emboscada. Aprensivo frente a la reputación milagrosa de la Imitadora, sospecha que un grupo de fanáticos podría atacarlos por sorpresa. Para

su propia gente, está bendecida por el Grial y, para sus enemigos, es una bruja.

Roger agradece que vaya a evitarse el asedio; eso habría dado tiempo a su renombre para hacer mella en las tropas. Está decidido a emplear a fondo todas sus fuerzas. El primer choque tiene que ser decisivo para quebrar su mística. «Nuestros batidores informan que la Imitadora nos aguarda en el prado detrás de la Pata del Diablo. Sin duda espera que situemos defensores en la cresta e irrumpamos al campo a través del desfiladero».

«Eso nos daría ventaja», afirma Branden. «Con las colinas a ambos lados tomadas por nuestros hombres, nuestros flancos estarían protegidos. Y con nuestros arqueros en la cresta, mantendríamos sus fuerzas a distancia suficiente como para permitir el paso de todas nuestras tropas».

«Así es como razona ella», dice Roger. «O mejor, así es como piensa Denis Hezetre».

«Huele a Denis», coincide Guy. «Está pensando como un arquero, esperando debilitar nuestro número con una lluvia de flechas en cuanto lleguemos por el desfiladero».

«Pero nos dividiremos en tres», decide Roger. «Branden, tú y yo conduciremos los primeros golpes por ambos lados de la Pata del Diablo. Eso amansará sus flancos y debilitará el centro. Entonces, Guy cargará a través del desfiladero y los destrozará».

«Seré yo quien dirija la carga central», le corrige Branden, y señala con un gesto la columna de jinetes, mulas de carga y carromatos que los sigue. «Estos son *mis* hombres. Vosotros dos os encargaréis de los asaltos».

Guy tira de las riendas ante el tono imperioso del Neufmarché, pero una mirada tajante de su maestro de armas le hace contener su réplica.

«Así sea», acepta Roger. «Pero tu tiempo será vital. No debes atacar hasta que el centro esté debilitado... y entonces, no puedes dudar».

«Manda a William al asalto», sugiere Guy. «Yo me quedaré con Branden».

«¡Ni hablar!». Neufmarché se tensa. «No voy a tenerte dirigiéndome delante de mis hombres, Lanfranc. Haz como tu maestro de armas dice».

«Si metes la pata, sapo, iré a por tu cabeza», le espeta Guy.

Branden detiene su caballo de un tirón de riendas y achica, amenazadores, sus ojos. «Con sólo ordenarlo, estos hombres se darán la vuelta. A menos que te disculpes, tú y tu puñado de caballeros y *serjants* podéis librar la batalla por vuestra cuenta».

Guy se crispa en la silla pero, antes de que pueda responder, Roger atraviesa su caballo entre ambos. «Venid aquí, vosotros dos», ordena y los aparta del cuerpo principal de la tropa.

Apuña las riendas de Guy, hace dar la vuelta a su caballo y se lleva los recalcitrantes barones a un alisar lejos de los oídos de los hombres. «¡Cesad estas riñas de una vez!». Mira hosco a Neufmarché. «¿Crees que tus hombres se darían la vuelta satisfechos, con la victoria tan cerca? Te ibas a encontrar con un ejército muy descontento, Branden».

Torna hacia Guy su enojo: «Y tú... ¿Dónde encuentras la bilis para amenazar a nuestro único aliado?». Su cabeza se agita airadamente. «Discúlpate de una vez y acabemos con esta batalla. Para el mediodía volverás a tener tu castillo, y Branden y sus hombres tendrán sus tierras. ¡Pensemos sólo en esto y basta!».

Guy mascula una disculpa y se aleja trotando a través de la arboleda hasta el camino, a suficiente distancia de la columna para seguir solo. Está perplejo ante sus sentimientos. Su rabia contra Neufmarché enmascara algo parecido al miedo. Y sin embargo, sabe que no está asustado.

Ha nadado otras veces en las impetuosas corrientes de la guerra, donde todo se desliza hacia el linde de la muerte, donde toda la destreza y el coraje no bastan para garantizar nada, donde un proyectil perdido, un paso en falso... y la carne se vuelve carroña.

Un hondo suspiro lo recorre. No teme morir. Sin embargo, un presentimiento desanima la impaciencia habitual que siente antes del combate. Lo colman dudas. ¿Qué, si Neufmarché falla?

¿Qué, si encuentra a Denis en el campo? ¿Deseará la victoria lo bastante como para batir a su amigo?

Estos pensamientos le dejan un sabor amargo en la boca, y escupe. *La verdad es que estoy solo. Desde que murió mi padre he estado siempre solo.* La expansiva claridad de este hecho abarca la herida cruel de Eire, que sajó toda posibilidad de un linaje surgido de él. Un desapegado, solitario pensamiento lo satura con la convicción de que su forma ha sido tallada en la del más letal de los guerreros: un hombre sin nada más que perder. Sí, matará a cualquiera que se cruce en su camino.

«Padre, quizás deberíamos hablar con él», dice Thierry inclinándose hacia delante en su silla de montar para ver, más allá de Roger y Neufmarché, a Guy cabalgando en solitario.

William Morcar veta la sugerencia con un gesto tajante de su mano. «Se ha apartado del maestro de armas. Quiere estar solo».

«¿Es su forma de actuar antes de la batalla?».

William mira de soslayo a su hijo y se da cuenta, por primera vez desde que dejaron el castillo, de lo verde que está. *Esta será su primera degustación de la guerra*, se recuerda a sí mismo y acepta la preocupación que se despierta en él determinándose a vigilarlo estrechamente, aunque ello ponga en peligro su propia vida. Tal pensamiento hace emerger todo el amor que ha alimentado por su primogénito, un amor que ha movido su mano al engaño y el asesinato. *Todo redimido por el amor*, se jura a sí mismo.

«Cada uno ha de prepararse a su modo para lo que está por llegar», responde William.

«Cada batalla es diferente y, sin embargo, la misma. Siento que tu primer combate real tenga que ser contra aquellos que conoces».

«Eso no detendrá mi mano, padre».

William asiente sombrío. «Ni debe hacerlo. Cuando hayas visto guerra bastante, comprenderás: todos somos lo mismo, todos en un mismo campo de batalla, y contra quién luches es algo que no importa. Amigos o extraños, la muerte nos iguala».

Desde el lomo de su caballo, Raquel planta firmemente el asta de su bandera en el cerro, y el Cisne tremola al viento frío de los montes.

Denis galopa hasta ella después de su breve recorrido por el prado. «Este es el mejor puesto para vos, milady. La altura del otero os da una perspectiva dominante del campo. Y cuando el enemigo vea vuestra bandera y a vos a su lado, vendrá directamente a buscaros. Esto concentrará su ataque y nos permitirá desplegar nuestros arqueros y lanceros con cierta anticipación. Además, esas breñas de ahí delante os ofrecerán protección, aunque modesta».

Raquel estudia el paisaje, sobrecoyida una vez más por la belleza de los montes afelpados, briscados de arboledas y espesuras, y los valles entre ellos, de un verde oscuro y con salvajes forestas. Delante, en el distante extremo del prado, está la Pata del Diablo, un peñasco erizado de espinos entre colinas boscosas que parece como partido en dos por el hacha de un gigante. Una efusión de color abigarra el campo con flores... campanillas, narcisos, pensamientos y escabiosas.

«Una última vez, ¿no reconsideraréis el volver a la fortaleza?», pregunta Denis.

Raquel sacude la cabeza y mira la muchedumbre de villanos reunidos en el linde del bosque tras el cerro. La han seguido desde la aldea armados con estacas, hoces y guadañas, cantando «¡Valaise, Valaise! ¡Dama del Grial!».

«No nos son de ninguna ayuda», dice Denis acompañando su mirada. «Esperan un milagro de vos. Pero el verdadero milagro vendrá de esos hombres». Y señala a los *serjants* con sus yelmos mellados y cotas de malla en la orilla del prado, algunos montados ya en sus caballos de batalla, otros a pie, apoyados en sus lanzas. «Sobre ellos recae el peso de nuestra jornada... si nuestros caballeros los conducen bien».

Gerald, Gianni, Harold y Thomas desfilan por delante de las tropas formadas, deteniéndose aquí y allá para dirigirse a los hombres. Raquel percibe que Thomas es uno de sus favoritos; su lúcida victoria en el torneo sobre Erec el Bravo le ha labrado una buena reputación entre los *serjants* y ninguno cuestiona su liderazgo. Despertando en ellos confianza y una risa serena, recorre la fila examinando las armas, respondiendo preguntas y ofreciendo ánimo.

Pero, en realidad, está aterrorizado y agradece el tener algo que hacer mientras espera que empiece el carnaje. El crucifijo en su bolsillo le ofrece escaso solaz. La victoria sobre Erec fue tan milagrosa como el retorno de su abuela de Tierra Santa. Dios es remoto en las alturas y los seres humanos se hallan a merced del azar y de su ingenio. Suerte y osadía le salvaron entonces en el palenque, pero de estas siente bien poco ahora. Denis le ha prometido que estará por él en la batalla para apoyarle en su falta de experiencia. Pero Thomas sabe que, cuando la lucha empiece, cada hombre deberá bastarse a sí mismo.

Alza la vista hacia la cima del altozano donde Raquel sigue montada en su palafrén rojo y, cuando ve que lo está mirando, asiente. La unión física de la noche pasada retorna a él en un estremecimiento de poder. Ella le ha dado su fuerza y Thomas siente que su propio coraje se multiplica con sólo mirarla. Ella le ha contado su vida sin ocultarle nada. Sabiendo todo lo que ha sufrido para estar aquí, toda la instrucción tan indefectiblemente absorbida de su irascible abuela y el horror mortal que le trajo su orfandad, la vasta soledad tras perder a su abuelo y la soledad que la empujó a confiar en él... sabiendo todo eso, se maravilla de su porte claro, se maravilla de que pueda tener siquiera una mirada para él. Sus últimas palabras repican en el corazón del muchacho: «Eres mi fuerza, porque estás equivocado».

¿Estoy completamente loco?, se pregunta. ¿Estoy equivocado por haberla empujado a esto?

Está atrapado en la corriente de los eventos y la respuesta que busca es imposible más allá de él. Todo lo que sabe es que ama a esta brava y solitaria mujer y, que si le hubiera permitido decir la verdad, maese Pornic la habría destruido con tanta seguridad como añicó la Sagrada Faz de la piedra.

Así que ha mentido... y su mentira ha abierto el camino a la guerra. Pero la guerra no es nada nuevo, sólo su propia presencia en ella es nueva. El terrible momento se acerca. La herida que drenará su vida llega volando. Y, aunque el miedo abejonea en sus adentros, el secreto que comparte con la Dama del Grial lo envuelve en mágica paz.

Sobre la Pata del Diablo aparecen los primeros hombres y un grito brota de los soldados agrupados bajo la bandera del Cisne.

«El momento ha llegado, milady», dice Denis quedamente. «Es hora de que bendigáis a las tropas, y yo las desplegaré».

Raquel se siente mareada e incompetente cuando vuelve la vista abajo, a la turbamulta de hombres que la contemplan: caballeros, *serjants*, escuderos, pajes y villanos, hombres de rostro curtido y jóvenes de mejillas arreboladas, todos observándola con expresiones en que la adoración se meje con la curiosidad; todos esperando que hable, que justifique la miseria que están a punto de infligir y soportar. Como en ensueño insondable, flota ella sobre las tropas montada en su alazán.

El rostro de Thomas se perfila individualizándose de la nube de rostros, y el amor de su mirada serena las dudas de Raquel. Tiene mucho que decirle a este hombre y a su pueblo, todo lo que ella ha conquistado a partir del dolor que su estirpe, la estirpe de los que la están contemplando, le ha infligido. Pero sabe que debe escoger las palabras cuidadosamente; no queda tiempo, o este es todo el tiempo que queda, el último minuto de muchas de sus vidas, y merecen oír algo de la verdad de este mundo.

«He estado en Jerusalén», comienza con lentitud y la voz trémula. «He visitado la fuente del dragón, la puerta del estiércol, la alberca del rey bajo la torre de las moscas. Todo lo que hay allí ha sido erigido por la espada. Aunque el Salvador pisó aquellas mismas calles, así os lo digo, todo se ha erigido allí por la espada».

Su voz se eleva: «Hombres... no es diferente aquí de allí. Cada valle es un valle de lágrimas. Cada río, el río del tiempo. Y nosotros, hijos todos de Eva, debemos vivir con la maldición que Dios puso en ella y en toda su descendencia. ¡Todo lo que se construye se construye por la espada! No hay paz en este mundo. Esta es la maldición de Dios a Eva y a su hombre. Mientras vivamos en la luz, en la luz del sol y de la luna y las estrellas, vivimos en la oscuridad de la maldición de Dios, donde todo debe construirse por la espada».

Observa intensamente sus rostros y ve en ellos la angustia que ella misma siente. «Pero no permanece siempre la luz en el mundo. ¿No es este el dolor de todas nuestras vidas? En Jerusalén, en el monte de las calaveras, la luz partió de este mundo... y el Hijo del Hombre se alegró cuando

su día hubo acabado. Allí como aquí, la noche sigue al día. Y allí como aquí, cuando el día acaba, la gente se alegra de la noche. Y cuando nuestro día acaba en este mundo, tras mucho esfuerzo y grandes dificultades, podemos ir contentos a la oscuridad. No os dejéis engañar por vuestros miedos y vuestras dudas, hombres. Cuando morimos, dejamos detrás la maldición de Dios, dejamos detrás el río del tiempo y el valle de lágrimas y penetramos en la tiniebla para hallar la luz».

Abre los brazos para incluir en ellos a todos sus soldados, que la contemplan arrobados.

«Y encontraremos esa luz. Os prometo que hay una luz demasiado brillante para el ojo mortal, que se nos muestra en este mundo como tiniebla... y en esa luz dentro de la tiniebla estamos en Dios. Pero en este mundo, a la sombra de Jerusalén, portando la maldición de Adán y su pareja, si algo queremos para nosotros mismos, debemos construirlo por la espada. Y persistirá hasta que la oscuridad descienda sobre nosotros, la oscuridad de Dios».

Sus hombros se encorvan, el cuerpo le pesa ahora en su montura y baja la cabeza. El sol le toca la nuca, y ella da gracias al Creador. Por primera vez desde el horror, reza agradecida... agradecida de que Él le haya enviado palabras dignas del sufrimiento que está por llegar.

Una ola de silencio sumerge el prado, espolinado con el canto de las aves y el piafar de los corceles. Luego, cuando Raquel levanta de nuevo su faz, los hombres alzan sus armas y braman: «¡Valaise!».

Los nudillos de Raquel lividecen al aferrar el arzón de su silla de montar. Observa con desconfianza los soldados en la cima de la Pata del Diablo situarse cerca del borde, y ve las formas tenues de sus arcos. La aparición de los flecheros de Neufmarché en la cresta obedece con exactitud a lo que Denis ha predicho, y espera ahora los primeros signos de la carga a través de la peña hendida.

Una ráfaga de viento tremola la bandera junto a Raquel y porta los chirridos de pájaros regañones, la fragancia enmelada del prado floreciente y la distante pendencia del río. En el religioso silencio, Raquel revisa sus tropas desde la cima de su caballo pasturante. Una docena de arqueros hincan la rodilla en medio del campo, cercados de mariposas. Infantes protegen sus espaldas con las lanzas, una muralla humana tras la que pueden protegerse. Golondrinas se deslizan por el tobogán del aire y pasan raudas, gorjeando, entre los jinetes que Denis ha colocado en ambos extremos del muro de infantes. Y tras ellos, esperando que la carga se estrelle contra los dardos de los arqueros y se reduzca a combate cuerpo a cuerpo contra los lanceros enemigos, están los escuderos y pajes, armados con hachas y espadas. Y en la vanguardia de despliegue, los villanos se apiñan ansiosos, murmurando algunos plegarias, bromeando otros con sus compañeros, mientras observan fieramente la Pata del Diablo impacientes por ver al enemigo.

A los caballeros les preocupan sus propios miedos y expectativas, y permanecen inmóviles sobre sus caballos. Bajo sus yelmos y cotas de malla le resultan casi indistinguibles a Raquel: sólo Denis porta un arco y bacinete, un casco sin protección facial, para dirigir mejor sus flechas. Gianni monta su bridón blanco. Harold ha prendido una larga trenza del pelo rojo de Leora en el

crestón de su celada. La cabeza de Gerald es demasiado grande para cualquiera de los yelmos del castillo y carece de armadura propia, así que se cubre sólo con el almete. Thomas, poco familiarizado con sus armas, porta una espada en una mano y una maza en la otra. Y sobre las corazas, visten todas túnicas ornadas con el blanco emblema del Cisne aliabierto.

Raquel mira por encima del hombro hacia el lugar donde el físico del castillo, con varios villanos reclutados por él, ha encendido pequeños fuegos y ha puesto ollas de agua a hervir. En las ollas, el médico echa pellizcos de hierbas y partes propicias de animales: dientes de perro, zarpas de gato, o hígados de sapo. En las mismas llamas, fulguran con un rojo apagado las puntas de las varillas de hierro con las que serán cauterizados vasos sanguíneos sañados. Y bien aventado, un pote de brea borbolla soltando un humo acre, esperando las heridas por llegar, los desgarrones de carne hachada y barrenada que colmará con su misericordia negra.

Un penacho de polvo se eleva de la hendidura en la Pata del Diablo y un clamor brota de los hombres. Las lanzas castañetea al crisparse y las flechas muerden las cuerdas. Varios ponis asustados, arrastrando rastrillos de caña para levantar polvo, aparecen en la garganta del desfiladero y los soldados los miran confusos antes de que los gritos de guerra a su diestra y su siniestra partan su atención.

Rodeando los flancos de la Pata del Diablo, dos cargas de caballería irrumpen explosivas en el escenario portando banderas verdes manchadas por el negro de los Grifos. Gritos confusos de los defensores se mezclan con potentes maldiciones cuando intentan rehacer las filas, y las órdenes que Denis brama se pierden en la confusión. Antes de que los arqueros puedan dividir su línea y reposicionarse formando frentes a los flancos, el enemigo ya está sobre ellos, alanceando y golpeando con remolnantes hachas de guerra. Los flecheros se dispersan y disparan salvajes contra el ataque que los atenaza.

El caballo de Raquel piafa nervioso frente al tumulto de alaridos asaltantes y gritos heridos. Con manos trémulas, calma al animal y lucha contra el impulso abrumador de apartar la vista, obligándose a contemplar el ataque devastador. Sus hombres se dispersan en pequeños grupos combativos acosados por jinetes que blanden hachas y espadas fieras. Los infantes de Neufmarché cargan ahora precipitándose al prado, chillando y agitando picas de puntas como puñales.

«¡Valaise!», gritan los villanos y arremeten hacia delante. En pocos momentos, son tragados por el bullicio y el caos.

A pesar de la conmoción ante el inesperado ataque por los flancos, los defensores no cejan. Se esparcen para seguir luchando. El cuerpo todo de Raquel se encoge al ver lanzas atravesando a los jinetes, cráneos aplastados y cerebros desparramados como grumos de tierra bajo los torbellinos de las hachas de combate, caballos con los cuellos tajados y sus grandes cuerpos derrumbándose, lanzando sus jinetes a los cuchillos de los infantes.

Apretando tan fuerte la mandíbula que le duelen los músculos del cuello, Raquel se fuerza a mirar el cruel carnaje. Berridos ogrunos de hombres y caballos la aporrean, pero se mantiene firme, y contempla con fijeza los golpes de la espada que desparrama entrañas levantando aullidos

de horror, o los hombres rociados de sangre que se abren a hachazos un camino de miembros desmochados en una confusión de cuerpos azotados. El ruido es todo el ruido que su cabeza puede contener, poco a poco una sorda cacofonía de alaridos.

Guy presiona hacia el altozano donde ve a la Imitadora, a caballo junto a la enseña del Cisne. Quiere alcanzarla, quiere ver la mirada en su rostro cuando descargue un golpe mortal sobre su montura y la haga caer, derrotada, a tierra. Pero antes, hay que cercenar a estos ignorantes fanáticos, que son como carne gangrenada alrededor de un cáncer. Su hacha de combate muerde metal y hueso, y un golpe de su maza la libera para que pueda trazar otro arco mortífero.

Una flecha pega en su pecho y se aloja firmemente en su coraza. Con la maza la rompe y engrifa su caballo para contener el ataque de unos pajes con espadas. A través de la erizada multitud de lanzas, picas y vibrantes aceros, ve a Roger. El maestro de armas dirige rápidos caracoleos de su caballo volteando su estrella del alba —una bola de hierro guarnecida de púas y sujeta a una cadena— y quebrando cráneos en un tumulto de villanos.

Con los músculos doloridos del esforzado manejo del hacha, Guy deja su maza pender del fiador de la muñeca y carga para tomar distancia del caos de enfrentados guerreros. Espera rodear velozmente la turbulencia y alcanzar el cerro donde la Imitadora espera. Pero cuando consigue liberarse, un caballero de túnica azul con la insignia del Cisne arremete contra él, bien alta la espada.

Guy tiene un instante para ver que su oponente es Gerald, su cuñado. Embiste poderoso hacia delante fintando en el último momento y golpeando la espalda de su rival con el plano de la hoja del hacha.

La espada de Gerald hiende el espacio vacío donde Guy debería haber estado y el golpe tempestuoso en sus lomos lo arroja de bruces al suelo. Logra girar sobre sí a tiempo para ver los soldados que corren hacia él con dagas desnudas; intenta levantarse, pero se halla demasiado aturdido para poder moverse.

Cascos de caballo patullan la tierra junto a su cabeza y alza la vista para enfrentar la mirada furiosa y sombría de Guy. «¡Tú eres la llave que hará abrir el castillo a mi hermana!», clama Guy. «No lo matéis», ordena a los soldados.

Mientras se llevan a Gerald a rastras, Guy caracolea, esquivo una jabalina y arremete para aplastar el cráneo del piquero. La batalla lo sumerge otra vez, avanzando con su oleaje de berridos rabiosos y angustiados aullidos.

Harold está exhausto de furia y quiere alejarse de la batalla. Taja con su espada los rostros coléricos que lo maldicen y tira fuerte de las riendas para conducir su montura fuera del clamor y quebranto de la lucha. Pero el animal, pavorido por la agonía que lo rodea, lo porta a profundidades mayores del combate.

El caballo se estremece violentamente bajo él y Harold ve a un soldado apuñalando la garganta

de su bridón. El bruto cae sobre sus rodillas y el jinete tiene de pronto ante su rostro la hoja carmesí del matador de su caballo. Golpea el rostro enfurecido tras la hoja; la nariz del hombre se desvanece y de la fosa abierta mana sangre.

Harold salta de su caída montura, tropieza y acaba por sentarse. Gemidos y gruñidos lo circundan, pero a través de su visera tiene una escasa perspectiva: el soldado desnarigado apretándose el rostro mientras la sangre se filtra entre sus dedos, piernas malladas entrando y saliendo de su campo de visión, su caballo yacente junto a él, observándolo con sus grandes ojos gentiles, arrasados de miedo.

Usando la espada como apoyo, Harold se incorpora para ver un caballo encabritado aterrando junto a él. El rostro de Roger Billancourt, rociado de sangre, se acerca amenazador, sonriendo sarcástico, mostrando dientes pardos y una mirada demente. Blande una maza con una mancha oscura en el extremo. La maza llega partiendo el aire y, con un relámpago desgarrador, el dolor lo ciega.

Denis escoge sus objetivos con cuidado. La herida que recibió de los hombres de Dic Cuchillolargo le duele con cada disparo. Retirándose hasta el linde de los dos ejércitos entreverados, dirige sus flechas a los más agresivos de las tropas rivales. Los jinetes de Neufmarché cargan hacia él, pero Denis logra eludirlos escaramuceando con su caballo dentro y fuera del conflicto.

Una y otra vez, apunta a un guerrero de fuerza maniaca y deja volar su flecha; falla en ocasiones, cuando su caballo respinga bajo él, pero en la mayor parte de los casos abate su blanco. Firme en su concentración, apunta a un feroz jinete que se sumerge ahora en una turba de infantes manejando su hacha de combate como una guadaña y suelta su dardo antes de darse cuenta de que el enemigo es Guy.

La flecha silba hacia el caballero y pasa rehilando sobre su hombro. Denis se colma de alivio mientras se pregunta si no ha fallado a propósito. Entonces, por la esquina del ojo, descubre dos lanceros galopando hacia él y espolea su caballo penetrando en la densidad del combate.

Desde allí, rodeado de sus propios guerreros, gira en redondo, asesta la flecha rápidamente y dispara.

Arrancado de su montura, uno de los lanceros salta por la grupa de su animal aferrando la flecha encajada entre el yelmo y la coraza. El otro se desvía rápidamente.

Un grito penetrante hace volverse a Denis para ver a los hombres a sus espaldas quebrantados y a Guy patullando sus cuerpos derribados, brillante de sangre su mortífera destal.

Denis cuelga su arco del arzón y desenvaina la espada.

«Ríndete», ordena Guy levantando su visera y sonriendo oscuramente a su viejo amigo.

«Te tomo prisionero».

«¡Tú te rendirás!», grita Denis. «¡Ante Dios y la señora legítima de esta tierra!».

La mueca de Guy se agría. «¡Maldito seas tú, la perra a la que sirves y Dios!».

Cerrando de un golpe la visera, carga.

Denis finta demasiado tarde. El hacha de combate lo golpea en el pecho desgarrando la hoja de metal, mordiendo la cota de malla y sajando su carne con enconado dolor. La espada le vuela de la mano y cae de su caballo a una abismal oscuridad.

Gianni y Thomas luchan espalda contra espalda, mientras pisotean sus caballos los cuerpos caídos. Al principio del combate, Thomas quedó separado de Denis y el pánico lo poseyó. Pero ahora, mientras taja al enemigo, se sorprende de lo fácil que es matar: huesos chascando bajo las descargas de su pesado mandoble como si fueran madera, la sangre manando como agua, gritos rompiendo contra otros gritos como el bullicio de una jauría.

Gianni brama. El disparo de una ballesta le ha alcanzado bajo el brazo alzado de la espada; se desploma hacia delante y poco a poco empieza a resbalar de su bridón. Soldados lo aferran y cuelan dagas bajo su coraza para desmallar la cota y herirlo en algún punto vital.

Liberando un brutal alarido, Thomas embiste con su caballo y golpea a los infantes con la espada. Estos caen hacia atrás; él agarra a Gianni y trata de incorporarlo, pero pesa demasiado.

El enemigo se acerca impetuoso, las lanzas bajas. Thomas desliza su montura detrás del corcel blanco, que se encabrita y recibe los golpes de las lanzas. Rápidamente, Thomas carga alrededor del animal herido describiendo a tres lanceros y poniendo al resto en fuga.

Gervais emerge a caballo del tumulto con cuatro *serjants* montados y rodean a Gianni. Un escudero quita el yelmo al canónigo y, tan pronto como los *serjants* ven que está vivo, se arrojan de nuevo a la refriega.

Thomas mira alrededor en busca de inminente peligro y su sangre se espesa cuando ve nuevos jinetes galopar desde la hendidura de la Pata del Diablo. Las banderas rojas al viento, sostenidas por los caballeros que encabezan el asalto, portan la Cabeza de Cuervo, la insignia de Neufmarché. Al verlos, vítores resuenan en las filas enemigas y gemidos escapan a los defensores. Abruptamente, la prueba de fuerza y coraje que sobrelleva Thomas se vuelve absurda.

La batalla está perdida.

Raquel siente sus dientes rechinar, dolerle los huesos, estremecerse la sangre en sus venas.

Sus ojos parecen minúsculos agujeros taladrados en su carne muerta por la fuerza terrible de lo que está presenciando. El prado florecido es lodo cuajado, y los cuerpos de hombres y caballos yacen monstruosamente desparramados. Los heridos lloran y aúllan, mientras que allá en lo alto las nubes vagan etéreas por el azul ordinario.

Siente un vasto alivio al ver a los de Neufmarché cargando lanza en ristre hacia la batalla.

La mayor parte de la lucha va cesando a la vista de los refuerzos y ella se da cuenta de que sólo uno de sus cinco caballeros sigue montado. No ha apartado la vista un instante. Ha sido testigo de todo lo acontecido. No hay voces malignas que la acosen. Lo que ha visto ha ocurrido, y la profundidad de lo ocurrido ha absorbido todo los gritos y las voces. Ahora sólo queda el trueno de los jinetes al galope y el llanto de los supervivientes.

Bastantes han muerto ya.

Posa su mano en el asta de su bandera, la arranca de la tierra y la deja caer al suelo.

Como si esto fuese una señal, un bramido inmenso brota de los montes boscosos. Mira a derecha e izquierda y sus ojos parpadean sin creer lo que ve: el espectáculo de jinetes precipitándose desde las forestas por todas partes, espadas en alto y gritos de guerra por toda bandera.

Y aunque tiene aturdido el cerebro y le duelen los huesos de toda la carnicería que abría las fauces alrededor momentos atrás, le brilla la sangre aún al reconocer a los guerreros cubiertos de pieles, barbudos, de Erec el Bravo.

Thierry cabalga impetuoso al frente de la columna de Neufmarché. Al ver a los galeses cargando monte abajo y por los flancos, clava los talones en los ijares de su corcel. Esta es su primera batalla y está decidido a ganarse el respeto de su padrino y a demostrar a los hombres que es digno de su condición de caballero.

Los portaestandartes que les flanquean a William y a él, se alejan fulgurando hacia los lados para proteger las banderas de los bárbaros tumultuosos. William se aparta al percibir a los hombres de las tribus surgir en enjambres de los bosques y le grita a su hijo: «¡Atrás! ¡Defiende el estandarte!».

Pero Thierry tiene puesto su corazón en la idea de luchar junto a Guy y el legendario Roger Billancourt, y se lanza a galope tendido hacia la espesura del combate. Su montura salta por encima de los cuerpos caídos de hombres y caballos y embiste a un paje que alza el hacha. El impacto desvía bruscamente al bridón haciéndolo sumergirse en la turba batalladora.

Un piquero lanza su arma a Thierry, que desvía diestramente la punta afilada con su espada y arrolla a su oponente. Apuñando con una mano las riendas y arremetiendo contra hueso y metal, caracolea entre los enemigos. El aire se estremece con aullidos y amenazas; las flechas pasan fugaces sobre su cabeza y una se clava en su silla, junto al muslo. El caballo relincha, salta furiosamente y, por un instante, Thierry se desequilibra y está a punto de caer en medio de la turba que lo maldice. Pero el brazo fustigante de su espada le ayuda a enderezarse y golpea las hojas que intentan burlar la protección de su cota.

Otra embestida, otro tajo cruel de su espada, y está a la vista de Guy y Roger. Encabrita orgulloso su caballo, alzando bien alto el acero... y entonces los galeses lo rodean bramando por todos lados. Un dolor dilacerante le quebranta el hombro cuando un hacha le cae sobre el brazo de la espada. Retrocede, y es agarrado por detrás. Rostros barbados rugen más y más cerca, y él trata de golpearlos con la mano libre. Pero el brazo se le desprende, y el yelmo y la coraza repican cuando las espadas lo baten tratando de penetrar la armadura.

Una de las hojas halla paso bajo el yelmo, y él se retuerce y pateo intentando desesperadamente hurtarse. Un chillido salvaje lo atraviesa; la hoja se desliza entonces sobre el gorjal y taponar su garganta con acero.

Guy brama «¡No!», al ver a su ahijado arrastrado al suelo y brillante sangre arterial manando por el agujero bajo el yelmo. Transformando en gritos su rabia y su angustia, voltea ciego su hacha de combate y lanza su bridón contra los exultantes bárbaros.

Están por todas partes, arrojándose al tumulto sin armadura o sin yelmos siquiera, y arremetiendo sin miedo contra su hacha letal. Maldiciendo como un maniaco, Guy les fustiga mientras ellos ladran una risa honda y blanden sus espadas. Dos caen a sus pies. Gira para enfrentar a los atacantes que le llegan por el lado contrario y una punzada de agonía le penetra la nuca.

De un modo reflejo, su mano izquierda se alza para sentir la flecha profundamente incrustada en su hombro, en la base del cuello. Toda su fuerza se cuaja en dolor y, al resbalar de su caballo, vislumbra al bárbaro que le ha disparado. El galés alza su ballesta triunfante por encima de la cabeza, luminosa la faz de espectral satisfacción.

Cuando Branden Neufmarché ve caer a Guy, hace la señal de retirada y las trompetas entonan la triste nota que envía los atacantes normandos volando de vuelta a la Pata del Diablo.

Roger Billancourt les grita: «¡Luchad, cobardes! ¡Luchad!».

El prado hollado queda vacío al instante, con los muertos, los heridos, algunos defensores dispersos y los jactanciosos galeses, que cruzan el campo luciendo sus armas y bramando festivos. William Morcar se arrodilla junto a su hijo muerto y Guy Lanfranc yace inerte junto a su bridón tascante.

Sólo un jinete queda de los defensores y Roger concentra su furia en él. Tirando al suelo su estrella del alba, desnuda la espada, clava los talones en los ijares de su caballo y se lanza hacia delante con un demente grito de guerra.

Thomas se ha quitado el yelmo y, cuando oye el tremendo alarido, arroja una medrosa mirada por encima del hombro. Sólo tiene tiempo de deshacerse del casco y sacar su acero antes de que Roger esté sobre él. La hoja de Thomas oscila salvajemente y el arma de Roger le corta la cara de través.

Salpicando sangre, Thomas retrocede aturdido; después se inclina adelante y se agarra del cuello de su animal mientras el dolor lo recorre. La sangre le vela los ojos cegándolo de escozor y él tose y jadea, ahogado por el cálido fluido, creyendo morir. Pero la vista retorna con cada parpadeo a sus ojos resentidos, sus pulmones empiezan a poder resollar y el dolor de su faz le arde atrozmente. El miedo agudiza su ingenio; percibe su mejilla abierta —puede sentirla golpeándole el cuello—, pero está vivo, está sobre su caballo aún y tiene la espada en la mano.

Escupe sangre, alza la mirada para ver a Roger girando sobre sí y volviendo al ataque, fulgurante el acero en su puño. Con una patada rabiosa a su caballo, arremete; el dolor le lancina con el tremendo galope, inspirándole un odio desafiante. Las espadas chocan al cruzarse los corceles. Ambos jinetes se tambalean y tiran de las riendas para dar vuelta a sus monturas.

Roger es más rápido y su experiencia anticipa el golpe en arco de Thomas; se aparta lo

suficiente para evitarlo, pero permanece lo bastante cerca de su enemigo para atacar de abajo arriba. Thomas gira y recibe la embestida en la espalda; la hoja de la armadura repica y la fuerza lo empuja hacia delante. Con experta precisión, Roger desliza su espada por la separación entre el brazal del hombre herido y la coraza. La cota desquicia la cuchillada, pero la fuerza del antuvión arranca el acero de la mano de Thomas.

Esperando que su enemigo se retire, Roger se le acerca para impedirle la huida. Pero Thomas, ignorante de estrategia combativa y mareado de dolor, se encoge en anticipación de otro golpe. Cuando Roger se desliza junto a él, Thomas reacciona con furiosa rapidez y lo agarra por la parte posterior del yelmo. El maestro de armas, cogido por sorpresa, cae hacia atrás y ambos se precipitan al suelo.

Thomas aterra encima. Roger alza la vista para ver la mejilla desgarrada, los dientes rechinantes enraizados en el cráneo, y martillea con la empuñadora de su arma. El ataque arroja su oponente a un lado pero hace que la sangre le salpique los ojos. Cegado por un momento, intenta limpiarse los ojos, se tambalea desorientado y acaba por caer de rodillas. Con la cabeza dándole vueltas, Thomas recoge la espada caída, se pone en pie y asesta un mandoble al maestro de armas que le alcanza de lleno en la cresta del yelmo.

Roger se derrumba y los guerreros galeses, que lo han estado observando, vitorean a Thomas. Uno de ellos se precipita sobre el caballero derribado y le hunde una daga bajo el yelmo.

Sorprendido, Thomas se descubre a sí mismo de pie. Las manos soldadas a la empuñadura de la espada, mira con mudo pavor el carnaje que lo rodea. El dolor ha desaparecido y su rostro es ahora poco más que una máscara de madera. También sus miembros parecen vacíos como madera, como si su alma le hubiese sido desgajada del cuerpo.

Un guerrero galés le da una fuerte palmada en su hombro de hierro y proclama, «¡Tu coraje te ha ganado la vida!».

Con un grito sombrío, Thomas cae de hinojos y empieza a llorar ante el altar de la muerte.

Erec Rhiwlas espolea su caballo hacia la cima del cerro donde Raquel, aún sobre su palafrén rojo, contempla la carnicería con regia serenidad. «Tus caballeros han luchado valientemente», le dice.

Ella asiente. Una lágrima le recorre la mejilla. Todas las palabras que pudiera decir están vacías y sólo su pavor emula el estupor ante lo que ha presenciado.

Erec se inclina desde su montura para recuperar la bandera caída. La levanta y la clava en tierra bien tesa. «Aún vuela el Cisne...».

«Vuela el Cisne», se dice a sí misma en un susurro Raquel, y asiente de nuevo a medida que la comprensión se le vuelve clara. Exhala un suspiro observando el precio palpable de la victoria: pajes, escuderos y los supervivientes incólumes se apresuran a transportar los heridos al lugar donde humean la brea y las pociones del físico. Mira lasamente a Erec. «Te doy las gracias. Estaba perdida antes de que llegases».

«No podía dejarte sufrir la derrota», dice él, su semblante dulce y afectuoso. «Aunque no pueda tenerte como esposa, te prefiero a ti como amiga que a Guy como enemigo. Howel y la tribu

estuvieron de acuerdo». Sonríe desconsolado. «En realidad, mi padre está contento de que me hicieses a un lado... Esto es su forma de agradecértelo».

Raquel posa una mano en la de Erec. «Ojalá que hubiese podido complacerte. En verdad me gustas, guerrero. Pero las dificultades de mi destino no han terminado».

Erec aprieta su mano con comprensión. «¿Qué harás ahora? Tus enemigos están vencidos y muertos... Y tú eres la Sierva de los Pájaros».

«No». Baja la cabeza y cierra los ojos. En la luz violeta aparece el Grial, volcado, drenado.

Mira a Erec exhausta pero lúcida. «La Sierva de los Pájaros ha muerto hoy en este campo. Su destino se ha completado aquí. Ahora debo encontrar a Raquel Tibbon donde la dejé hace once años. Y este no es lugar para una judía solitaria. Volveré a la tierra que Dios ha otorgado a mi pueblo».

«Pero ¿quién gobernará en tu lugar?», pregunta Erec con cierta alarma. «No, debes quedarte».

Raquel se aparta, ve a Harold que pasa cojeando, con una mano en la cabeza y los ojos alucinados. «Ven, hay heridos a los que debo atender».

«Milady...», grazna Harold, y su mirada se agudiza a la vista de la dama. «Guy pide por vos».

«¿Está vivo?», se sorprende Erec.

«Está acabando», responde Harold. «Pero llama a su madre».

Guy yace sobre su espalda, libre del yelmo y la cabeza apoyada en una destrozada silla de montar. La flecha que le ha atravesado el hombro aún emerge del cuello y su túnica está empapada en la sangre manada de la herida. El físico, que está inclinado sobre él, sacude la cabeza cuando Raquel se aproxima y se aparta.

Raquel se arrodilla en el lodo junto a Guy, asombrada al ver a su fuerte y férvido enemigo con ojos vidriosos y lívido. Un estremecimiento de miedo la agujonea y lo mira para asegurarse de que no tiene armas en las manos.

«Madre...», boquea él. Sus párpados oscuros se estrechan. «Has ganado».

Una punzada de tristeza le tensa el pecho y debe recordar que este es el mismo hombre al que David y Dwn deben sus muertes. «Yo no quería combatirte, Guy. Eres tú quien se ha derrotado a sí mismo».

«Es verdad», susurra él. Aunque puede ver la luz del sol iluminando las faldas de los montes, una sombra yace sobre todas las cosas y el aire es frío como el otoño. Recuerda haberse sentido así en Eire, cuando la guerra lo castró cubriéndolo con pantalones de su propia sangre.

Está orgulloso de haber sido fiel a la guerra desde entonces y no haber caído medroso en la pasividad por una pérdida que habría quebrantado a hombres menos capaces. Está satisfecho de que la muerte lo haya hallado en su armadura, con sus enemigos muertos esparcidos alrededor.

Sólo un misterio queda por reconocer, una pena inacabada por completarse... «Madre...». Sus ojos se abren de golpe y contempla salvajemente a Raquel a medida que la aceptación cuaja en sus adentros. «Tú *eres* mi madre». Tose y la sangre le salpica su propio rostro. «Sólo una mujer podría haberme vencido. Tú eres ella. Lo acepto ahora».

Extiende la mano hacia su madre y Raquel la toma. Pesa, y está fría. Los ojos de Guy vagan por el rostro de la mujer, salvajes aún, viéndola por vez primera. «El Grial... es verdad. Durante todo este tiempo me he negado a ver. Es verdad».

«Sí».

«Hay un Dios».

«Sí, Guy... hay un Dios y no te juzgará con rigor».

La mano de Guy se arredra y su desesperado mirar se clava en los ojos de Raquel. «¡Pero he pecado!».

Ella agita la cabeza. «La vida es su propio pecado», le dice con ternura. «Viviendo fiel a ti mismo, tú has redimido el pecado. No temas. Has servido bien a Dios».

El apretón de su mano se ablanda. Su último aliento emerge con gárgara de sangre mientras la oscuridad se expande en su fija visión.

Los féretros de Guy Lanfranc, Roger Billancourt y Thierry Morcar salen del castillo en un carro hacia la Abadía de la Trinidad. Les siguen William, Hellene, Hugues y Madelon a caballo.

Maese Pornic, despachado por Neufmarché, guía la procesión fúnebre sobre el puente levadizo y a través de la barbacana montado en su mula blanca. Lentamente, avanzan hacia la aldea, donde el abad bendecirá a los *serjants* y villanos caídos en combate.

Harold Almquist permanece con Leora y sus hijas en el portal interior, contemplando solemnemente la marcha. La baronesa ha prohibido que nadie, a excepción de la familia más inmediata, asista a los ritos de estos nobles que han sido responsables de la muerte de tantos de los suyos. Los gremiales y sus familias están ante sus talleres, bajas las cabezas en silente plegaria.

En el jardín del recinto interior, la baronesa se encuentra con sus caballeros. Denis Hezetre y Gianni Rieti han sido transportados en literas al sol, mareados de alivio al verse vivos aún. Denis tiene roto el esternón y el daño se le antoja la angustia física de su corazón hecho pedazos: Guy está muerto, y su descalabro es una paradoja de desahogo y pesar porque su amor falló en los límites de la fe. Sin embargo, le alegra ver concluida la tiranía del furor, acabadas las feroces correrías y batallas, cancelado el amor imposible entre los dos y, con él, su voto de continencia.

Para Gianni la flecha que le alcanzó es un símbolo claro de que Dios le permitirá dejar el sacerdocio en buena fe: una fracción a derecha o izquierda y el dardo habría desgarrado los pulmones ahogándolo en sangre. «Es un milagro que ninguno de los caballeros que sirven a la Dama del Grial haya sido mortalmente herido», se maravilla Gianni.

Gerald asiente desde el banco de piedra donde reposa, brazo con brazo junto a Clare. «El milagro se llama Erec el Bravo. Él y sus hombres deberían estar aquí para celebrar con nosotros la victoria».

«Tendremos ese privilegio», dice Denis, «después de que Erec entierre a sus muertos».

«Ojalá que Erec hubiese hecho honor a su nombre y se hubiera mostrado lo bastante bravo para llegar antes», se queja Ummu. «Así mi señor no estaría como lo vemos ahora».

«Lo tenemos vivo», amonesta Clare al enano. «Y suficientemente entero como para escribir

una carta esta mañana al obispo de Talgarth renunciando a sus derechos y deberes como canónigo».

«Abandonando un amo por otro», masculla Ummu.

Clare frunce un ceño benigno y menea su dedo. «Eso no es seguro todavía. Los rumores amargan la verdad, Ummu. Deberías saberlo mejor».

Ta-Toh, que ha estado acucillado en el regazo de Ummu junto a Gianni, ve la mano extendida de Clare, el dedo oscilante y le salta al brazo. Ella grita sorprendida cuando el simio le trepa al hombro y le besuquea la mejilla, y alza la mano para acariciar la cabeza del animal. «¿He empezado por fin a gustarle a Ta-Toh?».

«Tonterías», dice Ummu. «Únicamente quiere oír el rumor por sí mismo».

«Voy a casarme», dice Gianni.

«Madelon», conjetura Denis y da una palmada en el brazo bueno de Gianni. «Bienvenido a la familia».

«¿Qué hay de William?», inquires Gerald. «¿Consentirá?».

«Madelon ha consentido ya», dice Clare. «Eso es todo lo que importa en estos tiempos modernos. ¿No es así, madre?».

Raquel emerge de su ensueño. Desde lejos ha estado observando a Thomas, sentado bajo la pérgola de rosas, y preguntándose si es esto lo que la baronesa habría querido para su nieto. Su angélica apariencia está desfigurada ahora, en el lado izquierdo de su rostro, por una herida que cubre toda la extensión desde la cima de su oreja hasta la comisura de la boca. Su carne hinchada y púrpura se ve hilvanada de negras costuras, y estas distorsionan su faz de un modo tan malévolo que el hombre parece peligroso. *Quizás, piensa Raquel, su aspecto amenazador ha aparecido ahora que el deseo de Ailena se ha cumplido y él ha abandonado el estudio de Dios por las lecciones de los hombres.*

«Disculpad», dice levantándose finalmente de su silla junto a las macetas de membrillos.

«Todavía estoy transtornada por lo de ayer». Bendice a sus caballeros por su bravura y sacrificios, y pide que le permitan hablar a solas con su nieto.

Thomas se incorpora y el dolor de su rostro pulsa más hondo. Desde que el médico le limpió y le cosió la herida, ha estado inflamado con el daño palpitante de su carne sajada y ha tratado de callar su sufrimiento con vino. Ayer bebió tanto que se derrumbó antes del anochecer.

Raquel entrelaza con él dedos menudos en una muestra de afecto maternal y ambos pasean hasta el extremo distante del jardín, donde matorrales de rododendro y una pérgola de dondiegos los ocultan. Una vez fuera de la vista de los demás, ella le besa con dulzura y examina su rostro acuchillado. «Oh, mi Thomas... estás sufriendo».

«El mío es sólo el tormento de la carne», murmura, cada palabra barbándolo de nuevo dolor. Se toca la pálida línea de su quijada y un acceso de amor le da la fuerza para decir: «Pero el tuyo, Raquel, el tuyo es un sufrimiento del alma».

Ella sacude la cabeza. «No más. El horror que presencié de niña se completó ayer... y no

aparté la mirada. Lo vi todo, Thomas, todo el sufrimiento que podemos infligir. ¡Cristianos matando a cristianos! Estos hombres hicieron lo que era difícil. Cuánto más fácil para ellos asesinar sarracenos y judíos». Reprime un estremecimiento. «El odio ante ello... el terror ante ello... esa herida ha sanado ahora en mí».

Él se apoya en la pérgola y pregunta, «¿Eres insensible pues?».

«No. Lo siento todavía, como el recuerdo de una cicatriz. Ese es el milagro del horror, que uno pueda llegar a sentir tal desesperación sin ser destruido. Todos estos años, el horror de la violencia ha estado dentro de mí. He estado sola con él, pero he temido enfrentarlo. En esa soledad, el soñador no es más real que sus sueños. Si Ailena no hubiese aparecido, yo habría agotado mi vida enclaustrada en mi locura. Pero me dio alguien que ser. Y dejé de estar sola. Estuve con ella y ella estuvo conmigo, siempre. No hube de volver a enfrentar sola nunca más el horror. Hasta ayer. Su destino, el destino que yo hiciera mío, me condujo al horror, y lo vi de nuevo, fuera de mí misma».

Raquel coge la mano de Thomas y busca, bajo su rostro herido, su comprensión. «No, no soy insensible a él, Thomas. Pero ya no está dentro de mí. Está ahí fuera, en un mundo demente, violento y ávido. Veo claramente ahora. Estamos todos solos en este mundo vergonzoso; cada uno de nosotros, terriblemente solo. Lo que he aprendido de mi sufrimiento es que *debemos* luchar por la comunión. Debemos trascender nuestra soledad en compasión o, de otro modo, estamos perdidos... como Guy, o como lo estaba yo, viviendo en la desolación de un mundo de fantasmas alimentados de nuestros deseos y nuestros recuerdos».

«Has reconquistado tu alma», dice Thomas, pero sus palabras surgen en un incoherente murmurio. En lugar de ellas, le aprieta la mano y toca con su frente la de Raquel. *¿Qué será de nosotros?*, se pregunta. *¿Cuánto tiempo podremos ocultar nuestro amor antes de que lo vean los demás?*

Como si pudiera oír sus pensamientos, ella responde, «Tenemos que trascender nuestras soledades, Thomas... pero con otra gente. No puede ser de otro modo».

Escarcha muerde el corazón de Thomas y retrocede para enfrentarla con su aturdido dolor.

«Guarda ese dolor en tu corazón», le responde Raquel y le posa un dedo en la frente para relajar su tensión. «Muéstrame sólo tu felicidad». Le besa los labios. «¿Te acuerdas de que te dije que eres mi fuerza porque estás equivocado? Tú dijiste que no soy judía, que soy la baronesa. Y eso me dio el coraje para seguir. Pero ahora el destino se ha cumplido. El Grial que Ailena me dio está exhausto. Ya no soy la baronesa. Soy de nuevo una judía... y es hora de que empiece la demanda de mi propio Grial». Suelta la mano del muchacho y da un paso atrás. «Volveré a Tierra Santa, Thomas».

«¡Yo iré también!», gime él.

«No. Por favor. Tu Grial está aquí, Parsifal. ¿Lo has olvidado? El soberano y la tierra son uno. Cuando parta, debes convertirte en el barón del castillo, el conde de Epynt».

«¡No!». Coge su mano. «¡Iré!».

Ella pone su mano libre sobre la de Thomas. «¿No has oído nada de lo que he dicho?».

«¡Te quiero!».

«Entonces tienes que dejarme partir. Mi lugar está entre mi gente».

«Juntos...». Su ojo pestañea con el esfuerzo de hablar. «Iremos juntos».

«Thomas, escúchame». La mano de Raquel se tensa en la del joven. «Si partes, dejarás a esta gente que te necesita. Tu soledad pertenece a este sitio, a tu gente y a tu país. Si los abandonas, abandonas tu verdadero destino».

«Nosotros hacemos el destino».

«¿Lo hacemos?». Su cabeza se mueve escépticamente. «No lo creo, Thomas. ¿He escogido yo ser una mujer, una judía, una huérfana? ¿Has escogido tú ser un hombre, un cristiano y el heredero de este dominio? Podemos aceptar o abandonar nuestros destinos, pero no hacerlos».

«Por ti, abandonaré el mío».

Ella frunce el ceño. «Thomas, ¿abandonarás a esta gente que ha luchado y ha muerto por la visión del Grial? Si tú partes, ¿quién se quedará al frente de esto? ¿Clare? ¿Hugues apoyado por su padre resentido? ¿O cualquier otro señor de la Marca, que llenará tu ausencia con su tiranía? No, Thomas. Demasiadas vidas te necesitan. ¿No lo ves? Eres bienaventurado. Tu Grial está aquí... y la Copa no se te hurtará».

Thomas deja colgar la cabeza. Oye lo que ella dice con el corazón y sabe que es verdad.

«Quédate», dice sin alzar la vista.

«Este no es mi lugar. Yo pertenezco...», y cesa, sin saber realmente en su corazón adónde pertenece.

«Pero...», hace una mueca triste, levanta los ojos y dice a través de los dientes: «Los judíos piensan que estás errada... aquí». Se toca la frente. «Loca».

«El amor procede de error en error», responde ella con una sonrisa dulce. «Me ganaré un lugar como Raquel Tibbon».

No te falta una sola respuesta, piensa él mirándola con pena, imprimiendo en su memoria hasta los mínimos detalles del rostro de la mujer. *Pero has conquistado esas respuestas a través del sufrimiento... y eso las hace inquebrantables*. Sabe que debe rendirse ante esas verdades; se sosiega y besa los dedos de Raquel, aún en su mano. «¿Cuándo?».

«Ahora», responde ella, «cuando dejemos el jardín. Mis doncellas lo han preparado todo ya para mí».

Pánico lo sacude como a un muñeco. «¡Tan pronto!».

«Por favor, no tengas miedo», le alienta Raquel. «Es mejor así. Cuanto más estemos juntos, mayor será nuestro sufrimiento cuando nos separemos». Se quita el anillo de baronesa, lo pone en su mano y le cierra el puño sobre él. «Ailena querría que tuvieses esto».

Thomas siente el calor del cuerpo de Raquel en el anillo, lo aprieta con fuerza y, para contener el llanto, pregunta, «¿Cómo te irás?».

«Erec y sus hombres me darán escolta hasta Newport. Las joyas que tu abuela me legó pagarán el pasaje y mi sitio en Levante». Le coge la mano y añade, «Voy a irme ahora, Thomas, y tú te quedarás y gobernarás. Y si recuerdas lo que te he dicho, si puedes aprender de mi sufrimiento, no fallarás. Debemos trascender nuestra soledad y buscar la comunión. O estamos condenados». Le aprieta la mano y contempla la profundidad de sus ojos. «Acércate a Denis. Será tu maestro de

armas. Harold administrará las finanzas del dominio. Y William te prestará su ira para contener la avaricia de otras baronías, aunque sólo sea en aras del hijo que le queda. Con Erec como aliado, el Reino del Grial te sobrevivirá a ti y a tus nietos». Suaviza Raquel la arruga del joven entre sus ojos con su pulgar y le sonríe dulcemente. «No tengas miedo por mí, Thomas. Me he hecho sabia en las crueldades de este mundo. Y he aprendido a confiar en las mercedes del amor».

La noticia de que la Dama del Grial parte de nuevo para Tierra Santa alcanzan el pueblo a media mañana. Al mediodía hay una muchedumbre desde el castillo hasta la villa alineada al borde del camino. Toda lamentación por los muertos ha cesado y se arrojan flores acompañadas de vítores jubilosos.

Clare llora de un modo incontrolable y, sólo porque Gerald, Ummu y sus doncellas la retienen, no se irá con su madre. Ta-Toh le trepa al hombro y, para consolarla, le ofrece un gordo escarabajo que acaba de capturar.

Los caballeros lloran también, quedamente. Harold se arrodilla para besar la orla de su brial. Gianni la bendice en su último acto como sacerdote. Y Denis insiste en permanecer de pie mientras pasa, aunque su herida le duele como si tuviera un clavo atravesándole el pecho.

«Mantendremos nuestra fe en Yeshua ben Miriam», promete. «*Baruj ata adonai*».

Thomas, como heredero y designada autoridad, cabalga junto a ella cuando su palafrén deja el castillo y a su perpleja muchedumbre, y trota delante de los villanos arrodillados. Uno de ellos salta al camino y le ofrece un crucifijo tan expertamente tejido con mimbre galés que la figura de Cristo porta una corona de espinas. Cuando ella lo alza, la gente grita, «¡Valaise! ¡Chalandon!».

En el linde del bosque, Erec y una docena de sus guerreros saludan a Raquel y Thomas.

Raquel extrae un rollo de terciopelo de su silla de montar y lo abre, revelando dos cosas: la daga seljuk con empuñadura de marfil y el torce de oro de Falan Askersund inscrito en árabe.

«Tenéis que gobernar Epynt juntos, vosotros dos», dice al normando y el galés. «Y estas serán las señales de vuestra unión».

Entrega la daga curva a Erec. «Te doy esta daga, forjada por una mano remota, para cortar toda influencia extranjera y permanecer puro. Y a ti, Thomas, te doy este torce como símbolo de tu esclavitud a este país extranjero. Confío en que lo sirvas con honor y con amor».

Coge la mano a cada uno de ellos. «Ambos sabéis quién soy yo en verdad. Así que puedo hablaros con la verdad. Soy una judía, soy Raquel Tibbon. Sé lo que es vivir en países extranjeros... y lo que es luchar contra extranjeros. Vosotros dos sois cristianos. Si vosotros olvidáis el amor que fue conquistado con el sufrimiento de vuestro mesías, ¿quién lo recordará?».

Durante la marcha a través del bosque, tanto Erec como Thomas tratan de convencer a Raquel de que se quede. Pero su corazón está determinado y, cuanto más hablan, mayor es su absorción. No son posibles más explicaciones. No sabe lo que será de ella en Tierra Santa. Sabe, simplemente, que debe ir allí. Sólo la inmovilidad la atemoriza ahora. Es como si el mismo país estuviese

acabado con ella en este lugar: las montañas neblinosas sobre el bosque miran a través de los chales de lluvia para verla pasar. Sabe que ha de encontrar el paisaje al que pertenece, las montañas de ceño granítico desde las que la lluvia vaga al desierto, rara y verdadera como la fe.

En el río Usk, una barcaza la recibe a ella y a los galeses, y se separa de Thomas.

Lágrimas tiñen de plata las mejillas del barón y brillan en la cruda longitud de su cicatriz, pero la deja marchar. *Todo río es el río del tiempo*, recuerda haberle oído decir, cuando la nave avanza llevada por la corriente y ella disminuye hasta no ser sino una mota en el acuoso horizonte.

Durante largo rato después, permanece en la orilla escuchando el sugerente borbollar del río, y su tenaz paciencia animal es alimentada por la nostalgia de un amor imposible.

En la barcaza, Raquel se apoya en la popa, lejos de su escolta, sola consigo misma por fin, ya no una baronesa sino únicamente una mujer escuchando sus adentros y no oyendo sino su propio silencio. *Llegué aquí poseída*, piensa mientras contempla el destello de los árboles en la orilla y el ciervo que la mira desde la hierba hirsuta. *Pero parto íntegra. Ahora es el mundo el que está poseído. El que está como siempre estuvo.*

Bajo ella, el río se mueve como un lento, fuerte corazón. Confiada por las distancias a las que le promete portarla, trata de examinar todo lo que ha ocurrido, de alcanzar algún sentido de todo lo experimentado en este extraño país.

Los sacrificios y labores de su abuelo le salvaron la vida, pero no pudieron curarla. Todas las plegarias de David en los templos, todas las plegarias rabínicas, toda la sangre de las palomas sacrificadas, no conmovieron lo bastante el oscuro y misterioso corazón de Dios para que levantase la locura de su cerebro. Hasta ahora no ha conseguido entender por qué fracasó tal sinceridad. Mientras el río se la lleva del lugar de su transformación, ella comprende sólo esto: *Dios no es solamente el bien. Dios es Todo. Dios es tanto el bien como el mal.*

Así, la rabia y la depredadora mentira de la baronesa han obrado un milagro, después de todo. La furia y la astucia implacables de Ailena explotaron muy eficazmente la fe de su gente en Dios... una fe lo bastante simple y poderosa como para creer que los milagros tienen lugar, que una simple hogaza de pan puede ser la carne del Salvador...

Esa fe humilde se unió con la feroz rapacidad de la baronesa, de su maligno corazón, y esa mixtura de bien y mal creó para Raquel un papel que representar, que ha acabado por curarla realmente.

Una risa irónica brota de su silencio y se desvanece en la ausencia de su abuelo y su familia... buena gente, cuyos ancestros habían sacrificado incontables aves inmarcesibles a su airado Dios en súplica de paz. Pero no era la sangre de palomas lo que Dios quería de ella: quiso todo el tiempo el pan de los halcones.



ALFRED ANGELO ATTANASIO (20 de septiembre de 1951) es un autor estadounidense (Newark, New Jersey) de obras de fantasía y ciencia ficción. Según sus propias palabras, está traumatizado desde su infancia por la posibilidad de desencadenamiento de un apocalipsis termonuclear y creció con el convencimiento de que nunca llegaría a la edad adulta. Esta actitud le hizo plantearse desde su niñez varias cuestiones existenciales. Inicia su carrera de escritor en 1965 en la revista de cómics *The Amazing Spider-Man*, pero es John W. Campbell quien le recomienda que continúe. A partir de 1971 compagina sus estudios de Literatura y Biología con la autoría de relatos. Su primera novela, *Radix*, publicada en 1981, es nominada para el premio Nebula de 1981 y recibe una acogida entusiasta por parte de la crítica especializada. Desde entonces ha publicado más de veinte novelas y varias antologías de relatos. Attanasio es un autor ecléctico que se inspira en numerosas fuentes, ya que su obra está marcada por la historia de la humanidad, la ciencia, la filosofía, la literatura de Lovecraft y las tesis de Heisenberg. Considera que la realidad del universo es inaccesible para el entendimiento humano y que nuestra percepción de ella es, fundamentalmente, una ficción creada y delimitada por nuestra propia imaginación.